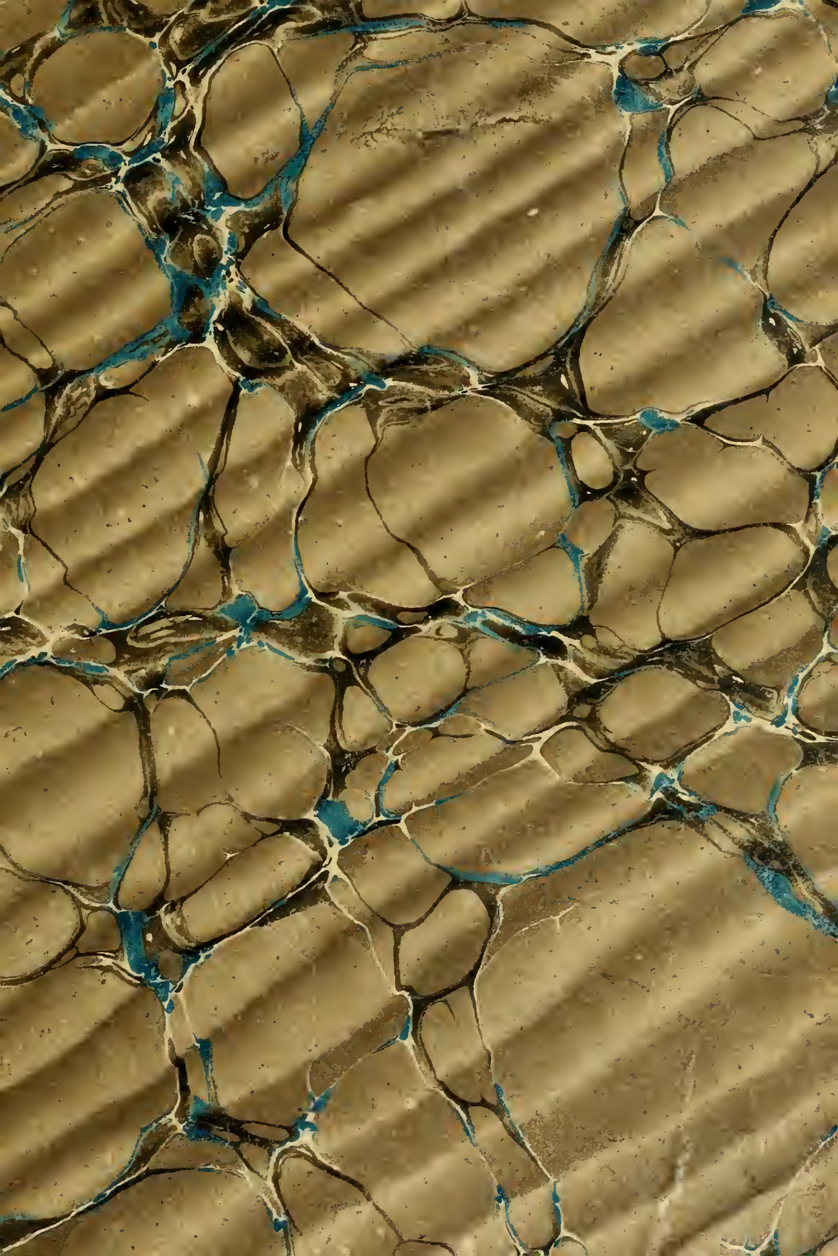

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01646458 8







OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

XII

Esta edición de las *Obras de Fr. Luis de Granada* consta de los tomos siguientes:

I. Guía de Pecadores

II. Libro de la Oración y Meditación.

III. Memorial de la Vida Cristiana.

IV. Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana.

V-IX. Introducción del Símbolo de la Fe.

X. Guía de Pecadores *(texto primitivo).*
Tratado de la Oración y Meditación *(compendio).*

XI. Manual de Oraciones.
Manual de Oraciones *(ampliado).*
Memorial de lo que debe hacer el cristiano.
Tratado de algunas Oraciones.
Vita Christi.
Tratado de Meditación.
Recopilación del Libro de la Oración.

XII. Imitación de Cristo.
Escala Espiritual.
Oraciones y Ejercicios Espirituales.

XIII. Compendio de Doctrina Cristiana *(trad. del P. Cuervo).*

XIV. Doctrina Espiritual.
Diálogo de la Encarnación.
Sermón de la Redención.
Vida del B. Juan de Avila.
Vida del V. D. Fr. Bartolomé de los Mártires.
Vida del Cardenal D. Enrique, rey de Portugal.
Vida de Sor Ana de la Concepción, franciscana.
Vida de Doña Elvira de Mendoza.
Vida de Melicia Hernández.
Cartas.
Sermón en las Caídas Públicas.

Vida de Fr. Luis de Granada, *por el P. Fr. Justo Cuervo.*

Bibliografía Granadina, *por el mismo.*

OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

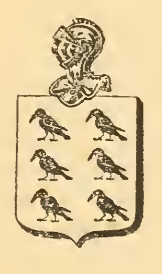
EDICIÓN CRÍTICA Y COMPLETA

POR

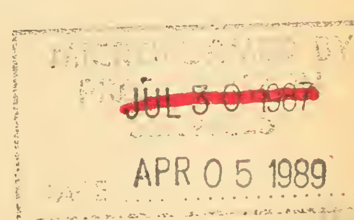
FR. JUSTO CUERVO

DE LA MISMA ORDEN
DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS
LECTOR DE TEOLOGÍA

TOMO XII



MADRID
IMPRENTA DE LA HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO
CALLE DE BORDADORES, NÚM. 10.
1906



PRÓLOGO

No se contentó Fr. Luis de Granada con los libros propios, sino que en su celo ardiente quiso también con los ajenos aprovechar á las almas y enriquecer las letras patrias, traduciendo maravillosamente dos obras singulares entre las más singulares, á saber, la *Imitación de Cristo*, por Kempis, y la *Escala Espiritual* de S. Juan Clímaco. Ambas estaban ya traducidas, pero no con la elegancia que el mérito de las mismas reclamaba. Á remediar este mal aplicó el Venerable Padre su trabajo y su elocuencia.

La traducción granadina de la *Imitación de Cristo*, ó *Contemptus Mundi*, como en el siglo XVI se titulaba, publicóse por vez primera en Sevilla, en casa de Juan Cromberger, el año de 1536, y aquí la hallará el lector fielmente reproducida por el único ejemplar conocido, joya riquísima é inestimable de nuestra Biblioteca Nacional.

Fr. Luis de Granada es el primer admirador de Kempis, cuya obra maestra le arrancó alabanzas divinas, las cuales no trascribo aquí, porque al volver de la hoja es con lo primero que el lector dará. «Y porque tal fuente como ésta, dice Fr. Luis, que agua tan clara echa de sí para hacer tanto fructo, estaba tan turbia y cuasi llena de cieno, por no estar el romance tan claro, tan proprio, tan conforme al latín como fuera razón, fuí movido con celo desta perla preciosa que tan escurecida estaba, y por eso tan poco gozada, de sacarla de nuevo, cotejándola con el latín, en el cual el primer autor lo escribió. Y quité lo que en el libro hasta aquí usado no es-

taba conforme al latín: declaré lo obscuro, para que en ninguna cosa trompieces. Quité lo superfluo, añadí lo falto. Y así con la gracia del Señor trabajé de presentarte este espejo en que te mires, cuan limpio y claro yo supe, y de darte este camino en que andes, el más llano que pude. Y aun porque lo traigas siempre contigo doquiera que fueres, se imprime pequeño, como lo ves (1), para que así como no es pesado en lo de dentro, no lo sea en lo de fuera, y tengas un compañero fiel, un consuelo en tus trabajos, un maestro de tus dubdas, una arte para orar al Señor, una regla para vivir, una confianza para morir, uno que te diga de ti lo que tú mismo no alcanzas, y en que veas quién es el Señor que tal poder dió á los hombres que tales palabras hablasen» (2).

Fué tan bien recibido este trabajo, el primero de Fr. Luis de Granada, que las ediciones se multiplicaron copiosamente, registrándose más de treinta en el siglo XVI.

En la edición de Évora, 1555, á la *Imitación de Cristo* añadió Granada *Unas Oraciones y Ejercicios de devoción muy provechosos*, conservados en casi todas las ediciones posteriores (3).

La *Escala Espiritual* publicóse primeramente en Lisboa, en casa de Ioannes Blavio, año 1562. También se reproduce aquí esta edición príncipe en toda su pureza, pues las ediciones posteriores tienen modificaciones que no fueron hechas por Fr. Luis de Granada. El cual dice, en la dedicatoria á la reina Doña Catalina (4), que este libro «fué originalmente escrito en griego, y después fué dos veces trasladado en latín. De las cuales traslaciones la una es antigua y muy escura y bárbara, y la otra es más nueva y muy elegante, hecha por un Ambrosio Camaldulense, que con la misma elegancia trasladó poco ha las obras de S. Dionisio. También ha sido

(1) La edición príncipe está en 8.º

(2) Página 3 de este tomo.

(3) Por no retrasar la impresión, debiendo consultar la edición príncipe, van estas *Oraciones y Ejercicios* al final del tomo, después de la *Escala Espiritual*.

(4) Página 151.

trasladado en lengua toscana y castellana, y en ésta otras dos veces. De las cuales traslaciones la una es también antigua, y tan antigua que apenas se entiende (1): y la otra es muy nueva, hecha por un aragonés ó valenciano, la cual no es menos escura y difícil que la pasada, así por la dificultad del libro como por los muchos vocablos que tiene peregrinos y extranjeros, como son, Bahorrina, soledumbre, inrobable, y otros tales (2). Y pareciéndome que bastaría para la inteligencia del libro mudar estos vocablos y aclarar más algunos lugares dél, comencé á hacer esto así. Y siéndome forzado recorrer algunas veces á la fuente del original, hallé que en muchas partes era tan diferente el sentido que daba el intérprete del de la letra del autor, que me fué forzado tomar todo el trabajo de la traslación de nuevo. El cual me fué tan grande, que si al principio lo entendiera, por ventura no me atreviera á él: aunque todo lo doy por bien empleado, porque salga como conviene á luz una obra de tan excelente autor y de tan alta y maravillosa doctrina».

La *Escala Espiritual* está admirablemente traducida. Aprovéchese de ella el lector, y de la *Imitación de Cristo*, y agradecerá á Fr. Luis de Granada el trabajo grande que dichosamente se tomó, de hacerlas castellanas.

FR. JUSTO CUERVO

(1) Impresa en Toledo, 1504, de orden del Cardenal Cisneros. Existe un ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid, descrito en *La Imprenta en Toledo*, por el Sr. Pérez Pastor.

(2) Esta traducción se debe al Maestro Bernardino, y fué impresa en Valencia, en casa de Ioan de Mey Flandro, 1553.





INRI

Contemptus
mundi : nueuamente
romançado.:.

FACSÍMILE DE LA PORTADA DE LA PRIMERA EDICIÓN

(Sevilla, 1536)

PRÓLOGO

TRES cosas hay, amado lector, que notablemente aprovechan al ánima que desea salvarse. Una es la palabra de Dios, otra es la continua oración, otra es el recebir muchas veces el precioso cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Estas tres cosas leemos haber sido muy usadas en principio de la Iglesia cristiana: y por eso fué tan próspera en Dios, y así lo será en todo tiempo cualquiera ánima que estas tres cosas usare, con las cuales se hará una tan fuerte atadura de ella con Dios, que ni demonio, ni carne, ni mundo sepan ni puedan romperla. Y si es razón que sea muy estimado aquello que nos ayuda á alcanzar una sola cosa de estas tres (pues cada una por sí es tan preciosa) ¿qué te parece en cuánta estima debemos tener lo que nos acarrea todas estas tres cosas? Mucho ha hecho un predicador ó un libro cuando ha hablado ó inducido á cualquier cosas de éstas: y así es la verdad. Mas ruégote que sepas mirar y estimar este presente libro, y verás en ti mismo cuán de verdad ha obrado Dios en ti (mediante estas palabras) no una de estas tres cosas, mas todas juntas: y no como quiera, mas muy apuradamente. Y dígolo así, porque aunque muchos libros haya que nos enseñen obrar, y orar, y comulgar, mas mucha diferencia va (como dicen) de Pedro á Pedro y de libro á libro. Cierto no es pequeña obra saber encaminar en el camino de Dios, para que el que camina no caiga en barrancos. Ni es arte pequeña el saber hablar con Dios en la oración, ni cosa liviana el saberse aparejar para bien recebir el cuerpo de Cristo. Y todo esto hallarás tan abundosamente en esta mesa tan pobre en pompa de palabras, y tan rica y harta en las sentencias, que cierto yo tengo muy creído que tú me reprehenderás, después de leído, de corto, por no haber sabido alabar este libro como meresce ser alabado. Y dirás con el rey David: Así como lo oímos así lo vimos: y aun con la reina Sabá, cuando decía: Mayor es tu hecho que tu fama. Prueba, toca, gusta, y verás la gran eficacia de aquestas palabras, y comerás un maná que te sepa á todo

lo que hubieres gana, como el otro hacía. Lo cual significaba (como Orígenes dice) la virtud que tiene la palabra de Dios, que á quien de buena gana la recibe, obra en él lo que ha menester. Pues ten una cosa por averiguada, que si te llegas á este libro con alguna atención y gana de aprovechar, hallarás remedio para tu necesidad. De manera que muchas veces dirás: este capítulo que agora abrí, al propósito de lo que yo había menester ha hablado. Aquí, si fueres soberbio, hallarás palabras que te humillen. Si demasiadamente desconfías, y tienes las alas del corazón (como dicen) caídas, aquí hallarás mucho esfuerzo. ¿Eres descontentadizo y congojoso, lleno de voluntad propria, madre de toda maldad y de todo trabajo? Aquí te enseñará poner todas tus cosas en Dios y vivir en un sancto descuido debajo de la confianza de aquel Señor que todo lo provee. Y si así descuidado caes en otro extremo, que es no poner diligencia en las cosas que conviene, aquí hallarás aguijones con que eches de ti aquel falso sosiego. Y si estás alegre demasiadamente, como muchas veces suele acaescer, lee aquí, y templarás tu alegría: y si triste, como más veces acaece, irás consolado de aquí. ¿Qué te diré? Sino que verás y sentirás aquí la grandeza de Dios, que mediante unas pocas de palabras da á entender cómo es todo en todas las cosas. Todo lo cual remito á ti mismo, si leerlo quisieres: creyendo muy cierto que no me tacharás de vano alabador, viendo tú mismo en ti la misma verdad y provecho. Y porque tal fuente como ésta, que agua tan clara echa de sí para hacer tanto fructo, estaba tan turbia y cuasi llena de cieno, por no estar el romance tan claro, tan proprio, tan conforme al latín como fuera razón, fuí movido con celo desta perla preciosa que tan escurecida estaba, y por eso tan poco gozada, de sacarla de nuevo, cotejándola con el latín, en el cual el primer auctor lo escribió. Y quité lo que en el libro hasta aquí usado no estaba conforme al latín: declaré lo obscuro, para que en ninguna cosa trompieces. Quité lo superfluo, añadí lo falto. Y así con la gracia del Señor trabajé de presentarte este espejo en que te mires, cuan limpio y claro yo supe, y de darte este camino en que andes, el más llano que pude. Y aun porque lo traigas siempre contigo doquiera que fueres, se imprime pequeño como lo ves (1): para que así como no es

(1) La primera edición, que aquí se repoduce, está impresa en 8.º

pesado en lo de dentro, no lo sea en lo de fuera, y tengas un compañero fiel, un consuelo en tus trabajos, un maestro de tus dubdas, una arte para orar al Señor, una regla para vivir, una confianza para morir, uno que te diga de ti lo que tú mismo no alcanzas, y en que veas quién es el Señor que tal poder dió á los hombres que tales palabras hablasen. Recibe pues este amigo, y nunca de ti lo apartes. Y después de leído, tórnalo á leer: porque nunca envejece, y siempre en unas mismas palabras entenderás cosas nuevas, y verás algún rastro del espíritu del Señor, que nunca se agota. Y goza á tu placer y con buena voluntad desta dádiva que el Señor por su infinita bondad quiso darte, y con la cual yo te quise servir en te lo aclarar más que antes estaba. Y por lo uno y por lo otro da gracias al Señor, y sábete aprovechar dello con el aparejo que las mercedes de Dios deben ser recebidas, ó á lo menos recíbelo con el amor con que yo te lo ofrezco. Y aunque no hemos de mirar tanto el auctor que habla, cuanto lo que habla, es bien que sepas que quien hizo este libro no es Jersón, como hasta aquí se intitulaba, mas Fray Tomás de Kempis, canónigo reglar de Sant Augustín: el cual comienza así, en el nombre de Jesucristo nuestro Señor.

Libro del Menosprecio del mundo y de seguir á Cristo.

COMIENZA

EL PRIMER TRATADO

QUE ES

DE LA IMITACIÓN DE CRISTO

Y DESPRECIO DE TODA VANIDAD

CAPÍTULO PRIMERO

El que me sigue no anda en tinieblas, mas terná lumbre de vida. Estas palabras son de Cristo, con las cuales somos amonestados que imitemos su vida y costumbres, si queremos ser librados de la ceguedad del corazón y alumbrados verdaderamente. Sea pues todo nuestro estudio pensar en la vida de Jesucristo. La doctrina del cual excede á la doctrina de todos los sanctos, y el que tuviese espíritu hallaría en ella maná ascondido. Mas acaece que muchos, aunque á menudo oyan el Evangelio, gustan poco dél: porque no tienen el espíritu de Cristo. Mas el que quiere sabia y complidamente entender las palabras de Cristo, conviénele que procure de conformar con Él toda su vida. ¿Qué te aprovecha disputar altas cosas de la Trinidad, si careces de humildad, por donde desagrades á la misma Trinidad? Por cierto las palabras subidas no hacen sancto ni justo: mas la virtuosa vida hace al hombre amable á Dios. Más deseo sentir la contrición, que saber su declaración. Si supieses toda la Biblia á la letra y los dichos de todos los filósofos, ¿qué te aprovecharía todo sin caridad y gracia de Dios? Vanidad de vanidades y todo vanidad, si no amar y servir á solo Dios. Suma sapiencia es por desprecio del mundo ir á los reinos celestiales. Y pues así es, vanidad es buscar riquezas perecederas y esperar en ellas. También es vanidad desear honras y ensalzarse vanamente. Vanidad es seguir el apetito de la

carne y desear cosa por donde después te sea necesario ser gravemente punido. Vanidad es desear larga vida, y no curar que sea buena. Vanidad es pensar solamente esta presente vida, y no proveer á lo venidero. Vanidad es amar lo que tan presto pasa, y no apresurarse adonde está el gozo perdurable. Acuérdate contino de la Escritura que dice: No se harta el ojo de ver, ni la oreja de oir. Pues así es, estudia de desviar tu corazón de lo visible, y traspásalo á lo invisible: porque los que siguen su sensualidad, ensucian su conciencia y pierden la gracia de Dios.

CAPÍTULO II.

Cómo debe hombre sentir húmilmente de sí mismo.

Todo hombre naturalmente desea saber. Mas ¿qué aprovecha la sciencia sin el temor de Dios? Por cierto mejor es el rústico humilde que sirve á Dios, que el soberbio filósofo que dejando de conoscerse considera el curso del cielo. El que bien se conosce, tiénese por vil y no se deleita en loores humanos. Si supiese cuanto hay en el mundo, y no estuviese en caridad, ¿qué me aprovecharía ante Dios, que me juzgará según mis obras? No tengas deseo demasiado de saber: porque en ello se halla grande estorbo y engaño. Los letrados huelgan de ser vistos y ser tenidos por tales. Por eso muchas cosas hay, que saberlas poco ó nada aprovecha al ánima: y mucho es ignorante el que en otras cosas entiende, salvo en las que tocan á su salud. Las muchas palabras no hartan el ánima, mas buena vida le da refrigerio, y la pura conciencia causa gran confianza en Dios. Cuanto más y mejor entiendes, tanto más gravemente serás juzgado si no vivieres sanctamente: por eso no te ensalces por alguna arte ó sciencia que sepas, mas teme del conoscimiento que de ella te fué dado. Si te paresce que sabes mucho y entiendes muy bien, ten por cierto que es más lo que ignoras. No quieras saber altivamente: mas confiesa tu ignorancia. ¿Porqué te quieres tener en más que otro, como se hallen muchos más doctos y sabios que tú? Si quieres saber y aprender algo provechosamente, desea que no te conozcan y que te estimen en nada. Ésta es altísima y utilísima lición: el verdadero conoscimiento y despre-

cio de sí mismo. Gran sabiduría y perfición es sentir siempre bien y grandes cosas de otros, y tenerse y reputarse en nada. Si vieres á alguno pecar públicamente, ó cometer cosas graves, no te debes estimar por mejor: porque no sabes cuánto podrás tú perseverar en el bien. Todos somos flacos: mas tú no tengas á alguno por más flaco que á ti.

CAPÍTULO III.

De la doctrina de la verdad.

BIENAVENTURADO aquél á quien la verdad por sí misma enseña, no por figuras y voces que se pasan, mas así como es. Nuestra estimación y nuestro sentido á menudo nos engaña y conosce poco. ¿Qué aprovecha la curiosidad por saber cosas escuras y ocultas, pues que del no saberlas no seremos en el día del juicio reprehendidos? Gran ignorancia es que dejadas las cosas útiles y necesarias, muy de gana entendemos en las curiosas y dañosas: teniendo ojos no vemos. ¿Qué se nos da de los géneros y especies que platican los lógicos? Aquél á quien habla el Verbo eterno, de muchas opiniones es libre. De aqueste Verbo salen todas las cosas, y todos predican este Uno, y éste es el principio que nos habla: ninguno entiende ó juzga sin Él rectamente. Aquél á quien todas las cosas le fueren uno, y todas las cosas trujere á uno, y todas las cosas viere en uno, podrá ser firme de corazón y permanecer pacífico en Dios. Oh verdadero Dios, hazme permanecer uno contigo en caridad perpetua. Enójame muchas veces leer y oir muchas cosas: en ti está todo lo que quiero y deseo. Callen todos los doctores, no me hablen las criaturas en tu presencia: tú solo me habla. Cuanto alguno fuere más unido consigo y más sencillo en su corazón, tanto más y mayores cosas entenderá sin trabajo: porque de arriba rescibe la lumbre de la inteligencia. El espíritu puro, sencillo, constante no se distrae aunque entienda en muchas cosas: porque todo lo face á honra de Dios, y esfuérzase á estar desocupado en sí de toda curiosidad. ¿Quién más te impide y enoja que la afeción de tu corazón no mortificada? El hombre bueno y devoto primero ordena sus obras dentro de sí, que las faga de

fuera: y no inclinan ellas á él á deseos de viciosa inclinación, mas él trae á ellas al albedrío de la derecha razón. ¿Quién tiene mayor combate que el que se esfuerza en vencer á sí mismo? Y esto debría ser nuestro negocio, vencer hombre á sí mismo y cada día hacerse más fuerte y aprovechar en mejorarse. Toda perfeción de esta vida tiene aneja á sí cierta imperfeción, y toda nuestra especulación no carece de alguna obscuridad. El humilde conoscimiento de ti es más cierta senda para Dios que escudriñar la profundidad de la sciencia. No es de culpar la sciencia ó otro cualquier conoscimiento de la cosa, aunque sea pequeño: porque la tal sciencia en sí considerada buena es, y de Dios es ordenada: mas siempre se ha de anteponer la buena consciencia y la vida virtuosa. Mas porque muchos estudian más saber que bien vivir, por eso yerran muchas veces, y poco ó ningún fruto hacen. ¡Oh, si tanta diligencia pusiesen en extirpar los vicios y sembrar virtudes como en mover cuestiones, no se harían tantos males y escándalos en el pueblo, ni habría tanta disolución en los monesterios! Ciertamente el día del juicio no nos preguntarán qué leímos, mas qué hecimos: ni cuán bien hablamos, mas cuán honestamente vivimos. Dime: ¿dónde están agora todos aquellos señores y maestros que tú conociste cuando florescían en los estudios? Ya poseen otros sus rentas, y por ventura de ellos no se tiene memoria: en su vida algo parescían, mas ya no hay de ellos memoria. ¡Oh cuán presto pasa la gloria del mundo! Pluguiera á Dios que su vida concordara con su sciencia, y entonces hubieran bien estudiado y leído. ¡Cuántos perescen en este siglo por su vana sciencia, que curan poco del servicio de Dios, y porque más eligen ser grandes que humildes, por eso se hacen vanos en sus pensamientos! Verdaderamente es grande el que se tiene por pequeño y tiene en nada la cumbre de la honra. Verdaderamente es prudente el que todo lo terreno tiene por estiércol por ganar á Cristo: y verdaderamente es sabio aquél que hace la voluntad de Dios y deja la suya.

CAPÍTULO IV.

De la prudencia en las cosas que se han de hacer.

No se debe dar crédito ligeramente á cualquier palabra ni á cualquier espíritu, mas con prudencia y espacio se deben examinar las cosas según Dios. Mucho es de doler que las más veces (por nuestra flaqueza) antes se cree y se dice el mal de otro que el bien. Mas los varones perfectos no creen de ligero cualquier cosa que otro les cuenta: porque saben que la flaqueza humana es presta al mal y muy deleznable en palabras. Gran saber es no ser el hombre inconsiderado en lo que ha de hacer, ni tampoco porfiado en su proprio parecer. Á esta sabiduría pertenece no creer á cualesquier palabras de hombres, ni parlar luego á los otros lo que oye ó cree. Toma consejo con hombre sabio y de buena consciencia, y ten por mejor ser enseñado del tal que seguir tu parecer. La buena vida hace al hombre sabio según Dios y experimentado en muchas cosas. Cuanto alguno fuere más humilde en sí y más subjecto á Dios, tanto será más sabio y sosegado en todas las cosas.

CAPÍTULO V.

De la lección de las sanctas Escripturas.

En las sanctas Escripturas se debe buscar la verdad y no la elocuencia. Cualquier escritura se debe leer con el espíritu que se hizo, y más debemos en ellas buscar el provecho que no la subtileza. De tan buena gana debemos leer los libros sencillos y devotos como los profundos. No te cures de mirar si el que escribe es de grande ó pequeña sciencia, mas convídete á leer el amor de la pura verdad. No cures quién lo ha dicho, mas mira qué tal es el dicho. Los hombres pasan, la verdad de el Señor permanesce para siempre. En diversas maneras nos habla Dios, sin aceptar personas: nuestra curiosidad nos impide muchas veces en el leer las Escrituras: porque queremos escudriñar lo que llanamente se debía pasar. Si quieres aprovechar, lee llanamen-

te, con humildad, fiel y sencillamente, y nunca desees nombre de letrado: pregunta de buena voluntad, y oye callando las palabras de los sanctos, y no te desagraden las doctrinas de los viejos: porque no las dicen sin causa.

CAPÍTULO VI.

De los deseos desordenados.

CUANDO el hombre desea algo desordenadamente, luego pierde el sosiego. El soberbio y el avariento nunca huelgan: el pobre y humilde de espíritu vive en mucha paz. El que no es perfectamente mortificado en sí, presto es tentado y vencido de cosas pequeñas y viles: el flaco de espíritu y que aun está algo inclinado á lo sensible, con dificultad se puede abstener totalmente de los deseos terrenos: y cuando se abstiene, muchas veces rescibe tristeza, y asimismo se ensaña presto si alguno le contradice: y si alcanza lo que deseaba, luego le viene descontentamiento por el remordimiento de la consciencia: porque siguió su apetito, el cual ninguna cosa le aprovechó para alcanzar la paz que buscaba. En resistir pues á las pasiones se halla la verdadera paz del corazón, que no en seguirlas. Cierto no hay paz en el corazón del hombre sensual, ni en el que se ocupa en lo exterior, sino en el que anda en fervor espiritual.

CAPÍTULO VII.

Cómo se debe huir la vana esperanza y la soberbia.

VANO es el que pone su esperanza en los hombres ó en las criaturas: no te afrentes en servir por amor de Jesucristo y parecer bajo en este siglo. No confíes de ti, y Dios favorescerá tu buena voluntad. No confíes en sciencia ni astucia tuya ni ajena, mas en la gracia de Dios, que levanta los humildes y abaja los presumptuosos. Si tienes riquezas, no te gloríes en ellas, ni en los amigos, aunque sean poderosos: mas en Dios que todo lo da, y sobre todo se desea dar á sí mismo. No te en-

salces por la hermosa disposición del cuerpo, que pequeña enfermedad la destruye y afea. No tomes contentamiento con tu habilidad ó ingenio, porque no desagrades á Dios, cuyo es todo bien natural que tuvieres. No te estimes por mejor que otros, porque no seas quizá tenido ante Dios por peor, que sabe lo que hay en el hombre. No te ensoberbezcas de tus obras: porque de otra manera son los juicios de Dios que los de los hombres, al cual muchas veces desagrada lo que contenta á los hombres. Si tuvieres algún bien, piensa que son mejores los otros: porque conserves la humildad. No te daña si te sojuzgares á todos: mas es muy peligroso si te antepones á solo uno. Continua paz tiene el humilde: mas en el corazón del soberbio hay saña y desdén muchas veces.

CAPÍTULO VIII.

Que se debe evitar la mucha familiaridad.

NO descubras tu corazón á quienquiera: mas comunica tus cosas con el sabio y temeroso de Dios. Con los mancebos y extraños conversa poco. Con los ricos no seas lisonjero, ni estés de buena gana delante los grandes: mas acompáñate con humildes y con los que son sin doblez, y con devotos y bien acostumbrados, y trata con ellos cosas de edificación. No tengas familiaridad con ninguna mujer: mas encomienda á Dios todas las buenas. Desea ser familiar á solo Dios y á sus ángeles, y huye de ser conocido de los hombres. Justo es tener caridad á todos: mas no conviene la familiaridad con todos. Acaece que la persona no conoscida resplandece por fama, y en su presencia paresce escura. Pensamos algunas veces agradar á los otros con nuestra conversación, y más los desagradamos, porque ven en nosotros desabridas y no buenas costumbres.

CAPÍTULO IX.

De la obediencia y subjeción.

GRAN cosa es estar en obediencia, y vivir debajo de perlado, y no ser suyo proprio: mucho más seguro es estar en subjeción que en mando. Muchos están en obediencia más por

necesidad que por caridad. Los tales tienen trabajo, y ligeramente murmuran, y nunca ternán libertad de ánima, si no se subjetan por Dios de todo corazón. Anda por acá y por allá, que no hallarás dencanso sino en la humilde subjeción al perlado. La estimación y mudanza del lugar á muchos engañó. Verdad es que cada uno se rige de gana por su parecer y es más inclinado á los que concuerdan con él: mas si Dios está entre nosotros, necesario es que dejemos algunas veces nuestro parecer por el bien de la paz. ¿Quién es tan sabio que sepa toda cosa complidamente? Pues no quieras confiar demasiadamente en tu sentido: mas oye de buena gana el parecer de otros. Y si tu parecer es bueno y lo dejas por Dios y sigues el de otro, más aprovecharás desta manera. Porque muchas veces he oído ser más seguro oir y tomar consejo, que darlo. Bien puede acaescer que sea bueno el voto de cada uno: mas no querer consentir con el parecer de los otros cuando la razón lo demanda, señal es de soberbia y pertinacia.

CAPÍTULO X.

Que se debe evitar la demasía de palabras.

EXCUSA cuanto pudieres el ruido de los hombres: que de verdad mucho estorba el tratar de las cosas del siglo, aunque se digan con buena intención, porque presto somos ensuciados y captivados de la vanidad. Muchas veces quisiera haber callado y no haber estado entre hombres. Mas ¿qué es la causa que tan de gana hablamos y platicamos unos con otros, viendo cuán pocas veces volvemos al silencio sin daño de la consciencia? La razón es, que por el hablar buscamos ser consolados unos de otros, y deseamos aliviar al corazón fatigado de pensamientos diversos, y tomamos placer en pensar y hablar de las cosas que amamos, ó no son contrarias. Mas ¡ay dolor! que muchas veces vanamente y sin fruto: porque esta exterior consolación gran detrimento es de la interior y divina. Por eso velemos y oremos, no se nos vaya el tiempo en balde. Si conviene hablar, sea cosa que edifique. La costumbre de el hablar y la negligencia de aprovechar sueltan la guarda de nuestra lengua. Aprovecha em-

pero y no poco para nuestro espiritual aprovechamiento la devota habla de cosas espirituales, especialmente cuando muchos de un mismo espíritu y corazón se ayuntan en Dios.

CAPÍTULO XI.

Que se debe adquirir la paz, y del celo del aprovechar.

MUCHA paz terníamos si en los dichos y hechos ajenos (que no nos pertenescen) no quisiésemos ocuparnos. ¿Cómo puede estar en paz mucho tiempo el que se entremete en cuidados ajenos, y busca ocasiones exteriores, y tarde ó nunca se recoge? Bienaventurados los sencillos, porque ternán mucha paz. ¿Qué fué la causa por que muchos de los santos fueron tan perfectos y contemplativos? Cierto porque estudiaron en mortificarse del todo á todo deseo terreno, y por eso pudieron con lo íntimo del corazón ayuntarse á Dios y ocuparse libremente en sí mismos. A la verdad nosotros ocupámonos mucho con nuestras pasiones, y tenemos mucho cuidado de lo que se pasa, y también pocas veces vencemos un vicio perfectamente, ni nos avivamos para aprovechar cada día: y por eso nos quedamos tibios y fríos. Si fuésemos muertos á nos mismos y de dentro desocupados, entonces podríamos gustar las cosas divinas y experimentar algo de la contemplación celestial. Y el mayor impedimento, y el todo, es que no somos libres de nuestras inclinaciones y deseos, ni trabajamos de entrar por la vía perfecta de los santos. Y también cuando alguna adversidad se nos ofresce, muy presto nos caemos, y nos volvemos á las consolaciones humanas. Si nos esforzásemos en la batalla á estar como fuertes varones, ciertamente veríamos el favor del Señor sobre nos: porque aparejado está á socorrer á los que pelean y esperan en su gracia. El cual nos procura ocasiones de pelear para que hayamos victoria. Si solamente en las observancias de fuera ponemos el aprovechamiento de la religión, presto se acabará nuestra devoción. Mas pongamos la segur á la raíz: porque libres de las pasiones poseamos nuestras ánimas pacíficas. Si cada año desarraigásemos un vicio, presto seríamos perfectos. Mas al contrario lo experimentamos, que nos hallamos más faltos después de muchos

años que al comienzo. Nuestro hervor y aprovechamiento cada día debe crescer: mas agora en mucho se estima perseverar en alguna parte del primer fervor. Si al principio hiciésemos alguna resistencia, podríamos después hacer las cosas con ligereza y gozo. Grave cosa es dejar la costumbre: pero más grave es ir contra la propria voluntad. Mas si no vences las cosas pequeñas y livianas, ¿cómo vencerás las dificultosas? Resiste en los principios á tu inclinación y deja la mala costumbre: porque no te lleve poco á poco á mayor dificultad. ¡Oh, si mirases, cuánta paz á ti y cuánta alegría darías á los otros rigiéndote bien! Yo creo que serías más solícito en el aprovechamiento espiritual.

CAPÍTULO XII.

De la utilidad de la adversidad.

BUENO es que algunas veces nos vengan cosas contrarias: porque muchas veces atraen el hombre al corazón: para que se conozca desterrado y no ponga su esperanza en cosa del mundo. Bueno es que padezcamos á veces contradictores, y que sientan de nos malamente, aunque hagamos buenas obras y tengamos buena intención. Esto ayuda á la humildad y nos defiende de la vanagloria. Cierto entonces mejor buscamos á Dios por testigo interior cuando somos de fuera despreciados y no nos dan crédito. Por eso debría el hombre afirmarse del todo en Dios, y no ternía necesidad de buscar otras consolaciones. Cuando el hombre bueno es atribulado, ó tentado, ó afligido con malos pensamientos, entonces conosce tener de Dios mayor necesidad, pues que ve claramente que sin Él no puede nada bueno. Entonces de verdad se entristece, gime y ora por las miserias que padesce. Entonces le enoja la larga vida, y desea hallar la muerte, por ser desatado y estar con Cristo. Entonces conosce bien que no puede haber en el mundo perfecta seguridad ni complida paz.

CAPÍTULO XIII.

Del resistir á las tentaciones.

CUANTO en el mundo vivimos no podemos estar sin tribulaciones y tentaciones, según está escripto en Job: Tentación es la vida del hombre sobre la tierra. Por eso cada uno

debe tener cuidado, y vele en oración contra sus tentaciones, porque no halle el diablo lugar de engañarlo: que nunca duerme, buscando por rodeos á quien tragar. Ninguno hay tan sancto ni tan perfecto que no sea algunas veces tentado. Mas son las tentaciones muchas veces utilísimas al hombre, aunque sean graves y enojosas: porque en ellas es humillado, purgado y enseñado. Todos los sanctos por muchas tribulaciones y tentaciones pasaron, y aprovecharon: y los que no quisieron sofrir bien las tentaciones, fueron habidos por malos, y desfallecieron. No hay orden tan sancta ni lugar tan secreto, donde no haya tentaciones y adversidades. No hay hombre seguro de tentaciones del todo en tanto que vive: porque en nosotros está la causa, que nascemos con inclinación de pecado, y una tentación ó tribulación ida, sobreviene otra: y siempre tenemos que sufrir, porque se perdió el primero estado de la inocencia. Muchos quieren huir las tentaciones, y caen en ellas más gravemente. No se pueden vencer con sólo huir, mas con paciencia y verdadera humildad somos hechos más fuertes que todos los enemigos. El que solamente desvía lo de fuera y no arranca la raíz, poco aprovechará: antes tornarán á él más presto las tentaciones, y hallarse ha peor. Poco á poco, con paciencia y larga esperanza (con el favor divino) vencerás mejor que no con tu propria importunidad y fatiga. Toma muchas veces consejo en la tentación, y no seas tú desabrido con el que es tentado: mas procura de consolarlo como tú querrías ser consolado. El comienzo de toda mala tentación es no ser constante en el bien comenzado y no confiar en Dios. Porque como la nave sin gobernalle por acá y por allá la baten las ondas, así el hombre descuidado y que deja su propósito, es tentado de diversas maneras. El fuego prueba al fierro, y la tentación al justo. Muchas veces no sabemos lo que podemos: mas la tentación descubre lo que somos. Debemos empero velar principalmente al principio de la tentación, porque entonces más fácilmente es vencido el enemigo, cuando no lo dejamos pasar de la puerta del ánima. Por lo cual dijo uno: Resiste á los principios. Tarde viene el remedio cuando la llaga es muy vieja. Lo primero que ocurre al ánima es solo el pensamiento, luego la importuna imaginación, después la delectación, y el feo movimiento, y el consentimiento. Y así se apodera poco á poco el enemigo del todo, por no resistirle al prin-

cipio. Y cuanto uno fuere más perezoso en resistir, tanto cada día se hace más flaco, y el enemigo contra él más fuerte. Algunos padecen graves tentaciones al principio de su conversión, otros al fin: otros casi toda su vida padecen. Algunos son tentados blandamente, según la sabiduría y juicio de la divina ordenación que mide el estado y los méritos de todos, y todo lo tiene ordenado para salud de sus escogidos. Por eso no debemos desesperar cuando somos tentados: mas antes rogar á Dios con mayor fervor que tenga por bien de nos ayudar en toda tribulación. El cual sin duda (según el dicho de Sant Pablo) nos porná tal remedio que la podamos sufrir, y salgamos della con provecho. Pues así es, humillemos nuestras ánimas debajo de la mano de Dios en toda tribulación y tentación, que Él salvará y engrandescerá los humildes de espíritu. En las tentaciones y adversidades se ve cuánto el hombre ha aprovechado: y en ellas consiste mayor merescimiento, y se conosce mejor la virtud. No es mucho ser el hombre devoto y ferviente cuando no siente pesadumbre: mas si en el tiempo de la adversidad se sufre con paciencia, esperanza es de gran bien. Algunos hay guardados de grandes tentaciones, que son vencidos muy á menudo de pequeñas: porque se humillen y no confien de sí en cosas grandes, pues que son flacos en cosas tan chicas.

CAPÍTULO XIV.

Que se debe evitar el juicio temerario.

PON los ojos en ti mismo, y guárdate de juzgar las obras ajenas. En juzgar á otros trabaja hombre en vano, ɀ yerra muchas veces, y peca fácilmente: mas juzgando y examinándose á sí, trabaja con fructo. Muchas veces juzgamos la cosa conforme á nuestro apetito, y perdemos ligeramente el verdadero juicio por el amor proprio. Si fuese Dios siempre el fin puramente de nuestro deseo, no tan presto nos turbaría la contradición de nuestra sensualidad. Mas muchas veces tenemos algo de dentro escondido, ó de fuera ocurre, cuya afición nos lleva tras sí. Muchos buscan su proprio interese secretamente en las obras que hacen, y no lo entienden: y parésceles estar en buena paz

cuando se hacen las cosas á su propósito: mas si de otra manera suceden, presto se alteran y entristecen. Por la diversidad de los paresceres muchas veces se levantan discordias entre los amigos y vecinos, entre los religiosos y devotos. La vieja costumbre con dificultad se deja. Ninguno deja de buena gana su proprio parescer. Si en tu razón z industria te esfuerzas más que en la virtud de la subjeción de Cristo, tarde y pocas veces tendrás lumbre: porque quiere Dios que nos subjetemos á Él perfectamente y que trascendamos toda razón inflamados de su amor.

CAPÍTULO XV.

De las obras que proceden de la caridad.

No se debe hacer algún mal por cosa del mundo, ni por amor de alguno: mas por el provecho de quien lo ha menester, alguna vez se puede dejar la buena obra, ó trocarse por otra mejor. Desta manera no se pierde la buena obra, mas múdase en mejor. La obra exterior sin caridad no aprovecha: mas todo cuanto se hace con caridad, por poco que sea y desechado, todo es fructuoso. Por cierto más mira Dios el corazón que el don. Mucho hace el que mucho ama, y mucho hace el que hace bien la cosa, y bien hace el que sirve más al común que á su voluntad. Muchas veces paresce caridad lo que es carnalidad. Porque la inclinación de la carne, la propria voluntad, el esperanza del galardón, la afeción del provecho pocas veces nos dejan. El que tiene verdadera y perfecta caridad, no se busca á sí en cosa alguna, mas en toda cosa desea que Dios sea glorificado. No ha envidia de ninguno: porque no ama ningún bien proprio, ni se quiere gozar en sí: mas desea sobre todas las cosas gozar de Dios. Á nadie atribuye ningún bien, mas refiérelo del todo á Dios, del cual como de fuente manan todas las cosas, en el cual finalmente todos los sanctos descansan con perfecto gozo. ¡Oh, quien tuviese una centella de verdadera caridad, por cierto que sentiría ser todas las cosas de vanidad llenas!

CAPÍTULO XVI.

Que se deben tolerar los defectos ajenos.

Lo que no puede hombre emendar en sí ni en los otros, débelo sufrir con paciencia hasta que Dios lo ordene de otra manera, y pensar que quizá te es así mejor, para que te conozcas y tengas paciencia, sin la cual no son de estimar en mucho nuestros merescimientos. Mas debes rogar á Dios por los tales impedimentos que tenga por bien de te socorrer para que lo lleves buenamente. Si alguno amonestado una vez ó dos no se emendare, no contiendas con él: mas encomiéndalo á Dios para que se haga su voluntad á honra suya en todos sus siervos: que Él sabe sacar de los males bien. Estudia de sufrir con paciencia cualesquier defectos y flaquezas ajenas, mirando que tú tienes mucho que te sufran los otros. Si no puedes hacerte á ti cual deseas, ¿cómo quieres tener al otro á tu sabor? De gana queremos hacer á los otros perfectos, y no emendamos nuestros defectos proprios. Queremos que los otros sean corregidos estrechamente, y nosotros no queremos ser corregidos. Desplácenos si á los otros es dada larga licencia, y no queremos que cosa alguna nos sea negada. Queremos que los otros sean apremiados con constituciones, y en ninguna manera sufrimos que nos sea defendida cosa alguna. Así parece claro cuán pocas veces estimamos al prójimo como á nos mismos. Si todos fuesen perfectos, ¿qué habría que sufrir por Dios? Mas así lo ordenó Dios, para que aprendamos á llevar las cargas unos de otros. Porque no hay ninguno sin defecto, ninguno sin carga: ninguno es suficiente para sí, ninguno es complidamente sabio para sí. Y por tanto conviene llevarnos, consolarnos y juntamente ayudarnos unos á otros, instruirnos y amonestarnos. De cuánta virtud sea cada uno, mejor se muestra en la ocasión de la adversidad: porque las ocasiones no hacen al hombre flaco, mas declaran qué tal es.

CAPÍTULO XVII.

De la vida de los monesterios.

CONVIENE que aprendas á quebrantarte á ti en muchas cosas si quieres tener paz con otros. No es poco morar en congregaciones sin queja, y perseverar fielmente hasta la muerte. Por cierto bienaventurado es el que vive allí bien, y acaba santamente. Si quieres estar bien y aprovechar, estímate como desterrado y peregrino sobre la tierra. Conviene hacerte loco por Jesucristo, si quieres seguir la vida perfecta. El hábito y la corona poco hacen, mas la mudanza de las costumbres y la entera mortificación de las pasiones hacen al hombre verdadero religioso. El que busca algo fuera de Dios, no hallará sino tribulación y dolor. Por cierto no puede estar mucho en paz el que no procura ser el menor y el más subjecto. Cata que veniste á servir, y no á regir. Mira que te llamaron para trabajar y padescer, no para holgar y parlar. Pues que aquí se prueban los hombres como el oro en el crisol, aquí no puede alguno estar, si no se humilla de todo corazón por Dios.

CAPÍTULO XVIII.

De los ejemplos de los sanctos Padres.

MIRA bien los vivos ejemplos de los sanctos Padres, en los cuales resplandece la verdadera perfeción, y verás cuán poco y cuasi nada sea lo que hacemos. ¡Ay de nos! ¿qué es nuestra vida cotejada con la suya? Los sanctos y amigos de Cristo sirvieron al Señor en hambre, en sed, en frío, en desnudez, en trabajos, en fatigas, con vigilias y ayunos, en oraciones y santos pensamientos, en persecuciones y muchos denuestos. ¡Oh, cuán muchas y graves tribulaciones padescieron los apóstoles, mártires, confesores, y vírgines, y todos los que quisieron seguir las pisadas de Jesucristo, los que en esta vida aborrescieron sus vidas para poseer sus ánimas en la vida perdurable! ¡Oh, cuán estrecha y apartada vida hicieron los sanctos Padres en el yer-

mo! ¡Cuán largas tentaciones padescieron! ¡Cuán contino fueron atormentados del enemigo! ¡Cuán continas y fervientes oraciones ofrescieron á su Dios! ¡Cuán fuertes abstinencias cumplieron! ¡Cuán gran celo tuvieron al espiritual aprovechamiento! ¡Cuán fuerte pelea pasaron para vencer los vicios! ¡Cuán pura y recta intención tuvieron con Dios! En el día trabajaban, las noches ocupaban en la divina oración: aunque trabajando no cesaban de la oración espiritual. Todo el tiempo gastaban en bien. Toda hora les parecía poco para darse á Dios. Y por la gran dulzura de la contemplación se olvidaban de la necesidad del mantenimiento. Renunciaban riquezas, honras, dignidades, parientes, amigos: ninguna cosa querían del mundo, apenas tomaban lo necesario á la vida, y tenían dolor de servir á su cuerpo, aun en las cosas necesarias. Cierto muy pobres eran de lo temporal, mas riquísimos en gracias y virtudes. En lo de fuera necesitados, y en lo de dentro eran de la gracia y divina consolación recreados. Ajenos eran al mundo: mas á Dios cercanos y familiares amigos. Teníanse por nada cuanto á sí, y el mundo los despreciaba: mas en los ojos de Dios eran preciosos y escogidos. Estaban en verdadera humildad, vivían en sencilla obediencia, andaban en caridad y paciencia, y por eso cada día crescían en espíritu y alcanzaban mucha gracia ante Dios. Fueron puestos por dechado en la Iglesia: y más nos deben éstos mover á bien aprovechar, que la muchedumbre de los tibios aflojar. ¡Oh, cuánto fué el fervor de los religiosos al principio de la sancta ordenación! ¡Oh, cuánta la devoción de la oración, cuánta envidia de la virtud! ¡Cuánto floresció la disciplina! ¡Cuánto la reverencia y obeciencia que hubo al mayor en todas las cosas! Aun hasta agora dan testimonio los rastros que quedaron, que fueron verdaderamente varones santos y perfectos, que tan varonilmente peleando hollaron el mundo. Agora ya se estima en mucho el que no quebranta la regla y el que con paciencia pudiere sufrir lo que votó. ¡Oh tibieza y negligencia de nuestro tiempo, que tan presto declinamos del fervor primero, y nos enoja el vivir de cansados y flojos! Pluguiese á Dios que no durmiese en ti el aprovechamiento de las virtudes, pues viste tantos ejemplos de devotos.

CAPÍTULO XIX.

De los ejercicios del buen religioso.

La vida del buen religioso debe resplandescer en toda virtud, y que sea tal de dentro cual paresce de fuera. Y con razón debe ser muy mejor de dentro, porque nos mira nuestro Dios, á quien debemos suma reverencia dondequiera que estuviéremos. Y debemos andar limpios como ángeles en su presencia, y renovar cada día nuestro propósito, y despertarnos á más fervor, como si hoy fuese el primero día de nuestra conversión, y decir: Señor Dios mío, ayúdame en mi propósito y en tu sancto servicio, y dame gracia agora que comience hoy perfectamente, que no es nada cuanto hice hasta aquí. Según es nuestro propósito, así es nuestro aprovechar. El que quiere bien aprovechar, ha menester que sea diligente. Si el que propone firmísimamente falta muchas veces, ¿qué será del que tarde ó nunca propone? Mas acaesce de diversas maneras el dejar nuestro propósito. Y dejar de ligero los acostumbrados buenos ejercicios pocas veces pasa sin algún daño. El propósito de los justos más pende de la gracia de Dios, que del saber proprio, y en Dios confían en cualquier cosa que comienzan. Porque el hombre propone, mas Dios dispone, y no es en la mano del hombre su camino. Si se deja alguna vez el ejercicio acostumbrado por piedad ó por el provecho del prójimo, ligeramente se cobra: mas si por enojo de corazón ó negligencia, muy culpable y dañoso se sentirá después. Esforcémonos cuanto pudiéremos, que aun en muchas faltas caeremos ligeramente: empero alguna cosa determinada debemos proveer, y principalmente de remediar la que más nos estorba. Debemos examinar y ordenar todas nuestras cosas exteriores z interiores, que todo conviene para nuestro provecho. Si no puedes recogerte de contino, siquiera algunas veces: á lo menos una vez en el día ó en la noche. A la mañana propón, á la tarde examina tus obras: qué tal has sido este día en la obra, y en la palabra, y en el pensamiento: porque puede ser que ofendiste en esto á Dios y al prójimo muchas veces. Armate como varón contra las malicias del diablo. Enfrena la gula, y fácilmente refrenarás la inclinación de la carne. Nunca estés

del todo ocioso: mas lee, ó escribe, ó reza, ó piensa, ó haz algo de provecho común. Los ejercicios corporales se deben tomar con discreción, y no son igualmente para todos. Los ejercicios particulares no se deben hacer públicamente, porque más seguros son para secreto. Mas guárdate no seas más presto para lo particular que para lo común: mas cumplido muy bien lo encomendado, tórnate á ti como desea tu devoción. No podemos todos ejercitar una misma cosa. Una cosa conviene más á uno que á otro. También según el tiempo así aplacen diversos ejercicios: unos son para fiestas, otros para la semana. Unos cumplen para el tiempo de la tentación, otros para el de paz y sosiego. Unas cosas nos place pensar cuando estamos tristes, y otras cuando alegres en el Señor. Mas en las fiestas principales debemos renovar nuestros buenos ejercicios z invocar con mayor fervor la intercesión de los sanctos. De fiesta en fiesta debemos proponer algo, como si á la hora hobiésemos de salir deste mundo y llegar á la eterna festividad. Por eso debemos aparejarnos con cuidado en todos los tiempos devotos, y conversar con los devotos, y guardar toda la observancia más estrechamente, como quien ha de rescebir en breve de Dios el premio de sus trabajos. Y si se dilatare, creamos que no estamos aparejados ni dignos de tanta gloria como se declarará en nos, acabado el tiempo. Pues estudiemos aparejarnos mejor para morir, pues dice el evangelista Sant Lucas: Bienaventurado el siervo que cuando viniere el Señor, lo hallare velando: en verdad os digo que lo constituirá sobre todos sus bienes.

CAPÍTULO XX.

Del amor de la soledad y silencio.

BUSCA tiempo convenible para estar contigo y piensa á menudo en los beneficios de Dios. Deja las cosas curiosas, y lee tales tratados que te den más compunción que ocupación. Si te apartares de pláticas superfluas, y de andar en balde, y de oir nuevas y murmuraciones, hallarás tiempo suficiente y aparejado para pensar buenas cosas. Los más principales de los sanctos cuanto podían evitaban las compañías de los hombres y elegían

de servir á Dios en secreto. Dijo uno: Cuantas veces estuve entre los hombres, volví menor hombre. Lo cual experimentamos por cierto cuando mucho hablamos. Más ligera cosa es callar siempre, que hablar sin errar. Más fácil es encerrarse en su casa, que guardarse del todo fuera della. Por tanto el que quiere llegar á las cosas interiores y espirituales, conviénele apartarse con Jesucristo de la gente. Ninguno se muestra seguro en público, sino el que se asconde de grado. Ninguno manda seguramente, sino el que aprendió á obedecer de buena gana. Ninguno se goza seguramente, sino el que tiene su conciencia limpia. Ninguno habla con seguridad, sino el que calla muy de gana. Mas la seguridad de los sanctos siempre estuvo llena del temor divino. Ni por eso fueron menos solícitos y humildes en sí, aunque resplandescían en grandes virtudes y gracia. La seguridad de los malos nasce de soberbia y presunción, y al fin se vuelve en engaño de sí mismos. Nunca te tengas por seguro en esta vida triste, aunque parezcas buen religioso ó devoto ermitaño. Los muy estimados por buenos, muchas veces han caído en graves peligros por su mucha confianza. Por lo cual es utilísimo á muchos que no les falten del todo tentaciones,mas que sean muchas veces combatidos, porque no estén muy seguros de sí, porque no se levanten con soberbia ni se derramen demasiadamente en las consolaciones de fuera. ¡Oh, quién nunca tomase alegría transitoria! ¡Oh, quien nunca se ocupase en el mundo, cuán buena consciencia guardaría! ¡Oh, quien cortase todo vano cuidado, y pensase solamente las cosas saludables y divinas, y pusiese toda su esperanza en Dios, cuán sosegada paz poseería! Ninguno es digno de consolación celestial, sino el que se ejercitare con diligencia en la sancta contrición. Si quieres arrepentirte de corazón, entra en tu retraimiento y destierra de ti todo bollicio, según está escripto: Reprehendeos en vuestras camas. En el recogimiento hallarás lo que pierdes muchas veces por de fuera. El rincón usado se hace dulce, y el poco usado causa fastío. Si al principio de tu conversión guardares bien el recogimiento, serte ha después dulce amigo y gratísimo consuelo. En el silencio y sosiego se perfeciona el ánima devota y aprende los secretos de las Escripturas. Allí halla arroyos de lágrimas con que se lave todas las noches, para que sea tanto más familiar á su Hacedor, cuanto más se desviare del tumulto del siglo. Pues así es, el

que se aparta de amigos y conoscidos, será más cerca de Dios y de sus ángeles. Mejor es esconderse y curar de sí, que con descuido proprio hacer miraglos. Muy loable es al hombre devoto salir fuera pocas veces, z huir de mostrarse. ¿Para qué quieres ver lo que no te conviene tener? El mundo pasa y sus deleites. Los deseos sensuales nos llevan á pasatiempos: mas pasada aquella hora ¿qué nos queda sino derramamiento del corazón y pesadumbre de consciencia? La salida alegre muchas veces causa triste y desconsolada vuelta, y la alegre tarde hace triste mañana. Y así todo gozo carnal entra blando, mas al cabo muerde y mata. ¿Qué puedes ver en otro lugar, que aquí no lo veas? Aquí ves el cielo, y la tierra, y los elementos, de los cuales fueron hechas todas las cosas. ¿Qué puedes ver que permanezca mucho tiempo debajo del sol? ¿Piensas te hartar? Pues cree que no lo alcanzarás. Si todas las cosas vieses ante ti, ¿qué sería sino una vista vana? Alza tus ojos á Dios, y ruega por tus pecados y negligencias. Deja lo vano á los vanos, y tú ten cuidado de lo que manda Dios. Cierra tu puerta sobre ti, y llama á tu amado Jesú. Está con Él en tu cámara, que no hallarás en otro lugar tanta paz. Si no salieras ni oyeras nuevas, mejor perseveraras en buena paz. Pues te huelgas en oir novedades, conviene que te venga turbación del corazón.

CAPÍTULO XXI.

Del remordimiento del corazón.

Si quieres aprovechar algo, consérvate en el temor de Dios, y no quieras ser muy libre, mas refrena todos tus sentidos, y no te des á vana alegría. Date al remordimiento del corazón, y hallarás devoción. La compunción descubre muchos bienes, que la soltura suele perder en breve. Maravilla es que el hombre se pueda alegrar perfectamente en esta vida, considerando su destierro y pensando en los peligros de su ánima. Por la liviandad del corazón y por el descuido de nuestros defectos no sentimos los dolores de nuestra ánima. Mas muchas veces reímos cuando debíamos llorar. No es buena el alegría, ni verdadera la libertad, sino en temor de Dios con buena consciencia. Bienaventurado

aquél que puede desviarse de todo estorbo y puede recogerse á la unión de la sancta compunción. Bienaventurado el que puede renunciar toda cosa que puede mancillar ó agraviar su consciencia. Pelea como varón, que una costumbre vence á otra. Si tú sabes dejar los hombres, ellos te dejarán hacer tus hechos. No te ocupes en cosas ajenas, ni te entremetas en las causas de los mayores. Mira primero por ti y amonéstate á ti más especialmente que á todos cuantos quieres bien. Si no eres favorido de hombres, no te entristezcas. Mas una cosa te sea grave, que no tienes tanto cuidado de mirar por ti como conviene á devoto siervo de Dios. Muy útil y seguro es muchas veces que el hombre no tenga en esta vida muchas consolaciones, mayormente según la carne. Mas no sentir ó gustar las divinas, nuestra es la culpa, que no buscamos la contrición del corazón ni desechamos del todo las vanas consolaciones. Conóscete por indigno de la divina consolación y muy merecedor de tribulaciones. Cuando el hombre tiene perfecta contrición, luego le paresce grave y amargo todo el mundo. El buen hombre siempre halla razón para dolerse y llorar. Porque agora se mire á sí, agora piense en su prójimo, sabe que ninguno vive sin tribulación en este siglo. Y cuanto más de verdad se mira, tanto más halla de que dolerse. Materia de justo entrañable dolor son nuestros pecados y vicios, en los cuales envueltos, estamos tan caídos, que pocas veces podemos contemplar lo celestial. Si de contino pensases más en tu muerte que en el largo vivir, no hay duda sino que te emendarías con mayor fervor. Si pusieses también ante tu corazón las penas del infierno ó del purgatorio, creo yo que muy de gana sufrirías cualquier trabajo y dolor, y no temerías ninguna aspereza. Mas como estas cosas no pasan al corazón, y lo que peor es, aun amamos las blanduras, por eso nos quedamos muy fríos y perezosos. Muchas veces por falta de espíritu se queja el cuerpo miserable tan presto. Ruega pues con humildad al Señor que te dé espíritu de contrición, y di con el Profeta: Hártame, Señor, del pan de lágrimas y dame á beber lágrimas en medida.

CAPÍTULO XXII.

De la consideración de la miseria humana.

Miserable eres doquier que fueres y doquiera que te vuelvas, si no te vuelves á Dios. ¿Porqué te turbas si no te sucede lo que deseas? ¿Quién es el que tiene todas las cosas á su voluntad? Por cierto ni yo, ni tú, ni hombre sobre la tierra. No hay hombre en el mundo sin tribulación, aunque sea rey ó papa. Pues ¿quién es el que está mejor? Ciertamente el que se pone á padescer algo por Dios. Dicen muchos flacos: mirad cuán buena vida tiene aquel hombre, cuán rico, cuán poderoso, cuán hermoso, cuán gran señor. Mas pára mientes á los bienes celestiales, y verás que todo lo temporal es cuasi nada, muy incierto y que mucho agravia: porque no lo podemos poseer sin cuidado y temor. No está la felicidad del hombre en tener abundancia de lo temporal: basta una vida mediana: que harto verdadera miseria es vivir en la tierra. Cuanto el hombre quisiere ser más espiritual, tanto le será más amarga la vida: porque siente mejor y más claro los defectos de la corrución humana. Porque comer, beber, velar, dormir, reposar, trabajar y estar subjecto á toda la necesidad natural, de verdad es grandísima miseria y aflición al cristiano devoto, el cual de gana desea ser libre de todo pecado. Por cierto el hombre interior rescibe mucha pesadumbre con las necesidades corporales. Por eso el Profeta ruega devotamente que pueda ser librado dellas, diciendo: Líbrame, Señor, de mis necesidades. Mas ¡ay de los que no conoscen su miseria, y mucho más de los que aman esta mísera y corrutible vida! Porque hay algunos tan abrazados con ella, que aunque con mucha dificultad trabajando ó mendigando tengan lo necesario, si pudiesen vivir aquí siempre, no curarían del reino de Dios. ¡Oh locos y descreídos de corazón, que tan profundamente se envuelven en la tierra, que no saben sino las cosas carnales! Mas los míseros en el fin sentirán cruelmente cuán vil y cuán nada era lo que tanto amaron. Los sanctos de Dios y todos los amigos de Cristo no curaban de lo que agradaba á la carne, ni de lo que florescía en este tiempo: mas toda su esperanza z intención suspiraba por los bienes eternos: todo su deseo subía á lo que ha de durar, y que

no se ve, porque no fuesen traídos á las cosas bajas con el amor de las cosas visibles. No quieras, hermano, perder la confianza de aprovechar en las cosas espirituales: aun tiempo y hora tienes. ¿Porqué quieres dilatar tu propósito? Levántate en este momento, y comienza y di: Agora es tiempo de obrar, tiempo de pelear, tiempo convenible para emendarme. Cuando tienes alguna tribulación, es tiempo de merescer. Conviene que pases por fuego y por agua ante que llegues al descanso. Si no te haces fuerza, no vencerás el vicio. En tanto que traemos este cuerpo, no podemos estar sin pecado, ni vivir sin enojo y dolor. Fácil cosa fuera tener descanso de toda miseria: mas como perdimos la inocencia por el pecado, perdióse con ella la verdadera felicidad. Por eso conviénenos tener paciencia y esperar la misericordia de Dios, hasta que se acabe la maldad, y la vida trague á la muerte. ¡Oh, cuánta es la flaqueza humana, que siempre está inclinada á los vicios! Hoy confiesas tus pecados, y mañana te tornas á ellos. Agora propones de guardarte, y de aquí á una hora haces como si no propusieras nada. Con gran razón nos podemos humillar y nunca sentir de nos cosa grande, pues somos tan flacos y tan mudables. Por cierto presto se pierde por descuido lo que con mucho trabajo dificultosamente se ganó por gracia. ¿Qué será de nos al fin, que ya tan temprano estamos tibios? ¡Ay de nos, si así queremos ir al reposo como si ya tuviésemos paz y seguridad, como no parezca señal de verdadera sanctidad en nuestra conversación! Sería bien menester que aun fuésemos instruídos otra vez como niños en buenas costumbres, si por ventura hobiese alguna esperanza de emienda y de mayor aprovechamiento espiritual.

CAPÍTULO XXIII.

Del pensamiento de la muerte.

MUY presto será contigo este negocio: por eso mira cómo vives. Hoy es el hombre, y mañana no paresce. En quitándolo de los ojos se va del corazón. ¡Oh torpeza y dureza del corazón humano, que solamente piensa lo presente, sin cuidado de lo porvenir! Habías de ordenarte en toda cosa como si luego

hobieses de morir. Si tuvieses buena consciencia, no temerías mucho la muerte. Mejor sería huir los pecados que la muerte. Si hoy no estás aparejado, ¿cómo lo estarás mañana? El día de mañana es incierto, ¿y qué sabes si amanescerás mañana? ¿Qué aprovecha vivir mucho cuando tan poco nos emendamos? La luenga vida no todas veces emienda lo pasado: mas muchas veces añade pecados. ¡Oh, si hobiésemos vivido un día bien en este mundo! Muchos cuentan los años de su conversión, y muchas veces es poco el fructo de la emienda. Si es temeroso el morir, puede ser que sea más peligroso vivir mucho. Bienaventurado el que tiene siempre la hora de la muerte ante sus ojos, y se apareja cada día á morir. Si viste morir algún hombre, piensa que por aquella carrera has de pasar. Cuando fuere de mañana, piensa que no llegarás á la noche. Y cuando noche, no te oses prometer de ver la mañana: porque muchos mueren súbitamente. Por eso vive siempre aparejado y con tanta vigilancia, que nunca la muerte te halle desapercebido: porque verná el Hijo de la Virgen en la hora que no se piensa. Cuando viniere aquella hora postrera, de otra manera comenzarás á sentir de toda tu vida pasada, y mucho te dolerás porque fuiste tan negligente y perezoso. ¡Cuán bienaventurado y prudente es el que vive de tal manera, cual desea ser hallado en la muerte! Ciertamente el perfecto desprecio del mundo, el encendido deseo de aprovechar en las virtudes, el amor de la buena vida, el trabajo de la penitencia, la prontitud de la obediencia, el renunciarse á sí mismo, la paciencia en toda adversidad por amor de Jesucristo, gran confianza le darán de vivir bienaventuradamente. Muchos bienes podrías hacer cuando estás sano: cuando enfermo, no sé qué podrás. Pocos se emiendan con la enfermedad. Y también los que muchas romerías andan, tarde son sanctificados. No confíes en amigos ni en vecinos, ni dilates tu salud á lo porvenir, porque más presto que piensas serás olvidado. Mejor es agora con tiempo hacer algún bien ante ti, que esperar en el cuidado de otros. Si tú no eres solícito para ti agora, ¿quién terná cuidado de ti después? Agora es el tiempo muy precioso: mas ¡ay dolor, que lo gastas desaprovechadamente, pudiendo en él ganar cómo eternalmente vivas! Verná cuando desearás un día ó una hora para te emendar, y no sé si te será concedida. ¡Oh hermano, de cuánto peligro te podrías librar, de cuán gravísimo espanto, si agora fueses temeroso y sospechoso

de la muerte! Trabaja agora de vivir de tal manera, que en la hora de la muerte puedas antes gozarte que temer. Aprende agora á morir al mundo, para que después comiences á vivir con Cristo. Aprende agora á despreciar todas las cosas, para que entonces puedas libremente ir á Cristo. Castiga agora por penitencia tu cuerpo, porque entonces puedas tener confianza cierta. Oh loco, ¿porqué te piensas vivir mucho, no teniendo un día seguro? ¡Cuántos han sido engañados y sacados del cuerpo cuando no lo pensaban! ¡Cuántas veces oíste contar que uno murió á espada, otro se ahogó, otro cayó de alto y se quebró la cabeza, otro comiendo se quedó pasmado, á otro jugando le vino su fin, uno muere á fuego, otro á fierro, otro con pestilencia, otro á manos de ladrones, y así la muerte es el cabo de todos, y la vida de los hombres se pasa así como sombra! ¿Quién se acordará y quién rogará por ti después de muerto? Agora, agora, hermano, haz lo que pudieres, que no sabes cuando morirás, ni que te acaescerá después de la muerte. Agora que tienes tiempo, allega espirituales riquezas inmortales y no cures salvo de tu salud y de las cosas de Dios. Hazte amigo de los sanctos, hónralos imitando sus obras, para que cuando salieres desta vida te resciban en las moradas eternas. Trátate como huésped y peregrino sobre la tierra, al cual no va nada en los negocios del mundo. Guarda tu corazón libre y levantado á Dios: porque aquí no tienes ciudad durable. Allí, allí endereza tus oraciones de contino con gemidos y lágrimas: porque merezca tu espíritu después de la muerte pasar al Señor con mucha honra.

CAPÍTULO XXIV.

Del juicio y de las penas de los pecados.

Mira el fin en todas tus cosas, y de qué manera estarás ante aquel Juez riguroso, al cual no hay cosa encubierta, ni se amansa con dones, ni rescibe excusaciones: mas juzgará justísimamente. Oh pecador miserable, ignorantísimo, ¿qué responderás á Dios que sabe todas tus maldades? Tú que temes á las veces el rostro de un hombre airado, ¿porqué no te provees para el día del juicio, cuando no habrá quien defienda ni ruegue por

otro: mas cada uno terná que hacer por sí? Agora tu trabajo es fructuoso, tu lloro aceptable, tu gemido se oye, tu dolor es satisfatorio. Aquí tiene el hombre paciente grande y saludable purgatorio, el cual rescibiendo injurias se duele más de la malicia del otro que de su injuria. Ruega á Dios por sus contrarios de buena gana, y de corazón perdona las ofensas, y no se tarda en pedir perdón á cualquiera, y más fácilmente ha misericordia que ira, y procura de hacerse fuerza y de subjectar su carne del todo al espíritu. Mejor es agora purgar los pecados y vicios, que dejarlos para el purgatorio. Cierto nosotros nos engañamos por el amor desordenado que tenemos á la carne. ¿Qué otra cosa tragará aquel fuego sino tus pecados? Cuanto más aquí te perdonas y sigues la carne, tanto después más gravemente serás atormentado. En la cosa que peca el hombre principalmente, será más gravemente punido. Allí los perezosos serán pungidos con aguijones ardiendo, los golosos serán atormentados con gravísima hambre y sed, los lujuriosos y amadores de deleites serán envestidos en pez y azufre ardiendo, los envidiosos aullarán con dolor como perros rabiosos. No hay vicio que no tenga su proprio tormento. Allí los soberbios serán llenos de toda confusión, los avaros serán puestos en miserable necesidad. Allí más grave será pasar una hora de pena, que aquí cient años de penitencia amarga. Allí no hay holganza ni consolación: mas aquí algunas veces cesan los trabajos y consuelan los amigos con refrigerios. Pues agora ten cuidado y dolor de tus pecados, porque el día del juicio estés seguro con los bienaventurados. Entonces estarán los justos en gran constancia contra los que los angustiaron y atribularon. Entonces estará para juzgar el que aquí se sometió húmilmente al juicio de los hombres. Entonces terná mucha confianza el pobre y bajo, y el soberbio estará de todas partes espantado. Entonces será tenido por sabio el que aprendió aquí á ser loco y menospreciado por Cristo. Entonces agradará toda tribulación y angustia sufrida con paciencia, y toda maldad atapará su boca. Entonces más se folgará la carne afligida que si siempre fuere criada en deleites. Entonces más te aprovecharán las obras sanctas que las hermosas palabras. Entonces resplandescerá el despreciado vestido, y parescerá vil el precioso. Entonces será más alabada la pobre casilla que el palacio dorado. Entonces más ayudará la constante paciencia que todo el

poder del mundo. Entonces más ensalzada será la simple obediencia, que toda la sagacidad del siglo. Entonces más alegrará la pura y buena consciencia, que la enseñada filosofía. Entonces más se estimará el desprecio de las riquezas, que el tesoro de todas las Indias. Entonces más te consolarás de haber orado devotamente, que de haber comido delicadamente. Entonces más te gozarás de haber guardado el silencio, que de haber parlado demasiado. Entonces se alegrará cualquier devoto, y llorará todo hombre profano. Entonces más te placerá la vida estrecha y la recia penitencia, que toda la delectación terrena. Aprende agora á padescer en lo poco, porque después seas librado de lo muy grave. Primero prueba aquí lo que podrás padescer después. Si agora no puedes sufrir tan poca cosa, ¿cómo podrás después los tormentos eternos? Si agora una pequeña pasión te hace tan impaciente, ¿qué hará entonces el infierno? En verdad no puedes tener dos paraísos, deleitarte en este mundo y después reinar en el cielo con Cristo. Si hasta agora hobieses vivido en delectaciones y en honras, si agora te llevase la muerte ¿qué te aprovecharía? Pues mira que todo es vanidad, sino amar y servir á Dios. Por cierto los que aman á Dios de todo corazón, no temen la muerte, ni el tormento, ni el juicio, ni el infierno: porque el amor perfecto segura entrada tiene á Dios. Mas quien se deleita en pecar, no es maravilla que tema la muerte y juicio. Mas bueno es que si el amor no nos desvía de lo malo, á lo menos el temor del infierno nos refrene. Mas el que pospone el temor de Dios, no puede estar mucho tiempo en el bien, mas cae muy presto en los lazos del diablo.

CAPÍTULO XXV.

Del fervor de la emienda de la vida.

HERMANO mío, vela con diligencia en el servicio de Dios, y piensa muy contino á qué veniste y por qué dejaste el mundo. ¿Por ventura no despreciaste el mundo para vivir á Dios y ser hombre espiritual? Corre pues con fervor á la perfeción, que presto recebirás el galardón de tus trabajos, y no habrá de ahí adelante temor ni dolor en tus términos. Agora trabajarás un po-

co, y hallarás después gran descanso y aun perpetua alegría. Si permanesces fiel y diligente en el servir, sin dubda será Dios fidelísimo y riquísimo en pagar. Debes tener buena esperanza que alcanzarás victoria: mas no conviene tener seguridad, porque no te aflojes ni te ensoberbezcas. Como uno estuviese congojado y turbado, y entre la esperanza y el temor dubdase muchas veces, una vez cargado de angustia arrojóse ante un altar, y revolviendo en su pensamiento dijo: ¡Oh, si supiese que había de perseverar! Y luego oyó de dentro la divina respuesta, que dijo: ¿Qué harías si eso supieses? Haz agora lo que entonces harías, y serás bien seguro. Y en ese punto consolado y confortado se ofresció á la divina voluntad, y cesó la congojosa turbación, y no quiso más escudriñar curiosamente para saber lo que le había de suceder: mas estudió con mucho cuidado inquirir qué fuese la voluntad de Dios agradable y perfecta, para comenzar y perfecionar toda buena obra. El Profeta dice: Espera en el Señor, y haz bondad, y mora en la tierra, y serás apascentado en sus riquezas. Una cosa detiene á muchos del fervor de su aprovechamiento: el espanto de la dificultad, ó el trabajo de la batalla. Ciertamente aquéllos aprovechan en las virtudes principalmente, que ponen todas sus fuerzas para vencer las cosas que más graves y contrarias les son: porque allí aprovecha el hombre más y alcanza mayor gracia, adonde más se vence y se mortifica en el espíritu. Mas no tienen todos iguales los contrarios, ni iguales fuerzas para vencer ni mortificarse. Mas el diligente remedador (1) más fuerte será para la perfeción, aunque tenga muchas pasiones, que el bien acondicionado, si pone poco aliento á las virtudes. Dos cosas ayudan especialmente para mucho emendarse. La una, desviarse con esfuerzo de aquello á que le inclina la naturaleza viciosamente, y la otra, trabajar con fervor por la virtud que más nos falta. Estudia también vencer y evitar lo que más te desagrada en los otros. Mira que te aproveches dondequiera y si vieres ó oyeres buenas obras, te avives á imitarlas. Mas guárdate, si vieres alguna cosa digna de reprehensión, que no la hagas. Y si alguna vez lo heciste, emiéndalo presto. Así como tú miras los otros, así otros te miran á ti. ¡Oh, cuán alegre y dulce es ver los cristianos devotos y fervientes, bien acondicionados y bien criados! Y ¡cuán triste y gra-

(1) *Æmulator*, en el texto latino.

ve verlos desordenados y que no hacen aquello á que son llamados! ¡Oh, cuán dañoso es ser negligentes en el propósito del llamamiento divino, y ocuparse en lo que no les mandan! Acuérdate del propósito que tomaste, y ponte delante la imagen del Crucifijo, que mucha razón ternás de avergonzarte mirando la vida de Jesucristo, porque no estudiaste de conformarte más á Él aunque haya muchos años que estás en el camino de Dios. El, cristiano que se ejercita intenta y devotamente en la vida y pasión santísima del Señor, halla allí todo lo útil y necesario para sí complidamente, y no hay necesidad que busque algo mejor fuera de Jesucristo. ¡Oh, si viniese á nuestro corazón Jesucristo crucificado, cuán presto y cuán de verdad seríamos enseñados! El obediente solícito todo lo que le mandan acepta y lleva muy bien. El negligente y perezoso tiene tribulación sobre tribulación, y de cada parte está angustiado: porque carece de la consolación interior, y no le dejan buscar la exterior. El cristiano que está y vive descuidado, cerca está de caer gravemente. El que busca el vivir más ancho y descuidado, siempre estará en angustias: porque ó lo uno ó lo otro le descontentará. Dime: ¿cómo vive tanta multitud de religiosos que están encerrados en la observancia? Salen pocas veces, viven apartados, comen pobremente, visten groseramente, trabajan mucho, hablan poco, velan largo tiempo, madrugan presto, tienen largas horas de oración (1), leen contino y guárdanse en toda honestidad. Mira los de la Cartuja y los del Cistel, y los monjes y monjas de todas las religiones, cómo se levantan cada noche á maitines. Por eso cosa torpe sería que tú emperezases en obra tan santa, donde tanta multitud de religiosos comienza á alabar á Dios. ¡Oh, si nunca hobiésemos de hacer otra cosa sino alabar á Dios con todo el corazón y con la boca! ¡Oh, si nunca comiésemos ni durmiésemos, mas siempre pudiésemos tener el ánima ocupada en Dios! Mucho más dulce sería que servir á las necesidades de la carne. Pluguiese á Dios que no tuviésemos estas necesidades, mas solamente las refeciones espirituales, las cuales gustamos muy tarde. Cuando el hombre viene á tiempo que no busca su consolación en alguna criatura, entonces le comienza á saber bien Dios, y conténtase también de todo

(1) *De oración*, omiten todas las ediciones; pero sin duda por descuido de los impresores. El texto latino dice: *orationes prolongant.*

lo que sucede. Entonces ni se alegra en lo mucho, ni se entristece por lo poco; mas pónese entera y fielmente en Dios, el cual le es todo en todas las cosas: al cual ninguna cosa perece ni muere, mas todas las cosas viven y le sirven sin tardanza. Acuérdate siempre del fin, y que el tiempo perdido jamás torna. Nunca alcanzarás la virtud sin cuidado y diligencia. Si comienzas á ser tibio, comenzará á irte mal: mas si te dieres á la devoción, hallarás gran paz y sentirás el trabajo muy ligero por la gracia de Dios y por el amor de la virtud. El hombre que tiene fervor y diligencia, á todo está aparejado. Mayor trabajo es resistir á los vicios y pasiones, que sudar en los trabajos corporales. El que no evita los pequeños defectos, poco á poco cae en los grandes. Gozarte has siempre en la noche, si gastares bien el día. Vela sobre ti, despiértate á ti, amonéstate á ti, sea de los otros lo que fuere, no te olvides á ti: tanto aprovecharás cuanto más fuerza te hicieres.

FIN DEL PRIMER TRATADO.

COMIENZA EL SEGUNDO TRATADO

CAPÍTULO PRIMERO.

De la conversación interior.

DICE el Señor: El reino de Dios dentro de vosotros está. Conviértete á Dios de todo tu corazón, y deja este mísero mundo, y hallará tu ánima reposo. Aprende á menospreciar las cosas exteriores y darte á las interiores, y verás venir á ti el reino de Dios. Ciertamente el reino de Dios es paz y gozo en el Espíritu Santo: lo cual no se da á los malos. Si aparejares digna morada, Jesucristo vendrá á tí y te mostrará su consolación. Toda su gloria y hermosura es de dentro, y allí se agrada. Su continua visitación es con el hombre interior, y con él habla dulcemente y tiene agradable consolación, mucha paz y muy admirable familiaridad. Ea pues, ánima fiel, apareja tu corazón á este esposo, para que quiera venir á ti y morar contigo, que Él dice así: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y vernemos á él, y moraremos en él. Pues así es, da lugar á Cristo, y á todo lo demás cierra la puerta. Si á Cristo tuvieres, estarás rico, y bástate. Él será tu provisor y fiel procurador en todo, que no tengas necesidad de esperar en los hombres, porque se mudan muy presto y desfallecen muy ligeramente: mas Jesucristo permanesce para siempre y está firmísimo hasta el fin. No es de poner mucha confianza en el hombre quebradizo y mortal, aunque sea provechoso y amado: ni es de tomar mucha pena si alguna vez fuere contrario, porque los que hoy son contigo, mañana te pueden contradecir, y al contrario también. Muchas veces se vuelven como el viento. Pon en Dios toda tu confianza, y sea Él tu temor y amor. Él responderá por ti, y lo hará bien, como mejor sea y convenga. No tienes aquí ciudad de morada: dondequie-

ra que fueres, serás extraño y peregrino, y no ternás jamás reposo hasta que seas unido á Cristo entrañablemente. ¿Qué miras aquí no siendo éste lugar de tu reposo? En lo celestial ha de ser tu morada, y como de paso has de mirar todo lo terreno. Todas las cosas pasan, y tú con ellas. Guárdate no te ayuntes con ellas, porque no seas preso y perezcas. En el Soberano sea tu pensamiento, y tu oración sea enderezada á Cristo sin cesar. Si no sabes especular las cosas profundas y celestiales, descansa en la pasión de Jesucristo y mora muy de gana en sus sacratísimas llagas: porque si te llegas devotamente á las llagas y preciosas feridas de Jesucristo, gran consuelo sentirás en la tribulación, y no curarás mucho de los desprecios de los hombres, y fácilmente sufrirás las palabras de los maldicientes: pues que Jesucristo fué en el mundo despreciado y denostado por los hombres, y entre los denuestos fué de los amigos y conoscidos desamparado en la grandísima necesidad. Cristo quiso padecer y ser despreciado, ¿y tú osas quejarte? Cristo tuvo adversarios y murmuradores, ¿y tú quieres tener á todos por amigos y bienfechores? ¿De dónde se coronará tu paciencia, si ninguna adversidad se te ofrece? Si no quieres sufrir algo por Cristo, ¿cómo serás amigo de Cristo? Sufre con Cristo y por Cristo, si quieres reinar con Cristo. Si una vez entrases perfectamente en lo secreto de Jesucristo y gustases un poco de su encendido amor, no ternías mucho cuidado de tu provecho ó daño, antes te holgarías más de las injurias que te hiciesen: porque el amor de Dios hace al hombre despreciarse á sí mismo. El amador entrañal y verdadero de Jesucristo, y libre de las afeciones desordenadas, se puede convertir libremente á Dios, y levantarse á sí sobre sí en el espíritu, y holgar en él con suavidad. Aquél á quien saben todas sus cosas á lo que son, no como se dicen ó estiman, es verdaderamente sabio y enseñado más de Dios que de los hombres. El que sabe andar dentro de sí y tener en poco las cosas de fuera, no busca lugares ni espera tiempos para darse á ejercicios devotos. El hombre interior presto se recoge, porque nunca se derrama del todo á las cosas exteriores. No le estorba el trabajo exterior, ó la ocupación tomada á tiempos por necesidad: mas como susceden las cosas, así se conforma con ellas el que está de dentro bien ordenado. Tanto el hombre se estorba y distrae, cuanto atrae á sí las cosas. Si fueses bueno y limpio de corazón, todo te sucede-

ría en bien y en provecho. Por eso muchas cosas te turban y descontentan, porque aun no estás muerto á ti perfectamente ni apartado de lo terreno. No hay cosa que tanto ensucie y embarace el corazón, cuanto el amor desordenado en las criaturas. Si desprecias las consolaciones de fuera, podrás contemplar las cosas celestiales y muchas veces gozarte de dentro.

CAPÍTULO II.

Que debemos tener paciencia con humildad.

No tengas en mucho quién es por ti ó contra ti: mas ten cuidado que sea Dios contigo en todo lo que haces. Ten buena conciencia, y Dios te defenderá. Al que Dios quiere ayudar, no le podrá dañar la malicia de alguno. Si tú sabes callar y sufrir, sin dubda verás el favor de Dios. Él sabe bien el tiempo y la manera de librarte, y por eso te debes ofrescer á Él en todo. Á Dios pertenece ayudar y librar de toda confusión. Algunas veces conviene para nuestra humildad que otros sepan nuestros defectos y los reprehendan. Cuando el hombre se humilla por sus defectos, entonces fácilmente aplaca y mitiga á los otros, y satisface á los que están sañosos con él. Dios defiende y libra al humilde, y al humilde ama y consuela, al humilde se inclina, y al humilde da grande gracia, y después de su abatimiento lo levanta á honra. Al humilde descubre sus secretos, y le trae dulcemente á sí, y le convida. El humilde, recebida la injuria z afrenta, está en mucha paz, porque está en Dios y no en el mundo. No pienses haber aprovechado algo, si no te estimas por el más bajo de todos.

CAPÍTULO III.

Del buen hombre pacífico.

PONTE primero á ti en paz, y después podrás apaciguar á los otros. El hombre pacífico más aprovecha que el letrado. El hombre que tiene pasión, el bien convierte en mal y de ligero

cree lo malo. El buen hombre pacífico todas las cosas echa á la mejor parte. El que está en buena paz, de ninguno tiene sospecha. El descontento y alterado, de diversas sospechas es atormentado: ni él huelga ni deja descansar á los otros. Dice muchas veces lo que no debría, y deja de hacer lo que más le convenía. Piensa lo que otros deben hacer, y deja lo que es obligado. Ten pues primero amor contigo, y después podrás tener buen celo con el prójimo. Tú sabes excusar y disimular muy bien tus faltas, y no quieres oir las desculpas de los otros. Más justo sería que te acusases á ti y excusases á tu prójimo. Sufre, si quieres que te sufran. Mira cuán lejos estás de la verdadera y humilde caridad, que no sabe desdeñar ni airarse sino contra sí. No es mucho conversar con los buenos y mansos, que esto á todos aplace naturalmente: y cada uno de grado tiene paz, y ama los que concuerdan con él: mas vivir en paz con los duros, perversos, mal acondicionados y con quien nos contradice, gran virtud y gracia es, varonil y muy loable. Algunos hay que tienen paz consigo y con otros también. Y algunos hay que ni tienen paz consigo, ni la dejan tener á otros: enojosos para otros, y más para sí. Hay otros que tienen paz consigo, y estudian de poner en paz á los otros. Mas toda nuestra paz en este miserable valle más se conserva en el sufrimiento humilde, que no en no sentir contrariedades. El que sabe mejor padecer, terná mayor paz. Y este tal es vencedor de sí mismo, y señor del mundo, amigo de Jesucristo, y heredero del cielo.

CAPÍTULO IV.

De la pura voluntad y sencilla intención.

CON dos alas se levanta el hombre de lo terreno, y son: simplicidad y puridad. La simplicidad debe estar en la intención, y la puridad en la afeción. La simplicidad pone los ojos en Dios, la puridad le abraza y gusta. Ninguna buena obra te impidirá, si de dentro fueres libre de todo desordenado deseo. Si no piensas ni buscas sino el buen contentamiento de Dios y el provecho del prójimo, gozarás de una interior libertad. Si fuese tu corazón recto, á la hora te sería toda criatura espejo de vida y libro de

sancta doctrina. No hay criatura tan baja ni pequeña, que no represente la bondad de Dios. Si tú fueses bueno y puro de dentro, luego podrías ver y sentir bien todos las cosas sin impedimento. El corazón puro penetra el cielo y el infierno. Cual es cada uno de dentro, tal juzga lo de fuera. Si hay gozo en la tierra, el hombre de puro corazón lo posee. Y si en algún lugar hay congoja y tribulación, la mala consciencia lo siente. Así como el fierro en el fuego pierde el orín y se hace todo reluciente, así el hombre que se convierte á Dios enteramente, es despojado de la torpeza y mudado en nuevo hombre. Cuando el hombre comienza á enfriarse, teme el pequeño trabajo y toma muy de gana la consolación exterior. Mas cuando se comienza á vencer varonilmente y andar en la carrera de Dios, estima por ligeras las cosas que primero tenía por graves,

CAPÍTULO V.

De la propria consideración.

No debemos confiar de nosotros grandes cosas: porque muchas veces nos falta la gracia y la discreción. Poca lumbre hay en nosotros, y presto la perdemos por negligencia, y muchas veces no sentimos cuán ciegos estamos de dentro. Muchas veces hacemos mal y lo excusamos peor. Y á veces nos mueve pasión, y pensamos que es celo. Reprehendemos en los otros las cosas pequeñas, y tragamos las graves nuestras. Muy presto sentimos y agravamos lo que de otros sufrimos: mas no miramos cuánto enojamos á los otros. El que bien y derechamente pondera sus obras, no terná que juzgar gravemente de otro. El hombre recogido antepone el cuidado de su ánima á todos los cuidados. El que tiene verdadero cuidado de sí, poco habla de otros. Nunca serás recogido y espiritual, si no callares de las cosas ajenas y especialmente mirares á ti mismo. Si del todo te ocupares en Dios y en ti, poco te moverá lo que sientes de fuera. ¿Adónde estás cuando no estás contigo? Después de haber discurrido por todas las cosas, ¿qué has ganado si de ti te olvidaste? Si has de tener paz y unión verdadera, conviene que todo lo pospongas y tengas á ti solo ante tus ojos. Por cierto mucho aprove-

charás, si te guardas libre de todo cuidado temporal: y muy falto serás, si alguna cosa temporal estimares en mucho. No te sea cosa alguna alta, ni grande, ni acepta, ni agradable, sino Dios, ó cosa que sea puramente por Dios. Estima por cosa vana cualquier consolación que te viniere de alguna criatura. El ánima que ama á Dios, desprecia todas las cosas sin Él. Solo Dios eterno ꝛ inmenso, que todo lo hinche, es gozo del ánima y alegría verdadera del corazón.

CAPÍTULO VI.

Del alegría de la buena conciencia.

La gloria del bueno es el testimonio de la buena conciencia. Si tienes buena conciencia, siempre ternás alegría. La buena conciencia muchas cosas puede sufrir, y muy alegre está en las adversidades. La mala conciencia siempre está temerosa ꝛ inquieta. Suavemente holgarás, si tu corazón no te reprehende. No te alegres si no cuando hicieres algún bien. Los malos nunca tienen alegría verdadera, ni paz interior, porque dice el Señor: No tienen paz los malos. Y si dijeren: en paz estamos, no verná mal sobre nosotros, ¿quién osará enojarnos? no los creas, porque súbitamente se levantará la ira de Dios, y se tornarán en nada sus obras, y perecerán sus pensamientos. Gloriarse en la tribulación no es dificultoso al que ama. Porque gloriarse desta manera es gloriarse en la cruz de Jesucristo. Breve es la gloria que se da y rescibe de los hombres. La gloria del mundo siemsiempre va acompañada de tristeza. La alegría de los justos es Dios y en Dios, y su gozo es de verdad. El que desea la verdadera y eterna gloria, no cura de la temporal: y el que busca la temporal, ó no la desprecia de corazón, señal es que no ama del todo la celestial. Gran reposo de corazón tiene el que no se cura de las alabanzas, ni de los denuestos. La limpia consciencia fácilmente se sosiega. No eres más sancto si te alabaren, ni más vil si te despreciaren. Lo que eres, eso eres: ni puedes ser dicho mayor de lo que Dios sabe que eres. Si miras lo que eres dentro de ti, no ternás cuidado de lo que de fuera hablan de ti. El hombre ve lo de fuera, Dios el corazón. El hombre considera

las obras, y Dios pesa las intenciones. Hacer siempre bien y tenerse en poco, señal es de humildad. No querer consolación de criatura alguna, señal es de gran puridad y de confianza cordial. El que no busca de los hombres prueba de su bondad, claro muestra que se encomienda del todo á Dios. Dice el glorioso Apóstol: No el que se loa á sí mismo es aprobado, mas el que Dios alaba. Andar de dentro con Dios y no embarazarse de fuera en alguna afeción, estado es de varón espiritual.

CAPÍTULO VII.

Del amor que debemos tener á Cristo sobre todas las cosas.

Bienaventurado el que conoce qué es amar á Jesú y despreciar á sí mismo por Jesú. Conviene dejar un amor por otro, porque Jesús quiere ser amado sobre todas las cosas. El amor de la criatura es engañoso y mudable: el amor de Jesú es fiel y durable. El que se llega á la criatura, caerá con lo caedizo: el que abraza á Jesú, afirmarse ha en Él. Á Aquél ama y ten por amigo, que aunque todos te desamparen, Él no te desamparará, ni te dejará perecer en el fin. De los hombres has de ser desamparado alguna vez, que quieras ó no. Tente fuertemente con Jesú viviendo y muriendo y encomiéndate á su fidelidad, que Él solo te puede ayudar cuando todos faltaren. Tu amado es de tal condición, que no quiere consigo admitir otra cosa: solo Él quiere tener tu corazón, y como rey sentarse en su propria silla. Si te supieses bien desocupar de toda criatura, Jesús moraría de gana contigo. Cuanto pusieres en los hombres fuera de Jesús, tanto perderás. No confíes ni estribes sobre la caña vacía, que toda carne es feno, y toda su gloria caerá como flor de heno. Si mirares solamente á la aparencia de fuera de los hombres, presto serás engañado. Si tú buscas descanso y ganancia en los hombres, muchas veces sentirás daño. Mas si en todo buscas á Jesú, muy de verdad hallarás á Jesú. Y si te buscas á ti mismo, también te hallarás, mas será para tu mal. Por cierto más se daña el hombre á sí mismo (si no busca á Jesú) que todo el mundo y todos sus enemigos le pueden dañar.

CAPÍTULO VIII.

De la familiar amistad de Jesú.

Cuando Jesú está presente, todo es bueno, no hay cosa difícil: mas cuando está ausente, todo es duro. Cuando Jesú no habla de dentro, muy vil es la consolación: mas si Jesú habla una sola palabra, gran consolación se siente. ¿Por ventura la Magdalena no se levantó luego del lugar donde lloró, cuando le dijo Marta: El Maestro está aquí y te llama? ¡Oh, bienaventurada hora cuando el Señor Jesú llama de las lágrimas al gozo del espíritu! ¡Cuán seco y duro eres sin Jesú, y cuán necio y vano, si cobdicias algo fuera de Jesú! Dime: ¿no es éste peor daño que si todo el mundo perdieses? ¿Qué puede dar el mundo sin Jesú? Estar sin Jesú es grave infierno, estar con Jesú es dulce paraíso. Si Jesús estuviere contigo, ningún enemigo te podrá empecer. El que halla á Jesús, halla un tesoro bueno, y de verdad bueno sobre todo bien. Y el que pierde á Jesú, pierde muy mucho y más que todo el mundo. Paupérrimo es el que vive sin Jesú, y riquísimo el que está bien con Jesú. Muy gran arte es saber conversar con Jesú, y admirable prudencia saber tener á Jesú. Sey humilde y pacífico, y será contigo Jesú. Sey devoto y sosegado, y permanescerá contigo Jesú. Presto puedes echar de ti á Jesú y perder su gracia, si te abates á las cosas exteriores. Si destierras de ti á Jesú y lo pierdes, ¿adónde irás? ¿á quién buscarás por amigo? Sin amigo no puedes vivir mucho: y si no fuere Jesú tu especialísimo amigo, estarás muy triste y desconsolado. Pues locamente lo haces, si en otro alguno confías y te alegras. Menos mal es tener todo el mundo contrario, que ofendido á Jesú. Pues sobre todos tus amigos sea Jesús amado singularísimamente. Ama á todos por amor de Jesú, y á Jesú por sí mismo. Solo Jesús se debe amar singularísimamente, porque Él solo se halla bueno y fidelísimo, más que todos los amigos. Por Él y en Él debes amar los amigos y los enemigos y rogarle por todos, para que le conozcan y le amen. Nunca cobdicies ser loado ni amado singularmente, porque eso á solo Dios pertenece, que no tiene igual. Ni quieras que alguno se ocupe contigo en su corazón, ni tú te ocupes en amor de alguno: mas sea Jesús

en ti y en todo hombre bueno. Sé libre y puro de dentro, sin ocupación de criatura alguna. Conviénete ser desnudo y tener tu corazón puro á Jesú, si quieres reposar y ver cuán suave es el Señor. Verdaderamente no llegarás á esto, si no fueres prevenido y traído de su gracia: para que dejadas y echadas fuera todas las cosas, seas unido solo con Él solo. Ciertamente cuando viene la graciosa visitación de Dios al hombre, luego se hace poderoso para toda cosa: y cuando se va, queda pobre y enfermo, y cuasi dejado á que lo azoten. En estos tiempos no debes desmayar ni desesperar, mas estar constante á la voluntad de Dios y sufrir con igual ánimo todo lo que viniere, á gloria de Jesucristo: porque después del invierno viene el verano, y después de la noche vuelve el día, y pasada la tempestad viene gran serenidad.

CAPÍTULO IX.

Que debemos carecer de toda consolación humana.

No es grave cosa despreciar la humana consolación cuando tenemos la divina. Gran cosa es, y de verdad grande, ser privado ⁊ carecer de consuelo divino ⁊ humano, y querer sufrir destierro de corazón muy de gana por la honra de Jesucristo, y en ninguna cosa buscarse á sí mismo, ni mirar á su proprio merescimiento. ¿Qué maravilla si estás alegre ⁊ devoto cuando viene la gracia de Dios? Esta hora todos la desean. Muy suavemente camina aquél á quien lleva la gracia de Dios. Y ¿qué maravilla si no siente carga el que es llevado del Omnipotente y guiado por el soberano guiador? Muy de gana tomamos algún pasatiempo, y con dificultad se desnuda hombre de sí mismo. El glorioso mártir Sant Laurencio venció el mundo con Sixto su sacerdote: porque despreció todo lo que en el mundo parescía deleitable, y sufrió por amor de Cristo con paciencia que le fuese quitado el sacerdote del sumo Dios, al cual él mucho amaba: y así con el amor de Dios venció el amor del hombre ⁊ trocó el placer humano por el buen contentamiento divino. Así tú, hermano, aprende á dejar algún pariente ó amigo por amor de Dios, y no te parezca grave cuando te dejare tu amigo: sabe que es necesario

que nos apartemos al fin unos de otros. De contino z mucho conviene que pelee el hombre consigo mismo antes que se sepa vencer del todo y poner en Dios complidamente todo su deseo. Cuando el hombre se está en sí mismo, de ligero se desliza en las consolaciones humanas. Mas el verdadero amador de Cristo y estudioso imitador de sus virtudes no se arroja á las tales consolaciones, ni busca dulzuras sensibles: mas antes procura fuertes ejercicios y sufre por Cristo muy duros trabajos. Así pues cuando Dios te diere la consolación espiritual, rescíbela con hacimiento de gracias y entiende que es don de Dios z no merescimiento tuyo. No te ensalces ni alegres demasiadamente, ni te estimes vanamente, mas humíllate más por el don recebido y sey más avisado y temeroso en todas tus obras, porque pasarse ha aquella hora y verná la tentación. Cuando te fuere quitada la consolación, no desesperes luego, mas espera con humildad z paciencia la visitación celestial: porque poderoso es Dios para tornarte muy mayor gracia y consolación. Esto no es cosa nueva ni ajena de los que han experimentado el camino de Dios: porque en los grandes sanctos y antiguos profetas acaesció muchas veces esta manera de mudanza. Por esto decía uno cuando tenía presente la gracia: Yo dije en mi abundancia: no seré movido ya para siempre. Y absente la gracia, añade lo que experimentó en sí, diciendo: Volviste de mí tu rostro y soy hecho conturbado. Mas por cierto entre estas cosas no desespera, sino ruega á Dios con mayor instancia z dice: A tí, Señor, llamaré, z á mi Dios rogaré: z al fin él alcanza el fructo de su oración y confirma ser oído, diciendo: Oyóme el Señor y hubo misericordia de mí: el Señor es hecho mi ayudador. Mas ¿en qué? Responde z dice: Volvísteme mi llanto en gozo, y cercásteme de alegría. Y si así se hizo con los grandes sanctos, no debemos nosotros, pobres y enfermos, desesperar si algunas veces estamos fríos y á veces en fervor de devoción. Porque el espíritu se viene y se va según su divina voluntad. Por esto dice el bienaventurado Job: Visítaslo en la mañana y súbito lo pruebas. Pues ¿sobre qué puedo esperar, ó en quién debo confiar, sino solamente en la gran misericordia de Dios y en la esperanza de la gracia celestial? Ciertamente aunque esté cercado de hombres buenos, y de religiosos devotos, y de amigos fieles, y aunque tenga libros sanctos, y tratados devotos, y cantos z himnos suaves, todo aprovecha poco y tiene

poco sabor cuando soy desamparado del favor de Dios y dejado en la propria pobreza. Entonces no hay mejor remedio que la paciencia y negándome á mí mismo ponerme en la voluntad de Dios. Nunca hallé religioso que alguna vez no sintiese apartamiento de la consolación divina y diminución del fervor: ningún sancto fué tan altamente arrebatado y alumbrado, que antes ó después no haya sido tentado. Por cierto no es digno de la alta contemplación de Dios el que no es ejercitado en alguna tribulación por ese mismo Dios. Cierto suele ser la tentación precedente señal que verná la consolación. Porque á los probados en tentación es prometida la consolación celestial, como dice la Escritura: Al que venciere daré á comer del árbol de la vida. Dase también la divina consolación para que el hombre sea más fuerte para sufrir las adversidades. Y también se sigue la tentación, porque no se ensoberbezca del bien. El diablo no duerme, ni es aun la carne muerta: por eso no ceses de aparejarte á la batalla. Á la diestra y á la siniestra están los enemigos, que nunca descansan.

CAPÍTULO X.

Del agradecimiento por la gracia de Dios.

PARA qué buscas descanso, pues naciste para trabajo? Ponte á paciencia más que á consolación, á llevar cruz más que á tener alegría. Cierto no hay hombre en el mundo que no tomase muy de gana la consolación y alegría espiritual, si siempre la pudiese tener: porque las consolaciones espirituales exceden á todos los placeres del mundo y á los deleites de la carne, los cuales son torpes y vanos: mas los espirituales solos son alegres y honestos, engendrados de las virtudes y infundidos de Dios en los corazones limpios. Mas no puede ninguno usar de contino de estas consolaciones divinas como quiere: porque el tiempo de la tentación pocas veces cesa. Muy contraria es á la soberana visitación la falsa libertad de ánima, y la gran confianza de sí. Bien hace Dios dando la gracia de la consolación: mas el hombre hace mal no lo atribuyendo todo á Dios, haciéndole gracias. Y por esto no abundan en nos los dones de la gracia, porque somos

ingratos al Hacedor y no lo atribuímos todo á la fuente original. Siempre se debe gracia al que dignamente es agradecido, y es quitado al soberbio lo que se suele dar al humilde. No quiero consolación que me quite la compunción y conoscimiento de mí mismo, ni deseo contemplación que me lleve en soberbia. Por cierto no es sancto todo lo alto; ni todo deseo, puro; ni todo lo dulce, bueno; ni todo lo que amamos, agradable á Dios. De grado acepto yo la gracia que me haga más humilde z temeroso, y me disponga más á renunciarme á mí. El enseñado con el don de la gracia y avisado con el azote de haberla perdido no osará atribuirse á sí bien alguno: mas antes confesará ser pobre y desnudo. Da á Dios lo que es de Dios, y atribuye á ti lo que es tuyo: esto es, da gracias á Dios por la gracia, y á ti solo atribuye la culpa, y conoce serte debida por la culpa dignamente la pena. Ponte siempre en lo más bajo, y darte han lo alto: porque no está lo muy alto sin lo hondo. Los grandes santos cerca de Dios son pequeños cerca de sí, y cuanto más gloriosos, tanto en sí más humildes, llenos de verdad z de gloria celestial: z no son cobdiciosos de gloria vana: fundados y confirmados en Dios, en ninguna manera pueden ser soberbios. Y los que atribuyen á Dios todo cuanto bien reciben, no buscan ser loados unos de otros, mas buscan la gloria que de solo Dios viene, y codician que sea Dios glorificado sobre todos en sí mesmos y en todos los sanctos, y siempre tienen esto por fin. Pues, hermano, sé agradecido en lo poco, y serás digno de recebir mayores cosas. Ten en muy mucho lo poco, y lo más despreciado por singular don: porque si se mira á la dignidad del dador, ningún don te parecerá pequeño. Por cierto no es poco lo que el soberano Dios da. Y aunque dé penas y azotes, se lo debemos agradescer: que siempre es para nuestra salud todo lo que permite que nos venga. El que desea guardar la gracia de Dios, agradézcale la gracia que le ha dado, y sufra con paciencia cuando le fuere quitada. Haga oración continua para que le sea tornada, y sea cauto, prudente y humilde, porque no la pierda.

CAPÍTULO XI.

De cuán pocos son los que aman la cruz de Cristo.

JESUCRISTO tiene agora muchos amadores de su reino celestial, mas muy poquitos que lleven su cruz. Tiene muchos que desean la consolación, y muy pocos que quieran la tribulación. Muchos compañeros para la mesa, y pocos para la abstinencia: todos quieren gozar con Cristo, mas pocos quieren sufrir algo por Él. Muchos siguen á Jesú hasta el partir del pan, mas pocos á beber el caliz de la pasión. Muchos honran sus miraglos, mas pocos siguen el vituperio de la cruz. Muchos aman á Jesú cuando no hay adversidades: muchos le alaban z bendicen en el tiempo que reciben dél consolaciones: mas si Jesú se ascondiese z los dejase un poco, luego se quejarían, ó desespeperarían. Mas los que aman á Jesú por el mismo Jesú z no por su propria consolación, bendícenlo en la tribulación z angustia tan bien como en la consolación. É si nunca les quisiese dar consolación, siempre lo alabarían y harían gracias. ¡Oh, cuánto puede el amor puro de Jesú sin mezcla de amor proprio! Muy claro está que se pueden llamar propriamente mercenarios los que siempre buscan consolaciones. Ciertamente más se aman á sí mismos que á Cristo los que de contino piensan en sus ganancias z provechos. ¿Dónde se hallará uno que sea tal que quiera servir á Dios de balde? Pocas veces se halla alguno tan espiritual que esté desnudo de todas las cosas. ¿Quién hallará el verdadero pobre de espíritu desnudo de toda criatura? De muy lejos y muy preciado es su valor. Si el hombre diere su hacienda toda, aun no es nada. Si hiciere gran penitencia, aun es poco. Aunque tenga toda la sciencia, aun está lejos. É si tuviere gran afeción z muy ferviente devoción, aun le falta mucho. Y es una cosa que ha mucho menester, que dejadas todas las cosas deje á sí mismo z salga de sí del todo, y muy del todo, que no le quede nada de amor proprio. É cuando conosciere que ha hecho todo lo que debe hacer, piense haber hecho nada: z no tenga en mucho tener de que le puedan estimar por grande: mas llámese en la verdad siervo sin provecho, como dice la Verdad: Cuando hobierdes hecho todo lo que vos he mandado, aun decid: sier-

vos somos sin provecho. Y así podrá ser pobre z desnudo de espíritu, z decir con el Profeta: Uno solo z pobre soy. No hay alguno más rico, ni más libre, ni más poderoso, que aquél que sabe dejarse á sí y á toda cosa y ponerse en el más bajo lugar.

CAPÍTULO XII.

Del camino real de la sancta cruz.

Esta palabra parece dura á muchos, que dice: Niégate á ti mismo, z toma tu cruz, z sigue á Jesú. Mas muy más duro será oir aquella postrera palabra: Apartaos de mí, malditos, en el fuego eterno. Por cierto los que agora oyen z siguen de buena voluntad la palabra de la cruz, no temerán estonces oir la palabra de la eterna damnación. La señal de la cruz estará en el cielo cuando nuestro Señor verná á juzgar. Entonces todos los siervos de la cruz, que se conformaron en la vida con Jesucristo crucificado, se llegarán á Él con gran confianza. Pues así es, ¿porqué temes tomar la cruz, por la cual van al reino? En la cruz es la salud z la vida. En la cruz es la defensa de los enemigos. En la cruz está la infusión de la suavidad soberana. En la cruz es la fortaleza del corazón. En la cruz está el gozo del espíritu. En la cruz está la suma virtud. En la cruz está la perfeción de la sanctidad. No está la salud del alma ni la esperanza de la vida eterna sino en la cruz. Toma pues la cruz z sigue á Jesucristo, z irás á la vida eterna. Él vino primero, z llevó su cruz, y murió en la cruz por ti, porque tú también la lleves y desees morir en ella. Porque si murieres juntamente con Él, vivirás con Él. Y si fueres compañero de la pena, serlo has también de la gloria. Mira que todo está en la cruz, todo está en morir en ella. Y no hay otra vía para la vida y para la verdadera y entrañable paz, sino la vía de la sancta cruz z continua mortificación. Ve donde quisieres, que no hallarás más alto camino en lo alto, ni más seguro en lo bajo. Dispone z ordena todas las cosas según tu parecer y querer, que no hallarás sino que has de padecer algo por fuerza ó de grado, y así siempre hallarás la cruz. Ó sentirás dolor en el cuerpo, ó tribulación en el espíritu: á veces te dejará Dios, á veces te perseguirá el prójimo. Y lo que peor es, muchas veces

te descontentarás de ti mismo, y no serás aliviado con ningún remedio ni consuelo: mas conviene que sufras hasta cuando Dios quisiere: porque quiere Dios que aprendas á sufrir la tribulación sin consuelo y que te subjetes del todo á Él y te hagas más humilde con la tribulación. Ninguno siente así de corazón la pasión de Cristo como aquél á quien acaesce sufrir cosas semejantes. Así que la cruz siempre está aparejada y te espera en cualquier lugar. No puedes huir dondequier que fueres: porque por más que huyas, llevas á ti contigo z siempre hallarás á ti mismo. Vuélvete arriba, vuélvete abajo, de dentro z de fuera, que en todo hallarás cruz: y es muy necesario que en todo lugar tengas paciencia, si quieres tener paz interior y merecer perpetua corona. Si de buena voluntad llevas la cruz, ella te llevará y guiará al fin deseado, adonde será el fin del padecer: aunque aquí no lo sea. Si contra tu voluntad la llevas, cárgaste y háceste más pesado: y todavía conviene que lo sufras. Si desechas una cruz, sin dubda hallarás otra, y puede ser que más grave. ¿Piensas tú escapar de lo que ninguno de los mortales pudo? ¿Quién de los sanctos fué en el mundo sin cruz? Nuestro Señor Jesucristo por cierto en cuanto vivió no estuvo una hora sin dolor de pasión. Porque convenía que Cristo padeciese y resuscitase de los muertos, y así entrar en su gloria. Pues ¿cómo buscas tú otro camino sino este camino real de la sancta cruz? Toda la vida de Cristo fué cruz y martirio, y tú ¿buscas para ti holganza y gozo? Yerras, yerras, si buscas otra cosa sino sufrir tribulaciones: porque toda vida mortal está señalada de cruces, y cuanto más altamente alguno aprovechare en el espíritu, tanto más graves cruces hallará muchas veces: porque la pena de su destierro crece más por el amor. Mas este tal así afligido de tantas maneras, no está sin el remedio de la consolación: porque siente el gran fructo que le crece por llevar su cruz. Porque cuanto más se subjeta á la cruz de su voluntad, tanto más la carga de la tribulación se convierte en confianza de la divina consolación. Y cuanto más se quebranta la carne por la tribulación, tanto más se esfuerza el espíritu por la interior consolación. Y algunas veces tanto es confortado del afeto de la tribulación y adversidad por el amor de la conformidad de la cruz de Cristo, que no quiera estar sin dolor y tribulación: porque se tiene por más acepto á Dios, cuanto más y más graves cosas pudiere sufrir por Él. Esto no es virtud hu-

mana, sino gracia de Jesucristo, que tanto puede y hace en la carne flaca, que lo que naturalmente siempre aborrece y huye, lo acometa y ame con fervor de espíritu. No es según la humanidad llevar la cruz, amar la cruz, z castigar el cuerpo, z ponerlo en servidumbre, huir las honras, sufrir de grado las injurias, despreciarse á sí mismo, z desear ser despreciado, y sufrir toda cosa adversa con daño, y no desear cosa de prosperidad en este mundo. Y si miras á ti, no podrás por ti cosa alguna de éstas: mas si confías en Dios, Él te dará fortaleza del cielo y hará que te obedezca el mundo y la carne, y no temerás al diablo si fueres armado de fe y señalado de la cruz de Jesucristo. Aparéjate pues como bueno y fiel siervo de Cristo á llevar con esfuerzo la cruz de tu Señor, crucificado por tu amor. Aparéjate á sufrir muchas adversidades y diversos daños en esta miserable vida, y así será contigo Jesú dondequiera que fueres, y de verdad que halles á Jesú dondequiera que te ascondieres. Así te conviene, y no hay otro remedío para escapar el dolor y la tribulación de los males, sino sufrir. Bebe con deseo el caliz del Señor, si quieres ser su amigo y haber parte con Él. Encomienda á Dios las consolaciones, y haga su divina Majestad lo que más le pluguiere. Y tú dispón tu voluntad á sufrir las tribulaciones y estimarlas por grandes consolaciones: porque no son condignas las pasiones deste tiempo para merecer la gloria venidera que se revelará y descubrirá en nosotros, aunque tú solo pudieses sufrirlas todas. Cuando llegares á esto, que la tribulación te sea dulce por amor de Jesucristo, piensa que te va bien, porque hallaste paraíso en la tierra. Cuando el padecer te parece grave y procuras de huirlo, cree que te va mal: y dondequiera que fueres te seguirá el rastro de la tribulación. Si te dispones á hacer lo que debes, conviene á saber, á sufrir y morir, á la hora te hallarás mejor y ternás paz. Y aunque fueses arrebatado y llevado hasta el tercio cielo con San Pablo, no estarás ya por eso seguro de no sufrir alguna contradición. Que nuestro Señor dijo hablando del mismo Sant Pablo: Yo le mostraré cuántas cosas le convermá padescer por mi nombre. Pues luego el padecer te queda, si quieres amar á Jesú y servirle para siempre. Pluguiese á Dios que fueses digno de padecer algo por el nombre de Jesucristo. ¡Cuán grande gloria te quedaría! ¡Cuánta alegría darías á los sanctos de Dios! ¡Cuánta edificación sería para el prójimo! Ciertamente todos loan la pa-

ciencia, aunque pocos quieren padecer. Con razón debrías sufrir algo de grado por Cristo, pues hay muchos que sufren más graves cosas por el mundo. Sabe de cierto que te conviene morir viviendo: z cuanto más muere cada uno á sí mismo, tanto más comienza á vivir á Dios. Ninguno es suficiente á comprehender cosas celestiales, si no se abaja á sufrir adversidades por Jesucristo. No hay cosa á Dios más acepta y no hay cosa para ti en este mundo más saludable, que padecer muy de buena voluntad por Jesucristo. Y si te diesen á escoger, más debrías desear padecer cosas adversas por Jesucristo, que ser recreado de consolaciones: porque en esto parecerías más á Jesucristo y serías más conforme á sus sanctos. Que cierto no está nuestro merecimiento ni la perfeción de nuestro estado en muchas consolaciones y suavidades, mas en sufrir grandes pesadumbres y tribulaciones. Porque si alguna cosa fuera mejor y más útil para la salud de los hombres que sufrir adversidades, por cierto Cristo lo hobiera enseñado por palabra y ejemplo: mas Él manifiestamente amonesta á sus discípulos y á todos los que desean seguirle, que lleven la cruz, y dice: Si alguno quisiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Así que leídas y bien escudriñadas todas las cosas, sea ésta la postrera conclusión: que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios.

FIN DEL TRATADO SEGUNDO.

COMIENZA EL TERCERO TRATADO

CAPÍTULO PRIMERO.

De la habla interior de Cristo al ánima fiel.

OIRÉ lo que habla el Señor Dios en mí. Bienaventurada el ánima que oye al Señor que habla en ella, y de su boca recibe palabra de consolación. Bienaventuradas las orejas que resciben en sí las subtiles inspiraciones divinas y no curan de las murmuraciones mundanas. Bienaventuradas las orejas que no escuchan la voz que oyen de fuera, mas la verdad que habla y enseña de dentro. Bienaventurados los ojos que están cerrados á las cosas exteriores y muy intentos de las interiores. Bienaventurados los que penetran las cosas interiores y estudian con ejercicios continuos de aparejarse cada día más á recebir los secretos celestiales. Bienaventurados los que se ocupan en solo Dios y se sacuden de todo impedimento del mundo. Oh ánima mía, mira muy bien esto y cierra las puertas de tu sensualidad, porque puedas oir lo que el Señor Dios hablare en ti. Tu amado dice: Yo soy tu salud, y tu paz, y tu vida: consérvate acerca de mí, y hallarás paz. Deja las cosas transitorias y busca las eternas. ¿Qué es todo lo temporal sino engañoso? ¿Qué te ayudarán todas las criaturas, si fueres desamparado del Criador? Por eso, dejadas todas las cosas débeste dar á tu Criador aplacible y fiel, porque puedas alcanzar la verdadera bienaventuranza.

CAPÍTULO II.

Cómo la verdad habla de dentro sin ruido de palabras.

HABLA, Señor, que tu siervo oye. Yo soy tu siervo, dame entendimiento para que sepa tus verdades. Inclina mi corazón á las palabras de tu boca. Corra tu habla así como rocío. Decían

en el tiempo pasado los hijos de Israel á Moisén: Háblanos tú, y oirte hemos: no nos hable el Señor, porque quizá moriremos. Yo, Señor, no te ruego así: mas con el profeta Samuel con humilde deseo te suplico: Habla, Señor, que tu siervo oye. No me hable Moisén, ni ninguno de los profetas: mas háblame tú, Señor, lumbre de todos los profetas, que tú solo sin ellos me puedes enseñar perfectamente: ellos sin ti ninguna cosa aprovechan: pueden pronunciar palabras, mas no dan espíritu. Muy hermosamente dicen, mas callando tú no encienden el corazón. Enseñan letras, mas tú abres el sentido. Dicen misterios, mas tú declaras el entendimiento de los secretos. Pronuncian mandamientos, mas tú ayudas á cumplirlos. Muestran el camino, mas tú das esfuerzo para andarlo. De fuera obran solamente, mas tú instruyes y alumbras los corazones. De fuera riegan, mas tú das la fertilidad. Ellos llaman con palabras, mas tú das el entendimiento al oído. Pues no me hable Moisés, mas tú, Señor Dios mío, eterna sabiduría, porque no muera y quede sin fruto. Señor, si fuere amonestado, y solamente oyere de fuera y no fuere encendido de dentro, plega á ti que no me sea condenación la palabra oída y no obrada, conoscida y no amada, creída y no guardada. Habla pues tú, Señor, que tu siervo oye: pues que ciertamente tienes palabras de vida eterna. Háblame de cualquier manera para consolación de mi ánima, y para emienda de mi vida, y para perpetua gloria y honra tuya.

CAPÍTULO III.

Que las palabras de Dios se deben oir con humildad, y que muchos no las estiman como deben.

OYE, hijo mío, mis palabras, palabras suavísimas que exceden á toda la sciencia de los filósofos z letrados. Mis palabras son espíritu z vida, y no se pueden pensar por humano seso. No se deben traer al sabor del paladar: mas débense oir con silencio, recebirse con humildad y con gran deseo z decir: Bienaventurado es, Señor, el que tú enseñares y mostrares de tu ley, porque lo guardes de los días malos y no sea desamparado en la tierra. Dice el Señor: Yo enseñé á los profetas desde el comien-

zo y no ceso de hablar á todos hasta agora. Mas muchos son duros y sordos á mi voz. Muchos de mejor grado oyen al mundo que á Mí, y antes siguen el apetito de su carne que mi voluntad. El mundo promete cosas temporales z pequeñas, y sírvenle con gran deseo: yo prometo cosas grandes y eternas, y torpécense los corazones de los mortales. ¿Quién me sirve á Mí en todo con tanto cuidado como al mundo y á sus señores? Habe vergüenza Sidón, dice el mar. Y si quieres saber la causa, oye. Porque por un pequeño beneficio van los hombres muy largo camino, z por la vida eterna con dificultad alzan el pie del suelo. Buscan los hombres viles ganancias, y por una blanca pleitean á las veces torpemente, z por cualquier miseria no temen fatigarse de noche z de día. Mas ¡ay dolor, que emperezan de fatigarse un poquito por el bien que no se muda, por el galardón que no tiene estima z por la soberana honra y gloria sin fin! Habe pues vergüenza, siervo perezoso y lleno de quejas, que aquéllos se hallan más aparejados para la perdición que tú para la vida eterna, y alégranse más para la vanidad que tú para la verdad: y algunas veces les miente su esperanza: mas mi promesa á ninguno engaña, ni deja vacío al que confía en mí. Yo daré lo que tengo prometido, y cumpliré lo que he dicho, si fuere alguno fiel y perseverare en mi amor hasta el fin. Yo soy galardonador de todos los buenos y fuerte examinador de todos los devotos. Escribe tú mis palabras en tu corazón z trátalas con mucha diligencia, que en el tiempo de la tentación las habrás bien menester. Lo que no entiendes cuando lo lees, conocerlo has en el día de la visitación. En dos maneras suelo visitar mis escogidos, que son, tentación y consolación, y dos leciones les leo cada día, una reprehendiendo sus vicios, otra amonestándolos al crecimiento de las virtudes. El que entiende mis palabras y las desprecia, tiene quien lo juzgue en el postrero día.

CAPÍTULO IV.

Oración para pedir la gracia de la devoción.

SEÑOR Dios mío, tú eres todos mis bienes. ¿Quién so yo para que te ose hablar? Yo soy un pobrísimo siervo tuyo, un gusanillo desechado, muy más pobre y más digno de ser des-

preciado que sé ni oso decir. Mas acuérdate, Señor, que soy nada, nada tengo y nada valgo. Tú solo eres bueno, justo y sancto. Tú lo puedes todo, tú lo das todo, tú lo cumples todo: sólo al pecador dejas vacío. Acuérdate, Señor, de tus misericordias y hinche mi corazón de tu gracia, pues no quieres que estén tus obras vacías. ¿Cómo me podré sufrir en esta mísera vida, si no me esfuerza tu gracia? No me vuelvas el rostro. No dilates tu visitación. No desvíes tu consolación, porque no sea mi ánima como la tierra sin agua. Señor, enséñame á hacer tu voluntad. Enséñame conversar ante ti digna y húmilmente, que tú eres mi sabiduría, que en verdad me conoces y conociste antes que el mundo se hiciese z yo en el mundo naciese.

CAPÍTULO V.

Que debemos conversar delante de Dios con verdad z humildad.

HIJO, anda delante de Mí en verdad y búscame siempre con sencillo corazón. El que anda delante de mí en verdad, será defendido de malos encuentros, y la verdad lo librará de los engañadores y de las murmuraciones de los malos. Si la verdad te librare, serás verdaderamente libre y no curarás de las palabras vanas de los hombres. Señor, verdad es así como dices, y así te suplico que lo hagas comigo. Tu verdad me enseñe, y ella me guarde y me traiga hasta el fin saludable. La verdad me libre de toda mala afeción y desordenado amor, y así andaré contigo en gran libertad de corazón. Yo te enseñaré, dice Dios, las cosas rectas y agradables á mí. Piensa tus pecados con gran descontento z tristeza, y nunca te estimes ser algo por tus buenas obras, que en verdad pècador eres, z obligado á muchas pasiones. De ti siempre vas á la nada, y luego caes y eres vencido: presto te turbas y deshaces, no tienes cosa de que te puedas alabar, y tienes muchas de que te puedes tener por vil, porque más flaco eres de lo que puedes pensar. Por eso no te parezca grande cosa alguna de cuantas haces, ni la tengas por preciosa ni maravillosa, ni la estimes por digna de reputación ni por alta. No hay cosa verdaderamente de loar y desear sino lo que es eterno. Agrádete sobre toda cosa la eterna verdad, desagrádate

sobre todo tu gran vileza. No temas ni huyas cosa alguna tanto como tus pecados, los cuales te deben más desplacer que todos los males del mundo. Algunos no andan delante de mí llanamente: mas con una curiosa vanagloria quieren saber mis secretos y entender cosas altísimas, no curando de sí mismos ni de su salud. Estos tales muchas veces caen en grandes tentaciones y pecados por su soberbia y curiosidad contra mi voluntad. Teme mis juicios, y espántate de la ira del Omnipotente, y no quieras disputar las obras del muy Alto: mas escudriña tus pecados y maldades, en cuántas cosas pecaste, cuántos bienes dejaste por negligencia. Algunos tienen la devoción solamente en sus libros, otros en imágines, otros en señales y figuras exteriores, otros me traen en la boca y poco en el corazón. Hay otros que alumbrado el entendimiento y purgado el afecto sospiran siempre á las cosas eternas, y oyen con pena las terrenas, y con dolor sirven á las necesidades naturales. Éstos ciertamente sienten lo que habla en ellos el espíritu de verdad, que los enseña á despreciar lo terreno y amar lo celestial, á aborrecer el mundo y desear el cielo de día y de noche.

CAPÍTULO VI.

Del maravilloso efecto del divino amor.

BENDÍGOTE, Padre celestial, Padre de mi Señor Jesucristo, que toviste por bien acordarte de mí pobre. Oh Padre de misericordias y Dios de toda consolación, gracias te hago que á mí, indigno de toda consolación, algunas veces recreas con tu consolación. Bendígote siempre y glorifícote con tu unigénito Hijo y con el Espíritu Sancto consolador para siempre jamás. Oh Señor Dios, amador sancto mío, cuando tú vinieres en mi corazón, alegrarse han todas mis entrañas. Tú eres mi gloria y alegría de mi corazón: tú eres mi esperanza y refugio mío en el día de mi tribulación. Mas porque aun yo soy flaco en el amor z imperfecto en la virtud, tengo necesidad de ser confortado y consolado de ti. Por eso visítame, Señor, muy continuo z instrúyeme en sanctas doctrinas. Líbrame de mis malas pasiones, sana mi corazón de mis afeciones desordenadas y vicios, porque sano

y bien purgado, sea hábil para amarte, y constante para sufrir, y firme para perseverar. Gran cosa es el amor,gran bien para toda cosa. Él solo hace ligero todo lo pasado y lleva con igualdad todo lo desigual. Lleva la carga sin carga, hace dulce y sabrosa toda cosa amarga. El nobilísimo amor de Jesú nos constriñe y compele á hacer grandes cosas, y nos mueve siempre á desear cosas perfectísimas. El amor quiere estar arriba y no quiere ser detenido de cosas bajas. El amor quiere ser libre y ajeno de toda afeción mundana, porque no se impida su interior vista, ni se embarace en ocupaciones de provecho temporal, ó caiga por algún daño ó pérdida. No hay cosa más dulce que el amor, ni más fuerte, ni más cierta, ni más ancha, ni más alegre, ni más cumplida, ni mejor en el cielo ni en la tierra. Porque el amor nasció de Dios y no puede holgar sobre todo lo criado, sino en ese mismo Dios. El que ama, vuela, corre, alégrase, es libre, no es detenido, toda cosa da por el todo y tiene todas las cosas en todas: porque huelga en un sumo bien sobre todas las cosas, del cual mana y procede todo bien. No mira á los dones, pero vuélvese al dador de ellos. El amor nunca sabe modo, mas hierve sobre toda manera. El amor no siente carga, ni estima los trabajos: más desea que puede. No se queja que le mandan lo imposible, porque cree que todo lo puede en Dios. En conclusión, para todo es bueno. Y muchas cosas cumple y pone por obra, en las cuales el que no ama desfallece y cae. El amor siempre vela, y durmiendo no se aduerme. Fatigado no se cansa, angustiado no se angustia, espantado no se espanta: mas como llama viva y ardiente hacha sube arriba y pasa seguramente. Si alguno ama,.conoce lo que habla esta voz. Gran clamor es en las orejas de Dios el encendido y abrasado afecto del ánima que dice: Dios mío, amor mío, tú todo mío z yo tuyo: ensánchame en el amor, porque aprenda á gustar con la boca del corazón tus secretos, y cuán suave es el amar, y derretirse y nadar en el amor. Sea yo preso del amor, saliendo de mí por él con gran hervor y admiración. Oh Señor, cante yo cantar de amor. Sígate yo, amado mío, á lo alto, y desfallezca mi ánima en tu loor, alegrándome de tu amor. Amete yo más que á mí, z no me ame á mí sino por ti, y ame á todos en ti los que de verdad te aman, como manda la ley del amor que sale resplandesciente de ti. El amor es presto, limpio, piadoso, alegre y delectable, sufrido, fiel,

prudente, espera largo tiempo, varonil, y nunca se busca á sí mismo: porque en buscándose alguno á sí mismo luego cae del amor. El amor es muy mirado, humilde, recto, ꝛ no liviano, ni regalado ni entiende en cosas vanas: medido, casto, firme, reposado y guardado en todos sus sentidos. El amor es subjeto y obediente á los perlados ꝛ á sí mismo vil y despreciado. Á Dios devoto ꝛ agradescido, confía siempre en Él con viva esperanza, aun en el tiempo de la sequedad cuando no gusta de Dios, porque no vive ninguno en amor sin dolor. El que no está aparejado á sufrir toda cosa y estar á la voluntad del amado, no es digno de ser llamado amador. Conviene al que ama abrazar muy de buena voluntad toda cosa dura ꝛ amarga por el amado ꝛ no apartarse dél por cosa contraria que acaezca.

CAPÍTULO VII.

De la prueba del verdadero amador.

Hijo, no eres aun fuerte ꝛ prudente amador. ¿Porqué, Señor? Porque por una contradición pequeña faltas en lo comenzado ꝛ buscas la consolación con mucha ansia. El constante amador está fuerte en las tentaciones ꝛ no cree á las astucias engañosas del enemigo. Como yo le agrado en las prosperidades, así no le descontento en las adversidades. El discreto enamorado no considera tanto el don, cuanto el amor del que lo da: más mira la voluntad que la merced. Todas las dádivas pone debajo del amado. El amador noble no huelga en el don, mas en Mí sobre todo don. Por eso si algunas veces no gustas tan bien de Mí ó de mis sanctos como deseas, no por eso es ya todo perdido. Aquel buen afecto dulce que recibes algunas veces, obra es de la presente gracia, ꝛ un sorbito del licor de la patria celestial: sobre lo cual no debes mucho estribar, porque va ꝛ viene; mas pelear contra los malos movimientos del ánima y desechar las persuasiones del enemigo, señal es de insigne virtud ꝛ de gran merescimiento. Pues luego no te conturben las imaginaciones diversas, de cualquier materia que te vengan: mas guarda firme tu propósito con recta intención á Dios. No es engaño cuando súbito eres arrebatado alguna vez á lo alto, ꝛ luego te tornas á las va-

nidades acostumbradas del corazón: porque más las sufres contra tu voluntad, que las haces de grado. Y cuanto más te desplacen y las contradices, tanto es mayor mérito y no perdición. Sábete que el enemigo antiguo del todo se esfuerza por impedir tu buen deseo z vaciarlo de todo devoto ejercicio, como es honrar á los sanctos, la piadosa memoria de mi pasión, la útil contrición de los pecados, la guarda del proprio corazón, el firme propósito de aprovechar en la virtud. También te pone muchos pensamientos malos por enojarte y espantarte, para desviarte de la oración y de la sagrada leción. Desagrádale mucho la humilde confesión, y si pudiese, él haría que no comulgases: no le creas, ni te cures dél, aunque muchas veces te arme lazos. Y cuando te trujere al pensamiento malas cosas y sucias, atribúyelo á él y dile: vete de aquí, espíritu sucio: habe vergüenza, desventurado: muy sucio eres tú que me traes tales cosas á las orejas. Apártate de mí, malvado engañador, que no ternás parte en mí. Jesú estará comigo como fuerte capitán, y tú serás confuso. Más quiero morir y sufrir cualquier pena, que consentir á ti. Calla, enmudece, no te oiré más, aunque más me importunes. El Señor es mi lumbre y mi salud, ¿á quién temeré? El Señor es defensor de mi vida, ¿de quién habré miedo? Aunque se pongan contra mí huestes, no temerá mi corazón: el Señor es mi ayuda z mi redemptor. Pelea como buen caballero, y si alguna vez cayeres por flaqueza, cobra mayores fuerzas que las primeras, confiando de mayor favor mío. Y guárdate mucho del vano contentamiento z de la soberbia. Por esto muchos son engañados y caen algunas veces en ceguedad cuasi incurable. Séate aviso para perpetua humildad la caída de los soberbios, que locamente presumen de sí.

CAPÍTULO VIII.

Que se debe esconder la gracia debajo de la humildad.

Hijo, más útil y más seguro te es esconder la gracia de la devoción, que no ensalzarte con ella, ni estimarte, ni hablar mucho della, mas despreciarte y tenerla como dada á persona indigna. No es bien arrimarse demasiadamente á esta afeción, porque se puede mudar presto en contrario. Piensa cuando estás

en devoción, cuán miserable y cuán menguado sueles ser sin ella. No está la perfeción de la vida espiritual sólo en tener gracia de consolación, mas en sufrir con paciencia y humildad cuando te fuere quitada: en tal manera que entonces no empereces en el estudio de la oración, ni dejes caer del todo las buenas obras que sueles hacer: mas como mejor pudieres y entendieres haz de buena voluntad lo que es en ti: ni por la sequedad ó angustia que sientes, no te menosprecies del todo. Porque hay muchos que en el punto que las cosas no les suceden á su parecer, luego se hacen impacientes ó perezosos. Porque no está siempre en la mano del hombre su camino: mas á Dios pertenece el dar y consolar cuando quiere y cuanto quiere y á quien quiere, como á él le place, y no más. Algunos indiscretos se destruyeron por la gracia de la devoción, porque presumieron de hacer más de lo que pudieron, no mirando la medida de su pequeñez, siguiendo más el deseo de su corazón que el juicio de la razón: y porque se atrevieron á mayores cosas que Dios quería. Presto perdieron la gracia z quedaron menguados y viles los que pusieron en el cielo su nido: porque humillados y empobrecidos aprendan á no volar en sus alas, mas á esperar debajo de mis plumas. Los que son nuevos y no expertos en el camino del Señor, si no son regidos por consejos de discretos, fácilmente serán engañados y destruídos. Y si quieren seguir más su parecer, que creer á los ejercitados, serles ha la salida peligrosa, si no quisieren retraerse de su proprio parecer. Los que se tienen por sabios, tarde sufren con humildad ser regidos de otros. Mejor es saber poco con humildad y poco entender, que grandes tesoros de sciencia con vano contentamiento. Mejor te es á ti tener poco, que mucho de donde te puedas ensoberbecer. No hace bien el que se da todo á la alegría, olvidando su pasada pobreza y el casto temor mío: el cual siempre teme perder la gracia recebida. No lo hace como varón virtuoso el que anda desesperado en el tiempo de cualquier adversidad ó tribulación, y menos confiado piensa y siente de mí de lo que conviene. El que demasiadamente se asegura en el tiempo de la paz, muy caído y medroso se hallará en el tiempo del combate. Si supieses ser siempre humilde y pequeño en tus ojos y reglar y moderar bien tu espíritu, no caerías tan presto en los peligros z ofensas. Buen consejo es que pienses cuando estás en devoción de espíritu, lo que puede venir apartándose

aquella luz. Y cuando se te apartare, piensa que otra vez puede volver: la cual yo te quité de industria á tiempo para tu seguridad y gloria mía. Más aprovecha muchas veces la tal prueba, que si contino tuvieses á tu voluntad cosas prósperas. Porque los merescimientos del hombre no se han de estimar por tener muchas visiones ó consolaciones, ó porque sea el hombre entendido en la Escritura, ó porque esté subido en dignidad: mas si fuere fundado en verdadera humildad y lleno de caridad, y si pura y enteramente buscare siempre la honra de Dios, y se reputare por nada, y verdaderamente se despreciare y folgare de ser abatido más que honrado.

CAPÍTULO IX.

De la vil estimación que debe el hombre hacer de sí ante los ojos de Dios.

HABLO yo á mi Señor, como sea polvo ⁊ ceniza: y si más de esto me reputare, tú estás contra mí, y mis maldades hacen verdadero testimonio contra mí, y no puedo contradecir. Mas si me envilesciere y me volviere á nada, y cesare de toda propria reputación, y me tornare polvo como soy, serme ha tu gracia benigna, y tu luz será muy cercana á mi corazón, y toda estimación se sumirá en el valle de mi poquedad. Allí me mostrarás qué soy, y qué fuí, y dónde vine, que fuí de nada ⁊ no lo conocí. Si soy dejado á mis fuerzas, todo es enfermedad y nada. Mas si tú, Señor, me mirares, luego soy fortificado y lleno de nuevo gozo. Y es cosa maravillosa que así á deshora soy levantado y abrazado de ti con tanta benignidad, que yo según mi propria pesadumbre siempre voy á lo bajo. Esto, Señor, hace tu amor, que sin yo merecerlo me previene y me socorre en tanta multitud de necesidades, y me guarda de graves peligros, y me libra de innumerables males. Yo me perdí amándome mal: y buscándote á ti y amándote he hallado á mí ⁊ á ti, ⁊ deste amor tuyo me conozco más profundamente ser nada. Porque tú, Señor dulcísimo, haces comigo mucho más de lo que merezco, y más de lo que oso rogar ó esperar. Bendito seas, Dios mío, que aunque yo soy indigno de todo bien, tu nobilísima ⁊ infinita bondad nunca

cesa de hacer bien, aun á los desagradescidos z muy desviados de ti. Conviértenos á ti, para que seamos agradecidos, humildes z devotos: que tú eres nuestra salud, virtud y fortaleza.

CAPÍTULO X.

Que todas las cosas se deben referir á Dios como á último fin.

HIJO, yo debo ser tu supremo y último fin. Si deseas de verdad ser bienaventurado, con este propósito se purificará tu deseo, que se abate muchas veces á sí mismo z á las criaturas: que si en algo te quieres, luego faltas en ti y te secas. Pues atribuye toda cosa principalmente á mí, que yo soy el que do todas las cosas. Pues así considera cada cosa como venida del soberano bien, z por eso todas las cosas se deben reducir á mí como á su proprio principio. De mí sacan agua como de fuente viva el pequeño y el grande, el pobre y el rico: z los que me sirven de buena voluntad, recebirán gracia por gracia, z los que se quisieren gloriar fuera de mí, ó deleitarse en algún bien particular, no serán confirmados en el verdadero gozo, ni se ensancharán en su corazón: mas serán angustiados y empedidos de muchas maneras. Por eso no te apropries á ti alguna cosa de bien, ni atribuyas á algún hombre la virtud: mas refiérelo todo á mí, que sin mí no tiene el hombre cosa alguna. Yo lo di todo, y quiero que se me vuelva todo, y con gran premia requiero que me hagan gracias por ello. Esta es la verdad con que se destruye la vanagloria. Y si la gracia celestial entrare y la verdadera caridad, no habrá envidia ni quebranto de corazón, ni te ocupará el proprio amor. Ciertamente la divina caridad vence toda cosa y ensancha todas las fuerzas del ánima. Si tienes seso, en Mí solo te gozarás, en Mí solo ternás esperanza; porque ninguno es bueno sino solo Dios. El cual es de loar sobre todas las cosas y debe ser bendito en todas.

CAPÍTULO XI.

Que despreciado el mundo es muy dulce cosa servir á Dios.

OTRA vez agora hablo yo, Señor, y no callaré, mas diré en las orejas de mi Dios, mi Señor y mi Rey que está en el cielo: ¡Oh Señor, cuán grande es la multitud de tu dulzura, que ascondiste para los que te temen! Pues ¿qué será á los que te aman? ¿qué será á los que te sirven de todo corazón? Verdaderamente inefable es la dulzura de tu contemplación, la cual das á los que te aman. En esto has mostrado singularmente la dulzura de tu caridad: que como no fuese, me heciste, y como anduviese errado lejos de ti, me tornaste á ti para que te sirviese, y mandásteme que te amase. Oh fuente de amor perpetuo, ¿qué diré de ti? ¿Cómo puedo olvidarme de ti, que tuviste por bien acordarte de mí? Aun después que yo me perdí z perecí, heciste comigo tu siervo misericordia aliende de toda esperanza, y sobre todo merescimiento me diste tu gracia y tu amistad. ¿Qué te daré yo por esta gracia? Que no se da á todos que dejadas todas las cosas renuncien al mundo y tomen vida recogida. Oh Señor, y ¿qué maravilla es que yo te sirva, á quien toda criatura debe servir? No me debría parecer mucho servirte yo: mas antes esto me debe parecer muy maravilloso que tengas tú por bien de recebir por siervo un tan pobre z indigno y ayuntarlo con tus amados siervos. Señor, todas las cosas que tengo z con que te sirvo, tuyas son. Mas en verdad tú, Señor, me sirves más á mí, que yo á ti. Claro está que el cielo z la tierra que criaste para el servicio del hombre, están aparejados z hacen cada día cuanto les mandaste. Y esto poco es, que aun los ángeles criaste y ordenaste en servicio del hombre. Mas todas estas cosas excede que tú, Señor, toviste por bien de servirle, y le prometiste de darte á ti mismo. ¿Qué te daré yo, Señor, por tantos millares de bienes? ¡Oh, si pudiese yo servirte todos los días de mi vida! ¡Oh, si pudiese solamente siquiera un solo día hacerte algún digno servicio! Verdaderamente tú solo eres digno de todo servicio y de toda honra y alabanza eterna. Verdaderamente tú eres mi Señor, z yo pobre siervo tuyo, que soy yo obligado á servirte con todas mis fuerzas y nunca debo cansar de loarte: así lo quiero, así lo deseo,

y lo que me falta, ruégote, Señor, que lo cumplas. Grande honra y gloria es servirte y despreciar todas las cosas por ti. Por cierto gran gracia ternán los que de voluntad se subjetaren á tu sancto servicio, z hallarán suavísima consolación del Espíritu Sancto los que por amor tuyo desecharen todo deleite carnal, y alcanzarán gran libertad de corazón los que toman estrecho camino por tu nombre y por él desechan todo cuidado mundano. ¡Oh, agradable z muy alegre la servidumbre de Dios, con la cual se torna el hombre verdaderamente libre z sancto! ¡Oh, sagrado estado el servicio del religioso, que hace al hombre igual á los ángeles, aplacible á Dios, espantable á los demonios, y á todos los fieles católicos muy fructuoso y loable! ¡Oh servicio digno de ser abrazado y siempre deseado, con el cual se merece el sumo bien y se adquiere el gozo que dura para siempre sin fin!

CAPÍTULO XII.

Que los deseos del corazón se deben examinar y moderar.

HIJO, aun te conviene aprender muchas cosas que aun no has bien deprendido. Señor, ¿qué son estas cosas? Que pongas tu deseo del todo según mi voluntad y no te enamores de ti mismo: mas sey afectuoso amador de mi voluntad y seguidor della. Los deseos te mueven muchas veces y te fuerzan mucho: mas considera si te mueves más por mi honra ó por tu provecho. Si yo soy la causa, bien te contentarás de cualquier manera que yo lo ordenare: mas si algo tienes escondido de lo proprio que tú buscas, mira que eso es lo que impide z agravia. Guárdate pues no confíes mucho en el deseo que tuviste sin consultarlo comigo: porque puede ser que te arrepientas, z te descontente lo que primero te agradaba, y cómo mejor lo encubrías. Por cierto no se debe seguir luego cualquier deseo que parece bueno, ni menos huir de golpe toda afeción que *a prima facie* parece contraria. Conviene algunas veces usar de freno aun en los buenos ejercicios z deseos, porque no caigas por demasía en destraimiento de alma z porque no causes escándalo á otros con tu indiscreción, ó por la contradición de los otros te turbes y caigas luego. También á veces conviene usar de fuerza z contradecir

animosamente al apetito sensitivo, y no curar de lo que la carne quiere ó no quiere, mas trabajar que esté subjecta al espíritu aunque le pese. Y tanto debe ser castigada y enfrenada, hasta que esté aparejada á todo y sepa contentarse con lo poco, y holgarse con lo sencillo, y no murmurar contra cosa alguna desabrida.

CAPÍTULO XIII.

Declara qué cosa sea paciencia, y la lucha contra los apetitos sensuales.

SEÑOR Dios mío, según oigo, paréceme que la paciencia me es muy necesaria, porque muchas adversidades acaescen en esta vida. Porque en cualquier manera que ordenare mi paz, no puede estar mi vida sin guerra y dolor. Así es, hijo, y no quiero yo que busques tal paz, que carezca de tentaciones y no sienta contrariedades: mas cuando fueres ejercitado y probado en diversas tribulaciones, piensa que has hallado el camino de la paz. Si dices que no puedes llevar tanto trabajo, ¿cómo podrás después sufrir el fuego del purgatorio? De dos trabajos siempre se debe escoger el menor. Por eso, porque puedas escapar de los tormentos eternos, estudia de sufrir por mí los males presentes. ¿Piensas tú que poco ó nada sufren los hombres del mundo? Aun en los muy delicados no cabe esto. Mas podrás decir que tienen muchos deleites y siguen sus apetitos, y con eso sienten poco sus tribulaciones. Puesto que sea así, que tengan cuanto quisieren, dime, ¿cuánto les durará? Mira que los muy abundantes en el siglo como humo desfallecerán, y no habrá memoria de los gozos pasados, y aun en tanto que viven no huelgan en ellos sin temor, congoja y amargura: que de la misma cosa que reciben el deleite, de allí las más veces reciben la pena del dolor. Justamente se hace con ellos, porque así como desordenadamente buscan z siguen los deleites, así los cumplan con amarga confusión. ¡Oh, cuán breves, cuán falsos, cuán desordenados y torpes son todos! Mas de beodos z ciegos no lo entienden los tales, sino como animales mudos por un poco de deleite corruptible se dejan caer en la muerte del ánima. Por eso, hijo, tú no vayas tras tus desordenados deseos, mas apártate de tu voluntad. Deléitate en

el Señor, y darte ha lo que pidieres en tu corazón. Y si de verdad quieres haber placer y ser consolado en mí abundantísimamente, tu bendición será en el desprecio de toda cosa y en cortar de ti todo deleite de acá bajo, y así serte ha dada copiosa consolación. Y cuanto más te desviares del consuelo de las criaturas, tanto hallarás en mí más suaves y más poderosas consolaciones. Mas mira que no las alcanzarás sin alguna tristeza y trabajo. La costumbre te contradirá, mas vencerla has con otra mejor. La carne murmurará, mas refrenarse ha con el fervor del espíritu. La serpiente antigua te instigará y aheleará, mas con la oración huirá y con el trabajo provechoso le cerrarás la puerta.

CAPÍTULO XIV.

De la obediencia del súbdito humilde á ejemplo de Cristo.

HIJO, el que procura de quitarse de la obediencia, él mismo se quita la gracia. El que quiere tener cosas proprias, pierde las comunes. El que no se subjeta de grado al superior, señal es que su carne no le obedece á él perfectamente, mas que muchas veces echa coces y gruñe. Aprende pues á subjetarte presto á tu perlado, si deseas tener tu carne subjeta. Muy presto se vence el enemigo de fuera, cuando el hombre interior está entero. No hay enemigo más enojoso ni peor que tú mismo á ti, si no estás bien concorde con el espíritu. Muy necesario es que tú tengas el verdadero desprecio de ti mismo, si quieres vencer la carne y la sangre. Mas porque aun te amas desordenadamente, temes subjetarte del todo á la voluntad de otros. Dime, ¿qué gran cosa es que tú, polvo y nada, te subjetes al hombre por mi amor, cuando yo, omnipotente y altísimo, que crié todas las cosas de nada, me subjeté al hombre por ti? Híceme el más humilde y más bajo de todos, porque vencieses tu soberbia con mi humildad. Oh polvo, aprende á obedecer. Aprende, tierra y lodo, á humillarte y encorvarte á los pies de todos. Aprende á quebrantar tus quereres y ponerte á toda subjeción. Enciéndete contra ti mismo, y no sufras que viva en ti la hinchada soberbia. Ponte tan subjeto y pequeño que todos te huellen como al lodo de las plazas. Oh hombre vacío, ¿de qué tienes queja? Oh pecador

torpe, ¿qué puedes contradecir á quien te maltrata, que tantas veces á Dios ofendiste y tantas mereciste el infierno? Mas perdonéte porque tu ánima fué preciosa en mi acatamiento, porque conocieses mi amor, y fueses siempre agradecido á mis beneficios, y te dieses contino á la verdadera humildad y subjeción, y sufrieses con paciencia tu proprio menosprecio.

CAPÍTULO XV.

Cómo debemos considerar los secretos juicios de Dios, porque no nos elevemos en la prosperidad.

SEÑOR, tú manifiestas tus juicios sobre mí y hieres mis huesos con temor y temblor. Espántase mucho mi alma, estoy atónito y considero que los cielos no son limpios en tu presencia. Si en los ángeles hallaste maldad, y no los perdonaste, ¿qué será de mí? Cayeron las estrellas del cielo, ¿y yo polvo, ¿qué presumo? Aquéllos cuyas obras parecían muy loables, cayeron á lo bajo, y los que comían pan de ángeles, vi deleitarse con el manjar de los puercos. ¡Oh Señor, que no hay santidad si tú apartas tu mano! No basta discreción, si tú dejas de gobernar. No hay fortaleza que ayude, si tú dejas de conservar. No hay castidad segura, si tú no la defiendes. Ninguna propria guarda aprovecha, si tú no velas sobre nos: porque en dejándonos, luego nos sumimos y perecemos. Mas visitados por ti, vivimos y somos levantados. Mudables somos, mas por ti somos firmes. Enfriámonos, mas por ti somos encendidos. ¡Oh, cuán bajamente debo sentir de mí! ¡En cuán poco me debo tener, aunque parezca que tengo algún bien! ¡Oh Señor, y cuán profundamente me debo someter debajo de tus profundos juicios donde no me hallo ser otra cosa sino nada y menos que nada! ¡Oh carga inmensa! ¡Oh piélago que no se puede nadar, donde no hallo cosa en mí sino ser nada en todo! Pues ¿dónde está el escondrijo de la gloria? ¿Dónde está la confianza de la gloria esperada? Absorbida está toda vanagloria en la profundidad de tus juicios. ¿Qué es toda carne en tu presencia? Ó ¿quizá gloriarse ha el barro contra el que lo formó? ¿Cómo se puede engreir con vanos loores el corazón que está verdaderamente subjeto á Dios? No en-

loquecerá todo el mundo al que tiene la verdad subjeto, ni se moverá por mucho que lo loen el que tiene puesta toda su esperanza en Dios. Porque todos los que hablan son nada, y con el sonido de las palabras fallecerán: mas la verdad del Señor permanece para siempre.

CAPÍUULO XVI.

Cómo debes decir en toda cosa que deseares.

HIJO, di así en cualquier cosa que quisieres: Señor, si te agradare, hágase esto así. Señor, si es honra tuya, hágase esto en tu nombre. Señor, si vieres que me conviene, otórgame esto para que use dello á honra tuya: y si conosces que no es provechoso á mi ánima, desvía de mí este deseo. Que no todo deseo procede del Espíritu Santo, aunque parezca justo z bueno al hombre. Dificultoso es juzgar si te incita buen espíritu ó malo, ó si te mueve tu propria voluntad. Muchos son engañados al fin, que parescía en el principio ser movidos z inducidos por buen espíritu. Y por eso con verdadero temor y humildad de corazón debes desear y pedir cualquier cosa que al pensamiento te ocurre para desear, y especialmente con entera renunciación cometerlo todo á mí y decir: Oh Señor, tú sabes lo mejor: haz esto ó aquello, como más te agradare: dame lo que quisieres, y cuanto quisieres y cuando quisieres. Haz comigo como sabes, para que sea mayor honra tuya. Ponme donde quisieres, yo estoy en tu mano vuélveme y revuélveme á la redonda: ves aquí tu siervo aparejado para todo. No deseo, Señor, vivir para mí: mas plega á tu misericordia que viva dignamente para ti.

CAPÍTULO XVII.

Oración para que podamos cumplir la voluntad de Dios.

OTÓRGAME, benignísimo Jesú, tu gracia, para que esté comigo y obre comigo y persevere comigo hasta el fin. Dame gracia que desee y quiera siempre lo que es más agradable á tu Majestad: tu voluntad sea la mía, y mi voluntad siga siempre la tuya y se concorde muy bien con ella. Séame, Señor, un querer y

no querer contigo, y que no pueda querer ni no querer, salvo lo que tú quieres ó no quieres. Dame, Señor, que muera á todo lo que es en el mundo. Y dame, Señor, que ame por ti ser despreciado y olvidado en este mundo. Dame que sobre todo lo deseado huelgue en ti, y se pacifique mi corazón en ti. Tú eres la verdadera paz del corazón, tú solo eres holganza. Fuera de ti toda cosa es dura y sin sosiego. En esta paz, que es en ti, uno, sumo y eterno bien, dormiré y holgaré.

CAPÍTULO XVIII.

Que en solo Dios se debe buscar el verdadero consuelo.

CUABQUIER cosa que puedo desear ó pensar para mi placer, no la espero aquí, mas en la otra vida. Que aunque yo solo tuviese todos los placeres del mundo y pudiese usar de todos los deleites, cierto es que no podrían durar mucho: así que, ánima mía, tú no podrás ser consolada complidamente sino en Dios, que es consolador de los pobres y recibe los humildes. Espera un poco, ánima mía, espera la promesa divina, y ternás abundancia de todo bien en el cielo. Si cobdicias muy desordenadamente las cosas presentes, perderás las eternas. Las temporales sean para usar, y las celestiales para desear. No puedes ser harta de cosa temporal, porque no eres criada para ello. Aunque tengas todos los bienes criados, no puedes ser bienaventurada: mas en Dios que crió todas las cosas, consiste tu bienaventuranza y tu felicidad. No como la que se muestra y es loada de los locos amadores del mundo, mas como la esperan los buenos fieles de Cristo y algunas veces la gustan los espirituales y limpios de corazón, cuya conversación es en los cielos. Vano es y breve todo placer humano: el bienaventurado placer es el que se siente de dentro de la verdad. El hombre devoto en todo lugar lleva consigo á Jesú, consolador suyo, y dícele: ayúdame, Señor, en todo lugar y tiempo, y tenga yo, Señor, por consolación querer de grado carescer de todo humano consuelo: y si me faltare tu consolación, séame tu voluntad y tu justa prueba en lugar de muy grande consuelo, que no estarás siempre airado, ni me amenazarás para siempre.

CAPÍTULO XIX.

Que debemos poner todo nuestro cuidado en solo Dios.

Hijo, déjame hacer contigo lo que que quiero, que yo sé lo que te conviene. Tú piensas como hombre y sientes como el humano afecto te enseña. Señor, verdad es lo que dices, mayor es el cuidado que tú tienes de mí, que cuanto yo puedo tener de mí. Muy á peligro vive el que no pone todo su cuidado en ti. Señor, esté mi voluntad firme y recta en ti y haz de mí lo que quisieres, que no puede ser sino bueno lo que tú hicieres de mí. Si quieres que esté en tinieblas, bendito seas tú: y si quieres que esté en luz, también seas bendito. Si me quieres consolar, bendito sea tu nombre: y si me quieres atribular, también seas por todo bendito para siempre. Hijo, así debes estar si quieres andar comigo. Tan prompto debes estar para padescer como para gozar. Y tan de gana debes querer ser pobre mendigo como abundante y rico. Señor, muy de gana padesceré por ti todo lo que quisieres que venga sobre mí. Sin diferencia quiero rescebir de tu mano lo bueno y lo malo, lo dulce y lo amargo, lo alegre y lo triste, y darte gracias por todo lo que me acaesciere. Guárdame, Señor, de todo pecado, y no temeré la muerte ni el infierno. Con que no me apartes de ti para siempre, ni me quites del libro de la vida, no me dañará cualquier tribulación que venga sobre mí.

CAPÍTULO XX.

Que debemos llevar con igualdad las miserias temporales, á ejemplo de Cristo.

Hijo, yo bajé del cielo por tu salud y tomé tus miserias, no por necesidad, mas por la caridad que me traía: porque tú aprendieses la paciencia y sufrieses sin indignación las miserias temporales. Desde la hora de mi nascimiento hasta la muerte en la cruz no me faltaron dolores que sufrir: yo tuve muy gran mengua de las cosas temporales: oí muchas veces grandes que-

jas de mí: sufrí mansamente denuestos y afrentas: por los beneficios recebí desagradescimientos, y por los miraglos blasfemias, y por la doctrina reprehensión. Señor, si tú fuiste tan paciente en tu vida principalmente cumpliendo la voluntad del Padre, justo es que yo pobrecillo pecador según tu voluntad sufra por mi salud la carga de mi corruptibilidad hasta cuando tú quisieres. Aunque la vida presente es cargosa, ya por tu gracia es muy meritoria, y más tolerable y clara para los flacos por tu ejemplo y de tus sanctos, y aun mucho más consolatoria que fué en el tiempo pasado en la vieja Ley, cuando estaba cerrada la puerta del cielo, y el camino era muy escuro, cuando tan poquitos tenían cuidado de buscar el reino de los cielos, y aun los que eran justos y se habían de salvar entonces, no podían entrar al reino celestial hasta que llegase tu pasión y el pago de tu muerte sagrada. ¡Oh, cuántas gracias debo dar á tu sacratísima Majestad que has tenido por bien de mostrarme á mí y á todos los fieles la carrera recta y buena para tu eterno reino! Tu vida, dulce Jesú, es nuestra carrera, y por la sancta paciencia vamos á ti, que eres nuestra corona. Si tú no fueras delante enseñando, ¿quién curara de seguirte? ¡Ay, ay, cuántos quedarían atrás si no mirasen tus ilustrísimos ejemplos! Y si oídas tantas maravillas de tus señales y doctrinas estamos aun tan tibios, ¿qué haríamos si no tuviésemos tanta claridad para seguirte?

CAPÍTULO XXI.

De la tolerancia de las injurias, y cómo se prueba el verdadero paciente.

Hijo, ¿qué es lo que dices? Cesa de quejarte, y considera mi pasión y de los otros santos, que aun no has resistido hasta derramar sangre. Poco es lo que padeces en comparación de los que tantas cosas padescieron tan fuertemente tentados y tan gravemente atribulados, y de tan diversas maneras probados y ejercitados. Conviene, pues, traer á tu memoria las cosas muy graves de otros, para que ligeramente sufras tus pequeñuelos trabajos. Y si tus males no te parecen pequeños, mira no lo cause tu impaciencia. Mas sean grandes ó pequeños, estudia de llevarlos con

paciencia. Cuanto más te dispones á padecer, tanto más sabiamente haces, y más mereces, y con más dulzura lo llevarás, teniendo el ánimo usado, sin pereza. No digas: no puedo sufrir esto de aquel hombre, ni es razón que yo sufra tales cosas: dañóme gravemente, levántame cosas que nunca pensé: de otro sufriría de grado todo lo que me paresciere que debo sufrir. Indiscreto es el tal pensamiento, que no considera la virtud de la paciencia, ni mira quién la ha de galardonar, y se ocupa en hacer caso de las personas y de las injurias que le hacen. No es verdadero paciente el que no quiere sufrir sino lo que le parece, y de quien él quisiere. El verdadero paciente no mira quien le persigue, si es perlado ó igual suyo, ó más bajo, ó si es buen hombre ó malo z indigno: mas sin hacer diferencia, todo daño, y de cualquier criatura, y todas cuantas veces sucede cualquier mal, todo lo recibe de grado, como de mano de Dios, y estímalo por gran ganancia: porque no hay cosa, por pequeña que sea, padecida por amor de Dios, que pase sin galardón. Pues aparéjate á la batalla si quieres tener victoria: sin pelear no podrás venir á la corona de la paciencia. Si no quieres padescer, rehusas ser coronado: mas si deseas ser coronado, pelea varonilmente y sufre con paciencia. Sin trabajo no se puede alcanzar la holganza, ni sin pelear se puede haber la victoria. Oh Señor, hazme posible por tu gracia lo que me parece imposible por natura. Tú sabes cuán poco puedo yo padescer, y luego só derribado con pequeña contradición. Séame, Señor, por tu nombre muy amable cualquier tribulación, y deséela yo: porque el padescer y ser atormentado por ti es gran salud para mi alma.

CAPÍTULO XXII.

De la confesión de nuestra flaqueza, y de las miserias desta vida.

CONFIESO yo, Señor, contra mí mi injusticia, y confesarte he mi flaqueza. Pequeña cosa me derrueca y entristece. Muchas veces propongo de pelear varonilmente: mas en viniendo una pequeña tentación, siento grande angustia. Muy vil cosa es á las veces de donde me viene grave tentación, y cuando me

pienso algún tanto seguro, cuando no me cato, me hallo algunas veces de un soplito cuasi vencido. Mira pues, Señor, mi bajeza, manifiesta á ti por cada parte. Habe misericordia de mí y líbrame del lodo, porque no sea atollado y quede vencido del todo. Esto es lo que de contino me rechaza y pone en confusión delante de ti, que tan flaco y deleznable soy para resistir las pasiones: y puesto que no me llevan del todo al consentimiento, enójame por cierto y agrávame mucho su persecución, y estó muy descontento de vivir cada día en esta contienda. Y de aquí conozco mi flaqueza, que las abominables tentaciones ꝛ imaginaciones que me persiguen, más fácilmente vienen sobre mí, que se van. Pluguiese ya á ti, fortísimo Dios de Israel, celador de las ánimas fieles, de mirar el trabajo y dolor de tu siervo y estar con él en todo y por todo dondequiera que fuere. Esfuérzame con fortaleza celestial de manera que ni el hombre viejo, ni la miserable carne, aun no bien subjecta al espíritu, pueda enseñorearme: contra la cual conviene pelear en tanto que vivimos. ¡Ay, qué tal es esta vida, donde nunca faltan tribulaciones y miserias! Todas las cosas están llenas de lazos y de enemigos, en partiéndose una tribulación viene otra, y aun antes que se acabe el combate de una, sobrevienen otras muchas no pensadas. ¿Cómo puede ser amada vida llena de tantas amarguras, subjeta á tantos casos y miserias? ¿Cómo se puede llamar vida la que engendra tantas muertes ꝛ pestilencias? Y con todo esto vemos que es amada, y muchos la quieren para gozarse en ella. Muchas veces es reprehendido el mundo que es engañoso y vano, mas no se deja de ligero cuando los apetitos sensuales señorean: mas unas cosas nos inclinan y atraen á amarlo, y otras á aborrecerlo. Á amarle incítanos el deseo de la carne, el deseo de los ojos y la soberbia y fausto de la vida. Mas las penas y miserias que se siguen destas cosas, causan odio y enojo con el mismo mundo. Mas ¡ay, que vence la mala delectación al ánima que está dada al mundo, ꝛ reputa por deleites estar envuelta en espinas! Esto hace, porque aun no ha visto ni gustado la suavidad interior de Dios, ni el sabor de la virtud. Mas quien perfetamente desprecia al mundo y estudia de servir á Dios en sancta disciplina ꝛ recogimiento, sabe que está prometida la divinal dulzura á quien de verdad se renunciare, y ve cuán gravemente yerra el mundo.

CAPÍTULO XXIII.

Que debemos holgar en Dios sobre todas las cosas.

Ánima mía, sobre todas las cosas huelga siempre en Dios, que Él es la eterna holganza de los sanctos. Otórgame tú, dulcísimo ⁊ amantísimo Jesú, holgar en ti sobre todas las cosas criadas, ⁊ sobre toda salud y hermosura, sobre toda gloria y honra, sobre toda potencia y dignidad, sobre toda sciencia y subtileza, sobre todas las riquezas y artes, sobre toda alegría y gozo, sobre toda fama ⁊ loor, sobre toda suavidad ⁊ consolación, sobre toda esperanza ⁊ promesa, sobre todo merescimiento y deseo, sobre todos los dones que puedes dar y enviar, sobre todo el gozo y dulzura que el ánima puede recebir y sentir, y en fin, sobre todos los ángeles y arcángeles, y sobre la corte del cielo, ⁊ sobre todo lo visible ⁊ invisible, y sobre lo que tú, Dios mío, no eres. Que tú, Señor, eres bueno sobre todo: tú solo altísimo, tú solo potentísimo, tú solo muy suficiente, y muy lleno, y muy placentero: tú solo hermosísimo y muy amoroso, tú solo nobilísimo ⁊ muy glorioso sobre todas las cosas. En ti está todo bien perfectamente ayuntado, estuvo y estará. Por eso, poco es ⁊ no satisface cualquier cosa que me das, ó revelas, ó prometes de ti mismo, no te viendo ni poseyendo cumplidamente. Porque no puede mi corazón holgarse ni contentarse verdaderamente, si no descansa en ti trascendiendo todos los dones ⁊ todo lo criado. Oh esposo mío, amantísimo Jesú, amador purísimo, Señor de todas las criaturas, ¿quién me dará plumas de verdadera libertad para volar ⁊ holgar en ti? ¡Oh, cuándo me será otorgado ocuparme en ti cumplidamente, y ver cuán suave eres, Señor Dios mío! ¡Cuándo me recogeré del todo en ti que no sienta á mí por tu amor, mas á ti solo sienta sobre toda manera ⁊ sentido, en manera no manifiesta á todos! Agora muchas veces doy gemidos ⁊ sufro mi miseria con dolor, porque me acaescen muchos males en este miserable valle, los cuales me turban á menudo, ⁊ me entristecen, ⁊ anublan, ⁊ muchas veces me impiden, y distraen, ⁊ halagan, y embarazan, porque no tenga libre entrada á ti ⁊ no goce de tus alegres abrazos, los cuales gozan sin impedimento los espíritus bienaventurados. Muévate, Señor, demás de mi sospiro, la gran destruición que hay en la tie-

rra. Oh Jesú, resplandor de la eterna gloria, consolación del ánima que va peregrinando, ante ti está mi boca sin voz, z mi callar te habla. ¿Hasta cuándo tarda de venir mi Señor? Venga á este su siervo pobrecillo, z hágame alegre. Envíe su mano, z libre á mí miserable de tanta angustia. Ven, ven, que sin ti ningún día ni hora terné de descanso, que tú eres mi alegría, z sin ti vacía está mi mesa. Miserable soy, y casi encarcelado z preso en grillos, hasta que tú, Señor, me recrees z pongas en libertad, z me muestres tu amigable rostro. Busquen otros lo que quisieren en lugar de ti, que á mí ninguna otra cosa me agrada ni agradará, sino tú, Dios mío, esperanza mía, salud eterna. No callaré, ni cesaré de rogarte hasta que tu gracia vuelva y tú hables de dentro y me digas: Cata que Yo soy, vesme aquí, pues me llamaste: tus lágrimas, y el deseo de tu ánima, z tu humildad, z la contrición de tu corazón me han inclinado y traído á ti. Y respondí: Señor, yo te llamé z deseé gozarte: aparejado estoy á dejar toda cosa por ti: mas tú primero me despertaste para que te buscase. Bendito seas, Señor, que heciste con tu siervo esta bondad según la multitud de tu misericordia. Señor, ¿qué mejor cosa puede hacer tu siervo ante de ti, que humillarse muy de verdad, acordándose de su propria maldad z vileza? No hay cosa semejante á ti en todas las maravillas del cielo z de la tierra. Señor, tus obras son muy buenas, tus juicios rectos, tu providencia rige todas las cosas, z por eso honra y gloria sea á ti, sapiencia del Padre: á ti alabe y bendiga mi boca, mi ánima z juntamente toda cosa criada.

CAPÍTULO XXIV.

Cómo nos debemos acordar de los innumerables beneficios de Dios.

SEÑOR, abre mi corazón en tu ley y enséñame á andar en tus mandamientos, otórgame entender tu voluntad z con gran reverencia y entera consideración acordarme de tus beneficios generales y especiales, porque pueda de aquí adelante húmilmente hacerte gracias. Mas yo sé, z así lo confieso, que no puedo pagarte los debidos loores y gracias que debo por las mercedes que en el más pequeño punto me haces. Yo menor soy que todos los bienes que me has hecho, y cuando miro tu no-

bleza, desfallece mi espíritu por su grandeza. Todo lo que tenemos en el ánima y en el cuerpo, ꝛ cuantas cosas poseemos de fuera ó de dentro, natural ó sobrenatural, son beneficios tuyos ꝛ alaban á ti, bienhechor piadoso ꝛ bueno, de quien recebimos todos los bienes: puesto que uno reciba más que otro, todo es tuyo, ꝛ sin ti no se puede alcanzar cosa alguna. El que más recibe, no puede gloriarse de su merescimiento, ni enloquecerse, ni desdeñar al menor. Porque aquél de verdad es mayor ꝛ mejor, que menos se atribuye á sí y es más agradescido ꝛ humilde: y el que se estima por más vil que todos ꝛ se tiene por más indigno, está más aparejado á recebir mayores dones. Y el que recibió menos no se debe entristecer, ni airarse, ni tener envidia del que más tiene: antes debe mirarte á ti ꝛ loar en gran manera tu bondad que tan copiosamente ꝛ tan de grado repartes tus dones sin aceptar personas. Todas las cosas proceden de ti, ꝛ por eso en todo debes ser loado. Tú sabes lo que conviene darse á cada uno: ꝛ por qué tiene uno menos ꝛ otro más, no conviene á nosotros dicernerlo, sino á ti, que sabes determinadamente los merecimientos de cada uno. Por eso, Señor, por gran beneficio tengo no tener muchas cosas de las cuales se me diga en lo de fuera loor ꝛ honra ante los hombres. Así que, cualquiera que considerare la pobreza ꝛ vileza de su persona, no solo no recebirá agravio, ni tristeza, ni abatimiento, mas consolación ꝛ muy grande alegría, considerando que tú, Dios mío, escogiste para familiares ꝛ servidores los pobres, bajos ꝛ despreciados del mundo. Testigos son desto tus mismos apóstoles, los cuales estableciste príncipes sobre toda la tierra. Mas conversaron en el mundo tan sin queja, ꝛ fueron tan humildes ꝛ sencillos, sin malicia ni engaño, que se gozaban en sufrir injurias por tu nombre ꝛ abrazaban con grande afeción lo que el mundo aborrece. Por eso ninguna cosa debe tanto alegrar al que te ama ꝛ reconosce tus beneficios, como tu sancta voluntad y el buen contento de tu eterna disposición: lo cual le debe tanto consolar, que quiera tan de grado ser el menor de todos como desearía otro ser el mayor: ꝛ así tan pacífico ꝛ contento debe estar en el más bajo lugar como en el más alto, ꝛ tan de grado ser despreciado como si fuese el más honrado del mundo: porque tu voluntad y el amor de tu honra debe sobrepujar todas las cosas. Y más se debe consolar ꝛ contentar con esto, que con todos los beneficios recebidos ó que puede recebir.

CAPÍTULO XXV.

De cuatro cosas que causan gran paz.

Hijo, agora te enseñaré la vía de la paz ꝛ de la verdadera libertad. Señor, haz lo que dices, que mucho huelgo de oirlo. Hijo, trabaja de hacer antes la voluntad de otro que la tuya: escoge siempre tener menos que más: busca siempre el lugar más bajo y estar subjeto á todos: desea contino que se cumpla en ti enteramente la voluntad de Dios. Este tal entra en los términos de la paz ꝛ reposo. Señor, este tu breve sermón mucha perfección contiene en sí: pequeño es en la plática, mas lleno de sentencia ꝛ abundoso en fructo. Que si pudiese por mí ser fielmente guardado, no debría nacer en mí tan presto la turbación: porque cuantas veces me siento desasosegado ꝛ pesado, hallo haberme apartado de esta doctrina. Mas tú, Señor, que puedes todas las cosas ꝛ siempre deseas el provecho del ánima, acrecienta en mí mayor gracia, para que pueda complir tu palabra ꝛ hacer lo que cumple á mi salud.

CAPÍTULO XXVI.

Oración contra los malos pensamientos.

Señor Dios mío, no te alejes de mí. Dios mío, mira en mi favor, que se han levantado contra mí vanos pensamientos ꝛ grandes temores que afligen mi ánima. ¿Cómo pasaré sin lisión? ¿Cómo los destruiré? Yo iré, dice Dios, delante de ti ꝛ humillaré los soberbios de la tierra: abriré la puerta de la cárcel, ꝛ revelarte he los secretos de las cosas escondidas. Hazlo así, Señor, como lo dices, ꝛ huyan de tu presencia todos los malos pensamientos. Ésta es mi esperanza ꝛ singular consolación: confiar de ti, ꝛ llamarte de todas mis entrañas, y esperar en paciencia tu consolación.

CAPÍTULO XXVII.

De una oración para alumbrar el pensamiento.

ALÚMBRAME, buen Jesú, con la claridad de tu eterna lumbre z saca de mi corazón toda tiniebla. Refrena las muchas vagueaciones y quebranta las tentaciones que me hacen fuerza. Pelea fuertemente por mí z vence las malas bestias, que son los deseos halagüeños, para que se haga paz en tu virtud, y la abundancia de tu loor suene en el sancto palacio, que es la limpia conciencia. Manda á los vientos y á la tempestad, di al mar que sosiegue y al cierzo que no sople, z será gran bonanza. Envía tu luz y tu verdad que luzga sobre mí: porque soy tierra vana z vacía, hasta que tú me alumbres. Derrama de arriba tu gracia z riega mi corazón: minístrame aguas de devoción para regar la haz de la tierra, porque produzga fruto bueno y perfecto. Levanta el ánima cargada del peso de los pecados y ocupa todo mi deseo en las cosas celestiales: porque gustada la suavidad de la felicidad eterna, me descontente todo lo terreno. Arrebátame, líbrame de toda pasadera consolación de las criaturas: porque ninguna cosa criada basta para consolar y sosegar complidamente mi apetito. Ayúntame á ti con un ñudo de puro amor inseparable: porque tú solo bastas al que te ama, y sin ti todas las cosas son desgraciadas.

CAPÍTULO XXVIII.

Que se debe evitar la curiosa pregunta de la vida ajena.

HIJO, no quieras ser curioso ni tener vanos cuidados. ¿Qué te va á ti desto ó de lo otro? Sígueme tú. ¿Qué te va á ti que aquél sea así ó así, ó que el otro hable, ó viva á su parecer? No conviene á ti responder por otros: por ti solo has de dar razón: pues ¿porqué te entremetes? Mira que yo conozco á todos, y veo cuánto se hace, y de qué manera está cada uno, y qué piensa, y qué quiere, y á qué fin va su intención. Por eso á mí se deben encomendar todas las cosas, z tú conservarte en

buena paz. Deja al bullicioso moverse cuanto quisiere, que sobre él verná lo que dijere ó ficiere, que no me puede engañar. No tengas cuidado de la sombra de gran nombre, ni del ser conocido, ni de la familiaridad de muchos, ni del amor particular de los hombres: porque esto causa grandes distraciones z tinieblas en el corazón. Muy de grado te hablaría mi palabra, z te revelaría mis secretos, si tú aguardases con diligencia mi venida y me abrieses la puerta de tu corazón. Mira que estés sobre aviso, y vela en oración, y humíllate en todas las cosas.

CAPÍTULO XXIX.

En qué consiste la firmeza de la paz y el verdadero aprovechar.

Hijo mío, yo dije: La paz os dejo, mi paz os doy, y no os la do como el mundo la da. Todos desean la paz: mas no tienen todos cuidado de las cosas que pertenescen á la verdadera paz. Mi paz con los humildes y mansos de corazón. Tu paz será en mucha paciencia: si me oyeres y siguieres, podrás usar de mucha paz. Pues Señor, ¿qué haré? Mira en toda cosa lo que haces y lo que dices, y endereza tu intención á agradarme á mí solo, y no cobdicies ni busques cosa fuera de mí. De los hechos ó dichos ajenos no juzgues presuntuosamente, ni te entremetas en lo que no te han encomendado: en esta manera podrá ser que poco ó tarde te turbes. Nunca sentir alguna tribulación, ni sufrir alguna fatiga de corazón ó de cuerpo, no es desta tierra, sino del estado de la eterna holganza. Por eso no estimes haber hallado verdadera paz, si no sintieres alguna pesadumbre. Ni ya es todo bueno, si no tienes algún adversario: ni está la perfeción en que todo te suceda según tu querer. Ni te estimes por muy singular z muy amado, si tuvieres gran consolación y gran dulzura: porque en estas cosas no se conoce el verdadero amador de la virtud: que no está en todo esto la perfeción del hombre. Pues ¿en qué, Señor? En ofrecerte de todo tu corazón á la divina voluntad, no buscando tu interese en lo poco ni en lo mucho, en lo temporal ni en lo eterno. De manera que en cualquier cosa con rostro igual des gracias á la suma bondad, pesándolo todo

con un mismo peso. Si fueres tan fuerte y sufrido en la esperanza que quitada la consolación interior aparejares tu corazón para sufrir mayores cosas, y no te justificares, diciendo que no debrías pasar tales ni tantas cosas: mas si me tuvieres por justo y sancto en todo lo que yo ordenare, entonces cree que andas en el camino de la verdadera paz, y ternás esperanza muy cierta que verás mi rostro otra vez con mucha alegría. Y si llegares á menospreciarte del todo, sábete que gozarás de abundancia de paz según la posibilidad desta peregrinación.

CAPÍTULO XXX.

De la excelencia del ánima libre, z que la humilde oración es de mayor mérito que la leción.

SEÑOR, ésta es obra de varón perfecto, nunca aflojar la intención de las cosas celestiales y entre muchos cuidados pasar casi sin cuidado, no á manera de torpe, mas con una excelencia de libre voluntad, sin llegarse con desordenada afeción á criatura alguna. Ruégote, piísimo Dios mío, que me guardes de los cuidados desta vida, porque no me envuelva demasiadamente en las necesidades del cuerpo, y con el deleite sea detenido, y mi ánima ocupada ó con el trabajo quebrantada. No digo tan solamente de las cosas que la vanidad mundana con tanta afeción desea: mas también de aquestas miserias que penosamente agravan el ánima de tu siervo con la común maldición de la muerte y detienen que no pueda entrar en la libertad del espíritu cuantas veces quisiere. Oh Dios mío, dulzura inefable, tórname en amargura toda consolación sensual que me aparta del amor de la eternidad y me trae á sí malamente con sola muestra de un bien presente deletable. Oh Dios mío, no me venza la carne y la sangre, no me engañe el mundo y su brevísima gloria, no me derrueque el diablo con su astucia. Dame fortaleza para resistir, y paciencia para sufrir, y constancia para perseverar. Dame por todas las consolaciones del mundo la suavísima unción de tu espíritu, y por el amor sensual infunde en mi ánima el amor de tu sancto nombre.¡ Oh, cuán grave es al espíritu que ama, el comer, y el beber, y el vestir, y todo lo demás que per-

tenece á la sustentación del cuerpo! Otórgame, Señor, usar de todo lo necesario muy templadamente, no me ocupe en ello con sobrado deseo. No es cosa lícita dejarlo todo, porque se ha de sustentar la humana naturaleza: mas buscar lo superfluo y lo que más deleita, la ley sancta lo defiende: porque de otra manera la carne se levantaría contra el espíritu. Ruégote, Señor, que me rija y enseñe tu mano á tener el medio entre estas cosas.

CAPÍTULO XXXI.

Que el amor proprio estorba el bien eterno.

HIJO, conviénete darlo todo por el todo y no ser nada tuyo. Mira que el amor proprio más te daña que todo el mundo: cuánto es el amor y afeción, tanto se apegan las cosas más ó menos. Si tu amor fuere puro, sencillo y bien ordenado, estarás libre de toda cosa. No codicies lo que no te conviene tener, ni quieras tener cosa que te pueda impedir y quite la libertad interior. Maravilla es que no te encomiendas á mí de lo profundo de tu corazón con todo lo que puedes tener ó desear. ¿Porqué te consumes con vana tristeza? ¿Porqué te fatigas con superfluos cuidados? Está á mi placer y voluntad, y no sentirás daño alguno. Si andas á escoger á tu apetito, nunca ternás reposo, ni serás libre de cuidado: porque en toda cosa hay falta y en cada lugar habrá quien te enoje: y así no cualquier cosa alcanzada ó multiplicada de fuera aprovecha, mas la que es despreciada y cortada del corazón de raíz. No entiendas esto solamente de las rentas y de las riquezas, mas también de la honra y vanagloria, todo lo cual pasa con el mundo. Poco hace el lugar si falta el espíritu del fervor, ni durará mucho la paz buscada por defuera, si falta de verdadero fundamento la virtud del corazón. Quiero decir, que si no estuvieres en mí, bien te puedes mudar, mas no mejorar: porque venida la ocasión, hallarás lo que huías, y más adelante.

CAPÍTULO XXXII.

Oración para alimpiar el corazón y para la sabiduría celestial.

CONFÍRMAME, Señor Dios, por la gracia del Espíritu Sancto: dame esfuerzo para que sea fortalecido en el hombre interior, y desocupa mi corazón de toda inútil solicitud y congoja, porque no sea traído de variables deseos por cualquier cosa vil ó preciosa, mas que mire todas las cosas como transitorias, y á mí mismo que paso con ellas: que no hay cosa que permanezca debaja del sol, antes todo es vanidad y aflición de espíritu. ¡Oh, cuán sabio es el que así lo piensa! Señor, otórgame la sabiduría celestial, para que aprenda á buscarte y á hallarte sobre todas las cosas, gustarte y amarte sobre todo, y entender todo lo que criaste como es según la orden de tu sabiduría. Otórgame, Señor, prudencia para desviarme del lisongero y sufrir con paciencia al adversario: porque muy gran sabiduría es no moverse con cada viento de palabras, ni dar la oreja á la serena que malamente halaga: que así se anda seguramente el camino comenzado.

CAPÍTULO XXXIII.

Contra las lenguas de los maldicientes.

HIJO, no te enojes si algunos tuvieren mala opinión y crédito de ti y te dijeren lo que no querrías oir. Tú debes pensar de ti peores cosas y tenerte por el más flaco de todos. Si andas dentro de ti, no pesarás mucho las palabras que vuelan. Gran discreción es callar en tal tiempo, y convertirse á mí el corazón, y no turbarse por el juicio humano. No sea tu paz en la boca de los hombres: que si echaren las cosas á bien ó á mal, no serás por eso otro del que eres. ¿Adónde está la verdadera paz y la verdadera gloria? En mí solo por cierto, y el que no cobdicia contentar á los hombres, ni teme desagradarlos, gozará de mucha paz. Del desordenado amor y vano temor nace todo desasosiego de corazón y toda turbación de sentidos.

CAPÍTULO XXXIV.

Cómo debemos rogar á Dios y bendecirle en el tiempo de la tribulación.

Señor, sea tu nombre para siempre bendito, que quesiste que viniese sobre mí esta tentación y tribulación: yo no puedo huirla: mas tengo necesidad de recurrir á ti para que me favorezcas y me la conviertas en bien. Señor, agora estó atribulado, y no le va bien á mi corazón: mas soy muy atormentado de la presente tentación. Oh Padre muy amado, ¿qué diré? Preso estoy en graves angustias, sálvame en esta hora. Mas yo só venido en este trance para que seas tú glorificado cuando yo fuere muy humillado y librado por ti. Y plégate, Señor, de librarme, que yo pobre ¿qué puedo hacer? ¿Adónde iré sin ti? Dame paciencia, Señor, también esta vez, y ayúdame, Dios mío, y no temeré por más atribulado que sea. Y agora entre estas angustias ¿qué diré, salvo, Señor, que sea hecha tu voluntad? Yo bien he merecido ser atribulado y angustiado: conviéneme sufrirlo, y ojalá con paciencia, hasta que pase la tempestad y haya bonanza. Poderosa es tu mano, potentísima para quitar de mí esta tentación y amansar su furor, porque del todo no caiga, así como otras muchas veces lo has hecho comigo, Dios mío, misericordia mía: y cuanto á mí es más dificultoso, tanto es á ti más fácil: que esta mudanza, de la diestra del muy Alto es.

CAPÍTULO XXXV.

Que se debe pedir el favor divino y tener confianza de cobrar la gracia.

Hijo, yo soy el Señor que esfuerzo en el día de la tribulación: vente á mí cuando no te hallares bien. Lo que más impide la consolación celestial, es que muy tarde te vuelves á la oración: que antes que me ruegues con atención, buscas muchas recreaciones y consolaciones en lo exterior. Y de aquí viene que todo te aprovecha poco, hasta que conozcas que yo soy el que libro á los que esperan en mí, y fuera de mí no hay

consejo que valga ni aproveche, ni remedio durable. Mas cobrado ya aliento después de la tempestad, esfuérzate en la luz de las misericordias mías, que cerca estoy para reparar toda cosa perdida, no solo complida, mas abundante y colmadamente. ¿Por ventura hay cosa difícil para mí, ó seré yo como el que dice y no hace? ¿Adónde está tu fe? Está firme y persevera: sé constante y esforzado, que el consuelo en su tiempo te verná. Espérame, espera, que yo verné y te curaré. La tentación te atormenta y el vano temor te espanta. ¿Qué aprovecha tener cuidado de lo que está por venir, que puede acaescer ó no, sino para tener tristeza sobre tristeza? Bástale al día su trabajo. Vana cosa es y sin provecho entristecerte ó alegrarte de lo que quizá nunca acaescerá. Mas cosa humana es ser burlado con tales imaginaciones: y también es señal de poco ánimo dejarse burlar tan ligeramente del enemigo. Mira que él no cura que sea verdadero ó falso aquello con que burla y engaña, ó si derrocará con amor de lo presente, ó con temor de lo porvenir. Pues no se turbe tu corazón ni tema. Cree en mí y ten mucha confianza en mi misericordia, que cuando tú piensas estar más lejos de mí, estó yo muchas veces más cerca de ti. Y cuando tú piensas que es todo perdido, entonces muchas veces está cerca la ganancia del merecer. No es todo perdido cuando alguna cosa te acaesce en contrario. No debes juzgar como sientes al presente, ni embarazarte, ni congojarte con cualquiera contrariedad que te venga, como que no hobiese esperanza de remedio. No te tengas por desamparado del todo, aunque te envíe á tiempos alguna tribulación: que de esta manera pasan al reino del cielo. Y sin dubda más convenible es así á ti y á todos mis siervos que os ejercitéis en adversidades, que si todo sucediese á vuestro sabor. Yo conozco los pensamientos escondidos, y mucho conviene para tu salud que algunas veces te deje desabrido: porque podría ser que alguna vez te ensoberbecieses en lo que bien te sucediese, y pensases complacerte á ti mismo en lo que no eres. Lo que yo te di, te lo puedo quitar y tornártelo cuando quisiere. Cuando te lo diere, mío es, y cuando te lo quitare, no tomo lo tuyo, que mío es cualquier dádiva buena y todo perfecto don. Si te enviare alguna tribulación ó angustia, no te indignes ni se caiga tu corazón, que luego te puedo enviar favor y mudar cualquier angustia en gozo. En verdad justo soy y mucho de loar en ha-

cerlo así contigo. Si algo sabes y miras de verdad, nunca te debes entristecer tan de caída por las adversidades: mas gozarte más, y agradecerlo, y tener por principal alegría que afligiéndote con dolores no te dejo pasar sin castigo. Así como me amó el Padre, yo os amo, dije á mis amados discípulos. Los cuales ciertamente no envié á gozos temporales, mas á grandes peleas: no á honras, sino á desprecios: no á holgar, sino á trabajar y á hacer gran fructo en paciencia. Hijo mío, acuérdate destas palabras.

CAPÍTULO XXXVI.

Que se debe despreciar toda criatura para hallar al Criador.

SEÑOR mío, menester he aun mayor gracia si tengo de llegar adonde ninguna criatura me pueda impedir: porque en tanto que alguna cosa me detiene, no puedo volar libremente á ti. Aquél por cierto deseaba volar, que decía: ¿Quién me dará plumas como á paloma, y volaré y holgaré? ¿Qué cosa hay más sosegada que el ojo simple? ¿Y qué cosa hay en el mundo más libre que el que no desea nada? Por eso conviene trascender todo lo criado, z desamparar del todo á sí mismo, y estar en lo más alto del entendimiento, para ver á ti, Criador de todo, que no tienes semejanza alguna con las criaturas. Y el que no se desocupare de lo criado, no podrá libremente entender en lo divino. Y por eso se hallan pocos contemplativos: porque poquitos saben desasirse del todo de las criaturas. Para esto es menester singularísima gracia que levante el ánima y la suba sobre sí misma, y si no fuere el hombre levantado en espíritu, y libre de todo lo criado, y todo unido á Dios, poco es cuanto sabe, y de poca estima es cuanto tiene. Mucho tiempo será pequeño y terreno el que estima alguna cosa por grande, sino solo el único, inmenso y eterno bien. Y lo que Dios no es, nada es y por nada se debe contar. Por cierto gran diferencia hay entre la sabiduría del hombre devoto espiritual y la sciencia del estudioso letrado. Muy más noble es la dotrina que mana de arriba de la influencia divina, que la que se alcanza con trabajo por ingenio humano. Muchos se hallan que desean la contemplación: mas no estudian de

ejercitar las cosas que para ella se requieren. Hay también otro grandísimo impedimento, y es estar los hombres muy puestos en las señales y en cosas sensibles, y tienen muy poco cuidado de la mortificación de sí mesmos. No sé que se es, ni qué espíritu nos lleva, ni qué esperamos los que somos llamados espirituales, que tanto trabajo y cuidado ponemos por las cosas transitorias y viles, y con dificultad muy tarde nos recogemos á pensar nuestras cosas interiores. ¡Ay dolor, que al momento que nos habemos un poquito recogido, nos salimos afuera y no pensamos nuestras obras con estrecha examinación, ni miramos adonde se hunden nuestras afecciones, ni lloramos cuán sucias son nuestras cosas! Toda carne había corrompido su carrera, y por eso se siguió el gran diluvio. Porque como nuestro afecto interior esté corrupto, necesario es que la obra exterior (que es señal de la privación de la virtud interior) también se corrompa. Del puro corazón procede el fructo de la buena vida. Miramos cuánto hace cada uno: mas no pesamos estudiosamente de cuánta virtud procede. Con gran diligencia se pesquisa si alguno es valiente, rico, fermoso, dispuesto, ó buen escribano, ó buen cantor, ó buen oficial: mas cuán pobre sea de espíritu, cuán paciente y manso, cuán devoto y recogido, poco se platica. La natura mira las cosas exteriores del hombre: mas el que tiene la gracia conviértese á lo interior. La natura muchas veces se engaña: la gracia pone su esperanza en Dios porque no sea engañada.

CAPÍTULO XXXVII.

Que debe hombre negarse á sí mesmo y desviarse de toda cobdicia.

HIJO, no puedes poseer libertad perfecta si no te niegas á ti mismo del todo. Todos los que son amadores de sí mismos, están en prisiones, son cobdiciosos, curiosos y vagabundos, buscan contino las cosas delicadas, y no las que son de Jesucristo. Componen z inventan lo que no ha de permanecer: porque todo lo que no procede de Dios, perecerá. Toma esta breve y perfectísima palabra: Déjalo todo, y hallarlo has todo. Deja la cobdicia, y hallarás reposo. Trata esto en tu pensamiento, y cuando lo cumplieres entenderás toda cosa. Señor, no es esto obra de un

día, ni juego de niños: paréceme que en esta suma se encierra toda la perfeción cristiana. Hijo, no debes volver atrás, ni caerte luego en oyendo la carrera de la perfeción: antes debes provocarte y animarte á seguirla, ó á lo menos á sospirar por ella con vivo deseo. ¡Oh, si hobieses llegado á tanto que no fueses amador de ti mismo y estuvieses puramente á mi voluntad! Entonces me agradarías mucho y pasarías tu vida en gozo y paz. Aun tienes muchas cosillas que debes dejar: que si no las renuncias enteramente, no alcanzarás lo que pides. Yo te aconsejo que compres de mí oro encendido, para que seas rico: que es la sabiduría celestial, que huella todo lo bajo. Desprecia la sabiduría terrena, y el humano contentamiento, y el tuyo proprio. Yo te dije que se deben comprar las cosas más viles con las preciosas y altas. Al parecer humano ¡cuán vil y pequeña y cuasi olvidada paresce la verdadera sabiduría, que no sabe grandezas de sí, ni quiere ser engrandescida en la tierra! La cual está en la boca de muchos, mas en la vida andan muy apartados della, y ella es por cierto una perla preciosísima escondida á muchos.

CAPÍTULO XXXVIII.

De la mudanza del corazón, y en qué debemos tener toda la intención.

HIJO, no quieras creer á tu deseo: que lo que agora deseas, presto se te mudará. Y en tanto que vivieres, subjeto estás á mudanza aunque no quieras: y agora te hallarás alegre, agora triste, agora sosegado, agora turbado, agora devoto, agora indevoto: ya estudioso, ya perezoso: agora pesado, agora ligero. Mas sobre estas mudanzas está el sabio bien enseñado en el espíritu: y no mira lo que siente, ni de qué parte sople el viento de la mudanza: mas toda su intención pone en la perfeción del debido y perfecto fin. Porque así podrá él mismo quedar sin lisión en tan varios casos, enderezando á mí sin cesar el ojo de su sencilla intención. Y cuanto más puro fuere el ojo de la intención, tanto irá más constante entre la diversidad de las tempestades. Mas en muchas cosas se escurece el ojo de la intención, mirando de presto lo delectable que se ofresce: y tarde se halla alguno tan

libre que en todo busque á Dios puramente. Así vinieron los de Jerusalem á Betania, á María y á Marta, no sólo por Jesú, mas por ver á Lázaro. Débese alimpiar el ojo de la intención, para que sea sencillo y recto, y enderezarlo á mí sin avieso.

CAPÍTULO XXXIX.

Que al que ama es Dios muy sabroso en todo y sobre todo.

OH mi Dios y todas las cosas, y ¿qué cosa hay que más deba querer? ¿Y qué mayor bienaventuranza puedo yo desear? ¡Oh sabrosa y dulcísima palabra para el que ama á Dios, y no al mundo, ni á lo que en él está! Dios mío y todas las cosas. Al que entiende basta lo dicho, y repetirlo muchas veces es cosa de nueva alegría al que ama. Ciertamente, Señor, estando tú presente, todo es alegre, y absente, todo enojoso. Tú haces el corazón reposado y das paz y alegría de fiesta. Tú haces sentir bien de toda cosa y loarte en todas las cosas. No puede cosa alguna deleitar mucho tiempo sin ti. Y si ha de agradar, conviene que tu gracia sea presente y sea guisada con tu sabiduría. A quien tú sabes bien, ¿qué no le sabrá bien? Y á quien tú no eres sabroso, ¿qué cosa le podrá agradar? Mas ¡ay! que los sabios del mundo faltan en tu sabiduría, y los carnales también. Porque en lo uno hay vanidad, y en lo otro muerte. Mas los que te siguen con desprecio del mundo, mortificando su carne, éstos son verdaderos sabios: porque pasan de la vanidad á la verdad y de la carne al espíritu. Á estos tales eres tú sabroso y dulce, y cuanto hallan en las criaturas, todo lo refieren á loor de su Criador. Mas es de mirar que es diferente en gran madera el sabor del Criador y el de la criatura, de la eternidad y del tiempo, de la luz increada y de la luz criada. Oh luz perpetua, que trasciendes toda luz criada, envía de tu altura resplandor que penetre todo lo secreto de mi corazón. Alimpia, alegra, clarifica y vivifica mi espíritu con todas sus potencias, para que se ayunte á ti con alegres arrebatamientos. ¡Oh, cuándo verná esta bendita y deseada hora, para que tú me hartes con tu presencia y me seas todas las cosas en todas las cosas! En tanto que esto no se me diere, no hay complido gozo. Mas ¡ay dolor, que vive aun el viejo

hombre en mí! No es todo crucificado, no es del todo muerto: aun cobdicia contra el espíritu, y mueve guerras interiores, y no consiente estar en reposo el reino del alma. Mas tú que señoreas el poderío del mar y amansas el movimiento de sus ondas, levántate y ayúdame: destruye las gentes que buscan guerras, quebrántalas con tu virtud. Ruégote, Señor, que muestres tus maravillas, y sea glorificada tu diestra: porque no tengo otra esperanza ni otro refugio sino en ti, Señor Dios mío.

CAPÍTULO XL.

Que en esta vida no hay seguridad entera.

Hijo, no hay seguridad en esta vida: en tanto que vivieres, tienes necesidad de armas espirituales. Entre enemigos andas, por todas partes te combaten: por eso, si no traes bien el escudo de la paciencia, no estarás mucho tiempo sin herida. Demás desto, si no pones tu corazón fijo en mí con pura voluntad de sufrir por mí todo cuanto viniere, no podrás pasar esta recia batalla, ni llegar á la victoria de los bienaventurados. Conviénete pues romper varonilmente toda cosa y pelear con mucho esfuerzo contra todo lo que viniere: porque al vencedor se da el maná y al perezoso mucha miseria. Si buscas holganza en esta vida, ¿cómo hallarás la eterna? No procures mucho descanso, mas ten mucha paciencia. Busca la verdadera paz, no en la tierra, sino en el cielo, no en los hombres ni en las otras criaturas, mas en mí solo. Por âmor de Dios debes aceptar de grado todas las cosas adversas, como son trabajos y dolores, tentaciones, vejaciones, congojas, necesidades, dolencias, injurias, murmuraciones, reprehensiones, humillaciones, confusiones, correciones y menosprecios. Estas cosas aprovechan mucho para la virtud, y prueban el nuevo caballero de Cristo, y fabrican la corona en el cielo. Yo daré eterno galardón por breve trabajo z infinita gloria por la confusión que presto se pasa. ¿Piénsaste tú tener siempre consolaciones espirituales á tu sabor? Mis sanctos no las tuvieron, mas diversas tentaciones y molestias y graves desconsuelos: mas sufriéronse en todas con paciencia y confiaron más en mí que en sí: porque sabían que no son equivalentes todas las penas deste

tiempo para merecer la gloria venidera. ¿Quieres tú hallar luego lo que muchos después de muchas lágrimas y trabajos con dificultad alcanzaron? Espera en el Señor, y trabaja varonilmente: esfuérzate, y no desconfies ni huyas. Mas pon tu cuerpo y tu ánima por mi gloria constantemente, que yo seré contigo en toda tribulación y te lo pagaré muy complidamente.

CAPÍTULO XLI.

Contra los vanos juicios de los hombres.

Hijo, pon tu corazón firmemente en Dios, y no temas el juicio humano cuando la conciencia no te acusa. Bueno y rebueno es padescer en tal manera, y no es grave al corazón humilde que confía más en Dios que en sí mismo. Los más hablan demasiadamente, y por eso se les debe dar poco crédito: y también satisfacer á todos no es posible. Aunque Sant Pablo trabajó de contentar á todos en el Señor y se hizo en todo conforme á todos, mas también no tuvo en nada el ser juzgado del mundo. Harto hizo por la salud y edificación de los otros. Cuanto pudo y en sí era, hizo: mas no se pudo escapar que no le juzgasen y despreciasen. Por esto todo lo encomendó á Dios que sabe todas las cosas, y con la paciencia y humildad se defendió de las malas lenguas y de los que piensan maldades y mentiras, y las dicen como les vienen á la boca. Mas también respondió algunas veces porque no se escandalizasen algunos flaquitos de verlo callar. ¿Quién eres tú para que temas al hombre mortal, que hoy es y mañana no paresce? Teme á Dios, y no te espantarás de los hombres. ¿Qué te puede hacer el hombre con palabras ó injurias? Á sí se daña más que á ti, y cualquier que sea no podrá fuir el juicio de Dios. Tú pon á Dios ante tus ojos, y no contiendas con palabras quejosas. Y si te paresce que al presente sufres confusión ó vergüenza sin merecerlo, no te ensañes por eso, ni desminuyas tu corona por impaciencia: mas mírame á mí en el cielo, que puedo librar de toda vergüenza y confusión, y dar á cada uno según sus obras.

CAPÍTULO XLII.

Que se debe hombre renunciar del todo para alcanzar la libertad del corazón.

Hijo, déjate á ti, y hallarme has á mí. No quieras escoger ni te apropries cosa alguna, y siempre ganarás: porque negándote de verdad, sin tornarte á tomar, te será acrescentada mayor gracia. Señor, ¿cuántas veces me negaré, y en qué cosa me dejaré? Siempre y en cada hora, y así en lo poco como en lo mucho. Ninguna cosa saco. De todo te quiero hallar desnudo: porque de otra manera ¿cómo podrás ser mío z yo tuyo, si no te despojas de toda voluntad de dentro y de fuera? Cuanto más presto hicieres esto, tanto mejor te irá: y cuanto más pura y cumplidamente, tanto más me agradarás, y mucho más ganarás. Algunos se renuncian, mas con alguna condición, que no confían en mí del todo, y por eso trabajan en proveerse. También algunos al principio lo ofrescen todo: mas después combatidos de alguna tentación, tórnanse á sus propriedades, y por eso no aprovechan en la virtud. Éstos nunca allegarán á la verdadera libertad ni á la gracia de mi dulce familiaridad, si no se renuncian del todo haciendo sacrificio de sí mismos muy contino, sin lo cual ni están ni estarán en la unión con que se goza de mí. Muchas veces te dije, y ahora te lo torno á decir: Déjate á ti, renúnciate, y gozarás de una grande paz interior. Dalo todo por el todo. No busques nada. Está y sosiega puramente y sin dudar en mí, y poseerme has, y serás libre en el corazón, y no te hallarán las tinieblas. Esfuérzate para esto, ora por esto, trabaja en desear esto, que puedas despojarte de todo proprio amor y desnudo seguir al desnudo Jesú, morir á ti mismo y vivir á mí eternalmente, y así huirán todas las falsas z inicuas imaginaciones y los superfluos cuidados, y también se apartará el temor demasiado, y el amor desordenado morirá.

CAPÍTULO XLIII.

Del buen recogimiento en las cosas exteriores y del recurso á Dios en los peligros.

HIJO, con diligencia debes mirar que en cualquier lugar y en toda ocupación exterior estés muy dentro de ti, libre, señor de ti mismo, y que tengas todas las cosas debajo de ti, y no seas tú subjeto á ninguna cosa, porque seas señor de tus obras y regidor, no siervo ni comprado, mas que verdaderamente pasa en la suerte y libertad de los hijos de Dios. Los cuales tienen debajo de sí las cosas presentes y contemplan las eternas, que miran lo transitorio con el ojo izquierdo, y con el derecho lo celestial. Á los cuales no atraen las cosas temporales para que estén asidos á ellas: mas sírvense dellas como yo lo ordené por mi sabiduría que no puso cosa en lo criado sin orden. Si en cualquier cosa que te acaesciere, no juzgares della según la apariencia, ni miras con el ojo sensual lo que oyes y ves, mas luego en cualquier cosa entras á lo interior, como Moisés en el tabernáculo á pedir consejo al Señor, oirás algunas veces la respuesta divina y vernás instruído de muchas cosas presentes y por venir. Siempre tuvo Moisés recurso al tabernáculo para determinar lo que no sabía, y tomó el remedio de la oración, por librar de los peligros y maldades á los hombres. Así debes tú huir y entrarte en el secreto de tu corazón, y allí pedir con atención el socorro divino en todo tiempo y para toda cosa. Por eso se lee que Josué y los hijos de Israel fueron engañados de los gabaonitas, porque no consultaron primeramente con el Señor, mas creyeron de presto á las blandas palabras, y fueron con falsa piedad engañados.

CAPÍTULO XLIV.

Que no sea el hombre importuno en los negocios.

HIJO, encomiéndame siempre tus negocios, z yo los disporné bien en su tiempo. Espera mi ordenación y sentirás gran provecho. Señor, muy de grado te ofrezco todas las cosas, por-

que muy poco puede aprovechar mi cuidado. Pluguiese á ti que no me ocupase en los acaescimientos que me pueden venir, mas me ofreciese sin tardanza á tu voluntad. Hijo mío, muchas veces negocia el hombre la cosa que desea: mas cuando ya la alcanza tiene otro parecer, porque las afeciones no duran mucho acerca de una misma cosa: mas de una cosa nos llevan á otra. Pues no es luego muy poco dejarse también á sí en lo poco. Éste es el verdadero aprovechar, negarse hombre á sí mismo: y así negado, luego es libre y seguro. Mas todavía el enemigo antiguo, adversario de todos los buenos, nunca cesa de tentar, y de día y de noche pone muchos lazos para prender, si pudiere, algún descuidado. Por eso, velad y orad, porque no cayáis en tentación, dice el Señor.

CAPÍTULO XLV.

Que no tiene el hombre ningún bien de sí, ni tiene de qué se loar.

Señor, ¿qué es el hombre para que te acuerdes dél, ó el hijo del hombre para que lo visites? ¿Qué ha merecido el hombre para que le dieses tu gracia? Señor, ¿de qué me puedo quejar si me desamparas, ó cómo podré justamente contender contigo si no hicieres lo que pido? Por cierto una cosa puedo yo pensar y decir con verdad: Nada soy, Señor. Ninguna cosa buena tengo de mí, mas en todo soy falto y voy siempre á nada. Y si no soy ayudado de ti ⁊ informado de dentro, todo me hago torpe y disoluto. Mas tú, Señor, eres un mismo y permanesces para siempre. Siempre eres bueno, justo, sancto. Todas las cosas haces muy bien ⁊ justamente, y las ordenas con tu sabiduría. Mas yo que soy más inclinado á caer que á aprovechar, no soy durable siempre en un estado, porque siete tiempos se mudan sobre mí. Pero luego me va mejor cuando te pluguiere y extendieres tu mano ayudadora. Porque tú solo sin humano favor me puedes ayudar y confirmarme tanto que no se mude más mi rostro en cosas diversas, mas en ti solo se convierta y descanse mi corazón. Que si yo supiese desechar toda consolación humana, ora sea por alcanzar devoción, ó por la necesidad que tengo

de buscarte, porque no hay hombre que me consuele, con razón podría yo esperar en tu gracia z gozarme del don de la nueva consolación. Muchas gracias sean á ti, Señor, de quien viene todo, y todas las veces que me suceda bien. Yo vanidad soy y nada delante de ti, hombre mudable y enfermo. ¿De dónde, pues, me puedo gloriar, ó porqué codicio ser estimado? ¿Por ventura de la nada? Y esto es vanísimo. Por cierto la vanagloria es una mala pestilencia y grandísima vanidad, porque nos aparta de la verdadera gloria y nos despoja de la gracia. Porque en contentarse hombre á sí, descontenta á ti. Y cuando desea los humanos loores, es privado de las virtudes. Verdadera gloria y santa alegría es gloriarse el hombre en ti y no en sí, gozarse en tu nombre y no en su propria virtud, ni deleitarse en criatura alguna sino por ti. Sea alabado tu nombre y no el mío. Magnificada sea tu obra y no la mía. Alabado sea tu sancto nombre, y no me sea á mí atribuída cosa alguna de los loores de los hombres. Tú eres mi gloria z alegría de mi corazón. En ti me glorificaré y te ensalzaré todos los días: de mi parte no hay de qué, sino en mis flaquezas. Busquen los hombres, como dijo Cristo la honra de entre sí mismos, y toda la alteza del mundo: yo buscaré la gloria que es de solo Dios: que toda la gloria humana z toda honra temporal comparada á tu eterna gloria es vanidad, y locura. ¡Oh verdad mía, misericordia mía, Dios mío, Trinidad bienaventurada! á ti solo sea la alabanza, virtud, honra y la gloria para siempre jamás. Amén.

CAPÍTULO XLVI.

Del desprecio de toda honra temporal.

Hijo, no te pese si vieres honrar y ensalzar á otros, y tú ser despreciado y abatido. Levanta tu corazón á mí en el cielo, y no te entristecerá el desprecio humano. Señor, en ceguedad estamos, y la vanidad muy presto nos engaña. Si bien me miro, nunca me ha sido hecha injuria por criatura alguna: por eso no tengo de qué quejarme justamente de ti. Mas porque yo muchas veces pequé gravemente contra ti, con razón se arman contra mí todas las criaturas. Justamente me viene la confusión

y el desprecio, z á ti, Señor, la alabanza, honra y la gloria. Y si no me aparejo á tanto, que huelgue muy de gana ser despreciado y desamparado y tenido por nada, no puedo ser pacificado z confirmado en lo interior, ni alumbrado espiritualmente, ni unido á ti perfectamente.

CAPÍTULO XLVII.

Que no se debe poner la paz en los hombres.

Hijo, si pones tu paz con alguno por tu parescer y por conversar con él, movible estarás y sin sosiego. Mas si recorres á la verdad que siempre vive z permanece, no te entristecerás por el amigo si se fuere ó se muriere. En mí ha de estar el amor del amigo, y por mí se debe amar cualquiera que en esta vida te paresce bueno y mucho amas. Sin mí no vale nada ni durará la amistad, ni es verdadero el amor que yo no ayunto. Tan muerto debes ser á las afeciones de los amigos, que deseases, por lo que á ti toca, estar solo del todo. Tanto se acerca el hombre á Dios, cuanto se desvía de todo placer humano. Y tanto más alto sube á Dios, cuanto más bajo desciende en sí y se tiene por más vil. El que se atribuye á sí algo de bien, impide la venida de la gracia de Dios en sí: porque la gracia del Espíritu Sancto siempre busca el corazón humilde. Si te supieses perfectamente apocar y vaciar de todo amor criado, yo entonces manaría en ti abundantes gracias. Mas cuando tú miras á las criaturas, está quitada la vista del Criador. Aprende á vencerte en todo por el Criador, y entonces podrás llegar al conocimiento divino. Cualquier cosa, por pequeña que sea, si se ama ó se mira desordenadamente, nos daña y estorba de gozar del sumo bien.

CAPÍTULO XLVIII.

Contra las sciencias vanas.

Hijo, no te muevan los hermosos y subtiles dichos de los hombres: porque no está el reino de Dios en palabras sino en virtud. Mira mis palabras que encienden los corazones y alum-

bran las ánimas, provocan á contrición y traen muchas consolaciones. Nunca leas cosas para mostrarte más letrado: mas estudia en mortificar los vicios, porque más te aprovechará que saber muchas cuestiones dificultosas. Cuando hobieres acabado de leer y saber muchas cosas, á un principio te conviene venir. Yo soy el que enseño al hombre la sciencia z doy más claro entendimiento á los pequeños, que ningun hombre puede enseñar. Al que yo hablo, luego es sabio y aprovecha en el espíritu. ¡Ay de aquéllos que quieren aprender de los hombres curiosidades, y muy poco curan del camino de servir á Dios! Tiempo verná cuando aparescerá el Maestro de los maestros, Cristo, Señor de todos los ángeles, á oir las leciones de todos, que será examinar las conciencias todas y escudriñar á Jerusalén con candelas. Y serán descubiertos los secretos de las tinieblas, y callarán los argumentos de las lenguas. Yo soy el que levanto en un punto el humilde entendimiento, para que entienda más razones de la verdad eterna, que si hobiese estudiado quince años. Yo enseño sin ruido de palabras, sin confusión de paresceres, sin fausto de honra, sin combate de argumentos. Yo soy el que enseño á despreciar lo terreno, y aborrescer lo presente, y buscar y saber lo eterno, y á poner toda la esperanza en mí, y huir las honras, sufrir los estorbos, y fuera de mí no codiciar nada, y amarme á mí sobre todas cosas con fervor. Porque uno amándome entrañablemente aprendió cosas divinas y hablaba maravillas. Y más aprovechó con dejar todas las cosas, que con estudiar subtilezas. Á unos hablo cosas comunes, á otros especiales. Á unos me muestro dulcemente con señales y figuras, á algunos revelo misterios con mucha lumbre. Una cosa dicen los libros, mas no enseñan igualmente á todos. Porque yo soy interior doctor de la verdad, escudriñador de corazones, conoscedor de pensamientos y movedor de las obras. Reparto á cada uno según juzgare ser digno.

CAPÍTULO XLIX.

Que no se deben atraer las cosas exteriores.

HIJO, en muchas cosas te conviene ser ignorante, estimarte como muerto sobre la tierra, á quien todo el mundo es crucificado. Á muchas cosas te conviene hacer sordo y pensar lo

que cumple para tu paz. Más útil es apartar los ojos de lo que no te agrada, y dejar á cada uno su parescer, que entender en porfías. Si estás bien con Dios y miras su juicio, muy ligeramente te darás por vencido. ¡Oh Señor, á qué somos venidos, que lloramos el daño temporal y por una pequeña ganancia trabajamos z corremos, y el daño espiritual pasa en olvido y tarde ó con dificultad vuelve á la memoria! Lo que poco ó nada vale es muy mirado, y lo que es muy necesario se pasa con descuido. Porque todo hombre se va á lo exterior: y si presto no vuelve en sí, de grado se está envuelto en ello.

CAPÍTULO L.

Que no es de creer á todos, y del resbalar en palabras.

Señor, ayúdame en la tribulación, porque vana es la salud del hombre. ¡Cuántas veces no hallé fidelidad donde pensé que la había! ¡Cuántas veces también la hallé donde menos lo pensé! Por eso vana es la esperanza en los hombres: mas la salud de los justos está en Dios. Bendito seas, Señor Dios, en todas las cosas que nos acaescen. Flacos somos y mudables, presto somos engañados y mudados. ¿Qué hombre hay que se guarde tan segura y discretamente en todo, que alguna vez no caiga en alguna duda ó engaño? Mas el que confía en ti, Señor, y te busca de corazón sencillo, no resbala así tan de presto. Y si cayere en alguna tribulación, de cualquier manera que fuere en ella enlazado, presto será librado por ti, ó consolado, porque no desamparas tú, Señor, hasta la fin al que en ti espera. Raro es el fiel amigo que persevera en todos los trabajos de su amigo. Tú, Señor, tú solo eres fidelísimo en todo, y fuera de ti no hay otro tal. ¡Oh, cuán bien supo el ánima sancta que dijo: Mi ánima está afirmada y fundada en Cristo! Y si yo estuviese así, no me congojaría tan presto el temor humano, ni me moverían las palabras injuriosas. ¿Quién puede proveer en todo? ¿Quién basta para guardarse de los males venideros? Si lo muy mirado con tiempo lastima muchas veces, ¿qué hará lo no proveído sino ferir gravemente? Pues ¿porqué, miserable de mí, no miré y me proveí? ¿Porqué creí de ligero á hombres? En fin, hombres somos,

y hombres flacos y quebradizos, aunque por muchos seamos estimados ꝛ llamados ángeles. Señor, ¿á quién creeré, á quién creeté sino á ti? Verdad eres que no puedes engañar ni ser engañado: mas el hombre todo es mentiroso de sí, enfermo, mudable, caedizo, especialmente en palabras, en tanto que con dificultad se debe creer lo que parece verdadero á prima faz. ¡Con cuánta prudencia nos avisaste que nos guardásemos de los hombres, y que son enemigos del hombre los proprios de su casa! Ni es de creer luego, si alguno dijere: ves aquí, ves allí. El daño me hizo avisado: quiera Dios que sea para más guardarme y no me quede necio todavía. Díceme uno: mira que seas avisado, cata que te aviso, guárdame secreto en esto que te digo. Y mientras yo callo y creo que está secreto, el mismo que me lo encomendó no lo pudo callar, mas descubrióse á sí y á mí, y fuése. Defiéndeme, Señor, de aquestas ficciones ꝛ de hombres tan indiscretos, que nunca caiga en sus manos, ni yo cometa tales cosas. Pon en mi boca palabra verdadera y firme, y desvía lejos de mí la lengua cautelosa. De lo que no quiero sufrir, me debo mucho guardar. ¡Oh, cuán buena cosa y cuán pacífica es callar de otros y no creer ligeramente todas las cosas, ni hablarlas de ligero después: descubrirse á pocos y buscar siempre á ti, Señor, que miras al corazón, ꝛ no moverse por cada viento de palabras, mas desear que todas las cosas interiores y exteriores se acaben ꝛ perfecionen según el buen contentamiento de tu voluntad! ¡Oh, cuán seguro es para conservar la gracia huir la vana apariencia y no codiciar las cosas de fuera que causan admiración, mas seguir con toda diligencia las cosas que causan emienda y fervor de vida! ¡Á cuántos ha dañado la virtud mostrada antes de tiempo, y cuán sana fué la gracia guardada con el callar en esta vida quebradiza que toda se dice tentación y malicia!

CAPÍTULO LI.

De la confianza que se debe tener en Dios cuando nos dicen injurias.

HIJO, está firme y espera en mí. ¿Qué cosa son palabras sino palabras? Por el aire vuelan, no hieren al que está firme. Si eres culpado, determina de emendarte de buena gana. Si no ha-

llas en ti culpa, ten por bien de sufrirlas por Dios. Muy poco es que sufras siquiera palabras algunas veces, pues aun no puedes sufrir graves azotes. Y ¿porqué tan pequeñas cosas te pasan el corazón, sino porque eres aun carnal y miras mucho más á los hombres de lo que conviene? Que porque temes ser despreciado, por eso no quieres ser reprehendido de tus faltas y buscas sombrillas de excusaciones. Mas mírate mejor, y conocerás que aun vive en ti el amor del mundo y el vano amor de agradar á los hombres. Porque en huir de ser avergonzado y apocado por tus defectos, se muestra muy claro que no eres verdadero humilde, ni eres del todo muerto al mundo, ni el mundo á ti. Mas oye mis palabras, y no te curarás de cuantas dijeren todos los hombres. Di: si se dijese contra ti todo cuanto maliciosamente se pudiese fingir, ¿qué te dañaría? Si del todo lo dejases pasar y no lo estimases en una paja, ¿podríate por dicha arrancar un cabello? El que no está dentro en su corazón ni me tiene á mí ante sus ojos, presto se mueve por una palabra áspera. Mas el que confía en mí y no en su proprio parescer, vivirá sin temer á los hombres. Yo soy el juez y conozco los secretos: yo sé cómo pasa la cosa, yo conozco al que hace la injuria y al que la sufre. De mí sale esta palabra, permitiéndolo yo acaesce esto, porque se descubran los pensamientos de muchos corazones. Yo juzgaré al culpado y al inocente: mas quise probar primero al uno y al otro con juicio secreto. El testimonio de los hombres muchas veces engaña: mas mi juicio es verdadero: siempre está firme, aunque muchas veces está escondido y de pocos conocido: pero nunca yerra ni puede errar, aunque á los ojos de los necios no parezca recto. Á mí, pues, habéis de recurrir en cualquier juicio, y no estribar en el proprio saber. Por cierto el justo no será conturbado por cosa que Dios ordene sobre él. Y si algún juicio fuere dicho contra él injustamente, no se curará mucho dello, ni se ensalzará vanamente si otros tornaren por él con razón, porque piensa que yo soy escudriñador de los corazones y que no juzgo según la haz y parescer humano. Que muchas veces se halla en mis ojos culpable el que por juicio humano paresce de loar. Señor Dios, justo juez, constante y paciente, que conosces la flaqueza y poquedad de los hombres, sé tú mi fortaleza y mi firmeza y confianza, que no me basta mi conciencia. Tú sabes lo que yo no sé, y por eso me debo humillar en cualquier repre-

hensión y llevarla con mansedumbre. Perdóname, Señor piadoso, todas las veces que no lo hice así, y dame gracia de mayor sufrimiento para otra vez. Mejor es á mí tu misericordia copiosa para alcanzar perdón, que mi pensada justicia para defender lo secreto de mi conciencia: y puesto que no me acuse la conciencia, por eso ya no me puedo tener por justo. Porque quitada tu misericordia, no será justificado en tu acatamiento todo hombre que vive.

CAPÍTULO LII.

Que todas las cosas graves se deben sufrir por la vida eterna.

Hijo, no te quebranten los trabajos que has tomado por mí, ni te derriben del todo las tribulaciones: mas mi promesa te esfuerce y consuele en todo lo que viniere. Yo basto para galardonarte sobre toda medida. No trabajarás aquí mucho tiempo, ni serás agravado siempre de dolores. Espera un poquito, y verás cuán presto se pasan los males. Verná una hora cuando cesará todo trabajo y ruido. Poco y breve es lo que pasa con el tiempo. Esfuérzate pues, como haces, y trabaja fielmente en mi viña, que yo seré tu galardón. Escribe, lee, canta, sospira, calla, ora, sufre con buen corazón lo adverso, que la vida eterna digna es desta y de otras mayores peleas. Verná la paz en el día que el Señor sabe. Por cierto no será día ó noche como las deste tiempo, mas luz perpetua, claridad infinita, paz firme y holganza segura. No dirás entonces: ¿Quién me librará deste cuerpo desta muerte? Ni dirás: ¡Ay de mí, que se ha dilatado mi destierro! Porque la muerte será destruída, y la salud verná sin defecto: no habrá congoja, verná la bendita alegría, y la compañía dulce y fermosa. ¡Oh, si vieses las perdurables coronas de los sanctos en el cielo, y de cuánta gloria gozan agora los que eran en este mundo despreciados y tenidos por indignos de vivir! Por cierto luego te humillarías hasta la tierra, y desearías ser subjeto á todos antes que mandar á uno, y no codiciarías los alegres días de esta vida: mas gozarte hías de ser atribulado por mí, y estimarías por mucha ganancia ser tenido por nada entre los

hombres. ¡Oh, si gustases estas cosas y las rumiases profundamente en tu corazón, no osarías quejarte ni por pensamiento! ¿No te paresce que son de sufrir todas las cosas por la vida eterna? No es de pequeña estima ganar ó perder el reino de Dios. Levanta pues tu rostro en el cielo, mira que yo y todos mis sanctos, los cuales tuvieron grandes combates en este siglo, agora se gozan, son consolados y seguros, y huelgan en paz, y permanecerán comigo sin fin en el reino de mi Padre.

CAPÍTULO LIII.

Del día de la eternidad, y de las angustias desta vida.

OH bienaventurada morada de la ciudad soberana! ¡Oh día ilustrísimo de la eternidad, que no lo escurece noche, mas siempre reluce la suma verdad! ¡Oh día alegre y para siempre seguro, sin mudanza en contrario! ¡Oh, si ya amaneciese este día y se acabasen los tiempos. Luce por cierto á los sanctos una perpetua claridad: mas á los que en esta peregrinación están, no así sino de lejos como en espejo. Los ciudadanos del cielo saben cuán alegre sea aquel día: mas los hijos de Eva desterrados gimen de ver cuán amargo y enojoso sea éste de aquí. Los días deste tiempo, pocos y malos, llenos de dolores y trabajos: donde se ensucia el hombre con muchos pecados, y se enreda en muchas pasiones, y es angustiado de muchos temores, y distraído con muchos cuidados, confundido con errores, envuelto en vanidades, quebrantado con muchos trabajos, agravado de tentaciones, enflaquèscido con muchos deleites y atormentado de pobreza. ¡Oh! ¿cuándo se acabarán todos estos trabajos? ¿Cuándo seré librado de la miserable servidumbre de los vicios? ¿Cuándo me acordaré, Señor, de ti solo? ¿Cuando me alegraré cumplidamente en ti? ¿Cuándo estaré sin impedimento en la verdadera libertad, sin ninguna pesadumbre de alma y cuerpo? ¿Cuándo terné firme paz de dentro y de fuera, guardada de toda parte? ¿Cuándo será paz firme, paz sin turbación y segura? ¡Oh buen Jesú! ¿Cuándo estaré para verte? ¿Cuándo contemplaré tu gloria? ¿Cuándo me serás todo en todas las cosas? ¿Cuándo estaré contigo en tu reino, el cual has aparejado eternalmente á tus escogidos? Dejádome has pobre y desterrado en la tierra de los enemigos, donde hay

continua guerra y graves desastres. Consuela, Señor, mi destierro y mitiga mi dolor: porque á ti sospira todo mi deseo. Todo el placer del mundo me paresce muy pesada carga. Deseo gozarte íntimamente, mas no puedo comprehenderte. Deseo afijarme á las cosas celestiales, mas agrávanme las temporales y las pasiones no mortificadas: con el pensamiento me quiero levantar sobre todas las cosas, mas soy forzado de subjectarme á la carne contra mi voluntad. Así yo miserable peleo comigo, y á mí mismo me soy enojoso cuando el espíritu busca lo de arriba y la carne lo bajo. ¡Oh Señor, y qué padezco cuando pensando en la oración cosas celestiales, se me ofrece un tropel de cosas carnales! Dios mío, no te alejes de mí, ni te desvíes con ira de tu siervo. Alumbra, y resplandezca tu relámpago, y destrúyelas. Envía tus saetas y contúrbense todas las fantasías del enemigo. Recoge todos mis sentidos á ti. Hazme olvidar todas las cosas del mundo, otórgame desechar y menospreciar de presto las imaginaciones de los vicios. Socórreme, verdad eterna, que no me mueva vanidad alguna. Venga tu suavidad, y huya de tu presencia toda torpeza. Perdóname por tu misericordia todas cuantas veces pienso alguna otra cosa fuera de ti. Verdaderamente confieso mi mísera costumbre, que muchas veces estoy en la oración fuera de lo que debo. Porque muchas veces no estoy allí donde tengo el cuerpo, mas adonde mis pensamientos me llevan. Donde está mi pensamiento, allí estoy: y donde va mi pensamiento á menudo, es señal que allí está mi amor. Lo que naturalmente deleita ó por costumbre me aplace, eso se me ofresce luego. Por lo cual tú que eres verdad, dijiste: Donde está tu tesoro, allí está tu corazón. Si amo el cielo, de grado pienso en sus cosas. Y si amo el mundo, alégrome con sus prosperidades y entristézcome de sus adversidades. Si amo la carne, muy muchas veces imagino sus cosas. Y si amo el espíritu, huélgome en pensar cosas espirituales. Y de todas las cosas que amo, hablo de grado y oyo hablar, y las imágines traigo comigo á mi casa. Bienaventurado aquél que por tu amor da licencia á todo lo criado que se aparte de su memoria, y hace fuerza á su natural, y crucifica los apetitos carnales con el fervor del espíritu: porque esclarecida su conciencia, te ofrezca oración pura y limpia y sea digno de estar entre los coros angélicos, echadas de dentro y de fuera de sí todas las cosas terrenas.

CAPÍTULO LIV.

Del deseo de la vida eterna, y cuántos bienes son prometidos á los que bien pelean.

HIJO, cuando sientes en ti un deseo vivo de la eterna beatitud y deseas salir de la cárcel del cuerpo para poder contemplar mi claridad sin sombra de mudanzas, ensancha tu corazón y recibe con todo amor esta sancta inspiración. Da muchas gracias á la soberana bondad, que lo hace tan bien contigo, visitándote con clemencia, moviéndote con ardor, levantándote con poderosa mano para que no caigas en tierra por tu propria pesadumbre. Porque esto no lo recibes por tu diligencia ó esfuerzo, mas por solo el querer de la soberana gracia y del respecto divino, para que aproveches en virtudes y en mayor humildad, y te aparejes á los combates que te han de venir, y trabajes de llegarte á mí con todo corazón y servirme con abrasada voluntad. Hijo, muchas veces arde el fuego, mas no sube la llama sin humo: así los deseos de algunos se encienden á las cosas celestiales, mas no son libres del amor de la propria afeción: y por eso no hacen tan puramente por la honra de Dios lo que con muy gran deseo me demandan. Tal suele ser algunas veces tu deseo, el cual mostraste con tanta importunidad: por cierto no es puro ni perfecto lo que va inficionado y manchado del proprio interese. Pide no lo que es para ti delectable y provechoso, mas lo que es para mí aceptable y honroso. Que si derechamente juzgas, debes anteponer mi ordenación á tu deseo y á cualquier cosa deseada, y seguir mi ordenación y no tu querer. Yo conozco tu deseo, y bien he oído tus largos gemidos: ya querrías tú estar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios: ya te deleita la casa eterna y la casa celestial llena de gozo. Mas aun no es venida esta hora, aun es tiempo de guerra, tiempo de trabajo y de examinación. Deseas ser lleno del sumo bien: mas no puede ser ahora. Yo soy, espérame hasta que venga el reino de Dios. Primero has de ser probado en la tierra y ejercitado en muchas cosas. Algunas veces serás consolado: mas no te será dada cumplida hartura. Por eso esfuérzate mucho así en hacer como en padecer las adversi-

dades contra la naturaleza. Conviénete que te vistas del hombre nuevo, y ser mudado en otro hombre. Conviénete hacer muchas veces lo que no quieres, y dejar lo que quieres. Lo que agrada á los otros irá delante: lo que á ti contenta no se hará. Lo que dicen los otros será oído: lo que dices tú será contado por nada. Pedirán los otros y recebirán: tú pedirás y no alcanzarás. Otros serán muy grandes en la boca de los hombres: de ti no será cuenta. A los otros se encargarán los negocios: tú serás tenido por inútil. Por esto entristecerse ha la naturaleza: mas será gran cosa si lo sufrieres callando. Desta manera en estas cosas y otras semejantes es probado el fiel siervo del Señor, para ver cómo sabe negarse y quebrantarse en todo. Apenas se hallará cosa en que más te convenga morir á ti mismo como es en no mostrarte y en sufrir lo contrario á tu voluntad: principalmente cuando paresce sin razón y de poco provecho lo que te mandan hacer. Y porque tú siendo mandado no osas resistir á la voluntad de tu superior, por eso te paresce cosa dura andar á voluntad de otro y dejar tu proprio parescer. Mas piensa, hijo, el fructo de estos trabajos, el fin cercano y el muy grande galardón, y no te serán graves, mas una fuerte consolación de tu paciencia. Porque por esta poca voluntad que agora dejas de grado, poseerás para siempre tu voluntad en el cielo. Allí hallarás todo lo que quisieres, y cuanto pudieres desear. Allí ternás en tu poder todo el bien sin miedo de perderlo. Allí será tu voluntad una con la mía para siempre, y no cobdiciarás cosa extraña ni particular. Allí ninguno te resistirá, ninguno se quejará de ti, ninguno te impedirá ni contradirá, mas toda cosa deseada ternás presente juntamente, y hartarás todo tu afecto, y colmarlo has hasta encima. Allí te daré yo gloria por la injuria que sufriste, y palio de loor por la tristeza, y por el más bajo lugar la silla del reino perpetuo. Allí parescerá el fructo de la obediencia, alegrarse ha el trabajo de la penitencia, y la humilde subjeción será gloriosamente coronada. Agora pues inclínate húmilmente debajo la mano de todos, y no cures de mirar quién lo dijo ó quién lo mandó: mas ten grandísimo cuidado, ora sea perlado, ó igual, ó menor el que algo te pidiere ó mandare, que todo lo tengas por bueno y estudies de cumplirlo con pura voluntad. Busque cada uno lo que quisiere, y gloríese éste en esto, y aquél en lo otro, y sea alabado mil millares de veces: mas tú ni en esto ni en aquello, sino gózate en el desprecio

de ti mismo y en la voluntad y honra de Dios. Una cosa debes desear, que ó por vida ó por muerte sea Dios siempre glorificado en ti.

CAPÍTULO LV.

Cómo se debe ofrecer en las manos de Dios el hombre desconsolado.

SEÑOR Dios, Padre sanctísimo, agora y para siempre seas bendito, que así como tú quieres ha sido hecho, y lo que haces es bueno. Alégrese tu siervo en ti, no en sí ni en otro alguno: porque tú solo eres la alegría verdadera, esperanza mía y corona mía. Tú, Señor, eres mi gozo y mi honra. ¿Qué tiene tu siervo sino lo que ha recebido de ti sin merecerlo? Tuyo es todo lo que me has dado y fecho por mí. Pobre soy y lleno de trabajos desde mi mocedad, y mi ánima se entristece algunas veces hasta llorar, y otras veces se turba consigo por las pasiones que se levantan. Deseo el gozo de la paz, pido la paz de tus hijos que son apacentados por ti en la lumbre de la consolación. Si me das paz y derramas en mí tu sancto gozo, será el ánima de tu siervo en cumplida alegria ꝛ muy devota en loarte. Mas si te apartares, como muchas veces lo haces, no podrá correr la carrera de tus mandamientos, mas antes hincará las rodillas para herir sus pechos porque no le va como los días pasados cuando resplandescía tu candela sobre su cabeza y era defendida de las tentaciones que venían debajo la sombra de tus alas. Padre justísimo, digno de loar para siempre, venida es la hora en que tu siervo sea probado. Padre digno de ser amado, justo es que tu siervo padezca algo por ti en esta hora. Padre digno de ser siempre honrado, venida es la hora que tú sabías eternalmente que había de venir, en la cual tu siervo esté un poco abatido en lo de fuera: mas viva siempre interiormente delante de ti, sea despreciado ꝛ humillado un poco y desechado ante los hombres. Sea quebrantado con pasiones y enfermedades, porque resuscite contigo en el alba de la nueva luz y sea clarificado en los cielos. Padre sancto, así lo ordenaste y quisiste, y lo que mandaste se ha hecho. Por cierto gran merced es ésta que haces á tu amigo, en que padezca algo y sea atribulado en este mundo por tu amor. Cuantas veces permitieres que se haga, y de cualquier manera que se hiciere, no se hace cosa en la tierra sin tu consejo y providencia, ni sin causa.

Señor, bueno es para mí que me has abatido, porque aprenda tus justificaciones y destierre de mi corazón toda soberbia y presunción. Provechoso es para mí que la confusión ha cubierto mi rostro, porque así busque á ti para consolarme, y no á los hombres. También aprendí en esto á temblar de tu espantoso juicio, que afliges al justo con el malo, mas no sin igualdad y justicia. Gracias te hago, Señor, que no dejaste sin castigo mis males, mas afligísteme con azotes de amor, firiéndome de dolores y angustias de dentro y de fuera. No hay quien me consuele debajo del cielo sino tú, Señor Dios mío, médico celestial de las almas, que hieres y sanas, pones en graves tormentos y sacas y libras de ellos. Sea tu correción sobre mí, y tu castigo mismo me enseñará. Padre mío muy amado, vesme aquí en tus manos, yo me inclino á la vara de tu correción. Hiere mis espaldas y mi cuello, para que enderece mi torcido querer á tu voluntad. Hazme piadoso y humilde discípulo como tú lo sueles hacer, para que ande á todo tu querer. Todas mis cosas z á mí te encomiendo para que las rijas: mejor es aquí ser corregido, que en lo porvenir. Tú sabes todas las cosas, y no se te asconde nada en la humana conciencia. Antes que se haga sabes lo venidero, y no hay necesidad que alguno te avise de las cosas que se hacen en la tierra. Tú, Señor, sabes lo que me conviene y cuánto aprovecha la tribulación para limpiar el orín de los vicios. Haz comigo tu deseado contentamiento, y no deseches mi vida pecadora á ninguno mejor ni más claramente conoscida que á ti. Señor, otórgame saber lo que debo saber, y amar lo que se debe amar, y loar lo que á ti solo es agradable, y estimar lo que te paresce precioso, y aborrecer lo que en tus ojos es feo. No me dejes juzgar según la vista de los ojos, ni sentenciar según el oído de los ignorantes: mas dame gracia que sepa discerner entre lo visible y lo espiritual con verdadero juicio, z sobre todo buscar siempre la voluntad de tu buen contentamiento. Muchas veces se engañan los sentidos en juzgar y los mundanos en amar solamente lo visible. ¿Qué mejoría tiene el hombre porque otro lo alabe? El falso engaña al falso, el vano al vano, y el ciego al ciego, y el enfermo al enfermo cuando lo ensalza. Y más verdaderamente le echa en vergüenza cuando vanamente lo alaba. Porque cuanto cada uno es en los ojos de Dios, tanto es y no más, como dice el humilde Sant Francisco.

CAPÍTULO LVI.

Que debemos entender en cosas bajas cuando cesan las altas.

HIJO, no puedes estar continuo en el ferviente deseo de las virtudes, ni en el más alto grado de la contemplación. Necesario es por la corrución del pecado original que desciendas algunas veces á cosas bajas y también á llevar la carga desta vida, aunque te pese. En tanto que traes el cuerpo mortal, enojo sentirás y pesadumbre de corazón. Por eso conviene gemir muchas veces estando en la carne por el peso de la carne: porque no puedes ocuparte perfectamente en los estudios espirituales y en la divina contemplación. Cuando así te hallares grave, conviene que tomes obras exteriores y que te recrees en buenos actos, esperando mi venida con firme confianza. Y sufre con paciencia el destierro y la sequedad del espíritu hasta que otra vez yo te visite y seas librado de toda congoja. Yo te haré olvidar los enojos y haré que goces de gran reposo interior. Yo extenderé ante ti los prados de las Escrituras, para que ensanchado tu corazón corras la carrera de mis mandamientos, y digas: No son iguales las pasiones deste tiempo en comparación de la gloria que nos será manifestada.

CAPÍTULO LVII.

Que no se estime el hombre por digno de consolación sino de tormentos.

SEÑOR, no soy digno de tu consolación, ni de alguna visitación espiritual, y por eso justamente lo haces cuando me dejas pobre y desconsolado. Que puesto que yo pudiese derramar tantas lágrimas como el mar, no sería aun digno de tu consolación. Por eso no soy digno sino de ser azotado y punido, porque yo te ofendí gravemente muchas veces y pequé mucho y en muchas maneras. Así que bien mirado no soy digno de bien alguno por pequeño que sea. Mas tú, piadoso y misericordioso

Dios, que no quieres que tus obras perezcan, por mostrar las riquezas de tu bondad en los vasos de tu misericordia, aun sobre todo merecimiento tienes por bien de consolar á tu siervo sobre toda manera humana. Por cierto, Señor, tus consolaciones no son como las humanas. Oh Señor, ¿qué he hecho para que tú me dieses alguna consolación? Yo no me acuerdo haber hecho algún bien, mas haber sido siempre inclinado á vicios y muy perezoso á emendarme. Esto es verdad, y no lo puedo negar, y si yo dijese otra cosa, tu estarías contra mí y no habría quien me defendiese. Señor, ¿qué he yo merescido por mis pecados sino el infierno? Yo conozco en verdad que soy digno de todo escarnio, y que no merezco morar entre tus devotos. Y aunque yo oiga esto con tristeza, reprehenderé mis pecados contra mí por la verdad, porque más fácilmente merezca alcanzar tu gran misericordia. ¿Qué diré yo, pecador lleno de toda confusión? No tengo boca para hablar sino sola esta palabra: Pequé, Señor, pequé, habe misericordia de mí. Déjame un poquito llorar mi dolor antes que vaya á la tierra tenebrosa, cubierta de obscuridad de muerte. ¿Qué es lo que pides principalmente al culpado y miserable pecador, sino que se convierta y se humille por sus pecados? De la verdadera contrición z humildad de corazón nasce la esperanza del perdón, y se reconcilia la conciencia turbada, y se repara la gracia perdida, y se defiende el hombre de la ira venidera, y se juntan en sancta paz Dios y el ánima que á Él se convierte. Señor, el humilde arrepentimiento es á ti sacrificio muy acepto, que huele más suave en tu presencia que el encienso. Éste es el ungüento agradable que tú, Señor, quisiste que se derramase sobre tus sagrados pies: porque nunca desechaste el corazón humillado. Aquí está el lugar del refugio para el que huye de la cara del enemigo. Allí se emienda y se alimpia lo que en otro lugar ha sido contrecho y ensuciado.

CAPÍTULO LVIII.

Que la gracia no se mezcla con los que saben las cosas terrenas.

Hijo, preciosa es mi gracia: no sufre mezcla de cosas extrañas ni de consolaciones terrenas. Mucho conviene desviar todos los impedimentos de la gracia, si deseas recebir en tu ánima su

influencia. Busca lugar secreto, huélgate de morar contigo, deja las pláticas y ora devotamente á Dios, para que te dé compunción de corazón y pureza de conciencia: estima todo el mundo en nada. El vacar á Dios antepón á todas las cosas exteriores porque no podrás vacar y gustar de mí, y juntamente deleitarte en lo transitorio. Por eso conviene desviarte de conoscidos y de amigos, y tener el ánima privada de todo placer temporal. Así lo ruega el apóstol San Pedro, que todos los fieles cristianos se abstengan en este mundo como peregrinos. ¡Oh, cuánta confianza terná el que está á la muerte, si siente que no le traba cosa alguna deste mundo! Mas el ánimo flaco no entiende aun qué cosa sea tener el corazón apartado de toda cosa, ni el hombre animal conosce la libertad del hombre interior: mas si quiere ser verdadero espiritual, conviene que renuncie los de lejos y los de cerca, y se guarde de todos, y más de sí mismo. Si te vences á ti perfectamente, todo lo demás sojuzgarás fácilmente. La perfecta victoria es vencerse á sí mismo. El que tiene obediente la sensualidad á la razón, y la razón á mí en todas las cosas, aquél es verdadero vencedor de sí mismo y señor del mundo. Si deseas subir á esta cumbre, conviene comenzar varonilmente y poner la segur á la raíz, porque arranques y destruyas la secreta y desordenada inclinación que tienes á ti mismo y á todo bien proprio y corporal. Deste amor desordenado que se tiene hombre á sí mismo, depende casi todo lo que se ha de vencer: el cual vencido z señoreado, luego hay gran paz y sosiego. Mas porque pocos trabajan de morir perfectamente á sí mismos, y porque no salen del proprio amor, por eso se están envueltos en sí y no se pueden levantar sobre sí en espíritu. Mas el que desea andar comigo libre, conviene que mortifique todas sus desordenadas afeciones y que no se pegue á criatura alguna con amor de concupiscencia.

CAPÍTULO LIX.

De los movimientos de la natura y de la gracia.

Hijo, mira con mucha vigilancia los movimientos de la naturaleza y de la gracia, que muy contraria y subtilmente se mueven, en tanto que con dificultad se conoscen sino por varones

espirituales. Todos desean el bien, y en dichos y fechos buscan algún bien, y por eso muchos se engañan so color de bien. La natura es astuta, y atrae á muchos, y enlázalos, y engáñalos, y siempre se pone á sí por principal fin: mas la gracia conversa y anda sin doblez, desvíase de toda color de mal, no busca engaños, mas hace todas las cosas puramente por Dios, en el cual descansa como en su fin. La natura no quiere morir de gana, ni quiere ser apremiada, ni vencida, ni sojuzgada. La gracia estudia en la propria mortificación, resiste á la sensualidad, quiere ser subjeta, desea ser vencida, no quiere usar de su propria libertad, huelga de estar debajo de correción y disciplina. No codicia señorear á alguno, mas servir y estar debajo de la mano de Dios, y por Dios está aparejada á obedescer con toda humildad á cualquier humana criatura. La natura trabaja de contino por su interese y tiene el ojo á la ganancia que le puede venir. La gracia considera el provecho de muchos y no el suyo. La natura muy de gana recibe la honra y la reverencia: la gracia fidelísimente atribuye á solo Dios toda honra y gloria. La natura teme la confusión y el desprecio: mas la gracia alégrase en sufrir injurias por el nombre de Jesú. La natura ama el ocio y la holganza corporal: mas la gracia no puede estar ociosa, antes abraza de buena voluntad el trabajo. La natura quiere tener cosas curiosas y hermosas, y aborresce las viles y groseras: mas la gracia deléitase con cosas llanas y bajas, no desecha las cosas ásperas, ni rehusa de vestir ropas viejas. La natura mira lo temporal, y gózase de las ganancias terrenas, entristécese del daño y ensáñase de cualquier palabra injuriosa: mas la gracia mira las cosas eternas, y no está arrimada á lo temporal, ni se turba cuando lo pierde, ni se aceda con duras palabras, porque puso su tesoro y gozo en el cielo donde ninguna cosa peresce. La natura es codiciosa, y de mejor gana toma que da, y ama las cosas particulares: mas la gracia es piadosa y común para todos, esquiva la singularidad, y conténtase con lo poco, y tiene por mayor felicidad dar que recebir. La natura inclínanos á las criaturas, á la propria carne, á la vanidad y á distraimientos: mas la gracia llévanos á Dios y á las virtudes, renuncia las criaturas, huye el mundo y aborresce los deseos de la carne, refrena los pasos vanos y avergüénzase de parescer en público. La natura de gana toma cualquier placer exterior en que deleite sus sentidos: mas

la gracia en solo Dios se qüiere consolar, y deleitarse en el sumo bien sobre todo lo visible. La natura cuanto hace es por su proprio interese y ganancia, y no puede hacer cosa de balde, mas espera alcanzar otro tanto, ó más, ó mejor, ó loor, ó favor, y cobdicia que sean sus obras y sus dádivas muy estimadas: mas la gracia ninguna cosa temporal busca, ni quiere otro premio sino á solo Dios, y de lo temporal no quiere más de cuanto basta para conseguir lo eterno. La natura alégrase de muchos amigos y parientes, gloríase del noble lugar y del gran linaje: sigue el apetito de los poderosos, lisonjea los ricos, regocija á sus iguales. Mas la gracia aun á los enemigos ama, y no se ensalza por los muchos amigos, ni estima el lugar ni el linaje de donde nasció, si no hay en ello mayor virtud: más favoresce al pobre que al rico, tiene mayor compasión del inocente que del poderoso, alégrase con el verdadero y no con el mentiroso: amonesta siempre á los buenos que sean mejores y que por las virtudes imiten al Hijo de Dios. La natura luego se queja del trabajo y de la mengua: mas la gracia sufre con buen rostro la pobreza. La natura todas las cosas retorna á sí, y por sí pelea y porfía. La gracia todo lo refiere á Dios, donde originalmente mana: ningún bien atribuye á sí, ni presume vanamente: no contiende ni prefiere su razón á las otras: mas en todo sentido y entendimiento se somete á la sabiduría eterna y al divino examen. La natura desea saber, oir nuevos secretos, y quiere mostrarse de fuera y experimentar muchas cosas con los sentidos: desea ser conoscida y hacer cosas donde proceda loor y fama. Mas la gracia no cura de entender cosas nuevas ni delgadas, porque esto todo nasce de la vieja corrupción, como no haya cosa nueva ni durable sobre la tierra. Así que enseña á recoger los sentidos, y á evitar la vana pompa y contentamiento, y á esconder húmilmente las cosas maravillosas y dignas de loar, y busca cómo saque de toda cosa y de toda sciencia provechoso fructo y el loor y honra de Dios. No quiere que él ni sus cosas sean pregonadas: mas desea que Dios sea glorificado en sus dones, que los da á todos de purísimo amor. Aquesta gracia es una lumbre sobrenatural, y un singularísimo don de nuestro Señor Dios, y propriamente una señal de los escogidos, y una prenda de la salud eterna, que levanta los hombres de lo terreno á amar lo celestial, y de carnales hace espirituales. Así que cuanto más la natura es

apremiada y vencida, tanto es mayor gracia infundida y cada día es reformado el hombre interior según la imagen de Dios con nuevas visitaciones.

CAPÍTULO LX.

De la corrupción de la natura y de la eficacia de la gracia divina.

SEÑOR Dios mío, que me criaste á tu imagen y semejanza, otórgame esta gracia, la cual me mostraste ser tan preciosa y muy necesaria á la salud: porque yo pueda vencer mi dañada naturaleza, que me lleva á los pecados y á la perdición. Yo siento en mi carne la ley del pecado que contradice á la ley de mi alma y me lleva captivo á consentir en muchas cosas á la sensualidad, y no puedo resistir á sus pasiones, si no está presente en mi corazón tu sanctísima gracia derramada con amor ardentísimo. Menester es tu gracia, y muy grande gracia, para vencer la natura, inclinada siempre á lo malo desde su mocedad: porque después de la caída de Adán quedó corrupta por el pecado, y así deciende en todos los hombres la pena desta mancilla. De manera que la misma natura que fué criada por ti buena y derecha, ya se cuenta por vicio y enfermedad de la naturaleza corrupta, porque el movimiento suyo que le quedó, la trae á lo malo y á las cosas inferiores. Y una poquita fuerza que le ha quedado, es como una centellica escondida en la ceniza. Ésta es la razón natural cercada de grande oscuridad, que tiene todavía un juicio libre del bien y del mal, y conosce la diferencia de lo verdadero y de lo falso, aunque no tiene fuerzas para complir todo lo que le parece bueno, ni usa de la complida luz de la verdad, ni tiene sanas sus afeciones. De aquí viene, Dios mío, que yo según el hombre interior me deleito en tu ley, sabiendo que tu mandamiento es bueno, justo y sancto, y juzgo que todo mal y pecado se debe huir. Mas con la carne sirvo á la ley del pecado, pues obedezco más á la sensualidad que á la razón. De aquí es que tengo un buen querer, mas no hallo poder para lo complir. De aquí procede que propongo muchas veces hacer muchos bienes, mas como falta la gracia para ayudar á mi fla-

queza, con poca contradición torno atrás y desfallezco. De aquí también viene que conozco la senda de la perfeción, y veo claramente cómo la debía seguir: mas agravado del peso de mi propria corrupción, no me levanto á cosas más perfectas. ¡Oh Señor, y cuán necesaria me es tu gracia para comenzar el bien, y para crescer en él, y para perfecionarlo! Porque sin ella ninguna cosa puedo hacer: mas en ti todo lo puedo, confortado con ella. Oh gracia verdaderamente celestial, sin ti ningunos son los merescimientos proprios, no valen nada los dones naturales, ni las artes, ni las riquezas, ni la hermosura, ni el esfuerzo, ni el ingenio, ni la elocuencia, ni hay cosa en los hombres que valga algo ante ti, Señor mío, sin tu gracia. Porque los dones espirituales comunes son á buenos y á malos: mas la gracia y amor es proprio don de los escogidos, con lo cual señalados, son dignos de la vida eterna. Tanto es altísima esta gracia, que ni el don de la profecía, ni la operación de miraglos, ni ningún saber, por subtilísimo que sea, es estimado en algo sin ella. Aun más digo, que ni la fe, ni la esperanza, ni las otras virtudes son aceptas á ti sin caridad y gracia. ¡Oh beatísima gracia, que haces al pobre de espíritu rico en virtudes, y al rico en lo temporal tornas humilde de corazón! Ven, y desciende á mí, y hínchеme de tu consolación, porque no desmaye mi ánima de cansancio y sequedad de corazón. Suplícote, Señor, que halle gracia en tus ojos, que de verdad me basta tu gracia, aunque me falte todo lo que la natura desea. Si fuere tentado y atormentado de tribulaciones, no temeré los males si estuviere tu gracia comigo. Ella es mi fortaleza, ella es mi consejo y mi favor: mucho más poderosa es que todos los enemigos, muy más sabia que cuantos saben, maestra es de la verdad, y enseña la disciplina, alumbra el corazón, consuela en los trabajos, y destierra la tristeza, quita el temor, y aumenta la devoción, y produce dulces lágrimas. ¿Qué só yo sin ella sino un madero seco y un tronco sin provecho? Oh Señor, prevéngame tu gracia siempre, y acompáñeme, y hágame continuamente muy diligente en buenas obras, por Jesucristo tu Hijo. Amén.

CAPÍTULO LXI.

Que debemos negarnos z imitar á Cristo por cruz.

Hijo, cuanto puedes salir de ti, tanto puedes pasarte á mí. Así como perdiendo la codicia de lo exterior se gana la paz interior, así la negación y desprecio interior causa la unión y amistad de Dios. Yo quiero que aprendas la perfecta negación de ti mismo en mi voluntad sin queja ni contradición. Sígueme, yo soy carrera, verdad y vida. Sin camino no hay por donde andar, sin verdad no hay conoscimiento, sin vida no hay quien pueda vivir. Yo soy la carrera que debes seguir, la verdad á quien debes creer, la vida que debes esperar. Yo soy carrera que no puede ser cegada, verdad que no puede ser engañada, vida que no puede ser acabada: soy camino muy derecho, verdad suma, vida verdadera, vida bienaventurada, vida increada. Si permanescieres en mi carrera, conoscerás la verdad, y la verdad te librará, y alcanzarás la bienaventuranza. Si quieres entrar á la vida, guarda los mandamientos: si quieres conoscer la verdad, créeme: si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes: si quieres ser mi discípulo, niégate á ti mismo: si quieres poseer la vida eterna, desprecia esta presente: si quieres ser ensalzado en el cielo, humíllate en el mundo. Y si quieres reinar comigo, lleva la cruz comigo, que sólo los siervos de la cruz hallan la carrera de la bienaventuranza y de la verdadera luz. Señor Jesucristo, porque tu carrera es estrecha y despreciada en el mundo, otórgame que desprecie yo el mundo contigo: que no es mejor el siervo que el señor, ni el discípulo sobre el maestro. Ejercítese tu siervo en imitar tu vida, que en ella está mi salud y la sanctidad verdadera. Cualquier cosa que fuera de ella oigo ó leo, no me harta ni recrea del todo. Hijo, pues sabes esto y has leído tanto, si lo hicieres serás bienaventurado. El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese me ama, z yo lo amaré, y me manifestaré á él, y le haré asentar comigo en el reino de mi Padre. Pues Señor, así como lo dijiste y prometiste, así me da tu gracia para que yo lo merezca. De tu mano rescebí la cruz, yo la llevaré hasta la muerte así como tú me la pusiste. La vida del buen cristiano cruz es: mas es guía para la gloria: pues ya es comen-

zado, no conviene tornar atrás. Ea, hermanos míos, vamos juntos, que Jesús será con todos nosotros: por él tomamos la cruz, por él perseveremos en ella. Jesús, que es nuestro capitán y adalid, será nuestro ayudador. Mirad que nuestro Rey va delante nosotros, que peleará por nos: sigámosle con esfuerzo y no nos espantemos: estemos aparejados á morir con ánimo en la batalla: no demos tal afrenta á nuestra honra, que huyamos de la cruz.

CAPÍTULO LXII.

Que no debe hombre acobardarse cuando cae en algunas flaquezas.

HIJO, más me agrada la paciencia y humildad en lo adverso, que la mucha consolación y devoción en lo próspero. ¿Por qué te entristece una pequeña cosa hecha ó dicha contra ti, que aunque más fuera no debías enojarte? Déjalo agora pasar, que no es lo primero, ni es nuevo, ni será lo postrero, si mucho vivieres. Harto esforzado te muestras cuando ninguna cosa contraria te viene, y consejas muy bien, y consuelas y esfuerzas á otros: mas cuando viene á tu puerta alguna súbita tribulación, luego te falta consejo y esfuerzo. Mira tu gran flaqueza, pues la ves por experiencia aun en muy livianos acaescimientos: mas sábete que se hace por tu salud cuando estas cosas ó otras semejantes acaescen. Ponme á mí en tu corazón como mejor supieres, y si te tocare la tribulación, á lo menos no te derribe ni te embarace mucho tiempo. Súfrela á lo menos con paciencia, si no puedes con alegría. Y si oyes algo contra razón y sientes alguna indignación, refrénate, y no dejes salir de tu boca alguna palabra desordenada que escandalice á algún flaco: presto se amansará el ímpetu que en tu corazón se levantó, y el dolor interior se volverá en dulzor, tornando la gracia. Vivo yo, dice el Señor, aparejado para ayudarte y para consolarte mucho más de lo acostumbrado, si confías en mí y me llamas con devoción. Sosiega tu ánima, y apercíbete para trances mayores. Y aunque te veas muchas veces atribulado, ó gravemente tentado, no es ya por eso todo perdido. Hombre eres y no Dios, carne y no ángel: ¿cómo puedes tú estar siempre en un mismo estado de vir-

tud, pues le faltó al ángel en el cielo y al primer hombre en el paraíso? Yo soy el que levanto con entera salud los llorosos, y traigo á mi divinidad los que conoscen su enfermedad. Señor, bendita sea tu palabra, dulcísima á mi boca más que la miel y el panal. ¿Qué haría yo en todas mis angustias, si tú no me consolases con tus santas palabras? Llegando yo al puerto de la salvación, ¿qué se me da ver por dónde pasé, ó qué padescí? Dame, Señor, buen fin y dulce partida deste mundo. Dios mío, acuérdate de mí y guíame por recto camino á tu reino.

CAPÍTULO LXIII.

Qué no se deben escudriñar las cosas altas y juicios ocultos de Dios.

Hijo, guárdate de disputar de altas cosas y de los secretos juicios de Dios. ¿Porqué uno es tan desamparado, y otro tiene tanta gracia? ¿Porqué está uno afligido, y otro tan altamente ensalzado? Estas cosas exceden toda humana capacidad: que no basta razón alguna para investigar el juicio divino. Por eso cuando el enemigo te trujere esto tal al pensamiento, ó algunos hombres curiosos te lo preguntaren, responde aquello del Profeta: Justo eres, Señor, y justo tu juicio. Y aquello que dice: Los juicios del Señor verdaderos son y justificados en sí mismos. Mis juicios temidos han de ser, no examinados, dice Dios: porque no se comprehenden con humano entendimiento. Tampoco no te pongas á disputar de los merescimientos de los santos, cuál sea más sancto ó mayor en mi reino. Estas cosas siempre causan contiendas y disensiones sin provecho y crían soberbia y vanagloria, de donde nascen envidias y discordias, en tanto que quiere uno preferir locamente un sancto á otro, y otro quiere aventajar otro. Ciertamente querer saber z inquirir tales cosas ningún fruto trae, antes desagradan mucho á los sanctos. Que yo no soy Dios de discordia, sino de paz, la cual más consiste en verdadera humildad que en la propria estima. Algunos con celo de amor danse á unos sanctos más que á otros: y esto más va por afecto humano que divino. Yo soy el que hice á todos los sanctos, yo les di la gracia, yo les he dado la gloria, yo sé los méritos de cada uno, yo los previne con bendiciones de mi dulzura, yo conoscí

mis amados ante de los siglos, yo les escogí del mundo y no ellos á mí, yo los llamé por gracia y traje por misericordia, yo los llevé por diversas tentaciones, yo les envié consolaciones magníficas, yo les dí perseverancia, yo coroné su paciencia, yo conozco el primero y el último, yo los abrazo á todos con amor inestimable, yo soy de loar en todos mis sanctos, yo soy de bendecir sobre todas las cosas, y debo ser loado por cada uno de cuantos he magnificado y predestinado, sin preceder algún merescimiento suyo. Por eso quien despreciare á uno de mis pequeñuelos, no honra al grande, porque yo hice al chico y al grande: y el que quisiere apocar á alguno de los sanctos, á mí apoca y á todos los otros de mi reino. Todos son una cosa por el ñudo de la caridad, todos son de un voto, todos de un querer, todos se aman en uno: y aun lo que más es, que más me aman á mí que á sí ni que á todos sus merescimientos: porque levantados sobre sí, sacados de su proprio amor, pasan del todo en mi amor y en él huelgan con mucho gozo. No hay cosa que los pueda apartar ni abajar: porque llenos de la eterna verdad, arden en fuego de caridad que no se puede apagar. Callen, pues, los hombres carnales, no disputen del estado de los sanctos, pues no saben amar sino sus particulares bienes. Quitan y ponen á su parescer, no como agrada á la eterna verdad. Muchos hay llenos de ignorancia, mayormente los que saben poco de espíritu, que tarde saben amar á alguno con perfecto amor espiritual. También hay muchos que los lleva el afecto natural y la amistad humana, ɛ inclínanse más á unos sanctos que á otros, y así como sienten de las cosas bajas, así imaginan las celestiales. Mas hay grandísima diferencia entre lo que piensan los hombres imperfectos y lo que saben los varones espirituales por enseñamiento de Dios. Pues guárdate, hijo, de tratar curiosamente de las cosas que exceden tu saber, mas trabaja que puedas ser siquiera el menor en mi reino. Ya que uno supiese cuál es más sancto que otro en el reino del cielo, ¿qué le aprovecharía si no se humillase ante mí por este conoscimiento y se levantase á loar más puramente mi nombre? Mucho más agradable es á Dios el que piensa la gravedad de sus proprios pecados, y la poquedad de sus virtudes, y cuán lejos está de la perfeción de los sanctos, que el que disputa cuál es el mayor ó menor sancto. Mejor es rogar á los santos con devotas oraciones, y con humildes lágrimas in-

vocar su favor, que con vana pesquisa escudriñar sus secretos. Ellos están bien y muy contentos si los hombres se quisiesen sosegar y refrenar sus vanas lenguas. No se glorían de sus proprios merescimientos, pues que ninguna cosa buena se atribuyen á sí mismos, sino todo á mí. Porque yo les di todo cuanto tienen por mi infinita caridad, y tan llenos están de amor divino y de abundancia de gozo, que ninguna parte de gloria les falta, ni les puede faltar cosa alguna de bienaventuranza. Todos los sanctos cuanto más altos están en la gloria, tanto más humildes son en sí mismos, y más cercanos á mí, y muy más amados en mí. Por lo cual se dice que bajaban sus coronas ante de Dios, y se postraron de rostro ante el Cordero y adoraron al que vive sin fin. Muchos preguntan quién es el mayor en el reino de los cielos, que no saben si serán dignos de ser contados con los menores. Gran cosa es ser en el cielo siquiera el menor, donde todos son grandes: porque todos se llamarán hijos de Dios y lo serán. El menor será grande entre mil, y el pequeñito en gente muy poderosa. En el Evangelio dice que preguntando los discípulos quién fuese el mayor en el reino de los cielos, oyeron esta palabra: Si no os convirtiéredes y os tornáredes pequeñitos como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por eso cualquiera que se humillare como un pequeñito, aquél es el mayor en el reino del cielo. ¡Ay de aquéllos que desdeñan de humillarse de su voluntad con los pequeñitos, porque la puerta baja del reino celestial no les dejará entrar! ¡Ay de los ricos que tienen aquí sus consolaciones, que cuando entraren los pobres en el reino, quedarán ellos fuera llorando! Gozaos, humildes, y alegraos, pobres, que vuestro es el reino de Dios, si andáis ciertamente en verdad.

CAPÍTULO LXIV.

Que toda la esperanza y confianza se debe poner en solo Dios.

Señor, ¿qué confianza tengo yo en esta vida, ó cuál es mi mayor placer de cuantos hay debajo del cielo, sino tú, Dios mío, cuya misericordia no tiene cuento? ¿Adónde me fué bien sin ti, ó cuándo me puede ir mal estando tú presente? Más quiero ser pobre por ti, que rico sin ti. Por mejor tengo peregrinar contigo en la tierra, que poseer sin ti el cielo. Donde tú, Señor, estás,

allí es el cielo: y donde no, es muerte z infierno. A ti deseo, y por eso es necesario dar gemidos y voces en pos de ti con viva oración. Por cierto yo no puedo confiar en alguno que me ayude en las necesidades que se me ofrescen, sino en ti solo, Dios mío. Tú eres mi esperanza, tú mi confianza, tú mi consolador y muy fiel en todas las cosas. Todos los de acá buscan sus intereses: tú, Señor, solo mi salud y mi aprovechamiento, y todas las cosas me conviertes en bien. Aunque algunas veces me dejes en diversas tentaciones y adversidades, mas todo lo ordenas para mi provecho: que sueles en mil maneras probar tus escogidos. Y tanto debes ser loado y amado cuando me pruebas, como si me colmases de consolaciones celestiales. En ti pues, Señor Dios mío, pongo yo toda mi esperanza y refugio, y en ti, Señor, pongo toda mi tribulación y angustia: porque todo lo que miro fuera de ti, lo veo flaco y movible. Porque no me aprovecharán ciertamente los muchos amigos, ni me podrán ayudar los defensores valientes, ni los consejeros discretos me darán respuesta provechosa, ni los libros de los letrados me podrán consolar, ni alguna cosa preciosa librar, ni algún secreto lugar defender, si tú mismo no estás presente, y me ayudes, y esfuerces, y consueles, y enseñes, y guardes. Porque todo lo que paresce algo para ganar la paz y bienaventuranza, es nada si tú estás absente, ni da en verdad bienaventuranza alguna: y así tú eres fin de todos los bienes, alteza de la vida, abismo de palabras. Y esperar en ti sobre todo es grandísima consolación para tus siervos. Á ti, Señor, levanto mis ojos: en ti confío, Dios mío, Padre de misericordias. Bendice, Señor, y santifica mi ánima con bendición celestial, para que sea morada sancta tuya y silla de tu eterna gloria, y no haya cosa en este templo de tu dignidad que ofenda los ojos de tu majestad. Mírame, Señor, según la grandeza de tu bondad y según la multitud de tus misericordias, y oye la oración deste pobre siervo tuyo, desterrado tan lejos en la región de la sombra de la muerte. Defiende y conserva el ánima deste tu pequeñuelo siervo entre tantos peligros desta miserable vida: y acompañándola tu gracia, guíala por la carrera de la paz á la patria de la perpetua claridad.

ACÁBASE EL TERCERO TRATADO.

COMIENZA EL CUARTO TRATADO

AMONESTACIÓN PARA RECEBIR LA SAGRADA COMUNIÓN DEL CUERPO DE JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR.

VENÍ á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, z yo os recrearé, dice Dios. El pan que yo os daré, es mi carne por la vida del mundo. Tomá y comé, esto es mi cuerpo, que será traído por vosotros. Haced esto en memoria de mí. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí está, z yo en él. Las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son.

CAPÍTULO PRIMERO.

Con cuánta reverencia se ha de recebir Cristo nuestro Señor.

CRISTO, verdad eterna, éstas son tus palabras, aunque no fueron pronunciadas en un tiempo, ni escritas en un mismo lugar. Y pues son palabras tuyas, fielmente y muy de grado las debo yo todas rescebir. Tuyas son, tú las dijiste, y mías son también pues las dijiste por mi salud. Muy de grado las rescibo de tu boca, para que sean más estrechamente engeridas en mi corazón. Despiértanme palabras de tanta piedad, llenas de dulzura y de amor: mas por otra parte mis pecados me espantan, y mi mala conciencia me retrae de recebir tan altos misterios. La dulzura de tus palabras me convida, mas la multitud de mis vicios me desvía. Mándasme que me llegue á ti con buena confianza si quisiere tener parte contigo, y que resciba el manjar de la inmortalidad si deseo alcanzar vida y gloria. Tú, Señor, dices: Vení á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, z yo os recrearé. ¡Oh dulce y amigable palabra en la oreja del pecador, que tú,

Señor Dios mío, convidas al pobre y al mendigo á la comunión de tu sacratísimo cuerpo! Mas ¿quién só yo, Señor, que presuma llegar á ti? Veo, Señor, que en los cielos de los cielos no cabes, ¡y tú dices: Vení á mí todos! ¿Qué quiere decir esta tan piadosa misericordia, y este tan amigable convite? ¿Cómo osaré ir, que no me conozco cosa buena? ¿De qué puedo presumir? ¿Cómo te porné en mi casa, viendo que tantas veces ofendí tu benignísima cara? Los ángeles y arcángeles tiemblan, los sanctos y justos temen, ¡y tú dices: Vení á mí todos! Si tú, Señor, no dijeses esto, ¿quién osaría creerlo? Y si tú no lo mandases, ¿quién osaría llegarse á ti? Veo que Noé, varón justo, trabajó cient años en fabricar un arca para guarecerse con pocos: pues ¿cómo podré yo en una hora aparejarme para rescebir con reverencia al que fabricó el mundo? Moisés, tu gran siervo y tu amigo especial, hizo el arca de madera incorrutible, y la guarnesció de oro muy puro para poner en ellas las tablas de la ley: z yo, criatura podrida, ¿osaré recebir tan fácilmente á ti, hacedor de la ley y dador de la vida? Salomón, que fué el más sabio de los reyes de Israel, en siete años edificó á loor de tu nombre un magnífico templo, y celebró ocho días la fiesta de su dedicación, y ofresció mil sacrificios pacíficos, y asentó con mucha solemnidad el arca del Testamento con trompas y regocijos en el lugar que estaba aparejado: z yo, miserable, el más pobre de los hombres, ¿cómo te meteré en mi casa, que dificultosamente gasto con devoción una hora? Y aun pluguiese á ti, Dios mío, que alguna vez fuese media. ¡Oh Dios mío, y cuánto estudiaron aquéllos por agradarte! Y ¡ay de mí, cuán poquito es lo que yo hago, cuán poco tiempo gasto en aparejarme para la comunión! Pocas veces estoy del todo recogido, y muy menos de toda distración alimpiado. Por cierto en la presencia saludable de tu deidad no me debría ocurrir pensamiento alguno superfluo, ni me había de ocupar criatura alguna: porque no voy á rescebir en mi aposento algún ángel, mas al Señor de los ángeles. Y aun más, que hay muy grandísima diferencia entre el arca del Testamento con sus reliquias, y tu preciosísimo y purísimo cuerpo con sus inefables virtudes: y entre los sacrificios de la vieja ley, que figuraban los venideros, y el verdadero sacrificio de tu cuerpo, que es el complimiento de todos los sacrificios. Y pues así es, ¿porqué yo no me enciendo más en tu venerable presencia? ¿Porqué no me

aparejo con mayor cuidado para recebirte á ti en el sacramento, pues aquellos antiguos sanctos patriarcas y profetas, y los reyes y príncipes con todo el pueblo mostraron tanta devoción al culto divino? El devotísimo rey David bailó con todas sus fuerzas ante el arca de Dios, y acordándose de los beneficios otorgados á los padres en el tiempo pasado, hizo órganos de diversas maneras, y compuso psalmos, y ordenó que se cantasen, y aun él mismo con alegría los cantó muchas veces en su arpa, inspirado de la gracia del Espíritu Sancto, y enseñó al pueblo de Israel loar á Dios de todo corazón, y bendecirle, y predicarle cada día en consonancia de voces. Pues si tanta era entonces la devoción, y tanta fué la memoria del divino loor delante del arca del Testamento, ¡cuánta reverencia y devoción debo yo tener y todo el pueblo cristiano en presencia del sacramento, en la comunión del excelentísimo cuerpo de Cristo! Muchos corren á diversos lugares por visitar reliquias de sanctos, y maravíllanse de oir sus miraglos: miran los grandes edificios de los templos, besan los sagrados huesos guardados en oro y seda, ¡y estás tú aquí presente delante de mí en el altar, Dios mío, Sancto de los sanctos, criador de todas las cosas, Señor de los ángeles, y aun no te miro con devoción! Muchas veces la curiosidad de los hombres y la novedad de las cosas que van á ver, es ocasión de ir á visitar cosas semejantes, y dello traen poco fruto de emienda, mayormente cuando con liviandad andan de acá para allá sin contrición verdadera. Mas aquí en el sacramento del altar enteramente estás tú presente, Señor mío, Dios hombre, Jesucristo, en el cual sacramento se rescibe copioso fructo de eterna salud todas las veces que te recibieren digna y devotamente. Y á esto no nos trae alguna liviandad, ó curiosidad, ni sensualidad, mas la firme fe, esperanza devota y pura caridad. ¡Oh Dios invisible, Criador del mundo, cuán maravillosamente lo haces con nosotros, cuán suave y graciosamente lo ordenas con tus escogidos, á los cuales te ofreces en este sacramento para que te reciban! Esto en verdad excede todo entendimiento. Esto especialmente atrae los corazones devotos y enciende los afectos. Y los mismos verdaderos fieles tuyos, que toda su vida ordenan para se emendar, deste sacramento dignísimo resciben continuamente grandísima gracia de devoción y amor de virtud. ¡Oh admirable gracia, ascondida en este sacramento, la cual conoscen solamente los fieles cristianos,

mas los infieles y los que en pecados están no la pueden gustar! En este sacramento se da gracia especial, y se repara en el ánima la virtud perdida, y se torna la hermosura afeada por el pecado. Y tanta es algunas veces esta gracia, que del complimiento de la devoción que se da, no sólo el ánima, mas aun el cuerpo flaco siente haber rescebido fuerzas mayores. Por eso es muy mucho de llorar nuestra tibieza y negligencia, que no vamos con vivo fervor á recebir á Cristo, en el cual consiste toda la esperanza y el mérito de los que se han de salvar. Porque él es nuestra sanctificación y redención, él es la consolación de los que caminan, y eterno gozo de los sanctos. Así que mucho es de llorar el descuido que muchos tienen en este tan salutífero sacramento, que alegra el cielo y conserva el universo mundo. ¡Oh ceguedad y dureza del corazón humano, que tan poco mira á tan inefable don, antes de la mucha frecuentación ha venido á mirar menos en él! Por cierto si este sacratísimo Sacramento se celebrase en un solo lugar, y se consagrase por un solo sacerdote en el mundo, maravilla sería con cuánta afición irían los hombres á aquel lugar y á ver aquel sacerdote de Dios, para oirle celebrar los divinos misterios. Mas agora hay muchos sacerdotes, y ofrécese Cristo en muchos lugares, para que tanto se muestre mayor la gracia y amor de Dios al hombre, cuanto la sagrada comunión es más liberalmente extendida por el mundo. Gracias se hagan á ti, buen Jesú, pastor eterno, que tuviste por bien de recrear á nosotros pobres y desterrados con tu precioso cuerpo y sangre, y también convidarnos con palabras de tu propria boca á rescebir tus divinos misterios, diciendo: Vení á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os recrearé.

CAPÍTULO II.

Que se da al hombre en el Sacramento la gran bondad y caridad de Dios.

SEÑOR, confiando de tu bondad y de tu gran misericordia, vengo enfermo al Salvador, hambriento y sediento á la fuente de la vida, pobre al Rey del cielo, siervo al Señor, criatura al Criador, desconsolado á mi piadoso consolador. Mas ¿dónde á

mí tanto bien que tú vengas á mí? ¿Quién só yo para que te me des á ti mismo? ¿Cómo osa el pecador parescer ante ti? Y ¿cómo tú tienes por bien de venir al pecador? Tú conosces á tu siervo, y sabes que ningún bien hay en él por que merezca que tú le hagas tan grandísima merced. Yo confieso, Señor, mi vileza, y reconozco tu bondad: loo tu piedad, gracias te hago por tu excelentísima caridad. Por cierto por ti mismo haces todo esto, no por mis merescimientos, mas porque tu bondad me sea más manifiesta y me sea comunicada mayor caridad, y la humildad sea loada más complidamente. Y pues así te place, Señor, y así lo mandaste hacer, también me agrada á mí que tú lo hayas tenido por bien. Plégate, Señor, que no lo impida mi maldad. ¡Oh dulcísimo y benignísimo Jesú, cuánta reverencia y gracias con perpetua alabanza te son debidas por la comunión de tu sacratísimo cuerpo, cuya dignidad ninguno se halla que la pueda explicar! Mas querría saber ¿qué pensaré en esta comunión cuando me quiero llegar á ti, Señor, pues no te puedo honrar debidamente, y deseo rescebirte con devoción? ¿Qué cosa mejor y más saludable pensaré, sino humillarme del todo ante ti y ensalzar tu infinita bondad sobre mí? Alábote, Dios mío, y para siempre te ensalzaré. Despréciome y subjéctome á ti en el abismo de mi vileza. Tú eres el Sancto de los sanctos, z yo el más vil de los pecadores, z inclínaste á mí que no soy digno de alzar los ojos á ti. Veo, Señor, que tú vienes á mí y quieres estar comigo: tú me convidas á tu mesa y me quieres dar á comer el manjar celestial, el pan de los ángeles, que no es otra cosa por cierto sino tú mismo, pan vivo que descendiste del cielo, y das vida al mundo. He aquí, Señor, de dónde procede este amor, y se declara que lo tienes por bien. Esta bondad tuya, Señor, es la causa por que tal amor nos tienes y por que tan gran benignidad nos muestras. ¡Cuán grandes gracias y loores se te deben por tales mercedes! ¡Oh, cuán saludable fué tu consejo cuando ordenaste este altísimo Sacramento! ¡Cuán suave y alegre convite cuando á ti mismo te diste en manjar! ¡Oh, cuán admirable es tu obra, Señor, cuán poderosa tu virtud, cuán inefable tu verdad! Por cierto tú dijiste, y fué hecho todo el mundo: y así esto es fecho porque tú mismo lo mandaste. Maravillosa cosa y digna de creer, y que vence todo humano entendimiento, que tú, Señor Dios mío, verdadero Dios y hombre, eres contenido enteramen-

te debajo de la especie de aquel poco de pan y vino, z sin detrimento eres comido por el que te rescibe. Tú, Señor de todos, que no tienes necesidad de alguno, quisiste morar en nosotros por este tu sacramento. Conserva mi corazón sin mácula, porque pueda muchas veces con limpia y alegre consciencia celebrar tus misterios y recebirlos para mi perpetua salud, los cuales ordenaste y estableciste, Señor, principalmente para honra tuya y memoria continua de tu pasión. Alégrate, ánima mía, y da gracias á Dios por tan noble don y tan singularísimo refrigerio como te fué dejado en este valle de lágrimas. Porque cuantas veces te acuerdas de este misterio y recibes el cuerpo de Cristo, tantas representas la obra de tu redempción y te haces particionera de todos los merescimientos de Jesucristo: porque la caridad de Cristo nunca se apoca y la grandeza de su misericordia nunca se gasta. Por eso débeste disponer siempre á esto con nueva devoción de ánima y pensar con atenta consideración este gran misterio de salud. Y así te debe parescer tan grande, tan nuevo y alegre cuando celebras ó oyes misa, como si fuese el mismo día en que Cristo descendió y se hizo hombre en el vientre de la Virgen, ó aquél en que puesto en la cruz padesció y murió por la salud de los hombres.

CAPÍTULO III.

Que es cosa provechosa comulgar muchas veces.

VESME aquí, Señor, vengo á ti, porque me vaya bien con este don tuyo y sea alegre en tu sancto convite, que tú, Dios mío, aparejaste con dulzura para el pobre. En ti está todo lo que yo puedo y debo desear. Tú eres mi salud y redención, mi esperanza y fortaleza, mi honra y mi gloria. Pues alegra, Señor, hoy el ánima de tu siervo, que á ti, Señor Jesú, he yo levantado mi ánima. Agora te deseo yo recebir con devoción y reverencia: codicio, Señor, meterte en mi casa, de manera que merezca yo como Zaqueo ser bendito de ti y contado entre los hijos de Abraham. Mi ánima desea recebir tu sagrado cuerpo, y mi corazón desea ser unido contigo. Date, Señor, á mí, y basta: porque sin ti ninguna consolación satisface: sin ti no puedo ser y sin tu visi-

tación no puedo vivir: por eso me conviene llegarme á ti muchas veces y recebirte para remedio de mi salud, porque no desmaye en el camino si fuere privado de este celestial manjar. Porque tú, benignísimo Jesú, predicando á los pueblos y curando divesas enfermedades, dijiste: No quiero consentir que se vayan ayunos, porque no desmayen en el camino. Haz pues agora comigo de esta manera, pues te dejaste en el sacramento para consolación de los fieles. Tú eres suave hartura del ánima, y quien te comiere dignamente, participante y heredero será de la eterna gloria. Nescesario es á mí por cierto, que tanto trabajo, y tantas veces peco, y tan presto me hago torpe y desmayo, que por muchas oraciones y confesiones y por la sagrada comunión me renueve y me alimpie y encienda. Porque absteniéndome de comulgar mucho tiempo podría ser que cayese del santo propósito. Los sentidos del hombre inclinados son al mal desde su mocedad, y si no socorre la medicina divina, luego cae el hombre en lo peor. Así que la sancta comunión retrae del mal y conforta en lo bueno. Y si comulgando y celebrando soy tan negligente y tibio, ¿qué haría si no tomase tal medicina y si no buscase remedio tan grande? Y aunque no estoy aparejado para celebrar cada día, yo trabajaré de rescebir los misterios divinos en los tiempos convenibles, y hacerme he participante de tanta gracia. Porque ésta es una principalísima consolación del ánima fiel en el tiempo de esta peregrinación, que acordándose muchas veces de su Dios, reciba devotamente á su amado. ¡Oh maravillosa voluntad de tu piedad para con nosotros, que tú, Señor Dios, Criador y vida de todos los espíritus, tienes por bien de venir á una pobrecilla ánima y hartar su hambre con toda tu divinidad y humanidad! ¡Oh dichoso espíritu, oh bendita ánima que meresce rescebir con devoción á ti, Señor Dios suyo, y ser llena de gozo espiritual en tu recebimiento! ¡Oh, cuán gran señor recibe! ¡Oh, cuán amado huésped aposenta! ¡Cuán alegre compañero acoge! ¡Cuán fiel amigo acepta! ¡Cuán hermoso y noble esposo abraza, más de amar que todo lo que se puede amar ni desear! Oh muy dulce amado mío, callen en tu presencia el cielo, la tierra y todo su arreo, porque todo lo que tienen de loar y de mirar, de la bondad de tu franqueza es, y nunca llegarán á tu hermosura, cuya sabiduría no tiene cuento.

CAPÍTULO IV.

Que se otorgan muchos bienes á los que devotamente comulgan.

SEÑOR Dios mío, anticipa á tu siervo con bendiciones de tu dulzura, porque merezca llegar digna y devotamente á tu magnífico Sacramento. Despierta mi corazón en ti y despójame de la pesadumbre del cuerpo, visítame en tu salud para que guste en espíritu tu suavidad, la cual está escondida en este sacramento muy complidamente así como en fuente. Alumbra también mis ojos para que pueda mirar tan alto misterio, y esfuérzame para creerlo con firmísima fe. Porque esto, Señor, obratuya es, y no humano poder. Es sagrada ordenación tuya, y no invención de hombres. No hay por cierto ni se puede hallar alguno suficiente por sí para entender cosas tan altas, que aun á la sutileza angélica exceden. Pues yo pecador indigno, tierra y ceniza, ¿qué podré escudriñar y entender de tan altísimo Sacramento? Señor, en simplicidad de corazón, en buena y firme fe y por tu mandado vengo á ti con esperanza y reverencia y creo verdaderamente que estás presente aquí en este Sacramento Dios y hombre. Y pues quieres, Salvador mío, que yo te reciba y que me ayunte á ti en caridad, suplico á tu clemencia y demando me sea dada una muy especialísima gracia para que todo me derrita en ti y rebose de amor, y que no cure más de otra alguna consolación. Por cierto este altísimo y dignísimo Sacramento es salud del ánima y del cuerpo y medicina de toda enfermedad espiritual: con él se curan mis vicios, refrénanse mis pasiones, las tentaciones se vencen y desminuyen, dase mayor gracia, la virtud comenzada crece, confírmase la fe, esfuérzase la esperanza, enciéndese la caridad y extiéndese. De verdad, Señor, muchos bienes has dado y siempre das en este dulcísimo Sacramento á los que te aman, cuando te resciben, Dios mío, rescebidor de mi ánima, reparador de la humana enfermedad y dador de toda interior consolación: que tú les infundes gran consuelo y fortaleza contra diversas tribulaciones, y de lo profundo de su propio desprecio los levantas á la esperanza de tu defensión, y con una nueva gracia los recreas y alumbras de dentro: porque los

que antes de la comunión se habían sentido congojosos y sin devoción, después recreados con manjar y beber celestial se hallan muy mejorados. Y esto, Señor, haces así con tus escogidos, porque conozcan verdaderamente, y manifiestamente experimenten que no tienen nada de sí, y sientan la bondad y gracia que de ti alcanzan, porque de sí mismos merescen ser fríos, duros, indevotos: mas de ti, Señor, alcanzan ser fervientes, alegres y devotos. ¿Quién llega con humildad á la fuente de la suavidad, que no traiga algo de la suavidad? Ó ¿quién está cerca de algún gran fuego, que no reciba algún calor? Y tú, Señor, fuente eres siempre llena y muy abundosa, fuego que continuo arde y nunca desfallesce. Por tanto, si no me es lícito sacar del henchimiento de la fuente, ni beber hasta hartarme, porné siquiera mi boca al agujero de algún cañito celestial, para que á lo menos resciba de allí alguna gotilla para refrigerar mi sed, porque no me seque del todo. Y si no puedo del todo ser celestial, ni puedo abrasarme como los serafines, trabajaré á lo menos de darme á la oración y aparejaré mi corazón para buscar siquiera una pequeña centella del divino encendimiento, mediante la humilde comunión de este sacramento que da vida. Todo lo que me falta, buen Jesú, Salvador sanctísimo, súplelo tú benigna y graciosamente por mí, pues tuviste por bien de llamar á todos, diciendo: Vení á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, z yo os recrearé. Yo, Señor, por cierto trabajo y estoy atormentado con sudor de mi rostro y con dolor de corazón: cargado estoy de pecados, y combatido de tentaciones, envuelto y agravado de muchas malas pasiones, y no hay quien me valga, no hay quien me libre y salve sino tú, Señor Dios, Salvador mío. Á ti me encomiendo con todas mis cosas, para que me guardes y lleves á la vida eterna. Rescíbeme para gloria y honra de tu sancto nombre. Tú, Señor, que me aparejaste tu cuerpo y sangre en manjar y en beber, otórgame, Señor Dios, Salvador mío, que crezca el afecto de mi devoción con la continuación de este tu misterio.

CAPÍTULO V.

De la dignidad del sacramento, y del estado sacerdotal.

AUNQUE tuvieses la pureza de los ángeles y la santidad de Sant Juan Baptista, no serías digno de rescebir ni tratar este sanctísimo Sacramento, porque no cabe en humano merescimiento que el hombre consagre y trate el sacramento de Cristo y coma el pan de los ángeles. Grande es este misterio, y grande la dignidad de los sacerdotes, á los cuales es dado lo que no es concedido á los ángeles: que sólo los sacerdotes ordenados en la Iglesia derechamente tienen poder de celebrar y consagrar el cuerpo de Jesucristo, y el sacerdote es ministro de Dios, y usa de palabras de Dios por el mandamiento y ordenación de Dios: mas Dios es allí el principal auctor y obrador invisible, al cual está subjecta cualquier cosa que quisiere, y le obedesce á todo lo que mandare. Y así más debes creer á Dios todopoderoso en este excelentísimo Sacramento, que á tu proprio sentido, ó á alguna señal visible. Y por eso con temor y gran reverencia debe el hombre llegar á este Sacramento. Mira pues, sacerdote, qué oficio te han encomendado por mano de el obispo, mira cómo eres ordenado y consagrado para celebrar. Mira agora que muy fielmente y con devoción ofrezcas á Dios el sacrificio en su tiempo y te conserves sin reprehensión. Mira que no has aliviado tu carga: mas con mayor y más estrecha caridad estás atado y á mayor perfeción estás obligado. El sacerdote debe ser adornado de todas virtudes y ha de dar á los otros ejemplo de buena vida: su conversación no ha de ser con los comunes ejercicios de los hombres, mas con los ángeles en el cielo y con los perfectos en la tierra. El sacerdote vestido de las sagradas vestiduras tiene lugar de Cristo para rogar húmil y devotamente á Dios por sí y por todo el pueblo. Él tiene la señal de la cruz de Cristo ante sí y detras de sí, para que de contino tenga memoria de su pasión. Ante sí en la casulla trae la cruz, porque mire con cuidado las pisadas de Cristo y estudie de seguirle con fervor. Detrás también está señalado de la cruz, porque sufra con paciencia por amor de Dios cualquier adversidad ó daño que otros le hicieren. La cruz lleva delante, porque llore sus pecados, y detrás la lleva,

porque llore por compasión los ajenos y sepa que es medianero entre Dios y el pecador, y no cese de orar ni de ofrecer el sancto sacrificio hasta que merezca alcanzar gracia y misericordia. Cuando el sacerdote celebra, honra á Dios y alegra á los ángeles, edifica á la Iglesia, ayuda á los vivos, y da reposo á los difuntos, y hácese particionero de todos los bienes.

CAPÍTULO VI.

La examinación que se debe hacer ante la Comunión.

SEÑOR, cuando yo pienso tu dignidad y mi vileza, tengo gran temblor y hállome confuso: porque si no me llego, huyo la vida, y si indignamente me atrevo, caigo en ofensa. ¿Pues qué haré, Dios mío, ayudador mío, consejero mío en las necesidades? Guíame tú por carrera derecha y enséñame algún ejercicio convenible á la sagrada Comunión. Por cierto utilísimo es saber de qué manera deba yo aparejar mi corazón con reverencia y devoción á ti, Señor, para recebir saludablemente tu sacramento, ó para celebrar tan grande y divino sacrificio.

CAPÍTULO VII.

De la examinación de la conciencia y del propósito de la emienda.

SOBRE todas las cosas es necesario que el sacerdote de Dios llegue á celebrar, y tratar, y recebir este sacramento con grande humildad de corazón, y con devota reverencia, con entera fe, y con piadosa intención de la honra de Dios. Examina tu conciencia con diligencia y según tu poder descúbrela y aclárala con verdadera contrición y humilde confesión de tus pecados, de manera que no te quede cosa grave, ó te remuerda ó impida de llegar libremente al sacramento. Ten aborrescimiento de todos tus pecados en general, y por los delictos que cada día cometes, duélete y gime más particularmente. Y si hay dispusición, confiesa á Dios todas tus miserias en lo secreto de tu corazón: gime y duélete que aun eres tan carnal y mundano, tan

vivo en las pasiones, tan lleno de movimientos de concupiscencias, tan mal guardado en los sentidos exteriores, tan revuelto en vanas fantasías, tan inclinado á las cosas exteriores y negligente á las interiores, tan ligero á la risa y á la desorden, tan duro para llorar y arrepentirte, tan aparejado á flojedades y regalos de la carne, tan perezoso al rigor y al fervor, tan curioso á oir nuevas y á ver cosas hermosas, tan remiso en abrazar las cosas bajas y despreciadas, tan cobdicioso de tener muchas cosas, tan encogido en dar y avariento en retener, indiscreto en hablar, mal sofrido en callar, descompuesto en las costumbres, importuno en las obras, tan desordenado en el comer, tan sordo á la palabra de Dios, presto para holgar, tardío para trabajar, despierto para consejuelas, tan dormilón para las sagradas vigilias, muy apresurado para acabarlas, muy derramado, sin atención y negligente en decir las horas, muy tibio en celebrar, seco y sin lágrimas en comulgar, muy presto distraído, muy tarde ó nunca bien recogido, muy de presto comovido á ira, aparejado para dar enojos, muy presto para juzgar, riguroso á reprehender, muy alegre en lo próspero y muy caído en lo adverso, proponiendo de contino grandes cosas y nunca poniéndolas en efecto. Confesados y llorados estos y otros defectos tuyos con dolor y descontento de tu propria flaqueza, propón firmísimamente de emendar tu vida y mejorarla de contino. Y después con total renunciación y entera voluntad ofrecerte á ti mismo en honra de mi nombre en el altar de tu corazón como sacrificio perpetuo, que es, encomendándome á mí tu cuerpo y tu ánima fielmente, porque merezcas dignamente llegar á ofrecer el sacrificio y rescebir saludablemente el sacramento de mi cuerpo: que no hay ofrenda más digna, ni mayor sacrificio para quitar los pecados, que en la misa y en la comunión ofrecerse á sí mismo pura y enteramente en el sacrificio del cuerpo de Cristo. Si el hombre hiciere lo que es en su mano, y se arrepintiere verdaderamente, cuantas veces viniere á mí por perdón y gracia, dice el Señor, vivo yo que no quiero la muerte del pecador, mas que se convierta y viva, porque no me acordaré más de sus pecados, mas todos le serán perdonados.

CAPÍTULO VIII.

Del ofrecimiento de Cristo en la cruz, y de la propia renunciación.

ASÍ como yo me ofrecí á mí mismo por tus pecados á Dios Padre, de mi voluntad, extendidas las manos en la cruz, desnudo el cuerpo, en tanto que no me quedaba cosa que todo no pasase en sacrificio para aplacar al Padre, así debes tú cuanto más entrañablemente puedes ofrecerte á ti mismo de toda voluntad á mí en sacrificio puro y sancto cada día en la misa con todas tus fuerzas y deseos. ¿Qué otra cosa más quiero de ti, sino que estudies de renunciarte del todo en mí? Cualquiera cosa que me das sin ti, no me curo dello, porque no quiero tu don, sino á ti. Así como no te bastarían á ti todas las cosas sin mí, así no me puede agradar á mí cuanto me ofreces sin ti. Ofrécete á mí y date todo por mí, y será muy acepto tu sacrificio. Ya ves cómo yo me ofrescí todo al Padre por ti, y también di todo mi cuerpo y sangre en manjar por ser todo tuyo y que tú quedases todo mío: mas si te estás en ti mismo y no te ofreces muy de gana á mi voluntad, no es complida ofrenda, ni será entre nosotros entera unión. Por eso, ante todas tus obras haz ofrecimiento voluntario de ti mismo en mis manos, si quieres alcanzar libertad y gracia. Por eso hay tan pocos alumbrados y libres de dentro, porque no saben negarse del todo á sí mismos. Ésta es mi firme sentencia, que no puede ser mi discípulo el que no renunciare todas las cosas. Por eso si tú deseas ser mi discípulo, ofréscete á ti mismo con todos tus deseos.

CAPÍTULO IX.

Que debemos ofrecernos á Dios con todas nuestras cosas y rogarle por todos.

SEÑOR, tuyo es todo lo que está en el cielo y en la tierra, z yo deseo ofrecerme á ti de mi voluntad z quedar tuyo para siempre. Señor, con sencillo corazón me ofrezco hoy á ti por siervo perpetuo en servicio z sacrificio de perpetuo loor. Recíbeme con este sancto sacrificio de tu preciosísimo cuerpo que te ofrez-

co hoy en presencia de los ángeles que están presentes invisiblemente. Y ruégote, Señor, que sea para salud mía y de todo el pueblo. Señor, ofrézcote todos mis pecados y delictos, cuantos yo cometí delante de ti y de tus ángeles desde el día que comencé á pecar hasta hoy, todos los pongo sobre tu altar, que amansa tu ira, para que tú, Señor, los enciendas todos juntamente, y los quemes con el fuego de tu caridad, y quites todas las mancillas de mis pecados, y alimpies mi conciencia de todo pecado, y me restituyas la gracia que yo perdí pecando, perdonándome plenariamente y levantándome por tu bondad al beso sancto de la paz. ¿Qué puedo hacer por mis pecados, sino confesarlos húmilmente, llorando ꝛ rogando á tu misericordia sin cesar? Ruégote que me oyas con misericordia aquí donde estoy delante de ti. Todos mis pecados me descontentan muy mucho y no quiero más cometerlos: pésame dellos, y cuanto yo viviere me pesará, aparejado á hacer penitencia y satisfación con todo mi poder. Oh Dios, perdona, perdona mis pecados por tu sancto nombre, salva mi ánima que redemiste por tu sangre preciosa. Vesme aquí, Señor, yo me pongo en tu misericordia, yo me renuncio en tus manos: haz comigo según tu bondad y no según mi malicia. También te ofrezco, Señor, todos mis bienes, aunque son muy pocos ꝛ imperfectos, para que tú los emiendes y sanctifiques, y los hagas agradables á ti y aceptos, y traigas siempre á perfeción, y á mí, hombrecillo inútil y perezoso, lleves á bienaventurado y loable fin. Y también te ofrezco todos los sanctos deseos de los devotos y todas las necesidades de mis padres y hermanos, amigos y parientes, y de todos mis conoscidos, y de todos cuantos han hecho bien á mí ꝛ á otros por tu amor, y de todos los que desearon y pidieron que yo orase, ó dijese misa por ellos y por todos los suyos, vivos ó difuntos, porque todos sientan el favor de tu gracia y de tu consolación y defensión: y librados de todo mal, sean muy alegres y te den por todo altísimas gracias. También te ofrezco estas oraciones y sacrificios agradables, especialmente por los que en algo me han dañado, enojado, ó vituperado, y por todos los que yo alguna vez enojé, turbé, agravié y escandalicé por obra, ó de palabra, por ignorancia, ó á sabiendas. Porque tú, Señor, nos perdones á todos juntamente nuestros pecados y las ofensas que hacemos unos á otros. Aparta, Señor, de nuestros corazones toda sospecha,

todo deseo de venganza, ira z contienda, z toda cosa que puede estorbar la caridad z diminuir el amor del prójimo. Señor, habe misericordia z piedad de los que te la demandan. Da tu gracia á los necesitados, z haz que seamos tales que seamos dignos de gozar de tu gracia z que aprovechemos para la vida eterna.

CAPÍTULO X.

Que no se debe dejar ligeramente la sagrada Comunión.

MUY á menudo debes recurrir á la fuente de la gracia z de la divina misericordia, á la fuente de la bondad z de toda la limpieza: porque puedas ser curado de tus pasiones z vicios, z merezcas ser hecho más fuerte z más despierto contra todas las tentaciones y engaños del diablo. El enemigo sabiendo el grandísimo fruto z remedio que está en la sagrada Comunión, trabaja por todas las vías que él puede de estorbarla á los fieles z devotos cristianos: porque luego que algunos se disponen á la sacra Comunión, padescen peores tentaciones de Satanás, que antes: porque el espíritu maligno (según se escribe en Job) viene entre los hijos de Dios para turbarlos con su acostumbrada malicia, ó para hacerlos muy temerosos z dudosos, porque así diminuya su afecto, ó acosándolos les quite la confianza, para que desta manera ó dejen del todo la Comunión, ó lleguen á ella tibios z sin fervor. Mas no debemos curar de sus astucias z fantasías, por más torpes y espantosas que sean: mas quebrarlas todas en su cabeza z procurar de despreciar al desventurado z burlar dél: z no se debe dejar la sacra Comunión por todas las malicias z turbaciones que levantare. Muchas veces también estorba para alcanzar devoción la demasiada ansia de tenerla, z la gran congoja de se confesar. Por eso haz en esto lo que consejan los sabios, z deja la ansia z escrúpulo, porque estas cosas impiden la gracia de Dios z destruyen la devoción del ánima. No dejes la sacra Comunión por alguna pequeña tribulación ó pesadumbre, mas confiésate luego z perdona de buena voluntad las ofensas que te han hecho, z si tú has ofendido á alguno pídele perdón con humildad, z así Dios te perdonará de buena gana. ¿Qué apro-

vecha dilatar mucho la confesión, ó la sagrada Comunión? Alímpiate en el principio, escupe presto la ponzoña, toma de presto el remedio, z hallarte has mejor que si mucho tiempo dilatares. Si hoy lo dejas por alguna ocasión, mañana te puede acaescer otra mayor: z así te estorbarás mucho tiempo y estarás mas inhábil. Por eso lo más presto que pudieres sacude la pereza z pesadumbre: que no hace al caso estar largo tiempo con cuidado envuelto en turbaciones z por los estorbos cotidianos apartarse de las cosas divinas. Antes daña mucho dilatar la comunión largo tiempo: porque es causa de estarse el hombre ocupado en grave torpeza. ¡Ay dolor de algunos tibios y desordenados que dilatan muy de grado la confesión y desean alargar la sacra comunión por no ser obligados á guardarse con mayor cuidado! ¡Oh cuán poca caridad, oh cuán flaca devoción tienen los que tan fácilmente dejan la sagrada comunión! ¡Cuán bienaventurado es y cuán agradable á Dios el que vive tan bien, y con tanta puridad guarda su conciencia, que cada día está aparejado á comulgar, deseoso de hacerlo si así le conviniese y no fuese notado! Si alguno se abstiene algunas veces por humildad, ó por alguna causa legítima, de loar es por la reverencia: mas si poco á poco le entrare la tibieza, debe despertarse y hacer lo que en sí es, y nuestro Señor ayudará á su deseo por la buena voluntad, la cual él mira especialmente. Mas cuando fuere legítimamente impedido, tenga siempre buena voluntad y devota intención de comulgar, y así no carecerá del fruto de el sacramento. Porque todo hombre devoto puede comulgar cada día y cada hora espiritualmente: mas en ciertos días, en el tiempo ordenado, debe recebir el sacramento del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo con amorosa reverencia. Y más se debe mover á ello por loor y honra de Dios, que por buscar su propia consolación. Porque tantas veces comulga secretamente y es recreado invisiblemente, cuantas se acuerda devotamente del misterio de la encarnacion de nuestro Señor Jesucristo y de su preciosísima pasión y se enciende en su amor. Mas el que no se apareja en otro tiempo sino para la fiesta, ó cuando le fuerza la costumbre, muchas veces se hallará mal aparejado. Bienaventurado el que se ofrece á Dios en entero sacrificio cuantas veces celebra ó comulga. No seas muy prolijo ni acelerado en celebrar, mas guarda una buena manera y confórmate con los de tu conversación, no los enojes, mas sigue

la vía común según la orden de los mayores: y más debes mirar el aprovechamiento de los otros, que tu propia devoción y deseo.

CAPÍTULO XI.

Que el cuerpo de Jesucristo y la sagrada Escriptura son muy necesarios al ánima fiel.

Oh dulcísimo Jesú, cuánta es la dulzura de el ánima devota que come contigo en tu convite, en el cual no se da á comer otra cosa sino á ti, que eres único y solo amado suyo, muy deseado sobre todos los deseos de su corazón! ¡Oh, cuán dulce sería á mí en tu presencia con todas mis entrañas derramar lágrimas y regar con ellas tus sagrados pies como la piadosa Magdalena! Mas ¿dónde está agora esta devoción? ¿Adónde está el copioso derramamiento de lágrimas sanctas? Por cierto, Señor, en tu presencia ɀ de tus sanctos ángeles todo mi corazón se debía encender ɀ llorar de gozo, porque en este sacramento yo te tengo presente verdaderamente, aunque encubierto debajo de otra especie, porque no podrían mis ojos sufrir de mirarte en tu propia ɀ divina claridad, ni todo el mundo podría sufrir el resplandor de la gloria de tu Majestad. Y así en te esconder en el sacramento, has tenido respeto á mi flaqueza. Yo tengo ɀ adoro verdaderamente aquí á quien adoran los ángeles en el cielo: mas yo agora en fe, y ellos en clara vista sin velo. Conviéneme á mí acá contentarme con la lumbre de la fe verdadera ɀ andar en ella hasta que amanezca el día de la claridad eterna ɀ se vayan las sombras de las figuras. Cuando viniere lo que es perfecto, cesará el uso de los sacramentos. Porque los bienaventurados en la gloria celestial no han menester medicina de sacramentos, pues gozan sin fin en la presencia divina, contemplando cara á cara su gloria, y transformados de claridad en claridad en el abismo de la deidad, gustan el Verbo divino encarnado, que fué en el principio ɀ permanesce para siempre. Acordándome destas maravillas, cualquier placer, aunque sea espiritual, se me torna en grave enojo. Porque en tanto que no veo claramente á mi Señor Dios en su gloria, no estimo en nada

cuanto en el mundo veo y oyo. Tú, Dios mío, eres testigo que cosa alguna no me puede consolar, ni criatura alguna dar descanso, sino tú, Dios mío, á quien deseo contemplar eternalmente. Mas esto no se puede hacer en tanto que dura la carne mortal. Por eso conviéneme tener mucha paciencia y subjetarme á ti en todos mis deseos. Porque tus sanctos, que agora gozan contigo en tu reino, cuando en este mundo vivían, esperaban en fe y grande paciencia la venida de tu gloria. Lo que ellos creyeron, creo yo: lo que esperaron, espero: y á donde llegaron finalmente por tu gracia, tengo yo confianza de llegar. En tanto andaré en fe, confortado con los ejemplos de los santos. También tengo sanctos libros, que son para consolación y espejo de la vida, y sobre todo el Cuerpo sanctísimo tuyo por singular remedio y refugio. Yo conozco que tengo grandísima necesidad en esta vida de dos cosas, sin las cuales no la podría sufrir, detenido en la cárcel deste cuerpo, que son mantenimiento y lumbre. Así que me diste como á enfermo tu sagrado Cuerpo para recreación del ánima y del cuerpo, y posiste para guiar mis pasos una candela, que es tu palabra. Sin estas dos cosas yo no podría vivir bien, porque la palabra de tu boca luz es del ánima, y tu sacramento es pan de vida. También éstas se pueden decir dos mesas puestas en el sagrario de la santa Iglesia de una parte y de otra. La una mesa es el sancto altar, donde está el pan sancto, que es el cuerpo preciosísimo de Cristo: la otra es de la ley divina, que contiene la sacra doctrina, y enseña la recta fe, y nos lleva firmemente hasta lo secreto del velo, donde está el Sancto de los sanctos. Gracias te hago, Señor Jesú, luz de la eterna luz, por la mesa de la sancta doctrina que nos administraste por tus sanctos siervos los profetas z apóstoles y por los otros doctores. Gracias te hago, Criador y Redentor de los hombres, que para declarar á todo el mundo tu caridad, aparejaste tu gran cena, en la cual diste á comer, no el cordero figurativo, sino tu sanctísimo cuerpo y sangre, para alegrar á todos los fieles con el sacro convite, embriagándolos con el cáliz de la salud, en el cual están todos los deleites de paraíso, y comen con nosotros los sanctos ángeles, aunque con mayor suavidad. ¡Oh, cuán grande y venerable es el oficio de los sacerdotes, á los cuales es otorgado consagrar al Señor de la Majestad con palabras sanctas, z bendecirlo con sus labios, z tenerlo en sus manos, y recebirlo

con su propria boca, y ministrarlo á otros! ¡Oh, cuán limpias deben estar aquellas manos, cuán pura la boca, cuán sancto el cuerpo, cuán sin mancilla el corazón del sacerdote, donde tantas veces entra el hacedor de la pureza! De la boca del sacerdote no debe salir palabra que no sea sancta, honesta y provechosa, pues tan contino recibe el sacramento de Cristo. Sus ojos han de ser simples y castos, pues miran el cuerpo de Cristo. Las manos han de ser puras y levantadas al cielo por oración, pues suelen tocar al Criador del cielo z de la tierra. Á los sacerdotes especialmente se dice en la ley: Sed sanctos, que yo, vuestro Señor y vuestro Dios, santo soy. Oh Dios todopoderoso, ayúdenos tu gracia para que los que recebimos el oficio sacerdotal, podamos digna z devotamente servirte con buena consciencia en toda pureza. Y si no podemos conversar en tanta inocencia de vida como debemos, otórganos llorar dignamente los males que habemos hecho, porque podamos de aquí adelante servirte con mayor fervor en espíritu de humildad z propósito de buena voluntad.

CAPÍTULO XII.

Que se debe aparejar con grandísima diligencia el que ha de recebir á Jesucristo.

Yo soy amador de pureza y dador de toda sanctidad: yo busco el corazón puro, y allí es el lugar de mi descanso. Aparéjame un palacio grande, bien aderezado, y haré contigo la pascua con mis discípulos. Si quieres que venga á ti y me quede contigo, alimpia de ti la vieja levadura y limpia la morada de tu corazón. Alanza de ti todo el mundo y todo el ruido de los vicios. Asiéntate como pájaro solitario en el tejado, y piensa tus pecados en amargura de tu ánima. Cualquier persona que ama á otra, apareja buen lugar y muy aderezado para la recebir. Porque en esto se conosce el amor del que hospeda al amado. Mas sábete que no puedes complir este aparejo con el mérito de tus obras, aunque un año entero te aparejases z no tratases otra cosa en tu ánima: mas por sola mi piedad y gracia se te permite llegar á mi mesa, como si un pobre fuese llamado á la mesa de

un rico, y no tuviese otra cosa para pagar el beneficio, sino humillándose agradescerlo. Haz lo que es en ti y con mucha diligencia, no por manera de costumbre ni por necesidad: mas con temor y reverencia z amor recibe el cuerpo del Señor Dios tuyo que tiene por bien de venir á ti. Yo soy el que te llamé, yo el que mandé que se hiciese así: yo supliré lo que te falta, ven z recíbeme. Cuando yo te doy gracia de devoción, da gracias á Dios, no porque eres digno, mas porque hobo misericordia de ti. Y si no tienes devoción, z te sientes muy seco, continúa la oración, da gemidos, llama z no ceses hasta que merezcas recebir una migaja ó una gota de saludable gracia. Tú me has menester á mí, que no yo á ti. Ni vienes tú á sanctificarme á mí, mas yo á sanctificarte z mejorarte. Tú vienes para que seas por mi sanctificado z unido comigo, para que recibas nueva gracia z de nuevo te enciendas para mayor perfeción. No desprecies esta gracia, apareja contino con toda diligencia tu corazón, z recibe dentro de ti á tu amado. Y también conviene que te aparejes á la devoción z sosiego no sólo antes de la comunión, mas que te conserves z guardes en ella después de recebido el sanctísimo Sacramento. Ni se debe tener menos guarda después, que el devoto aparejo primero. Porque la buena guarda de después, es muy mejor aparejo para alcanzar otra vez mayor gracia. Que de aquí viene á hacerse el hombre muy indispuesto, por desordenarse z derramarse luego en los placeres exteriores. Guárdate de hablar mucho, y recógete á algún lugar secreto, z goza de tu Dios, pues tienes al que todo el mundo no te puede quitar. Yo soy á quien del todo te debes dar, de manera que ya no vivas más en ti, sino en mí sin ningún cuidado.

CAPÍTULO XIII.

Que el ánima devota con todo su corazón debe desear la unión de Cristo en el sacramento.

SEÑOR, ¿quién me dará que te halle solo, y te abra todo mi corazón, y te goce como mi ánima desea, y que ya ninguno me desprecie, ni criatura alguna me mueva, mas tú solo me hables, z yo á ti, como suele hablar el amado á su amado y con-

versar un amigo con otro? Esto ruego y esto deseo, que sea unido todo á ti, y aparte ya mi corazón de todo lo criado, z por la sacra comunión y por la frecuencia del celebrar aprenda á gustar cosas eternas. Oh Señor Dios mío, ¿cuándo estaré todo unido contigo, y absorto en ti, y del todo olvidado de mí, y que tú seas en mí, z yo, Señor en ti, y que así estemos juntos en uno? Verdaderamente tú eres mi amado, escogido en muchos millares, con el cual desea morar mi ánima todos los días de su vida. Verdaderamente tú eres mi pacífico, en ti está la suma paz z la verdadera holganza, fuera de ti todo es trabajo, z dolor, z miseria infinita. Verdaderamente tú eres Dios escondido, z tu consejo no es con los malos, mas con los humildes y sencillos es tu habla. ¡Oh Señor, cuán suave es tu espíritu, que tienes por bien para mostrar tu dulzura de mantener tus hijos del pan suavísimo que desciende del cielo! Verdaderamente no hay otra nación tan grande que tenga sus dioses tan cerca de sí, como tú, Dios nuestro, estás cerca de todos tus fieles, á los cuales te das para que te coman, z gocen con gozo continuo, y para que levanten su corazón en el cielo. ¿Qué gente hay alguna tan nobilísima como el pueblo cristiano, ó qué criatura hay debajo del cielo tan amada como el ánima devota, á la cual entra Dios á apascentar de su gloriosa carne? ¡Oh inexplicable gracia, oh maravillosa bondad, oh amor sin medida, dado singularmente al hombre! ¿Qué daré yo al Señor por esta gracia z caridad tan grande? No hay cosa que más agradable le pueda yo dar, que es mi corazón todo entero, para que sea á él ayuntado entrañablemente. Entonces se alegrarán todas mis entrañas, cuando mi ánima fuere unida perfectamente á Dios. Entonces me dirá Él: Si tú quieres estar comigo, yo quiero estar contigo. É yo le responderé: Señor, ten por bien de quedarte comigo, que yo de buena voluntad quiero estar contigo. Éste es todo mi deseo, que mi corazón esté unido contigo.

CAPÍTULO XIV.

Del encendido deseo de algunos devotos á la comunión del cuerpo de Cristo.

¡OH Señor, cuán grande es la multitud de tu dulzura, que tienes ascondida para los que te temen! Cuando me acuerdo de algunos devotos á tu sacramento, que llegan á él con gran devoción y afecto, quedo muy confuso y avergonzado en mí, que llego tan tibio z tan frío á tu altar y á la mesa de la sacra comunión, y me hallo tan seco y sin dulzura de corazón, y que no estoy enteramente encendido ante ti, Dios mío, ni soy llevado ni aficionado del vivo amor como fueron muchos devotos, los cuales del gran deseo de la comunión y del amor que sentían en el corazón, no pudieron detener las lágrimas, mas con la boca del corazón y del cuerpo sospiraban con todas sus entrañas á ti, Dios mío, fuente viva, no pudiendo templar ni hartar su hambre de otra manera, sino recibiendo tu cuerpo con toda alegría y deseo espiritual. ¡Oh, verdadera y ardiente fe la de aquéstos, la cual es manifiesta prueba de tu sagrada presencia! Porque éstos verdaderamente conoscen á su Señor en el partir del pan, pues su corazón arde en ellos tan vivamente, porque Jesús anda con ellos. ¡Oh, cuán lejos está de mí muchas veces tal afeción z devoción z tan grande amor y fervor! Seime piadoso, buen Jesú, dulce z benigno. Otorga á este tu pobre mendigo (siquiera alguna vez) sentir en la sacra Comunión una poca de afeción entrañable de tu amor, porque mi fe se haga más fuerte, y la esperanza en tu bondad crezca, y la caridad ya encendida perfectamente con la experiencia del maná celestial nunca desmaye ni cese. Por cierto, Señor, poderosa es tu misericordia para concederme esta gracia tan deseada y visitarme muy piadosamente en espíritu de abrasado amor, cuando tú, Señor, tuvieres por bien de hacerme esta merced. Y aunque yo no estoy con tan encendido deseo como tus especiales devotos, no dejo yo (mediante tu gracia) de desear tener aquellos sus grandes y encendidos deseos, rogando á tu Majestad me haga particionero de todos los fervientes amadores tuyos y me cuente en su sancta compañía.

CAPÍTULO XV.

Que la gracia de la devoción con la humildad y propria renunciación se alcanza.

CONVIÉNETE buscar con diligencia la gracia de la devoción, pedirla sin cesar, esperarla con paciencia y buena confianza, recebirla con alegría, guardarla húmilmente, obrar diligentemente con ella y encomendar á Dios el tiempo y la manera de la soberana visitación hasta que venga. Débeste humillar, especialmente cuando poca ó ninguna devoción sientes de dentro: mas no te caigas del todo, ni te entristezcas demasiadamente. Dios da muchas veces en un momento lo que negó en largo tiempo. También da algunas veces en el fin de la oración lo que al comienzo dilató de dar. Si la gracia de continuo nos fuese otorgada y dada siempre á nuestro querer, no la podría bien sufrir el hombre flaco. Por eso en buena esperanza y humilde paciencia se debe esperar la gracia de la devoción. Y cuando no te es otorgada, ó te fuere quitada secretamente, echa la culpa á ti y á tus pecados. Algunas veces pequeña cosa es la que impide á la gracia y la esconde, si poco se debe decir y no mucho lo que tanto bien estorba. Mas si perfectamente vencieres lo que estorba, sea poco ó sea mucho, ternás lo que pediste. Luego que te dieres á Dios de todo tu corazón, y no buscares esto ni aquello por tu querer, mas del todo te pusieres en Él, hallarte has unido y sosegado: porque no habrá cosa que tan bien te sepa como el buen contentamiento de la divina bondad. Pues cualquiera que levantare su intención á Dios con sencillo corazón y se despojare de todo amor ó desamor desordenado de cualquiera cosa criada, estará muy dispuesto y digno á rescebir la divina gracia, y el don de la devoción. Porque nuestro Señor da su bendición donde halla vasos vacíos. Y cuanto más perfectamente alguno renunciare las cosas bajas y fuere más muerto á sí mismo por el proprio desprecio, tanto más presto viene la gracia, y más copiosamente entra, y más alto levanta el corazón libre. Y entonces verá, y abundará, y maravillarse ha, y ensancharse ha su corazón en sí mismo, porque la mano del Señor es con él, y él se puso del todo en su mano para siempre. Des-

ta manera será bendito el hombre que busca á Dios en todo su corazón, y no ha recebido su ánima en vano. Éste, cuando recibe la sacra Comunión, merece la singular gracia de la divina unión, porque no mira á su propria devoción y consolación, mas á la gloria y honra de Dios.

CAPÍTULO XVI.

Que debemos manifestar á Cristo nuestras necesidades y pedirle su gracia.

Oh dulcísimo y muy amado Señor, á quien yo deseo agora recebir devotamente, tú sabes mi enfermedad, y la necesidad que padezco, y en cuántos males y vicios estoy caído, cuántas veces soy agraviado, tentado, turbado y ensuciado. Á ti vengo por remedio, á ti demando consolación y alivio. Á ti, Señor, que sabes todas las cosas, hablo, á quien son manifiestos todos los secretos de mi corazón, y que solo me puedes consolar y perfectamente ayudar. Tú sabes mejor que ninguno lo que me falta, cuán pobre soy en virtudes: vesme aquí delante de ti, pobre y desnudo, demandando gracia y pidiendo misericordia. Harta, Señor, á este tu hambriento mendigo, enciende mi frialdad con el fuego de tu amor, alumbra mi ceguedad con la claridad de tu presencia, vuélveme todo lo terreno en amargura, todo lo contrario y pesado en paciencia, todo lo criado en menosprecio y olvido. Levanta, Señor, mi corazón á ti en el cielo, y no me dejes vaguear por la tierra. Tú solo, Señor, desde agora me seas dulce para siempre, que tú solo eres mi manjar, mi amor, mi gozo, mi dulzura y todo mi bien. ¡Oh, si me encendieses del todo en tu presencia y me abrasases y trasmudases en ti, para que sea hecho un espíritu contigo por la gracia de la unión interior y por derretimiento de tu abrasado amor! No me consientas, Señor, partirme de ti ayuno y seco, mas obra comigo piadosamente como muchas veces lo has hecho maravillosamente con tus sanctos. ¿Qué maravilla si todo yo estuviese hecho fuego por ti y desfalleciese en mí, pues tú eres fuego que siempre arde y nunca cesa, amor que alimpia los corazones y alumbra los entendimientos?

CAPÍTULO XVII.

Del abrasado amor y de la grande afeción de rescebir á Cristo.

ORACIÓN.

Oh Señor, con suma devoción, con abrasado amor, con todo mi afecto te deseo yo recebir, como muchos sanctos y devotas personas te desearon en la comunión, que te agradaron muy mucho en la sanctidad de su vida y tuvieron devoción ardentísima. ¡Oh Dios mío, amor eterno, todo mi bien, bienaventuranza que no se acaba! Yo te deseo rescebir con muy mayor deseo y muy más digna reverencia que ninguno de los sanctos jamás tuvo ni pudo sentir. Y aunque yo sea indigno de tener todos aquellos sentimientos devotos, mas ofrézcote yo todo el amor de mi corazón muy graciosamente, como si todos aquellos inflamados deseos yo solo tuviese: y aun cuanto puede el ánima piadosa concebir y desear, todo te lo dó y ofrezco con humilísima reverencia y con entrañable fervor. No deseo guardar cosa para mí, sino sacrificarme á mí y á todas mis cosas á ti de muy buen corazón y voluntad. Señor Dios mío, Criador mío, Redemptor mío, con tal afecto, reverencia y loor y honor, con tal agradescimiento, dignidad y amor, con tal fe, esperanza y puridad te deseo recebir hoy, como te recibió y deseó tu sanctísima Madre la gloriosa Vírgen María, cuando al ángel que le dijo el misterio de la Encarnación, con húmil devoción respondió: He aquí la sierva del Señor, hágase á mí según tu palabra. Y como el bendito mensajero tuyo, excelentísimo entre todos los sanctos, Juan Baptista en tu presencia lleno de alegría se gozó con gozo de Espíritu Sancto, estando aun en las entrañas de su madre. É después mirándote cuando andabas entre los hombres, con mucha humildad y devoción decía: El amigo del esposo que está con él y le oye, alégrase con gozo por la voz del esposo. Pues así, Señor, yo deseo ser inflamado de grandes y sacros deseos y presentarme á ti de todo corazón. Por eso, Señor, yo te doy y ofrezco á ti los excesivos gozos de todos los devotos corazones, las vivísimas afeciones, los excesos mentales, las soberanas iluminaciones, las celestiales visiones, con todas las virtudes y loores celebradas y que

se pueden celebrar por toda criatura en el cielo y en la tierra, por mí y por todos mis encomendados, para que seas por todos dignamente loado y para siempre glorificado. Señor Dios mío, recibe mis votos y deseos de te dar infinito loor z complida bendición, los cuales justísimamente te son debidos según la multitud de tu inefable grandeza. Esto te ofrezco hoy, y te deseo ofrescer cada día y cada momento, y convido y ruego con todo mi afecto á todos los espíritus celestiales y á todos tus fieles que te alaben y te den gracias juntamente comigo. Alábente, Señor, todos los pueblos y las generaciones y lenguas, y magnifiquen tu dulcísimo y sancto nombre con grande alegría z inflamada devoción. Merezcan, Señor, hallar gracia y misericordia cerca de ti todos los que devotamente celebran tu sanctísimo Sacramento y con entera fe lo reciben, y cuando hobieren gozado de la devoción z unión deseada, y fueren maravillosamente consolados y recreados, y se partieren de la mesa celestial, yo les ruego que se acuerden de mí pobre pecador.

CAPÍTULO XVIII.

Que no sea el hombre curioso escudriñador del Sacramento, sino humilde imitador de Cristo, humillando su sentido á la sagrada fe.

MIRA que te guardes mucho del escudriñar inútil y curiosamente este profundísimo Sacramento, si no quieres ser sumido en el abismo de las dubdas. El que es escudriñador de la Majestad, será ofuscado y confundido de la gloria. Más puede obrar Dios, que el hombre entender: pero permitida es la piadosa z humilde pesquisa de la verdad, que está siempre aparejada á ser enseñada y estudia de andar por las sanas sentencias de los Padres. Bienaventurada la simpleza que deja las cuestiones dificultosas y va por el camino llano y firme de los mandamientos de Dios. Muchos perdieron la devoción queriendo escudriñar cosas altas. Fe te demandan y buena vida, no alteza de entendimiento ni profundidad de los misterios de Dios. Si no entiendes ni alcanzas las cosas que están debajo de ti, ¿cómo entenderás lo que está sobre ti? Subjétate á Dios y humilla tu seso á la fe,

y darte han lumbre de sciencia, según te fuere útil y necesario. Algunos son gravemente tentados de la fe del Sacramento, y esto no se ha de imputar á ellos sino al enemigo. No te cures ni disputes con tus pensamientos, ni respondas á las dubdas que el diablo te pone. Cree á las palabras de Dios, cree á sus sanctos y profetas, y huirá de ti el enemigo. Muchas veces aprovecha al siervo de Dios que sufra estas cosas: porque el demonio no tienta á los infieles y pecadores, porque ya los posee seguramente, mas tienta y atormenta en diversas maneras á los fieles y devotos. Pues anda con sencilla y cierta fe, y llega al Sacramento con humilde reverencia, y lo que no puedes entender, encomiéndalo seguramente á Dios todopoderoso. Dios no te engaña. El que se cree á sí mismo demasiadamente, es engañado. Dios con los sencillos anda, y se descubre á los humildes, y da entendimiento á los pequeños, abre el sentido á los puros pensamientos y esconde la gracia á los curiosos y soberbios. La razón humana flaca es, y engañarse puede: mas la fe verdadera no puede ser engañada. Toda razón natural debe seguir á la fe, y no ir delante della, ni quebrarla. Porque la fe y el amor aquí muestran mucho su excelencia, y obran secretamente en este sanctísimo y excelentísimo Sacramento. Dios eterno z inmenso y de potencia infinita hace grandes cosas que no se pueden escudriñar en el cielo y en la tierra, y no hay que pesquisar de sus maravillosas obras. Si tales fuesen las obras de Dios, que fácilmente por humana razón se pudiesen entender, no se dirían maravillosas ni inefables.

LAUS DEO.

Á gloria de Jesucristo hace fin el presente tratado, intitulado Contemptus Mundi, agora nuebamente romanzado por muy mejor y más aplacible estilo que solía estar.
Fue visto y examinado por los muy reberendos señores inquisidores y con su licencia y mandado impreso en Sebilla en la emprenta de Juan Cromberger.
Año de M. d.. xxxbi.

ESCALA ESPIRITUAL



LIBRO DE S. JUAN CLÍMACO

LLAMADO

ESCALA ESPIRITUAL

EN EL CUAL SE DESCRIBEN

TREINTA ESCALONES POR DONDE PUEDEN SUBIR

LOS HOMBRES

Á LA CUMBRE DE LA PERFECCIÓN

Floresció este S. Doctor en tiempo de los Emperadores Constante y Constancio. Escribió en lengua griega, mil y tantos años ha: y fué agora tercera vez trasladado en lengua castellana por un Religioso de la orden de S. Domingo.

AÑADIÉRONSELE UNAS BREVES ANOTACIONES
EN LOS PRIMEROS CINCO CAPÍTULOS
PARA LA INTELIGENCIA DELLOS

Véndese en Lisboa en la Rua de los Escuderos
En casa de Ioannes Blavio, impresor.
Año 1562

 Fué examinado este Libro por el R. P. F. Francisco Foreiro, examinador de libros por el Reverendísimo y Serenísimo Cardenal Infante D. Enrique, Inquisidor general en estos Reinos de Portugal, &ce.

A LA MUY ALTA

Y MUY PODEROSA REINA DE PORTUGAL

DOÑA CATALINA

NUESTRA SEÑORA



NTRE los libros que han prevalescido contra la injuria de los tiempos, y nos han quedado de aquella gloriosa antigüedad (que traten del instituto y costumbres de la vida religiosa) dos son, Serenísima Señora, los que entre todos tienen más ilustre nombre: que son las Colaciones de Juan Casiano, y S. Juan Clímaco. El primero de los cuales hasta agora no ha tenido intérprete castellano (habiéndolo tanto menester por estar en latín escuro para los menos latinos, y para que gozasen de tan excelente doctrina muchos religiosos y religiosas que del todo no lo saben) mas el segundo, que es más breve (aunque no menos escuro) ha tenido muchos en diversas lenguas. Porque él fué originalmente escrito en griego, y después fué dos veces trasladado en latín. De las cuales traslaciones la una es antigua y muy escura y bárbara, y la otra es más nueva y muy elegante, hecha por un Ambrosio Camaldulense, que con la misma elegancia trasladó poco ha las obras de S. Dionisio. También ha sido trasladado en lengua toscana y castellana, y en ésta otras dos veces. De las cuales traslaciones la una es también antigua, y tan antigua, que apenas se entiende: y la otra es muy nueva, hecha por un aragonés ó valenciano, la cual no es menos escura y difícil que la pasada, así por la dificultad del libro como por los muchos vocablos que tiene peregrinos y extranjeros, como son Bahorrina, soledumbre, inrobable, y otros tales. Y pareciéndome que bastaría para la inteligencia del libro mudar estos vocablos y aclarar más algunos lugares dél, comencé á hacer esto así. Y siéndome forzado recorrer algunas veces á la fuente del original, hallé que en muchas partes era tan diferente el sentido que daba el intérprete del de la letra del autor, que me fué forzado tomar todo el trabajo de la traslación de nuevo. El cual me fué tan grande, que si al principio lo entendiera, por ventura no me atreviera á él: aunque todo lo doy por bien em-

pleado: porque salga como conviene á luz una obra de tan excelente autor y de tan alta y maravillosa doctrina. Y si alguno fuere de parecer que no se deben poner estos libros en romance (por no tener aquella gracia en la traslación que tienen en su mismo original) á esto se responde que como en todos los monesterios de religiosos y religiosas haya lición ordinaria á la comida y cena en sus refitorios, y en muchas órdenes también en el coro y capítulo á ciertos otros tiempos (como la tienen los P. Augustinos, Franciscos y Bernardos, y otros en estos reinos) asimesmo en la casa de labor en los monesterios de religiosas para cuando trabajan de manos, necesario era haber libros sanctos y devotos en lengua que se pudiese entender para estos propósitos: y ningunos paresce que podían armar mejor para esto que los que escribieron aquellos sanctísimos Padres antiguos, cuya sanctidad y experiencia y doctrina en las cosas de la religión fué tan señalada. Y demás desto puedo aun más fácilmente excusarme, visto cómo yo no hice aquí cosa nueva en trasladar este libro: porque ya él estaba de muchos días antes y más agora trasladado: sino lo que estaba en escuro y perplejo estilo, ponerlo en fácil, fiel y llano para que se pudiese entender.

Este trabajo (cualquiera que él haya sido) quise ofrecer á V. A. Porque demás de ser suyas todas las cosas de nuestra Orden y Religión (pues con su Real prudencia y magnificencia es sustentada) también entendí que no le venía esta escritura fuera de su religiosísimo y sancto propósito. Porque así como se lee del B. S. Martín que de tal manera hinchía la dignidad de obispo, que no por eso desamparaba el propósito de monje, así V. A. por la piedad y clemencia de nuestro Señor, de tal manera cumple con las obligaciones del estado de reina, que no deja de tener espíritu y costumbres de más que religiosa: como se lee también de aquella B. virgen Cecilia, que andando por defuera vestida de brocado, traía junto á las carnes un cilicio. Reciba pues V. A. con su acostumbrada serenidad este pequeño presente: para que cuando alguna vez fuere á los monesterios de la Madre de Dios, ó de la Esperanza, á respirar con Dios de los trabajos continuos del gobierno, tenga con que recrear algún tanto su espíritu con la lición deste divino libro. Cuya muy alta y poderosa persona y estado nuestro Señor amplifique y engrandezca con perpetuos favores del cielo.

AL CRISTIANO LECTOR

Entre cuatro escalones de que S. Bernardo arma una escala espiritual por donde los verdaderos religiosos suben á la cumbre de la perfección, el primero es la lición, el segundo la meditación, el tercero la oración y el cuarto la contemplación, á quien se ordenan todos estotros. Los cuales grados de tal manera están entre sí trabados que el primero dispone para el segundo, y el segundo para el tercero, y el tercero para el cuarto. Porque la lición da materia de meditación, y la meditación (cuando se enciende) despierta la oración, y la oración perfecta viene á parar en contemplación, donde el ánima olvidada de todas las cosas y de sí misma, dulcemente reposa y se adormesce en Dios. Por aquí pues se ve que la lición es como simiente y principio de todos los otros grados y la que señaladamente es pasto y mantenimiento del ánima, recogimiento del corazón y despertadora de la devoción: porque éstos son oficios proprios de la palabra de Dios. Pues como la lición por estos y por otros fines deba ser tan familiar y cuotidiana al verdadero religioso, no sé si para esto se pudiera hallar más conveniente lectura que la deste bienaventurado Padre que tan alta y divinamente trató en este libro del instituto y costumbres de la vida religiosa. Porque para tratar estas materias lo que principalmente se requiere es sanctidad y experiencia de las cosas espirituales: porque ésta es la que señaladamente hace á los hombres sabios en esta doctrina, como dijo el Profeta: Por tus mandamientos, Señor, entendí: queriendo por aquí significar que el ejercicio y cumplimiento de los mandamientos de Dios era el principal maestro desta celestial filosofía. El cual magisterio no faltó á este glorioso Padre, que después de haber vivido deciocho años debajo de la obediencia de un sancto viejo, estuvo cuarenta en la soledad, perseverando en continuos ayunos, oraciones y ejercicios de virtudes, viviendo vida más que

humana. Por donde las palabras de su doctrina no las ha de tomar el que las lee como de puro hombre, sino como de un órgano vivo del Espíritu Sancto, y como de quien lleno deste Espíritu escribe con la pluma lo que Dios había primero escrito en su ánima. Tiene también otra cosa esta celestial doctrina, que va toda ella en sus lugares sembrada y confirmada con diversos ejemplos de aquellos sanctos Padres que en su tiempo florescieron, y así también con algunos insignes miraglos, muchos de los cuales el mismo sancto que los refiere, vió con sus propios ojos. Con lo cual recrea por una parte suavísimamente al lector con la variedad y dulzura de la historia, y por otra con esto nos representa aquella edad dorada y aquel siglo bienaventurado en que florescieron aquellos gloriosísimos Padres, dignos de eterna memoria: que fueron los Paulos, Antonios, Hilariones, Macarios, Arsenios y otros ilustrísimos varones que vivían por aquellos desiertos de Egipto, Tebas y Escitia, unos apartados en soledad, y otros presidiendo á grandes compañías y enjambres de monjes que estaban derramados por todos aquellos desiertos, viviendo vida de ángeles en la tierra. Con cuyos ejemplos humilla nuestra soberbia, y confunde nuestra presumpción, y declarándonos el estado de la verdadera y perfecta religión que entonces había, nos avergüenza y da á entender la pobreza en que agora habemos quedado. Abunda otrosí en maravillosas semejanzas y comparaciones: porque como hombre espiritual y divino todas las cosas que veía espiritualizaba en su ánima, y de todas las flores hacía panares de miel con que la apascentaba. Lo cual se podrá ver en todo el discurso del libro, y señaladamente en una recapitulación que hace después del capítulo de la discrición. Declara también infinitas maneras de lazos, tentaciones, engaños y artes de nuestros enemigos, como hombre muy experimentado en esta guerra espiritual: y así también nos provee de remedios competentes para todo esto. Pero en lo que más admirable se muestra es en las difiniciones que hace de vicios y virtudes, como es de la caridad, humildad, castidad, obediencia, silencio, ayuno, oración, &c. y por el contrario de la soberbia, vanagloria, avaricia, y de otros vicios tales: donde con tanta brevedad y elegancia pinta todas las condiciones y propriedades del vicio y de la virtud, que ni para conoscer la naturaleza destas cosas, ni para la alabanza ó condenación

dellas parece que se podía más desear. Y no es menos admirable en declarar la causalidad y dependencia que hay entre unos vicios y otros, y asimismo entre unas virtudes y otras, que es una principal parte de la doctrina moral. Porque así como el principal oficio de las otras sciencias es declarar las causas de las cosas, así también lo es muy principal en esta sciencia divina: porque entendidos muy bien los vicios que acarrea tras sí un vicio, y las virtudes que pare una virtud, luego se mueve el hombre más á amar lo uno y aborrescer lo otro, por la fecundidad de bienes ó males que cada cosa déstas trae consigo. Lo cual hace este sancto con una singular gracia: porque al fin de cada capítulo (donde esto comunmente se trata) suele prender el vicio, y ponerlo á quistión de tormento, y allí le hace confesar toda su genealogía y parentela: esto es, quién es su padre, y quién su madre, quién sus hijos y hijas, y quién sus enemigos y contrarios, y quién finalmente los que le hacen la guerra y le cortan la cabeza. Y por esta causa se llama el libro Escala Espiritual, por la orden y consecuencia con que en él se trata así de los vicios como de las virtudes. Y el mismo autor por esta causa meresció este renombre de Clímaco, que en griego se deriva de un nombre que quiere decir escala, por haber él ordenado y trazado tan altamente toda la escritura con esta orden y consecuencia de grados espirituales, comenzando por el primero (que es la renunciación del mundo) y acabando en el postrero, que es de las tres virtudes teologales, y de las virtudes heroicas, que son de los ánimos ya purgados que están en el postrer grado de la perfección. Hace también mucho hincapié en la mortificación de las pasiones y apetitos (que es una de las principales cosas que en esta doctrina se debe mucho encomendar) porque la naturaleza humana como es enemiga del trabajo y amiga del regalo (cuando se quiere dar á la virtud) ándase tras de las florecicas y leche de la devoción y de los gustos de Dios, hurtando el cuerpo al trabajo de las virtudes y ejercicios de la mortificación: siendo esto fin de lo otro, porque para esto señaladamente se ha de procurar la devoción, para acabar por ella el negocio de la mortificación, y la victoria de nuestra propria voluntad, para que así se dé lugar á la divina. Y carga tanto la mano en esto (como sea cosa tan principal) que á algunos paresció demasiado, por figurárseles que quería hacer un hombre medio

estoico y del todo sin pasiones. Mas no es así: porque él hace proprios capítulos de espirituales y sanctos afectos: como es el llanto, el dolor, y el temor, y el amor, y el gozo espiritual, y otros sanctos afectos: encomendando los buenos y desterrando los malos, y espiritualizando y sanctificando los indiferentes. Y aunque esto sea así, todavía se tuvo respeto en la traslación de interpretar los pasos en que esto se trata, de tal manera que no tenga nadie motivo para errar ni presumir esto dél. Puesto caso que es común estilo de los Doctores (cuando quieren sacar los hombres de un extremo á que están muy inclinados) doblarlos fuertemente hacia el otro, para que así queden en un medio. Y para todas estas cosas no falta á nuestro autor elocuencia enseñada más por el Espíritu Sancto que por industria humana: como lo puede ver el discreto lector en mil maneras de metáforas, epítetos y figuras de que usa: y asimismo en muchos afectos suavísimos que entremete en la doctrina, no inventados por arte, sino nascidos del ímpetu interior y gusto del espíritu, que es la verdadera y natural elocuencia que el arte pretende imitar. Y esto aun se paresce más claro en el capítulo quinto donde habla de la penitencia: en el cual describe las penitencias y asperezas que hacían los monjes sanctísimos de un monesterio llamado Cárcel que él vió: las cuales describe y explica con tan grandes afectos y con tanta elocuencia cuanta ningún orador del mundo pudiera explicar. Y porque algunos flacos pudieran desmayar ó temer demasiadamente, considerada la grandeza y rigor de las penitencias que aquí se cuentan, por eso al cabo del capítulo se añadió una anotación, para allanar esto y enseñar el uso desta doctrina que sirve no para desmayar los corazones, sino para ver cuán admirable es Dios en sus sanctos, y para humillar y confundir toda nuestra presumpción y soberbia con los ejemplos dellos. Y para los tiempos en que agora estamos no sé si se pudiera hallar doctrina más conveniente, donde tan de callada se confundan todas las blasfemias y locuras de los herejes. Porque si es verdad que toda la sabiduría es de Dios, y que Él es (como dice Daniel) el maestro y emendador de los sabios, claro está de ver cuánto más cerca estaba el espíritu deste Señor de enseñar un hombre que después de deciocho años de obediencia vivió cuarenta en soledad vida de ángel, que á unos brutos animales que ninguna otra cosa hacen sino comer y be-

ber, ni supieron en toda la vida qué cosa era ayunar un día, ni estar una noche con Dios en oración. Pues este divino filósofo, lleno desta sabiduría celestial aprehendida en parte deste espíritu y en parte de los dichos y hechos de aquellos ilustrísimos y sanctísimos Padres antiguos, ninguna otra cosa saca por la boca sino gemidos, trabajos, lágrimas, vigilias, ayunos, oraciones, penitencias, obediencia, subjeción, cantar psalmos, sufrimiento de injurias, maceración de la carne, abnegación de sí mismo, mortificación de pasiones, imitación de Cristo, castidad, religión, silencio, continencia, limosna: añadiendo siempre trabajos á trabajos, y obras á obras, y enseñando desta manera á amar, creer y confiar en Dios. Ésta es la filosofía que el Espíritu Sancto enseña á los suyos, y la que profesaron y enseñaron todos los sanctos: lo contrario de la cual dogmatiza la filosofía de la carne, del demonio y del mundo.

Pues por dar parte de todos estos bienes al cristiano lector, tomé yo este pedazo de trabajo en la traslación deste libro: la cual (como dije) hallé mucho más dificultosa de lo que pensaba. Lo uno por la variedad de las traslaciones: donde muchas veces era necesario oídas las partes examinar y ponderar el sentido más conforme á la intención del autor, y lo otro porque nuestro autor fué grande amigo de brevedad, ó porque eran muy sabios y experimentados aquéllos á quien él escribía, ó por ser él (como paresce) grande amigo del silencio: y así ya que fué compelido á hablar, paresce que estudió en hablar lo menos que fuese posible. De donde nasce que algunas veces propone cuestiones y no las responde: otras propone comparaciones y no las aplica, y así las deja como alegorías ó enigmas. Otras veces por una sentencia contraria quiere que se entienda la otra sin explicarla, y otras también corta el hilo de la razón, y deja la sentencia suspensa al juicio del lector. Por las cuales causas con la mucha brevedad se hace escuro y profundo: por donde muchas veces dejando el oficio de intérprete, lo tomo de parafraste, extendiendo la brevedad para explicación de la sentencia. Y así como en estos lugares añado palabras y cláusulas, así en otros las quito, por ser de cosas que no convienen para el pueblo rudo: porque con este recaudo se deben trasladar los libros en romance, dejando en su original para los sabios lo que no conviene al pueblo común: para que así pueda la gente vulgar leer la buena doctrina con mucho provecho

y sin ningún peligro. Aunque esto no lo hice más que en dos ó tres lugares. Y con todas estas diligencias no osaré afirmar que en todo acerté en la traslación, antes sospecho de mí que en muchas erré, y en muchas más errara, si no me ayudaran los Comentarios de Dionisio Cartujano, varón doctísimo y religiosísimo, que entre otros infinitos trabajos de escrituras suyas tomó también este de glosar este libro, por la grande utilidad y profundidad que en él halló: porque así lo intitula él en una de sus escrituras, llamándolo aquel grande, profundo y devoto Clímaco. Y por cierto no fuera mal empleado el trabajo en hacer algunas notaciones sobre él: lo cual yo hice brevemente en los primeros cinco Capítulos, para declarar el estilo y intención del autor. Y por esta causa conviene que el lector le lea con toda atención y pondere muchas veces sus sentencias: porque algunas veces debajo de breves palabras comprehende grandes avisos. Como cuando dice que en la oración debe estar el hombre ante Dios como el reo sentenciado á muerte delante del juez. Y asimismo que el aparejo más conveniente que hay para la oración, es tener perpetua oración, que es traer el corazón siempre recogido y devoto en cuanto nos sea posible: porque en estas dos sentencias se contienen los dos mayores avisos que en esta materia se pudieran dar. Y si alguno quisiere en pocas palabras saber el intento de nuestro autor en este libro, sepa que así como Tulio y Quintiliano quisieron en ciertos libros suyos formar un perfecto orador, así él pretende formar aquí un perfecto religioso, y tal, que viviendo en la carne, viva como si estuviese fuera della, según escribe S. Hierónimo á Eustoquio. Éste es el fin de toda esta escritura (como al principio y fin della se declara) y á esto se ordena todo lo demás.

COMIENZA LA VIDA

DEL BIENAVENTURADO PADRE S. JUAN CLÍMACO.

CUÁL haya sido la cibdad de donde fué natural este devoto varón, y dónde se haya criado antes que entrase en la gloriosa milicia de su profesión, no se sabe de cierto: mas cuál sea la que agora lo posee y apascienta con eternos y inmortales deleites, mucho ante de nos lo declaró el apóstol S. Pablo. Porque él es cibdadano de aquella celestial Hierusalem, donde está la compañía de aquellos bienaventurados moradores que gozaron de las primicias de la gracia: cuya conversación dice él que es en los cielos: donde con ojos purísimos y libres de toda materia y tiniebla contempla aquella invisible hermosura y recibe el premio glorioso de sus trabajos. Porque gozando de la heredad del reino celestial, para siempre se alegrará y cantará con aquéllos cuyos pies estuvieron siempre fijos en la senda de la virtud. Mas de qué manera y por qué medios haya él alcanzado esta corona, declararlo hemos agora brevemente.

Siendo este santo varón mozo de deceséis años se ofresció á Cristo en sacrificio sancto y agradable, recibiendo sobre sí el yugo de la vida monástica en un monasterio que estaba en el monte Sinaí, pretendiendo en esto que el mismo nombre y condición del lugar visible despertase su corazón, y levantase sus ojos á la contemplación de Dios invisible, y le convidase á ir á Él. Desta manera desterrándose y alejándose de su patria y amando la peregrinación (que es maestra de las doncellas espirituales, que son las ánimas de los que comienzan á servir á Dios) y despidiendo de su corazón toda vana estimación y confianza de sí mismo, y abrazando la sancta humildad, venció perfectamente aquel demonio que trabaja por hacer que nos tengamos en algo y confiemos en nosotros mismos. Y por otra parte inclinando la cerviz, y fiándose de Dios, y subjectándose perfectamente al padre espiritual (á quien se entregó como á un sabio piloto) pasó sin peligro por las grandes y bravas ondas desta vida mortal. Y aprovechando cada día más en este estado,

vino á estar en tanto grado muerto al mundo y á todas sus proprias voluntades, que parescía tener un ánima del todo desnuda del proprio parescer y propria voluntad. Lo cual en él era aun más de maravillar, por haber sido antes en el mundo enseñado en las sciencias seculares: porque la soberbia y hinchazón de la humana filosofía suele comúnmente apartar de la humildad y subjección de Cristo. Desta manera conversó por espacio de decinueve años hecho un perfectísimo dechado de obediencia y subjección, hasta que fallesció el sancto Padre que lo tenía á cargo. En cuyas oraciones (como en unas potentísimas armas) confiado, se pasó al estudio y profesión de la vida solitaria. Para lo cual escogió un lugar llamado Tola, que estaba cinco millas de una iglesia: en el cual perseveró constantemente por espacio de cuarenta años con grande alegría y fervor de su espíritu. Mas ¿quién podrá con palabras y dignas alabanzas explicar lo que allí pasó en este tan largo espacio? Porque ¿cómo se podía explicar y sacar á luz lo que allí padesció á solas y sin testigos? Pero de algunas cosas pequeñas y como primicias de su vida podremos entender algo del instituto della.

Primeramente (cuanto á la manera de su abstinencia) comía de todas las cosas que según estilo de su profesión era lícito comer: pero de todo poco: porque comiendo de todo, huyese la nota de la singularidad y vanagloria, y comiendo poco venciese la furiosa rabia de la gula, hablando muchas veces con ella y diciéndole: calla, calla. Mas con la soledad y con el poco trato y compañía de los hombres de tal manera apagó la llama de la lujuria, que ya no le daba pena ni molestia. La avaricia (que el Apóstol llama idolatría) venció con la largueza y misericordia para con los otros, y con la escaseza de las cosas necesarias para consigo: porque contentándose con lo poco, no tenía necesidad de cobdiciar lo mucho: que es proprio desta pestilencia. La accidia y pereza (que con razón se puede llamar una perpetua muerte ó amortiguamiento del ánima) venció con la memoria de la muerte y con los ejercicios continuos de piedad. Mas la tiranía de la ira había él ya degollado con el cuchillo de la obediencia. Pues ¿qué diré de la victoria del mayor de los vicios (que es la soberbia) la cual este nuevo Beseleel comenzó á vencer con la mansedumbre de la obediencia? Mas acabó la victoria con su presencia el Señor de aquella celestial Hierusalem, levantando contra ella la virtud de la humildad,

sin la cual ni es posible vencer al príncipe deste mundo, ni á la flota de vicios que trae consigo. Pues ¿en cuál parte desta celestial corona pondré la abundancia de sus lágrimas? Rara cosa es ésta por cierto, y que en muy pocos se halla. De las cuales queda hoy en día una secreta oficina (que es una cueva al lado de una montaña á la raíz de un monte situada) tan apartada de cualquier otra celda, cuanto bastase para cerrar las puertas y oídos al vicio de la vanagloria. Allí levantaba las voces al cielo con tan grandes gemidos, sospiros y clamores, cuanto lo suelen hacer los que reciben cauterios de fuego y otras medicinas tales: tomando tanta cuantidad de sueño cuanta bastaba para conservar la substancia del entendimiento, para que no desfallesciese con la demasía de las vigilias. Antes que tomase el sueño tenía por costumbre vacar á la oración, y á veces escribir algunos librillos: con la cual obra despedía de sí la mortandad de la accidia. Pero todo el curso de su vida era perpetua oración y un continuo ejercicio en el amor de Dios. Al cual mirando día y noche en el espejo purísimo de su ánima llena de castidad, no quería tomar jamás hartura deste manjar, ó (por mejor decir) no podía. Un religioso llamado Moisés, que era de los que profesaban vida solitaria, deseando imitar la vida deste sancto varón, y aprender dél el A. B. C. de la celestial filosofía, y vivir debajo de su corrección y disciplina, echó á muchos de aquellos sanctos Padres por rogadores y pidió con grande constancia le quisiese tomar por su discípulo. Ayudado pues de tales intercesores, fué recibido por tal, según que lo había deseado. Después ya de recibido, mandóle una vez el sancto varón que de cierto lugar trajese un poco de buena tierra para echar en un huerto de poco suelo. Yendo pues el discípulo á hacer lo que el maestro le mandaba, y entendiendo en ello con diligencia, llegado el medio día (como hiciese gran calor, porque era el mes de Agosto) fatigado del trabajo, acordó tomar un poco de reposo á la sombra de una grande peña que allí estaba. Mas aquel clementísimo Señor que tan especial cuidado tiene de sus fieles siervos, corriendo un gran peligro el sobredicho Moisés, le socorrió desta manera. Estando este bienaventurado Padre en su celda haciendo lo que siempre solía (que era vacar á sí y á Dios) cayó en él un sueño delicado, y vió en visión una persona de un rostro y hábito venerable, que le reprehendía de su sueño y le decía: ¿Tú estás así seguramente durmiendo y Moisés tu dis-

cípulo está en peligro? Despertando pues á gran priesa del sueño, luego se armó con la oración, rogando atentísimamente por el discípulo. Al cual (volviendo aquel día en la tarde) preguntó si le había acaescido algo. Y él respondió que se había visto en peligro de que una piedra grandísima cayese sobre él, estando debajo della durmiendo, y le hiciese pedazos: si no fuera porque estando así le paresció que había oído su voz que le despertaba: con la cual lleno de temor diera un salto y escapara del peligro. Y esto hecho viera luego la piedra arrancarse de lo alto y caer en tierra. Lo cual oído por el varón de Dios, que era verdadero humilde de corazón, ninguna cosa le dijo de lo que él había visto en su visión: aunque por otra parte con secretos clamores y voces de ardentísima caridad cantaba himnos á Dios y le daba gracias por este beneficio. Era también este sancto varón médico de secretas llagas. Porque había en aquellos tiempos un monje que se llamaba Isaac: el cual como se viese arder con el fuego de una tentación carnal, vino á él á gran priesa, cercado de mucha tristeza y dolor: y descubrióle con muchas lágrimas y gemidos la secreta herida que traía. De cuya fe y humildad maravillado el varón de Dios, blandamente lo consoló con estas palabras: Estemos (dice) ambos, hijo mío, en oración, y el Señor que es misericordioso y clemente, no despreciará nuestros ruegos. Y como esto hiciesen, aun no estando acabada la oración, y estando aun el religioso enfermo en tierra postrado, hizo el Señor la voluntad de su siervo, para que por aquí se viese haber dicho verdad su profeta. Y así aquella mala serpiente de la carne huyó, castigada con el azote de la atentísima oración. Mas el religioso que hasta entonces estaba enfermo, viéndose libre de la enfermedad y curado de tan extraña pasión, quedó atónito y espantado, y dió muchas gracias á Dios y á su grande siervo.

Y como un tiempo este Padre venerable comenzase á apascentar las ánimas de los que á él venían con el pasto de la palabra de Dios, y les diese á beber largamente del río de la sabiduría divina, ciertos émulos inflamados con el fuego de la envidia procuraron de estorbar este fructo que de su doctrina se seguía, diciendo dél que era un parlero y hablador. Pues oyendo esto él, y pudiendo todas las cosas en virtud de aquel Señor que lo confortaba, y queriendo enseñar á los que por causa de edificación á él venían, no sólo con palabras sino mucho más con silencio y ejemplo de

paciencia, y deseando (á imitación del Apóstol) quitar la ocasión de calumniar á los que la buscan, determinó de callar hasta cierto tiempo, y detener la corriente de aquella doctrina celestial: teniendo por mejor que los amadores de la virtud padesciesen este poco de detrimento (á los cuales aprovecharía más con el ejemplo de su silencio) que provocar la ira de aquellos ingratos y malos jueces: para que su malicia y malquerencia no pasase más adelante. Por donde los mismos émulos maravillados desta tan grande humildad y modestia, y viendo cómo había cerrado la fuente de aquella pública utilidad, y sido causa de tan grande daño, ellos mismos compungidos de lo hecho, vinieron con toda humildad juntamente con los otros á pedirle el acostumbrado pasto de su doctrina. Lo cual él les otorgó benignamente: y así tornó á proseguir lo comenzado. Pues como resplandesciese desta manera en todo género de virtudes, y no se hallase otro semejante á él, vinieron todos los monjes del monesterio del monte Sinaí con un mismo afecto y deseo como á otro nuevo Moisén enseñador de la divina ley, contra toda su voluntad le entregaron el magisterio y regimiento de aquel monesterio, levantando la candela sobre el candelero de la presidencia, para que alumbrase á todos: en lo cual no fueron engañados ni defraudados de su esperanza. Y así subió él también allí al monte como otro Moisén, y entrando en aquella sagrada niebla, recibió la ley escrita de las manos de Dios, gozando primero de su contemplación: y subiendo por los escalones de las intelectuales virtudes, abrió su boca á la palabra de Dios, y atrayendo á sí el espíritu, sacó á luz del tesoro de su corazón palabras de vida. Desta manera llegó al fin desta jornada en la presencia de los verdaderos israelitas (que son los monjes) como otro Moisén: sino que difiere dél en que entró en la tierra de promisión y subió á la celestial Hierusalem, lo cual al otro no fué concedido. Testigos de esto son todos los que por él se han aprovechado de las palabras del Espíritu Sancto y de su gracia: muchos de los cuales por su doctrina han sido salvos, y hoy día se salvan. Testigo también nuestro Padre Juan, abad del monesterio de Raitu, por cuyos ruegos este sancto varón descendiendo del Monte Sinaí (como otro nuevo contemplador de Dios) nos trajo estas tablas escritas con el dedo de su espíritu: las cuales por defuera contienen los documentos y reglas de la vida activa, y por de déntro los de la contemplativa.

CARTA DE JUAN

ABAD DEL MONESTERIO DE RAITU

AL BIENAVENTURADO SANT JUAN CLÍMACO

ABAD DEL MONESTERIO DEL MONTE SINAÍ

Al admirable varón, igual á los ángeles, padre de padres, y doctor excelente, Juan, abad del monesterio del monte Sinaí: Juan pecador, abad del monesterio de Raitu, salud en el Señor.

CONOSCIENDO nos (que tan apartados estamos de la perfección) oh venerable Padre, la singular y perfecta obediencia, que no sabe examinar lo que se manda (especialmente en las cosas que son conformes al talento que Dios os ha dado) determinamos de suplicaros y poner por obra aquel mandamiento del profeta, que dice: Pregunta á tu padre, y él te enseñará: y á los ancianos, y ellos te responderán. Por lo cual todos por esta carta postrados ante vos y ante la cumbre de vuestras virtudes, os suplicamos que como común padre de todos y como el más anciano en la lucha de los espirituales trabajos y más aventajado en agudeza de entendimiento y en la perfeción de todas las virtudes, tengáis por bien escribir á nosotros rudos y ignorantes las cosas que en la contemplación divina como otro Moisén en este mismo monte vistes, y de ahí nos queráis traer las tablas divinamente escritas: quiero decir, una doctrina que propongáis al nuevo Israel, conviene saber, á aquéllos que entera y perfectamente han salido del Egipto espiritual y del mar tempestuoso deste mundo. Y de la manera que con esta divina lengua (así como con otra vara) hecistes maravillas en ese mar, así agora inclinado por nuestros ruegos, nos queráis diligentemente enseñar las cosas en que consiste la perfección de la

vida monástica, como sumo maestro della, para consolación de todos aquéllos que esta celestial y sancta manera de vida han escogido. Y no querría que pensásedes haber nos dicho esto por vía de lisonja: porque bien sabéis vos, oh sancto varón, cuán lejos está todo género de lisonjas de nuestro propósito y instituto de vida, antes decimos en esto lo que todos clarísimamente ven, entienden y dicen: y por tanto confiamos en el Señor que recibiremos en breve las letras esculpidas en estas tablas: con las cuales derechamente sean guiados los que sin error desean caminar: y con ellas nos hagáis una escalera que llegue hasta las puertas del cielo: la cual ligeramente lleve sanos y salvos todos los que por ella quisieran subir, sin que las espirituales malicias y los gobernadores de las tinieblas deste mundo y príncipes deste aire sean parte para impedirles esta subida. Porque si aquel sancto patriarca Jacob siendo pastor de ovejas vió en una visión aquella escalera tan terrible que llegaba hasta el cielo, con mucha mayor razón el maestro de las racionales ovejas no solamente verá, mas también armará esta escalera, que nos haga seguro el camino para Dios y libre de todo error. Sea Dios siempre con vos, amantísimo y muy venerable Padre.

RESPUESTA DE SANT JUAN CLÍMACO

Á LA SOBREDICHA CARTA.

RECIBÍ, sancto varón, vuestra venerable carta, no menos conveniente á vuestra honestidad y vida religiosa, que á vuestro humilde y limpio corazón: la cual enviastes á este pobre y falto de virtudes: aunque mejor la podré llamar precepto y mandamiento que excedía nuestras fuerzas. Porque vuestro era por cierto, vuestro y de tal ánima como la vuestra, pedir á nos rudos y así en palabras como en obras ignorantísimos reglas de doctrina y virtud: porque siempre tuvistes por estilo proponer á vos mismo por ejemplo de humildad. Mas con todo esto, nos (para confesar la verdad) nunca osáramos acometer esto que excedía nuestras fuerzas, si no nos compeliera el miedo y peligro grande de sacudir de nos el yugo de la sancta obediencia, que es madre de las virtudes. Porque mejor fuera, oh admirable Padre, que procuráradesla información destas cosas de otros más ejercitados: porque nos todavía debemos ser contados en la orden de los principiantes. Mas porque nuestros sanctos Padres, maestros de la verdadera sabiduría, dicen que la verdadera y pura obediencia consiste en el cumplimiento de las cosas que exceden las fuerzas del hombre, sin deslindar lo que mandan nuestros mayores, por tanto olvidado de mi flaqueza, vine á acometer osadamente lo que es sobre mis fuerzas: no porque piense decir algo que á vos haya de aprovechar, ó que vos no sepáis mucho mejor que nos. Porque yo muy persuadido estoy, y así lo estarán todos los varones prudentes, que los ojos purísimos de vuestra ánima (que tan libres están de todas las tinieblas y polvos de las perturbaciones humanas, que causan las tinieblas del entendimiento) sin ningún obstáculo ni impedimento ven la divina luz, y por ella son esclarescidos y enseñados. Mas con todo esto temiendo (como dije) la muerte de la desobediencia, y compelido deste miedo á obedescer, juntándose también con este miedo el deseo de cumplir vuestro sancto mandamiento, como grato, obediente y hijo inútil de un sabio pintor, determiné hacer

este debujo, ó (por mejor decir) borrón, y delinear con mi poco saber las reglas y documentos de la vida espiritual, remitiendo á vos (como á tan gran maestro) añadir los colores, y cumplir las faltas que hubiere, y tratar más claramente lo que yo no supe explicar. Mas este nuestro trabajo no lo enviamos á vos, pensando que os haya de ser para algo provechoso (ni nunca Dios quiera que esto pensemos, porque esto sería extremada locura: pues vos sois bastante por virtud de Cristo para enseñar no solamente á los otros sino también á nosotros, así con palabras, como por ejemplos de virtud) mas enviámoslo á esa sancta congregación: la cual juntamente comigo es por vos instituída: con cuyas oraciones como con unas espirituales manos aliviado del peso de mi ignorancia, quiero ya comenzar á extender las velas de mi pluma, entregando á Cristo como á perfectísimo piloto el leme de su palabra: y confiado en este socorro y en vuestro mandamiento, daré principio á esta doctrina. Y ruego á todos aquéllos á cuyas manos este libro viniére, que si en él hallaren alguna cosa provechosa, entiendan ser deste tan excelente preceptor, y á él se la agradezcan, y á nosotros paguen con oraciones, suplicando al Señor nos dé el premio de solo este acometimiento no mirando á las cosas que decimos (porque á la verdad son bajísimas y llenas de ignorancia y simplicidad) sino solamente al propósito y alegría con que esto les ofrescemos, imitando la devoción y promptitud de aquella viuda del Evangelio, que aunque no ofresció mucho, ofresció con mucha voluntad esto que tuvo. Porque no mira Dios tanto á la muchedumbre de las ofrendas y de los trabajos, cuanto al alegría del propósito y fervor de la voluntad.



SÍGUESE

EL TRATADO LLAMADO

ESCALA ESPIRITUAL

COMPUESTO

POR EL B. S. JUAN CLÍMACO

CAPÍTULO Y ESCALÓN PRIMERO

De la renunciación y menosprecio del mundo.

CONVENIENTÍSIMA cosa es que comenzando á instituir á los siervos de Dios, hagamos principio de nuestra oración del mismo Dios, el cual como sea de infinita y incomprehensible bondad, tuvo por bien de honrar todas las criaturas racionales, que Él crió con dignidad de libre albedrío: entre las cuales unas se pueden llamar suyas, otras fieles y legítimos siervos, otras del todo punto inútiles, otras extranjeros y apartados dél, otras enemigos y adversarios suyos, aunque flacos. Amigos de Dios pensamos nos rudos y ignorantes, oh sancto varón, que propriamente se llaman aquellas intelectuales y espirituales substancias que moran con Él. Siervos fieles son aquéllos que sin pereza y sin cansansio obedescen á su sanctísima voluntad. Siervos inútiles son aquéllos que después de haber sido lavados con el agua del sancto baptismo, no guardan lo que en él asentaron y capitularon. Extranjeros y enemigos son aquéllos que están arredrados de su sancta fe. Adversarios y enemigos son los que no contentos con haber sacudido de sí el yugo de la ley de Dios, persiguen con todas sus fuerzas á los que procuran de guardarla. Y dado caso que cada linaje destas personas requería especial tratado, mas no hace á nuestro propósito tratar agora de cada una dellas, sino solamente de aquéllos que justamente merescen ser llamados fidelísimos siervos de Dios, los

cuales con la fuerza potentísima de la caridad nos necesitaron á tomar esta carga, por cuya obediencia (sin más examinar) extenderemos nuestra ruda mano, y tomando de la suya la pluma de la palabra divina, mojarla hemos en la tinta de la escura aunque clara humildad, y con ella escribiremos en sus blandos y humildes corazones como en unas cartas, ó (por mejor decir) como en unas espirituales tablas, las palabras de Dios: para lo cual tomaremos este principio.

Primeramente presupongamos que á todas las criaturas que tienen voluntad y libre albedrío se les ofresce y propone Dios por verdadera vida y verdadera salud, sean fieles ó infieles, justos ó injustos, religiosos ó irreligiosos, viciosos ó virtuosos, seculares ó monjes, sabios ó ignorantes, sanos ó enfermos, mozos ó viejos: y esto no de otra manera que la comunicación de la luz, y la vista del sol, y la comunicación de los tiempos se ofrescen igualmente á todos sin acepción de personas. Y comenzando por las difiniciones de algunos destos vocábulos que más hacen á nuestro propósito, decimos que irreligioso es criatura racional y mortal que por su propria voluntad huye la vida: la cual de tal manera trata con su criador (que siempre es) como si creyese que no es. Inicuo es aquél que violentamente tuerce el entendimiento de la ley de Dios para conformarle con su apetito: y siendo de contrario parecer, piensa que cree á la palabra de Dios. Cristiano es aquél que trabaja (cuanto es al hombre posible) por imitar á Cristo, así en sus obras como en sus palabras, creyendo firmemente en la sanctísima Trinidad. Amador de Dios es aquél que ordenadamente y como debe usa de todas las cosas naturales, y nunca deja de hacer todo el bien que puede. Continente es aquél que puesto en medio de las tentaciones y lazos trabaja con todas sus fuerzas por alcanzar paz y tranquilidad de corazón y buenas costumbres. Monje es una orden y manera de vivir de ángeles, estando en cuerpo mortal y sucio. Monje es el que trae siempre los ojos del ánima puestos en Dios, y hace oración en todo tiempo, lugar y negocio. Monje es una perpetua contradición y violencia de la naturaleza, y una vigilantísima y infatigable guarda de los sentidos. Monje es un cuerpo casto, y una boca limpia, y un ánimo esclarescido con los rayos de la divina luz. Monje es un ánimo afligido y triste, el cual trayendo siempre ante los ojos la memoria de la muerte, siem-

pre se ejercita en la virtud. Renunciación y desamparo del mundo es odio voluntario y negamiento de la propria naturaleza, por gozar de las cosas que son sobre naturaleza: del cual deseo como de su propria raíz nasce este sancto odio. Todos los que desamparan voluntaria y alegremente los bienes desta presente vida, suelen hacer esto, ó por el deseo de la gloria advenidera, ó por la memoria de sus pecados, ó por solo amor de Dios. Y si alguno esto hiciese, y no por algunas destas causas, no sería racionable esta renunciación. Mas con todo esto, cual fuere el fin y término de nuestra vida, tal será el premio que recibiremos de Cristo, juez y remunerador de nuestros trabajos. El que procura de descargarse de la carga de sus pecados, trabaje por imitar á los que están sobre las sepulturas llorando los muertos, y no deje de derramar continuas y hervientes lágrimas y gemidos profundos de lo íntimo de su corazón hasta que venga Cristo, y quite la piedra del monumento (que es la ceguedad y dureza de su corazón) y libre á Lázaro (que es nuestro ánimo) de las ataduras de sus pecados, y mande á los ministros (que son los ángeles) diciéndoles: Desataldo de las ataduras de sus vicios y dejaldo ir á la quieta y bienaventurada tranquilidad. Todos los que deseamos salir de Egipto y de la subjección de Faraón, tenemos necesidad después de Dios de algún Moisén que nos sea medianero para con Él: el cual guiándonos por este camino con el ayuda así de sus palabras como de sus obras y de su oración, levante por nosotros las manos á Dios: para que guiados por tal capitán, pasemos el mar de los pecados y hagamos volver las espaldas á Amalech príncipe de los vicios. Porque por falta desto fueron algunos engañados: los cuales confiados en sí mismos, creyeron que no tenían necesidad de guía. Y es de notar que los que salieron de Egipto, tuvieron á Moisén por guía: mas los que huyeron de Sodoma, tuvieron para esto un ángel que los guió. Los primeros (que son los que de Egipto salieron) son figura de aquéllos que procuran sanar las enfermedades de su alma con la cura y diligencia del médico espiritual. Mas los segundos (que son los que huyeron de Sodoma) significan aquéllos que estando llenos de inmundicias y torpezas corporales, desean grandemente verse libres dellas: los cuales tienen para esto necesidad de un hombre que sea semejante á los ángeles. Porque según la corrupción de las llagas, así tenemos

necesidad de sapientísimo maestro, para la cura dellas. Y verdaderamente el que vestido desta carne mortal desea subir al cielo, necesidad tiene de suma violencia, continuos y infatigables trabajos, especialmente á los principios, hasta que nuestras costumbres habituadas á los deleites, y nuestro corazón (que para el sentimiento de sus males estaba insensible) venga á aficionarse á Dios y á ser sanctificado con la castidad, mediante el atentísimo estudio y ejercicio de las lágrimas y de la penitencia. Porque verdaderamente trabajo, y gran trabajo, y amargura de penitencia es necesaria, especialmente para aquéllos que están mal habituados, hasta que el can de nuestro ánimo (acostumbrado á la carnicería y á la golosina de los vicios) lo hagamos amador de la contemplación y de la castidad: ayudándonos para esto la virtud de la simplicidad, y la mortificación de la ira, y una grande y discreta diligencia. Pero con todo esto, los que somos combatidos de vicios, aunque no hayamos alcanzado bastantes fuerzas contra ellos, confiemos en Cristo, y con una fe firmísima le representemos húmilmente la flaqueza y enfermedad de nuestra ánima, y sin dubda alcanzaremos su favor y gracia, aunque sea sobre todo nuestro merecimiento, si con todo eso procuráremos de sumirnos perpetuamente en el abismo de la humildad. Sepan cierto los que en esta hermosa, estrecha, dura y liviana batalla entran, que van á meterse en un fuego, si desean inflamar su corazón con el fuego del divino amor. Y por tanto pruebe cada uno á sí mismo, y desta manera se llegue á comer deste pan celestial con amargura y á beber deste suavísimo cáliz con lágrimas: porque no entre en esta gloriosa milicia para su juicio y condenación. Si es verdad que no todos los bautizados se salvan, miremos con temor y atención no corra también este mismo peligro por los que profesamos religión. Y por esto los que desean hacer firme fundamento de virtud, todas las cosas del mundo negarán, todas las despreciarán, todas las pornán debajo los pies, y todas las examinarán. Y para que este fundamento sea tal, ha de tener tres columnas con que se sustente, que son: inocencia, ayuno y castidad. Todos los que en Cristo son niños, destas tres cosas han de comenzar, tomando por ejemplo á los que son niños en la edad: en los cuales no hay doblez ni dureza de corazón, ni fingimiento, ni codicia desmedida, ni vientre insaciable, ni movimiento de vicios deshonestos: como quiera que de

lo uno se sigue lo otro: porque conforme á la leña de los manjares, así se enciende el fuego de la lujuria. Cosa es aborrecible y muy peligrosa que el que comienza, comience con flojedad y blandura: porque suele ser éste indicio manifiesto de la caída advenidera. Y por esto es cosa muy provechosa comenzar con grande ánimo y fervor, aunque después sea necesario remitir algo deste rigor. Porque el ánima que comenzó á pelear varonilmente, y después algún tanto se debilitó y enflaquesció, muchas veces con la memoria desta antigua virtud y diligencia (como con un estímulo y azote) es herida y provocada al bien. Por donde algunos por esta vía volvieron al rigor pasado y renovaron sus primeras alas. Todas cuantas veces el ánima se hallare fuera de sí por haber perdido aquel bienaventurado y amable calor de la caridad, haga diligente inquisición, y mire por qué causa lo perdió: y ármese contra ella con todas sus fuerzas: porque no podrá á introducirlo por otra puerta si no por aquella por do salió. Los que por solo temor comienzan el camino de la renunciación, por ventura parecerán semejantes al encienso que se quema, que al principio huele bien, y después viene á parar en humo. Mas los que por solo respeto del galardón sin otra cosa se mueven á esto, son como piedra de atahona, que siempre anda de una manera, sin dar paso adelante, ni aprovechar más. Pero los que dejaron el mundo por solo amor de Dios, éstos luego dende el principio merescieron acrecentamiento deste fuego: el cual como si estuviera en medio de un grande bosque, siempre va ganando tierra y extendiéndose más. Hay algunos que sobre ladrillos edifican piedras: y hay otros que sobre tierra levantan columnas: y hay otros que caminando á pie, escalentados los miembros y nervios, más ligeramente caminan. El que lee, entienda lo que significa esta parábola. Los primeros, que sobre ladrillos asientan piedras, son los que sobre excelentes obras de virtudes se levantan á la contemplación de las cosas divinas: mas porque no están bien fundados en humildad y paciencia, cuando se levanta alguna grande tempestad, caen, por falta del fundamento, que no era del todo seguro. Los segundos, que sobre tierra edifican columnas, son los que sin haber pasado por los ejercicios y trabajos de la vida monástica, quieren luego volar á la vida solitaria: á los cuales fácilmente los enemigos invisibles engañan, por la falta que tienen de virtud y experiencia. Los terceros son

los que poco á poco caminan á pie con humildad, debajo de obediencia: á los cuales el Señor infunde el espíritu de la caridad, con la cual encendidos y esforzados, acaban prósperamente su camino.

Y pues que somos, hermanos, llamados de Dios (que es nuestro Rey y Señor) corramos alegremente: porque si por ventura el plazo de nuestra vida fuere corto, no nos hallemos estériles y pobres á la hora de la muerte, y vengamos á morir de hambre. Procuremos agradar á nuestro Rey y Señor, como los soldados al suyo. Porque después de la profesión desta gloriosa milicia, más estrecha cuenta se nos ha de pedir. Temamos á Dios siquiera como los hombres temen á algunas bestias. Porque visto he yo algunos que querían hurtar, los cuales no dejándolo de hacer por miedo de Dios, lo dejaron por el de los perros que ladraban: de manera que lo que no acabó con ellos el temor de Dios, acabó el de las bestias. Amemos á Dios siquiera como amamos á los amigos. Porque también he visto muchas veces algunos que habiendo ofendido á Dios y provocádolo á ira con sus maldades, ningún cuidado tuvieron de recobrar su amistad: los cuales habiendo enojado á alguno de sus amigos con muy pequeña ofensa, trabajaron con toda diligencia y industria y con toda aflición y confesión de su culpa por reconciliarse con ellos, metiendo en esto otros terceros, y rogadores, y deudos, y ofresciendo con esto muchas dádivas y presentes. Aquí es de notar que en el principio de la renunciación no se obran las virtudes sin trabajo, amargura y violencia. Mas después que comenzamos ya á aprovechar, con muy poca tristeza ó ninguna las obramos. Pero después que la naturaleza está ya absorta y vencida con el favor y alegría del Espíritu Sancto, entonces obramos ya con gozo, alegría, diligencia y fervor de caridad. Cuanto son más dignos de alabanza los que luego del principio abrazan las virtudes y cumplen los mandamientos de Dios con devoción y alegría, tanto son más de llorar los que habiendo vivido mucho en este ejercicio, las ejercitan con trabajo y pesadumbre, si por ventura las ejercitan. No debemos de condenar aquellas maneras de renunciación, que parece haber sido hechas acaso. Porque visto he yo algunos delincuentes ir huyendo: los cuales como acaso se encontrasen con el Rey sin buscarlo ellos, fueron recibidos en su servicio, y contados entre sus caballeros, y recibidos á su mesa y palacio. Vi

también algunas veces caerse descuidadamente algunos granos de trigo de la mano del sembrador, los cuales se apoderaron muy bien de la tierra y vinieron después á dar grande fruto. Y vi también algunos ir á casa del médico por algún otro negocio, y haber acertado á recibir en ella salud que no tenían, y recobrado la vista de los ojos cuasi perdida. Y desta manera acaesce algunas veces ser más firmes y estables las cosas que suceden sin nuestra voluntad, que las que de propósito se hacían. Ninguno considerando la muchedumbre de sus pecados diga que es indigno de la profesión y vida de los monjes, ni se engañe con este color y aparencia de humildad, para dejar de seguir la senda estrecha de la virtud, y darse á vicios: porque éste es embuste del demonio y ocasión para perseverar en los pecados. Porque donde las llagas están muy podridas y afistoladas, ahí señaladamente es necesaria la diligencia y destreza del sabio médico: porque los sanos no tienen desto tanta necesidad. Si llamándonos un rey mortal y terreno á su servicio, ó á su milicia, no hay cosa que nos detenga, ni buscamos ocasiones para excusarnos desto, antes dejadas todas las cosas le vamos á servir y obedecer con suma alegría, miremos diligentemente no rehusemos obedecer por nuestra pereza y negligencia al Rey de los Reyes, y Señor de los Señores, y Dios de los Dioses, que nos llama á la orden desta mis licia celestial: y después no tengamos excusa delante de aquesu terrible y espantoso tribunal. Puede ser que el que está preso y aherrojado con los cuidados y negocios del siglo, dé alguno, pasos y ande, aunque con impedimento y trabajo. Porque también acaesce que los que tienen grillos ó cadenas en los pies, anden con ellos, aunque mal y con trabajo. El que vive en el mundo sin mujer, mas con cuidados y negocios de mundo, es semejante á aquél que tiene esposas en las manos: y por esto podrá, si quisiere, correr libremente á la vida monástica ó solitaria. Mas el que tiene mujer, es semejante á aquél que está de pies y manos aherrojado, el cual es mucho menos libre y menos señor de sí. Oí una vez á ciertos negligentes que viviendo en el mundo me decían: ¿Cómo podemos morando con nuestras mujeres, y cercados de negocios y cuidados de república, vivir vida monástica? Á los cuales yo respondí: Todo el bien que pudiéredes hacer, haceldo: no injuriéis á nadie, ni digáis mentira, ni toméis lo ajeno ni os levantéis contra nadie, ni queráis mal á nadie: frecuentad

las iglesias y los sermones, usad de misericordia con los necesitados, no escandalicéis ni deis mal ejemplo á nadie, ni seáis favorecedores de bandos, ni entendáis en nutrir discordias, sino en deshacerlas, y contentaos con el uso legítimo de vuestras mujeres: porque si esto hiciéredes, no estaréis lejos del reino de Dios. Apercibámonos con alegría y temor para esta gloriosa batalla, no acobardándonos ni desmayando por el temor de nuestros adversarios, pues Dios está por nuestra parte. Porque ven ellos muy bien (aunque no sean vistos de nosotros) la figura de nuestras ánimas: y si nos ven acobardados y medrosos, toman armas más fuertes contra nos, viendo nuestra flaqueza y cobardía. Por tanto con grande ánimo debemos tomarlas contra ellos, porque nadie es poderoso para vencer al que alegre y animosamente pelea. Suele usar nuestro Señor de una maravillosa dispensación con los principiantes y nuevos guerreros, templando y moderándoles las primeras batallas, porque no se vuelvan al mundo, espantados de la grandeza del peligro. Por tanto gozaos siempre en el Señor todos sus siervos, y tomad esto por señal de su llamamiento y de la piedad y providencia paternal que tiene de vosotros. Otras veces también acaesce que este mismo Señor, cuando ve las ánimas fuertes en el principio, les apareja más fuertes batallas, deseando más temprano coronarlas. Suele el Señor esconder á los hombres del siglo la dificultad desta milicia (aunque mejor se podría por otro respecto llamar facilidad) porque si ésta conosciesen, no habría quien quisiese dejar el mundo. Ofresce los trabajos de tu juventud á Cristo, y en la vejez te alegrarás con las riquezas de una quietísima paz y tranquilidad que por ellos te darán. Porque las cosas que recogimos y ganamos en la mocedad, después nos sustentan y consuelan cuando estamos flacos y debilitados en la vejez. Trabajemos los mozos ardientemente, y corramos con toda sobriedad y vigilancia: pues la muerte tan incierta todas las horas nos está aguardando. Y demás desto tenemos enemigos perversísimos, fortísimos, astutísimos, potentísimos, invisibles y desnudos de todos los impedimentos corporales, y que nunca duermen: los cuales teniendo fuego en las manos, trabajan con todo estudio por abrasar y quemar el templo vivo de Dios. Ninguno cuando es mozo dé oídos á los demonios, que suelen decir: No maltrates tu carne, porque no vengas á caer en enfermedades y dolencias. Porque muchas veces desta manera so color de dis-

creción hacen al hombre muy blando y piadoso para consigo. Y en esta edad apenas se halla quien del todo mortifique su carne, aunque se abstenga de muchos y delicados manjares. Porque una de las principales astucias de nuestro adversario es hacer blando y flojo el principio de nuestra profesión: para que después haga el fin semejante al principio. Ante todas las cosas deben tener este cuidado los que fielmente desean servir á Cristo, que con grandísima diligencia busquen los lugares, y las costumbres, y la quietud, y los ejercicios que entendieren ser más acomodados á su propósito y espíritu (según que el consejo de los padres espirituales y la experiencia de sí mismos se lo diere á entender) porque no á todos conviene morar en los monesterios, especialmente aquéllos que son tocados del vicio de la gula y deleite en comer y beber: ni á todos tampoco conviene seguir la quietud de la vida solitaria, especialmente aquéllos que son inclinados á ira. Mire pues cada uno diligentemente (como dicho es) el estado que más le arma. Porque tres maneras de estados y profesiones contiene la vida monástica. El primero es de vida solitaria, que es de aquellos monjes que llaman Anacoritas: otro es en compañía de dos ó tres que viven en soledad: y el tercero es de los que sirven en la obediencia de los monesterios. Nadie pues se desvíe (como dice el Sabio) destos estados á la diestra ni á la siniestra, sino vaya por el camino real. Entre estas tres maneras de estados, el del medio fué muy provechoso para muchos. Porque ¡ay del solo! que si cayere en la tristeza espiritual, ó en el sueño, ó en la pereza, ó en la desconfianza, no tiene entre los hombres quien lo levante. Mas donde están ayuntados dos ó tres en mi nombre (dice el Señor) ahí estoy en medio dellos. Pues ¿cuál será el fiel y prudente monje que guardando su fervor entero hasta el fin de la vida, perseveró siempre, acrecentando cada día fuego á fuego, fervor á fervor, deseo á deseo y diligencia á diligencia?

ANOTACIONES SOBRE EL CAPÍTULO PRECEDENTE.

PARA entendimiento deste capítulo, cristiano lector, has de presuponer (que según se colige de las Colaciones de los Padres) la renunciación de que en este capítulo precedente se comenzó á tratar, tiene tres grados. El primero es dejar por amor

de Dios todas las cosas del mundo, como el Salvador lo aconsejaba á aquel mancebo del Evangelio. El segundo es dejarse á sí mismo, que es dejar la propria voluntad con todos los apetitos y pasiones de nuestra ánima: para hacer de nos mismos verdadero sacrificio, ó por mejor decir, holocausto á Dios. El tercero es que nuestro espíritu pura y enteramente se ofrezca, traslade y junte con Dios, que es el fin de los grados pasados: porque tanto más perfeta fe ayuntará nuestro espíritu con Dios, cuanto más apartado estuviere de las cosas del mundo y de sí mismo. Pues del primero destos tres grados se trata en este primer capítulo: y del segundo en el siguiente, que es de la mortificación de las pasiones: y del tercero se trata consecuentemente en el capítulo tercero: aunque en cada uno se toca algo de lo que pertenesce al otro. Porque familiar cosa es á este sancto (como lo es á todos los que escribiendo siguen el instinto y magisterio del Espíritu Sancto) no tener tanta cuenta con el hilo y consecuencia de las materias y con la trabazón de las cláusulas y sentencias, cuanto con seguir el dictamen y movimiento de este Espíritu divino que los enseña: como paresce en el autor que escribió aquel tan espiritual libro de *Contemptus Mundi*, y en otros muchos. Y lo mismo algunas veces se halla en este autor. En la prosecución deste capítulo y cuasi de todo este libro una de las cosas que hay mucho de notar, es el rigor y trabajo y diligencia que este insigne maestro pide á todos los que de verdad determinan buscar á Dios, especialmente á los principios de su conversión, hasta deshacer los malos hábitos de la vida pasada: para que se vea claro por autoridad de tan gran varón cómo no es ésta empresa de flojos y regalados, sino de valientes y esforzados caballeros, conforme á aquella sentencia del Salvador, que dice: El reino de los cielos padesce fuerza, y los esforzados son los que lo arrebatan.

CAPÍTULO Y ESCALÓN II.

De la mortificación y victoria de las pasiones y aficiones.

EL que de verdad ama á Dios, y el que de verdad desea gozar del reino de los cielos, y el que de verdad se duele de sus pecados, y el que de veras está herido con la memoria de las penas del infierno y del juicio advenidero, y el que de verdad ha entrado en el temor de la muerte, este tal ninguna cosa en este mundo amará desordenadamente, no le fatigarán los cuidados del dinero, ni de la hacienda, ni de los padres, ni de los hermanos, ni de otra cosa alguna mortal y terrena: mas antes abominando y sacudiendo de sí todos estos cuidados y aborresciendo con un sancto odio su misma carne, desnudo, seguro y ligero seguirá á Cristo, levantando siempre los ojos al cielo y esperando de ahí el socorro, según la palabra del profeta que dice: Yo no me turbé siguiéndote á ti, pastor mío: nunca deseé el día del hombre, esto es, el descanso y felicidad que suelen desear los hombres. Grandísima confusión es por cierto la de aquéllos que después de su vocación, que es después de haber sido llamados, no por hombres sino por Dios, olvidados de todas estas cosas, se aplican á otros cuidados que en la hora de la última necesidad no les puedan valer. Porque esto es lo que el Señor dijo que era volver atrás y no ser apto para el reino de los cielos. Lo cual dijo Él como quien sabía muy bien cuán deleznables eran los primeros principios de nuestra profesión y cuán fácilmente nos volveremos al siglo si tuviéremos conversación familiar con personas del siglo. Á un mancebo que le dijo: Dame, Señor, licencia para ir á enterrar mi padre, respondió: Deja los muertos enterrar sus muertos. Suelen los demonios después que habemos dejado el mundo, ponernos delante algunos hombres misericordiosos y limosneros que viven en el mundo, y hacernos creer que aquéllos son bienaventurados y nosotros mi-

serables, pues carescemos de las virtudes que aquéllos tienen. Esto hacen los demonios, para que so color desta adúltera y falsa humildad nos vuelvan al mundo, ó si permanesciéremos en la religión, vivamos desconfiados y desconsolados en ella. Hay algunos religiosos que con soberbia y presunción desprecian como aquel fariseo del Evangelio los hombres que viven en el mundo, no acordándose que está escrito: El que está en pie mire por sí no caiga. Hay otros que no por soberbia, sino por huir deste despeñadero de la desconfianza y concibir mayor esfuerzo y alegría por verse entresacados del mundo, desestiman, ó á lo menos tienen en poco las costumbres de los que viven en él. Mas oyamos los que tenemos en poco nuestra profesión, lo que el Señor dijo á aquel mancebo que había guardado cuasi todos los mandamientos: Una cosa te falta, ve y vende todos tus bienes y dalos á pobres, y hazte por amor de Dios pobre y necesitado de ajena misericordia. Pues esto es proprio de nuestra profesión, que tanto excede á la de los que tan virtuosamente viven en el mundo como este vivía. Si deseamos correr ligera y alegremente por este camino (estimándolo en lo que él meresce) miremos con atención cómo el Señor llamó muertos á los hombres que en el mundo viven, diciendo á uno dellos: Deja los muertos enterrar sus muertos. No fueron causa las riquezas para que aquel mancebo rico dejase de recebir el baptismo (y claramente se engañan los que piensan que por esta causa le mandaba el Señor vender su hacienda) no era ésta la causa, sino querer levantarlo á la alteza del estado de nuestra profesión. Y para conoscer la gloria della debría bastar este argumento, que los que viviendo en el mundo se ejercitaban en ayunos, vigilias, trabajos y otras afiiciones semejantes, cuando vienen á la vida monástica como á una oficina y escuela de virtud, no hacen caso de aquellos primeros ejercicios, presuponiendo ser muchas veces adúlteros y fingidos: y así comienzan con otros nuevos fundamentos. Vi muchas y diversas plantas de virtudes de hombres que vivían en el mundo, las cuales se regaban con el agua cenagosa de la vanagloria, y se cavaban con ostentación y aparencia de mundo, y se estercolaban con el estiércol de las alabanzas humanas. Las cuales transplantadas en tierra desierta y apartada de la vista y compañía de los hombres y privadas desta labor susodicha, luego se secaron: porque los árboles criados con este regalo no suelen dar fruto

en tierra seca. Si alguno tuviere perfeto odio al mundo, estará libre de tristeza de mundo: mas el que todavía está tocado de la afición de las cosas del mundo, no estará del todo libre desta pasión: porque ¿cómo no se entristescerá cuando alguna vez se viere privado de lo que ama? En todas las cosas tenemos necesidad de grande templanza y vigilancia: mas sobre todo nos habemos de extremar en procurar esta libertad y pureza de corazón. Algunos hombres conoscí en el mundo, los cuales viviendo con muchos cuidados, ocupaciones, congojas y vigilias de mundo, se escaparon de los movimientos y ardores de su propria carne: y éstos mismos entrando en los monesterios y viviendo libres destos cuidados, cayeron torpe y miserablemente en estos vicios. Miremos mucho por nosotros, no nos acaezca que pensando caminar por camino estrecho y dificultoso, caminemos por camino largo y espacioso, y así vivamos engañados. Angosto camino es la afición del vientre, la perseverancia en las vigilias, el agua por medida, y el pan por tasa, el beber la purga saludable de las ignominias y vituperios, la mortificación de nuestras proprias voluntades, el sufrimiento de las ofensas, el menosprecio de nosotros mismos, la paciencia sin murmuración, el tolerar fuertemente las injurias, el no indignarse contra los que nos infaman, ni quejarse de los que nos desprecian, y abajarse húmilmente á los que nos condenan. Bienaventurados los que por esta vía caminan, porque dellos es el reino de los cielos. Ninguno entra en el tálamo celestial á recebir la corona que recibieron los grandes sanctos, sino el que hubiere cumplido con la primera y segunda y tercera manera de renunciación, conviene saber, que primero ha de renunciar todas las cosas que están fuera de sí, como son padres, parientes, amigos, con todo lo demás. Lo segundo, ha de renunciar su propria voluntad, y lo tercero, la vanagloria que suele algunas veces acompañar la obediencia: porque á este vicio más subjetos están los que viven en compañía, que los que moran en soledad. Salid (dice el Señor) del medio dellos, y apartaos, y no toquéis cosa sucia y profana. Porque ¿quién de los hombres del mundo hizo milagros? ¿quién resuscitó los muertos? ¿quién alanzó los demonios? Éstas son las insignias de los verdaderos monjes, las cuales el mundo no meresce recibir, porque si él las meresciese, superfluos serían nuestros trabajos y la soledad de nuestro apartamiento. Cuando después de nuestra renunciación los

demonios encienden nuestro corazón importunadamente con la memoria de nuestros padres y hermanos, entonces principalmente habemos de tomar contra ellos las armas de la oración y encender nuestro corazón con la memoria del fuego eterno, para que con ella apaguemos la llama dañosa destotro fuego. Los mancebos que después de haberse dado á deleites y vicios de carne quieren entrar en religión, procuren ejercitarse con toda atención y vigilancia en honestos trabajos, y determinen de abstenerse de todo género de vicios y deleites, porque no vengan á tener peores los fines que tuvieron los principios. Muchas veces el puerto (que suele ser causa de salud) también lo es de peligros, lo cual saben muy bien los que por este mar espiritual navegan. Y es cosa miserable ver perderse los navíos en el puerto: los cuales estuvieron salvos en medio de la mar.

Anotaciones sobre el capítulo precedente.

En este capítulo se trata del segundo grado de la renunciación de sí mismo, que es, de la mortificación de los apetitos y aficiones sensuales: los cuales dice que tiene mortificados el que de veras y de todo corazón está aficionado á las cosas divinas. Y repite muchas veces esta palabra (de veras) para dar á entender que no cualquiera grado de devoción causa este efecto, sino la verdadera, grande y entrañable afición del amor de Dios. Porque así como una lumbre grande escuresce y ofusca otra menor (como el sol la de las estrellas) así el amor de Dios (cuando es muy grande, como fué el de los sanctos) añubla y escuresce todos los otros peregrinos amores. Donde es mucho de notar que así como en un peso cuanto más sube la una balanza, tanto más baja la otra, y al revés, así se han estos dos amores de Dios y del mundo. Porque cuanto cresce el amor de Dios, tanto descresce el amor del mundo: y cuanto cresce el del mundo, tanto descresce el de Dios. Y bienaventurado sería aquél que despedido el amor del mundo, con solo el de Dios ó por Dios se sustentase: porque éste sería como otro espiritual Jacob, á quien se dió por bendi-

ción que cojease del un pie y del otro quedase sano. Aunque no por esto piense nadie que se excluye por aquí el amor y afición de los deudos, amigos y bienhechores: porque éste es natural y debido (cuando es bien ordenado) amándolos y queriéndolos por Dios y para Dios, compadesciéndonos de sus trabajos. Pero todo esto se ha de hacer de manera que no se enrede nuestro corazón en este lazo con demasiada afición, como muchas veces acaesce.

CAPÍTULO Y ESCALÓN III.

Que trata de la verdadera peregrinación.

PEREGRINACIÓN es desamparar constantísimamente todas aquellas cosas que nos impiden el propósito y ejercicio de piedad, que es honrar y buscar á Dios. Peregrinación es un corazón vacío de toda vana confianza, sabiduría no conoscida, prudencia secreta, huída del mundo, vida invisible, propósito secreto, amor del desprecio, apetito de angustias, deseo del divino amor, abundancia de caridad, aborrescimiento de la opinión de sabio ó de sancto y un profundo silencio del ánima. Suele muchas veces al principio fatigar á los siervos de Dios esta manera de vida tan ardua y el fuego deste deseo (que es alejarse de la patria y de los suyos) el cual deseo nos provoca también á querer por amor de Dios ser afligidos y despreciados. Mas es de notar que cuanto esta peregrinación es mayor y más loable, tanto con mayor atención se ha de examinar. Porque no toda peregrinación (si superficialmente se hace) es digna de ser alabada. Porque si (como dice el Salvador) no hay profeta que esté sin honra, si no es entre los suyos y en su patria, miremos no se nos haga por ventura ocasión de vanagloria la peregrinación y huída della. Ca la peregrinación verdadera es un perfeto apartamiento de todas las cosas con intento de que nuestro pensamiento nunca (en cuanto sea posible) se aparte de Dios. Peregrino es amador de perpetuo llanto, arraigado en las entrañas por la memoria de su Criador. Peregrino es el que despide y alanza siempre la memoria y afición de todos los suyos, en cuanto le es impedimento para ir á Dios. Cuando determinas de peregrinar y apartarte á la soledad, no te detengas en el mundo, esperando llevar contigo las ánimas de los que están enlazados en él: porque no te saltee el enemigo en este tiempo y te robe ese buen propósito. Porque muchos ha habido que pretendiendo llevar consigo algunos des-

tos perezosos y negligentes, con ellos juntamente perescieron, apagándoseles con la dilación la llama deste divino fuego. Y por esto luego que sintieres en ti esta llama, corre apresuradamente: porque no sabes si se apagará tan presto, y quedes á escuras. No todos somos obligados á salvar los otros: porque (como dice el Apostol) cada uno dará por sí razón á Dios. Y en otro lugar: Tú (dice él) que enseñas á otros, ¿cómo no enseñas á ti? Como si dijera: las necesidades y obligaciones de los otros no las conoscen todos: mas las suyas proprias cada uno las conosce, y así es obligado á acudir á ellas. Tú que determinas peregrinar, guárdate del demonio goloso y vagabundo: esto es, del que con título de peregrinación pretende cebar la curiosidad de nuestros sentidos y el apetito de la gula, que en diversos lugares halla diversos convites y hospederías: porque la peregrinación suele dar ocasión á este demonio. Gran cosa es haber mortificado la afición de todas las cosas perescederas: y la peregrinación es madre de esta virtud. Los que por amor de Dios andan peregrinando, han de dejar todos los afectos de siglo y estar como muertos á sus cosas: porque no parezcan por una parte apartados del mundo, y por otra estén enlazados con las aficiones dél. Los que se alejaron del siglo, no quieran más ya volver á tener cuenta con el siglo: porque muchas veces los vicios que de mucho tiempo están dormidos, fácilmente suelen despertar. Nuestra madre Eva contra su voluntad salió del paraíso: mas el monje por la suya se desterró de su patria. Aquélla fué echada fuera, porque no volviese á comer del árbol de la desobediencia: y éste, por no padescer peligro de sus parientes carnales. Huye como un grandísimo azote y peligro la vecindad destos lugares de el mundo: porque el fruto que no se ve con los ojos, no mueve tanto el corazón. También querría que no ignorases otra manera de engaño que tienen estos ladrones: los cuales muchas veces nos aconsejan que no nos apartemos de los seculares, diciéndonos que mayor corona será si viendo mujeres y andando en medio de los lazos, vivimos limpiamente y vencemos nuestras pasiones, luchando con ellas: á los cuales en ninguna manera debemos obedescer, antes hacer siempre lo contrario. Después de haber peregrinado algunos años fuera de nuestra patria y haber alcanzado algún poco de religión, ó de compunción, ó de abstinencia, luego los demonios comienzan á combatirnos con algunos pensamientos de vanidad, incitándonos

á que volvamos á nuestra patria, para edificación y ejemplo de todos aquéllos que antes nos vieron vivir desordenadamente en el siglo. Y si por ventura tenemos algunas letras ó alguna gracia en hablar, entonces ya nos aprietan más fuertemente á que volvamos al siglo á ser maestros y guardadores de las ánimas de los otros: para que la hacienda que en el puerto adquirimos con trabajo, en el mar alto la perdamos. No imitemos á la mujer de Loth, sino al mismo Loth: porque el ánima que volviere al lugar de do salió, desvanescerse ha como sal y quedarse ha hecha una estatua que no se mueve: porque los tales dificultosamente se vuelven á Dios. Huye de Egipto, y de tal manera huye, que nunca más vuelvas á él. Ca los corazones que á él volvieron, no gozaron de aquella quietísima y pacífica tierra de Hierusalem. Mas con todo esto no es malo que los que al principio de su conversión dejaron la patria y todas las cosas con ella, por conservarse en la infancia de su profesión y cerrar la puerta á todas las cosas que la podían dañar, que después de confirmados y adelantados en la virtud y perfetamente purgados, vuelvan á ella para hacer á otros participantes de la salud que ellos alcanzaron. Porque aquel grande Moisés que vió á Dios y fué escogido para procurar la salud de su gente, muchos peligros pasó en Egipto, y muchas afliciones y trabajos en este mundo por esta causa. Más vale entristescer á nuestros padres que á nuestro Señor: porque éste nos crió y redimió, mas aquéllos muchas veces destruyeron á los que amaron, y los entregaron á los tormentos eternos.

Peregrino es aquél que como hombre de otra lengua que mora en una nación extranjera entre gente que no conosce, vive consigo solo en el conoscimiento de sí mismo. Nadie piense que desamparamos nuestra patria y nuestros deudos porque los aborrezcamos (nunca Dios quiera que tal sea nuestra intención) sino por huir el daño que por su parte nos puede venir. En lo cual tenemos (como en todas las otras cosas) á nuestro Salvador por maestro y ejemplo: el cual muchas veces desamparó á sus padres: y siéndole dicho por algunos: Cata aquí tu madre y tus hermanos, luego el buen maestro nos enseñó este sancto odio y libertad de corazón, diciendo: mi madre y mis hermanos son los que hacen la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Aquél ten por padre, que puede y quiere trabajar contigo y ayudarte á descargar la carga de tus pecados. Tu madre sea la compun-

ción, la cual te lave de las mancillas y suciedades del ánima. Tu hermano sea el que juntamente contigo trabaja y pelea en el camino del cielo. Tu mujer y compañera que de ti nunca se aparte, sea la memoria de la muerte: y tus hijos muy amados sean los gemidos del corazón: y tu siervo sea tu cuerpo: y tus amigos los sanctos ángeles, que á la hora de la muerte te podrán ayudar, si agora procurares hacerlos familiares y amigos tuyos. Ésta es la generación espiritual de los que buscan á Dios. El amor de Dios excluye el amor desordenado de los padres: y el que cree que estos dos amores juntos se pueden compadescer, él mismo se engaña: pues le contradice el Salvador diciendo que nadie puede servir á dos señores. Por donde dijo Él mismo en otro lugar: No vine á poner paz en la tierra, sino cuchillo. Porque vine apartar á los amadores de Dios de los amadores del mundo, y á los terrenos y materiales de los espirituales, y los ambiciosos de los humildes. Porque de tal porfía y apartamiento como éste se alegra el Señor, cuando ve que se hace por su amor. Y mira, ruégote, con atención no estés secretamente tomado del amor de tus parientes, y viéndolos andar naufragando en el diluvio de las miserias y trabajos deste mundo, vayas desproveídamente á socorrerlos y perezcas juntamente en ese mismo diluvio con ellos. No tengas lástima de los padres y amigos que lloran tu salida del mundo: porque no tengas para siempre que llorar. Cuando los tales te cercaren como abejas, ó (por mejor decir) como avispas, y comenzaren á hacer lamentaciones sobre ti, vuelve á gran priesa y fortalesce tu corazón con la consideración de la muerte y de tus pecados: para que con un dolor despidas otro dolor. Prométennos muchas veces engañosamente los nuestros, ó (por mejor decir) no nuestros, que todas las cosas se harán á nuestra voluntad y que no nos impedirán nuestros buenos propósitos: mas esto hacen con intención de atajarnos nuestro camino y traernos á su voluntad. Cuando nos apartáremos del mundo, sea nuestro apartamiento en los lugares más humildes, y menos públicos, y más apartados de las consolaciones del mundo. Si fueres noble, esconde cuanto pudieres y en ninguna cosa muestres la claridad y nobleza de tu linaje: porque no parezcas en las palabras uno, y en las obras otro: si las palabras predican humildad y las obras vanidad. Ninguno de tal manera peregrinó como aquel grande Patriarca á quien fué dicho: Sal de tu tierra, y de entre tus pa-

rientes, y de la casa de tu padre: siendo por esta vía llamado á andar entre gente bárbara y de lengua peregrina. Y los que esta tan admirable peregrinación procuraron imitar, algunas veces los levantó el Señor á grande gloria: aunque el verdadero humilde debe huirla y defenderse della con el escudo de la humildad, puesto que divinalmente le sea concedida. Cuando los demonios nos alaban desta virtud de la peregrinación, ó de otra alguna insigne virtud, luego debemos recorrer con grande atención á la memoria de aquel Señor que peregrinó del cielo hasta la tierra por nosotros: y hallaremos que aunque viviésemos todos los siglos, no podríamos imitar la pureza desta peregrinación. Cualquiera afición desordenada de parientes ó no parientes, que poco á poco nos lleva tras sí al amor de las cosas del mundo y nos amortigua el fuego del amor de Dios, ha de ser evitada con grandísima diligencia. Porque así como es imposible mirar con un ojo al cielo y con otro á la tierra, así también lo es estando con el cuerpo y con el ánimo aficionados al mundo, tener pura afición á las cosas del cielo. Con gran trabajo y fatiga se alcanza la virtud y las buenas costumbres: y puede acaescer que lo que con mucho trabajo y en mucho tiempo se alcanzó, en un punto se pierda. El que después de haber renunciado al mundo quiere vivir y conversar con los hombres del mundo, ó morar cerca dellos, es cierto que ha de caer en los mismos peligros dellos y enlazar su corazón en los pensamientos dellos. Y si así no se enlazare, á lo menos juzgando y condenando á los que así se enlazan, él también se enlazará.

De los sueños con que suelen ser tentados los principiantes.

§ II.

No se puede negar sino que sea imperfecto nuestro conoscimiento, y lleno de toda ignorancia. Porque (como está escrito) el paladar juzga la cualidad de los manjares, y el oído la verdad de las sentencias. De donde así como el sol descubre la flaqueza de los ojos, así las palabras declaran la rudeza de los entendimientos. Mas con todo esto la caridad nos obliga á tratar

cosas que exceden nuestra facultad. Pienso, pues, ser cosa necesaria añadir á este capítulo algo de los sueños: para que no ignoremos del todo este linaje de engaño de que usan nuestros adversarios. Mas primero conviene declarar qué cosa sea sueño.

Sueño es movimiento del ánimo en cuerpo inmóvil: porque tal suele estar el cuerpo comúnmente cuando soñamos. Fantasía es engaño de los ojos interiores en el ánima adormescida: que es cuando lo que no es se representa como si fuese, por estar impedido el uso de la razón. Fantasía es alienación del ánima, estando el cuerpo velando: que es cuando el ánima está como fuera de sí con la aprehensión vehemente de alguna cosa. Fantasía es aprehensión ó imaginación que pasa presto y no permanesce. La causa por que en este lugar nos paresció tratar de los sueños, es manifiesta. Porque después que dejamos por amor de Dios nuestras casas y parientes, y nos alejamos dellos, y entregamos á la peregrinación, entonces comienzan los demonios á perturbarnos entre sueños, representándonos nuestros padres y parientes tristes y afligidos, ó muertos por nuestra causa, y puestos en necesidades ó estrecho de muerte. Pues el que á tales sueños como estos da crédito, semejante es al que corre tras de su sombra por alcanzarla. Los demonios también, tentadores de la vanagloria, á veces se hacen profetas engañosos, revelándonos entre sueños algunas cosas que ellos como astutísimos pueden conjecturar: para que viendo cumplido lo que vimos en sueños, quedemos espantados y pensemos que ya estamos muy vecinos á la gracia de los Profetas, y con esto nos ensoberbezcamos. Y muchas veces acaesce por secreto juicio de Dios que el demonio salga verdadero para con aquéllos que le dan crédito: así como sale mentiroso á los que no hacen caso dél. Y como él sea espíritu, ve todas las cosas que se hacen dentro deste aire: y cuando adevina que alguno ha de morir, dícelo por sueños á alguno déstos que son más fáciles en creer: y así los engaña. Pero ninguna cosa futura sabe de cierta sciencia, sino por conjecturas: porque aun hasta los hechiceros por esta vía alguna vez suelen adevinar la muerte. Muchas veces acaesce que los demonios se transfiguran en ángel de luz, y toman figura de mártires: y así se nos representan entre sueños: y cuando despertamos, hínchennos de alegría y soberbia: y ésta es una de las señales de sus engaños. Porque los buenos ángeles antes nos representan tormentos, y juicios, y

apartamientos: y cuando despertamos, déjannos temerosos y tristes. Y los que comienzan á creer al demonio en estos sueños, después vienen á ser por él engañados fuera de los sueños. Y por esto, de locos y malos es dar crédito á tales vanidades: mas el que ningún crédito les da, éste es verdadero filósofo. Á aquéllos debes siempre dar crédito, que te predican pena y juicio. Y si esto te mueve á desesperación, también entiende que esto viene por parte del demonio.

Anotaciones sobre el capítulo precedente.

En este capítulo se trata del tercero grado de la renunciación, que es, del continuo deseo de la unión de nuestra ánima con Dios: para lo cual se hace el hombre peregrino y extranjero á todas las cosas del mundo, no sólo con el cuerpo (huyendo la patria) sino también con el ánimo (desterrando de sí el amor desordenado de todas las cosas) para que suelto el corazón destas cadenas pueda sin impedimento volar á Dios, y unirse con él, y reposar en él: sin que nadie le quite este reposo, ni lo despierte deste sueño. Lo cual perfectamente se hace en la gloria: mas en esta vida imperfectamente. Pues deste tercero grado de peregrinación se ha tratado en este capítulo: en el cual también se tocan muchas cosas que aunque no sean esencialmente esta peregrinación, pero unas son causa della, y otras efectos, y otras partes y ramos della, ó cosas que están anejas á ella. Esto decimos, porque no se maraville ó confunda el lector viendo cosas tan distinctas de las que el título promete, ó queriéndolas violentamente reducir todas á solo él.

CAPÍTULO Y ESCALÓN IV.

De la bienaventurada obediencia, digna de perpetua memoria.

Dicho ya de la peregrinación y menosprecio del mundo, viene agora muy á propósito tratar de la obediencia, para doctrina de los nuevos caballeros y guerreros de Cristo. Porque así como ante el fruto precede la flor, así ante toda la obediencia, la peregrinación, ó del cuerpo, ó de la voluntad. Porque con estas dos virtudes (como con dos alas doradas) se levanta el ánima del varón sancto hasta el cielo: de la cual por ventura habló el Profeta lleno del Espíritu Sancto cuando dijo: ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré por la vida activa, y por la contemplación y humildad descansaré? Y no pienso que será razón pasar en silencio el hábito y las armas destos fortísimos guerreros: los cuales han de tener primeramente un escudo, que es, una gran fe y lealtad para con Dios y para con el maestro que los ejercita: para que despidiendo con él todo pensamiento de infidelidad, usen luego bien de la espada del espíritu, cortando con ella todas sus proprias voluntades: y así también se vistan una loriga fuerte de mansedumbre y de paciencia: con las cuales virtudes despidan de sí todo género de injuria y desacato, y todas las saetas de respuestas y palabras malas. Tengan también un yelmo de salud, que es la oración espiritual, que guarde la cabeza de su ánima. Y demás desto tengan los pies no juntos, sino el uno delante, aparejado para ejecutar la obediencia, y el otro fijo y enclavado en la oración. Éste es el hábito, y éstas las armas de los verdaderos obedientes: agora veamos qué cosa sea obediencia.

Obediencia es perfecta abnegación del ánima declarada por ejercicio y obras del cuerpo. Obediencia es perfecta abnegación de cuerpo declarada con fervor y voluntad del ánima. Porque para la perfecta obediencia todo es necesario que concurra, así cuerpo como ánima: y todo es necesario que se niegue, cuando

la obediencia lo demanda. Obediencia es mortificación de los miembros en ánima viva. Obediencia es obra sin examen, muerte voluntaria, vida sin curiosidad, peligro seguro, excusa delante de Dios, menosprecio del temor de la muerte, navegación sin temor, camino que durmiendo se pasa. Obediencia es sepulcro de la propria voluntad, y resurrección de la humildad. Porque el verdadero obediente en nada resiste, en nada discierne lo que le mandan (cuando no es claramente malo) fiándose húmilmente de la discreción de su prelado. Porque el que sanctamente desta manera mortificare su ánima, seguramente dará razón de sí á Dios. Obediencia es resignación del proprio juicio y discreción, no sin grande discreción.

En el principio de este sancto ejercicio, cuando se han de mortificar, ó los miembros del cuerpo, ó la voluntad del ánima, hay trabajo. En el medio á veces hay trabajo, á veces descanso: mas en el fin hay perfecta paz, tranquilidad y mortificación de toda desordenada perturbación y trabajo. Entonces se halla fatigado este bienaventurado, vivo y muerto, cuando ve que hizo su propria voluntad, temiendo siempre la carga della. Todos los que deseáis despojaros de lo que os impide para pasar esta carrera espiritual: todos los que deseáis poner el yugo de Cristo sobre vuestro cuello, y vuestras cargas sobre el de los otros: todos los que deseáis asentaros y escribiros en el libro de los siervos para recibir por este asentamiento carta de horros, que es perpetua libertad: todos los que deseáis pasar nadando el gran mar deste mundo en hombros ajenos, sabed que hay para esto un camino breve (aunque áspero, especialmente á los principios) que es el estado de la obediencia: en la cual hay un principalísimo peligro: que es el amor y contentamiento de sí mismo, cuando á alguno le paresce que es suficiente para regir y gobernar á sí mismo: y quien déste se escapare, sepa cierto que á todas las cosas espirituales y honestas cuasi primero llegará que comience á caminar. Porque obediencia es no creer el hombre ni fiarse de sí mismo hasta el fin de la vida, ni aun en las cosas que parezcan buenas, sin la autoridad de su pastor. Pues cuando por el amor del Señor determináremos inclinar nuestra cerviz á la obediencia y fiarnos de otro, con deseo de alcanzar la verdadera humildad y salud, antes de la entrada desta milicia (si en nosotros hay alguna centella de juicio y discreción) debemos con grandí-

simo recaudo examinar el pastor que tomamos: porque no nos acaezca por ventura tomar marinero por piloto, enfermo por médico, vicioso por virtuoso, y así en lugar de puerto seguro nos metamos en un golfo tempestuoso y vengamos á padescer cierto naufragio. Mas después que hubiéremos entrado en esta carrera, ya no nos es lícito juzgar á nuestro buen maestro en ninguna cosa, aunque en él hallemos algunos pequeños delitos: porque al fin es hombre como nos. Porque si de otra manera lo hiciéremos, poco nos podrá aprovechar la obediencia. Para esto ayuda mucho que los que quieren tener esta fe y devoción inviolable con sus maestros, noten con diligencia sus virtudes y obras loables, y las encomienden á la memoria: para que cuando los demonios les quisieren hacer perder esta fe, les atapen la boca con esta memoria. Porque cuanto estuviere esta fe más viva en nuestro ánimo, tanto el cuerpo estará más prompto para los trabajos de la obediencia. Mas el que hubiere caído en infidelidad contra su Padre, téngase por caído de la virtud de la obediencia: porque todo lo que caresce de fundamento de fe, va mal edificado. Y por esto cuando algún pensamiento te instigare á que juzgues ó condenes á tu prelado, no menos has de huir dél que de un pensamiento deshonesto: ni jamás te acaezca dar lugar, ni entrada, ni principio, ni descanso á esta serpiente. Habla con este dragón, y dile: Oh perversísimo engañador, no tengo yo de juzgar á mi guía, sino ella á mí: no soy yo su juez, sino él mío. Las armas de los mancebos es el canto de los psalmos, el murón son las oraciones, el lavatorio las lágrimas (como los Padres determinan) mas la bienaventurada obediencia dicen que es semejante á la confesión del martirio: porque en ella hace el hombre sacrificio de sí mismo. Porque el que está subjeto y obedesce al imperio de otro, él pronuncia sentencia contra sí mismo. Y el que por amor de Dios obedesce perfetamente (aunque á él le parezca que no obedesce así) todavía con esto se excusa del juicio divino y lo carga sobre su prelado. Mas si en algunas cosas quisiere cumplir su voluntad (las cuales acaesce que el prelado también le manda) no es ésta pura y verdadera obediencia. Y el prelado hace muy bien en reprehender al que así obedesce: y si calla, no tengo que decir en esto más de que él toma esta carga sobre sí. Los que con simplicidad se subjetan al Señor, caminan perfetamente: porque no curan de examinar ni dislindar curiosamente

los mandamientos de sus mayores: á lo cual los demonios siempre nos provocan. Ante todas las cosas conviene que á solo nuestro juez confesemos nuestras culpas, y estemos aparejados para confesarlas á todos, si por él así nos fuere mandado: porque las llagas publicadas y sacadas á luz, no vendrán á corromperse y afistolarse, como lo harían si las tuviésemos secretas. Viniendo yo una vez á un monesterio, vi un terrible juicio de un muy buen pastor y juez que lo gobernaba. Porque estando yo allí por algún espacio de tiempo, vi un ladrón que vino tomar el hábito: al cual aquel buen pastor y sapientísimo médico mandó que le dejasen estar en toda quietud y reposo por espacio de siete días, para que en este tiempo viese el estado y orden del monesterio. Pasado este plazo llamóle el pastor á solas, y preguntóle si le parescía bien morar en aquella compañía: y como él respondiese con toda sinceridad que sí de muy buena voluntad, tornóle á preguntar qué males había cometido en el siglo, y como él prompta y discretamente los confesase todos, por mejor probarlo díjole el Padre: Quiero que todas estas culpas confieses en presencia de todos los religiosos. Él, como verdadero penitente y como hombre que aborrescía de corazón todas sus maldades, postpuesta toda humana vergüenza y confusión, respondió que sin duda lo haría así, y que aun en medio de la plaza de Alejandría las diría á voces, si á él así le paresciese. Ayuntados pues todos los religiosos en la iglesia (que eran por número docientos y treinta) en un día de Domingo leído el Evangelio y acabados los divinos misterios, mandó el Padre que trajesen á la iglesia aquel reo que en nada resistía. Trajéronle pues algunos religiosos atadas las manos atrás, y vestido de un aspérrimo cilicio, y cubierta la cabeza con ceniza, y disciplinándole mansamente las espaldas: y con este aspecto tan doloroso, todos quedaron espantados, y prorrumpieron en grandes lágrimas y gemidos: porque ninguno dellos entendía lo que pasaba. Pues como él llegase á las puertas de la iglesia, mandóle aquel sagrado Padre y clementísimo juez con voz terrible que estuviese quedo: porque no eres (dijo él) merescedor de llegar á los umbrales desa puerta. Entonces él herido con el golpe desta voz, la cual con grandísimo consejo y sabiduría aquel verdadero médico había dado (porque le parescía á él, como después con juramento nos afirmó, que no había oído voz de hombre, sino de un terrible trueno) y así temblando

y lleno de pavor cayó en tierra prostrado. Y estando así cubriendo la tierra de lágrimas, aquel maravilloso médico (que todo esto ordenaba para su salud y para dar un ejemplo y forma de verdadera humildad) mandóle que dijese en público todos los pecados que había cometido. Lo cual él hizo con grande humildad, y con grande espanto de los que presentes estaban, sin dejar de decir todas las maneras de homicidios, y hechicerías, y hurtos, y otras cosas que ni es lícito decir, ni escribir. Y después de haberse así confesado, mandólo el Padre tresquilar y recibir á la compañía de los religiosos. Y maravillado yo de la sabiduría deste sancto Padre, preguntéle después secretamente por qué causa había hecho una tan extraña manera de juicio como aquella. Él como verdadero médico, por dos causas (dijo) hice esto. La primera, por librar aquel penitente de la eterna confusión con aquella presente confusión: lo cual así fué. Porque no se levantó del suelo, oh Padre Juan, hasta que del todo recibió perdón de todos sus pecados: y en esto no quiero que tengas escrúpulo ni duda: porque uno de los religiosos que presentes estaban, me afirmó después que había visto allí un hombre de alta y terrible estatura, el cual tenía un papel escrito en la mano, y una pluma en la otra: y cuando aquel penitente prostrado en tierra confesaba un pecado, este hombre lo borraba con la pluma. Y cierto con mucha razón: porque escrito está: Dije: confesaré contra mí mis pecados al Señor, y tú perdonaste la maldad de mi corazón. Lo segundo, hice esto, porque tengo aquí algunos religiosos que no han enteramente confesado todos sus pecados: los cuales con este ejemplo se moverán á la confesión dellos: sin la cual nadie puede alcanzar salud. Otras cosas muchas admirables y dignas de memoria vi en aquella santísima congregación y en el pastor della: de las cuales estoy determinado contaros algunas. Porque estuve allí no poco tiempo, mirando continuamente con grande atención su manera de conversación y vida, y maravillándome grandemente de ver cómo aquellos ángeles de la tierra imitaban á los del cielo. Porque primeramente estaban entre sí unidos con un estrechísimo vínculo de caridad, y (lo que es mucho más de maravillar) amándose tanto como se amaban, no había entre ellos atrevimiento, ni confianza demasiada, ni soltura de palabras ociosas. Y con esto trabajaban con grandísimo estudio de no escandalizarse unos á otros, ni darse ocasión de mal. Y si alguno entre

ellos acontescía tener algún rancor contra otro, luego el buen pastor lo desterraba como á hombre condenado, á otro monesterio separado para semejantes delitos. Acaesció que uno dellos maldijo á otro: al cual el sancto pastor mandó que echasen fuera de la compañía, diciendo que no era razón sufrir en el monesterio demonios visibles y invisibles. Vi yo en aquellos sanctos cosas grandemente provechosas y dignas de grandísima admiración. Vi una compañía de muchos, que con el vínculo de la caridad eran todos una cosa en Cristo, y todos muy ejercitados en obras de vida activa y contemplativa. Porque en tanta manera se despertaban y aguijaban los unos á los otros para las cosas de Dios, que cuasi no tenían necesidad de ser para esto amonestados por el Padre espiritual. Para lo cual tenían ellos entre sí ordenadas ciertas maneras de ejercicios y amonestaciones á sus propósitos. Porque si alguna vez acaescía que alguno dellos en absencia del prelado hablaba alguna palabra ociosa, ó dañosa, ó de murmuración, el hermano que esto veía, le hacía secretamente cierta señal, para que mirase por sí y moderase sus palabras. Y si por ventura el amonestado no miraba tanto en ello, entonces el otro se prostraba en tierra delante dél, y luego se iba. Si algunas veces se juntaban á hablar, toda la plática era tratar de la memoria de la muerte y del juicio advenidero. No quiero pasar en silencio la virtud singular del cocinero de aquel monesterio que allí vi. Porque mirando yo cómo perseverando en una tan continua y perpetua ocupación estaba siempre muy recogido, y que demás desto había alcanzado gracia de lágrimas, roguéle húmilmente me quisiese descubrir cómo había merescido esta gracia. El cual importunado por mis ruegos en pocas palabras me respondió: Nunca pensé que servía á hombres, sino á Dios: y siempre me tuve por indigno de quietud y reposo: y la vista deste fuego material me hace siempre llorar y pensar en la acerbidad del fuego eterno. Quiero contar otra manera de virtud singular que vi en ellos. Entendí que ni aun estando asentados á la mesa cesaban de los espirituales ejercicios. Y para esto tenían ciertas señales con que unos á otros secretamente se exhortaban al estudio de la oración, aun en el tiempo que comían. Y no sólo hacían esto cuando estaban á la mesa, sino también cuando acaso se encontraban, ó cuando algunas veces se ayuntaban en uno. Y si acaescía que uno cometiese algún defeto, viérades los otros

hermanos pedirle con toda instancia que les diese cargo de dar cuenta de aquella culpa al Padre espiritual, y recibir la penitencia della. Y como aquel gran varón conosciese esta piadosa contención de sus discípulos, usaba de más blanda correción, sabiendo que el culpado era inocente, y no quería averiguar ni hacer pesquisa del autor del delito. ¿Pues cuando entre ellos tenían lugar palabras ociosas, ó donaires, ó risas? Si á alguno dellos acontescía estar porfiando con su hermano, el que acaso por allí pasaba, se tendía á sus pies: y desta manera los amansaba. Y si por ventura supiese que alguno dellos todavía tenía memoria de la injuria, luego lo hacía saber al Padre que después del Abad tenía cargo del monesterio, y trabajaba con todo estudio que no se pusiese el sol sobre su ira. Y si ellos todavía estuviesen enduréscidos y porfiados, no les daban licencia para comer hasta que uno á otro se perdonasen: y cuando esto no querían, expelíanlos del monesterio. Era ésta diligencia sin duda muy loable y digna de memoria: de la cual tan grande fruto se seguía y se conoscía. Había muchos entre aquellos sanctos varones muy señalados y admirables en vida activa y contemplativa, y en discreción y humildad. Viérades allí un terrible y celestial espetáculo, que era, unos viejos reverendos, llenos de canas, y de muy venerable presencia: los cuales estaban como unos niños aparejados para obedescer y para discurrir á una parte y á otra, meresciendo grande gloria con este ejercicio de humildad. Vi algunos dellos que había cincuenta años que militaban debajo de la obediencia: á los cuales como yo preguntase qué consolación ó qué fruto habían alcanzado de tan grande trabajo, unos me respondían que habían por este medio llegado al abismo de la humildad, con la cual estaban libres de muchos combates del enemigo: y otros, que por aquí habían llegado á perder el sentimiento en las injurias y deshonras. Vi otros de aquellos varones dignos de eterna memoria con rostros de ángeles, cubiertos de canas, haber llegado á una profundísima inocencia, llena de simplicidad, alcanzada con grande fervor de espíritu y favor de Dios, no ruda y ignorante (cual es la que vemos en los viejos del siglo que solemos llamar tontos ó desvariados) los cuales en lo de fuera parescían y eran mansos, blandos, agradables, alegres, y que en sus palabras y costumbres ninguna cosa tenían fingida, ni desmazalada, ni falsificada (que es cosa que en pocos se halla) y en lo de dentro estaban prostrados

como niños ante los pies de Dios y de sus prelados, teniendo por otra parte el rostro de sus ánimas muy feroz y osado contra los enemigos. Primero se acabarán los días de mi vida, oh santo Padre y congregación amada de Dios, que pueda yo explicar todas las virtudes que allí vi, y aquella sanctidad que llegaba hasta el cielo. Y por esto he tenido por mejor adornar esta doctrina con los ejemplos de sus trabajos y virtudes (por incitaros á la imitación dellos) que con la bajeza de mis palabras: pues es cierto que lo que es más bajo, se adorna y resplandesce con lo más alto. Mas con todo esto primeramente os ruego que no penséis que en este proceso diré cosa fingida, ni cosa que no sea verdadera: pues está claro que donde hay falsedad, no puede haber utilidad. Y por esto tornaremos á proseguir lo que habíamos comenzado.

Prosigue la misma materia de obediencia, contando diversos ejemplos.

§. II.

Un religioso llamado Isidoro, que era de los principales de Alejandría, entró en este monesterio, y renunció el mundo pocos años ha: el cual yo allí merescí ver. Recibiéndolo pues aquel maravilloso pastor, y conjecturando por el aspecto de la persona y por otras circunstancias ser hombre áspero, intratable, y soberbio, y hinchado con la vanidad del siglo, determinó de vencer la astucia de los demonios por esta arte. Dijo al sobredicho Isidoro: Si verdaderamente has determinado de tomar sobre ti el yugo de Cristo, quiero que ante todas las cosas te ejercites en los trabajos de la obediencia. Al cual respondió él: Así como el hierro está subjeto á las manos del herrero, así yo, Padre sanctísimo, me subjeto á todo lo que me mandares. Pues quiero (dijo él) hermano, que estés á la puerta del monesterio, y que te derribes ante los pies de todos cuantos entran y salen, y les digas: Ruega por mí, Padre, que soy pecador. Él obedesció á esto como un ángel á Dios. Y después de haber empleado en aquella obediencia siete años, y alcanzado por este medio una profundísima humildad y compunción, quiso el Padre (después deste incompa-

rable ejercicio de paciencia de que tan grande ejemplo había dado) levantarlo á la compañía de los religiosos, y honrarlo con darle órdenes como á verdaderamente merescedor dellas. Mas él, echando al Padre muchos rogadores (y á mí también entre ellos) acabó con él que le dejasen en aquel mismo lugar, como lo había hecho hasta entonces, hasta que acabase su carrera: entendiendo y significando con estas palabras que ya su fin y el día de su vocación se llegaba. Y así fué: porque acabados diez días el buen maestro le dejó permanescer en aquel mismo lugar: y por medio de aquella abjeción y ignominia pasó á la gloria: y siete días después de su muerte llevó consigo el portero del monesterio. Porque el bienaventurado varón habíale prometido que si después de su muerte tuviese alguna cabida con el Señor, él negociaría cómo fuese su compañero perpetuo, y que esto sería muy presto: y así fué. Lo cual nos fué certísimo indicio de sus merescimientos, y de su perfecta obediencia, y de su sagrada y divina humildad. Pregunté yo á este grande y esclarescido varón (cuando aun vivía) qué linaje de ejercicio tenía su ánima cuando moraba á la puerta. No me escondió esto aquel memorable y dulcísimo Padre, deseando aprovecharme. Al principio (dijo) hacía cuenta que estaba vendido por mis pecados: por donde con suma amargura y violencia haciéndome grande fuerza, me derribaba á los pies de todos: y apenas era acabado un año, cuando hacía esto ya sin violencia y sin tristeza, esperando de Dios el galardón de mi paciencia. Cumplido después otro año, de todo corazón me comencé á tener por indigno de la conversación del monesterio, y de la compañía y vista de los Padres dél, y de la participación de los divinos sacramentos. Y finalmente víneme á tener por indigno de levantar los ojos y mirar á nadie en la cara. Por lo cual enclavados los ojos en tierra, y no menos el corazón que el cuerpo, rogaba á los que entraban y salían, que hiciesen oración por mí.

Estando asentados una vez á la mesa, aquel grande maestro inclinando su sagrada boca á mi oreja, me dijo: ¿Quieres que te muestre un divino seso y prudencia en una cabeza toda blanca y llena de canas? Pues como yo le pidiese esto con toda instancia, llamó de la mesa que estaba más cercana, á un Padre que se llamaba Laurencio, que había vivido en aquel monesterio cuasi cuarenta y ocho años, y era el segundo presbítero del sagrario.

El cual como viniese y se pusiese de rodillas delante del Abad, recibió dél la bendición: mas después que se levantó, no le dijo palabra alguna, sino dejólo estar así en pie ante la mesa sin comer: y era entonces el principio de la comida. Él estuvo desta manera en pie sin moverse una grande hora, y más: tanto, que yo había ya vergüenza, y no lo osaba mirar á la cara: porque él era todo cano como hombre de edad de ochenta años. Y desta manera estuvo sin hablar palabra hasta el fin de la mesa. De la cual como nos levantásemos, mandóle el sancto Abad que fuese á aquel sobredicho Isidoro y le dijese el principio del Psalmo 39. Y yo como malicioso, no dejé de tentar aquel sancto viejo después y preguntarle qué pensaba cuando estaba allí. Y él me respondió que había puesto la imagen de Cristo en su pastor, y que del todo no le parescía que este mandamiento había salido dél, sino de Cristo, por lo cual, oh Padre Juan, paresciéndome que estaba, no delante de la mesa de los hombres, sino ante el altar de Dios, hacía oración y no daba entrada á algún linaje de pensamiento malo contra mi pastor, por la grande caridad y sincera fe que yo tengo para con él. Porque escrito está: la caridad no piensa mal. También quiero que sepas esto, Padre, que después que uno del todo se ha entregado á la simplicidad y inocencia, no da ya tanto lugar ni tiempo al espíritu malo contra sí. Y cual era este bienaventurado pastor y padre de espirituales ovejas, tal era el procurador del monesterio que Dios le había dado, casto y moderado como cualquiera otro, y manso como muy pocos. Quiso pues una vez este gran Padre tentarlo, reprehendiéndolo para utilidad de los otros, y así mandó (sin haber causa para ello) que lo echasen de la iglesia. Yo (como supiese que él era inocente de aquel crimen que el Padre le ponía) secretamente le alababa y encarescía su inocencia. A lo cual me respondió sapientísimamente diciendo: Bien sé, Padre, que él es inocente: mas así como es cosa cruel quitar el pan de la boca del niño que se muere de hambre, así es cosa perjudicial para el prelado y para los súbditos si el que tiene á cargo sus ánimas no les procura todas las horas cuantas coronas vieren que pueden merescer, ejercitándolos con injurias, ignominias, abjecciones y escarnios. Porque en tres inconvenientes cae, si esto no hace. El primero, que priva al súbdito del mérito de la paciencia. El segundo, que defrauda á los otros del buen ejemplo de

su virtud. El tercero (y muy principal) que muchas veces los que parescen muy perfectos y muy sufridores de trabajos, si á tiempo los dejan los prelados sin probarlos, ó reprehenderlos, ó ejercitarlos con alguna maña de denuestos y injurias, como á hombres ya acabados en la virtud, vienen por tiempo á perder ó menoscabar aquella modestia y sufrimiento que tenían. Porque aunque la tierra sea buena, gruesa y fructuosa, si le falta la labor y el riego del agua (quiero decir, el ejercicio del sufrimiento de las ignominias) suele hacerse silvestre y infructuosa, y producir espinas de pensamientos deshonestos y de dañosa seguridad. Y sabiendo esto aquel grande Apóstol escribe á Timoteo que amoneste y reprehenda á sus súbditos opurtuna y importunamente. Mas como todavía yo replicase á aquel sanctísimo pastor, alegando la flaqueza de la edad, y también cómo muchos reprehendidos sin causa, y á las veces con causa, se salían y descarriaban de la manada, respondió á esta objeción aquel almario de sabiduría diciendo: El ánima que por amor de Dios está enlazada con vínculo de fe y amor con su pastor, sufrirá hasta derramar la sangre, y nunca desfallescerá: mayormente si antes hubiere sido espiritualmente ayudada por él en la cura de sus llagas y regalada con beneficios y consolaciones espirituales, acordándose de aquél que dijo que ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni otra criatura alguna nos podrá apartar de la caridad de Cristo. Mas la que no estuviere así enlazada y fundada, y (si decir se puede) engrudada con él, maravilla será no estar de balde en el monesterio: porque la obediencia désta no es verdadera, sino fingida. Y ciertamente aquel gran varón no fué defraudado de su esperanza: mas antes enderezó, y perfecionó, y ofresció á Cristo muchas destas ofrendas puras y limpias. Deleitable cosa es ver y oir la sabiduría de Dios encerrada en vasos de barro. Maravillábame yo estando allí de ver la fe y paciencia insuperable en las ignominias y injurias, y á veces en las persecuciones de los que de nuevo venían del siglo, las cuales sufrían no sólo de la mano del Abad, sino también de otros que eran mucho menores que él. Y por esto para edificación mía pregunté á uno de los religiosos que había quince años que estaba en el monesterio, que se llamaba Abaciro (el cual señaladamente vía yo ser injuriado cuasi de todos, y á veces ser echado de la mesa por los ministros: porque era aquel religioso algún tanto incontinente de

la lengua) decíale yo pues: ¿Qué es esto, hermano Abaciro, que te veo cada día echar de la mesa y algunas veces acostarte sin cenar? El cual á esto me respondió: Créeme, Padre, lo que te digo: pruébanme estos Padres míos, para ver si quiero ser monje, y no lo hacen porque me quieran injuriar. Y sabiendo yo ser ésta la intención del Padre y de todos los otros, fácilmente y sin ninguna molestia lo sufro todo. Y pensando esto he sufrido quince años, y espero sufrir más, porque cuando entré en el monesterio, ellos me dijeron que hasta los treinta años probaban á los que dejaban el mundo. Lo cual, oh Padre Juan, tengo yo por muy acertado: porque el oro no se purifica sino en la fragua. Este pues noble Abaciro el segundo año después que vine á aquel monesterio, fallesció desta presente vida: el cual estando ya para morir, dijo á los padres: Gracias doy al Señor y á vosotros, Padres, que para bien de mi ánima continuamente me tentastes, por la cual causa hasta agora he vivido libre de las tentaciones del enemigo. Al cual aquel sancto pastor justísimamente mandó sepultar, como á confesor de Cristo, en el lugar de los sanctos que allí estaban sepultados. Parésceme que haré grande agravio á los amadores de la virtud, si callare la virtud y batalla de un religioso llamado Macedonio: el cual era el primer oficial del monesterio. Una vez, pues, este religioso varón dos días antes de la fiesta de la Epifanía rogó al Abad del monesterio le diese licencia para ir á Alejandría, por causa de ciertos negocios que le eran necesarios, diciendo que él volvería á entender en su oficio y aparejar lo que convenía para la fiesta. Mas el demonio (enemigo de todos los bienes) rodeó el negocio de tal manera, que él no pudo venir para el día de aquella sagrada solemnidad. Y como él volviese un día después, el Abad le privó de su oficio y le mandó estar en el más bajo lugar de los novicios. Aceptó este castigo el buen ministro de paciencia y príncipe de todos los ministros en el sufrimiento, y esto tan sin tristeza y pesadumbre como si otro fuera el penitenciado y no él. Y habiendo cumplido cuarenta días en esta penitencia, mandóle el sapientísimo Padre volver á su primer lugar. Y pasado un día, rogóle este religioso quisiese volverlo á dejar en la humildad de aquella ignominia, diciendo que había cometido en la ciudad un grave delito que no era para decir. Mas sabiendo el sancto varón que decía esto más por humildad que con verdad, dió lugar

al honesto deseo de aquel buen trabajador. Viérades allí aquellas venerables canas estar en el lugar y orden de los novicios, pidiendo sinceramente á todos rogasen á Dios por él, diciendo que había caído en fornicación de desobediencia. Y este gran varón declaró después á mí pobre y indigno por qué causa había procurado tan de gana esta manera de humildad y penitencia, diciendo que nunca se había sentido tan descargado de todo género de tentaciones y tan lleno de la dulzura de la divina luz como en aquellos días. De ángeles es no caer, porque (como algunos dicen) no pueden caer: mas de los hombres es caer y levantarse después, cuando esto les acaesciere: mas á los demonios solamente conviene nunca levantarse después de haber caído. Un Padre que tenía cargo de la procuración del monesterio, me contó esto. Siendo yo mancebo y teniendo cargo de unos animales, acaesció que vine á desvarar en una grave culpa de mi ánima. Pues como yo tenía por costumbre no tener cosa encubierta en la cueva de mi ánima, tomando por la mano la cola de la serpiente (que es el fin de la obra) luego descubrí al médico mi llaga. El cual sonriéndose con un rostro alegre, y tocándome livianamente en el rostro, dijo: Anda, hijo, y ejercita tu oficio como lo hacías antes, sin temor alguno. Y yo esforzado con una fe firmísima, y recobrada en pocos días la salud perdida, corría por mi camino adelante lleno de alegría y temor. Lo cual he dicho, para que por aquí se vea claro el esfuerzo y fructo que se sigue de revelar luego nuestras llagas al Padre espiritual. Hay en todas las órdenes de criaturas (como algunos dicen) muchos grados y diferencias. Por lo cual, como en aquella compañía de religiosos hubiese diferentes grados de aprovechamientos y espíritus, si el Padre entendía haber algunos amigos de ostentación en presencia de los seculares que venían al monesterio, curábalos desta manera. Hablábales palabras ásperas en presencia dellos, y mandábalos entender en los oficios más bajos de casa, con lo cual ellos quedaban tan curados, que si algunos seglares venían al monesterio, luego huían á gran priesa de la presencia dellos. Y así era alegre cosa ver cómo la vanagloria perseguía á sí misma, huyendo la presencia de los hombres que ella misma antes procuraba.

No quiso el Señor que me partiese de aquel monesterio sin viático y provisión de las oraciones de un sancto y admirable

varón llamado Mena, que tenía el segundo lugar después del Abad en el regimiento del monesterio, que fallesció siete días antes que yo me partiese, después de haber vivido cincuenta años en el monesterio y haber servido en todos los oficios dél. Celebrando pues nosotros tres días después de su fallecimiento el acostumbrado oficio de los defunctos por el ánima de tan grande Padre, súbitamente el lugar donde estaba su sancto cuerpo, fué lleno de un olor de maravillosa suavidad. Permitió pues aquel grande Padre que se descubriese el lugar donde el sagrado cuerpo yacía. Y esto hecho vimos todos que de sus preciosísimas plantas (como de dos fuentes) manaba un ungüento suavísimo. Entonces el Padre del monesterio volviéndose á todos dijo: Veis, hermanos, cómo los sudores de sus cansancios y trabajos fueron recibidos de Dios como un ungüento preciosísimo. Deste beatísimo Padre Mena nos contaban los Padres de aquel lugar muchas y grandes virtudes. Entre las cuales contaban ésta, que quiriendo el Padre del monesterio probar su paciencia, viniendo él una vez de fuera, y prostrado ante el Abad pidiéndole la bendición (según era de costumbre) él lo dejó estarse así prostrado en tierra dende el principio de la noche hasta la hora de los maitines. Y á aquella hora acudió á darle la bendición y levantarlo del suelo, reprehendiéndole como á hombre impacientísimo y que todas las cosas hacía por vanidad y ostentación. Sabía muy bien el sancto Padre cuán fuertemente él había de sufrir esto: por lo cual quiso dar este público ejemplo, para edificación de todos. Y un discípulo deste sancto Mena, que sabía muy por entero los secretos de su maestro (de que algunas veces nos daba parte) preguntándole yo curiosamente si por ventura vencido del sueño se había dormido estando así prostrado, afirmónos que estando así había rezado todo el Psalterio de David. No dejaré de entretejer en la corona de nuestra obra esta presente esmeralda. Moví yo una vez ante algunos de aquellos fortísimos ancianos una cuestión de la quietud de la vida solitaria. Y ellos con sereno y alegre rostro sonriéndose, me dijeron: Nosotros, oh Padre Juan, como hombres terrenos escogimos instituto y manera de vivir que no se levantase mucho de la tierra, entendiendo que conforme á la medida de nuestra enfermedad nos convenía escoger la manera de los peligros y batallas, paresciéndonos más seguro luchar con los hombres, que á tiempo

se encruelescen y á tiempo se amansan, que con los demonios, los cuales siempre contra nos están encarnizados y armados.

Otro de aquellos varones dignos de eterna memoria (como me amase mucho en el Señor y tuviese comigo estrecha familiaridad) con dulcísimo y alegre corazón me dió en pocas palabras una suma de toda la vida religiosa, diciendo así: Si verdaderamente (pues eres tan sabio) has bien penetrado la virtud de aquellas palabras del Apóstol que dijo: Todo lo puedo en Aquél que me conforta: y si juntamente con esto el Espíritu Sancto ha sobrevenido en ti con el rocío de la castidad y te ha hecho sombra con la virtud de la paciencia, ciñe como varón tus lomos con el lienzo de la obediencia, y levantándote de la cena de la quietud, lava con espíritu de contrición los pies de tus hermanos, ó (por mejor decir) derríbate á los pies de los hermanos con un corazón abjecto y humillado, y pon á la puerta de tu corazón velas y guardas muy severas. Trabaja también que tu ánima esté siempre fija y inmutable en este cuerpo tan movedizo, y que tenga una intelectual quietud entre los movimientos y discursos de esos miembros ligeros y movibles: y (lo que es sobre todos los milagros) procura en medio de los desasosiegos estar con ánimo quieto y reposado. Refrena la desvariada y furiosa lengua para que no se desmande en contradecir y porfiar, y pelea contra esta rabiosa señora setenta veces al día. Enclava en la cruz de tu ánima una dura yunque, la cual martillada muchas veces con injurias, escarnios, maldiciones y denuestos, persevere siempre entera, lisa, llana y sin moverse. Desnúdate de todas tus proprias voluntades como de una vestidura de confusión, y así desnudo comienza á correr por la carrera de la virtud. Vístete (lo que es muy raro y dificultoso de hallar) para entrar en esta batalla, una fina loriga de fe, la cual ningún tiro de infidelidad pueda romper ni falsar. Detén con el freno de la castidad el sentido del tacto, que desvergüenzadamente se suele desmandar. Reprime también (con la continua meditación de la muerte) la curiosidad de los ojos, para que no quieran á cada hora mirar vanamente la gracia ó la hermosura de los cuerpos. Refrena también con el perpetuo cuidado de ti mismo la curiosidad del ánimo, que descuidado de sí quiere siempre condenar al prójimo: antes procura siempre de mostrarle y usar con él de toda caridad y misericordia sinceramente. Porque en esto conoscerán to-

dos, oh amantísimo Padre, que somos discípulos de Cristo, si ayuntados en uno nos amáremos unos á otros. Aquí, aquí (me decía este buen amigo) aquí ven á estar juntamente con nosotros, y bebe á cada hora escarnios y vituperios así como agua viva: porque habiendo escudriñado el sancto Rey David todas cuantas cosas alegres había debajo del cielo, en cabo vino á decir: Mirad cuán buena cosa es y cuán alegre morar los hermanos en uno. Y si aun no habemos alcanzado este tan grande bien de paciencia y obediencia, no nos queda sino que conosciendo nuestra flaqueza, estemos en la soledad apartados desta batalla, y confesemos ser bienaventurados los guerreros que pelean en ella, y roguemos á Dios les dé paciencia. Confieso que fuí vencido con las palabras deste buen Padre y excelentísimo maestro, el cual con la autoridad del Evangelio y de los Profetas, y mucho más con la fuerza del amor sincerísimo, había contradicho mi parescer. De donde resultó que ya sin ninguna contradición de buena gana diese yo la ventaja y la victoria al estado de la obediencia.

Todavía me queda por contar una muy provechosa virtud de aquellos bienaventurados: y dicha ésta, como quien sale del paraíso, volveré á entrar en el zarzal de mi inútil y desgraciada doctrina. Estando nosotros un día en la oración, vió el sancto Padre ciertos religiosos que estaban entre sí hablando, los cuales mandó poner ante la puerta de la iglesia (aunque fuesen de los clérigos y más ancianos) y que por espacio de siete días se prostrasen en tierra á todos cuantos entrasen y saliesen por ella. Mirando yo una vez uno de los religiosos que estaba más atento que los otros en el cantar de los Psalmos, y que especialmente al principio de los himnos con la figura y semblante que mudaba, parescía que hablaba con otro, roguéle me dijese qué era lo que aquello significaba: y él (deseándome aprovechar) no me lo quiso encubrir, y así me dijo: Yo, Padre Juan, al principio del oficio divino suelo recoger con gran cuidado mi corazón y mis pensamientos, y llamándolos ante mí les digo: Venid, adoremos y prostrémonos ante Cristo nuestro Dios y nuestro Rey. Vi también allí un religioso que tenía cargo de mandar aparejar la comida á los hermanos, el cual traía colgada de la cinta un librico pequeño, en el cual escrebía cada día todos sus pensamientos y daba cuenta dellos á su pastor. Y no solo éste, mas otros muchos vi

hacer allí lo mismo: porque era esto (como después supe) mandamiento de aquel sancto pastor. Echó una vez el Padre fuera de la compañía de los religiosos á uno qne había maltratado de palabra á otro religioso, el cual perseveró siete días á la puerta del monesterio, pidiendo húmilmente el perdón y la entrada. Lo cual como supiese aquel estudioso guardador de las ánimas, y le dijesen que todos aquellos días no le habían dado de comer, mandóle decir que si quería morar en el monesterio, había de estar en la casa de los penitentes. Y como él aceptase esta condición, mandóle el Padre llevar á aquella casa donde estaban los que hacían penitencia por sus pecados: y así se hizo. Y porque se ha ofrescido ocasión de hacer mención deste lugar, la necesidad me obliga á decir algo dél. Estaba pues este lugar apartado por espacio de una milla del monesterio principal, y llamábase cárcel, y así estaba (como verdadera cárcel) desnudo de toda humana consolación. No se veía allí vapor de humo, no vino no aceite para comer, sino solamente pan y hierbas. En este lugar mandaba encerrar el Padre á todos los que después de su llamamiento habían pecado gravemente: de tal manera que no los sacaba de allí hasta que el Señor le avisase del perdón de sus yerros. Y no estaban todos juntos, sino apartados cada uno por sí, ó cuando mucho de dos en dos. Habíales puesto el Padre por presidente un grande y señalado varón, que se llamaba Isaac: el cual obligaba á todos aquellos que á su cargo estaban, á tener cuasi perpetua oración. Tenían también allí mucha abundancia de hojas de palmas, para ocuparse en algo y desterrar la pereza de aquel sancto lugar. Ésta es la vida, éste el estado y éste el propósito de los que de verdad buscan la cara del Dios de Jacob. Digna cosa es por cierto maravillarnos de los trabajos de los santos: mas trabajar por imitarlos, es lo que nos da salud.

Prosigue la doctrina de la obediencia, dando diversos avisos y documentos della.

§. III.

CUANDO siendo reprehendidos de nuestros mayores, nos afligimos y congojamos, traigamos á la memoria nuestros pecados: para que viendo el Señor el trabajo que él quiere que

padezcamos, juntamente nos descargue de los pecados y del trabajo que padescemos, y convierta nuestro dolor en alegría. Porque según la muchedumbre de los dolores de nuestro corazón, así sus consolaciones suelen alegrar nuestras ánimas. En este tiempo no nos olvidemos de aquél que dijo al Señor: ¡Cuántas y cuán grandes tribulaciones me distes, Señor, á sentir, y después vuelto á mí, me resucitastes y sacastes de los abismos de la tierra donde estaba caído! Bienaventurado aquél que provocado cada día con denuestos y injurias, sufre con paciencia, haciendo fuerza á sí mismo: porque este tal con los mártires se alegrará y con los ángeles será coronado. Bienaventurado el monje que en todas las horas del día se estima por merescedor de toda abjeción y confusión. Bienaventurado el que mortificó su propria voluntad hasta el fin de la vida, y entregó todo el cargo y providencia de sí á su espiritual maestro: porque este tal será colocado á la diestra de aquel Señor que fué obediente hasta la muerte. El que despide de sí la reprehensión justa ó injusta, la vida despidió de sí: mas el que la sufre con trabajo, ó sin trabajo, presto alcanzará perdón de sus pecados. Representa á Dios en lo íntimo de tu corazón la fe y caridad sincera que tienes con tu Padre espiritual, y él secretamente le descubrirá este afecto y amor tuyo para con él, para que de ahí adelante así te ame, y trate los negocios de tu salud con más estudio y atención. El que siempre está aparejado para descubrir todas las serpientes de los malos pensamientos, grande muestra de fe da de sí: mas el que las encubre en lo secreto de su corazón, mal encaminado va. Si alguno quisiere examinar la caridad y amor que tiene para con sus hermanos, mire si llora en las culpas dellos y si se alegra en sus gracias y aprovechamiento. El que es porfiado en llevar su parescer adelante (aunque sea verdadero) tenga por cierto que el demonio le mueve á ello: y si esto hiciere tractando con sus iguales, por ventura se emendará con la reprehensión de los mayores. Mas si esta pertinacia tuviere contra el parescer de los sabios, ya este mal no se podrá curar con sola arte humana. El que no es humilde en las palabras, no lo será en las obras: porque el que en lo poco es infiel, también lo será en lo mucho: y este tal no hará caso de la autoridad de los mayores, y así trabajará en vano, porque no sacará fruto, sino juicio del estado de la obediencia. Si alguno guarda su consciencia limpia,

viviendo en la subjeción del Padre espiritual, este tal esperará sin temor la muerte, como quien espera un sueño ó (por mejor decir) la vida, sabiendo que á la hora de la muerte no tanto pedirán cuenta á él cuanto al Padre espiritual. Si alguno sin ser forzado por obediencia recibió algún cargo ó administración, y en ella después (contra lo que él esperaba) se desmandó en algo, no atribuya la causa desta culpa á quien le dió las armas, sino á él que las tomó. Porque habiendo recibido armas para pelear con los enemigos, las volvió contra sí, y se atravesó el corazón con ellas. Mas si esto hizo forzado por obediencia, declarando primero su flaqueza, no se congoje: porque si cayere, no morirá.

No sé cómo se me había olvidado, oh amantísimos Padres, poneros delante este suavísimo pan de virtud. Vi allí algunos obedientes en el Señor, los cuales cada día entre sí se maltrataban con deshonras, injurias y ignominias: para que cuando por otra parte fuesen injuriados de veras, estuviesen ya con esta manera de esgrima y ejercicio apercebidos para recibirlas, como acostumbrados á no congojarse con ellas. El ánima que siempre piensa en la confesión de sus pecados, con este freno se aparta dellos: porque los pecados que huímos de confesar, solemos más fácilmente cometer, como cosa que se hace á escuras y sin temor de nadie. Cuando estando nuestro Padre absente lo figuramos y ponemos delante de nos, y hacemos cuenta que está mirando nuestra manera de conversar, de hablar, de comer y de dormir, y huímos en todas estas cosas lo que á él desagradaría, entonces creamos que de verdad habemos alcanzado una libre y sincerísima obediencia. Porque los mochachos perezosos y flojos suelen holgarse de la absencia del maestro: la cual los diligentes y industriosos suelen tener por grande daño. Pregunté á uno de aquellos muy aprobados varones cómo la virtud de la obediencia trae consigo á la humildad: á lo cual él me respondió: El devoto obediente, aunque tenga don de lágrimas, aunque resuscite muertos y aunque sea vencedor en todas las batallas, todo esto piensa que alcanzó por las oraciones de su Padre espiritual: y así queda libre de la vana hinchazón de la soberbia. Porque ¿cómo podrá gloriarse de aquellas cosas, las cuales él cree de cierto que no alcanzó por sí, sino por la ayuda de su Padre? No tiene el solitario esta manera de socorro: y por esto más derecho tiene contra

él la vanagloria, cuando le representa que por solo su trabajo alcanzó lo que tiene. Cuando el que está debajo de obediencia se escapare de dos lazos, conviene saber, desobediencia y soberbia, quedará perpetuo obediente y siervo de Cristo. Trabaja el demonio contra los obedientes, unas veces por ensuciar sus cuerpos con feos humores, otras veces por hacerlos duros de corazón, mal sufridos, secos,, infrutuosos, amigos de comer y beber, perezosos para la oración, tentados del sueño y cerrados de entendimiento: para que viéndose así (como gente que ningún fruto saca del instituto de la obediencia) los saque deste estado y los haga volver atrás: y no les deja mirar que (viéndose á tiempos en esta sequedad y pobreza por singular dispensación de Dios) se les da un gran motivo y materia de profundísima humildad. Muchas veces fué vencido el autor destos engaños con sufrimiento y paciencia: mas vencido este enemigo, luego tras dél se levanta otro con otra tentación contraria á ésta. Porque visto he yo muchos obedientes devotos, alegres, abstinentes, estudiosos y fervorosos, los cuales con el favor del Padre habían alcanzado esto y vencido muchas batallas: á los cuales acometieron los demonios diciéndoles que ya estaban dispuestos y hábiles para ir á la soledad, por la cual podrían llegar á la cumbre de la suma y suavísima quietud. Y persuadidos con este engaño, dejando el puerto seguro, se engolfaron en alta mar: y sobreviniéndoles alguna tempestad (como les faltaba piloto que los gobernase) miserablemente fueron tragados del sucio y salobre mar. Porque necesario es que se revuelva el mar y se turbe y embravezca, para que así torne á lanzar en la tierra toda la materia y basura que los ríos trajeron á ella: y así es también necesario que sea primero por muchas tempestades ejercitado y vejado el que del mundo entra en la religión, con los ejercicios de la vida monástica y disciplina del Padre espiritual: para que desta manera despida de sí toda la inmundicia de pasiones y proprias voluntades que del mundo trajo: y desta manera (si diligentemente lo miramos) hallaremos que después destas ondas y tempestades se suele seguir grande tranquilidad y bonanza. Y pasados estos ejercicios, podemos ya más seguramente pasar á la vida solitaria.

El que en unas cosas obedesce al Padre espiritual y en otras no, paresce que es semejante á aquél que unas veces pone alcohol en los ojos, y otras cal. Porque (como está escripto) si uno

edifica y otro destruye, ¿qué hacen sino trabajar en vano? No quieras, hijo (que por amor de Dios obedesces) engañarte con espíritu de soberbia, revelando tus culpas al maestro debajo de otra persona: porque no puede nadie librarse de la eterna confusión sin alguna confusión. Abre, desnuda y descubre al médico tu llaga: manifiéstala, y no te confundas. Mía es (di) esta llaga, mía esta herida, y la causa della fué, no la culpa de otro, sino la mía: nadie fué autor della, no hombre, no espíritu, no cuerpo, ni otra cosa tal, sino mi negligencia. Y cuando así te confesares, has de estar en la postura del cuerpo, y en la figura del rostro, y en los pensamientos como un reo sentenciado á muerte, puestos los ojos en tierra y (si fuere posible) prostrado con lágrimas ante el médico y maestro como ante los pies de Cristo. Suelen los demonios algunas veces incitarnos á que no nos confesemos, ó á lo menos á que hagamos esto en nombre de otros, como acusando á otros de algún pecado: á los cuales en ninguna manera conviene que obedezcamos. Si (como es cierto) la costumbre puede tanto, que todas las cosas penden della y se van tras ella, sin duda muy más poderosa será en el bien que en el mal, pues tiene un tan poderoso ayudador como es Dios. No quieras, oh hijo, desfallescer con el trabajo de muchos años, hasta que halles en tu ánima aquella bienaventurada quietud y paz á que todos caminamos. Y si al principio te ofresciste por amor de Dios de todo corazón á todo género de ignominias, no tengas por cosa indigna confesar con rostro y ánimo humilde todas tus culpas á tu ayudador y maestro, como si las confesases á Dios. Porque vi muchas veces algunos reos que con miserable hábito y con la fuerza de la vehemente confesión y suplicación ablandaron la severidad del juez y trocaron su dureza en misericordia. Por donde aquel glorioso precursor de Cristo (antes que baptizase los que á él venían) les pedía esta humilde confesión de sus culpas: para proveer mejor en su salud. Y no nos maravillemos, si después desta confesión somos combatidos y tentados: porque más vale pelear con la soberbia de la carne, que con la soberbia del espíritu. No corras luego, ni te muevas fácilmente cuando oyes contar las vidas de los Padres solitarios (que llaman Anacoritas) porque tú militas en el ejército de los mártires: y aunque te acaezca ser herido en la batalla, no luego has de salirte del ejército de los hermanos: porque entonces principalmente tenemos necesidad de médico,

cuando somos heridos. Porque el que teniendo ayudador tropezó y cayó: si éste le faltara, no sólo cayera, mas del todo peresciera. Cuando alguna vez desta manera caemos, luego los demonios se aprovechan desta ocasión, instigándonos á que huyamos las ocasiones y nos vayamos á la soledad: para que desta manera añada unas heridas á otras. Cuando acaesciere que nuestro médico clara y evidentemente se excusa con ignorancia ó insuficiencia de sus fuerzas, entonces será necesario buscar á otro. Porque sin ayuda de sabio médico pocos sanan. ¿Quién podrá negar sino que el navío regido por un buen piloto (si viniese á dar en una brava tormenta) del todo peresciera, si caresciera de tal gobernador?

De la obediencia (como arriba dijimos) nasce la humildad, y de la humildad la tranquilidad del ánimo. Porque el Señor (como el Profeta dice) se acordó de nosotros en nuestra humildad, y nos libró de nuestros enemigos. Por donde no será inconveniente decir que de la obediencia nasce la tranquilidad: pues por ella se alcanza la humildad (que es madre de la tranquilidad) porque la una es principio de la otra, como Moisén de la ley. Y después la hija perfeciona á la madre (esto es, la humildad á la obediencia) como María á la Sinagoga. Merescedores son sin duda de grande pena delante de Dios los que habiendo experimentado en sus llagas la sabiduría del médico (antes de estar perfectamente curados) lo desamparan y toman otro. No quieras, hijo, huir las manos de aquél que primero te ofresció á Dios: porque no hallarás otro en toda la vida á quien así reverencies como á él. No es cosa segura al soldado bisoño entrar luego en desafío, ni tampoco al religioso novicio (que no sabe aun por experiencia la condición de las pasiones y perturbaciones de su ánimo) pasarse á la soledad: porque así como aquél corre peligro en el cuerpo, así éste lo padescerá en el ánima. Más vale (dice la Escriptura) estar dos juntos que uno: y así es mejor estar el hijo juntamente con el Padre, para que con su ayuda y diligencia (entreveniendo la divina gracia) pueda pelear contra la fuerza de sus pasiones y mala costumbre. Y el que priva al discípulo desta providencia, es como el que priva al ciego de guía, y á la manada de pastor, y al niño de la providencia de su padre, y al enfermo del médico, y al navío de gobernador: lo cual no se puede hacer sin peligro de ambas las partes. Y el que sin ayuda de Padre quiere pelear contra los espíritus malos, maravilla será no venir á morir á ma-

nos dellos. Los que al principio de la enfermedad van á curarse á casa de los físicos, miren la cualidad de los dolores que padescen: y los que van á la casa de la obediencia, miren la humildad que tienen: porque en aquéllos la diminución de los dolores es señal de mejoría, y en éstos el acrescentamiento de la humildad y del menosprecio y reprehensión de sí mismos es indicio de salud. Séate la consciencia espejo en que mires la subjeción y obediencia que tienes: porque ella te dirá verdad. Los que viviendo en soledad están subjetos al Padre espiritual, á solos los demonios tienen por adversarios: mas los que viven en congregación, á los hombres y á los demonios. Y aquellos primeros como tienen al maestro siempre delante, guardan con más cuidado sus mandamientos: mas los otros como algunas veces los pierden de vista, más veces los traspasan. Mas con todo esto si fueren diligentes y sufridores de trabajos, suplirán esta falta con el sufrimiento de las injurias, y merescerán dobladas coronas. Con toda guarda miremos por nosotros mismos, aunque estemos en religión: porque muchas veces acaesce perderse también las naves en el puerto, especialmente aquellas que crían dentro de sí un gusano que las suele roer, que en nosotros es el vicio de la ira. Mientras estamos debajo de la mano de nuestro maestro, con sumo silencio confesemos nuestra ignorancia y á esto nos acostumbremos: porque el varón callado es hijo de la filosofía, y comunmente es de mucho saber. Vi una vez un religioso súbdito arrebatar la palabra de la boca de su maestro, dando á entender que él solo sabía todo, y desesperé de la subjeción déste, viendo que della sacaba más soberbia que humildad. Miremos con toda vigilancia y examinemos con toda diligencia cuándo y cómo se ha de anteponer el ministerio de los prójimos á la oración: porque no siempre se ha esto de hacer, sino cuando la obediencia ó la necesidad de la caridad lo pidiere. Mira también atentamente cuando estás en compañía de los otros hermanos, que no quieras parescer más sancto que ellos: porque dos males haces en eso: el uno, que turbas á ellos con esa falsa y fingida aparencia, y el otro, que tú sacas de ahí soberbia y arrogancia. Procura de ser en lo interior de tu ánimo diligente y solícito: mas no lo muestres exteriormente con el hábito ó con palabras y señales desacostumbradas: y esto debes hacer aunque no seas inclinado á despreciar y tener en poco los otros. Mas si eres inclinado á esto,

mucho más debes trabajar por ser en todo semejante á los hermanos y no diferenciarte vanamente dellos. Vi una vez un mal discípulo estar delante de los hombres vanamente gloriándose de las virtudes de su maestro: y paresciéndole que ganaba honra con la hacienda ajena, sacó de ahí deshonra: porque todos se volvieron á él y le dijeron: ¿Pues cómo tan buen árbol produjo ramo tan infrutuoso? No pensemos haber alcanzado ya la virtud de la paciencia, cuando sufrimos fuertemente las reprehensiones de nuestro Padre, sino cuando constantemente sufriéremos ser reprehendidos, y aun acoceados de todos los hombres. Porque al Padre sufrímoslo porque lo reverenciamos y le somos deudores desto por el cargo que tiene de nosotros. Bebe con suma alegría las reprehensiones y escarnios que cualquier hombre te diere á beber, no de otra manera que agua de vida: porque el que esto hace, te da una saludable purga con que despidas de ti todo regalo y lujuria. Porque sin duda con este brebaje nascerá en tu ánima una íntima y profunda castidad, y la luz hermosísima de Dios esclarescerá tu corazón. Ninguno descuidadamente se glorie dentro de sí mismo, cuando viere que su vida y ejemplo es notablemente provechoso á la congregación de sus hermanos: porque los ladrones están más cerca de lo que nadie piensa. Acuérdate que dijo el Señor: Después que hubiéredes hecho todas las cosas que os mandaren, decid: siervos somos sin provecho, lo que estábamos obligados á hacer, hecimos: y cuán delicadamente examine Dios en su juicio nuestros trabajos, á la hora de la muerte se verá. El monesterio es un cielo terrenal: y por esto tales procuremos de tener los corazones, cuales los tienen los ángeles que en el cielo sirven á Dios. Algunas veces los que están en este cielo, tienen los corazones como de piedra, otros como de cera: para que los unos por esta vía huyan la soberbia, y los otros se consuelen en sus trabajos. Poco fuego basta para ablandar una cera: y un poco de ignominia que se nos ofresce, llevada con paciencia bastó algunas veces para ablandar, y endulzar, y quitar toda la fiereza, toda la dureza y toda la ceguedad de un corazón. Vi una vez dos que estaban secretamente escuchando y mirando los trabajos y gemidos de un religioso que en esto se ejercitaba: pero el uno hacía esto con deseo de imitarlo, y el otro, á fin de que cuando se ofresciese tiempo, desdeñase dello en público y retrajese al siervo de Dios de su ejercicio. En lo cual verás cuán

diferentes hace nuestras obras el ojo de la intención que tenemos en ellas. No quieras ser indiscretamente callado, porque no seas desabrido á los otros con la pesadumbre de tu silencio: porque (como está escripto) tiempo hay de hablar, y tiempo de callar. Ni tampoco seas refalsado en tus palabras, ni querelloso ó criminoso cuando algo te hacen: porque esto es proprio de los perturbadores de la paz y de la concordia. Vi algunas veces las ánimas perescer por una flojedad y pesadumbre de vida, y otras por una aparente gravedad: y maravilléme de ver esta variedad en los vicios: de los cuales unos son claros y manifiestos y otros paliados con color de virtud. El que mora en compañía de religiosos, algunas veces no aprovecha tanto con el canto de los psalmos, cuanto con la oración secreta: porque muchas veces la atención del canto nos impide para que no alcancemos la virtud y entendimiento dellos. Batalla con todas tus fuerzas y reprime sin cesar y sin cansar la imaginación inquieta y derramada, recogiéndote dentro de ti mismo en todo tiempo, y más en el de la oración y de los oficios divinos: puesto caso que no pida Dios á los que viven debajo de obediencia, oración del todo quieta y sin ningún estruendo de pensamientos. No te entristezcas, si cuando oras, el enemigo se te entra sutilmente, y como ladrón secretamente te roba la atención del ánimo: sino esfuérzate y confía en Dios, si haces lo que es de tu parte, que es trabajar siempre por recoger los pensamientos que ligeramente corren de un cabo á otro: porque á los ángeles solamente es dado estar libres destos hurtos. El que secretamente está persuadido á no salir desta batalla hasta el postrer punto de la vida (aunque mil muertes de cuerpo y alma le cercasen) no es tan fácilmente combatido de pensamientos y fluctuaciones: porque estas dudas interiores y esta infidelidad y mudanza de lugares siempre suelen parir ocasiones de peligros y trabajos y guerra de pensamientos. Los que son inclinados y fáciles á andar mudando lugares, viven muy errados: porque ninguna cosa suele impedir tanto el fruto de nuestro aprovechamiento como este linaje de mudanzas hechas con facilidad y temeridad.

Si encontrares con algún médico no conoscido, ó con alguna oficina de medicina espiritual, mira diligentemente (como un caminante curioso) y examina secretamente todo lo que allí vieres: y si hallares por medio destos oficiales y ministros algún socorro

ó remedio para tus enfermedades (especialmente para la hinchazón de la soberbia, que tu procuras evacuar) allégate seguramente, y véndete allí por el oro de la humildad, y haz carta de venta firmada con la mano de la obediencia, llamando por testigos á los sanctos ángeles, en presencia de los cuales rompe la escriptura de tu propria voluntad: para que desposeído de ti, seas de aquéllos que te han de curar y mejorar. Porque si dejado este lugar y sosiego por tu propria voluntad: andas de un lugar á otro, ya pierdes el fructo deste contrato, y el precio por que Cristo te redimió. Por tanto haz cuenta que el monesterio es tu monumento ó tu sepulcro: y la memoria dél te debe amonestar que ninguno sale del monumento hasta la común resurreción de todos. Y si algunos salieron (como se hizo en la resurrección de Cristo) piensa cómo después murieron, y ruega tú al Señor no te acaezca á ti espiritualmente lo mismo. Cuando los flacos y perezosos sienten que les mandan cosas graves, entonces suelen alabar la virtud de la oración: mas cuando les mandan cosas fáciles, entonces huyen della como de fuego.

Hay algunos que estando ocupados en algún oficio ó ministerio, por la consolación ó edificación del hermano interrumpen el oficio para acudir á su necesidad espiritual: y hacen bien. Mas otros hay que hacen esto por pereza, y otros también por vanagloria, diciendo que quieren darse á cosas espirituales. Los cuales borran el bien que hacen, con la mala intención con que lo hacen.

Prosigue la misma materia de obediencia con diversos ejemplos y documentos.

§ IV.

Si estás en algún linaje de vida y ves claramente que los ojos de tu ánima están del todo sin luz y sin aprovechamiento, trabaja lo más presto que pudieres por salir desa manera de vida y pasar á otra más aprobada. Verdad es que el malo en todo lugar es malo, así como el bueno en todo lugar es bueno: puesto caso que no deje de ayudar ó desayudar la condición del lugar para esto. Palabras injuriosas y afrentosas muchas veces en

el mundo fueron causa de muertes y de discordias: mas en las religiones la gula y regalo en comer y beber fué causa del perdi miento dellas. Y si tú trabajares por sojuzgar esta rabiosa señora, en todo lugar tendrás quietud y reposo: mas si ella tuviere señorío sobre ti, en todo lugar padescerás peligro. El Señor alumbra los ojos ciegos de los obedientes, para ver las virtudes de sus maestros: y Él mismo los ciega, para que no vean sus defectos. Lo contrario de lo cual hace el demonio enemigo de todo bien. Séanos, oh hijos, ejemplo y forma de obediencia el argento vivo (que llaman azogue) el cual aunque esté debajo de cualesquier otros materiales, siempre está puro y libre de cualquier mixtura sucia: y así conviene que esté siempre nuestra ánima, aunque se derrame y envuelva en todos los negocios de la obediencia. Los que son cuidadosos y solícitos en la guarda de sí mismos, miren muy bien que no juzguen á los descuidados y flojos: porque no sean por esto más gravemente condenados que ellos. Porque por eso pienso que es alabado Job de justo, porque viviendo en medio de los malos, no se halla que los juzgase. Siempre habemos de trabajar por tener el ánimo quieto y libre de perturbaciones: pero señaladamente cuando nos ponemos á cantar y orar, porque entonces principalmente trabajan los demonios por impedir nuestra oración por esta vía.

Aquél sin duda meresce ser tenido por verdadero ministro de Dios, que teniendo el cuerpo en la tierra y tratando con los hombres, con el ánima está en el cielo por oración. Las injurias, agravios y menosprecios en el ánima del obediente son amargas como el acíbar: mas las alabanzas y honras y buena reputación (en los que andan á caza destas cosas) son dulces como la miel: mas pero con todo esto el acíbar purga las heces de los malos humores: mas la miel acrescienta la cólera. Creamos seguramente á los que tienen cargo de nosotros, aunque algunas veces nos manden cosas que así á prima faz parezcan ser contrarias á nuestro propósito y aprovechamiento: porque entonces la fe que para con ellos tenemos, se examina en la fragua de la humildad: y éste es el mayor argumento de la lealtad que tenemos para con ellos, si mandándonos cosas contrarias á lo que esperábamos, sin escrúpulo les obedescemos.

De la obediencia (como ya dijimos) nasce la humildad, y de la humildad la discreción (como alta y elegantemente lo prueba

el gran Casiano en el sermón que escribió de la discreción) y por la discreción se infunde en el ánima una lumbre clarísima: la cual algunas veces (por especial don de Dios) llega á conoscer y proveer las cosas futuras. ¿Quién pues no correrá con alegre ánimo por este camino de la obediencia, viendo que trae consigo tanta abundancia de bienes? Desta singular virtud decía aquel excelente cantor: Aparejaste, Señor, por la dulzura de tu sanidad la dulzura de tu mesa y de tu presencia en el corazón del pobre: que es el verdadero obediente y humilde. Nunca jamás en toda la vida caya de tu memoria aquel gran siervo de Dios, que en todos deciocho años nunca con las orejas exteriores oyó de su maestro esta palabra, Dios te salve: el cual con las interiores cada día oía del Señor, no Dios te salve (que es palabra incierta y de futuro) sino, ya eres salvo. Algunos de los desobedientes cuando ven la facilidad y blandura del Padre espiritual, trabajan por inclinar su voluntad á lo que ellos quieren. Sepan éstos, pues, que pierden la corona de la obediencia: porque obediencia es perfecta renunciación de la propria voluntad y de todo este artificio y fingimiento. Hay algunos que recibido el mandamiento, cuando entienden que no es conforme al gusto y intención del que lo manda, no lo quieren cumplir: y otros hay que aunque barrunten ser otra la intención, todavía obedescen simplemente á las palabras. Aquí es de ver quién déstos obedesció más perfectamente. Y paresce que aquél que no miró tanto á las palabras cuanto á la voluntad y intención. No es posible que el diablo sea contrario á sí mismo (y esto te persuadan los que negligentemente viven en la soledad ó en el monesterio) á los cuales cuando el demonio incita á mudar lugares so color de virtud, no es porque ha mudado la voluntad, sino por engañarlos más sutilmente. Y por esto, cuando somos importunamente tentados á que pasemos á otro lugar, tomemos esto por indicio de nuestro aprovechamiento: porque si allí no aprovechásemos, no seríamos tan tentados del enemigo para que salgamos de allí.

No quiero ser encubridor malo, ni disimulador inhumano, callando en este lugar lo que sería maldad callar. Juan Sabaíta, excelente varón y de mí muy amado, me contó cosas admirables de oir y dignísimas de contar. Y que este varón esté libre de pasiones, y lejos de toda mentira, y así en obras como en palabras limpio, yo soy dello buen testigo, por la experiencia que dél

tengo. Él pues me dijo lo que se sigue. Había en mi monesterio, que es en Asia (porque de allí había venido este sancto varón) un viejo negligentísimo y muy destemperado. Lo cual no digo yo agora por condenarle, sino por dar testimonio de la verdad. Tenía pues éste un discípulo mozo llamado Acacio, el cual no se en qué manera lo hubo. Era este mozo simple de ánimo y voluntad, pero en el seso y en la razón prudentísimo: el cual padesció tantos trabajos con este viejo, que parescerían increíbles si los quisiese contar: porque no sólo lo maltrataba con injurias y deshonras y ignominias, sino con castigo de manos cuasi cuotidiano. Mas el mozo sufría todo esto no como insensible, sino como quien entendía lo que esto le importaba. Pues como yo lo viese cada día en tanta miseria y tratado como un esclavo, encontrándome con él muchas veces le decía: ¿Qué es esto, hermano Acacio, cómo te va hoy? Él luego me señalaba con el dedo un ojo cárdeno y hinchado, otras veces una herida en la cerviz, y otras, otra en la cabeza. Y yo sabiendo que él era obrero de paciencia, decíale: bien está, bien está: sufre varonilmente, que al cabo verás el fruto. Habiendo pues pasado nueve años debajo de la obediencia de aquel cruel y áspero viejo, fallesció desta vida y fué sepultado en el cimiterio de los Padres. Pasados cinco días después de la muerte, vino este maestro de Acacio á un gran viejo que allí moraba, y díjole: Padre, Acacio es muerto. Como esto oyese el sancto viejo, respondióle: verdaderamente, Padre, no me persuadirás eso. Dijo entonces el otro: pues ven, y verlo has. Luego se levantó el sancto viejo, y fué con él al cimiterio, y dió una voz como si hablara con él cuando estaba vivo (el cual verdaderamente vivía en el cielo) diciendo: Hermano Acacio, ¿por ventura eres muerto? Entonces el sancto obediente (que aun después de la muerte mostraba su obediencia) respondió dende el sepulcro diciendo: ¿Cómo puede ser, Padre, que muera hombre dado á la obediencia? Entonces aquel viejo que poco antes se llamaba su maestro, espantado de lo que oyó, cayó en tierra lleno de lágrimas, y pidió al Abad del monesterio le diese licencia para edificar una celda par de aquella sepultura. Y viviendo ya allí templadamente, decía siempre á los Padres: homicida soy. Otra cosa me contó este sancto varón como quien la contaba de otro: y no era otro, sino él mismo, como después lo averigué. Otro mancebo fué dado por discípulo en el mismo monesterio de Asia

á un monje manso y benigno. Pues como viese el discípulo que el viejo lo honraba y trataba mansamente (que es cosa peligrosa para muchos) pensando prudentemente lo que le convenía, rogó al viejo le diese licencia para irse, lo cual fácilmente alcanzó: porque el viejo tenía otro discípulo. Partióse pues dél con una carta de favor y crédito á un monesterio que estaba en la región de Ponto. Y la primera noche que entró en el monesterio, vió en visión ciertas personas que le pedían cuenta de su vida. Y después de aquel terrible y temeroso examen diéronle á entender que debía cien libras de oro. Y despertando él, y entendiendo la visión, dijo: Pobre Antioco (porque así se llamaba él) grande deuda tienes á cuestas y mucho tienes que pagar. Desta manera estuve (dijo él) tres años en el monesterio, obedesciendo á todos sin diferencia, menospreciándome todos y injuriándome como á peregrino y extranjero: porque no había allí otro monje extranjero sino yo. Pasados tres años torné otra vez á ver en sueños una persona: la cual me dijo que diez libras de toda aquella suma estaban ya pagadas. En despertando entendí la visión y dije: ¿No he pagado hasta ahora más que diez libras? ¿pues cuándo acabaré de pagar lo que queda? Entonces dije yo á mí mismo: pobre Antioco, necesidad tienes de sufrir más trabajos y ignominias. Entonces comencé á fingirme bobo y tonto, sin dejar por eso de cumplir alguna cosa del cargo que tenía. Y viéndome los Padres servir en tal orden y con tal alegría, echábanme á cuestas todas las mayores cargas y trabajos del monesterio con poca piedad. Y como yo perseverase trece años en este instituto y manera de vida, vi otra vez á los que antes me habían aparescido: los cuales me dijeron que toda la deuda estaba ya pagada por entero. De donde cada vez que los Padres me trataban ásperamente, luego me acordaba desta deuda: y así lo sufría todo con paciencia. Esta historia me contó aquel sapientísimo Juan como en persona de otro, y por eso se puso por sobrenombre Antioco: mas verdaderamente era él mismo. El cual rompió y borró la escritura de sus deudas con el mérito de la paciencia.

Agora quiero contar cuán grande haya sido la virtud de la discreción que este sancto viejo alcanzó por el mérito de su obediencia. Estando él una vez asentado en el monesterio del sancto Saba, llegáronse á él tres religiosos mozos, deseando ser discípulos suyos: los cuales el Padre recibió en su casa con muy ale-

gre rostro y les hizo toda la caridad y buen tratamiento que pudo, deseando recrearlos del trabajo del camino. Pasados los tres días díjoles el viejo: Perdonadme, hermanos, porque soy un mal hombre, y no puedo recibir á ninguno de vosotros. Ellos no se escandalizaron con esto, porque conoscían bien la sanctidad y obras del viejo. Pero como después de muchos ruegos no pudiesen acabar con él que los recibiese, prostrados ante sus pies le pidieron que á lo menos les diese una regla de vivir y enseñase en qué lugar y cómo hubiesen de morar. Otorgóles esto el viejo: porque sabía que pidían esto con ánimo humilde y aparejado para obedescer, y así dijo á uno dellos: Quiere el Señor, hijo, que vivas en lugar solitario debajo de la subjeción de algún Padre espiritual. Al otro dijo: ve, y vende tus proprias voluntades, y ofréscelas á Dios, y tomando tu cruz á cuestas, vive en algún monesterio de religiosos, y así ternás un tesoro guardado en el cielo. Al tercero dijo: Escribe en tu corazón y abraza perpetuamente con toda eficacia aquella palabra del Salvador que dice: Él que persevera hasta la fin, será salvo. Y si te fuere posible, ve, y busca una guía y maestro de tus ejercicios, el más áspero y más pesado que pudieres hallar en todo el linaje de los hombres, debajo del cual persevera, bebiendo siempre reprehensiones y menosprecios como leche y miel. Al cual respondió el religioso: Padre, y si éste fuere negligente, ¿qué haré? Respondió él: aunque lo veas fornicar, no te apartes dél: sino vuelto á ti mismo di: Amigo ¿á qué veniste? Y luego verás deshacerse con esto la hinchazón de tu soberbia y amansarse el furor de tu ira.

Trabajemos con todas fuerzas todos los que tememos á Dios, porque no se nos pegue alguna malicia, ó astucia, ó aspereza, ó maldad en la escuela de la virtud: por las cuales cosas se impida nuestra carrera: porque suele esto muchas veces acaescer, procurándolo así nuestro adversario. Porque los enemigos del rey no se arman contra los labradores, ó marineros, ó personas tales, sino contra aquéllos que han sido armados caballeros por el rey, y han recibido dél el escudo, y la espada, y el arco, y la vestidura militar: contra estos tales se encruelescen y á estos procuran dañar: y por esto no debe el varón religioso descuidarse. Vi muchas veces algunos niños de maravillosa simplicidad y hermosura ir á las escuelas á estudiar y aprender sabiduría: los cuales en lugar desto sacaron astucia y malicia, que se les pegó de la mala

compañía de los otros. El que tiene juicio lea y entienda esto. Imposible es que los que aprenden un arte con todo estudio y diligencia, no aprovechen en ella cada día: mas unos hay que conoscen su aprovechamiento, y otros que por dispensación de Dios no lo conoscen. Muy buen cambiador ó mercader es aquél que cada día por la tarde cuenta sus pérdidas y sus ganancias: lo cual no se puede bien saber, si cada hora no apuntare en un memorial todas sus faltas: porque cuando esto se hace todas las horas del día, fácilmente se conosce por ahí toda la cuenta del día. El loco, cuando es reprehendido y condenado, aflígese y congójase: y por poner silencio al que le reprehende, prostrado á sus pies pide perdón, no por humildad, sino por ahorrar trabajo. Mas tú cuando fueres reprehendido, calla, y recibe ese cauterio de tu ánima, ó (por mejor decir) esa lumbrera de castidad: y cuando el médico acabare de quemar, entonces húmilmente le ruega que te perdone, porque en medio del fervor de la reprehensión por ventura no aceptara tu penitencia. Los que vivimos en los monesterios, todas las horas nos conviene pelear: pero especialmente contra dos enemigos, conviene saber, ira y gula: porque estos dos vicios tienen más lugar en la compañía que en la soledad. Suele el demonio á los que viven en la humildad de la subjeción causar un deseo grande de las virtudes que no pueden alcanzar: y por el contrario, á los que viven en soledad hace desear otras virtudes ajenas y que no pertenescen á su propósito. Examina diligentemente el ánimo de los malos súbditos, y hallarás en ellos un pensamiento derramado y engañado, un gran deseo de soledad, y de grandes ayunos, y de continua oración, y de sumo menosprecio del mundo, y de una perpetua memoria de la muerte, y de continua compunción, y de perfecta mortificación de la ira, y de altísimo silencio y excelentísima castidad. Las cuales cosas les hace el demonio algunas veces desear, para que so color deste bien los haga pasar á la vida solitaria, no estando aun maduros y dispuestos para ella. Por lo cual el mismo demonio les hizo desear estas cosas antes de tiempo: para que no perseverasen en la compañía del monesterio, ni alcanzasen esto cuando fuese tiempo. Mas por el contrario, á los que viven vida solitaria pone delante la gloria de los obedientes, el cuidado de los huéspedes y peregrinos, el amor de los hermanos, la dulzura de la conversación familiar, el servicio de los enfermos, y otras

cosas que no pertenescen tanto á su estado, para hacer también á éstos instables como á los otros. Pocos sin duda son los que viven como conviene en la soledad: y solos aquéllos son, que notablemente son recreados con la divina consolación para el sufrimiento de los trabajos y para victoria de las batallas.

Para acertar á escoger maestro conveniente y examinar la cualidad de tus pasiones y inclinaciones, si te sientes inclinado á lujuria y deleites del cuerpo, busca un Padre que no sepa qué cosa es tener cuenta con el vientre, y no que haga milagros, ni que esté aparejado para recebir siempre huéspedes en casa: porque no se te haga esta hospedería materia y ocasión de gula. Si eres duro de cerviz y soberbio, busca Padre ferviente y duro, no manso ni blando. No busquemos Padres que con espíritu profético alcancen las cosas advenideras: mas principalmente los escojamos humildes, y tales, que sus costumbres y habitación sea conveniente para la cura de nuestras enfermedades. Trabaja por imitar aquel justo Abaciro (de quien arriba hecimos mención) porque éste es muy buen medio para obedescer promptamente, si pensares dentro de ti que el Padre te quiere probar en todas las cosas: porque nunca en esto te engañarás. Si siendo continuamente reprehendido del Padre, mientra más te reprehende más fe sientes en tu ánima con él, conjectura es muy grande que el Espíritu Sancto mora en ti invisiblemente, y que la virtud del Altísimo te hace sombra. No te glories ni alegres, si sufres con paciencia las ignominias: sino antes llora porque heciste cosas dignas de ignominia y indignaste contra ti el ánimo del Padre. Una cosa te quiero decir de que te maravilles, y mira no dudes della, porque tengo á Moisén por defensor desta sentencia. Aunque sea verdad que de su naturaleza sea mayor culpa pecar contra Dios que contra el hombre, pero en alguna manera se puede decir que es más peligroso pecar contra el Padre espiritual que contra Dios. Porque si provocamos á Dios á ira, nuestro Padre lo aplacará (como hizo Moisén á Dios cuando el pueblo pecó contra el mismo Dios) mas si ofendemos á nuestro Padre, no tenemos quién nos reconcilie con Dios: como no lo hizo el mismo Moisén cuando contra él pecaron Datán y Abirón, los cuales perescieron por falta de reconciliador. Miremos y examinemos con mucha atención y vigilancia qué es lo que debemos hacer en cada tiempo: porque algunas veces cuando somos reprehendidos de nues-

tro pastor, nos conviene callar y sufrir alegremente, y otras veces conviene dar razón de lo que hecimos. A mí parésceme que debemos siempre callar en todas las cosas que redundan en alguna ignominia nuestra: porque entonces es tiempo de ganar: mas en las cosas que redundan en injuria de otro, conviene dar razón, por la obligación que á esto nos pone el vínculo de la paz y de la caridad. Todos aquéllos que se salieron de la obediencia, te podrán muy bien declarar la utilidad della: porque entonces pudieron muy bien conoscer el cielo donde estaban, cuando se vieron fuera dél. Aquél que camina á Dios y procura alcanzar la perfecta quietud del ánima, tenga por gran detrimento pasársele algún día sin sufrir alguna ignominia ó palabra áspera. Porque así como los árboles que son muy combatidos de grandes vientos, echan siempre más hondas las raíces, así los que están debajo de obediencia tienen las raíces de la virtud más profundas, por los combates que siempre padescen. El que morando en soledad y no siendo hábil para ella, conoció su inhabilidad y se entregó á la obediencia, este tal siendo ciego, abrió los ojos, y sin trabajo vió á Cristo. Estad, estad (otra vez tornó á decir) estad, hermanos, los que corréis y los que lucháis, oyendo lo que aquel sabio de vosotros dice: Así como el oro examinó el Señor los justos en la fragua, ó (por mejor decir) en los trabajos de la vida monástica, y recibiólos en su seno así como un perfecto holocausto.

Anotaciones sobre el capítulo precedente.

En este capítulo habrás notado, cristiano lector, cuán alto sea el estado de la obediencia, cuán seguro y de cuánto merescimiento. Porque entre otras excelencias que tiene, una dellas es (como dice Sancto Tomás) que las obras comunes de las otras virtudes morales hace obras de religión, que es la más excelente de todas ellas: porque cumplir el hombre el voto y la promesa que hizo á Dios, pertenesce á esta soberana virtud. Libra tambien al hombre de infinitas perplejidades y congojas: porque á lo menos ya está cierto que no puede errar el hombre en obedescer: pues obedescer al hombre que está en lugar de Dios, es obedescer al mismo Dios, según aquello que Él mismo dice: Quien á vosotros oye, á mí oye, y quien á vosotros desprecia, á mí des-

precia. Y esta certidumbre no la tiene el hombre en todas las otras obras buenas que hace, por no saber de cierto (ya que la obra sea buena) si es dado á él entender en ella: porque no es de todos hacer todo lo que es bueno, especialmente cuando excede nuestras fuerzas: como es la obra de enseñar, ó de tener cargo de otros &c. Por donde dice un grave Doctor que más querría él cojer pajas del suelo por obediencia, que entender en otras obras grandes por su propria voluntad. Mas con todo esto no deben de tomar de aquí ocasión las mujeres devotas (que viven en el mundo) para dar la obediencia tan estrechamente á sus Padres espirituales ó confesores, que no quieran dar un paso sin ellos. Porque aunque esto de suyo sea bueno (y tales podrían ser las circunstancias así de la edad como de los otros requisitos para esto, que fuese convenible hacerse) mas con todo esto si alguna dellas faltase, podría el demonio so color de virtud hacer lo que siempre hace (cuando estas amistades son muy estrechas) que es, encender con su soplo los carbones y dar malos y desastrados fines á lo que se comenzó con buenos principios. Por esto nadie se debe poner en este peligro (que es muy grande y muy colorado) aunque no por esto se excluye el tomar consejo en cosas graves y escrupulosas con los Padres espirituales: porque sin éste pocas cosas suceden bien.

También aquí podrás notar una provechosísima y muy loable costumbre que tenían los Padres en aquel tiempo en que tanto florescía la disciplina de la vida monástica, que era, probar y ejercitar á los que de nuevo venían á la religión con muchas maneras de reprehensiones, castigos, vejaciones y trabajos. Y esto hacían no un año ni dos, sino muchos años: con las cuales cosas ejercitaban y hacían aprovechar en la devoción, y en el fervor del espíritu, y en la virtud de la humildad, y de la obediencia, y de la mortificación de las pasiones, y abnegación de sí mismos, y señaladamente en la paciencia, que es la que más descubre la fineza de la virtud y de la discreción. Pluguiese á Dios que esto también se platicase agora en nuestros tiempos: porque desta manera muy más puro y cendrado sería lo que quedaría en las religiones. Lo cual tanto más convenía hacerse agora, cuanto más dificultoso es en estos tiempos expeler de la religión al que ya una vez recebistes. Y si preguntares qué ocasión había entonces para tantas maneras de ignominias y vejaciones como aquí se piden

(pues dice este sancto Doctor que tenga el religioso por grande detrimento pasársele algún día sin sufrir algo desto) puédese responder aquí que en aquel tiempo una de las maneras religiosas de vivir que había (según arriba se dijo) era estar dos discípulos ó uno debajo de la disciplina y corrección de un Padre viejo: el cual también le servía en todos los servicios de casa y de fuera de casa de la manera que un siervo sirve á su señor. Por donde así como el señor á cada paso tiene ocasión para reñir, y reprehender, y castigar á su siervo (por no hacer las cosas tan á su voluntad) así también aquellos maestros tenían esta misma ocasión muchas veces al día. Y así unos por la aspereza de su natural condición, y otros por ejercicio de virtud, usarían de estas ocasiones para tratar ásperamente sus discípulos. Y por ser esto cosa muy ordinaria en aquel tiempo, era necesario que nuestro autor cargase tanto la mano, encaresciendo y encomendando la virtud de la paciencia, así para que el discípulo no cayese con la carga y volviese atrás, como para no perder materia de tan grande aprovechamiento como ésta es. Y dado caso que en nuestros tiempos no tengan los religiosos esta ocasión de virtud tan frecuente, mas puédenla tener los novicios con sus maestros, y los siervos con sus señores, y las mujeres con sus maridos (cuando son ásperos y mal acondicionados) porque el sufrimiento de estas cosas (demás de ser de grande merescimiento) es ocasión de grandísimo aprovechamiento. Y así he visto yo por experiencia algunas mujeres casadas que por este medio subieron á un muy alto grado de perfección, más de lo que nadie podrá creer.

También por la doctrina deste capítulo y aun de todo este libro entenderás bien cuánto más robusta era la virtud de aquellos tiempos, que la de éstos: porque agora lo que más se platica es tener una lágrima, un poquito de gusto de Dios y algún poco de oración, ó algún otro espiritual ejercicio. Y esto es á lo que más se extiende la virtud de muchos. Y aunque la oración sea tan provechosa y tan loable como es, mas no ha de ser sola, sino acompañada con el ejercicio de las otras virtudes, y especialmente con la mortificación de la propria voluntad y de las otras pasiones, para lo cual ella principalmente sirve. Porque así como para labrar el hierro no basta ablandarlo con el calor de la fragua, si no acudimos con el golpe del martillo para darle la figura que queremos: así no basta ablandar nuestro corazón con

el calor de la devoción, si no acudimos con el martillo de la mortificación para labrar en nuestra ánima, y quitarle los siniestros que tiene, y figurar en ella las virtudes que ha menester. En lo cual paresce que en aquellos tiempos estuvo la disciplina de la virtud como en su juventud, y que agora está en su vejez (como en mundo que se envejesce) pues entonces extendía sus manos á cosas fuertes, y agora, rehusando éstas, ó dándose menos á ellas (pues vemos el día de hoy tan poco de esta mortificación en los estudiosos de la virtud) anda buscando cosas que sean de menos trabajo y de más gusto y deleite. Por donde con mucha razón exclamó Salomón en el principio de aquel su abecedario, diciendo: Mujer fuerte ¿quién la hallará? Como si dijera: Muchas ánimas hallaréis devotas y religiosas, que huelgan de rezar, y meditar, y confesar, y comulgar, y ayunar, y leer por buenos libros, y tratar de Dios, y dar un pedazo de pan por su amor: y dado que todo esto sea bueno, y muy bueno, mas con todo esto, mujer fuerte (que es ánima fuerte) ¿quién la hallará? Fuerte para vencer la naturaleza, para domar la carne, para quebrantar la propria voluntad, para crucificar las pasiones, para romper con el mundo, para reirse de sus juicios, para poner debajo de los pies todos sus ídolos, para recibir con alegre cara los trabajos, para reirse en las injurias, y confiar en los peligros, para no levantarse con las cosas prósperas, ni enflaquecerse con las adversas, y para andar siempre solícito, fervoroso, y diligente en todas las cosas del servicio de Dios y bien de los prójimos, olvidado de su proprio interese: esta manera de fortaleza ¿quién la hallará? Esta manera de espíritu y de vida ¿dónde está? No se halla esta mercadería tras cada cantón, ni en cada tienda, sino de muy lejos es el precio de ella. Pues ésta es la manera de virtud que en aquellos tiempos se usaba y platicaba, que en los de agora corre menos.

CAPÍTULO Y ESCALÓN V.

De la perfecta penitencia.

PENITENCIA es una manera de renovación del sancto bautismo. Penitencia es otro nuevo concierto de vida con Dios. Penitente es comprador de humildad. Penitencia es repudio perpetuo de toda consolación corporal. Penitencia es un corazón descuidado de sí mismo, por el continuo cuidado de satisfacer á Dios: el cual siempre se está acusando y condenando. Penitencia es hija de la esperanza y destierro de la desesperación. Penitente es reo libre de confusión, por la esperanza que tiene en Dios. Penitencia es reconciliación del Señor mediante las buenas obras contrarias á los pecados. Penitencia es purificación de la consciencia. Penitencia es sufrimiento voluntario de todas las cosas que nos pueden dar pena. Penitente es oficial de trabajos y tormentos proprios. Penitencia es una fuerte aflición del vientre y una vehemente afiición y dolor del ánima. Todos los que habéis ofendido á Dios, venid de todas partes, y juntaos, y oid, y contaros he cuán grandes cosas para edificación vuestra descubrió Dios á mi ánima. Pongamos en el primero y más honrado lugar desta narración las obras penitenciales de aquellos venerables trabajadores que voluntariamente tomaron estado y hábito de siervos amenguados. Oyamos, miremos y obremos los que fuera de nuestra esperanza caímos, conforme á lo que viéremos en este dechado. Levantaos y asentaos los que por la culpa de vuestras maldades estáis caídos, y oid atentamente todas mis palabras, y inclinad vuestros oídos los que deseáis por verdadera conversión volveros á Dios.

Pues como oyese yo pobre y falto de virtud que era grande y muy extraño el estado y humildad de aquellos sanctos penitentes que moraban en aquel monesterio apartado (que se llamaba cárcel, de que arriba hecimos mención, el que estaba cerca del otro monesterio más principal) rogué á aquel santo Padre me hiciese llevar allá, para ver lo que allí pasaba. Concedióme

él esto benignamente, no queriendo entristescer mi ánima en alguna cosa. Pues como yo viniese al monesterio, ó (por mejor decir) á la región de los que lloran, vi ciertamente (si es lícito decir) cosas que el ojo del negligente no vió, y la oreja del descuidado no oyó, y en el corazón del perezoso no cupieron: vi (digo) palabras, ejercicios y cosas poderosas para hacer fuerza á Dios y para inclinar su clemencia con gran presteza. Porque algunos de aquellos sanctos reos vi estar las noches enteras al sereno velando hasta la mañana. Y cuando eran combatidos y cargados de sueño, hacían fuerza á la naturaleza sin querer tomar descanso: antes reprehendían y injuriaban á sí mismos, y así también despertaban á los otros sus compañeros, mirando al cielo dolorosamente y pidiendo de allí el socorro con gemidos y clamores. Otros vi que estaban en la oración atadas las manos atrás á manera de presos y reos, y inclinando hacia la tierra sus rostros amarillos, decían á voces que no eran dignos de levantar los ojos al cielo, ni hablar con Dios en la oración por la confusión de su consciencia, diciendo que no hallaban ni de qué, ni cómo hacer oración, y así ofrescían á Dios sus ánimas calladas y enmudescidas, llenas de tinieblas y confusión. Otros vi que estaban asentados en el suelo cubiertos de ceniza y de cilicio, escondiendo el rostro entre las rodillas, dando en tierra con la frente. Otros vi estar siempre hiriéndose los pechos: los cuales parescía que arrancaban el ánima del cuerpo con grandes sospiros. Entre éstos había algunos que rociaban el suelo con lágrimas, y otros que miserablemente se lamentaban porque no las tenían. Muchos dellos daban grandes alaridos sobre sus ánimas (como se suele hacer sobre los cuerpos de los muertos) no pudiendo sufrir el angustia de su espíritu. Otros había que bramaban en lo íntimo de su corazón, reteniendo dentro de sí el sonido de los gemidos, y algunas veces no pudiendo contenerse, súbitamente reventaban dando voces. Vi allí algunos que en la figura del cuerpo, y en los pensamientos, y en las obras parescía que estaban como alienados y atónitos, y hechos como mármoles por la grandeza del dolor, cubiertos de tinieblas, y vueltos cuasi insensibles para todas las cosas desta vida, los cuales habían ya sumido sus ánimas en el abismo de la humildad y secado las lágrimas de los ojos con el fuego de la tristeza. Otros vi estar allí asentados en tierra tristes, abajados los ojos, y meneando

muchas veces las cabezas, y arrancando gemidos y bramidos á manera de leones de lo íntimo de su corazón. Entre éstos había algunos que llenos de esperanza, buscando la perfeta remisión de sus pecados, hacían oración. Otros con una inefable humildad se tenían por indignos de perdón, diciendo que no eran bastantes para dar cuenta de sí á Dios. Unos había que pedían ser aquí atormentados, porque en la otra vida hallasen misericordia: y otros había que cargados y quebrantados con el peso de la consciencia, decían que les bastaría ser librados de los tormentos eternos, aunque no gozasen del reino de Dios, si esto fuera posible. Vi allí muchas ánimas humildes y contritas, y con el grande peso de la penitencia inclinadas y abajadas al suelo, las cuales hablaban y decían tales palabras á Dios, que pudieran con ellas mover á compasión aun las mismas piedras: porque desta manera puestos los ojos en tierra decían: Sabemos muy bien, sabemos que de todos los tormentos y penas somos merescedores, y con mucha razón: porque no somos bastantes para satisfacer por la muchedumbre de nuestras deudas, aunque juntásemos todo el mundo á que rogase por nosotros. Y por tanto solo esto pedimos, solo esto oramos, por solo esto con toda la atención de nuestro ánimo, Señor, te suplicamos que no nos arguyas en tu furor, ni nos castigues con tu ira, ni nos atormentes conforme á las justísimas leyes de tu juicio, sino más blanda y misericordiosamente. Porque ya nos contentaríamos con quedar libres de aquella espantosa y terrible amenaza tuya, y de aquellos tormentos ocultos y nunca vistos ni oídos: porque no osamos pedirte que del todo seamos libres de trabajos y penas. Porque ¿con qué rostro, ó con qué animo nos atreveremos á esto, habiendo quebrantado nuestra profesión y ensuciádola después de aquel primero y misericordiosísimo perdón?

Allí por cierto, oh dulcísimos amigos, allí viérades las palabras de David puestas por obra: viérades unos hombres cargados de tribulaciones y miserias, y encorvados continuamente andar tristes todos los días, echando hedor de los cuerpos ya medio podridos con el mal tratamiento que les hacían: los cuales como vivían sin cuidado de su propria carne, á veces se olvidaban de comer su pan, y otras lo juntaban con ceniza y mezclaban el agua con gemidos. Los huesos se les habían pegado á la piel, y ellos se habían secado como heno. Ni oyérades entre

ellos otras palabras sino éstas: Ay, ay: miserable de mí, miserable de mí: justamente, justamente: perdona, Señor, perdona, Señor. Y otros decían: Apiádate, apiádate, Señor. Muchos dellos viérades allí que tenían las lenguas sacadas afuera á manera de perros sedientos: otros que se estaban atormentando y quemando al resistidero del sol: y otros por el contrario, que se afligían con muy recio frío. Otros había que gustaban un poquitico de agua por no secarse de sed, y con solo esto se contentaban, sin beber todo lo que les era necesario. Otros asimismo comían un poquito de pan, y arrojaban lo demás diciendo que no eran merescedores de comer manjar de hombres, pues habían vivido como bestias. Entre tales ejercicios ¿qué lugar podía tener allí la risa, ó la palabra ociosa, ó la ira, ó el furor? Apenas sabían si entre los hombres había ira: en tanta manera el oficio de llorar había apagado en ellos la llama del furor. ¿Dónde estaba allí la porfía? ¿dónde el alegría desordenada? ¿dónde la vana confianza? ¿dónde el regalo y cuidado del cuerpo? ¿dónde siquiera un humo de vanagloria? ¿dónde la esperanza de deleites? ¿dónde memoria del vino? ¿dónde el comer de las frutas, y el regalo de la olla cocida, y el apetito y deleites de la gula? De todas estas cosas no había allí memoria ni esperanza. Mas ¿por ventura congojábalos el cuidado de alguna cosa terrena? ¿Por ventura entendían en juzgar allí los hechos de los hombres? Nada desto hallárades allí, sino todo su estudio era llamar al Señor, y sola la voz de la oración entre ellos se oía.

Unos había que hiriendo fuertemente los pechos, como si ya estuvieran á las mismas puertas del cielo, decían al Señor: Ábrenos, piadoso Juez, la puerta, ábrenos ya, que nosotros con nuestros pecados la cerramos. Otro decía: Muéstranos, Señor, tu rostro y seremos salvos. Otro decía: Aparesce, Señor, á estos pobrecillos que están en tinieblas de muerte. Otro decía: Presto, Señor, seamos prevenidos con vuestras misericordias: porque estamos muy empobrescidos. Algunos otros decían: ¿Por ventura el Señor tendrá por bien enviar su luz sobre nosotros? ¿Por ventura nuestra ánima ha llegado ya á acabar de pagar esta deuda intolerable? ¿Por ventura volverá el Señor otra vez á tener contentamiento de nosotros, ó le oiremos alguna vez decir á los que están presos, salid libres, y á los que están asentados en el infierno de las tinieblas, recibid luz?

Tenían la muerte siempre ante los ojos, y unos á otros preguntaban y decían: ¿Qué os paresce que será, hermanos, qué fin será el nuestro? ¿Qué sentencia será aquélla? ¿Por ventura nuestra oración ha podido llegar ya ante la presencia del Señor, ó ha sido con razón desechada y confundida dél? Y si llegó á Él ¿qué tanto pudo? ¿cuánto le aplacó? ¿cuánto aprovechó? ¿cuánto obró? Porque salida de cuerpos y labios tan sucios, poca fuerza había ella de tener. ¿Por ventura los ángeles de nuestra guarda habrán ya acercádose á nosotros, ó están todavía lejos? Pues si ellos no se nos acercan, inútil y sin fruto será todo nuestro trabajo: porque no tendrá nuestra oración ni virtud de confianza, ni alas de limpieza, con que pueda llegar á Dios, si los ángeles que tienen cargo de nos, no la toman y se la ofrescen. Algunas veces se preguntaban unos á otros y decían: ¿Por ventura aprovechamos algo, hermanos? ¿Por ventura alcanzaremos lo que pedimos? ¿Por ventura nos recibirá el Señor y nos recogerá en su seno como antes? A esto respondían los otros: ¿Quién sabe, hermanos (como dijeron los Ninivitas) si el Señor revocará su sentencia, y alzará la mano de su azote de nos? Nosotros á lo menos no dejemos de hacer lo que es de nuestra parte, y si Él nos abriere la puerta, bien está: y si no, bendito sea Él que justamente nos la cerró. Nosotros perseveremos llamando hasta el fin de nuestra vida, para que vencido Él con nuestra perseverancia nos abra la puerta de su misericordia: porque benigno es y misericordioso. Con estas y otras semejantes palabras se despertaban y incitaban al trabajo diciendo: Corramos, hermanos, corramos, porque necesario es correr y mucho correr, pues caímos de aquel tan alto estado de nuestra compañía. Corramos, hermanos, y no perdonemos á esta sucia y mala carne, sino crucifiquémosla, pues ella primero nos crucificó. Esto es lo que aquellos bienaventurados decían y hacían.

Tenían hechos callos en las rodillas del continuo uso de la oración: los ojos estaban desfallescidos y hundidos dentro de sus cuencas, y los pelos de las cejas caídos. Las mejillas tenían embermejescidas y quemadas con el ardor de las lágrimas hervientes que por ellas corrían. Las caras estaban flacas, y amarillas, y como de muertos. Los pechos tenían lastimados con los golpes que en ellos se daban, y á algunos les salía la saliva de la boca mezclada con sangre. ¿Dónde estaba allí el regalo de la

cama y la curiosidad de las vestiduras? Todo estaba roto, y sucio, y cubierto de piojos y pobreza. ¿Qué comparación hay entre estos trabajos y los de aquéllos que son atormentados de los demonios, ó de los que lloran sobre los muertos, ó de los que viven en destierro, ó la pena de los parricidas y malhechores? Todos estos tormentos que contra su voluntad padescen los hombres, son muy pequeños, comparados con las penas voluntarias que estos sanctos padescían. Mas pídoos, hermanos, que no tengáis por fabuloso esto que aquí decimos. Rogaban estos sanctos varones algunas veces á aquel gran juez (el pastor digo del monesterio) que era un ángel entre hombres, que les mandase echar cadenas de hierro al cuello y á las manos, y los metiese de pies en un cepo, y no los sacase de allí hasta que los llevasen á la sepultura.

Mas cuando se llegaba ya la hora postrera de la muerte, era cosa terrible y lastimera ver lo que allí pasaba. Porque cuando veían á uno estar ya para expirar, mientras tenía el juicio entero se ponían los otros al derredor dél llorando, y con un hábito y figura miserable y muy más tristes palabras meneaban las cabezas, y preguntaban al que partía, diciéndole: ¿Qué es eso, hermano? ¿cómo se hace contigo? ¿Qué dices, qué esperas, qué sospechas? ¿Alcánzaste lo que con tanto trabajo buscabas? ¿Llegaste donde deseabas? ¿Has conseguido tu esperanza? ¿Tienes firme confianza en Dios, ó estás aun todavía vacilando? ¿Alcanzaste verdadera libertad de espíritu? ¿Sentiste por ventura alguna luz en tu corazón, ó estás aun todavía lleno de tinieblas y confusión? ¿Ha sonado en tus oídos aquella voz de alegría qne pedía David, ó por ventura te paresce que oyes la otra que dice: Vayan los pecadores al infierno, ó: atado de pies y manos echaldo en las tinieblas exteriores, ó: sea quitado el malo para que no vea la gloria de Dios? ¿Qué dices, hermano? Dinos (rogámoste) para que por este medio podamos conjeturar lo que nos está aparejado. Porque tu plazo es ya llegado y nunca lo volverás más á recobrar: pero nuestra causa está pendiente. A esto respondían unos diciendo: Bendito sea el Señor, que no permitió que cayésemos en los dientes de nuestros enemigos. Otros gemiendo decían: ¿Por ventura pasará nuestra ánima el agua intolerable y el encuentro de los espíritus deste aire? Lo cual decían ellos considerando cuán incierto sea, y cuán terrible, y cuán para temer aquel

divino juicio. Otros más tristemente respondían diciendo: ¡Ay de aquella ánima que no guardó su profesión entera y limpia, porque en esta hora entenderá lo que le está aparejado!

Pues como yo viese y oyese estas cosas, poco faltó para no caer en alguna grande desesperación, poniendo los ojos en mi regalo y negligencia, y comparándola con la afición de aquellos sanctos. Pues ¿cuál era (si pensáis) la figura y manera del lugar donde estaban? Toda era escura, hedionda, sucia y desgraciada, y finalmente tal, que merescía bien el nombre que tenía de cárcel. De manera que la figura sola del lugar era maestra de lágrimas y de perfecta penitencia á quienquiera que la mirase. Mas sin duda las cosas que á otros parescen dificultosas y imposibles, se hacen fáciles y agradables á los que se acuerdan de cómo cayeron de la virtud y riquezas espirituales que poseían. Porque el ánima que despojada de la primera vestidura de la caridad, cayó de la esperanza que tenía de alcanzar aquella bienaventurada paz y tranquilidad, y perdió el sello de la castidad, y fué despojada de las riquezas de la gracia y de la divina consolación, y quebrantó aquel asiento que con Dios tenía capitulado, y secó aquella hermosísima fuente de lágrimas, cuando se acuerda de tan grandes pérdidas como éstas, es herida y compungida con tan extraño dolor, que no sólo recibe con toda alegría y esfuerzo estos trabajos que dijimos, mas aun procura por crucificarse y despedazarse con la violencia destos ejercicios, si en ella queda alguna centella viva de verdadero temor y amor de Dios. Y tales eran por cierto las ánimas destos bienaventurados, los cuales revolviendo en su corazón la alteza de la virtud y estado de donde habían caído, acordámonos (decían) de la felicidad de aquellos días antiguos y de aquel fervor de espíritu con que servíamos á Dios. Y así clamaban al Señor diciendo: ¿Dónde están aquellas antiguas misericordias tuyas, las cuales tan de verdad tuviste por bien mostrar á nuestras ánimas? Acuérdate, Señor, de la mengua y trabajo de tus siervos. Otro con el santo Job decía: ¡Quién me pusiese agora en aquel estado en que yo viví los primeros días, en los cuales me guardaba Dios, cuando resplandescía la candela de su luz sobre mi corazón, y con ella andaba yo entre tinieblas! Desta manera, trayendo á la memoria sus antiguas virtudes y ejercicios, lloraban como unos niños, diciendo: ¿Dónde está aquella pureza de oración? ¿Dónde

aquella confianza con que iba acompañada? ¿Dónde aquellas dulces lágrimas que agora se nos han vuelto en amargura? ¿Dónde la esperanza de aquella purísima y perfectísima castidad, y de aquella beatísima quietud que esperábamos alcanzar? ¿Dónde aquella fe y lealtad para con nuestro pastor? ¿Dónde aquella oración que hacíamos tan eficaz y tan poderosa? Perescieron todas estas cosas, y como si nunca fueran vistas desfallescieron. Y diciendo estas cosas con grandes lamentaciones y gemidos, unos rogaban al Señor que entregase sus cuerpos á todos los trabajos para que fuesen atormentados en esta vida: otros, que les diese algunas grandes enfermedades: otros, que los privase de la vista de los ojos y que quedasen hechos un espectáculo miserable á todos: otros, que viniesen á ser toda la vida contrechos y mendigos, con tal que fuesen librados de los tormentos eternos.

Prosigue la materia de la penitencia, dando muchos documentos della.

§ II.

Yo, Padres míos, no sé cómo me dejé estar muchos días entre aquellos santos penitentes, y arrebatado y suspenso en la admiración de cosas tan grandes no me podía contener. Mas volviendo al propósito donde salí, después de haber estado treinta días en aquel lugar, volvíme con un corazón cuasi para reventar al principal monesterio y á aquel gran Padre, el cual como vió mi rostro tan demudado y cuasi como atónito, entendiendo él la causa desta mudanza, díjome: ¿Qué es esto, Padre Juan? ¿Viste las batallas de los que trabajan? Al cual yo: Vi (dije) Padre, vi, y quedé espantado: y tengo por más dichosos á los que así se lloran después de haber caído, que á los que nunca cayeron, y no se lloran así: pues á aquéllos su caída les fué ocasión de una segurísima y beatísima resurrección. Así es por cierto (dijo él) y añadió más aquella santa y verdadera lengua. Estaba aquí habrá diez años un religioso muy solícito y diligente, y tan grande trabajador, que como yo le viese andar con tanto fervor, comencé á haber miedo á la invidia del demonio y á temer no tropezase en alguna piedra el que tan ligeramente corría,

lo cual suele acaescer á los que caminan apriesa. Y así fué como yo lo temía. Veis aquí, pues, donde se viene á mí, y desnúdame su herida, busca el emplasto, pide cauterio y angústiase grandemente. Y viendo que el médico no quería tratarle rigurosamente (porque la culpa era digna de misericordia) echóse en el suelo, y tomóle los pies, y regándolos con muchas lágrimas pidió que le condenasen á aquella cárcel, diciendo que era imposible dejar de ir á ella. ¿Para qué más palabras? Finalmente acabó con su fuerza que la clemencia del médico se convirtiese en dureza, que es cosa desacostumbrada y mucho para maravillar en los enfermos. Corre pues á este lugar, y añádese por compañero de los que lloraban, y hácese participante de su tristeza, y herido gravemente en el corazón con el cuchillo del dolor (el cual había afilado el amor de Dios) tan grande pena recibió por haberle ofendido, que ocho días después que allí estuvo, dió el espíritu al Señor. Al cual yo como á merescedor de toda honra traje á este monesterio, y lo sepulté en el cimiterio de los Padres. Y no faltó á quien el Señor descubrió que aun no se había levantado de mis viles y sucios pies, cuando el misericordioso Señor le había perdonado. Lo cual no es mucho de maravillar: porque tomando él en su corazón aquella misma fe, esperanza y caridad de la pública pecadora, con las mismas lágrimas regó mis viles pies: con las cuales también alcanzó este mismo perdón. Ya me ha acaescido ver en este mundo algunas ánimas sucias que servían á los amores del mundo cuasi hasta perder el seso: las cuales tomando ocasión de penitencia de la experiencia deste amor, trasladaron todo su amor en Dios, y abrazándole con una insaciable caridad alcanzaron perdón de sus pecados, como aquélla á quien fué dicho: Perdonáronle muchos pecados porque amó mucho. Bien sé, oh admirables Padres, que algunos habrá á quien estas cosas sobredichas parezcan increíbles, y á otros dificultosas de creer, y á otros que sean ocasión de desesperación: mas al varón fuerte estas cosas más son estímulo y saetas de fuego que encienden el fervor concebido en su corazón. Otros habrá que aunque no se enciendan tanto como éstos (por no ser tales como ellos) mas con todo eso conosciendo por aquí su flaqueza y cofundiéndose y avergonzándose con este ejemplo alcanzarán verdadera humildad: y así alcanzarán el segundo lugar después déstos, y quizá los igualarán. Mas el varón negligente no oiga

estas cosas que habemos dicho: porque por ventura no deje de hacer eso poco que hace con demasiada desconfianza, y se cumpla en él lo que el Señor dijo: Al que no tiene, conviene saber, alegría y promptitud de ánimo, eso poco que tiene le quitarán. Verdad es que los tales no sólo de aquí, mas de cuantas cosas pueden toman ocasión para favorescer su negligencia.

Sepamos todos los que habemos caído en el lago de la maldad, que nunca de ahí saldremos, si no nos sumiéremos en el abismo de la humildad, que es proprio de los penitentes. Mas aquí es de notar que una es la humildad triste de los que lloran, y otra la de los que pecan cuando los reprehende su consciencia, y otra es la que obra Dios en el ánima de los varones perfectos, que es una rica y alegre humildad. Y no curemos de explicar con palabras esta tercera manera de humildad, porque en vano trabajaremos: mas de la segunda manera de humildad suele ser indicio el sufrimiento y la paciencia en las injurias. Algunas veces las lágrimas dan motivo á la presunción que nos tiente y tiranice: y no es esto de maravillar, por la ocasión que tiene en este don. De las caídas de los hombres y de los juicios de Dios que en esta parte hay, nadie podrá dar entera razón: porque esta materia excede toda la facultad de nuestro entendimiento. Porque algunas caídas vienen por negligencia nuestra, otras por un desamparo de Dios (que con una maravillosa y sabia dispensación permite caer el hombre, como permitió caer al príncipe de los Apóstoles) y otras hay también que vienen por castigo de Dios merescido por nuestros pecados. Mas un Padre me afirmó que las caídas que vienen por aquella piadosa providencia de Dios, en poco tiempo se restauran: porque no permitirá Él que perseveremos mucho tiempo en el mal que para nuestro provecho permitió. Todos los que caímos trabajemos ante todas las cosas por resistir al espíritu de la tristeza desordenada: porque ésta suele acudir al tiempo de la oración para impedirla, privándola de aquella nuestra primera confianza. No te turbes si cada día caes y te levantas, sino persevera varonilmente: porque el ángel de la guarda tendrá respeto á eso y mirará tu paciencia. Cuando la llaga está fresca y corriendo sangre, fácil es el remedio: mas la que está ya vieja y cuasi afistolada, dificultosísimamente sana, y esto no sin gran trabajo, ni sin cauterio, hierro y fuego. Muchas llagas hay que el tiempo hace incurables;

mas á Dios ninguna cosa es imposible. Antes de la caída nos hacen los demonios á Dios muy piadoso, y después della muy duro y riguroso. No obedezcas al que después de la caída (haciendo tú penitencia y ocupándote en buenas obras por pequeñas que sean) te dice que es nada todo cuanto haces por razón de la culpa pasada: porque muchas veces acaesce que algunos pequeños servicios y presentes bastaron para mitigar la ira grande del juez, y así las buenas obras por pequeñas que sean, aplacan á Dios, especialmente cuando proceden de gran caridad y humildad de corazón. El que de verdad se aflige y castiga por sus pecados, todos los días que no llora tiene por perdidos, aunque en ellos por ventura haga algunas buenas obras: porque su principal intento es hacer penitencia. Ninguno de los que se afligen con lágrimas de penitencia piense luego que estará seguro al fin de la vida: porque lo que está incierto nadie lo puede tener por cierto. Concédeme, Señor (dice el Profeta) que sea yo refrigerado, conviene saber, con el testimonio de la buena consciencia, antes que desta vida parta. Este testimonio está donde está el Espíritu Sancto, y donde está una profunda y perfecta humildad: de lo cual nadie puede tener cierta seguridad. Mas los que sin estas dos virtudes salen desta vida, no se engañen, porque todavía tienen que lastar. Los que sirven al mundo no mueren con esta consolación que los buenos tienen: mas algunos hay que ejercitándose en limosnas y obras de piedad, conoscen el provecho desto al fin de la jornada. El que entiende en llorar y hacer penitencia de sus pecados, debe andar tan ocupado en este negocio, que no tenga ojos para ver las lágrimas, ni las caídas, ni los negocios de los otros. El perro que es mordido de alguna fiera, suele embravescerse contra ella ferocísimamente con el dolor de la herida: y así suele el verdadero penitente embravescerse contra su propria carne y contra el demonio que lo hirieron: y de aquí suele nascer el mal tratamiento y odio sancto contra sí mismo. Miremos no nos acaezca que el dejar de reprehendernos la consciencia no proceda más de falsa confianza que de la propria inocencia. Uno de los grandes indicios que hay de estar sueltas ya las deudas, es tenerse el hombre siempre por deudor. Ni por esto es razón desconfiar: porque ninguna cosa hay mayor ni igual que la misericordia de Dios: por lo cual con sus proprias manos se mata el que desespera. También es señal de diligente

y solícita penitencia, si de verdad nos tuviéremos por merescedores de todas las tribulaciones que nos vinieren, así visibles como invisibles, y de muchas más. Después que Moisén vió á Dios en la zarza, volvió á Egipto (que es las tinieblas del mundo) á entender en los ladrillos y obras de Faraón: mas después desto volvió á la zarza que había dejado, ó (por mejor decir) al monte de Dios. Asimismo aquel grande Job de rico se hizo pobre: mas después de empobrescido le fueron dobladas las riquezas. Quien entendiere el misterio que aquí está encerrado, nunca jamás desesperará. La caída de los que han sido negligentes después de su llamamiento, muy peligrosa es: porque enflaquesce la esperanza de alcanzar aquella quietísima tranquilidad y paz que se halla en Dios, á donde tiran todos nuestros intentos. Mas los tales por muy bien librados se tendrían, si se viesen salidos de la hoya en que cayeron. Mira diligentemente y considera que no siempre volvemos al lugar de do salimos por el camino que salimos, sino á veces por otro más corto. Vi yo dos religiosos que en un mismo tiempo y de una misma manera caminaban: de los cuales el uno (aunque era viejo) trabajaba mucho: mas el otro (que era su discípulo) llegó más presto que él, y entró primero en el monumento de la humildad. La cual llamo monumento, porque por ella desea el verdadero humilde ser sepultado, anihilado y no conoscido en los corazones de los hombres. Y la causa de haber éste llegado más presto fué, porque eso que hacía, hacía con mayor fervor, pureza y diligencia. Guardémonos todos, y especialmente los que caímos, no vengamos á dar en el error de Orígenes (que á los malos es muy agradable) el cual encaresciendo demasiadamente la divina misericordia, derogó á la verdad y rectitud de su palabra y de su justicia. En mi meditación, ó (por hablar más claro) en mi penitencia es razón que arda el fuego de la oración, el cual queme todo lo que le fuere contrario. Finalmente, por concluir esta materia, si deseas hacer verdadera penitencia, séante ejemplo, y dechado, y forma de verdadera penitencia aquellos sanctos reos de que antes hecimos mención. Y esto te excusará el trabajo de leer muchos libros: hasta que amanezca en tu casa la luz de Cristo hijo de Dios, el cual resuscite tu ánima con la perfecta y estudiosa penitencia.

Anotaciones sobre el capítulo precedente.

Aquí puedes muy bien ver, cristiano lector, de la manera que hacen penitencia aquéllos á quien Dios infundió espíritu de verdadera y perfecta penitencia, y abrió los ojos con su divina luz para ver la hermosura del mismo Dios, la fealdad del pecado, el engaño del demonio, la vanidad del mundo, el rigor del juicio divino, el horror de las penas del infierno, la excelencia de la virtud, con todo lo demás. Porque del conoscimiento que Dios en el ánima infunde destas cosas, nasce este tan grande sentimiento y penitencia. Y aunque esto por una parte parezca increíble, considerada la flaqueza humana, por otra parte no lo es, considerada la virtud divina y el espíritu de la penitencia verdadera. Porque si á la caridad pertenesce realmente y con efecto amar á Dios sobre todo lo que se puede amar, y dolerse del pecado sobre todo lo que puede doler (por perderse por él Dios, que así como es el mayor bien de los bienes, así perder á Él es el mayor mal de los males) ¿qué mucho es tener tan grande sentimiento por un tan grande mal como éste es, para quien conosce lo que es? Porque si vemos cada día los extremos que hacen algunas mujeres por las muertes de sus maridos, y algunas madres por las de sus hijos, y otros por otras cosas (por las cuales vienen á caer en cama, y aun morir de pena, y á veces á matarse con sus proprias manos) ¿qué maravilla es que un ánima que con lumbre del cielo entiende cuánto mayor bien le era Dios que todos estos bienes, y cuánto más perdió en perder este bien que en todo lo al, haga todos estos extremos (si así se pueden llamar) por la pérdida de un tan grande bien? ¿Qué mucho es hacerse más por lo que es mejor y más amado, que por lo que tanto menos es y menos amado? Nuestra negligencia hace parescer increíbles estas penitencias: porque ellas de suyo no lo son.

Por aquí también conoscerás cuáles sean las penitencias que hacen hoy día los cristianos: pues tan lejos están de parescerse con éstas ni en la fuerza del dolor, ni en el rigor de la satisfación. Mas no por eso debe nadie desconfiar y desmayar del todo viendo esto. Porque los santos en todas las cosas fueron extremados

y aventajados á todos los otros hombres, así en la alteza de la vida como en la perfección de la penitencia. Por donde así como no desmayamos leyendo sus vidas, así tampoco lo debemos hacer leyendo sus penitencias: porque así como no estamos obligados de necesidad á imitarlos en la perfección de lo uno, así tampoco en la de lo otro. Mas con todo eso utilísimamente se nos proponen sus ejemplos y vidas y el rigor de sus penitencias, para tres efectos muy principales. El primero, para que por aquí veamos la virtud de la gracia, que en subjetos tan flacos obró tan grandes maravillas, y que así también las obraría en nosotros, si nos dispusiésemos para ella. El segundo, para que nos encendamos y despertemos á hacer algo de lo que en ellos vemos: pues aunque seamos flacos y para poco, no nos faltará ni el mismo favor, ni el mismo Señor que á ellos no faltó. El tercero, para que ya que no llegamos á esto, á lo menos siquiera nos confundamos, humillemos y avergoncemos de ver lo que somos y lo que hacemos, comparado con lo que ellos hicieron. La cual consideración destierra de nuestra ánima toda vana hinchazón y soberbia, y acarrea la humildad, fundamento de todas las virtudes. El cual provecho es tan grande, que le falta poco para llegar al segundo, como en este mismo capítulo está dicho. Éste es el fructo que debemos sacar destas lecturas, y para esto se nos proponen, y no para desmayar ni desconfiar leyéndolas.

CAPÍTULO Y ESCALÓN VI.

De la memoria de la muerte.

Así como antes de la palabra precede la consideración, así antes del llanto la memoria de la muerte y de los pecados. Por lo cual guardaremos esta orden, que antes del llanto trataremos de la memoria de la muerte. Memoria de la muerte es muerte cuotidiana, que es morir cada día. Memoria de la muerte es perpetuo gemido en todas las obras. Temor de la muerte es propriedad natural que nos vino por el pecado de la desobediencia. Tremor vehemente de la muerte es indicio grande de no estar aun los pecados del todo perdonados. Esta manera de temor no tuvo Cristo, aunque receló la muerte: para significar en esto la condición de la naturaleza que había tomado. Así como entre todos los manjares es muy necesario y provechoso el pan, así entre todas las maneras de consideraciones es muy provechosa la de la muerte. La memoria de la muerte hace que los que viven en monesterios se ejerciten en trabajos y asperezas, y que tengan un dulce deseo y apetito de padescer injurias por amor de Dios. Mas á los que viven en soledad apartados de todos los desasosiegos del mundo, hace que dejados todos los otros cuidados, insistan en una perpetua oración y guarda diligentísima de sus ánimas: las cuales virtudes son madres y hijas desta virtud, porque nascen de la memoria de la muerte y ayudan á ella misma. Porque cuanto el hombre está más libre de las otras pasiones y cuidados, tanto más dispuesto está para pensar en su muerte: y cuanto más en ella piensa, tanto más se descuida de todo lo demás. Así como está clara la diferencia que hay entre el estaño y la plata para los que saben algo desto (aunque tengan entre sí tan grande semejanza) así también está clara á los ojos de los sabios la diferencia que hay entre el temor natural de la muerte y el que no es natural: esto es, entre el que procede de la naturaleza ó de los pecados. Y una de las grandes señales que hay para conoscer cuándo es provechosa la memoria de la muerte, es la abnegación de nuestra propria voluntad y el perder la afición de las cosas visibles. Muy loable es aquél que

todos los días espera la muerte: mas aquél es sancto, que todas las horas la desea. Verdad es que no todo deseo de la muerte es digno de ser loado: porque hay algunos que vencidos con la fuerza de la costumbre, continuamente pecan: y por eso desean la muerte con humildad por no pecar más. Otros hay que no quieren hacer penitencia, y por esto llaman la muerte con desesperación. Y otros, que movidos con espíritu de caridad, desean salir deste cuerpo por verse con Cristo. Dudan algunos por qué causa siéndonos tan provechosa la memoria de la muerte, no quiso el Señor que supiésemos la hora della: no mirando cuán maravillosamente ordenó Él esto para nuestra salud. Porque ninguno (si supiese la hora cierta de su muerte) recibiría luego el baptismo, ó entraría en religión: sino (gastando primero todo el tiempo de su vida en maldades y pecados) cuando viese acercarse la hora de su partida, entonces correría al baptismo y á la penitencia, después de haber envejescídose por tan grande espacio en los vicios: y así su penitencia no sería loable, pues no era tanto virtuosa cuanto necesaria. Tú que lloras por tus pecados, no des oídos á aquél can que te hace á Dios muy blando y muy misericordioso: porque esto hace por echar de tu ánima ese llanto que tienes y ese tan seguro temor. Mas entonces solamente debes encarescer y prometerte la misericordia de Dios, cuando te vieres tentado de desesperación. El que por una parte trabaja por traer dentro de sí mismo la memoria de la muerte y del juicio divino, y por otra se entrega á los cuidados del mundo, es semejante á aquél que estando nadando, quiere dar palmas con ambas las manos. La memoria de la muerte cuando es poderosa y eficaz, quita el apetito de los manjares: los cuales húmilmente quitados, también se quitan ó enflaquescen las pasiones con ellos. La falta de la contrición y del dolor ciega los corazones, y la abundancia de los manjares seca la fuente de las lágrimas. La sed y las vigilias quebrantan la piedra de nuestro corazón, y quebrada ésta saltan las aguas vivas. Duras parescen estas cosas á los amigos de la gula, y increíbles á los negligentes: mas el varón ejercitado probará estas cosas alegremente, y después que las haya probado, alegrarse ha con ellas. Mas el que no las ha probado, quedará triste: porque padescerá trabajos y dificultades en estos ejercicios, hasta que la costumbre de trabajar le haga dulces los trabajos. Así como los Padres determinan

que la perfecta caridad hace al hombre perseverante en el bien y lo libra de pecado (por la gran virtud que tiene) así yo también determino que el perfecto sentimiento de la muerte libra al hombre de todo vano temor: porque el tal no teme sino lo que es razón de temer. Muchos son los actos y ejercicios interiores de nuestro espíritu, como son, enderezar la intención á Dios en todas las cosas que hacemos, memoria de Dios, memoria del reino de los cielos, memoria de la presencia divina (según el Profeta que dijo: Traía yo siempre al Señor delante de mis ojos) memoria de las intelectuales y soberanas virtudes (que son los ángeles) memoria de la muerte y de los encuentros que se siguen después della, y de la sentencia del juez, y de los tormentos del purgatorio y del infierno. Las primeras destas cosas son grandes: mas las postreras ayudan grandemente para no caer en pecado.

Un monje de Egipto me contó que habiendo fijado profundamente la memoria de la muerte en su corazón, y queriendo una vez (porque lo pedía así la necesidad) dar un poco de refrigerio al lodo desta carne, esta memoria á manera de un alguacil de tal manera lo sobresaltó, que le hizo dejar lo que había comenzado: y (lo que más es) queriendo él despedir de sí esta memoria, no pudo. Á otro religioso que moraba aquí junto á un lugar que se llama Tolas, acaescía muchas veces quedar como atónito y fuera de sí pensando en la muerte, de tal manera, que quedaba después desto como insensible: y así fué hallado de algunos religiosos, y por ellos llevado en brazos, paresciéndoles que estaba cuasi muerto. Tampoco dejaré de contar la historia de un monje solitario que moraba en el lugar llamado Coreb. Éste habiendo vivido negligentísimamente sin tener algún cuidado de su ánima, finalmente vino á enfermar y llegar á lo postrero. Y después de haber partídose ya perfectamente el ánima del cuerpo, á cabo de un hora volvió en sí: y rogónos á todos que nos fuésemos de su celda: y cerrada la puerta á piedra y lodo perseveró doce años dentro della sin hablar todo este tiempo con nadie, y sin comer más que pan y agua. Y estando asentado y atónito, revolvía en su corazón lo que en aquel arrebatamiento había visto: y tenía tan fijo el pensamiento en esto, que nunca mudaba el rostro de un lugar, sino perseverando así atónito y callado, no podía contener la fuerza de las lágrimas que por su rostro corrían. Y estando él ya propincuo á la muerte, rompimos

la puerta, y entramos todos dentro. Y como le pidiésemos con toda humildad nos dijese alguna palabra de edificación, solo esto nos dijo: Perdonadme, Padres. Ninguno de los que de verdad y de todo corazón supieren qué cosa es pensar en la muerte, tendrá jamás atrevimiento para pecar. Así quedamos todos maravillados viendo tan mudado y tan hecho otro aquél que antes había sido tan negligente. Y después que lo enterramos en un cimiterio que estaba allí cerca, yendo algunos días después á buscar sus sagradas reliquias, no las hallamos: haciéndonos el Señor en esto ciertos de su grande, solícita y loable penitencia: y dando confianza á todos los que la hicieren verdadera, aunque hayan vivido negligentísima vida.

Así como algunos dicen que el abismo es lugar de agua sin suelo, así la meditación atenta de la muerte cría en nosotros una inefable y profundísima castidad y fervor de espíritu: lo cual se prueba por este hecho que agora acabamos de contar. Porque los justos desta cualidad cada día añaden temor á temor: y nunca cesan de esto, hasta que la misma virtud de los huesos viene á consumirse, como lo significó el Profeta cuando dijo: Por la continua voz de mis gemidos se me vinieron á pegar los huesos á la piel. Y tengamos por cierto que éste es también don de Dios como los otros: pues vemos que muchas veces pasando por las sepulturas y cuerpos de muertos, estamos duros y insensibles, y otras veces estando fuera desto, nos compungimos y enternescemos. El que está muerto á todas las cosas, ése de verdad tuvo memoria de la muerte: mas el que aun todavía está demasiadamente aficionado á las criaturas, no entiende fielmente en su provecho, pues él mismo se enlaza con su afición. No quieras descubrir á todos con palabras el amor que les tienes, sino ruega á Dios que él secretamente se lo muestre: porque de otra manera, faltarte ha tiempo para esta significación, y también para el estudio de la compunción. No te engañes, obrero loco, pensando que puedes reparar la pérdida de un tiempo con otro: porque no basta el día de hoy para descargar perfectamente las deudas de hoy. Muy bien dijo un sabio que no se podía vivir un día bien vivido, sino pensando que aquél es el postrero. Y (lo que más es de maravillar) aun hasta los gentiles sentieron algo desto: los cuales determinaron que la suma de toda la filosofía era la meditación y ejercicio de la muerte.

CAPÍTULO Y ESCALÓN VII.

Del llanto, causador de la verdadera alegría.

LLANTO según Dios es tristeza del ánima y sentimiento del corazón afligido, el cual busca con grandísimo ardor lo que desea, y si no lo alcanza, búscalo con sumo trabajo y va en pos dello buscándolo con solicitud y tristeza. Puede también difinirse así: Llanto es estímulo de oro hincado por la sancta tristeza en nuestro corazón para guarda dél: el cual despoja al ánima de toda pasión y afición en que se puede enlazar. Compunción es perpetuo tormento de la consciencia, la cual mediante el humilde conoscimiento de sí mismo, refrigera el ardor y fuego del corazón. Compunción es olvido de sí mismo: porque por ésta hubo alguno que se olvidó de comer su pan. Penitencia es voluntaria y alegre renunciación de toda consolación corporal. La continencia y el silencio son virtudes proprias de los que aprovechan en este llanto, y el no airarse y olvidarse de las injurias, de los que han ya aprovechado en él: mas de los perfectos y consumados en esto es profunda humildad del ánimo, deseo de ignominias, hambre voluntaria de molestias y trabajos, no condenar á los que pecan, tener compasión de sus necesidades según lo que pudiéremos, y más aun de lo que pudiéremos. Los primeros son dignos de ser aceptados, los segundos son dignos de ser alabados: mas aquéllos son bienaventurados, que tienen hambre de afliciones y ignominias: porque ellos serán hartos de aquel manjar que nunca harta.

Tú que alcanzaste la virtud del llanto, procura guardarla con todas tus fuerzas: porque si no está muy fuertemente arraigado en el ánima, suele irse y desaparescer. Y especialmente lo hacen huir los desasosiegos, deleites y cuidados de las cosas desta vida. Mas sobre todo el mucho hablar y chucarrear del todo lo deshace así como el fuego á la cera. Atrevimiento paresce lo que diré: pero no deja de tener en su manera verdad. Más eficaz es algunas veces que el baptismo después del baptismo la fuente

de las lágrimas: porque aquél lava los pecados pasados, y éste también los venideros, dando virtud y grande espíritu para evitarlos. Y aquél ensuciamos todos después que en la niñez lo recibimos: mas con éste lo volvemos á renovar: el cual si no fuera dado á los hombres por especial don de Dios, muy pocos fueran los que se salvaran. La tristeza y los gemidos llaman á Dios, y las lágrimas del temor llevan la embajada: mas las que proceden del amor dicen que nuestras oraciones fueron oídas y recibidas del Señor. Así como ninguna cosa tanto arma con la humildad como el llanto, así una de las cosas que más le contradice es la risa desvergonzada y secular. Oh continente, trabaja con todas tus fuerzas por conservar esta bienaventurada y alegre tristeza de la santa compunción, y nunca ceses de trabajar en ella hasta que purificado ya del amor de las cosas terrenas, te levante á lo alto y te presente á Cristo. No dejes de considerar y imprimir fuertemente en lo íntimo de tu corazón aquel abismo del fuego eterno, aquellos crueles ministros, aquel severo y espantoso juez que entonces á ningún malo perdonará, y aquel infinito caos y escuridad del fuego infernal, y aquellas terribles cuevas y mazmorras profundas, y aquellos espantosos despeñaderos y descendidas, y aquellas horribles imágines y figuras de los que allí están: para que si en nuestra ánima han quedado algunos incentivos de lujuria, ahogados con este tremor den lugar á la limpia y perpetua castidad, y con la gracia del llanto resplandezca más que la misma luz. Persevera en la oración temblando, no de otra manera que el reo que está delante del juez: para que así con el hábito interior como exterior mitigues la ira del Señor: porque no desprecia Él al ánima que está como viuda y opresa llorando delante dél, importunando y fatigando con trabajos al que no los puede padescer.

Si alguno ha alcanzado las lágrimas interiores del ánima, cualquier lugar le es oportuno y conveniente para llorar: mas el que tiene lágrimas exteriores, debe buscar lugares y modos convenientes para este ejercicio. Porque así como el tesoro secreto está más guardado y más seguro de ladrones que el que está en la plaza, así también lo está el tesoro de las gracias espirituales. No seas semejante tú que lloras á los que entierran los muertos: los cuales hoy lloran, y mañana comen y beben sobre ellos, celebrando sus endechas: sino procura ser como los que están con-

denados por sentencia á cavar en las minas de los metales, que cada hora son azotados y maltratados de los que presiden sobre ellos. El que agora llora y luego se desmanda en risas y deleites, es semejante al que apedrea un perro goloso con pedazos de pan: que aunque paresce que le persigue y despide de sí, en hecho de verdad lo detiene consigo. Porque este tal paresce que con el llanto despide de sí los deleites, mas no los despide de verdad. Procura siempre de andar con un semblante triste: pero éste sea con modestia, porque no parezca esto ostentación de sanctidad. Y trabaja siempre por estar atento y cuidadoso sobre la guarda de tu corazón: porque los demonios no menos temen la tristeza verdadera que los ladrones al can. No pensemos, hermanos, que somos llamados á fiestas y bodas, sino á que lloremos á nosotros mismos. Algunos de los que lloran trabajan en aquel bienaventurado tiempo por no pensar nada, en lo cual hacen mal: porque no entienden que las lágrimas que proceden sin pensamiento y atención del ánimo, son brutas y improprias á la criatura racional. Porque las lágrimas necesariamente han de proceder de alguna consideración y pensamiento, y el padre desta consideración es el ánimo racional.

Cuando te acuestas en la cama, esa postura que en ella tienes, te sea figura del que está muerto en la sepultura: y desta manera dormirás menos. Y cuando estuvieres comiendo á la mesa, acuérdate de la miserable suerte en que te has de ver cuando seas manjar de gusanos: y desta manera mortificarás el apetito de los regalos. Y asimismo cuando bebieres, no te olvides de aquella encendida sed que los malos padescen entre las llamas del infierno: y así podrás mejor hacer fuerza á la naturaleza. Cuando nuestro Padre espiritual nos ejercita con injurias, amenazas y ignominias, acordémonos de la terrible sentencia y maldición del Juez eterno: y desta manera con mansedumbre y paciencia (como con un cuchillo de dos filos) degollaremos la tristeza que de allí se suele seguir. Poco á poco (según que se escribe en Job) cresce y mengua la mar: y así con paciencia y perseverancia poco á poco van cresciendo estos ejercicios de virtudes en nosotros. Duerma contigo todas las noches la memoria del fuego eterno, y contigo también despierte: y desta manera no tendrá señorío sobre ti la pereza al tiempo del levantar á cantar los psalmos. Finalmente hasta la misma vestidura procura que sea tal,

que ella también te convide á llorar: pues ves que por esta causa se visten de luto los que lloran los muertos. Si no lloras, llora porque no lloras: y si lloras, conosce que tienes razón de llorar: pues por tus pecados caíste de un tan alto y quieto estado en un estado tan bajo y tan miserable. Aquel igual y rectísimo juez suele en nuestras lágrimas tener respeto á la condición de nuestra naturaleza (como lo hace en todas las otras cosas) y así vi yo muy pequeñas gotas destas derramarse con trabajo á manera de sangre: y vi otras veces correr fuentes dellas sin trabajo: y estimé en más la grandeza del dolor de los que lloraban, que la abundancia de sus lágrimas: y así pienso que lo estimó Dios. No conviene á los que lloran (en cuanto tales) ocuparse en sutiles y profundas cuestiones de teología (las cuales portenescen á otro oficio y estado más alto) porque esta especulación suele ser impeditiva del llanto. Ca el teólogo es comparado al que está asentado magistralmente sobre el trono de la cátedra empleándose en altas y grandes materias: mas el que llora es comparado al que está asentado en un muladar sobre un cilicio haciendo penitencia de sus pecados. Y por causa desta desproporción pienso que aquel gran David (que sin duda fué doctor sapientísimo) respondió á los que le pedían cantares, diciendo: ¿cómo cantaremos los cantares del Señor en tierra ajena? Como si dijera: Cuando estamos atentos á la consideración de nuestros vicios y miserias, no estamos para cantar el cántico de las divinas alabanzas.

Así como las criaturas unas veces se mueven de sí mismas, y otras veces reciben el movimiento de otras: así también acaesce esto en la compunción. Por donde cuando nos acaesce que sin procurarlo, ni trabajar por ello, nos viene un grande llanto y compunción, aceptemos esto de buena gana y aprovechémonos dello, que el Señor se nos entró por las puertas sin ser llamado, ofresciéndonos misericordiosamente esta espongia de la divina tristeza y este refrigerio de lágrimas piadosas, con las cuales se borre la escriptura de nuestros pecados. Y por esto trabaja por conservar esta gracia como la lumbre de los ojos, hasta que ella se vaya de su gana: porque mucho mejor es la virtud desta compunción que la de aquella que nosotros alcanzamos por nuestro estudio y trabajo. No ha alcanzado la gracia del llanto el que llora cuando quiere, sino aquél que llora en las cosas que quiere: ni aun tampoco éste, sino el que llora como Dios quiere. Algunas veces se

mezclan las engañosas lágrimas de la vanagloria con las lágrimas que son de Dios: lo cual entonces virtuosa y prudentemente conosceremos, cuando viéremos que juntamente lloramos y tenemos malos propósitos en nuestro corazón. La compunción (propriamente hablando) es un dolor del ánimo que caresce de toda soberbia y que no admite alguna consolación, pensando todas las horas en la resolución y término de la vida y esperando como una agua fresca la consolación de Dios, con que suele visitar á los monjes humildes. Los que con todas sus fuerzas trabajaron por alcanzar este piadoso llanto, suelen comúnmente aborrescer su vida como materia perpetua de dolores y trabajos, y así también aborrescen su proprio cuerpo como á verdadero enemigo. Cuando en aquéllos que paresce que lloran según Dios, vieres por otra parte obras ó palabras de ira, ó de soberbia, ten por cierto que las tales lágrimas no nascen desta saludable compunción. Porque ¿qué conveniencia tienen entre sí la luz y las tinieblas? Natural cosa es á la falsa y adúltera compunción engendrar soberbia: mas la que es virtuosa y loable pare grande consolación. Así como el fuego enciende y consume las pajas, así las lágrimas castas consumen todas las suciedades visibles y invisibles de nuestras ánimas. Determinación es de los Padres que es muy escura y dificultosísima de averiguar la razón y valor de las lágrimas, especialmente en los que comienzan. Porque dicen proceder ellas de muchas y diversas ocasiones, conviene saber, de la condición natural del hombre, de Dios, de aficiones y trabajos bien ó mal sufridos, de la vanagloria, de fornicación, de amor, de la memoria de la muerte, y de otras muchas causas. Por donde examinadas con el temor de Dios todas estas lágrimas, para ver las que nos conviene abrazar ó desechar, trabajemos por alcanzar aquéllas que proceden de la memoria de nuestra muerte y resolución, que son limpísimas y libres de toda engañosa sospecha. Porque no hay en ellas olor de secreta soberbia: mas antes hay mortificación della y aprovechamiento en el amor de Dios, y aborrescimiento del pecado, y una hermosísima y felicísima quietud libre de todo estruendo y perturbación. No es cosa nueva ni maravillosa que los que lloran algunas veces comiencen en buenas lágrimas y acaben en malas: mas comenzar en malas ó en naturales lágrimas y acabar en buenas, cosa es ésta singular y dignísima de alabanza. Y esta proposición entienden muy bien

los que son más inclinados á vanagloria: porque éstos sabrán por experiencia cuán trabajosa cosa sea enderezar puramente á gloria de Dios lo que el amor natural de la honra tan poderosamente llama y procura para sí. No quieras luego á los principios fiarte de la abundancia de tus lágrimas, así como no se debe de fiar nadie del vino recién salido del lagar. No hay quien no conozca ser muy provechosas todas las lágrimas que derramamos según Dios: mas cuál y cuánto sea su provecho, al tiempo de nuestra partida se sabrá. El que continuamente llorando aprovecha en el camino de Dios, cada día tiene espirituales fiestas y banquetes: mas el que continuamente se anda en fiestas y banquetes corporales, después lo pagará con llanto perpetuo. Así como los reos no tienen en la cárcel alegría, así tampoco los monjes tienen verdadera solenidad en esta vida: y por ventura por esta causa aquel sancto amador del llanto sospirando decía: Saca, Señor, mi ánima de la cárcel, para que se alegre ya en tu inefable luz.

Procura de estar dentro de tu corazón como un alto rey asentado en la silla de la humildad, mandando á la risa que se vaya, y váyase: y al dulce llanto que se venga, y venga: y á tu siervo, ó (por mejor decir tirano, que es tu cuerpo) mandándole que haga lo que tu quisieres, y hágalo. Si alguno trabajó por vestirse deste bienaventurado y gracioso llanto (como de una ropa de fiesta) éste sabrá muy bien cuál sea la espiritual risa y alegría del ánima. ¿Quién será aquél tan dichoso, que haya gastado todo el tiempo de su vida tan piadosa y religiosamente en la conversación de la vida monástica, que jamás se le haya pasado ni día, ni hora, ni momento que no haya gastado en servicio de Dios y obras religiosas, pensando siempre con mucha atención no ser posible revocar el tiempo pasado y gozar dos veces de un mismo día en esta vida? Bienaventurado aquél que levanta sus ojos á contemplar aquellas celestiales y intelectuales virtudes (que son los ángeles) mas también lo será aquél (y aun estará muy lejos de caer) que riega siempre sus mejillas con lluvia de aguas vivas: y aun es cierto que por este estado pasan los hombres á aquel primero que es de tanta felicidad. Vi yo algunos pobres mendigos muy importunos, los cuales con algunos donaires que dijeron, inclinaron los corazones de los reyes á misericordia: y también vi algunos pobres nescesitados de virtudes, los cuales no con donaires ni palabras graciosas, sino humildes y significadoras de

dolor y de confusión, arrancadas de lo íntimo del corazón, importunando y perseverando, vencieron aquella invisible naturaleza y la inclinaron á piedad. El que se ensoberbesce con la gracia de sus lágrimas y condena á los que no las tienen, es semejante al que recibiendo armas del Emperador contra sus enemigos usó dellas contra sí. No tiene Dios, oh hermanos, necesidad de nuestras lágrimas, ni quiere que el hombre llore puramente por sola angustia de su corazón, sino por la grandeza del amor que debe tener á Dios, acompañado con alegría de corazón. Quita el pecado á parte, y luego serán ociosas las lágrimas que por estos ojos sensibles se derraman: pues no es necesario cauterio donde no hay llagas podridas. No había lágrimas en Adán antes del pecado: como tampoco las habrá después de la general resurrección, destruído el pecado: porque entonces huirá el dolor, la tristeza y el gemido. Vi en algunos este piadoso llanto: y vilo también en otros porque carescían dél: los cuales (aunque en hecho de verdad no carescían dél) pero así se lamentaban como si carescieran: y con esta hermosa castidad de su ánima estaban más seguros de los ladrones de la vanagloria: y éstos son aquéllos de quien está escripto: El Señor hace ciegos á los sabios. Porque algunas veces suelen estas lágrimas levantar á los que son más livianos: por lo cual les son quitadas por divina dispensación, para que viéndose privados dellas, las busquen con mayor diligencia, y se conozcan por miserables, y se aflijan con gemidos, dolor y confusión del ánimo: las cuales cosas suplen seguramente la falta de las lágrimas, aunque ellos por su provecho no lo entiendan. Hallaremos algunas veces (si diligentemente lo miramos) que los demonios pretenden hacer en nosotros una cosa para reir: conviene saber, que después de muy hartos, nos resuelvan en lágrimas: y cuando estamos ayunos, nos secan las fuentes de los ojos: para que engañados con esto, nos entreguemos á los deleites de la gula, madre de todos los vicios, viendo que cuando estamos más hartos, estamos al parescer más devotos. Á los cuales en ninguna manera conviene obedescer, sino antes contradecir. Considerando yo atentamente la naturaleza desta sagrada compunción, me maravillo mucho de ver cómo la que por una parte se llama llanto y tristeza, tiene juntamente consigo anejo gozo y alegría, así como el panar la miel. Pues ¿qué se nos da á entender por esto, sino tener por cierto que así como ésta es una grande maravilla, así

también es una grande misericordia y obra de Dios, porque entonces está dentro de nuestra ánima un dulce deleite, con el cual Dios secretamente consuela á los tristes y desconsolados por su amor?

Prosigue la materia del llanto con un ejemplo singular.

MAS porque no nos falte ocasión deste eficacísimo llanto y saludable dolor, quiero contar aquí una dolorosa historia para edificación de las ánimas. Un religioso que moraba en este lugar, llamado Estéfano, deseó mucho la vida quieta y solitaria: el cual después de haber ejercitádose en los trabajos de la vida monástica muchos años y alcanzado gracia de lágrimas y de ayunos, con otros muchos privilegios de virtudes, edificó una celda á la raíz del monte donde Elías en los tiempos pasados vió aquella divina y sagrada visión. Este Padre de tan religiosa vida, deseando aun mayor rigor y trabajo de penitencia, pasóse de ahí á otro lugar llamado Sidey, que era de los monjes anacoritas, que viven en soledad. Y después de haber vivido con grandísimo rigor en esta manera de vida (por estar aquel lugar apartado de toda humana consolación y fuera de todo camino, y desviado setenta millas de poblado) al fin de la vida vínose de allí, deseando morar en la primera celda de aquel sagrado monte. Tenía él ahí dos discípulos muy religiosos de la tierra de Palestina que tenían en guarda la sobredicha celda. Y después de haber vivido unos pocos días en ella, cayó en una enfermedad de que murió. Un día pues antes de su muerte súbitamente quedó atónito y pasmado: y teniendo los ojos abiertos, miraba á la una parte del lecho y á la otra, y como si estuvieran allí algunos que le pidieran cuenta, respondía él en presencia de todos los que allí estaban, diciendo algunas veces: Así cierto: mas por eso ayuné tantos años. Otras veces decía: No es así cierto: mentís, no hice eso. Otras decía: Así es de verdad, así es, mas lloré y serví tantas veces á los prójimos por eso. Y otra vez decía: Verdaderamente me acusáis: así es, y no tengo que decir sino que hay en Dios misericordia. Y era por cierto espectáculo horrible y temeroso ver aquel invisible y rigurosísimo juicio: en el cual (lo que es aun más para temer) le hacían cargo de lo que no había

hecho. Miserable de mí, ¿qué será de mí, pues aquel tan grande seguidor de soledad y quietud en algunos de sus pecados decía que no tenía que responder: el cual había cuarenta años que era monje, y había alcanzado la gracia de las lágrimas? ¡Ay de mí, ay de mí! ¿Dónde estaba allí aquella voz del profeta Ezequiel, con que pudiera responder: En cualquier día que el pecador se convirtiere de su maldad, no tendré más memoria della? ¿Y aquélla que dice: En lo que te hallare, en eso te juzgaré, dice el Señor? Nada desto pudo responder. ¿Por qué causa? Sea gloria á aquel Señor que solo lo sabe. Algunos hubo que de verdad me afirmaron que estando este Padre en el yermo, daba de comer á un león pardo por su mano. Y siendo tal, partió desta vida pidiéndole tan estrecha cuenta, dejándonos inciertos cuál fuese su juicio, cuál su término y cuál la sentencia y determinación de su causa.

Así como la viuda después de perdido su marido, si le queda solo un hijo, descansa toda sobre él y no tiene otro consuelo después de Dios, así el ánima después de haber caído y perdido á Dios por el pecado, uno de los mayores consuelos que le queda para el tiempo de su partida, son las lágrimas y abstinencia. Las tales ánimas no requiebran curiosamente la voz cuando cantan los psalmos: porque estas cosas interrumpen y apagan el llanto. Y si tú por este medio lo piensas alcanzar, ten por cierto que está muy lejos de ti. Porque el llanto es un dolor cierto y fijo del ánima, acompañado con fervor de espíritu: el cual es precursor de aquella beatíssima quietud y tranquilidad que se halla en Dios: y en muchos este llanto aparejó el ánima para Dios, y la alimpió, y consumió en ella todas las espinas y malezas de los vicios. Un varón de Dios ejercitado en esta virtud me contó de sí diciendo: Determinando yo muchas veces de trabar guerra cruel contra la vanagloria, contra la ira y contra la gula, la virtud del llanto dentro de mí mismo secretamente me decía: No te ensalces con vanagloria, porque me iré de ti. Lo mismo me decía también en las otras tentaciones. Á la cual yo respondía: Nunca te seré desobediente, hasta que me presentes á Cristo.

La grandeza del llanto meresce consolación, y la limpieza del corazón meresce lumbre del entendimiento: y esta lumbre es una secreta operación de Dios, entendida sin entenderse y vista sin verse. Esto es, lumbre ó iluminación es una secreta obra de Dios en el alma, mediante la cual se le da un sobrenatural conosci-

miento de la verdad: y dícese que es conoscida sin conoscerse, porque siente el hombre la eficacia della en su ánima, mas no sabe cierto de dónde le viene, según aquello que está escrito: El espíritu donde quiere sopla, y oyes su voz, más no sabes de dónde viene ó adónde va. Y asimismo se escribe en Job: Si viniere á mí, no le veré: y si se fuere, tampoco lo entenderé. Consolación es refrigerio del ánimo afligido: la cual en medio de los dolores alegra el ánima dulcemente: así como se alegra el niño cuando después de haber perdido de vista á su madre, la torna á ver: el cual ríe y llora juntamente. Porque costumbre es de nuestro Señor cuando ve las ánimas afligidas y derribadas con la consideración de sus pecados, peligros y tentaciones, recrearlas con nuevo espíritu y aliento y convertir las lágrimas de tristeza en lágrimas de paz y alegría. Las lágrimas quitan el temor de la muerte: y después que un temor echó fuera otro temor, luego una clara luz de alegría viene sobre el ánima, y tras de esta alegría se sigue luego la flor de la caridad: porque con estos tales dones cresce esta nobilísima virtud, y juntamente con la experiencia de verse el hombre desta manera esforzado, alegrado y visitado de Dios, lo cual en ella es un grande incentivo de amor.

Mas con todo esto te aviso que no te fíes luego de cualquier gozo, aunque sea interior: mas antes algunas veces lo aparta de ti (como indigno) con la mano de la humildad: porque si eres fácil en recebirlo, por ventura recibirás al lobo en lugar de pastor, que es, al gozo del demonio por el de Dios. No quieras apresuradamente correr á la contemplación en tiempo que no es para eso conveniente (que es cuando el estado y obligación en que estás te llama á otro ejercicio) para que después esa misma contemplación (tomada en su tiempo) perpetuamente se junte contigo con castísimo vínculo de matrimonio. El niño cuando al principio comienza á conoscer á su padre, recibe grande alegría cuando lo ve: mas si él por alguna causa se le ausenta y después vuelve á él, hínchese de alegría y de tristeza juntamente: de alegría, por ver quien tanto deseaba: y de tristeza, acordándose de cuánto tiempo caresció de aquella honesta y hermosa compañía. Pues así también el ánima devota se alegra con la dulce presencia y experiencia de Dios, y se entristesce cuando le falta. Mas cuando después ésta le es restituída, gózase porque cobró el bien deseado, y entristéscese porque ve que lo puede perder otra vez por el pecado.

También la madre del niño á veces de industria se esconde, y alégrase si lo ve andar solícito y congojoso buscándola: y con este dolor le provoca á nunca apartarse della y quererla más. Pues desta manera lo hace aquella eterna sabiduría con el ánima devota: de la cual algunas veces por cierta dispensación sin culpa suya se aparta: y viéndola entristescida y congojada por pensar que perdió esta presencia por su culpa, alégrase de verla desta manera solícita: y visitándola después suavemente, enséñala á andar de ahí adelante más cuidadosa y poner mejor cobro en esta gracia. El que tiene oídos para oir, oiga, dice el Señor.

El que está sentenciado á muerte, poco se le dará por salir á vistas, ni por ordenar los andamios para ver fiestas: y así también el que está todo entregado al llanto, poco se le dará por los deleites, ó por la gloria del mundo, ó por las ofensas que le hagan. El llanto es un cierto y perseverante dolor del ánima penitente, el cual añade cada día tristezas á tristezas y dolores á dolores, cuales padesce la mujer que pare. Por lo cual dijo muy bien un sancto Doctor: Algunos veo estar llorando: mas si aquellas sus lágrimas saliesen de corazón, no se moverían tan presto á risa. Justo y sancto es el Señor, el cual así como consuela á los buenos solitarios y amadores de la quietud, así también consuela á los buenos súbditos amigos de la obediencia. Y el que no vive como debe en cualquiera destos dos estados, téngase por privado desta gracia. Ten cuidado cuando estás en lo más profundo del llanto, de ojear de ti aquel perverso can que te representa Dios cruel y riguroso: porque si bien lo consideras, ese mismo te lo pinta muy blando y misericordioso cuando te solicita al mal. El ejercicio de las buenas obras causa la frecuencia y continuación dellas, y esta continuación hace hábito y da gusto en ellas: y el que á este grado de virtud ha llegado, dificultosamente cairá della. Por lo cual dijo un Doctor que comúnmente no suelen caer los perfectos súbitamente cuando caen, sino poco á poco, descuidándose y aflojándose en el fervor. Aunque hayas subido á un altísimo grado de vida, todavía lo debes tener por sospechoso si no lo acompañas con tristeza y dolor. Porque conviene sin duda y es muy necesario que los que después de aquel saludable lavatorio ensuciamos nuestras ánimas, sacudamos la pez de nuestras manos con este fuego, ayudándonos juntamente á esto la misericordia de Dios. Vi yo en algunos el postrer punto adonde po-

día llegar esta gracia del llanto: los cuales tenían tan herido y traspasado su corazón con el cuchillo del dolor, que venían á echar sangre por la boca. Y viendo acordóseme del Profeta que dice: Fuí herido así como heno, y el corazón se me secó. Las lágrimas que engendran el temor del divino juicio, hacen al hombre temeroso, y diligente, y guardador de sí mismo: mas las que proceden de la caridad cuando no ha llegado á su perfección, son fáciles de perder, ó por vanagloria, ó por negligencia, ó por disolución, ó por demasiada seguridad, si aquel divino fuego no encendiere nuestro corazón y nos hiciere obrar con grande fervor: porque con esta manera de obrar cresce la caridad. Y no caresce de admiración ver cómo lo que de su naturaleza es más bajo, á tiempos hace ventaja á lo que es más alto, conviene saber, las lágrimas del temor á las del amor imperfecto.

Hay algunas maneras de vicios que secan las fuentes de las lágrimas (como son vicios de carne, juegos, risas, convites y parlerías) y hay otras que paren mayores males, conviene saber, los vicios espirituales (como es la soberbia, la ambición y deseo de propria alabanza) por los cuales pecados suele muchas veces caer el hombre en vicios sucios y bestiales. Y así por la primera manera de vicios vino Loth á cometer incesto con sus proprias hijas, provocado de los deleites de la gula y lujuria: mas por la segunda vinieron á caer los ángeles del cielo. Grande es la astucia de nuestros enemigos, los cuales hacen que las fuentes de las virtudes sean fuentes de vicios, y las que son materia de humildad, lo sean de soberbia, incitándonos á usar mal de las virtudes principales (que son madres de las otras) presumiendo vanamente dellas, ó jactándonos y gloriándonos dellas, y haciendo de los beneficios de Dios (que eran incentivos de humildad y caridad) motivos de soberbia, vanagloria, estimación de nosotros y desprecio de los otros.

Suele la figura y disposición de los lugares mover á compunción, como son las celdas y monesterios pobres y puestos entre montes y breñas en lugares solitarios. De lo cual tenemos ejemplo en Elías, en S. Juan Baptista, en nuestro Salvador, que sin necesidad suya por ejemplo nuestro se apartaba á los montes á orar. He visto también que algunas veces en medio de las plazas y desasosiegos de las ciudades suelen acompañarnos las lágrimas: lo cual puede ser que hagan los demonios porque viendo

cómo no recibimos daño del estruendo y desasosiego del mundo, no temamos permanescer en él. Una palabra basta algunas veces para apagar el llanto que en mucho tiempo se recogió: y sería gran maravilla si una sola bastase para restituir lo que otra destruyó. Lo cual nos debe ser aviso para que pongamos grande cobro en lo que con tanta dificultad se alcanza y con tanta facilidad se pierde. No seremos acusados, oh hermanos, al tiempo de la cuenta por no haber hecho milagros, ó por no haber tratado altas materias de teología, ni tampoco por no haber llegado á la alteza de la contemplación: sino si por ventura no lloramos ó nos dolemos de todo corazón después de haber pecado.

CAPÍTULO Y ESCALON VIII.

De la perfecta mortificación de la ira, y de la mansedumbre.

Así como el fuego se apaga con el agua, así con las lágrimas se apaga la llama de la ira y del furor. Y por esto será cosa conveniente que habiendo ya tratado del llanto, tratemos agora de la mortificación de la ira, que es efecto que se sigue desta causa. Mortificación perfecta de la ira es un insaciable deseo de desprecios y ignominias: así como por el contrario la ambición es un apetito insaciable de honras y alabanza. De manera que así como la ira es apetito de venganza, así la perfecta mortificación della es deseo de ignominia. Mortificación de la ira es victoria y señorío de la naturaleza, no haciendo caso ni dándose nada por las injurias: la cual virtud se alcanza con grandes sudores y batallas. Mansedumbre es un estado constante y inmóvil del ánima que persevera de una misma manera entre los vituperios y alabanzas, entre la buena fama y la mala. El principio de la mortificación de la ira consiste en cerrar la boca estando el corazón turbado: el medio, en tener también quieto el corazón con muy pequeño sentimiento de las injurias: y el fin, en tener una estable y fija tranquilidad en medio de los encuentros y soplos de los espíritus malos. Ira es disposición para el odio secreto: la cual procede de la memoria de las injurias arraigada en el corazón. Ira es deseo de hacer mal á quien nos ofendió. Furia es un arrebatado fuego y movimiento del corazón que dura poco. Amargura de corazón es una desabrida pasión y movimiento de nuestro ánimo. Furor es una acelerada pasión del ánimo, que descompone y desordena todo el hombre dentro y fuera de sí. Así como saliendo el sol huyen las tinieblas, así en comenzando á cundir y extenderse el suavísimo olor de la humildad se destierra todo el furor y amargura del corazón. Algunos siendo muy subjetos á esta pasión, son muy negligentes para curarla, y no entienden los miserables aquella amenaza de la Escritura que dice: En el momento de la ira está la perdición de su caída. Así

como la piedra del molino muele más trigo en un momento que á mano se podría moler en un día, así esta furiosa pasión en un momento puede hacer más daño que otras en mucho espacio. Así vemos también que un fuego soplado de grandes vientos hace mayor daño cuando se suelta en el campo, que otro pequeño, aunque dure más espacio. Por lo cual conviene poner gran recaudo en esta tan desaforada pasión. También quiero que no ignoréis, hermanos míos, que algunas veces los demonios á cierto tiempo astutamente se esconden y nos dejan de tentar, para que nos descuidemos y hagamos negligentes con el ocio y falsa seguridad: para que habituándonos á esta manera de vida floja y descuidada, venga después á ser incurable nuestro mal. Así como una piedra llena de esquinas, si se envuelve y refriega con otras piedras, viene á embotarse, y á despuntarse, y á perder aquella aspereza y filos que tenía: así también el hombre airado y áspero, si se junta con otros hombres ásperos y vive en compañía dellos, ha de parar en una de dos cosas: porque ó con el uso y ejercicio del sufrir vendrá á amansarse, y despuntarse, y perder los filos y aspereza de la ira, ó si no, á lo menos buscando el remedio con huir las ocasiones del mal, esta huída le será espejo en que vea más claro su flaqueza, y gane con esto humildad de corazón. Furioso es un linaje de endemoniado voluntario, el cual tomado de la pasión del furor, contra su voluntad cae y se hace pedazos. Y digo contra su voluntad, porque el furor de la pasión cuanto diminuye el uso de la razón, tanto impide la libertad de la voluntad. Ninguna cosa conviene menos á los penitentes que el furor de la ira: porque la conversión ha de ser acompañada con suma humildad: y este furor es grandísimo argumento de soberbia. Si es cierto que el término de la suprema humildad es no alterarse teniendo presente al que os ofendió, sino antes amarlo con sosegado y quieto corazón: así también es cierto que el término del furor será, si estando solos nos embravescemos con palabras y gestos furiosos contra aquél que nos ofendió. Si con verdad se dice que el Espíritu Sancto es paz del ánima, y la ira es la perturbación della, con razón también se dirá que una de las cosas que más cierran la puerta al Espíritu Sancto y más presto le hacen huir después de venido, es esta pasión. Como sean muchos y crueles los hijos de la ira, uno dellos (aunque adúltero y malo) ocasionalmente vino á ser provechoso. Porque

vi algunos que habiendo embravescídose con la pasión de la ira y vomitado la causa del furor que de muchos días tenían en sus entrañas concebida, acaesció curarse con que el que los había ofendido (entendida la causa de su indignación) los aplacó con penitencia, humildad y satisfación. Y desta manera lo que el furor había dañado, la virtud de la humildad y mansedumbre lo remedió, conforme á aquello que está escrito: El varón airado levanta las contiendas, y el sufrido las apaga después de levantadas. Y en otro lugar: La respuesta blanda amansa la ira, y las palabras duras despiertan el furor. Vi también algunos que mostrando de fuera una aparente longanimidad y mansedumbre, tenían arraigada la memoria de la injuria en lo íntimo de su corazón: los cuales tuve por peores que los que manifiestamente eran furiosos: pues así escurescían la paloma blanca de la simplicidad y mansedumbre con esta maliciosa disimulación. Así que con suma diligencia y cuidado conviene armarnos contra esta serpiente de la ira, pues también ella tiene por ayudadora nuestra misma naturaleza, así como la serpiente de la lujuria. Vi algunos que por estar inflamados con el furor de la ira, de puro enojo dejaban de comer, los cuales ninguna otra cosa hacían con esta desaforada abstinencia sino añadir un veneno á otro veneno. Vi también á otros que viéndose tomados desta pasión, tomaron de aquí ocasión para entregarse á los deleites de la gula, por tomar con esto la consolación que no podían con la venganza, lo cual no fué otra cosa que de un despeñadero caer en otro. Y vi también á otros más prudentes, que como sabios médicos templaron lo uno con lo otro, tomando la refección más moderada y ayudándose desta natural consolación juntamente con la razón para despedir de sí la pasión. De donde sacaron mucho fruto, para saberse de ahí adelante regir y no entregarse á la ira. También el canto y melodía moderada de los psalmos amansa el furor, como lo hacía la música de David, cuando era atormentado Saul. Asimismo el deseo y gusto de las consolaciones divinas destierra del ánima toda amargura y furor, así como también destierra las consolaciones y deleites sensuales: porque no menos aprovecha este gusto celestial contra el furor de la ira que contra los deleites de la carne, de los cuales muchas veces aun el furioso no quiere gozar, por conservarse en su pasión. Conviene también para esto que tengamos repartidos y ordenados nuestros tiem-

pos y determinado lo que en cada uno dellos debemos hacer: para que así no halle lugar en nosotros la ociosidad y hastío de las cosas espirituales, con que se da entrada al enemigo.

Estando yo un tiempo por cierto respeto junto á la celda de unos solitarios, oí que estaban entre sí altercando como picazas con gran furor y saña, embravesciéndose contra cierta persona que los había ofendido, y riñiendo con ella como si la tuvieran presente. A los cuales yo amonesté fiel y caritativamente que no viviesen más en soledad, si no querían de hombres hacerse demonios, encruelesciéndose y pudriéndose entre sí con semejantes pasiones. Vi también otros amigos de comer y beber, y de regalos: los cuales por otra parte parescían blandos, amorosos y mansos de condición (como algunas veces suele acaescer á los tales) con lo cual habían alcanzado nombre de santidad. A los cuales yo por el contrario aconsejé que se pasasen á la soledad (la cual suele como con una navaja cortar todas las ocasiones destos deleites y regalos) si no querían de criaturas racionales hacerse brutos, dándose á vicios que son proprios dellos. Otros vi más miserables que éstos, que ni cabían en la compañía ni en la soledad: á los cuales aconsejé que en ninguna manera se gobernasen por sí mismos, y á los maestros dellos benignamente amonesté que condesciendiesen con ellos, dejándolos á tiempos en la compañía y á tiempos en la soledad, y ocupándolos ya en unos ejercicios, ya en otros: con tal condición, que ellos abajada la cerviz en todo y por todo, obedesciesen á su gobernador.

El que es amigo de deleites hace daño á sí y (cuando mucho) puede hacerlo á otro con su mal ejemplo: mas el furioso y airado á manera de lobo muchas veces perturba toda la manada y revuelve toda una comunidad, hiriendo y mordiendo muchas ánimas. Grave cosa es estar turbado el corazón con el furor de la ira, según que se quejaba el Profeta cuando decía: Turbáronse con el furor mis ojos. Pero más grave cosa es cuando á la turbación del corazón se añade la aspereza de las palabras. Y sobre todo muy más grave cosa es, y muy contraria á toda la monástica, angélica y divina conversación, querer satisfacer con las manos al furor. Si quieres quitar la paja del ojo del otro, ó te paresce á ti que la quieres quitar, no la quites con una viga en la mano, sino con otro instrumento más delicado. Quiero decir: No quieras curar el vicio del otro con palabras injuriosas y movi-

mientos feos, sino con blandura y mansa reprehensión. Porque el Apóstol no dijo á su hijo Timoteo, azota ni hiere: sino arguye, ruega y reprehende con toda paciencia y doctrina. Y si fuere necesario castigo de manos, sea eso pocas veces: y aun no lo debes hacer por ti, sino por mano ajena. Si atentamente miramos, hallaremos algunos que siendo muy subjetos á la pasión de la ira, son por otra parte muy dados á ayunos y vigilias, y al recogimiento de la soledad: lo cual hace el demonio con grandísima astucia, á fin de que so color de penitencia y de llanto los haga dar á estos ejercicios desordenadamente: para que así los melancolicen y acrescienten la materia del furor. Si un lobo (como ya dijimos) ayudado del demonio basta para revolver y destrozar todo un rebaño, también un religioso muy discreto como un vaso de olio, ayudado del ángel bueno, mudará la furia de la tempestad en serena tranquilidad, y pondrá el navío en salvo, y siendo desta manera ejemplo y dechado de todos, recibirá de Dios tan gran corona por esta pacificación cuan gran castigo recibirá el otro por aquella perturbación. El principio deste bienaventurado sufrimiento consiste en sufrir ignominias con dolor y amargura del ánima: el medio, en sufrirlas sin esta tristeza y amargura: y el fin, en tenerlas por suma gloria y alabanza. Gózate tú primero, y alégrate mucho más el segundo, mas tente por dichoso y bienaventurado el tercero, pues te alegras en el Señor. Noté una vez una cosa miserable en los que están subjetos á la ira: la cual les procedía de una secreta soberbia de sí mismos. Porque habiéndose alguna vez airado, venían después airarse de puro corrimiento, por verse vencidos de la ira: y maravilléme mucho de ver cómo éstos emendaban una caída con otra caída: y tuve lástima dellos, viendo cómo perseguían un pecado con otro pecado: y espantéme tanto de ver tan grande astucia en los demonios, que faltó poco para desesperar de mi remedio.

Si alguno viéndose cada día vencer de la soberbia, de la malicia y hipocresía, desea tomar las armas de la mansedumbre y de la paciencia contra estos vicios, este tal trabaje por entrar en la oficina de algún monesterio como quien entra en una casa de un batán ó de una lavandería: y si perfectamente quiere ser curado, busque la compañía de los religiosos más rigurosos y ásperos que hallare: para que siendo allí vejado y probado con injurias, y trabajos, y disciplinas, y pisado y acoceado de sus prela-

dos, quede su ánima como un paño batañado y limpio de todas las imundicias de pecados que tenía. Y no es mucho decir que las injurias y oprobrios son como un lavatorio espiritual para las almas, pues aun el lenguaje común recibe que cuando habemos injuriado á uno, decimos que lo habemos muy bien enjabonado. Una es la mortificación de la ira que procede del dolor y penitencia de los principiantes, y otra es la de los perfectos: porque la primera está atada con la virtud de las lágrimas como con un freno, mas estotra está como una serpiente degollada con un agudísimo cuchillo, que es, con la tranquilidad del ánima que como reina y señora tiene sojuzgadas todas las pasiones. Vi yo una vez tres monjes que habían sido ofendidos y injuriados: de los cuales el uno reprimía la ira del corazón con el silencio de las palabras: el otro alegrábase con la ocasión que se le había dado del merescimiento, aunque se dolía de la culpa del ofensor: mas el otro no considerando otra cosa más que el daño de su prójimo, derramaba muchas lágrimas: y así era muy dulce espectáculo mirar estos tres sanctos obreros, al uno de los cuales movía el temor de Dios, al otro el deseo del galardón, y al otro solamente la sincera y perfecta caridad.

Así como la calentura de los cuerpos enfermos siendo una no procede de una sola causa, sino de muchas y diversas, así el ardor y movimiento de la ira (y por ventura también el de las otras pasiones) procederá también de muchas causas. Y por esto no será razón señalar una sola regla para cosas tan varias. Por lo cual doy por consejo que cada uno ordene la medicina conforme á la disposición y diligencia del enfermo. Y según esto el primer remedio será que trabaje cada uno por entender la causa de su pasión: y conoscida la causa ponga el cuchillo á la raíz, y busque el remedio así de Dios como de los hombres, esto es, del magisterio de los varones espirituales.

Pues según esto los que desean juntamente con nosotros filosofar en esta materia, entren en una intelectual audiencia semejante á la que se usa en el siglo (donde suelen los jueces examinar y sentenciar los reos) y ahí procuren de inquirir las causas y efectos destas pasiones y el remedio dellas. Sea pues atado este tirano con las cuerdas de la mansedumbre y azotado con el azote de la longanimidad: sea por la caridad presentado ante el tribunal de la razón, y puesto á cuestión de tormento le sean

hechas estas preguntas: Dinos, oh loco y torpísimo tirano, los nombres de los padres que te engendraron, y los de tus malvados hijos y hijas, y también los de aquéllos que te destruyen y matan. Preguntado él desta manera, responderá así: Muchos son los que me engendran, y no es uno solo mi padre. Mis madres son vanagloria, codicia, gula y algunas veces la fornicación. El padre que me angendró se llama fausto. Mis hijas son memoria de las injurias, enemistad, porfía y malquerencia. Los adversarios que agora me tienen preso son la mansedumbre y la mortificación de la ira: y la que está puesta en celada contra mí, es la humildad. Mas quién sea el padre désta, preguntaldo á ella en su lugar.

CAPÍTULO Y ESCALÓN IX.

De la memoria de las injurias.

Con mucha razón se comparan las virtudes á aquella escalera que vió Jacob, y los vicios con aquella cadena que cayó de las manos de Sant Pedro. Y las virtudes enlazadas la una con la otra (por razón de una causalidad y consecuencia natural que tienen entre sí) hacen una perfecta escalera que nos sube hasta el cielo: mas los vicios trabados entre sí como eslabones por esta misma orden y consecuencia que hay en ellos, hacen una espiritual cadena que tiene los hombres presos en el pecado y los lleva hasta el infierno. Por lo cual habiendo ya declarado cómo el furor tiene por hija á la memoria de las injurias, es razón que tratemos agora della. Memoria de las injurias es acrescentamiento del furor, guarda de los pecados, odio de la justicia, destruición de las virtudes, veneno del ánima, gusano que siempre muerde, confusión de la oración, perdimiento de la caridad, clavo hincado en el corazón, dolor agudo, amargura voluntaria, pecado perpetuo, maldad que nunca duerme y malicia que todas las horas se comete. Este escuro y molestísimo vicio es de la orden de los que engendran otros vicios y son engendrados de otros (como ya dijimos) y por eso trataremos más brevemente dél.

El que desterró de su ánima la ira, desterró también la memoria de las injurias que procede della: mas si el padre estuviere vivo, nunca dejará de engendrar tales hijos. Por otra parte, el que conservare la caridad, desterrará la ira: mas el que quiere sustentar enemistades, á muy grandes trabajos se obliga. La mesa y convite caritativamente ofrescido muchas veces reconcilió los desavenidos, y las dádivas y presentes ablandan el corazón. La mesa curiosamente aparejada sirve para granjear amistad: mas muchas veces por lo ventana de la caridad se entró la hartura del vientre: por lo cual de tal manera habemos de procurar los bienes, que no abramos la puerta para los males. Noté una vez

que la pasión del odio fué bastante para apartar unos que estaban amancebados de muchos días: de manera que la memoria de las injurias (fuera de todo lo que se podía esperar) quebró este tan fuerte vínculo de la fornicación: y maravilléme de ver cómo un demonio curaba otro demonio, aunque esto más fué dispensación de Dios (que por todas las vías encamina nuestro bien) que obra del demonio. Muy lejos está la memoria de las injurias del grande, verdadero y natural amor: mas no lo está la fornicación: porque muchas veces este amor (aunque limpio) viene degenerar y desvarar en amor no limpio. Y por eso cuando la condición de las personas es sospechosa, siempre se debe el hombre celar aun deste amor: porque muchas veces desta manera se caza la paloma, cuando el amor sencillo y natural viene á hacerse sensual. A quien muerde la memoria de las injurias, acuérdese de las que el demonio le ha hecho, y embravézcase contra él: y el que quiere trabar enemistades, trábelas con su cuerpo, que es un enemigo falso y engañoso y que mientras más se regala, más nos daña. Suelen los que tienen memoria de las injurias favorescerse con la autoridad de las Escrituras, torciéndolas á su sentido y pretendiendo con ellas so color de celo defender su mal propósito . Baste para confundir á éstos la oración que el Salvador nos enseñó: la cual no podremos decir, si tuviéremos memoria de las injurias.

Si después de mucho trabajo no pudieres del todo desterrar esta pasión de tu ánimo, á lo menos trabaja con las palabras y con el rostro por mostrar á tu enemigo que te pesa de lo hecho: para que siquiera por haber tenido esta manera de disimulación con él, hayas vergüenza de no tenerle el amor que le debes, acusándote y remordiéndote con esto la propria consciencia. Y entonces te has de tener por libre desta enfermedad, no cuando rogares por tu enemigo, no cuando le ofrescieres dádivas y presentes, no cuando le trajeres á comer á tu mesa, sino cuando viéndole en alguna calamidad espiritual ó corporal así te compadesces dél y así la sientes como si tú mismo la padescieses. El monje solitario que dentro de su ánima guarda la memoria de las injurias, es como un basilisco que está dentro de su cueva: el cual doquiera que va, lleva consigo su ponzoña. Gran remedio es para desterrar esta memoria la memoria de los dolores de Jesú, cuando el hombre considerando aquella tan grande clemencia y

paciencia, ha vergüenza de verse tal. En el madero podrido se engendran gusanos, y muchas veces en los hombres que parescen mansos y amadores de una falsa quietud, está encerrada la ira. El que esta memoria desterró de sí, alcanzará perdón: mas el que la retiene y sustenta, indigno se hace de la divina misericordia. Muy buen medio es el trabajo y la aspereza de la vida para alcanzar perdón de los pecados: mas mucho mejor es el perdón de las injurias: porque escripto está: Perdonad, y seréis perdonados. Por donde uno de los grandes argumentos y indicios de la verdadera penitencia es el olvido de las injurias: mas el que guardando las enemistades piensa que hace penitencia, semejante es á aquél que estando durmiendo sueña que corre. Alguna vez me acontesció ver á unos que saludablemente exhortaban á otros al perdón de las injurias: y teniendo ellos también qué perdonar, de tal manera se movieron y avergonzaron con sus mismas palabras, que vinieron á perdonar y á curar su propria enfermedad con el remedio de la ajena. Ninguno tenga esa ciega pasión por simple y pequeño vicio, porque muchas veces llega á alterar aun á los espirituales varones.

CAPÍTULO Y ESCALÓN X.

De la detracción.

Ninguno de los que bien sienten habrá que no confiese que de la memoria de las injurias nasce la detracción. Y por eso convenientemente se ha de poner este vicio después de sus antecesores en este presente lugar. Detracción es hija del odio, enfermedad sutil, secreta y escondida sanguijuela que chupa todo el jugo de la caridad, fingimiento de amor, destierro de la castidad interior del alma, corrompedora del corazón y también de las palabras. Así como hay algunas mujercillas que desvergonzada y públicamente son malas, y otras que secretamente cometen mayores culpas: así también acaesce entre las pasiones y vicios, que unos son más públicos y desvergonzados (como es la gula y la lujuria) y otros más secretos y disimulados (pero mucho peores que éstos) como es la hipocresía, la malicia, la tristeza mundana, la memoria de las injurias, y la detracción de que hablamos: los cuales vicios aunque parescen una cosa, tienen otra encubierta: porque so color de virtud y de celo encubren su veneno. Oí una vez á ciertas personas que estaban detrayendo de otras: y reprehendiéndolas yo desto, queriendo darme satisfación de lo que hacían, dijéronme que lo hacían por la caridad y provecho de aquél de quien detraían. Yo les respondí que cesasen de aquella manera de caridad, porque no hiciesen mentiroso á aquél que dijo: Perseguía yo al que secretamente de su prójimo detraía. Si dices que amas al prójimo, ruega secretamente por él, y no digas mal dél: porque esta manera de caridad es muy agradable á Dios. Tú que quieres juzgar y condenar al prójimo, piensa cuán diferentes sean los juicios de Dios de los hombres: pues ves que Judas estuvo en el coro de los Apóstoles, y el buen ladrón en el número de los homicidas: y con todo esto en un momento se hizo tan súbita mudanza de entrambos. Si alguno quisiere vencer el espíritu de la detracción, no atribuya la culpa al que la hizo, sino al demonio que se la

hizo hacer: pues este es el autor universal de todos los males. Vi uno que públicamente pecó, y secretamente hizo penitencia: y habiéndolo yo juzgado por malo, después hallé que ante Dios era inocente, pues él ya con su penitencia le había aplacado. No tengas demasiado respeto al que delante de ti dice mal de su prójimo: antes le di: Calla, hermano, porque aunque tú no hagas lo que éste hace, puede ser que hagas otras cosas peores, que él por ventura no hará. Pues ¿cómo le puedes condenar? Porque con esta sola una medicina ganarás dos cosas: curarás á ti y también al prójimo. Entre los caminos que hay para alcanzar perdón de los pecados, éste es muy breve, conviene saber, no juzgar á nadie: porque verdadera es aquella sentencia que dice: No queráis juzgar, y no seréis juzgados. Muy contraria es el agua al fuego: y así el juzgar, al espíritu de la verdadera penitencia. Aunque veas pecar á otro cuando está para expirar, no le condenes. Algunos hay que públicamente cayeron en grandes pecados: los cuales después secretamente hicieron mayores bienes. Y por esto se engañan los que juzgan las vidas de los otros, siguiendo más el humo que el sol, esto es, la sospecha que el claro conoscimiento de la verdad. Oídme (ruégoos) los que sois malos jueces de los otros. Si es verdad (como lo es) que con el juicio que cada uno juzgare será juzgado, claro está que en las cosas que culpáremos á nuestro prójimo, en estas mismas vendremos por justo juicio de Dios á ser culpados. La causa por que somos tan fáciles en juzgar los delitos de los otros es, porque no tenemos el cuidado que debríamos tener de llorar y emendar los nuestros. Porque si alguno (quitado á parte el velo del amor proprio) mirare diligentemente sus males, ningún cuidado le fatigará más en esta vida que éste, considerando que no tiene tiempo suficiente para llorarse, aunque le quedasen cien años de vida y aunque viese al río Jordán convertido en lágrimas manar de sus ojos. Mire atentamente la figura y naturaleza del llanto, y no halle en él rastro de detracción ni condenación de nadie. Los demonios procuran siempre una de dos cosas, ó de hacernos pecar, ó de hacernos juzgar á los que pecan: para que como crueles homicidas con esto segundo destruyan lo primero. Á lo menos señal muy cierta es de que guarda la memoria de las injurias y de que tiene el corazón dañado con envidia el que fácilmente vitupera y calumnia la doctrina y las obras del prójimo: porque la causa desto

suele ser el espíritu de odio en que miserablementa está el hombre caído y despeñado. Conoscí yo algunos que secretamente cometían grandes pecados: los cuales por parescer justos agraviaban y encarescían mucho los pecados veniales de los otros. Juzgar no es otra cosa que usurpar desacatadamente la silla y dignidad de Dios, á quien solo pertenesce el oficio de juzgar los otros. Condenar al prójimo no es otra cosa que matar el hombre á sí mismo. Así como la soberbia sola sin otro algún vicio es bastante para condenar al que la tiene, así también lo es en casos el juzgar y condenar á otro: pues vemos que el fariseo del Evangelio por esta causa fué condenado. El sabio vendimiador coge las uvas maduras y deja las verdes, y el religioso y prudente varón anda siempre notando con grande estudio las virtudes de los otros: mas por el contrario el nescio siempre anda escudriñando sus defectos, según aquello que está escripto: Pusiéronse á escudriñar las maldades, y desfallescieron escudriñando en este escrutinio. La suma de todo esto sea, que aunque con los ojos veas pecar á uno, no por eso le condenes, ni te fíes dellos: porque también éstos se pueden engañar.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XI.

De la locuacidad ó demasiado hablar.

DIJIMOS en el capítulo precedente cuán peligroso vicio es el juzgar á los prójimos, y cómo también alcanza parte deste vicio á los varones espirituales que juzgan á otros: aunque más propriamente se podrá decir ser ellos juzgados y atormentados con su propria lengua. Agora será razón declarar en pocas palabras la causa y la puerta por donde este vicio sale y entra. Locuacidad es silla de la vanagloria, por la cual ella se descubre y sale á plaza. Locuacidad es argumento cierto de poco saber, puerta de la detracción, madre de las truhanerías, oficial de mentiras, perdimiento de la compunción, causadora de la pereza, precursor del sueño, destierro de la meditación y destruición de la guarda de sí mismo. Mas por el contrario el silencio es madre de la oración, reparo de la distracción, examen de nuestros pensamientos, atalaya de los enemigos, incentivo de la devoción, compañero perpetuo del llanto, amigo de las lágrimas, despertador de la memoria de la muerte, pintor de los tormentos eternos, inquisidor del juicio divino, causador de la sancta tristeza, enemigo de la presumpción, esposo de la quietud, adversario de la ambición, acrescentamiento de la sabiduría, obrero de la meditación, aprovechamiento secreto y secreta subida á Dios, según aquello que está escripto: El varón justo asentarse ha en la soledad, y callará: porque levantó á sí sobre sí. El que conosce sus pecados, enfrena su lengua: mas el que es parlero, aun no se ha conoscido como se debe conoscer. El estudioso amador del silencio llégase á Dios, y asiste siempre delante dél en lo secreto de su corazón, y así es por Él familiarmente alumbrado y enseñado. El silencio de nuestro Salvador puso admiración y reverencia á Pilato que lo juzgaba, como dicen los Evangelistas. La voz baja y callada así como es conforme al ánimo humilde, así también es contraria y destruidora de la vanagloria. Una palabra dijo Sant Pedro, y lloró después de haberla

dicho: porque se acordó de aquello que está escripto: Yo dije, guardaré mis caminos para no pecar con mi lengua: y del otro que dijo: Más vale caer de lo alto que caer de la propria lengua.

No quiero tratar mucho desta materia, aunque las muchas astucias deste vicio me incitaban á ello. Hablando comigo un gran varón (cuya autoridad valía mucho para comigo) de la quietud de la vida solitaria, decía que este vicio se engendraba de una destas cosas, conviene saber, ó del mal hábito y costumbre del mucho hablar (porque como la lengua sea un miembro corporal, siempre entiende en aquello en que está habituada) ó nasce también de la vanagloria (que es amiga de hablar) y no menos también de la hartura del vientre: porque el mucho hablar siempre anda junto con el mucho comer. Por donde muchos después que con trabajo refrenaron el vientre, fácilmente pudieron refrenar la lengua. El que se ocupa en la memoria de la muerte, corta las palabras demasiadas: y el que ha alcanzado la virtud del llanto, huye también del mucho hablar como de fuego. El que ama la quietud de la soledad, cierra su boca: y el que huelga de salir en público y tratar con los hombres, este vicio lo saca de su celda. El que ha sentido ya el ardor de aquel altísimo y divino fuego del Espíritu Sancto, así huye el trato y compañía de los hombres del siglo como el abeja del humo. Porque así como el humo hace daño á las abejas, así la compañía de los hombres al propósito y espíritu del recogimiento. De pocos es hacer que el agua del río vaya derecha, si no tiene madre por do corra y riberas que la detengan: pero de muy más pocos es detener la lengua y domar este monstruo tan poderoso.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XII.

De la mentira.

DE la piedra y del hierro saltan centellas, y de la locuacidad y parlería nascen las mentiras. Mentira es destierro de la caridad, y perjurio es negación de Dios. Ninguno de los que bien sienten tendrá la mentira por pequeño pecado, viendo con cuán terrible sentencia la condenó el Espíritu Sancto cuando dijo: Destruirás todos los que hablan mentira. Pues siendo esto verdad, ¿qué será de aquéllos que acrescientan maldad á la mentira, confirmándola con juramento? Vi algunos que se gloriaban y preciaban de decir mentiras, y que á vueltas de sus palabras ociosas decían cosas para reir: y provocando con esto los oyentes á otro tanto, les hicieron perder las lágrimas y devoción que en sus ánimas por medio de la palabra de Dios habían concebido. Cuando los demonios ven que comenzando uno á decir donaires luego volvemos las espaldas y huímos, entonces pretenden enlazarnos diciéndonos, ó que no entristezcamos al hermano que habla, ó que no queramos mostrarnos más sanctos y más espirituales que los otros. No consientas con este mal pensamiento, sino salte de ahí sin más tardanza: porque de otra manera llevarás el corazón lleno de las imágines y figuras de las cosas que oíste: las cuales se te representarán y inquietarán después al tiempo de la oración. Y no te contentes con huir de ahí, sino también con religiosa severidad ataja la plática comenzada (si para esto tienes autoridad) atravesando de por medio la memoria de la muerte y del juicio divino. Y por ventura será menos mal recibir tú desto algún poco de vanagloria, aprovechando por otra parte á los otros, que disimulando con un dañoso silencio dar oídos á tales cosas y hacer daño á ti y á los otros. El fingimiento y la disimulación es madre de la mentira y á veces también materia della: porque á algunos paresce que no es otra cosa esta disimulación sino mentira artificiosa, la cual á veces trae consigo anejo el juramento, con que se hace más pernicio-

sa. El que teme á Dios, muy lejos está de toda mentira: porque trae siempre dentro de sí un juez muy entero, que es la propria consciencia que le acusa. Así como entre las pasiones y perturbaciones del ánimo hay unas más prejudiales que otras, así también acaesce esto mismo en las mentiras. Porque de una manera juzgamos la mentira que se dice por temor del tormento, y de otra la que se dice sin ningún temor. Item uno miente por alcanzar algún deleite: otro, por el gusto que siente en mentir (por la costumbre que deso tiene) otro, por mover á risa los presentes: otro, por calumniar ó hacer daño á su prójimo. Y según esto á veces es más grave ó más liviana esta culpa, según la materia y cualidad della. Las penas que los príncipes señalaron contra los mentirosos sirven para desterrar la mentira: mas el ejercicio de las lágrimas y del llanto del todo la destruyen. Muchas veces so color de justa causa ó necesidad nos incitan algunos á decir mentira y lo que es perdición de nuestra ánima, nos quieren hacer creer que es justicia, alegando para esto el ejemplo de Raab, que fingió una mentira. Y desta manera dicen que procuran la salud de los otros con su daño proprio: como quiera que diga por otra parte el Señor que no aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si padesce detrimento en sí mismo. No sabe el niño qué cosa es mentira, ni tampoco el ánima perfectamente limpiada de toda maldad. El que está tomado del vino, en todo dice la verdad, aunque no quiera: mas el que está embriagado con el vino de la compunción, no sabe qué cosa es decir mentira.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XIII.

De la accidia ó pereza.

Uno de los ramos que nascen de la locuacidad y mucho hablar, es lo accidia ó pereza, como arriba dijimos. Y por esto convenientemente se le da este lugar en esta cadena espiritual. Accidia es relajación del ánimo, muerte del espíritu, menosprecio de la vida monástica, odio de la propria profesión. Ésta hace á los seglares bienaventurados, y á Dios áspero y riguroso. Para el cantar de los psalmos está flaca, para la oración enferma, para el servicio de casa como de hierro, para la obra de manos diligente y para la obediencia pesada. El varon subjeto y obediente está lejos de la pereza, y con el ejercicio de las cosas sensibles aprovecha en las inteligibles. La vida monástica resiste á la pereza: la cual por otra parte es tan perpetua compañera del monje solitario, que hasta la muerte no le dejará, y todos los días que viviere lo combatirá. Pasando la accidia par de la celda del solitario, se sonrió: y llegándose á las puertas della, determinó hacer ahí su morada. Por la mañana en amanesciendo visita el médico los enfermos: mas la pereza visita los monjes al medio día. Ésta nos encomienda el recibimiento de los huéspedes y nos incita á que hagamos limosna del trabajo de nuestras manos. Amonéstanos también visitar los enfermos alegremente, alegándonos para esto aquel dicho del Evangelio: Enfermo estaba, y venistes á mí. Dícenos que vamos á consolar los tristes y pusilánimes: y siendo ella pusilánime, nos aconseja que vamos á esforzar á los que lo son. Estando en la oración, nos trae á la memoria alguna cosa que nos conviene hacer: y caresciendo ella de toda razón, no hay cosa que no haga por tirarnos de allí con cuerdas de razón. Todas estas obras nos aconseja no con espíritu de caridad ni de virtud, sino para que so color de bien nos aparte de los espirituales ejercicios, y por el gran trabajo y desabrimiento que recibe en ellos. Tres horas al día acarrea este espíritu de accidia calentura y dolor de cabeza,

y otros semejantes accidentes: mas cuando se llega la hora de Nona, puesta ya la mesa, resuscita un poco, y salta de su lugar: y cuando vuelve el tiempo de la oración, torna á enflaquescerse y sentir pesadumbre. A los que están en la oración fatiga con sueño, y con importunos bostezos les quita el verso de la boca. Los otros vicios y perturbaciones cada uno se vence con su virtud contraria: mas la accidia es muerte perpetua de toda la vida religiosa. El ánima varonil y robusta levanta y resuscita el espíritu muerto y caído: mas la accidia y la flojedad todas las riquezas de las virtudes destruye en un punto, pues á todos los buenos ejercicios cierra la puerta. Como sea éste uno de los ocho vicios capitales, conviene que tratemos dél de la manera que de todos los otros, añadiendo más lo que agora diré. Cuando no se llega la hora de cantar los psalmos, no paresce entonces la accidia: y acabado el oficio divino, luego abre los ojos y resuscita. En el tiempo que nos combate la accidia, entonces se descubre cuáles sean aquellos caballeros esforzados que arrebatan el reino de los cielos: y apenas hay cosa que tanta materia de coronas dé al monje. Si consideras atentamente, hallarás que este vicio cansa á los que están en pie cantando los psalmos, y á los que están asentados hace que se recuesten sobre la pared, porque estén más á su placer. Convídanos á salir de la celda y á hacer ruído ó estruendo con los pies, por no poder tener el cuerpo quieto. El principal remedio contra este mal es el llanto: porque el que llora á sí mismo, no sabe qué cosa es accidia.

Atemos también este tirano con la memoria de los pecados, y azotémoslo con el trabajo de manos, y llevémoslo arrastrando con el deseo y consideración de los bienes eternos, y estando en pie, sea por orden de juicio preguntado: Dinos, oh remiso y disoluto tirano, ¿quién es el padre que tan mal hijo engendró? ¿quién son tus hijos? ¿quién los que te combaten? y ¿quién finalmente es el que te corta la cabeza? Él entonces á estas preguntas responderá: Yo entre los verdaderos obedientes no tengo sobre qué reclinar mi cabeza: mas moro en compañía de los que buscan la quietud de la soledad, si no viven con gran recaudo. Los padres que me engendraron y dieron nombre, son muchos. Porque unas veces la insensibilidad, y otras el olvido de las cosas celestiales, y otras también la demasía de los trabajos me engendran. Mis hijos legítimos son la mudanza de los lugares que por mí se hace, la

desobediencia del padre espiritual, el olvido del juicio advenidero y á veces también el desamparo de mi propria profesión. Mis contrarios que agora me tienen presa son el oficio del cantar los psalmos, y el trabajo de manos, y la memoria de la muerte: mas quien me corta la cabeza es la oración acompañada con esperanza firmísima de los bienes advenideros. Mas quién sea el padre de la oración, á ella lo preguntad en su lugar.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XIV.

De la famosísima y perversa señora la gula.

Determinando tratar de la gula, nacesariamente agora más que nunca habemos de filosofar contra nosotros mismos: porque gran maravilla sería haber hombre del todo perfectamente libre desta señora, si no son los que están ya en la sepultura. Gula es hipocresía y fingimiento del vientre, el cual después de harto nos hace creer que tiene necesidad de más, y después de lleno hasta reventar, dice que padesce hambre. Gula es inventora de sabores y potajes, y descubridora de nuevos regalos. Cerrástele una vena, y ella sale por otra: atajástela por una parte, rompe por otra: apagaste una llama, y apagada ésta, resuscita otra: y vencida ésta, veniste á ser vencido de otra. Porque como tenga este vicio tantas maneras de objectos que despiertan nuestro apetito, si te escapas de un peligro, vienes luego á dar en otro. Gula es engaño del juicio de la razón, el cual nos hace creer que tenemos necesidad de tragar todo cuanto se nos pone delante: y junto con esto traga el hombre la templanza, la penitencia y la compasión: pues consumiéndolo el glotón todo, no le queda con qué socorrer al prójimo. La hartura de los manjares es madre de la fornicación, y la afición del vientre pare la caridad. El que halaga con mano blanda al león, por ventura lo amansará: mas el que halaga y regala el cuerpo, embravéscelo contra sí. El judío se goza con el sábado y con la fiesta: mas el monje dado á la gula, con el sábado y con el domingo, que es, con la fiesta y con la víspera della. Antes de tiempo cuenta los días que hay hasta la Pascua, y muchos días antes comienza á aparejar la comida para la fiesta. El siervo del vientre anda siempre pensando con qué manjares se regalará: mas el siervo de Dios, con qué gracias se enriquescerá. En veniendo el huésped á casa, luego hierve todo en caridad con el apetito de la gula, y su proprio daño dice que es consolación del prójimo. Muchas veces acaesce que pelean entre sí la gula y le vanagloria sobre el triste monje como sobre un

esclavo que se vende en la plaza. Porque la gula le incita á que quebrante el ayuno, y la vanagloria á que no pierda crédito comiendo demasiado. Mas el monje sabio huirá ambos los vicios, y á sus tiempos cuasi con el uno vencerá el otro: porque por no dar mal ejemplo guardará el ayuno, y por conservar la naturaleza comerá con templanza. Cuando arde el fuego de la carne, castiguémosla fuertemente, y en todo lugar y tiempo guardemos abstinencia. Mas después de apagado este fuego (lo cual apenas puedo creer que en esta vida pueda ser perfectamente) entonces ya puede ser más encubierta y más moderada nuestra abstinencia. Vi una vez que algunos padres ancianos daban licencia y bendición á algunos mozos que no eran discípulos suyos, para beber vino, exhortándolos á aflojar la regla de su abstinencia. Á los cuales (siendo personas de autoridad y vida religiosa, y que tengan ya testimonio en el Señor) será razón obedescer moderadamente: mas si fueren flojos y negligentes, no curemos desta licencia y bendición, mayormente si somos combatidos de los ardores de la carne. Cuando nuestra ánima desea y procura manjares diversos y delicados, entendamos que este apetito es suyo proprio natural: y por esto es necesario velar y trabajar con toda industria, peleando con esta potentísima y astutísima engañadora: porque de otra manera levantará contra nosotros grandes batallas, y armarnos ha lazos en que cayamos.

Y para esto conviene primeramente abstenernos de todos los manjares que pueden engordar el cuerpo, y especialmente de los que son calientes: porque no echemos aceite sobre la llama. Y después déstos, de los que son más suaves y deleitables. Si fuere posible procuremos comer de aquel género de viandas que siendo ellas livianas y viles, fácilmente hinchen el estómago, como lo hacen las legumbres, para que con este hinchimiento apaguemos el apetito insaciable, y por otra parte siendo los manjares livianos y viles, sea más fácil la digestión: para que luego podamos respirar y quedar libres del demasiado calor como de un azote. Si miramos atentamente, hallaremos que todos los manjares humosos y vaporosos ayudan mucho con su calor á despertar en nuestros cuerpos estímulos y movimientos carnales. Ríete de aquel espíritu malo que te dice que dilates la hora de la comida después de la acostumbrada refección del monesterio: porque demás de que podrá ser esta abstinencia indiscreta, haces

mal con esta singularidad y con no andar conforme con los otros en la hora del comer al paso de la comunidad. También es de notar que una manera de abstinencia pertenesce á los inocentes, y otra á los culpados: porque aquéllos no tienen más movimientos y tentaciones de las que son menester para conoscer que son hombres y que están vestidos de carne: mas estotros hasta la muerte conviene crudamente batallar sin admitir treguas ni conciertos de paz. Mas á aquéllos principalmente es dado conservar una perpetua moderación y tranquilidad de ánimo, mediante la cual perseveren siempre de una manera, como si morasen en aquella altísima región del aire ó del cielo donde no llegan los torbellinos y nublados deste mundo inferior. Mas á estotros conviene trabajar por aplacar á Dios con perpetua compunción y afición del cuerpo y del ánima. Al varón perfecto es dado vivir en alegría y consolación y estar libre de todos los cuidados de las cosas mortales: mas al que está aun en medio de la batalla, luchar y pelear: pero al vicioso y sensual, andar de fiestas en fiestas y de convites en convites. Los sueños de los glotones son de comidas y banquetes: mas los de los que lloran sus pecados, son de juicios y de tormentos. Prende tú con rigor el vientre, porque él no te prenda á ti y después vengas con vergüenza y confusión á guardar la abstinencia que entonces no guardaste. Muy bien entienden esto los que miserablemente cayeron: mas los verdaderos eunucos del Evangelio (que son los castos) no saben esto por experiencia: puesto que lo puedan saber por especulación y lumbre de Dios. Circuncidemos el pecado de la lujuria con la memoria del fuego eterno: porque algunos de los que cayeron en él (por no haberlo cortado con este cuchillo) vinieron después cruelmente á cortar sus proprios miembros: lo cual no fué cortar el pecado, sino doblarlo. Si miramos en ello, hallaremos que todas nuestras pérdidas por la mayor parte nascen deste vicio de la gula. El ánima del que ayuna, ora con sobriedad y atención: mas la del destemplado es llena de torpes imaginaciones y pensamientos. La hartura del vientre secó las fuentes de las lágrimas: mas si él se secare con la abstinencia, producirá fuentes de aguas. El que obedesciendo al vientre pretende vencer el espíritu de la fornicación, semejante es al que quiere apagar la llama del fuego echándole aceite. Afligido el vientre se humilla el corazón, y regalado él se ensoberbesce. Vuel-

ve los ojos sobre ti, y mírate al principio del día, y al medio día, y á la tarde antes de la refección: y por aquí verás palpablemente la utilidad del ayuno. Porque á la mañana está más vivo el apetito vicioso de la carne, á la hora de sexta está un poco más amortiguado, y á puesta de sol está ya caído y humillado. Aflige el vientre, y enfrenarse ha la lengua: porque ésta también toma fuerzas con la muchedumbre de los manjares, según dijimos. Pelea siempre contra el vientre, y por amor déste procura con todo estudio la templanza y sobriedad: porque si en esto trabajares un poco, luego el Señor será tu ayudador y obrará juntamente contigo. Los odres blandos y extendidos caben más: pero estando apretados y arrugados caben menos. Pues desta manera el vientre se dilata y desarruga con la repleción y hinchimiento de los manjares, y así se hace capaz de más. Pero quien por el contrario le hace tener dieta, éste lo estrecha y aprieta, y estrechado él así ya con el uso de la templanza, naturalmente se contenta con poco, y ayuna. La sed sufrida con paciencia algunas veces apagó la sed: mas querer apagar la hambre con hambre, cruel cosa es y imposible: por eso conviene que esta nuestra abstinencia sea también discreta. Si alguna vez te molestare ó te venciere el apetito de la gula, dómalo con trabajos: y si esto no puedes por tu flaqueza ó mala disposición, pelea con oraciones y vigilias contra él. Y si los ojos se cargaren de sueño, entiende en alguna obra de manos para despedirlo de ti. Mas si no te fatigare, no la tomes, porque estés más desembarazado para orar. Porque no es de todos vacar á Dios puramente y entender en obras de manos en un mismo tiempo.

También te quiero avisar que muchas veces el demonio está sobre nuestro estómago y hace que el hombre nunca se sienta harto, aunque haya comido á toda Egipto y bebido á todo el río Nilo. Después de haber comido demasiadamente, vase el espíritu de la gula y envía sobre nosotros el espíritu de la fornicación: y dándole cuenta de lo que deja hecho: arrebátalo (dice) y tiéntalo y enciéndelo, porque extendido y lleno el vientre, no trabajarás mucho en inflamarlo. El cual veniendo, luego se sonríe, y atándonos de pies y manos con el sueño, hace muchas veces de nosotros lo que quiere, ensuciando nuestros cuerpos y ánimas con imaginaciones, y inmundicias, y evacuaciones de sucios humores. Y es cosa digna de grande admiración ver una

substancia sin cuerpo (cual es nuestro espíritu) cómo es amancillada y escurescida con la fealdad y inmundicia del cuerpo, y cómo después por la abstinencia es restituída y vuelta á la delicadeza de su natural condición. Si prometiste á Cristo de ir por el camino áspero y estrecho, aflige el vientre: porque si lo regalas y extiendes, ten por cierto que has quebrantado el asiento y concierto que con Dios pusiste. Está atento y oye al Señor que dice: Ancho y espacioso es el camino del vientre que lleva á la perdición de la fornicación, y muchos son los que caminan por él: y por el contrario, cuán angosta es la puerta, cuán estrecho el camino del ayuno que lleva á la vida de la castidad, y pocos son los que van por él. Príncipe de los demonios es Lucifer que cayó, y príncipe de los vicios (como incentivo de todos ellos) es la concupiscencia de la gula. Cuando te asientas á la mesa llena de muchos manjares, apercíbete con la memoria del juicio y de la muerte: porque aun con todo esto apenas resistirás un poco á la fuerza de la concupiscencia. Cuando pones el vaso en la boca para beber, acuérdate de la hiel y vinagre que se dió á tu Señor: y con esto beberás con más templanza, ó á lo menos con gemido y conoscimiento de lo poco que haces para lo que Él hizo por ti. No te engañes, hermano: ten por cierto que nunca serás librado de Faraón, ni celebrarás la pascua celestial, si no comiendo lechugas amargas y pan sin levadura. Las lechugas amargas es la afición y violencia del ayuno, y el pan sencillo sin levadura es el ánimo libre de toda soberbia. Imprime en lo íntimo de tu corazón aquella palabra del Psalmista que dice: Cuando los demonios me eran molestos, vestíame de cilicio, y humillaba mi ánima con el ayuno, y lloraba en lo íntimo de mi corazón.

Del ayuno contrario á la gula en el mismo grado.

§. I.

AYUNO es violencia que se hace á la naturaleza, circuncisión de todos los deleites del gusto, mortificación de los incentivos de la carne, cuchillo de malos pensamientos, liberación de los sueños, limpieza de la oración, lumbre del ánima, guarda del espíritu, destierro de la ceguedad, puerta de la compunción, hu-

milde suspiro, contrición alegre, muerte de la parlería, materia de quietud, guarda de la obediencia, alivio del sueño, sanidad del cuerpo, causa de tranquilidad, perdón de pecados, entrada y deleites de paraíso. Todo esto es el ayuno: porque para todas estas cosas ayuda y dispone con su virtud, y á todo esto es contraria y enemiga la gula.

Preguntemos pues á este tirano como á los otros, y aun mucho más que á todos los otros: á éste (digo) que es maestro perverso de nuestros enemigos, puerta de los vicios, caída de Adán, perdimiento de Esaú, muerte de los Israelitas, deshonra de Noé, perdición de los de Gomorra, crimen de Loth, destruición de los hijos de Helí, adalid y precursor de las inmundicias: preguntemos (digo) á éste quién lo engendró, y quién sean sus hijos, y quién son los que le maltratan, y quién finalmente el que le mata. Dinos ahora pues, oh tirana y violenta señora de los mortales (los cuales heciste siervos tuyos y compraste con el precio de la insaciabilidad) ¿por dónde entras en nosotros, y qué haces después de entrada, y cuál es tu salida, y cómo escaparemos de tus manos? Entonces ella exasperada con nuestras injurias, feroz y tiránicamente responderá: ¿Por qué me injuriáis, siendo mis siervos y vasallos por el pecado? ó ¿cómo presumís apartaros de mí, estando yo ligada con vuestra misma naturaleza en pecados concebida? La puerta por donde entro es la cualidad y sabor de los manjares, y la costumbre y obligación necesaria de comer es causa de mi insaciabilidad, y la causa de mi destemplanza es el mal hábito que tengo de comer antes de tiempo, y la falta de contrición, y el olvido de la muerte. Los nombres de mis hijos ¿para qué los queréis saber? porque si me pusiere á contarlos, multiplicarse han sobre las arenas de la mar. Mas todavía os diré los nombres de los más principales y más queridos míos. Mi hijo primogénito es atizador de la fornicación. El segundo después deste es autor de la ceguedad y dureza de corazón. El tercero es el sueño. El mar de los pensamientos, las ondas de las pasiones sucias y el abismo profundísimo de las secretas invenciones de torpezas de mí también proceden y hijos míos son. Mis hijas son la pereza, la parlería, la confianza de sí mismo, las chucarrerías y risas, la porfía, la dureza de cervíz, la desgana para oir la palabra de Dios, la insensibilidad para las cosas espirituales, la prisión del ánima, las expensas y gastos excesivos y sumptuosos, la hincha-

zón de la soberbia, la osadía y afición á las cosas del mundo. A las cuales cosas sucede oración sucia, ondas de pensamientos y algunas veces calamidades y desastres no pensados: después de los cuales se sigue desesperación, que es el mayor mal de los males. La memoria de los pecados es la que me hace guerra, mas no me vence: y la memoria atenta de la muerte tiene comigo perpetua enemistad. Mas ninguna cosa hay entre los hombres, que perfectamente me destruya. El que tiene dentro en su ánima el Espíritu Sancto y le hace oración contra mí, inclinado Él por éstos ruegos no me deja obrar viciosamente. Mas los que no han probado por experiencia la suavidad deste divino Espíritu, todos éstos generalmente son mis prisioneros: porque todos éstos se enlazan con la suavidad de mis deleites: ca donde faltan los deleites espirituales, no pueden faltar los sensuales.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XV.

De la incorruptible castidad: la cual todos los mortales y corruptibles buscan con sudores y trabajos.

DIMOS agora á la insaciable gula decir que uno de sus hijos era la concupiscencia del vicio carnal. Esto podremos conoscer por ejemplo de aquel viejo Adán padre nuestro: el cual si no supiera qué cosa era gula, no conosciera con esta manera de concupiscencia á su mujer Eva. Y por esto los que guardan el primer mandamiento de la abstinencia, no suelen quebrantar el segundo que veda la lujuria. Puesto caso que todavía permanescen hijos de Adán: mas un poco menores que los ángeles, pues no son inmortales como ellos. Lo cual ordenó Dios así, porque no fuese inmortal también nuestro daño, como dice aquel gran varón á quien la teología dió sobrenombre, que es Gregorio Nazianceno. Castidad es una virtud que nos hace familiares y vecinos á aquellas substancias altísimas y incorpóreas, que son los ángeles. Castidad es alegre aposento y recámera de Cristo. Castidad es escudo celestial del corazón terreno. Castidad es abnegación de la naturaleza humana, y un maravilloso vuelo de la substancia mortal y corruptible á las substancias inmortales y incorruptibles. Casto es aquél que con un amor venció otro amor, y con el fuego del espíritu apagó el fuego de la carne. Continencia es un nombre general de todas las virtudes: porque toda virtud se puede llamar continencia y freno del vicio contrario. Perfectamente casto es aquél que ni entre sueños padesce algún movimiento feo, ni mudanza de su estado. Casto es aquél que no se mueve sensual y desordenadamente en su presencia de cualesquier cuerpos y figuras. Ésta es la regla y éste es el fin de la perfecta y consumada castidad (si la hay en el mundo) que con la misma simplicidad miremos los cuerpos animados que los inanimados, los racionales que los irracionales. Ninguno de los que trabajan por alcanzar esta virtud piense que por sus trabajos ó industria la ha de alcanzar: porque no es posible que nadie venza su pro-

pria naturaleza: porque fuera de toda contradición está que lo que es menos, es vencido por lo que es más. El principio de la castidad es no consentir con los pensamientos deshonestos, y á tiempos padescer aquel flujo de humor no limpio, aunque sin imaginaciones torpes. El medio es ser algunas veces inquietado con movimientos sensuales que proceden de la repleción de los manjares, y por esto sin imaginaciones torpes y sin llegar el negocio á polución. Mas el fin es tener mortificados los movimientos desordenados. No es solamente casto el que guardó limpio el lodo desta carne, sino mucho más el que subjetó perfectamente los miembros deste cuerpo á la voluntad del espíritu. Grande es por cierto aquél, cuyo corazón con ninguna vista se altera, y el que con el amor y contemplación de la hermosura celestial vence el peligro de la vista de los ojos, abrasadora de los corazones. El que triunfa deste vicio con la virtud de la oración, es semejante al león que pelea, el cual con facilidad vence. Mas el que luchando y peleando con él lo hace huir, es semejante al que persigue su enemigo, y lo lleva de vencida. Pero el que de todo desarmó y anihiló el ímpetu desta pasión, aunque viva en carne, ya paresce que resuscitó de la sepultura. Si es argumento cierto de la verdadera y perfecta castidad no padescer ni aun entre sueños imaginación ni inflamación del cuerpo, también será fin del vicio carnal si velando uno padesce flujo deshonesto con sola la represensación de los malos pensamientos. El que con sudores y trabajos batalla contra este adversario, es semejante al que derriba su enemigo con una honda. Mas el que pelea con abstinencia y vigilias, es semejante al que lo hiere con una maza. Pero el que pelea contra él con altísima humildad y perfecta mortificación de la ira y deseo de los bienes celestiales, es semejante á aquél que mató su enemigo y lo enterró debajo del arena: y por arena entiendo la humildad, que de tal manera vence, que no da materia de vanagloria después de la victoria, antes deja al hombre con conoscimiento de que es polvo y ceniza. De manera que unos tienen este tirano preso con los trabajos y peleas, otros con profunda humildad, otros con especialísima lumbre y favor del cielo: entre los cuales el primero es comparado con el lucero de la mañana, el segundo con la luna llena y clara, el tercero con el sol de medio día: aunque todos ellos tienen ya su conversación en el cielo. Y es de notar que cada uno destos grados

dispone para el otro: porque así como después de la mañana sale la luz, y á la luz sucede el sol de medio día: así entre estos grados el primero dispone para el segundo, y el segundo para el tercero. La raposa se hace dormida para cazar el pájaro: y el demonio algunas veces finge castidad en nuestro cuerpo, dejándonos á tiempo de combatir: para que con esta falsa confianza nos pongamos en peligros, donde vengamos á perescer. No creas en toda tu vida al lodo de tu carne, ni te fies de ti mismo, hasta que después de resuscitado vayas recibir á Cristo. Ni tampoco debes confiar si por virtud de la abstinencia dejas de caer: porque tampoco comía aquél que fué derribado del cielo en los abismos. Algunos varones doctísimos declaran desta manera qué cosa es renunciación. Renunciación dicen que es enemistad y lucha perpetua contra el cuerpo y contra la concupiscencia de la gula. Los principiantes que caen en el vicio de la carne, comúnmente caen por darse á deleites y buen tratamiento del cuerpo. Los medianos suelen caer no sólo por regalo de la carne, sino por la soberbia del espíritu: para que por ella conozcan su propria enfermedad y miseria. Mas los perfectos, si caen, caen comúnmente por juzgar á los otros. Algunos tuvieron por bienaventurados á los eunucos por haber nascido tales, que viviesen libres deste tiránico señorío de la carne: mas yo tengo por mucho más bienaventurados aquéllos que se hicieron eunucos con el trabajo y lucha cuotidiana, los cuales con el cuchillo de la razón se hicieron eunucos por el reino de los cielos. Vi algunos que cayeron vencidos más por la fuerza de la pasión que por voluntad: aunque no pudo faltar voluntad donde hubo culpa. Vi también otros que por su voluntad quisieron caer, y no pudieron: los cuales tuve por más miserables que los que cada día caen, pues llegaron á tal estado, que despidiéndolos de sí el hedor del vicio, ellos no querían despedirse dél. Miserable es aquél que cayó, mas mucho más lo es el que fué causa de que otro cayese: porque este tal lleva sobre sí la carga suya y la ajena. No quieras vencer al espíritu de la fornicación disputando con él: porque él sabe muy bien disputar, pues ayudado de la misma naturaleza pelea contra nosotros. El que ayudándose de su propria industria presume por sí de vencer su carne, en vano trabaja. Porque si el Señor no destruyere la casa de la carne y edificare la del espíritu, en vano trabaja el que con solo ayunar y velar sin

este presidio la quiere edificar. Presenta ante los ojos del Señor la natural enfermedad y flaqueza de tu carne, reconosciendo húmilmente tu miseria: y así recibirás en tus entrañas el don de la castidad. Los que andan inflamados con los ardores de la carne, tienen un perpetuo apetito de ayuntamiento corporal, como me significó uno que esto había experimentado: el cual volviéndose después á Dios, vivió con grande continencia. Este espíritu sucio es desvergonzado, feroz, cruel y inhumano: el cual ocupando desvergonzadamente nuestro corazón, hace que el que es combatido dél padezca dolor y tormento sensible, en el cual arda como una fragua. Hace también que el hombre miserable no tema á Dios, desprecie la memoria de los tormentos eternos, aborrezca la oración y no se mueva más con la vista de los cuerpos de los muertos, que si fuesen piedras sin ánima: y en la hora de aquella malvada obra hácelo una bestia bruta, privándolo del uso de la razón con la fuerza de la concupiscencia. Y si Dios no abreviase los días deste espíritu malo (quiero decir) si no enflaquesciese sus fuerzas, no escaparía de las que están vestidas desta sangre y deste barro sucio amasado con ella. Y no es esto de maravillar: porque todas las cosas criadas naturalmente desean juntarse con sus semejantes: y así la sangre desea la sangre, y el gusano al gusano, y el cieno al cieno, y la carne también la carne: puesto caso que los monjes que hacemos guerra á la naturaleza y procuramos alcanzar el reino del cielo, pretendemos con artificio, diligencia y gracia vencer y engañar á nuestro engañador. Bienaventurados aquéllos que no han experimentado este linaje de batallas: y nosotros también supliquemos húmilmente á Dios nos libre deste despeñadero: porque los que en él cayeron, muy lejos están de la subida y descendida de aquella escala que vió Jacob. Y los tales si desean levantarse, tienen necesidad de muchos sudores, dolores, afliciones, trabajos, hambre y sed y suma aspereza y pobreza de todas las cosas. Si consideramos atentamente, hallaremos que así como en las batallas visibles no pelean todos de una manera, ni con un género de armas, sino con muchas y diversas: así también lo hacen nuestros espirituales enemigos cuando pelean con nosotros: porque cada uno tiene su oficio, y su entrada, y su manera de pelear: que es cosa de grande admiración. Y de aquí proceden en los tentados unas caídas sobre otras, y unas más crueles que otras: por donde el que no se re-

para, ó no hace luego penitencia en las caídas menores, presto vendrá á peligrar en las mayores.

Costumbre es del demonio acometer principalmente con todo el ímpetu de malicia, y con todo estudio y arte, y con todas sus fuerzas á los que están en medio de la batalla y que viven vida monástica, trabajando con todo el ímpetu de su malignidad por derribarlos en algún vicio que no sea conforme á naturaleza. De donde nasce que algunos de los que así son combatidos, tratando con mujeres, no son solicitados desta pasión (por donde se tienen ya ellos por seguros y libres deste mal) y no ven los miserables que donde hay mayor caída, no es necesaria la menor. Ca por dos causas aquellos crueles y malaventurados homicidas (que son los demonios) suelen acometer más principalmente por esta parte que por otra: lo uno, porque doquiera está la ocasión del vicio más á mano: y lo otro, por ser más grave esta caída y merescedora de mayor castigo. Supo muy bien lo que yo agora digo aquel mancebo de quien se lee en las vidas de los Padres que llegó á tan alto grado de virtud, que mandaba á los asnos salvajes, y los hacía servir en el monesterio á los monjes: el cual comparó el bienaventurado S. Antonio á un navío cargado de ricas mercaderías y puesto en medio de la mar, cuyo fin no se sabía. Pues este mozo tan ferviente vino después á caer miserablemente. Y estando él llorando su pecado, dijo á unos monjes que por allí pasaron: Decid al viejo (conviene saber, á S. Antonio) que ruegue á Dios me quiera conceder diez días de penitencia. Oído esto, lloró el santo varón, y arrancándose los cabellos de la cabeza dijo: Una gran columna de la Iglesia ha caído hoy. Y pasados cinco días murió el sobredicho monje. De manera que el que primero mandaba á las bestias salvajes, fué al cabo por cruelísimos salvajes derribado y burlado: y el que poco antes se mantenía con pan del cielo, fué después privado deste tan grande beneficio. Y cuál haya sido su caída, no lo quiso declarar el sapientísimo Padre Antonio: porque sabía él que era fornicación: en la cual pudo uno pecar corporalmente sin tocamiento de otro cuerpo. Para lo cual traemos siempre con nosotros una perpetua ocasión de muerte y de caídas, especialmente en la mocedad: la cual no oso declarar por escripto, porque detiene mi pluma aquel que dijo: Lo que los hombres hacen en secreto, torpe cosa es decirlo, escribirlo y oirlo. Y llamo muerte á esta carne mía, y no mía, ami-

ga y enemiga mía, pues así la llamó S. Pablo cuando dijo: Desventurado de mí, ¿quién me librará del cuerpo desta muerte? Mas aquel gran teólogo (de que arriba hecimos mención) la llamó viciosa, esclava y escura como la noche: y deseaba yo saber por qué causa estos sanctos le pusieron estos tales nombres. Pues luego si (como está ya dicho) la carne es muerte, síguese que el que venciere la carne, no morirá. Mas ¿cuál será aquél que viva y no vea esta muerte, quiero decir, la caída de su carne? Cosa digna es de preguntar cuál sea mayor ¿el que después de muerto resuscitó, ó el que del todo nunca murió? Algunos dicen que este segundo es más bienaventurado. Mas por los otros hace que imitan la resurreción de Cristo que después de muerto resuscitó. Y los que á éstos tienen por bienaventurados, paresce que lo hacen por quitar la ocasión de desesperar á los que mueren, ó (por mejor decir) á los que desta manera caen.

Prosigue la misma materia de la castidad.

§. I.

COSTUMBRE es del espíritu de la fornicación pintarnos á Dios clementísimo, perdonador deste vicio como tan natural á los hombres: mas si miramos atentamente, hallaremos que los mismos demonios que por una parte nos hacen á Dios misericordioso antes de la caída, después della nos lo hacen riguroso y severo. De manera que cuando nos incitan á pecar, nos encarescen su clemencia: y después del pecado, su inviolable justicia, para hacernos desesperar. Y cuando con esta desesperación se junta una desordenada tristeza, de tal manera derriban nuestro corazón, que ni nos dejan conoscer nuestra culpa, ni hacer penitencia della. Mas muerta la desesperación, luego vuelven estos tiranos á engrandescernos la misma clemencia, para derribarnos en la misma culpa. Dios es una substancia purísima, incorruptible y sin cuerpo: y por eso convenientísimamente se deleita con la castidad, incorrupción y pureza de nuestros cuerpos. Mas por el contrario aquellos espíritus feos y sucios se alegran sumamente con el cieno de la lujuria. Y por eso pidieron al Señor que si los lanzaba del cuerpo de un endemoniado, los dejase entrar en una

manada de puercos que allí estaban: por los cuales es figurado el cieno deste vicio. La castidad hace al hombre en gran manera familiar á Dios y semejante á Él, en cuanto es posible serlo. La tierra rociada con el agua es madre de dulzura, por la suavidad de los frutos que lleva: y la vida solitaria acompañada con obediencia es madre de castidad. Algunas veces aquella bienaventurada pureza de nuestro cuerpo (que por medio de la soledad alcanzamos) si nos llegamos al mundo, padesce peligro: mas la que procede de la obediencia, más firme y más segura permanesce, por el ayudador que tiene en el Padre espiritual. Vi algunas veces haber venido la soberbia á hacerse ocasión de humildad, cuando conosciendo el hombre con lumbre de Dios la grandeza deste mal, tomó de ahí motivo para humillarse: y viendo esto, acordóseme de aquél que dijo: ¿Quién conoscerá los juicios de Dios y la alteza de sus consejos? Así también por el contrario la soberbia y fausto á muchos fué causa de manifiesta caída: y esta misma caída (á los que quisieron aprovecharse della) les vino á ser también ocasión y motivo de humildad. El que pretende vencer el espíritu de la fornicación comiendo y bebiendo largo, es como el que quiere apagar el fuego echándole aceite, como arriba dijimos. Mas el que con sola abstinencia le pretende vencer, es como el que quiere escaparse á nado nadando con una sola mano. Por lo cual conviene que nuestra abstinencia ande siempre acompañada con humildad: porque de otra manera, nada vale. El que se ve tentado más fuertemente de un vicio que de todos los otros, ármese principalmente contra él: porque si éste no fuere vencido, poco nos aprovechará pelear con los otros. Y después que hayamos muerto con Moisén este gitano, luego veremos á Dios en la zarza de la humildad. Siendo yo una vez tentado, sentí en mi ánima una alegría sin fundamento, la cual aquel astuto lobo había despertado en mí para engañarme: y yo como niño en el saber, pensé que esto era algo, y después conoscí que era engaño. Y por aquí entiendo cuán abiertos conviene que tengamos los ojos para conoscer los tales peligros. Todo pecado que hace el hombre, dice el Apóstol que es fuera de su cuerpo: mas el pecado de la fornicación es contra el mismo cuerpo: porque afea con sucios humores la misma substancia de la carne, lo cual en los otros pecados no acaesce. Mas ¿qué quiere decir que cuando los hombres caen en los otros pecados, decimos que fueron engañados, y

cuando pecan en este, decimos que cayeron, y al mismo vicio llamamos lapso ó caída de la carne? Debe ser la causa que como el más alto grado de la dignidad esencial del hombre sea la razón natural (la cual del todo sepulta y ahoga este vicio, dejando por entonces al hombre hecho una bestia bruta con la fuerza del deleite que del todo lo emborracha, y empapa sus sentidos) por esto con gran razón se llama caída, pues derriba al hombre del trono de la dignidad racional en la bajeza de la naturaleza bestial. El pesce huye ligeramente del anzuelo: y así el ánimo amigo de deleites huye la quietud de la soledad. Cuando el demonio quiere enlazar algunos con este vicio, escudriña diligentemente las condiciones y inclinaciones de las partes: y allí pone la centella del fuego, donde sabe que más presto se levantará la llama. Algunas veces los que son amigos de deleites, son compasivos, misericordiosos y tiernos de corazón, y así fáciles al parescer para la compunción: y por el contrario los amadores de la castidad algunas veces son rigurosos y severos: mas ni por esto la castidad pierde su valor, ni aquel vicio su fealdad. Un varón sapientísimo me propuso esta cuestión: ¿Cuál pecado (dice) es más grave de todos, dejando aparte el homicidio y la abnegación de Cristo? Y como yo le respondiese que la herejía, replicóme él diciendo: Pues ¿cómo la Iglesia católica recibe los herejes, después que han abjurado y anatematizado sus herejías, á la comunión y participación de los sagrados misterios: y al que cayó en pecado de fornificación (aunque confiese su culpa y salga de su pecado) no le consiente por espacio de algunos años llegar á estos venerables y divinos misterios, y esto hace por autoridad y ordenación de los Apóstoles? Espantéme yo con esta réplica, y no me atreví á responder á ella: aunque no dejé de entender la fealdad y graveza desta culpa por la graveza de la penitencia della.

Escudriñemos diligentemente y examinemos al tiempo que cantamos los psalmos y asistimos á los divinos oficios, cuándo la suavidad y dulzura que allí algún tiempo sentimos es del espíritu de Dios, ó deste espíritu malo: porque á veces también allí se mezcla él. No quieras, oh mancebo, ser ignorante y ciego para el conoscimiento de ti mismo y de tus cosas. Porque supe yo una vez que estando unos haciendo oración por sus amigos y devotos, la memoria dellos despertó en sus ánimas una centella de amor no limpio sin entenderlo ellos, antes pensando que habían

cumplido en esto la ley de la caridad. Algunas veces acaesce caer los hombres en polución con un solo tocamiento corporal: en lo cual paresce que ninguna cosa hay más delicada ni más peligrosa que este sentido del tacto. Y por esto acuérdate de aquel religioso que cubrió su mano con un paño para tocar la de su madre: por cuyo ejemplo debes tú guardar tus manos de cualquier tocamiento proprio ó ajeno. Ninguno (según pienso) podrá llamarse perfectamente santo, si perfectamente no hubiere subjetado el cuerpo al espíritu en la manera que en esta vida se puede esto hacer. Cuando estamos en la cama acostados, entonces habemos de estar más compuestos y más atentos á Dios: porque entonces el ánima cuasi despojada del cuerpo lucha con los demonios: y si se hallare enlazada en algunos deleites, fácilmente desvarará y cairá. Duerma siempre contigo la memoria de la muerte, y despierte también contigo, y la devota meditación de la oración que nos enseñó Jesú: porque no hallarás ayuda más eficaz ni más excelente que ésta para el tiempo del sueño. Algunos piensan que la causa de las poluciones y de los sueños deshonestos procede solamente de la repleción de los manjares. Mas yo sé que algunos puestos en lo extremo de grandes enfermedades y de grandes abstinencias, padescían este mismo daño. Pregunté yo una vez á un muy espiritual y discreto monje lo que se había de tener acerca desto, y él me dijo lo que se sigue: Hay entre sueños una efusión de humor, que procede de la muchedumbre de los manjares y del regalo del cuerpo. Hay también otra que procede de soberbia: cuando por haber pasado mucho tiempo que no padescimos esta injuria, venimos tácitamente á ensoberbescernos por esto. Y acaesce también esto mismo cuando juzgamos ó condenamos á nuestros prójimos. Estos dos casos postreros pueden acaescer á los enfermos, y por ventura todos tres. Y si alguno hay que por la divina gracia se halla libre de todas estas tres causas, merced es que le hace el Señor con esta manera de pureza y impasibilidad. Mas con todo esto puede uno padescer esta misma ilusión sin culpa suya por invidia del demonio, permitiéndolo así Dios: para que por esta manera de calamidad esté más segura y más guardada de la virtud de la humildad. Nadie quiera pensar ni retratar de día los sueños que tuvo de noche: porque esto es lo que pretenden los demonios cuando estamos durmiendo, para hacernos guerra velando.

Oyamos también otra astucia de nuestros enemigos. Así como los manjares contrarios á la salud unos dañan luego de próximo, y otros más adelante: así también lo hacen las causas con que el demonio pretende derribar nuestras ánimas. Vi yo ciertos hombres que tratándose regaladamente, no por eso eran luego tentados: y vi también otros que tratando con mujeres y comiendo con ellas, no luego eran acometidos de malos pensamientos. Los cuales engañados con esta confianza y viviendo descuidadamente, pensando que en su celda tendrían paz y seguridad, vinieron después á caer estando solos en este despeñadero. Y cuál sea este peligro que nos puede acaescer así en el cuerpo como en el ánima estando solos y sin compañía, sábelo el que lo ha experimentado: mas el que no lo ha experimentado, no lo puede saber. Y en el tiempo deste combate suele ayudar mucho el cilicio, y la ceniza, y la perseverancia constante en las vigilias de la oración, y el deseo del pan, y la lengua seca y no harta de agua, y la habitación en las cuevas de los muertos, y sobre todas las cosas la humildad de corazón, y (si fuere posible) el ayuda del Padre espiritual, ó del hermano solícito que tenga canas en el seso, que para esto nos ayude. Porque maravillarmehía yo si alguno destituído deste socorro, fuese poderoso para guardar la nave segura en este golfo tan peligroso, aunque á Dios no haya cosa imposible.

También es de notar que no siempre se debe la misma manera de pena á la misma culpa: porque aunque la culpa sea una, las circunstancias de las personas son diversas, y así también lo serán las penas: por donde la misma culpa será cien veces más castigada en uno que en otro. Y esta gravedad se toma de la profesión y estado de cada uno, del orden sacro que tiene, del aprovechamiento en la vida espiritual, y también de los lugares, y de las costumbres, y de los beneficios recibidos, y de otras cosas semejantes. Porque escrito está: á quien más dieren, más estrecha cuenta le pedirán. Un religioso me declaró un admirable y supremo grado de castidad. Decía él que mirando la hermosura y gracia de los cuerpos, se levantaba su espíritu en una grande admiración de la hermosura y gloria del artífice soberano que los había formado, y que con este espectáculo se encendía más en su amor y derretía en lágrimas. Y era cierto cosa de espanto ver cómo lo que á otro fuera despeñadero y escándalo, á éste sobre

toda la naturaleza era materia de merescimiento y de corona. Los tales si siempre perseverasen en esta manera de sentimiento, ya paresce que antes de la común resurrección habían alcanzado la gloria de la incorrupción. Por la misma regla nos habemos de regir en oir las músicas y cantos profanos. Porque los que ardientemente aman á Dios, suelen encenderse en su amor y resolverse en lágrimas así con las músicas seglares como con las espirituales. Mas por el contrario los carnales y sensuales de ahí toman incentivos de su perdición. Algunos (como ya dijimos) son más tentados estando en los lugares apartados: lo cual no es de maravillar, porque ahí moran de mejor gana los demonios, los cuales por nuestra salud fueron desterrados á los desiertos y abismos por mandamiento del Señor. También al solitario combaten fuertemente los espíritus malos: para que desconfiado de su aprovechamiento, se vuelva al siglo. Y por el contrario á tiempos se apartan de nosotros estando en el siglo: para que confiados en esta falsa seguridad, nos vengamos á detener y embarazar en el siglo. Cierto es que donde somos combatidos, allí también peleamos contra nuestro enemigo: porque si no peleásemos contra él, hacerse hía nuestro amigo, y no nos combatería. El tiempo que estamos en el siglo por razón de alguna necesidad, ahí somos amparados por mano del Señor, ó por ventura por la oración del Padre espiritual: porque el nombre del Señor no sea por nosotros blasfemado. Otras veces acaesce que no sentimos las tentaciones del demonio por la insensibilidad de nuestra ánima, por estar ya tan habituados á los males, que tenemos ya hechos callos en ella para no sentirlos: ó (como dijo un santo varón) porque nuestros mismos pensamientos se han hecho ya demonios. Otras veces acaesce que los demonios de su voluntad se van y nos dejan, para darnos materia de soberbia y presunción: porque este vicio basta por todos los otros en que nos pudieran derribar.

Prosigue la misma materia de la castidad.

§ II.

Oíd otra arte y astucia deste engañador todos los que deseáis alcanzar y conservar la virtud de la castidad. Contóme un Padre (que había experimentado este engaño) que al-

gunas veces el espíritu de la fornicación se escondía hasta el fin, incitando en este ínterim al monje á algunas cosas de devoción y haciéndole derramar muchas lágrimas cuando alguna vez le acaesce estar hablando con mujeres, persuadiéndole que trate con ellas indiscretamente y les predique de la memoria de la muerte, del día del juicio y de la virtud de la castidad: para que por ocasión destas palabras, dichas con falsa especie de religión, acudan las miserables al lobo como á pastor: y cresciendo el atrevimiento con la costumbre, venga después el triste monje á ser tentado y despeñado en este vicio. Por tanto procuremos con toda diligencia por nunca ver el fruto que no queremos gustar. Maravilla sería si alguno de nosotros se tuviese por más robusto que aquel grande profeta David, el cual por no poner cobro en la vista, tan feamente cayó. Es tan alta y tan singular la gloria y alabanza de la castidad, que algunos de los Padres se atrevieron á llamarla impasibilidad, haciendo al hombre casto cuasi celestial y divino. Otros dijeron que después del gusto y experiencia deste vicio, era imposible llamarse uno verdaderamente casto. Mas yo (apartándome muy lejos deste parescer) digo que no solamente es posible, mas también fácil, si él quisiere ingerir el árbol silvestre y montesino en un hermoso y fructuoso olivo, convertiéndose y juntándose con Dios por verdadera penitencia. Porque si fuera virgen en el cuerpo aquél á quien Dios entregó las llaves del cielo, algún color tuviera esta opinión. Por lo cual basta para confundirlos este sancto, que tuvo suegra, y fué casto, y meresció recibir las llaves del reino. Varia es y de muchos colores esta serpiente de la fornicación, y así acomete á los vírgines, incitándolos oportunamente á la experiencia deste vicio: y á los que ya lo han experimentado, combátelos con la memoria del deleite pasado, para que otra vez lo quieran experimentar. Y de los primeros hay muchos á quien la ignorancia deste mal hace ser menos tentados: mas los que han ya pasado por él, más crueles batallas y turbaciones padescen: aunque algunas veces acaesce lo contrario. Cuando nos levantamos de dormir pacíficos y quietos, es porque los sanctos ángeles secretamente nos consuelan: lo cual señaladamente hacen, cuando nos tomó el sueño con mucha oración y recogimiento. También acaesce levantarnos alegres del sueño por algunas visiones que soñamos, obrándolo así el demonio para nuestro engaño, pretendiendo que por esto vengamos á

tenernos en algo. Vi al malo (conviene saber, al demonio) ensalzado y levantado, perturbado y furioso como los cedros del monte Líbano, y pasé delante dél por medio de la abstinencia, y ya no era su furor tan grande: y busquélo después humillando mis pensamientos, y no se halló rastro dél: porque la abstinencia enflaquesce su furia, mas la humildad del todo lo derriba. El que venció su cuerpo, venció la naturaleza: y el que venció la naturaleza, ya está hecho superior y mayor que la naturaleza: y aquél á quien esto acaesció, muy poco es menor que los ángeles: porque no quiero decir, nada. Gran maravilla es por cierto que una cosa material y corporal sea poderosa para combatir y vencer una substancia espiritual y sin materia (como son los demonios) pero mayor maravilla es que un hombre vestido de cuerpo, peleando con la astutísima y enemiga materia deste cuerpo, venza y haga huir á los enemigos espirituales que son sin cuerpo. Grande fué la providencia que tuvo Dios de nosotros en esta parte: el cual con la vergüenza natural (como con un freno) prendió y detuvo el atrevimiento de la mujer: porque si ella de su propria voluntad acometiera al varón, grandísimo peligro corría la salvación de los hombres.

Los Padres que fueron señalados en la gracia de la discreción, dicen que una cosa es el primer ímpetu del que tienta, y otra la tardanza en el pensamiento, y otra el consentimiento, y otra la lucha, y otra el cautiverio, y otra la pasión del ánimo. Primer ímpetu dicen ellos que es una imagen que se representa á nuestro corazón y pasa ligeramente. Tardanza es detenimiento en mirar aquella imagen que se nos representó, ó con alguna alteración, ó sin ella. Consentimiento es movimiento con que ya nuestro ánimo se inclina y aplica á aquella imagen con algún deleite. Lucha es cuando hay porfía y pelea de parte á parte, y con igual virtud pelea el hombre, y por su propria voluntad vence ó es vencido. Cautiverio es un violento robo de nuestro corazón, que se deja llevar de su afición: el cual derriba y saca al ánima de su asiento y estado. Pasión es propriamente la que por largo tiempo se asienta en nuestro ánimo viciosamente, la cual con la fuerza de la costumbre se transforma en un mal hábito: de donde viene ya por su propria voluntad á abrazar al vicio. Entre estos grados el primero (que es el primer ímpetu y acometimiento) es sin pecado: porque no está en manos del hombre impedir

estos primeros movimientos. El segundo (que es la tardanza) ya tiene algo de pecado: porque ésta ya se pudiera impedir. El tercero (que aquí llama consentimiento) es de mayor ó de menor culpa, según que el tentado es de mayor ó de menor perfección. El cuarto (que es la lucha) es causador ó de coronas, ó de penas: porque si vencemos, merescemos ser coronados: y si somos vencidos, castigados. El quinto (que es el cautiverio del pensamiento) de una manera es reprehensible en el tiempo de la oración y de los oficios divinos, y de otra, fuera dellos: y de otra manera en los pensamientos de cosas malas, y de otra, en las que no lo son. El sexto (que es la pasión) ó se ha de purgar en esta vida con digna penitencia, ó se ha de castigar en la otra. Y por tanto el que corta con gran presteza y diligencia la raíz de aquel primer movimiento (que es principio de todos estotros) de un golpe cortó á cercén todos estotros males. Algunos de los Padres de más alto espíritu y discreción señalan otra especie de movimiento más sutil que todos los pasados, el cual se llama subrepción, ó titilación de la carne, que es un movimiento acelerado y momentáneo, el cual á manera de viento pasa por el ánima sin ninguna dilación de tiempo y más ligeramente que todo lo que se puede decir ni imaginar: el cual en brevísimo espacio sin tardanza y sin consentimiento (y á veces sin obra de entendimiento, con sola la aprehensión de los sentidos exteriores y de la imaginación) pasa por el ánima. Si alguno hubiere que conosciendo la flaqueza y instabilidad del hombre, hubiere recibido lumbre de Dios para conoscer la subtileza deste pensamiento, éste nos podrá ya declarar de la manera que con una simple vista, ó con un tocamiento exterior, ó con el oir alguna música (fuera de toda nuestra intención y pensamiento) el ánima padezca esta súbita y secreta alteración de deleite. Dicen algunos que de los pensamientos deshonestos nascen los movimientos feos del cuerpo: otros dicen por el contrario que del conoscimiento de los sentidos del cuerpo se engendran los malos pensamientos del ánima. La razón de aquéllos es, que si el entendimiento ó el ánimo no concurre con nuestras obras, no se podrá seguir movimiento del cuerpo. Mas los otros por el contrario alegan en su favor la malicia y corrupción de nuestro cuerpo (que nos vino por el pecado) de donde nasce que algunas veces la vista corporal de alguna cosa hermosa, ó algún tocamiento de mano, ó algún olor suave, ó el canto

de alguna dulce música, es bastante para engendrar en nuestra ánima malos pensamientos. Mas esta materia enseñará más claramente el que hubiere recibido más lumbre del Señor: porque son estas cosas grandemente necesarias y provechosas á los que quieren alcanzar la virtud de la discreción. Mas los que viven con simplicidad y rectitud de corazón, no tienen necesidad de tener tanta resolución en estas materias: puesto caso que ni de todos es la sciencia, ni de todos esta bienaventurada simplicidad, que es una cierta y firme loriga contra todas las malicias del enemigo. Algunos vicios hay, que de lo íntimo del corazón proceden al cuerpo, y otros que por los sentidos del cuerpo entran en el corazón: y esto postrero es muy común á los que viven en el mundo, porque andan entre los objetos y peligros: mas el otro es más proprio de los que viven fuera del mundo, por estar más lejos destas ocasiones, que es un grande bien. Lo que yo puedo decir en esta parte es, que buscaréis en los malos prudencia, y no la hallaréis, ni para deslindar estas materias, ni para otra cosa de virtud.

Cuando algunas veces peleamos fuertemente contra el espíritu de la fornicación y lo hacemos huir de nuestro corazón con la piedra del ayuno y con el cuchillo de la humildad, como se ve desterrado del corazón, apégase como gusano á nuestro cuerpo, despertando en él feas alteraciones y movimientos. La cual tentación señaladamente suelen padescer los que están subjetos al espíritu de la vanagloria: porque gloriándose ellos de verse librados desta peste (que es, de la guerra de los pensamientos interiores) vienen (permitiéndole Dios) á caer en aquella dolencia. Y que esto sea verdad, conoscerlo han ellos después que se recogieren á la quietud de la soledad: porque si allí hicieren diligente inquisición y escrutinio de sí mismos, hallarán que este pensamiento estaba escondido en lo secreto de su corazón como serpiente en un muladar: la cual secretísimamente les daba á entender que por su proprio trabajo y fervor de espíritu habían alcanzado esta virtud. Y no entienden los miserables aquello del Apóstol que dice: ¿Qué tienes, que no hayas recibido, ó por sola gracia, ó de mano de Dios, ó por la oración y ayuda de otro? Miren pues éstos por sí diligentemente y trabajen con todo estudio por mortificar y desterrar de los escondrijos de su corazón esta culebra sobredicha con suma humildad: para que librados della, puedan ya en algún tiempo desnudarse del todo de las tú-

nicas de pieles (que son los afectos carnales y mortales) y cantar á Dios aquel himno triunfal de la castidad, que aquellos castísimos niños cantan á Dios en el Apocalipsi por haber sido libres de toda corrupción: si con todo esto, despojados ya destos afectos, no carescieren de la humildad dellos. Tiene también por estilo este espíritu malo aguardar al mejor tiempo y sazón que puede para hacer su salto: y así cuando ve que estamos en tal tiempo y lugar, que no podemos ejercitarnos en la oración contra él, entonces principalmente nos acomete: por lo cual conviene mucho á los que no han aun alcanzado la perfecta oración del corazón, ejercitarse en la oración corporal: quiero decir, en levantar las manos en alto, en herir los pechos, en despertarse con gemidos y llantos, y poner los ojos fijos en el cielo, y con estar mucho tiempo de rodillas. Por donde cuando el demonio ve que estamos en parte donde (por respecto de los que presentes están) no podemos hacer esto, entonces más principalmente nos combate: y cuando no estamos armados con la firmeza y estabilidad del buen propósito y con la secretísima virtud de la oración, fácilmente prevalesce contra nosotros. Por lo cual húrtate presto (si es posible) y recógete en algún lugar secreto, y levanta (si puedes) á lo alto los ojos interiores de tu ánima: y si esto no puedes hacer tan perfectamente, á lo menos levanta los exteriores al cielo, y extiende en figura de cruz las manos, para que con esta figura y modo de orar desbarates todo el poder de Amalech y lo confundas. Da voces á Aquél que te puede salvar, no tanto con palabras elocuentes y sabias, cuanto con una simple y humilde oración, comenzando siempre por este verso: Apiádate de mí, Señor, porque soy enfermo. Entonces experimentarás la virtud del muy Alto, y con el socorro de aquel Señor invisible perseguirás invisiblemente los enemigos invisibles. Quien desta manera está acostumbrado á pelear, muy presto y á vuelta de cabeza (como dicen) podrá perseguir y hacer huir sus enemigos. Mas esta manera de victoria tan acelerada se suele dar en premio deste trabajo á los fieles obreros de Dios: y esto con mucha razón. Estando yo una vez en el monesterio, puse los ojos en un solícito y virtuoso monje: el cual siendo molestado del demonio con malos pensamientos, no teniendo allí donde estaba lugar conveniente para esta manera de oración que arriba dijimos, fingió que iba á cumplir con la necesidad natural, y allí comenzó á pelear

contra los enemigos con fortísima oración. Y como yo supiese esto dél, y le extrañase un poco la indignidad de aquel lugar: ¿Porqué (dijo él) te mueve tanto la figura del lugar como menos convenible para esto? Perseguíanme pensamientos no limpios: yo en este lugar no limpio hice oración, y supliqué al Señor me alimpiase dellos, y así lo hizo.

Todos los demonios trabajan primeramente por escurescer y cegar nuestro entendimiento: y esto hecho, incítannos á todo lo que quieren: porque saben ellos que si no estuvieren cerrados los ojos de nuestra ánima, no podrán robar nuestro tesoro. Mas el espíritu de la fornicación es poderosísimo entre todos los otros vicios para causar esta ceguedad. El cual después que ha apoderádose deste homenaje, quiero decir, después que ha escurescido esta luz, induce á los hombres á hacer cosas de locos. Por lo cual, cuando después de algún poco espacio el ánima vuelve en sí, no solamente ha vergüenza de los otros, sino también de sí misma, acordándose de los torpes actos y de las palabras y gestos pasados que hizo, y así queda atónita de ver aquella tan grande ceguedad en que cayó. De donde nasce que algunos avergonzados con este juicio y conoscimiento vinieron después á arredrarse deste mal. Despide de ti con todas tus fuerzas aquel enemigo que después de hecho algún mal recaudo, te impide el hacer buenas obras y el velar y orar, acordándote de aquél que dijo: Porque mi ánima me es molesta (por haber sido violentamente salteada y derribada de sus enemigos) por tanto yo la vengaré dellos, contradiciendo y maltratando á los que á ella maltrataron. ¿Quién es el que venció su cuerpo? El que quebrantó su corazón, ¿Y quién es el que quebrantó su corazón? El que negó á sí mismo. Porque ¿cómo no quedará despedazado y deshecho el que á su propria voluntad está muerto? Hay entre los viciosos unos más viciosos que otros: y así veréis algunos haber llegado á tan grande extremo da maldad, que ellos mismos publican con gran placer y contentamiento sus mismas deshonestidades y maldades. Mas porque el ordinario deste vicio es la abstinencia y maceración de nuestro cuerpo, será bien examinar agora cómo nos hayamos de haber en esta parte.

Mas de qué manera y por qué vía deba yo prender este amigo mío (que es mi cuerpo) para examinarle y juzgarle como á los otros, no lo sé. Porque primero que yo le ate, se suelta: y

antes que le juzgue, me reconcilio con él: y primero que lo castigue, me amanso y inclino á misericordia, procurando por su salud y proveyéndole de lo necesario. Pues ¿cómo ataré á aquél á quien naturalmente amo? ¿Cómo me libraré de aquél con quien hasta el fin de la vida estoy atado? ¿Cómo destruiré á aquél que juntamente comigo me resiste? ¿Cómo haré que sea casto y libre de corrupción aquél que es de naturaleza corruptible? ¿Cómo persuadiré con razones á aquél que tomado en sí, no sabe qué cosa es razón, pues tanta semejanza tiene con los brutos? Si lo prendiere con el ayuno, entrégome á él juzgando al prójimo: si dejando de juzgarle alcanzo victoria, luego se levanta contra mí la soberbia. Él es mi compañero y mi enemigo, ayudador y adversario, valedor y engañador: pues en unas cosas me es instrumento para el bien, y en otras tira por mí para el mal. Si lo regalo, combáteme: si lo aflijo, debilítase: si le doy descanso, ensoberbéscese y no quiere después sufrir azote ni castigo: si lo entristezco demasiadamente, póngome en peligro: si lo hiero, no me queda instrumento con que alcance las virtudes. ¿Quién pues entenderá, quién alcanzará este tan gran secreto que está dentro de mí? ¿quién sabrá la causa desta composición y deste linaje de harmonía tan extraña, la cual hace que yo mismo juntamente me sea amigo y enemigo? Dime pues, oh compañera mía, oh naturaleza mía (porque no quiero que entre nos haya otro tercero, ni quiero saber este secreto de otro sino de ti) dime pues ¿de qué manera me libraré de ti, cómo podré huir este natural peligro, pues ya tengo prometido á Cristo de tomar las armas contra ti? ¿Cómo venceré tu tiranía, pues ya determiné hacerte la guerra? Ella pues respondiendo contra sí misma, paresce que dirá así: No te quiero decir cosa nueva, sino lo que ambos juntamente sabemos. Yo tengo un padre dentro de mí (que es el amor natural que una carne tiene á otra carne) cuyo hijo es la inflamación sensual y deshonesta que suele haber en mí. Tengo también una ama que me cría y regala como á hijo (que es el deleite) y la madre general deste deleite es la gula: porque sin ella no hay deleite corporal. Las ocasiones de la inflamación interior y de los pensamientos deshonestos son la memoria del deleite y de las obras pasadas. Yo concibo en mi vientre maldades, y después vengo á parir caídas y miserias: y estas caídas de mí engendradas, vienen después á causar la muerte de la desesperación. Si con todo esto lle-

gares á tener ojos con que profundísimamente conozcas la grandeza de tu miseria y de la mía, hágote saber que humillándote con este conoscimiento hasta los abismos, me atarás laa manos: y si quebrantares la concupiscencia de la gula, me atarás los pies, para que no pueda pasar adelante: y si pusieres tu cuello debajo de la obediencia, quedarás más libre de mí: y si poseyeres la virtud de la humildad, me cortarás la cabeza.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XVI.

De la avaricia, y también de la pobreza y desnudez de todas las cosas.

MUCHOS doctores sapientísimos, después deste tirano de que hablamos, suelen poner el espíritu de la avaricia, que es de mil cabezas. Y porque no es razón que nos (siendo ignorantes) mudemos la orden de los sabios, seguiremos esta misma regla, y así diremos primero desta enfermedad y después del remedio della. Avaricia ó cobdicia es generación de ídolos, hija de la infidelidad, inventora de achaques de enfermedades, profeta de la vejez, adevina de la esterilidad de la tierra y proveedora de la hambre advenidera. El avariento es quebrantador y escarnescedor del Evangelio. El que tiene caridad, reparte los dineros: mas el que dice que tiene uno y otro (conviene saber, caridad y cobdicia) él mismo se engaña. El que está entregado al llanto y dolor de sus pecados, no sólo se olvida de la hacienda, sino también de su proprio cuerpo, y cada vez que es menester lo maltrata y castiga. No digas que por amor de los pobres allegas dinero, pues sabes que con dos cornados compró aquella viuda el reino del cielo. El varón misericordioso y el avariento se encontraron, y el postrero llamó al primero indiscreto. El que venció este vicio, quitó de sí la materia de todos los cuidados: mas el que está cautivo dél, nunca hará oración que sea pura. El principio de la avaricia es pretender hacer limosna, y el fin della es aborrescimiento de pobres. Mientra el hombre allega riquezas, algunas veces es misericordioso: mas después que se ve rico y lleno, aprieta las manos. Vi algunos pobres de dinero, los cuales olvidados desta su pobreza y conversando con los pobres de espíritu, vinieron después á hacerse verdaderamente ricos. El monje cobdicioso nunca está ocioso, porque cada hora está pensando aquello del Apóstol que dice: El que no trabaja, no coma. Y lo que en otra parte dijo: Estas manos ganaron de comer para mí y para todos los que estaban comigo.

De la pobreza y desnudez, en el mismo grado.

§ I.

Desnudez y pobreza es destierro de los cuidados, seguridad de la vida, caminante libre y desembarazado, muerte de la tristeza y guarda de los mandamientos. El monje desnudo es señor de todo el mundo: porque todos sus cuidados puso en Dios y mediante la fe posee todas las cosas. No tiene necesidad de revelar á los hombres sus necesidades. Todas las cosas que se le ofrescen, toma como de la mano del Señor. Este obrero desnudo se hace enemigo de toda afición demasiada: y así mira las cosas que tiene, como si no las tuviese: y si se pasare á la vida solitaria, todas las cosas tendrá por estiércol. Mas el que se entristesce por alguna cosa transitoria, no sabe aun cuál sea la verdadera desnudez. El varón desnudo hace purísima oración, mas el cobdicioso padesce muchas imágines en ella. Los que perseveran húmilmente en la sanctísima subjeción, muy apartados están de cobdicia: porque ¿qué cosa pueden tener propria los que su proprio cuerpo ofrescieron por amor de Dios al imperio de otro? Verdad es que un solo daño padescen éstos, que es, estar muy promptos y aparejados para la mudanza de los lugares, que no siempre es provechosa. Vi yo algunos monjes que por la ocasión que tuvieron de trabajos en algún lugar, alcanzaron la virtud de la paciencia: mas yo tengo por más bienaventurados aquéllos que por amor de Dios procuraron diligentemente alcanzar esta virtud. El que ha gustado los bienes del cielo, fácilmente desprecia los de la tierra: mas el que aun no los ha gustado, alégrase con las cosas de acá. El que procura alcanzar esta desnudez y no con el fin que debe, en dos cosas recibe agravio: pues caresce de los bienes presentes y de los futuros. Guardémonos, oh monjes, no parezca que somos más infieles y desconfiados que las aves: pues aquéllas viven sin solicitud y sin guardar en los cilleros. Grande es aquél que por amor de Dios renunció la posesión de los dineros: mas aquél es santo, que renunció su propria voluntad: porque aquél recibirá ciento tanto más, ó de bienes temporales, ó de espirituales: mas el otro poseerá la vida eterna con derecho y título de heredero. Nunca faltarán ondas en la

mar, ni ira y tristeza en el corazón del avariento. El que menospreció la materia del avaricia, libre está de todos los pleitos y porfías: mas el que ama la hacienda, á veces peleará hasta la muerte sobre una aguja. La fe firme y constante en Dios destierra los cuidados del ánima, mas la memoria de la muerte aun hasta el mismo cuerpo nos hará negar por Dios. No hubo en el sancto Job rastro ni humo de avaricia (que es amor del dinero) y por eso siendo privado de todas las cosas, perseveró sin turbación. La cobdicia raíz es y se llama de todos los males: porque ésta es la que halló las maldades, los hurtos, las invidias, las muertes, los divorcios, las enemistades, las tempestades, la memoria de las injurias, la crueldad, y finalmente todos los males. Una centella de fuego bastó algunas veces para quemar todo un bosque, y una sola virtud (que es esta desnudez) basta para desterrar todos estos vicios susodichos. Y esta virtud nasce del gusto de Dios y del cuidado solícito de la cuenta que habemos de dar. Bien sabe el que atentamente lee, que el avaricia es madre de todos los males, cuyo hijo muy principal (entre los otros) es la insensibilidad: porque tales hace ella á sus siervos (que son los avarientos) los cuales están insensibles y duros como piedras para todas las cosas de Dios. Arriba dijimos que la madre de todos los vicios es la gula, y que el hijo segundo suyo (entre los otros) era esta insensibilidad y dureza de corazón. Y pidiéndome la orden que tratase yo del hijo después de la madre, impidiómelo esta serpiente de muchas cabezas y servidumbre de ídolos (que es la avaricia) la cual no sé por qué vía tiene el tercero lugar (según la difinición de los Padres) en la cadena de los ocho principales vicios. Habiendo pues ya tratado brevemente deste vicio, trataremos luego de la insensibilidad: que es (como dijimos) el segundo hijo de la gula: después de la cual trataremos del sueño y de las vigilias, y del temor perezoso y aniñado: porque estas enfermedades suelen ser proprias de aquéllos que de nuevo comienzan á servir á Dios.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XVII.

De la insensibilidad, conviene saber, de la mortandad del ánima y de la muerte del espíritu antes de la muerte del cuerpo.

INSENSIBILIDAD es carescer de todo sentimiento para las cosas de Dios así en las fuerzas superiores como inferiores del ánima, causada de una prolija mortandad y descuido: el cual viene á parar en esta insensibilidad. Insensibilidad ó privación de saludable dolor es negligencia convertida ya en hábito, ó negligencia cualificada (como si dijésemos ético confirmado) que es cuando la negligencia de tal manera se apoderó y arraigó en el ánima por larga costumbre, que se vino á convertir en una dureza y obstinación habitual, así como el agua de mucho tiempo helada, que se viene á hacer piedra de cristal. Esta insensibilidad es hija de la presunción, impedimento del fervor, lazo de la fortaleza, ignorancia de la compunción, puerta de la desesperación, destierro del temor de Dios, madre del olvido: el cual después de engendrado, acrescienta la misma insensibilidad, y así viene la hija á hacerse madre de su propria madre. El insensible es filósofo loco, intérprete de la verdad condenado por sí mismo, predicador contrario á sí, maestro de ver ciego. Este tal disputa de la sanidad de las llagas, y él mismo rascándose las exaspera: habla contra la enfermedad, y come cosas contrarias á la salud. Predica contra los vicios, y anda siempre envuelto en ellos: y cuando los hace, indígnase contra sí, y no ha vergüenza de sus mismas palabras. Da voces diciendo: mal hago, y no por eso deja de perseverar en el mal. La boca predica contra el vicio, y el cuerpo lucha por alcanzarlo. Á veces trata de la muerte, y de tal manera vive como si no hubiese de morir. Disputa severamente del apartamiento del cuerpo y del ánimo, y el duerme descuidado como si hubiese de ser eterno. Platica de la abstinencia, y trabaja por servir al apetito de la gula. Cuando lee las cosas del juicio advenidero, comiénzase á sonreir: y tratando de la huída de la vanagloria, en la misma lición

se deja prender della. Hablando de las vigilias se espereza, y luego se deja vencer del sueño. Alaba la oración, y no huye menos della que de un azote. Engrandesce la obediencia con sumas alabanzas, y él primero que nadie la quebranta. Ensalza á los que no se dejan prender de alguna afición del mundo, y no ha él vergüenza de contender y pelear por un pedazo de tan vil paño. Estando airado, púdrese con desabrimiento, y torna á airarse por verse así desabrido: que es añadir un pecado á otro pecado. Cuando se ve harto, arrepiéntese de haber comido: y pasado un poco de tiempo, tórnase á hartar de nuevo. Dice que el silencio es bienaventurado, y él alábalo hablando demasiado. Encomienda la mansedumbre, y á las veces dando él esta doctrina se airó. Cuando vuelve sobre sí y se mira, gime: y en meneando la cabeza vuelve otra vez á hacer cosas dignas de gemidos. Condena la risa, y sonriéndose trata de la virtud del llanto. Acúsase algunas veces como codicioso de vanagloria, y con esta misma acusación busca la gloria. Disputa de la castidad, y mira los rostros con corazón deshonesto: y estándose él en el siglo, alaba mucho á los seguidores de la soledad y del desierto. Glorifica los misericordiosos, y el sacude de sí y reprehende los pobres. Siempre es acusador de sí mismo, y con todo eso no quiere volver sobre sí: porque no quiero decir, no puede. Vi yo á muchos déstos, que oyendo tratar del paso de la muerte y del juicio eterno, derramaban lágrimas, y corriendo aun las lágrimas por los ojos, corrían á la comida: y maravilléme de ver cómo esta perniciosa y hedionda señora (que es la gula) fortalescida con esta grande insensibilidad, pudo captivar y prender al mismo llanto.

Mas parésceme que hasta aquí (con mi poco saber y caudal) he descubierto cuanto me paresció que bastaba, las heridas y engaños de esta endurescida, precipitada y loca señora. Y si alguno hay que ayudado del Señor pueda con su experiencia proveer de remedio para estas heridas, no le pese de darlo. Porque yo claramente confieso en esta parte mi flaqueza, por verme fuertemente preso y tomado desta parte. Ni aun yo pudiera por mí alcanzar sus artes y engaños, si no la hubiera preso con grande fuerza y examinándola fuertemente y azotándola con dos azotes, uno del temor de Dios y otro de infatigable oración, le hiciera confesar lo que dicho tengo. Y así esta violentísima y perversísima señora me paresció que decía estas cosas: Los que están

aliados comigo y son ya familiares míos, viendo los muertos se ríen: y estando en oración, están como unas piedras duros y llenos de tinieblas: y viendo la sagrada mesa del altar, así se llegan á ella como si se llegasen á comer cualquier otro manjar. Yo cuando veo algunos compungirse y derramar lágrimas, hago burla dellos: y el padre que me engendró, me enseñó á matar todos los bienes que nascen del fervor del espíritu. Yo soy madre de la risa, yo soy ama del sueño, yo soy amiga de la hartura, yo siendo reprehendida no me duelo, yo estoy siempre al lado de la falsa y aparente religión. Espantado pues yo y asombrado con las palabras desta malvada bestia, preguntábale cuál fuese el nombre de su padre. Respondióme ella que no tenía un solo engendrador, sino muchos, de que ella procedía. Á mí (dijo) la hartura me fortalesce, el tiempo me hace crescer, la mala costumbre me confirma: y el que désta estuviere preso, nunca de mí será librado, si no fuere por el brazo poderoso de Dios. Persevera con grandes vigilias y piensa con profundísima y perpetua consideración en el juicio de Dios, y desta manera algún tanto me rendirás. Mira también diligentemente la ocasión de donde yo nascí en ti, y pelea constantemente con esa madre que me parió. Entra muchas veces en las cuevas donde están enterrados los muertos, y haz allí oración, y trae siempre ante los ojos pintada la imagen dellos, sin que jamás sea borrada de tu memoria. Y si ésta no debujares dentro de ti con el cincel duro del ayuno, eternalmente nunca vencerás.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XVIII.

Del sueño, y de la oración, y del cantar de los psalmos en comunidad.

SUEÑO es unión y recogimiento de las fuerzas de naturaleza, imagen de la muerte, ocio y descanso de los sentidos. Uno es el sueño, y tiene muchas ocasiones y causas de do procede, así como la concupiscencia y las otras pasiones. Porque unas veces procede de naturaleza, otras de los manjares y otras de los demonios, y á veces también de grandes y excesivos ayunos, con los cuales fatigada la carne, busca consolación por medio del sueño. Así como los que están acostumbrados á beber mucho, han de vencer poco á poco esta mala costumbre, si quieren ser templados: así también lo han de hacer los que están acostumbrados á mucho dormir. Y por esto á la entrada de la religión deben los principiantes pelear atentísimamente contra esta pasión, porque es cosa muy dificultosa curar la larga costumbre. Miremos diligentemente cuando suena la señal de la trompeta celestial que nos llama á los maitines, y hallaremos que juntándose los monjes visiblemente, se juntan los demonios también invisiblemente: y unos dellos se ponen al lado de nuestra cama cuando despertamos, y nos incitan á que reposemos otro poquito. Espera (dicen ellos) hasta que se acabe el invitatorio, y así irás á la iglesia. Otros entienden en cargarnos de sueño cuando comenzamos á entrar en la oración. Otros nos acarrean entonces sin propósito algún dolor de tripas vehemente, ó cosa semejante. Otros nos mueven á hablar unos con otros en la iglesia. Otros representan á nuestra ánima imaginaciones torpes. Otros nos amonestan que como flacos nos reclinemos sobre la pared, y á veces nos hacen bostezar á menudo. Otros nos mueven á risa á tiempo de la oración, para que con esto se mueva Dios á indignación contra nosotros. Otros con suma pereza nos incitan á correr con los versos muy apresuradamente, y otros por el contrario á decirlos muy despacio, no por devoción sino por el de-

leite y suavidad que toman en el canto. Otras veces pegándosenos á la boca, de tal manera la cierran que apenas paresce que se puede abrir.

Aquél que cuando ora, piensa en lo íntimo de su corazón que asiste delante la presencia de Dios, estará como una columna inmóvil, y no será de ninguna destas maneras sobredichas escarnescido del demonio. El verdadero obediente es todo esclarescido de Dios cuando se llega á la oración, y muchas veces es allí maravillosamente consolado y visitado: porque antes de la oración se apareja como un fuerte luchador para asistir á Dios y resistir á los pensamientos desvariados, demás de que por el mérito de su purísimo y perfecto ministerio está ya encendido y abrasado en su amor. Á todos es posible orar en comunidad: pero muchos hay que se hallan mejor orando con uno solo: mas la oración solitaria es de muy pocos. Cantando en el coro con la comunidad, no todas las veces te será posible ofrescer oración pura y libre de varios pensamientos. Mas para ejercicio de tu espíritu debes especular las palabras que se cantan, y orar atentamente cuando esperas que se acabe el verso del otro coro. No mezcles al tiempo destas oraciones canónicas obras de manos de cualquiera condición que sean, provechosas ó no provechosas, necesarias ó no necesarias, sino reparte á cada cosa déstas su tiempo: lo cual manifiestamente nos representó aquel ángel que enseñó al grande Antonio, que á tiempos oraba y á tiempos entendía en obras de manos, y trocando así los ejercicios, le declaró lo que él había de hacer. La fragua declara la fineza del oro: mas la cualidad de la oración atentísima descubre el estudio y la caridad de los monjes para con Dios.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XIX.

De cómo se han de tomar y ejercitar las sagradas vigilias.

ENTRE los que están en las casas de los reyes mortales y terrenos, unos hay que están desembarazados y libres, quiero decir, que no tienen otro cargo ni oficio más que asistir delante dél como los más principales de su casa, y otros que tienen oficio de servir en algo, como es, traer en la mano las mazas ó insignias de los reyes, ó el escudo, ó la espada. Y es grande la diferencia que hay entre los unos y los otros: porque aquellos primeros suelen ser deudos de los reyes y privados suyos: mas estotros son siervos y ministros de su casa. Esto pasa así en las casas de los reyes. Agora veamos diligentemente de la manera que nosotros hayamos de asistir á nuestro Dios y Rey soberano en las oraciones y espirituales ejercicios que se celebran en la tarde y en la media noche. Porque unos hay que en estas sagradas vigilias están del todo desembarazados y desnudos de todos los cuidados del mundo, levantando las manos puras á Dios con una perfectísima oración. Otros hay que asisten delante dél en este mismo tiempo cantando psalmos. Otros leen libros espirituales y devotos, otros más flacos y imperfectos entienden en alguna obra de manos, para pelear con esto fuertemente contra el sueño. Otros hay que se ejercitan en la meditación de la muerte, procurando por medio desta consideración alcanzar compunción y dolor de sus culpas. Entre todos éstos, los primeros y los postreros se ocupan en vigilias y ejercicios muy agradables á Dios: los segundos (que cantan los psalmos) cumplen en esto con el instituto de la vida monástica, cuyo es proprio este ejercicio. Los terceros (que son los que leen y obran de manos) están en el grado más bajo: puesto caso que Dios estima y recibe los servicios conforme á la pureza de intención y fervor de espíritu con que se le ofrescen.

El ojo que vela, alimpia el alma: y el sueño demasiado la embota y la ciega. El monje velador es enemigo de la fornicación,

mas el dormilón es compañero della. Las vigilias apagan el encendimiento de la carne y libran de las imaginaciones de los sueños. Los ojos llorosos y el corazón tierno y atento á la guarda de sí mismo examina prudentemente todos sus pensamientos, digere y cuece el mantenimiento de la palabra de Dios con el calor de la meditación, mortifica y doma las pasiones, aprieta y enfrena la lengua, y ojea de sí todas las vanas imaginaciones y representaciones. El monje velador anda pescando sus pensamientos, para examinarlos y juzgarlos: los cuales con el sosiego y tranquilidad de la noche muy fácilmente puede prender y examinar. El monje amador de Dios, así como suena la voz de la campana que llama á la oración, alegre y contento dice: Alégrate, alégrate: mas el negligente dice: ¡Ay de mí, ay de mí! La mesa y la comida puesta á punto declara quién sean los golosos, y el ejercicio de la oración cuáles sean los amadores de Dios. Los primeros viendo la mesa puesta, se regocijan con alegría: mas estotros se paran tristes. El mucho sueño es causador del olvido: mas las vigilias purgan y acrescientan la memoria de Dios. De las eras y del lagar cogen los labradores sus riquezas: mas los monjes las suyas, de las oraciones de la tarde y de la noche y de los espirituales ejercicios. El demasiado sueño es un pesado compañero, pues quita á los negligentes la mitad de la vida y á veces más. El mal monje vela cuando está ocupado en fábulas y parlerías, y cuando llega la hora de la oración, luego se le cierran los ojos. El monje vano muéstrase muy religioso y prudente en las palabras: mas cuando llega la hora de la lición, no puede abrir los ojos de sueño. Cuando sonare la voz de aquella trompeta final, resuscitarán los muertos: y cuando comenzare á sonar la voz de las palabras ociosas, velarán los que dormían. El tirano del sueño á veces es amigo engañoso: porque después que estamos hartos dél, vase: y combátenos fuertemente con hambre y sed. Cuando vamos á orar, dícenos que llevemos alguna obra de manos en que entender: porque de otra manera no puede impedir la oración de los que velan. Éste es el primer enemigo que combate los principiantes, ó para hacerlos más negligentes al principio, ó para abrir puerta para el espíritu de la fornicación. Mientras no estuviéremos libres deste enemigo, no dejemos de cantar en compañía de los otros: porque muchas veces habremos vergüenza de dormir, temiendo los ojos de los presentes. Enemigo

es de las liebres el can, y también lo es el espíritu de vanagloria del sueño. Acabado el día, el mercader se asienta á contar sus pérdidas y ganancias: y lo mismo hace el verdadero monje, acabado el oficio de los psalmos. Abre los ojos después de la oración, y verás las cuadrillas de los demonios: los cuales como fueron de nosotros combatidos en la oración, así después della trabajan por engañarnos con malos pensamientos y representaciones. Está atento y vela sobre ti: para que conozcas aquéllos que suelen robar las primicias de nuestras almas, que son los demonios, los cuales en un punto roban lo que se ha ganado en mucho tiempo, y así con estos robos hacen á los monjes andar como cangrejos ya hacia adelante, ya hacia atrás. Acaesce algunas veces entre sueños que estemos meditando las palabras de los psalmos, por la costumbre del loable ejercicio en que nos ocupamos: y otras veces acaesce que los demonios causan estos mismos sueños, para que nos ensoberbezcamos con ellos. Otro tercero linaje de sueños no quisiera yo decir, si no me compelieran á ello. El ánima que cada día sin cesar piensa en las palabras de Dios, suele también entre sueños ocuparse en este mismo ejercicio. Y esto segundo se da en premio del primer trabajo: lo cual sirve para evitar las imaginaciones y sueños desvariados.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XX.

Del temor pueril.

Los que se dan á la virtud en los monesterios, no suelen ser tan combatidos del temor pueril: mas los que moran en lugares apartados y solitarios, trabajen porque no se apodere dellos este temor, que es fruto de la vanagloria y hijo de la infidelidad. Temor es pasión de niño en ánima vieja y subjeta á la vanagloria: vieja (digo) en los vicios y flaqueza, no en la virtud. Temor es falta de fe acerca de los males que no vemos: porque desta falta de fe suele nascer este temor. Temor es conoscimiento de los peligros antes que vengan: porque deste conoscimiento y previsión nasce también este temor. Puede también difinirse así. Temor es una pasión temeraria de nuestro apetito sensitivo, que entristesce y desmaya nuestro corazón con la representación de los males que nos pueden acaescer. Temor es también privación de la verdadera confianza y seguridad. El ánima soberbia es esclava del temor: porque confiada en sí misma, no meresce el favor y esfuerzo de Dios, y así teme el sonido y la sombra de las cosas, según que está escrito: Espantarlos ha el sonido de la hoja que vuela por el aire. Los que lloran y los que desesperan, igualmente carescen de temor: los unos, porque temiendo sus pecados, no hacen caso de los otros vanos temores: los otros, porque teniendo los males por ciertos y presentes no temen los futuros. Los temerosos muchas veces vienen á estar con esta pasión como insensibles y atónitos, y esto con mucha razón. Porque como Dios sea justo, desampara los soberbios y déjalos en sus manos: porque los otros aprendan á humillarse por ejemplo dellos. Todos los que son vanagloriosos, suelen ser tímidos y pusilánimes: porque en castigo de su soberbia permite Dios que sean entregados á esta tan vil pasión, que es propria de mujeres y niños y hombres viles: y así también es justo que los que vanamente sin tener por qué se glorían, así también vanamente y sin por qué teman. Mas no se sigue por eso que todos los que carescen deste temor, sean hu-

mildes: pues vemos que los ladrones y los que andan á desenterrar los muertos, carescen deste temor, y no por eso son humildes. No te pese de ir de noche á los lugares donde tuviste algún temor: porque si te dejas vencer de cosa tan poca, vendrá á envejecerse y acompañarte perpetuamente esta pasión tan vil y tan para reir. Y cuando á estos lugares fueres, cíñete las armas de la oración: y cuando llegares á ellos, levanta las manos y azota los enemigos con el nombre de Jesú: porque no hay en el cielo ni en la tierra otras armas mejores que éstas. Y librado desta peste, alaba á tu librador: porque si le fueres agradescido, él tendrá cuidado de librarte siempre. No puede uno hinchir el vientre con un bocado, sino comiendo poco á poco: y así nadie podrá súbitamente despedir de sí este temor, sino poco á poco. Según el llanto y dolor de los pecados es mayor ó menor, así lo es esta pasión del temor: porque el que menos llora, teme más, y el que más llora, menos. Y que esta pasión sea algunas veces del demonio, declarólo uno de aquellos tres amigos de Job, que se decía Elifaz, cuando dijo: Pasando el espíritu delante de mí, se erizaron los pelos de mi carne.

Algunas veces se estremesce y treme el cuerpo, contradiciéndolo la razón: y otras veces teme consintiendo la razón en el temor: y así se comunica esta pasión de parte á parte. Cuando se estremesce con este mal temor el cuerpo contradiciéndolo la razón, cerca está la cura desta enfermedad. Mas cuando por ser grande el dolor y contrición de nuestros pecados, estamos promptos y aparejados para recibir todos los males que nos vinieren por ellos, entonces de verdad estamos libres desta pasión. No es la escuridad ni la soledad la que da armas á los demonios contra nosotros, sino la esterilidad y pobreza de nuestras ánimas. Algunas veces también la prudencia divina permite en nosotros esta cobardía y mujeril flaqueza para cura de nuestra soberbia. El que es verdadero siervo del Señor, de solo el Señor tiene temor: mas el que á éste no teme, muchas veces es dejado á que tema su propria sombra. Cuando el espíritu malo invisiblemente asiste á nosotros, espántase el cuerpo: mas asistiendo el ángel bueno, alégrase el corazón de los humildes. Por lo cual sintiendo por este afecto la presencia de su venida, corramos ligeramente á la oración: porque nuestro piadoso guardador viene á orar con nosotros y ayudarnos.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XXI.

De muchas maneras de vanagloria.

SUELEN algunos doctores (tratando de los vicios capitales) apartar la vanagloria de la soberbia: y con ella hacen ocho vicios principales: mas Gregorio Teólogo, y otros muchos doctores con él, no ponen más que siete: á los cuales sigo yo en esta parte. La diferencia que hay entre estos dos vicios, es la que hay entre un niño y un hombre, ó entre el trigo y el pan que se hace dél: porque la vanagloria es el principio, y la soberbia el fin. Agora pues trataremos en este lugar del principio y fin de todos los vicios, que es la malvada soberbia y vanagloria. De las cuales el que quisiere tratar muy por extenso, será semejante al que quisiese curiosamente tratar del peso de los vientos: que sería cosa dificultosa y prolija.

Vanagloria (según su especie) es mudanza de la orden natural, corrupción de las costumbres y descubridora de los defectos ajenos: porque el vanaglorioso muda el orden natural de las cosas, atribuyendo á la criatura lo que es proprio del criador, y corrompe las costumbres: porque estraga las buenas obras que hace con el mal fin que las hace: y anda siempre escarbando y acusando los defectos ajenos para engrandescer á sí con el abatimiento de los otros. Esto es vanagloria según su especie: mas según su cualidad, vanagloria es disipación de los trabajos, perdimiento de los sudores, derramamiento de los tesoros, precursor de la soberbia, hija de la infidelidad (pues niega á Dios lo que se le debe) tempestad en el puerto (pues en las mismas buenas obras padesce peligro) hormiga en la era, que aunque es pequeña, hace daño á todos los frutos y trabajos del labrador. Espera la hormiga á que se alimpie el trigo, y la vanagloria, á que se haga montón de riquezas espirituales. Aquella se goza en hurtar, y ésta en destruir. Alégrase el espíritu de la desesperación, cuando ve multiplicarse los vicios, y la vanagloria, cuando ve crescer las virtudes. La puerta del primero es la muchedumbre de las llagas,

y la del segundo la riqueza de los trabajos. Mira diligentemente, y hallarás que esta malvada peste no deja al hombre hasta la muerte y hasta la sepultura: de manera que en todas cuantas cosas hay, se entremete: en las vestiduras, en los ungüentos, en en las pompas y en los olores, y en todas las otras cosas. Sobre todas las cosas resplandesce el sol, y en todos los buenos estudios y ejercicios se alegra la vanagloria. Pongamos ejemplo. Ayuno, gloríome desto. Quebranto el ayuno porque no me tengan por abstinente, y gloríome también de ver la cautela y disimulación que en esto tengo. Si me visto bien, soy vencido desta peste: y si me visto mal, también me glorío en la vileza de mis vestiduras. Si hablo, soy vencido: y si callo, también lo soy porque callo: de manera que como quiera que sacudiere de mí este abrojo, siempre queda una punta para riba.

El vanaglorioso es fiel honrador de los ídolos: el cual paresciendo en algunas obras que honra y hace veneración á Dios, procura de agradar á los hombres y no á Él. Todo hombre que sirve á esta vana ostentación, tenga por cierto que su ayuno será sin premio y su oración sin fruto: porque lo uno y lo otro hace por respecto de los hombres. El monje amigo de vanagloria en dos cosas padesce daño: porque aflige su cuerpo con trabajos, y no por eso recibe galardón. ¿Quién no se reirá del siervo de la vanagloria, que estando cantando los psalmos, movido por ella, unas veces se ríe, otras en presencia de todos llora? Esconde algunas veces el Señor de nuestros ojos los bienes que poseemos: mas nuestro alabador, ó (por mejor decir) engañador, con sus alabanzas abre nuestros ojos: y abiertos éstos, desvanescen todas nuestras riquezas. El lisonjero es ministro de los demonios, adalid de la soberbia, destruidor de la compunción, derramador de los bienes y guía ciega y descaminada: porque (como dijo el profeta) pueblo mío, los que te llaman bienaventurado, ésos son los que te engañan. Alta cosa es sufrir las injurias fuerte y alegremente: pero santa cosa es y justa huir las alabanzas humanas, que son causa de nuestro daño. Vi unos que lloraban, los cuales siendo por esto alabados de otros, se airaron desordenadamente por verse alabar: y desta manera (como los que tratan en ferias) trocaron una pasión por otra. Nadie sabe lo que está en el hombre, sino el espíritu del hombre que está dentro dél: y por esto hayan vergüenza y enmudézcanse los que en el rostro nos lla-

man bienaventurados. Cuando vieres que tu prójimo ó tu amigo te maltrata con sus palabras en presencia ó en ausencia, entonces señaladamente has de mostrar tu caridad para con él y alabarlo. Gran cosa es sacudir del alma las alabanzas de los hombres: mas mucho mayor es sacudir las de los demonios, cuando tácitamente nos alaban, haciéndonos creer que somos algo. No es aquél humilde, que se abate y dice mal de sí (porque ¿quién hay que no sufra á sí mismo?) sino aquél que maltratado y injuriado de otros, guarda para con ellos salva y entera la caridad. Noté una vez que el espíritu de la vanagloria reveló á un monje los malos pensamientos con que combatía á otro: para que oyendo el combatido de la boca del otro lo que pasaba en su corazón, lo tuviese por profeta y lo alabase y predicase por bienaventurado, para que así lo ensoberbesciese. Es este sucio espíritu tan poderoso, que algunas veces hasta en nuestra misma carne despierta unos súbitos tremores y titilaciones. No des oídos á este enemigo, cuando te aconseja que recibas algún obispado, ó principado de monesterio, ó algún magisterio y oficio preeminente: porque es cosa de gran trabajo arredrar el can del tajón de la carnicería, esto es, mortificar el apetito de la propria honra y excelencia. Suele también este mismo espíritu, cuando ve algunos aprovechados en el propósito de la quietud y en el estado de la tranquilidad y recogimiento, incitarlos á que dejado el yermo, vayan al siglo, diciéndoles: Corre, ve á entender en la salud de las ánimas que perescen. Así como una es la forma y color de los que nascen en Etiopía, y otra la de las estatuas de piedra (porque una procede de principios naturales, y la otra de artificiales) así una es la vanagloria de los que viven en los monesterios, y otra la de los que moran en soledad. La primera suele adelantarse á los que vienen al monesterio, incitando los monjes más livianos á que salgan á recibirlos y se tiendan á sus pies: de manera que estando ella tan llena de soberbia, finge humildad, y á este propósito compone y endereza las costumbres, el hábito, las palabras y la manera del andar. Habla con la voz baja y mansa, y con todo esto tiene los ojos atentos á las manos de los que vienen, á ver si traen algo que les dar. Llámalos señores y padres y remediadores de su vida, después de Dios. Cuando están asentados á la mesa, exhórtalos á abstinencia: y agravia mucho los defectos de los inferiores, para mostrar su celo. Á los negligen-

tes en el cantar de los psalmos, esfuérzalos y anímalos á cantar: y á los mudos y sin voz, acresciéntales la hermosura de la voz: y á los que están soñolentos y pesados, despiértalos y hácelos velar: todo esto á fin de agradar á los que vienen, y ganar crédito con ellos. Lisonjea al que preside en el coro: y desea tener para sí aquella preeminencia: y mientras los huéspedes se van, llámalo padre y maestro. A los más honrados, alabándolos hace soberbios: y los despreciados dice que suelen tener memoria de las injurias.

La vanagloria muchas veces á los suyos fué causa de ignominia: porque enojada contra ellos, les hizo hacer cosas con que descubriendo su vanidad y ambición, vinieron por esto á caer en grande vituperio y confusión. Esfuérzase la vanagloria por hacer á los hombres envanescerse de las gracias naturales y de las sobrenaturales: y con estas armas derriba los miserables. Vi alguna vez que este demonio perturbó y hizo huir á otro su hermano y compañero. Porque como una vez un monje estuviese airándose contra otro, y en este comedio viniesen ciertos huéspedes seculares, súbitamente desistió de la ira con el espíritu de la vanagloria, viendo que no podía servir á ambos espíritus: pues el uno pedía lo contrario del otro. El que se ha entregado á la vanagloria, vive dos vidas: porque con el cuerpo y hábito está en el monesterio, y con el espíritu y con los pensamientos vive en el mundo. Si trabajamos por alcanzar la gracia soberana, trabajemos también por gustar la gloria soberana: porque el que gustare la gloria del cielo, fácilmente despreciará la de la tierra. Y maravillarme he yo mucho, si alguno la pudiese despreciar sin este gusto. Muchas veces acaesce que los que en algún tiempo fueron destruídos y despojados por la vanagloria, entendido después y condenado este dañoso principio, y mudada la intención, acabaron con loable fin lo que habían comenzado. El que se ensoberbesce con las habilidades naturales (como es agudeza, sabiduría, lición, pronunciación, ingenio y otras cosas que nascen con nosotros y no se alcanzan por nuestro trabajo) este tal nunca de Dios recibirá bienes sobrenaturales: porque el que es infiel en lo poco, también lo será en lo mucho: y tal es el siervo de la vanagloria. Muchos pretendieron á fuerza de trabajos y asperezas corporales alcanzar suma tranquilidad, y riquezas de gracias, y operación de milagros, y don de profecía: y todo su trabajo fué

vano, porque no entendieron los miserables que estos dones no se alcanzan con sola fuerza de trabajos, sino con suma humildad: puesto caso que los trabajos acompañados con ella ayudan mucho para toda virtud, como paresce por el ejemplo de Daniel y de sus compañeros. El que pretende alcanzar dones de Dios por solos trabajos, puso peligroso fundamento á su deseo: mas el que siempre se conosce por deudor, éste recibirá súbitamente riquezas de gracia no esperadas. Mira que nunca obedezcas al demonio, cuando te aconseja que descubras tus virtudes para edificación de los oyentes: porque ¿qué le aprovecha al hombre ganar á todo el mundo, si padesce detrimento en sí mismo? Ninguna cosa hay que tanto edifique los oyentes como la humildad de las costumbres y las palabras y manera de conversación sin fingimiento y sin flojedad. Y esto es á los otros ejemplo y motivo para no ensoberbescerse, y no veo yo cosa que más parte sea para edificar los hombres que ésta. Notó una vez un religioso (que tenía ojos para saber mirar las cosas) y contóme desta manera lo que había visto. Estando yo (dijo él) una vez en compañía de otros, vinieron á mí los demonios de la soberbia y de la vanagloria: y asentándose á par de mí á un lado y á otro, uno dellos con un su dedo me tocó un lado, aconsejándome que platicase algo de la materia de la contemplación, ó diese cuenta de alguna obra que hubiese hecho estando en el yermo. Al cual como yo despidiese de mí diciendo: Vuélvanse hacia atrás y hayan vergüenza los que piensan mal contra mí, luego el otro que estaba al otro lado, díjome á la oreja: Alégrate, porque lo has hecho bien y como gran varón, pues venciste esta desvergonzadísima de mi madre. Al cual yo muy á propósito respondí con las palabras que se siguen: Apártense luego y hayan vergüenza los que me dicen: Alégrate que bien heciste. Preguntando yo al mismo Padre cómo la vanagloria fuese principio y madre de la soberbia, respondióme así: Las alabanzas envanescen y levantan el ánima, y después que ella así se ha levantado, arrebatándola la soberbia, súbela hasta el cielo, y derríbala hasta los abismos. Una honra hay que nos viene por parte del Señor, el cual dice: Yo honro á los que me honran. Hay otra que nos viene por obra y engaño del demonio, de la cual está escrito: ¡Ay de vosotros, cuando os alabaren los hombres! La primera conoscerás claramente, cuando estimándola por tu daño proprio, la contra-

dijeres con todas tus fuerzas, escondiendo tu virtud y modo de vivir, dondequiera que te hallares. Mas la segunda conoscerás, cuando hicieres alguna cosa por pequeña que sea á fin de ser visto de los hombres: porque este malvado espíritu siempre nos incita á fingir y hacer alarde de las virtudes que no hay en nosotros, alegando para esto el Evangelio que dice: Así resplandezca vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. Algunas veces ha acaescido que el Señor pusiese odio entre el vanaglorioso y la vanagloria, permitiendo que por ella viniese á caer el hombre en alguna grande ignominia, y por esto viniese á aborrescerla. El principio deste sancto odio es guardar la boca de palabras de vanagloria y amar la vileza y ignominia. El medio es cortar todos los ejercicios y obras de vanagloria, como son las singularidades, hipocresías, ó obras tales: y el fin dél (si se puede hallar fin en el abismo) es llegar á hacer cosas en presencia de los otros, que nos puedan acarrear desprecio y ignominia, con tanto que no sean escandalosas, y esto sin sentimiento y dolor: aunque este grado de perfeción es de muy pocos.

Aquí es de notar que no siempre se ha de usar de una misma medicina contra esta dolencia, sino según la variedad della así lo han de ser los remedios. Por esto cuando nosotros mismos llamamos la vanagloria, ó cuando sin ser llamada, los otros nos la ofrescen, ó cuando tentamos hacer alguna cosa enderezada á vanagloria, acordémonos entonces de nuestro llanto y de nuestra secreta y temerosa oración: y con esto nos defenderemos de la importunidad deste vicio y de su desvergüenza: si con todo esto tenemos cuenta con la verdadera oración: y si esto no basta, arrebatemos ligeramente la memoria de nuestra muerte: y si con ésta no vencemos, temamos siquiera la confusión y ignominia que se sigue de la misma vanagloria: porque escrito está: El que se ensalzare, será humillado, no sólo en el siglo advenidero, sino también en el presente. Cuando los alabadores, ó (por mejor decir) los destruidores nos comenzaren á alabar, luego á la hora pongamos delante de nuestros ojos la muchedumbre de nuestros pecados, y hallarnos hemos indignos de las alabanzas que nos dan. Hay algunos dados á la vanagloria, cuyos deseos oye Dios y concede antes que por sus oraciones se los pidan: porque no vengan á ensorberbescerse, creyendo que los alcanzaron por su oración.

Los que son sencillos de corazón, no son muy tocados deste vicio: porque la vanagloria es destierro de la simplicidad, y una fingida religión y conversación. Un gusano hay que después que cresce, le nascen alas con que vuela á lo alto: y desta manera la vanagloria consumada pare la soberbia, que es guía, principio y consumación de todos los males.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XXII.

De la soberbia.

Soberbia es negación de Dios, invención de los demonios, desprecio de los hombres, madre de la condenación, hija de las alabanzas humanas, argumento de esterilidad espiritual, destierro del ayuda de Dios, precursor de la locura, ministra de las caídas, materia de pecados, fuente de ira, puerta del fingimiento, castillo de los demonios, guarda de los delictos, obradora de crueldad, riguroso inquisidor de las culpas ajenas, juez cruel de los hombres, adversario de Dios y raíz de blasfemias. El principio de la soberbia es el fin de la vanagloria, el medio es menosprecio de los prójimos, y la jactancia de sus virtudes, estimación de sí mismo y odio de la reprehensión. Mas el fin della es negación del ayuda divina, y confianza en sus proprias fuerzas, y espíritu y obras de demonio. Oyamos pues atentamente todos los que deseamos librarnos deste despeñadero. Suele esta cruelísima peste tomar ocasión para criarse en nosotros, del hacimiento de gracias: porque no dende luego nos incita á negar á Dios. Vi uno que con la boca daba gracias á Dios, y con el corazón se gloriaba. Testigo es desto aquel fariseo que dijo: Dios, gracias te doy, &c. Y pues éste por boca del Señor fué condenado, claro está que hubo primero soberbia, donde se siguió caída: porque lo uno descubre lo otro. Dicen algunos filósofos que son doce las pasiones del ánima, que suelen traernos cuando se desmandan á cosas feas y ignominiosas: mas el amor desordenado de la propria excelencia, que es raíz de la soberbia, éste solo á las veces hace tanto daño como todas las otras. El monje que tiene altos pensamientos, contradice fuertemente á lo que le mandan: mas el que los tiene humildes, no sabe contradecir ni repugnar. Ni puede el aciprez inclinarse hasta la tierra, ni el monje soberbio humillarse y obedescer. El hombre de alto corazón desea señorear y mandar: y por este medio se encamina su perdición: y así lo permite Dios. Si el Señor resiste á los sober-

bios, ¿quién habrá misericordia dellos? Y si todos ellos tienen el corazón sucio delante dél ¿quién será poderoso para limpiarlos? La reprehensión en el soberbio es ocasión de mayor caída: y el demonio es el estímulo que los aguija, y el desamparo de Dios hace que vengan á quedar fuera de sí y perder el seso. Y los dos primeros males (que son los dos primeros grados sobredichos de la soberbia) algunas veces los pudieron curar los hombres: mas el tercero, que es negar el ayuda de Dios (como la negaron algunos herejes) Él es el que lo puede curar. El que sacude y desecha de sí la reprehensión, da á entender que está tocado desta enfermedad: mas el que con humildad la recibe, libre paresce estar desta pestilencia. Si una criatura tan noble cayó del cielo por sola soberbia, sin otro algún vicio sensual, razón hay para preguntar si bastará la verdadera humildad para llevar al lugar de donde la soberbia derriba. La soberbia es perdimiento de los trabajos y de las riquezas de la virtud. Clamaron los soberbios, y no hubo quien los hiciese salvos. Y la causa fué, porque clamaron con soberbia, pues no cortaron las raíces y ocasiones de los males por los cuales oraban. Un sanctísimo y discretísimo viejo reprehendió espiritualmente á un religioso soberbio: al cual él como ciego respondió: Perdóname, Padre, que ni me glorío vanamente, ni soy soberbio. Al cual el sancto viejo respondió: Pues ¿cómo pudieras tú descubrir más á la clara que estabas tocado de la soberbia, sino diciendo: No soy soberbio? Á los tales conviene mucho la devota subjeción, y un humilde y bajo instituto de vida, y lición, y consideración atentísima de aquellas virtudes clarísimas de los Padres, que parescen exceder la naturaleza. Y por ventura desta manera les quedará á estos dolientes alguna esperanza de salud.

Vergüenza es ensoberbescerse el hombre con los atavíos y ornamentos de otro: y extrema locura es levantarse con los dones de Dios y gloriarse de los bienes para que Dios te determinó antes que nascieses, pues está claro que ésa no es hacienda tuya. Porque cierto es que las virtudes que alcanzaste después de nascido, son de Dios: así como lo es el mismo nascimiento, después del cual las alcanzaste. También las virtudes que alcanzaste sin el uso de tu ánima, ¿puedes llamar tuyas? Y éstas ningunas son, pues nadie obra sin el ánima: y ésta también es dádiva de Dios. Asimismo las victorias que alcanzaste sin el ministerio del

cuerpo ¿serán tuyas? Pero ésas también ningunas son: pues el cuerpo con que trabajaste no menos es dádiva y obra de Dios, que lo es el ánima. Por donde viene á concluirse que todo es de Dios. No te tengas por seguro hasta que oyas la sentencia final: pues ves que aquél que había entrado en el tálamo y sentádose á la mesa, fué despedido della y atado de pies y manos echado en las tinieblas exteriores. No levantes la cerviz ni te engrandezcas, siendo (como lo eres) de barro y cieno: pues ves caídas del cielo aquellas nobles inteligencias, criadas con tanta gracia y libres de toda materia y corrupción. Después que el demonio ha tomado el lugar en los corazones de los soberbios, comienza á aparescerles entre sueños, ó en alguna visión en figura del sancto ángel, ó de algún mártir, revelándoles algunos secretos y dándoles algunas maneras de gracias, según que á ellos se les figura: para que desta manera venga á apoderarse dellos perfectamente y hacerles perder el seso. Mira bien que aunque padesciésemos mil muertes por Cristo, no podríamos acabar de satisfacer por nuestras culpas, ni pagarle lo que le debemos. Porque otra es la sangre del Señor, y otra la del siervo: otra (digo) según la dignidad, no según la substancia. Nunca dejemos de examinarnos y juzgarnos, ni de poner los ojos en las vidas y costumbres de aquellos clarísimos Padres que resplandescieron como lumbreras del cielo, examinándonos y cotejándonos con ellos: porque entonces veremos claro que no habemos llegado á los primeros principios de la verdadera sanctidad y religión, sino que todavía vivimos como seglares. Monje es un ojo del ánimo humilde y desnudo de todo levantamiento y soberbia, y un hábito y figura corporal no menos humilde y constante que el mismo ánimo. Monje es el que desafía á los enimigos así como á bestias fieras, irritándolos y provocándolos á pelear cuando ellos fuyen dél, diciendo con el profeta: El Señor es mi lumbre y mi sabiduría, ¿á quién temeré? Monje es un ánimo que está todo absorto y trasladado en Dios, y una perpetua tristeza de la vida: porque á esta perfeción debe siempre anhelar el verdadero monje. Monje es el que de tal manera está aficionado en el amor de las virtudes, como los carnales y mundanos en el de sus deleites y vicios: esto es (si así se puede decir) tan tahur en lo bueno cuanto aquéllos en lo malo. Monje es una luz que perpetuamente está alumbrando y esclaresciendo los ojos del corazón: porque al verdadero

monje pertenesce participar continuamente esta divina luz y resplandor. Monje es un abismo de humildad, el cual sacude siempre de sí todo espíritu ajeno: esto es, todo lo que es contrario á la humildad, con la cual principalmente está él adornado. La soberbia y el fausto destierran siempre de sí la memoria de los pecados: porque ésta es obradora de la humildad. Soberbia es una suma pobreza del ánimo: la cual imagina que tiene riquezas y piensa que tiene luz, estando en tinieblas. Esta abominable pestilencia no solamente no nos deja ir delante, mas también derriba de lo alto. El soberbio es como una manzana, la cual de fuera está sana y hermosa, y dentro está toda pudrida. El monje soberbio no tiene necesidad del demonio que le tiente: porque él mismo es para sí demonio, enemigo y adversario. Muy lejos están las tinieblas de la luz: y así lo está toda virtud del soberbio. Hay en las ánimas de los soberbios palabras de blasfemia: mas en las de los humildes, dones del cielo. El ladrón no querría ver el sol: ni el soberbio quiere ver los humildes y mansos. No sé de qué manera los soberbios se escondieron de sí mismos: pues teniéndose por libres de pasiones y vicios, al cabo de la jornada vinieron á conoscer su desnudez y pobreza. El que estuviere tocado desta pestilencia, necesidad tiene del socorro de Dios: porque vana es la salud del hombre.

Hallé yo una vez que esta engañadora sin cabeza entró en mi corazón, traída en los hombros de su madre, que es la vanagloria: yo entonces atélas entrambas con el vínculo de la obediencia, y azotélas con el azote de la humilde subjeción y pobreza, y forcélas á que me dijesen de la manera que en mí habían entrado. Estándolas pues yo azotando, confesáronme claramente y dijeron: Nosotras no tenemos principio ni nascimiento: porque somos príncipes y engendradoras de todos los vicios. Quien nos hace cruel guerra, es la contrición del corazón, acompañada con la subjeción. No sufrimos estar subjetas al imperio de nadie: y sobre este caso revolvimos aun el cielo. Y para decírtelo todo en una palabra, nosotras somos engendradoras y causadoras de todas las cosas contrarias á la humildad, que son innumerables. Porque todas las cosas que son favorables á ella, son contrarias á nosotras. Nosotras tuvimos lugar en el cielo: y siendo esto así, ¿dónde podrás huir de nos? Nosotras tenemos por estilo levantar tempestades y persecuciones contra los amadores de las ignomi-

nias, y de la obediencia, y de la mansedumbre, y contra los que se olvidan de las injurias y tienen por oficio servir á las necesidades de los prójimos. Porque siempre incitamos á los soberbios á que persigan y menosprecien á los tales. Nuestras hijas son todas las caídas de las personas espirituales, que siempre caen por soberbia: y asimismo la ira, la detracción, la amargura de corazón, la vocinglería, el furor, la blasfemia, la hipocresía, el odio, la invidia, la contradición, la desobediencia y el querer más ser regido por su cabeza que por la ajena. Una sola cosa hay, en la cual desfallesce todo el ímpetu de nuestras fuerzas: la cual te descubrimos, puestas á cuestión de tormento. Si con entrañable afecto de tu corazón te acusares y humillares siempre delante de Dios, podrás vencernos como unas arañas. Porque (como ves de presente) el caballo de la soberbia es la vanagloria, en el cual estoy subida. Mas la sancta humildad se reirá del caballo y del caballero, cantando suavísimamente aquel cántico triunfal que dice: Cantemos al Señor, porque gloriosamente se ha engrandescido: pues al caballo y al caballero derribó en la mar, esto es, en sel abimo de la humildad.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XXIII.

De los pensamientos horribles del espíritu de la blasfemia.

DIJIMOS arriba que desta cruel raíz y madre (que es la soberbia) nasce otra más cruel y malvada hija (que es la blasfemia) y por eso conviene tratar aquí della. Porque no es quienquiera este enemigo, sino el más cruel y espantable de todos: y (lo que es más duro) no es fácil de revelar al médico espiritual, ó de descubrir en la confesión. Por donde á muchos vino á ser causa de desesperación y de consumirse y perderse toda su confianza: no de otra manera, que el gusano consume y corrompe el madero donde está. Pues este espíritu malvadísimo, éste muchas veces en otro tiempo (y señaladamente en el tiempo de la sagrada comunión) nos incita á blasfemar de Dios y de los sagrados misterios que allí se administran. De donde se infiere claramente que no es nuestra ánima la que habla dentro de sí aquellas malvadas y intolerables palabras, sino el demonio enemigo de todos los buenos: el cual por eso fué derribado del cielo, porque ensoberbesciéndose allí contra Dios, habló palabras de blasfemias y injurias contra Él. Porque si fuesen mías aquellas malvadas y sucias palabras, ¿cómo se compadescería con esto recebir yo aquel don del cielo, adorándolo y reverenciándolo? ¿Cómo podría yo juntamente maldecir y bendecir? Muchos ha habido, á quien este perversísimo engañador y destruidor de las ánimas hizo salir fuera de sí y perder el seso. Porque ningún pensamiento hay (como ya dijimos) más vergonzoso y por eso más dificultoso de descubrir al médico espiritual. Por lo cual muchas veces vino á envejescerse con el mismo que lo tiene. Ca ninguna cosa hay que tanto fortalezca á los demonios y á los malos pensamientos contra nosotros como tenerlos encubiertos sin revelarlos al maestro de nuestra ánima. Ninguno atribuya á sí la causa destas palabras de blasfemia que habla: porque aquel Señor (que es conoscedor de los corazones) sabe muy bien que estas invenciones y palabras no son nuestras, sino de nuestros ene-

migos. La embriaguez algunas veces es causa de hacer algún mal recaudo: y la soberbia muchas veces es causa destos pensamientos. Mas el que por estar tomado del vino hizo algún mal recaudo, no será castigado por lo que hizo, sino por la causa por que lo hizo: y esto mismo acaesce en la blasfemia, que algunas veces procede de la soberbia, como ya está dicho. Cuando nos ponemos en oración, entonces principalmente nos perturban estas imaginaciones y pensamientos: y acabada la oración, luego se van: porque no suelen combatir sino á aquéllos que pelean contra ellos. Este espíritu malo no se contenta con blasfemar de Dios y de todas las cosas divinas, sino también habla intelectualmente dentro de nosotros algunas sucísimas palabras. Y esto hace, ó para que dejemos la oración, ó para derribarnos en alguna desesperación. Y por esta vía apartó á muchos de la oración y también de la sagrada comunión, á otros enflaquesció sus cuerpos con espíritu de tristeza, y á otros con demasiados ayunos sin darles jamás descanso. Y esto hace no sólo en los hombres del siglo, mas también en los profesores de la vida monástica, haciéndoles creer que ninguna esperanza les queda ya de salud, y que son peores y más miserables que todos los infieles y que los mismos gentiles. El que es tentado deste espíritu de blasfemia y desea librarse dél, tenga por cierto que no es su ánima la causa destos pensamientos, sino aquel sucísimo espíritu que tuvo atrevimiento para decir al Señor: Todas estas cosas te daré, si cayendo en tierra me adorares. Y por esto también nosotros no haciendo caso de las cosas que él dice, seguramente y sin temor digamos: Vete en pos de mí, Satanás, porque á mi señor adoraré y á él solo serviré. Tus palabras y tus malos intentos se vuelvan contra ti, y tu blasfemia caya sobre tu cabeza en el siglo presente y en el advenidero. El que por otro medio quiere pelear contra este espíritu de blasfemia, será semejante al que quisiese detener un relámpago con las manos. Porque ¿de qué manera podrá comprehender, ó resistir, ó luchar contra aquél que súbitamente pasa como viento por nuestro corazón y habla una palabra en más breve espacio que un momento, y luego desaparesce? Ca los otros enemigos dan priesa, perseveran, detiénense y dan tiempo á los que pelean contra ellos: mas éste por el contrario en el punto que se descubre, desaparesce: y en hablando una palabra, luego pasa. Suele este perverso espíritu detenerse más en las ánimas

de los hombres más puros y simples: porque éstos se turban y estremescen más con este linaje de pensamientos: los cuales creemos que padescen esto más que los otros, no por su soberbia, sino por invidia del demonio. Conviénenos también dejar de juzgar y condenar los prójimos: y no temeremos los pensamientos de blasfemia: porque ésta es una de las raíces y causas desta tentación. Así como el que está encerrado dentro de su casa oye las palabras de los que pasan por la calle, mas él no habla con ellos: así el ánima que mora dentro de sí misma, oyendo las palabras de blasfemia que el demonio habla, pasando por ella, túrbase y estremécese, aunque no es ella la que las habla. El que desprecia este espíritu malo y no hace caso dél, ése lo vencerá: mas el que de otra manera se quiere defender (especialmente si lo teme mucho) cuanto mas lo temiere, más veces será inquietado dél: ca el mismo temor despertará muchas veces esta tentación. Porque el que con palabras quiere vencer este espíritu, es semejante al que quiere tener encerrados los vientos. Un monje virtuoso fué muy tentado deste espíritu por espacio de veinte años, el cual todo este tiempo nunca dejó de macerar su carne con ayunos y vigilias. Y como con esta medicina no hallase remedio, escribió en una carta esta dolencia: y fuese á un sanctísimo viejo y prostrado á sus pies sin osarle mirar á la cara, significóle por este medio su pasión. Y después que el sancto viejo leyó la carta, sonrióse: y levantándolo del suelo: Pon (dijo) hijo mío, tu mano sobre mi cuello. Y como el religioso lo hiciese así, díjole el viejo: Sobre mí cargue ese pecado, hijo mío, todo el tiempo que te ha combatido y que de aquí adelante, te combatiere. Tú solamente guarda esto, que lo desestimes y ningún caso hagas dél. Con las cuales palabras de tal manera cobró esfuerzo y aliento aquel religioso, que antes que saliese de la celda del viejo, ya la tentación se había desvanescido. Esto me contó el mismo á quien había acaescido, dando gracias á Dios por este beneficio.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XXIV.

De la mansedumbre y inocencia no naturales sino adquiridas, y también de la malicia.

ANTES del sol sale la luz de la mañana y antes de la humildad precede la mansedumbre, como nos lo declaró la misma luz (que es el Señor) cuando dijo: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. Justo es pues, y conforme á la orden natural, gozar de la luz antes del sol: para que más claramente podamos después ver el mismo sol: pues á él nadie puede ver, si no ve primero esta luz, como se colige de lo dicho. Mansedumbre es conservarse el ánima en un mismo estado sin alguna perturbación, así en las honras como en las deshonras. Mansedumbre es en las perturbaciones y afliciones del prójimo hacer oración por él con suma compasión. Mansedumbre es una roca alta que está sobre el mar de la ira, en la cual se deshacen todas sus ondas furiosas, sin caer y sin inclinarse más á una parte que á otra. Mansedumbre es firmeza de la paciencia, puerta de la caridad, ministra del perdón, confianza en la oración, argumento de discreción: porque el Señor (como dice el profeta) enseñará á los mansos sus caminos: y es también aposento del Espíritu Sancto, según aquello que está escrito: ¿Sobre quién reposará mi espíritu, sino sobre el humilde, y manso, y que tiembla de mis palabras? Mansedumbre es ayudadora de la obediencia, guía de los hermanos, freno de los furiosos, vínculo de los airados, ministra de gozo, imitación de Cristo, condición de ángeles, prisión de demonios y escudo contra las amarguras del corazón. El Señor reposa en los corazones de los mansos: mas el ánima del furioso es aposento del enemigo. Los mansos heredarán la tierra, ó (por mejor decir) serán señores della: mas los hombres locos y furiosos serán destruídos y desechados della. El ánima mansa es silla de la simplicidad: mas el ánima airada es casa y aposento de malicias. El ánima del manso recibirá las palabras de la sabiduría: porque el Señor enderezará en el juicio á

los mansos, ó (por mejor decir) en la virtud de la discreción. La causa desto es, porque la tal ánima por medio de su quietud y tranquilidad está muy dispuesta y aparejada para ser endereza-da y alumbrada del Espíritu Sancto. El ánima recta es familiar compañera y esposa de la humildad: mas la mala es hija moza y loca de la soberbia. Las ánimas de los mansos serán llenas de sa-biduría: mas en el ánima de los airados moran las tinieblas y la ignorancia. El airado y el disimulado se encontraron, y no se halló palabra recta entre ellos. Si abrieres el corazón del primero, hallarás locura: y si el del segundo, hallarás maldad.

La simplicidad es un hábito y disposición del ánima, que ca-resce de variedad, y no sabe qué cosa es perversa intención, ni es movido con algún mal pensamiento. Malicia es astucia, ó (por mejor decir) maldad de demonios ajena de verdad: la cual siem-pre piensa de sí que no es entendida de los otros. Y dije que es maldad de demonios, porque pecar por malicia es pecar no por flaqueza ni por ignorancia (como suelen pecar comúnmente los hombres) sino por elección y voluntad deliberada, como pecan los demonios, que toda su astucia emplean en buscar cómo hacer más mal. Hipocresía es estado contrario á la disposición del cuer-po y del ánima, lleno de sospechas y malas invenciones: porque el hipócrita en todo se contrahace, queriendo parescer otro del que es, sospechando de los otros que son tales como él. Inocen-cia es disposición y estado del ánima, alegre, y seguro, y libre de toda sospecha y astucia: porque el verdadero inocente, así como no hace mal á nadie, así no lo sospecha de nadie. Rectitud es in-tención del ánimo ajena de curiosidad, afecto entero y sin co-rrupción, palabra sencilla y sin ningún fingimiento ni artefìcio, y una limpísima naturaleza de ánimo, que apartado de toda malicia trabaja por conservarse en aquella primera pureza en que fué criado, comunicándose á todos y mostrándose afable y caritati-vo á todos. Malicia ó malignidad es perversión de la verdadera rectitud, intención engañada, dispensación infiel y no conforme á justicia, juramento artificioso con palabras falsificadas, profundi-dad de pensamientos sutilísimos y perversísimos, abismo de en-gaños, mentira acostumbrada y convertida en hábito, soberbia hecha ya como natural, contradición de la humildad, fingimiento de la penitencia, alejamiento del llanto, odio de la confesión, de-fensión del proprio juicio y voluntad, causadora de caídas, y es-

torbadora del levantamiento dellas, sufrimiento de injurias artificioso y disimulado, gravedad loca, religión fingida y vida endiablada. El malo es semejante al demonio en el hecho y en el nombre: porque así lo llamó el Señor en la oración que él instituyó cuando dijo: Líbranos del malo. Huyamos pues del despeñadero del fingimiento y del lago de la malicia y astucia, oyendo la sentencia de aquél que dijo: Los que maliciosamente viven, serán destruídos, y así como la verdura de las yerbas desfallescerán presto porque éstas son pasto de los demonios. Así como Dios es caridad, así también es rectitud y igualdad, y por esto dijo el Sabio en los Cantares hablando con él: Los rectos son los que te aman. Y el padre deste mismo Sabio dijo en un psalmo: Bueno es y recto el Señor: y así dice que salva á los que participan este mismo nombre, diciendo que hace salvos á los rectos de corazón. Y en otro lugar: Justo es (dice) el Señor, y amador de justicias, y sus ojos tiene puestos en la rectitud y igualdad. La primera propriedad de los niños (cuando comienzan á crescer) es simplicidad libre de toda variedad: la cual mientras tuvo aquel primer Adán, no vió la desnudez de su ánima, ni la torpeza de su carne. Buena es y bienaventurada aquella simplicidad natural con que algunos nascen: pero mucho más bienaventurada y excelente es aquélla que desterrada toda malicia con trabajos y sudores se alcanzó. Porque aquella primera, verdad es que está guardada y amparada de todas las perturbaciones y de toda multiplicidad y variedad de negocios: mas ésta es engendradora y sustentadora de una altísima humildad y mansedumbre. Y á aquella primera no se debe muy grande galardón: mas á esta segunda débese premio incomparable. Todos los que deseamos alcanzar el espíritu del Señor, lleguémonos á él como discípulos á maestro, para aprender dél: y esto con grandísima simplicidad y sin ningún fingimiento, ni variedad, ni malicia, ni curiosidad. Porque como él sea purísimo y simplicísimo, así quiere que sean simples y inocentes los que vienen á él: y nunca jamás verás la simplicidad apartada de la humildad.

El malicioso es adevino mentiroso: el cual piensa que por las palabras entiende los pensamientos: y por el hábito, figura y movimientos del cuerpo imagina que penetra todos los intentos y secretos del corazón. Vi algunos hombres rectos haber aprendido á ser maliciosos de la compañía y ejemplo de los malos: y

maravilléme de ver cómo pudieron éstos perder tan presto la condición natural con que nascieron, y allende desto el privilegio de la gracia. Aquí es de notar que los rectos fácilmente pueden caer: mas los perversos dificultosamente pueden mudarse y alcanzar la verdadera rectitud. Verdad es que la peregrinación, y la subjeción, y la guarda de la boca pudieron muchas veces maravillosamente mudar y curar muchas cosas que parescieron incurables. Si la sciencia ensoberbiesce á muchos, mira si por ventura se sigue de aquí que la simplicidad y ignorancia podrá humillar á otros. Y si quieres un verdadero documento y un cierto dechado y fin desta sancta simplicidad, pon los ojos en aquel bienaventurado Paulo el simple, discípulo de Sancto Antonio: porque tan grande y tan apresurado aprovechamiento entre los monjes como fué éste, ninguno lo vió, ni lo oyó, ni por ventura lo verá. El monje simple es un jumento racional y obediente, el cual lleva su carga perfectamente hasta ponerla en las manos del que le guía. No contradice el animal al que lo ata, ni el ánima recta al que la manda. Sigue al que la trae, como él quiere: y hasta que la maten no sabe contradecir. Dificultosamente entrarán los ricos en el reino del cielo, y los locos y sabios, en esta virtud de la simplicidad. Las caídas hacen muchas veces templados á los malos (cuando son hombres avisados) dándoles salud y inocencia cuasi contra su voluntad. Trabaja con todas tus fuerzas por engañar á veces tu prudencia y sabiduría, desestimándola y subjetándola al parescer de los otros: y haciendo esto, hallarás salud y rectitud en Cristo Jesú nuestro Salvador.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XXV.

De la altísima humildad, vencedora de todas las pasiones.

El que con palabras sensibles pretende declarar la naturaleza, los efectos y propriedades admirables de la divina caridad, y de la sancta humildad, y de la bienaventurada castidad, y de la ilustración y alumbramiento de Dios, y de su sancto temor, y de la seguridad y confianza que los suyos tienen en Él, y piensa que podrá por esta vía dar á entender la excelencia destas virtudes á los que no las han gustado, parésceme que será semejante á aquél que quisiese con palabras y ejemplos declarar el sabor de la miel á los que nunca la gustaron: porque éstos aunque alcancen por este medio una manera de noticia especulativa de las cosas, no por eso tienen la práctica y la afectiva: que es la que las aprueba y abraza y la que hace á nuestro propósito. Y así éste en vano trabajará y no alcanzará lo que pretende (por más cosas que diga del sabor de la miel) mas el otro será ignorante maestro de su doctrina, ó enseñará con espíritu de vanagloria, usurpando el oficio que no le pertenesce. Habemos agora llegado á tiempo que nos es necesario tratar de un tesoro escondido en vasos de barro, ó (por mejor decir) en nuestros cuerpos: cuya condición y cualidad ni se puede conoscer, ni explicar con palabras. Sólo un título incomprensible tiene encima, el cual ha de dar grande y cuasi infinito trabajo á los que quisieren escudriñar y explicar con palabras lo que en él se comprehende. El título es éste: sancta humildad. Todos los que son movidos por el espíritu de Dios, se junten aquí, y entren con nosotros en este intelectual y sapientísimo concilio, trayendo espiritualmente en sus manos las tablas de la sabiduría escritas por mano de Dios, para que con ellas nos ayuden á entender este secreto. Ayuntados pues desta manera y hecha diligente inquisición, examinamos la virtud deste venerable título. Y comenzando á dar las difiniciones dél, uno decía que esta virtud era olvido atentísimo de todos los bienes que hubiésemos hecho. Otro decía

que era tenerse el hombre por el más bajo de todos y por el mayor pecador. Otro decía que era conoscimiento del ánima, mediante el cual ve el hombre su propria flaqueza, enfermedad y miseria. Otro decía que era adelantarse á pedir perdón al prójimo y aplacar su ira, aunque hubiese sido el que la aplaca el agraviado. Otro decía que era conoscimiento de la gracia y misericordia de Dios. Otro decía que era sentimiento del ánimo contrito y negación de la propria voluntad. Pues como oyese yo todas estas cosas, comencé dentro de mí mismo á examinar con mucha diligencia y vigilancia la doctrina destos bienaventurados Padres, y no la pude entender por solo lo que oí. Por lo cual yo á la postre de todos (como el can que recoge las migajas de la mesa destos beatísimos y sanctísimos Padres) queriendo dar la difinición desta singular virtud, dije así: Humildad es una gracia del ánima que no tiene nombre, sino es en solos aquéllos que tienen experiencia della. Humildad es don de Dios y un nombre inefable de sus riquezas: porque lo que Dios da á quien da humildad, como no se puede comprehender, así no se puede hablar. Aprended (dice el Señor) no de ángel, no de hombre, no de libro, sino de mí: esto es, de mi enseñanza, de mi luz y de las operaciones interiores que yo obro en vuestras ánimas morando en ellas: de aquí aprended que soy humilde y manso en el corazón, y en las palabras, y en el sentido: y hallaréis descanso de batallas y alivio de la guerra de vuestros pensamientos.

Esta virtud tiene diversos grados, y así tiene diversos efectos y fructos que corresponden á ellos. Por donde así como un parescer tiene la misma vid en el invierno, y otro en el verano, y otro en el estío: así una manera de humildad es la de los que comienzan (que están cuasi como en el frío del invierno) y otra la de los que aprovechan (que son como el florido verano) y otra la de los perfectos (que son como el estío caluroso) que están en el fervor y consumación de las virtudes: puesto caso que todos estos grados vienen á parar en una misma alegría y fructo de virtud: y así tiene cada uno dellos sus proprias señales por donde se conoscen. Porque cuando comienza á florescer en nosotros el racimo desta sancta vid, luego comenzamos á desterrar de nuestra ánima toda ira y furor, y escupir y desechar toda la fama y honra del mundo: puesto caso que esto no se haga sin algún dolor y trabajo, por ser á los principios. Mas después que esta

nobilísima virtud comienza á crescer en nuestro ánimo en la edad espiritual, luego venimos á desestimar y tener en nada todos los bienes que hacemos: y pensamos que cada día acrescentamos la carga de nuestras deudas con culpas secretas que nosotros mismos ignoramos. Porque dado caso que no todas nuestras obras sean culpables (porque algunas son meritorias y loables) pero muchas otras van acompañadas de muchas negligencias y todas son bajas para lo que Dios meresce: y por tales conviene que tenga las suyas el humilde siervo de Dios. Y demás desto, sospecha este tal que la abundancia de los dones celestiales que ha recebido, le han de ser materia de mayor castigo y tormento: porque piensa que ni los agradesce como ellos merescen, ni usa dellos como debe. Y con esta consideración queda el ánima entera y humilde en medio de todos estos dones celestiales: porque se encierra seguramente dentro de la clausura y consideración de su pequeñez, oyendo solamente el ruído y la grita de los ladrones y permanesciendo segura y libre de todos ellos: porque el conoscimiento desta pequeñez es un castillo inaccesible á todos estos enemigos.

Dijimos brevemente de las flores y fructo desta virtud: que es de los efectos del primero y segundo grado de la humildad. Mas cuál sea el perfecto premio y fructo desta sagrada vid, preguntadlo al Señor los que sois sus domésticos y familiares. De la cuantidad desta virtud (que es hasta donde puede crescer) no podré decir. Pues de la cualidad della (que es de su dignidad y eficacia) muy más imposible es decir. Y por tanto hablemos de las propriedades y naturaleza della, así como al principio comenzamos. La perfecta penitencia, y el llanto (con que todas las máculas del ánima se lavan) y la sanctísima humildad tanto difieren entre sí como el pan difiere de la harina. Porque primeramente el corazón es quebrantado y molido por la virtud de la contrición y penitencia eficaz: y mediante el agua del perfecto llanto, este corazón quebrantado y molido se amasa y mezcla (así como la harina con el agua) y después cocido con el fuego del Señor, se enduresce, y resulta hecho el pan de la sanctísima humildad, libre ya de toda levadura y de todo fausto y hinchazón. De donde viene á juntarse en una virtud esta sancta cadena compuesta de tres eslabones, ó (por mejor decir) no cadena, sino arco del cielo, que resplandesce con sus colores: y así este sa-

grado ternario tiene sus propriedades: y lo que es señal de la una, es también señal para conoscer la otra. Y porque esto está brevemente dicho, procuraré confirmarlo con autoridades y ejemplos. La primera y principal propriedad que tiene este honestísimo y admirable ternario, es un muy suavísimo y muy alegre sufrimiento de ignominias: las cuales el ánima abraza y espera levantadas las manos en alto, para amansar con ellas sus pasiones y consumir el orín de sus pecados. La segunda propriedad es victoria de toda ira, y con esto templanza en comer y beber y en todos los otros deleites: porque no se derrame por una parte lo que se recoge por otra, ni busque el hombre este género de deleites y consuelos para pasar aquellos trabajos. El tercero y perfectísimo grado es una infidelidad fiel (esto es, que no se fíe el hombre demasiadamente de sus merescimientos) y continuo deseo de ser enseñado y amonestado de los otros. El fin de la ley y de los profetas es Cristo, para justicia de todos los creyentes: mas el fin de todas las pasiones desordenadas es la vanagloria y la soberbia de los malos, cuando llegan á gloriarse del mal que hicieron: de las cuales pasiones como sea matadora esta cierva espiritual (que es la humildad) así guarda sano y salvo su amador de todo veneno mortal. Porque ¿dónde parescerá allí el veneno de la hipocresía? ¿dónde la ponzoña de la traición? ¿dónde alguna serpiente que quiera hacer allí su nido, la cual no sea luego echada fuera de la cueva del corazón y desenterrada y muerta? Donde está este sancto ternario (que es esta penitencia llorosa y humilde) no hay odio, no aparencia de contradición, no rastro de desobediencia: si no fueren las cosas que son contra la fidelidad que se debe á Dios: porque entonces no es razón de obedescer á la infidelidad. El que como esposo está uñido y casado con esta esposa, luego se hace manso, agradable, misericordioso, fácil para la compunción, y sobre todas las cosas quieto, sereno, obediente, sufridor de freno, alegre, velador y en nada perezoso. Y ¿qué es menester proseguir tantas cosas? Este tal será bienaventurado con una tranquilidad de ánimo que tendrá: porque el Señor se acordó de nosotros en nuestra humildad y nos libró de todos nuestros enemigos. El monje humilde no querrá inquirir curiosamente los secretos escondidos: mas el soberbio hasta de los juicios de Dios quiere disputar. Una vez los demonios aparescieron visiblemente á un muy discreto y religiosísimo Padre, diciéndole que era bien-

aventurado. Á los cuales él respondió sapientísimamente diciendo: Ninguna cosa ganáis con esta vuestra tentación: porque si dejáis de alabarme y os vais vencidos, ganaré con la victoria desta batalla: y si todavía porfiáis en alabarme, cuanto vosotros más me alabárcdes, tanto yo más conosceré cuán lejos estoy desas alabanzas, y con esto me abatiré. Por tanto os id, y así quedaré engrandescido: ó si no queréis iros, darme heis materia de alcanzar mayor humildad. Entonces ellos heridos con el golpe desta palabra (como con una espada de dos filos) desaparescieron y fuéronse. Mira no sea tu ánima como canal de agua que á tiempos corre y á tiempos esté vacía, agotándose con el ardor de la soberbia y de la vanagloria: mas antes sea fuente perpetua de una bienaventurada tranquilidad, la cual produzga de sí al río de la pobreza de espíritu y menosprecio de mundo. Acuérdate, hermano, que los valles multiplican en sí el trigo y el fructo espiritual: y valle es ánima humilde, que permanesce sin mudarse y sin arrogancia entre los montes de la soberbia. No dice la escriptura: Ayuné, velé y dormí en el suelo: sino: Humilléme, y libróme el Señor.

La penitencia nos resuscita de muerte á vida: el llanto llama á la puerta del cielo: mas la sancta humildad lo abre. Yo adoro la trinidad en unidad y la unidad en trinidad, y así reverencio estas tres virtudes imitadoras deste venerable misterio, siendo una cosa en la gracia y diferentes entre sí. El sol alumbra todas las cosas que se ven: y la humildad fortalesce y conserva todas las cosas bien ordenadas. Si faltare el sol, todas las cosas estarán llenas de tinieblas: y si faltare la humildad, todas serán hediondas y vanas. Un lugar hay en el mundo que una vez vió el sol (que fué el suelo del mar Bermejo) y muchas veces acaesció que un solo pensamiento pariese la virtud de la humildad. Un solo día hubo en que todo el mundo se alegró (que fué el día de la Resurrección de Cristo) y ésta es una virtud que los demonios no pueden imitar. Una cosa es ensoberbescerse, y otra no ensoberbescerse, y otra humillarse. El que hace lo primero, juzga todas las cosas: el que lo segundo, no juzga nadie: el tercero siendo inocente, siempre se juzga y condena á sí mismo. Una cosa es ser humilde, y otra trabajar por ser humilde, y otra alabar los humildes. Lo primero es de los perfectos, lo segundo de los verdaderos obedientes: mas lo otro es común de los verdaderos fieles.

El que es humilde de corazón, no recibe daño con las palabras ni alabanzas de nadie: porque la puerta no descubre el tesoro que no está en casa. El caballo que está solo, algunas veces paresce que corre ligeramente: mas cuando corre en compañía de otros que le hacen ventaja, entonces se ve claro que no era tan ligero como parescía: y lo mismo acaesce al religioso cuando está solo, ó cuando está en compañía de otros que le hacen ventaja: porque común cosa es pensar de sí mucho el que con ninguno se compara. Argumento es y principio de sanidad no gloriarse el hombre con los bienes de naturaleza: mas el que se gloría en ellos, mientras padesciere este hedor, no sentirá el olor deste preciosísimo ungüento. Dice esta santa virtud: el que está enamorado de mí y casado comigo, no reprehenderá, no juzgará, no deseará mandar, no engañará á nadie con palabras sofísticas y dobladas: porque después deste casamiento no se le pone ley, como tampoco se pone al justo: porque no se llama yugo y carga de ley lo que se hace de pura voluntad. Una vez los demonios malvados comenzaron á sembrar ciertas alabanzas en el corazón de un fortísimo caballero de Cristo, que corría á esta virtud. Mas él movido por inspiración de Dios, halló un brevísimo atajo para vencer la malicia destos espíritus perversos, y para esto escribió en la pared de su celda los nombres de algunas altísimas virtudes: conviene saber, de la perfecta caridad, de la angélica humildad, de la limpísima oración, de la incorruptible castidad, y así de las otras virtudes. Pues cuando aquellos malos pensamientos comenzaban á levantarle, respondía él á los demonios: Vamos á la prueba desto. Y veniendo, leía todos aquellos títulos, y decía á sí mismo: Después que hubieres alcanzado todas estas virtudes, verás aun cuán lejos estás de Dios: porque despues de todo esto hecho, no eres más que siervo inútil que heciste lo que eres obligado á hacer. Pues si entonces no serías más, ¿agora que serás?

Prosigue la materia, declarando qué cosa sea humildad.

§. I.

CUÁL sea la substancia y la naturaleza deste sol tan claro (que es la humildad) no somos bastantes para decirlo: mas por los efectos y propriedades della podremos en alguna manera co-

noscer su substancia. Humildad es una sombra y protección de Dios, la cual hace que no tengamos ojos para ver nuestras buenas obras. Humildad es un abismo de vileza, la cual (cuanto es de su parte) hace al hombre inexpugnable á todos los ladrones. Humildad es torre de fortaleza contra el ímpetu de los enemigos, contra la cual no será poderoso el hijo, ó (por mejor decir) el pensamiento de la maldad: y ella derriba ante sí todos sus contrarios, y hará volver las espaldas á todos sus enemigos. Tiene también en su ánimo este magnífico poseedor otras propriedades fuera déstas: porque éstas (excepta una dellas, que es un profundísimo desprecio de sí mismo que está escondido en lo íntimo del corazón) son argumentos y indicios de riquezas espirituales á quienquiera que las ve: porque aquella interior no se puede ver. Y conoscerás (según la manera que esto se puede conoscer) si tienes esta sancta substancia de ti mismo, en la muchedumbre de una inefable luz y en un amor increíble de la oración que te acompañará. Porque á los humildes se da muy copiosa gracia, por la cual son grandemente incitados á hacer oración, en la cual reciben maravillosa luz. Y antes destas virtudes se le da al hombre un corazón inocente y muy ajeno de acusar y de indignarse contra los defectos de otros. Asimismo procede desta grande substancia un grande odio de todo género de vanagloria. Y el que profundamente se conosce y se desprecia, ya ha sembrado en la tierra la simiente desta virtud: porque no puede ser que florezca y nazca la humildad, si desta manera no se siembra. El que conosce á sí mismo, ya ha alcanzado una íntima señal del temor de Dios: por el cual caminando diligentemente, llegará á la puerta de la caridad. La humildad es puerta del reino del cielo, la cual hace entrar en él á todos sus amadores y devotos. Desta pienso que dijo el Señor que entrará y saldrá desta vida sin temor, y hallará pasto y verdura en el paraíso. Todos los que quisieren entrar por otra puerta con figura sola y aparencia de verdadera humildad, ladrones son y robadores de su propria vida. Nunca dejemos de examinarnos y inquirir nuestras faltas, si deseamos de verdad conoscernos. Y si de todo corazón tenemos siempre al prójimo por mejor que nosotros, justa es para con nos la divina misericordia. Imposible es que de la nieve salga llama: pero más imposible es alcanzar humildad el que busca gloria de los hombres. Muchos somos los que nos llamamos pecadores (y por ven-

tura así lo pensamos) mas con todo esto el tiempo de la injuria y de la ignominia declara cuál sea nuestro corazón. El que se da priesa por llegar á este quietísimo estado, nunca desista de examinar y mirar atentamente sus costumbres, sus palabras, sus intenciones, sus opiniones, sus preguntas, sus industrias, sus ordenaciones, sus intentos, sus reglas, su instituto de vida, sus deseos y sus oraciones, ordenando y enderezando todas estas cosas para alcanzar lo que desea, hasta que ayudándose de Dios y destos documentos de humildad, venga á librar la navecica de su ánima del bravísimo y tempestuosísimo piélago de la soberbia: porque el que désta quedare libre, fácilmente (como aquel publicano) satisfará por todos sus pecados. Algunos ha habido que después de vueltos á Dios y perdonados de sus pecados, los hicieron materia perpetua de humildad, dando bofetadas con ellos á su ánimo cuando se les quería ensoberbescer. Otros hay que considerando la pasión de Cristo y conosciendo por ésta cuán deudores le eran, se humillaban de corazón. Otros también se humillan y tienen por vilísimos con la consideración de los defectos en que caen á cada paso. Otros hicieron muy familiar á sí mismos esta madre de las gracias, poniendo los ojos en las tentaciones, y enfermedades, y caídas que cada día les suceden. Ha habido también otros (y no sabré decir si agora también los ha) los cuales tomaron por motivo para humillarse los mismos dones y beneficios de Dios (con que otros se envanescen) aunque hubiesen aprovechado mucho con ellos, teniéndose por indignos destas riquezas y creyendo que con esto crescía más la obligación de sus deudas. Ésta es pues la verdadera humildad, ésta la bienaventuranza, éste el perfecto y consumado premio de los trabajos que en esta vida se pasan por ella. Cuando oyeres ó vieres alguno que en pocos años alcanzó aquella altísima tranquilidad y paz del corazón (señora de todas las pasiones) piensa que no fué otro el camino que el desta bienaventurada virtud, por donde caminó. Sagrado carro es de dos ruedas la caridad y la humildad: aquélla ensalza, y ésta conserva á los que están así ensalzados, para que no cayan. Una cosa es la contrición, y otra el conoscimiento, y otra la humildad. La contrición nasce de la caída: porque el que cae pecando, quebranta su corazón arrepintiéndose, y asiste con vergüenza en la oración delante de Dios, aunque no sin confianza: y así quebrantado y maltratado susténtase con este báculo de la

esperanza y con él ojea y echa de sí el can de la desesperación. Conoscimiento es una verdadera y segura comprehensión de su propria medida y pequeñez y una perpetua memoria aun de los pecados más livianos. Humildad es una doctrina espiritual de Cristo, escondida espiritualmente en lo íntimo de nuestra ánima por aquéllos que son merescedores desta virtud. El que dice que ha ya sentido la fragancia y suavidad desta virtud, y con todo eso se altera y mueve su corazón cuando es alabado, ó entiende la fuerza de las palabras que le dicen, y es tocado (aunque sea poco) con el humo de las alabanzas, este tal no se engañe, porque aun le falta algo para llegar á la cumbre desta virtud. Oí á uno que con todo el afecto de su ánimo decía: No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre se dé la gloria. Porque sabía éste muy bien que no era cosa fácil guardar la naturaleza entera y libre desta vanidad. De ti, Señor, sea mi alabanza en la iglesia grande (que es en el tiempo advenidero) porque antes que éste venga no la puedo oir sin algún peligro. Si éste es el fin y el modo de la mayor soberbia, fingir las virtudes que el hombre no tiene, por alcanzar honra, paresce que también será argumento de altísima humildad representar en casos algunas faltas que el hombre no tenga, por ser tenido en menos cuenta. De lo cual tenemos ejemplo en aquel bienaventurado Padre Simeón: el cual oyendo que el Adelantado de la provincia venía á visitarlo como á varón famoso y santo, tomó en las manos un pedazo de pan y queso y asentado á la puerta de su celda, comenzó á comer de aquello á manera de tonto: y visto esto, el Adelantado lo despreció y no hizo caso dél. Y no menos hizo otro sancto varón que despojándose de su vestidura, anduvo desnudo por toda la ciudad sin ninguna manera de concupiscencia: porque era él castísimo. Estos tales no temen ni hacen caso del decir de los hombres: porque ya han alcanzado por medio de la oración tal virtud de Dios, que con estas cosas espiritualmente edifiquen á todos y les satisfagan. Mas el que tiene cuenta con esto, no ha alcanzado lo segundo (que es esta maravillosa eficacia de oración) porque cuando Dios está tan aparejado para oirnos, seguramente podemos hacer esto, considerando que es mejor entristescer á los hombres que á Dios: porque huélgase Él cuando ve que corremos alegremente á las ignominias por acabar de vencer y poner debajo de los pies esta vanísima presunción. Y la perfecta peregrinación (que

es menosprecio de todas las cosas peresccderas) es la que acomete todas estas empresas tan grandes por alcanzar victoria de la vanidad: porque de grandes varones es consentir en ser desestimados y escarnescidos de los suyos. Y no te debe perturbar la grandeza destas cosas sobredichas: porque ninguno puede súbitamente subir de un tranco todos los pasos desta escalera espiritual. Verdad es que algunos hechos notables hubo en los santos (obrados por especial instincto del Espíritu Santo) los cuales son más de maravillar que de imitar: como fueron éstos y otros tales: para los cuales no todos tienen licencia, si no tuvieren el mismo espíritu que tuvieron ellos. En esto conoscerán todos que somos discípulos de Dios, no porque los demonios nos obedescen, sino porque nuestros nombres están escritos en el cielo de la humildad. Cuando las ramas de los cidros están estériles y sin fructo, naturalmente suben derechas á lo alto: mas cuando se inclinan hacia la tierra, suelen cargarse de fructo. Bien sabe lo que significa esto el que atentamente lo considera: pues lo mismo espiritualmente acaesce en nuestras ánimas, que cuanto más estériles están, tanto más se envanescen y levantan en alto: y cuanto más se humillan y abajan, tanto más suelen fructificar.

De tres grados de humildad, y de otras cosas que pertenescen á esta virtud.

§ II.

Tiene esta sancta virtud sus escalones y grados con que sube á Dios, y conforme á éstos da diversos fructos: uno como de treinta, y otro como de sesenta, y otro como de ciento. Á este postrer grado han llegado los que alcanzaron la bienaventurada tranquilidad, señora de todas las pasiones. En el segundo están los fuertes caballeros de Cristo, que varonilmente pelean y trabajan por la virtud: mas al primero todos pueden llegar. El que verdaderamente conosce á sí mismo, nunca será engañado para que quiera acometer mayores cosas de lo que puede: sino fijará el pie seguramente en este bienaventurado ternario de la humildad que dijimos. Las aves pequeñas temen el gavilán: y los amadores de la humildad, el sonido de la contradición, esto

es, la voz de la desobediencia. Muchos se salvaron sin gracia de profecía, y de sciencia, y de revelaciones, y de milagros, y de prodigios: mas sin humildad ninguno jamás entró en el tálamo del cielo. Y esta virtud es fiel guarda de aquellos dones: mas aquellos dones algunas veces fueron ocasión de matar esta virtud en los que no estaban bien fundados en ella. También fué maravillosa dispensación de Dios para los que no se querían humillar, que nadie conosciese más claro sus llagas que el ojo de vuestro vecino: el cual no se engaña con amor proprio, como se puede engañar el que las tiene. De donde se sigue que nadie debe agradescer esta virtud del conoscimiento de sí mismo á sí, sino á Dios y al prójimo que le desengañó. El que es de corazón humilde, siempre tiene por sospechosa y engañadora su propria voluntad, y por tal la aborresce: y en sus oraciones (ayudándose de una fe firmísima) suele aprender de Dios lo que le conviene, y obedescer á esto promptamente y á la voz de sus mayores, no poniendo los ojos en los defectos dellos, sino entregando á Dios con grandísima confianza el cuidado de sí mismo: el cual (cuando fué menester) por medio de una asna enseñó lo que era necesario y convenía. Este santo obrero, aunque haga y diga y piense todas las cosas conforme á la voluntad de Dios, ni aun con todo esto se acaba de fiar de sí mismo. Porque el verdadero humilde tiene por grande carga y azote haber de creer á sí mismo: como por el contrario el soberbio, haber de creer á otro y seguir el parescer ajeno. De ángeles es nunca desvarar en pecado: porque así oí á un ángel de la tierra que decía: No me acusa mi consciencia: mas no por eso me tengo por justo, porque el Señor es el que me ha de juzgar. Por lo cual siempre conviene que nos reprehendamos y acusemos: para que con esta vileza voluntaria despidamos y lavemos las culpas no voluntarias que agora nos desagradan, aunque no desagradaron cuando se hacían. Porque si de otra manera lo hiciéremos, á la hora de la muerte será rigurosamente juzgado el que aquí no se juzgó. El que pide á Dios menos de lo que meresce, alcanzará más de lo que meresce: como le acaesció á aquel publicano que pediendo perdón alcanzó justicia, y como paresce en aquel sancto ladrón que pidiendo memoria de sí en el reino, alcanzó el mismo reino. No puede ser visto el fuego en su misma región: y así no se ha de ver en la perfecta y sincera humildad ninguna cosa material, conviene sa-

ber, ninguna afición terrena y sensual: lo cual no acaesce cuando voluntariamente pecamos: porque esto es señal de no estar del todo purificada la humildad. Sabiendo el Señor que con la figura y hábito exterior del cuerpo se representaba la virtud y disposición del ánima, ciñiéndose un lienzo, nos representó un dechado y ejemplo de los ejercicios desta virtud. Porque el ánima se conforma con los ejercicios que hace de fuera: y lo que obra exteriormente, eso mismo concibe interiormente. De donde se infiere que las obras y figuras exteriores de humildad acrescienten y ejerciten la virtud interior de la humildad. El principado de los ángeles fué á uno dellos materia y ocasión de soberbia, aunque no lo había él recebido para ensoberbescerse con él. Una manera de corazón tiene el que está asentado en el trono, que el que está en el muladar. Y por eso por ventura aquel grande y pacientísimo justo estaba fuera de la ciudad asentado en el estiércol: porque entonces como hombre que había alcanzado una perfectísima humildad, decía: Consumido estoy, y enflaquescido, y comparado con el lodo y con la ceniza. Hallo que Manasés fué uno de los hombres que más pecaron en este mundo (pues profanó el templo y culto de Dios con el de los ídolos y hinchió á Hierusalem de sangre de inocentes) por el cual si todo el mundo ayunara, no pudiera satisfacer dignamente por sus deudas: y con todo esto pudo la humildad curar males tan incurables. Así dice David: Porque si tú, Señor, quisieses sacrificio, ofrescértelo hía: pero no te alegrarás con sacrificios. Sacrificio es á Dios el espíritu atribulado: el corazón contrito y humillado, Señor, no lo despreciarás. Esta bienaventurada humildad, con decir por boca de David: Pequé al Señor (habiendo hecho un adulterio y homicidio) meresció oir: Quitado ha el Señor de ti tu pecado. Sentencia es de aquellos Padres dignos de eterna memoria que los trabajos y ejercicios de virtud corporales son camino para alcanzar la humildad. Yo añado á esto la obediencia y la rectitud del corazón: porque estas dos virtudes naturalmente contradicen á la hinchazón de la soberbia. Si la soberbia hizo demonios de ángeles, también la humildad podrá hacer ángeles de demonios. Por tanto los que están caídos no desmayen si trabajan por levantarse. Démonos priesa y trabajemos con todas nuestras fuerzas por subir á la cumbre desta virtud, ó á lo menos á subir sobre sus hombros. Y si aun esto nos impide nuestra pereza, no nos dejemos

caer de sus brazos: porque el que désos cayere, no alcanzará premio eterno. Los niervos y caminos por do se alcanza esta virtud, no son hacer milagros, sino la desnudez de todas las cosas, y la peregrinación del ánima (que es el menosprecio cordial de todas ellas) y el encubrir cautamente nuestra sabiduría, y el hablar con simplicidad y sin arteficio, y el dar limosna, y la disimulación de la nobleza, y el destierro de la vana confianza, y el silencio y freno de la lengua. Porque ninguna cosa ha habido entre las exteriores que así haya podido algunas veces humillar el ánima, como el estado de la pobreza y el vivir bajamente como un pobre mendigo. Porque entonces se declara nuestra filosofía y sabiduría y nuestro amor para con Dios, cuando pudiendo ser grandes, huímos constantísimamente la grandeza. Si algunas veces te armares contra algún vicio, aprovéchate señaladamente para esto de la compañía y socorro de la humildad, y con ella vencerás. Con ella andarás sobre las serpientes y basiliscos, y hollarás al león y dragón, que es el pecado, y la desesperación, y el demonio, y el dragón deste cuerpo venenoso. La humildad es un celestial instrumento, el cual es poderoso para levantar el ánima del abismo de los pecados hasta el cielo. Como un religioso pusiese una vez los ojos de su corazón en la hermosura desta virtud, estando atónito y maravillado de verla, rogábale tuviese por bien decirle el nombre del padre que le había engendrado. Al cual ella sonriéndose con un semblante sereno y con un rostro claro y resplandesciente: ¿cómo, dijo, quieres saber cuál sea el nombre de mi padre, pues mi padre no tiene nombre? No te diré eso hasta que poseas á Dios.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XXVI.

De la discreción para conocer los pensamientos, los vicios y las virtudes.

La virtud de la discreción tiene también sus grados como las otras virtudes. Porque en los que comienzan, discreción es verdadero conoscimiento así de sus defectos como de su aprovechamiento. En los medianos es una noticia intelectual que sabe hacer diferencia sin algún error entre el bien y el mal y entre el bien espiritual y natural. Mas en los perfectos es una sciencia alcanzada por lumbre y enseñanza de Dios: y esta sciencia es tal, que con su lumbre puede aclarar las cosas que en otros están escuras, explicando las dudas y dando la verdadera difinición dellas. Ó por ventura (universalmente hablando) podemos decir que la discreción es un verdadero y cierto conoscimiento de la voluntad de Dios acerca de lo que debemos hacer en todo tiempo, lugar y negocio, el cual conoscimiento suelen tener los limpios de corazón, de cuerpo y de boca: porque esta manera de limpieza es necesaria para participar los rayos de la divina luz. Discreción es una consciencia limpia y un conoscimiento purgatísimo para las cosas de Dios. El que derribó con religiosa piedad los tres primeros y principales vicios (que son soberbia, avaricia y lujuria) vencidos éstos, derribó los otros que destos tres primeros nascen: mas el que no ha vencido aquéllos, no vencerá unos ni otros. El que hubiere oído ó visto algún religioso que haya aprovechado y subido sobre toda naturaleza en la vida monástica, y no entendiere cómo esto sea posible, no haga su ignorancia argumento de incredulidad: porque donde mora Dios (que es sobre toda naturaleza) no es mucho hacerse cosas sobre naturaleza. De tres principios generales proceden todas las batallas que se levantan contra nosotros, ó de nuestra negligencia, ó de nuestra soberbia, ó de la invidia de los demonios: entre los cuales modos el primero es miserable, y el segundo miserabilísimo, y el tercero bienaventurado. En todas las co-

sas estemos atentos al testimonio de nuestra consciencia, y por ella miremos la parte por do sopla el aire del Espíritu Sancto, y hacia esa tendamos las velas, siguiendo la manera de vida y ejercicios á que Dios nos llama, cuando son conformes á la lumbre de su doctrina. Tres maneras de despeñaderos nos aparejan los demonios en todo lo que habemos de hacer según Dios. Porque primeramente trabajan por impedirnos la buena obra: y si con esto no salen, procuran que se haga indebidamente (faltándole alguna de las circunstancias que ha de tener, especialmente la pureza de la intención) y si en esto fueren vencidos, entonces secretamente se llegan á nuestra ánima, alabándonos y diciéndonos que somos bienaventurados, pues hacemos todas las cosas según Dios. Contra la primera arte ayuda la consideración y cuidado solícito de nuestra muerte: contra la segunda, la subjeción y obediencia y el menosprecio de sí mismo: mas contra la tercera vale el acusarse el hombre siempre y vivir descontento de sí mismo. Pero esto es trabajo para nos, hasta que entre el fuego de Dios en el sanctuario de nuestra ánima: porque entonces no tendrá ese poder en nosotros la fuerza de las malas costumbres. Porque nuestro Señor Dios es un fuego vivo que consume y deshace todos los movimientos y ardores de nuestra concupiscencia, nuestras tinieblas, nuestra presunción y toda nuestra ceguedad interior y exterior, visible y invisible: pues consume todos los pecados. Lo contrario de lo cual suelen hacer los demonios, que cuando se han apoderado de nuestras ánimas y escurescido la luz de nuestros entendimientos, ninguna cosa que sea agradable á Dios dejan en nosotros miserables: no templanza, no discreción, no conoscimiento, no reverencia: sino por el contrario, insensibilidad, indiscreción, privación de la vida interior y destierro de la contrición. Conoscen claramente esto que dijimos, los que hicieron penitencia después de haber caído en lo fornificación, y los que desterraron de sí su loca confianza, y los que mudaron en vergüenza su desvergüenza: los cuales cuando después de aquella tan gran ceguera abren los ojos y vuelven en sí, se corren y han vergüenza de sí mismos y de las cosas que hicieron ó dijeron cuando estaban en aquella ceguedad. Si en el día de nuestra ánima no se nos hace tarde, poniéndosenos el sol y dejándonos en tinieblas, mientra durare esta luz, no hurtarán los ladrones, ni matarán, ni echarán á perder nuestras ánimas. Hurto es perdimiento de la subs-

tancia y de la hacienda. Hurto es obrar lo que no es bueno, creyendo que lo es: porque entonces queda el ánima defraudada y como robada del premio del verdadero bien. Hurto es cautiverio del ánima no conoscido: que es, cuando el ánima sin sentirlo queda cautiva y subjeta al demonio. Muerte del ánima es cometer obras malvadas, con las cuales muere el espíritu racional, pues es privado de su verdadera luz y vida, que es Dios. Perdición es la desesperación que se sigue después de acabada la maldad. Ninguno diga que hay imposibilidad en los preceptos del Evangelio: porque ánimas hubo que hicieron aun más de lo que les era mandado en el Evangelio. La prueba desto es aquel sancto varón que amó más al prójimo que á sí mismo: esto es, más que á su propria vida, la cual puso por él en caso que no era obligado á ponerla. Estén confiados y esforzados los humildes (aunque sean tentados de diversos vicios y perturbaciones y aunque cayan en todas estas hoyas, y estén enredados en muchos lazos, y padezcan muchas enfermedades) porque al cabo el Señor los sanará: y después que estuvieren sanos, vendrán á ser médicos, y lumbreras, y gobernadores de todos, y serán parte para guardar y tener en pie los que estaban para caer, mediante la experiencia de lo que ellos padescieron. Mas si algunos hay que todavía están subjetos á las tentaciones de los vicios pasados, y éstos con breves y simples palabras pueden amonestar á los otros (por la experiencia que tienen como hombres acuchillados, que suelen ser buenos cirujanos) amonéstenlos: porque podrá acaescer que alguna vez habiendo vergüenza desas mismas palabras, se esforzarán á bien obrar: mas no por eso tomen cargo de la gobernación de los otros. Y á los tales podrá acaescer lo que acontesció á unos que estaban caídos en un cenagal: los cuales estando así tan enlodados, avisaban á los caminantes de la manera que habían allí caído, para que no cayesen ellos de la misma manera. Lo cual espiritualmente ha acaescido así algunas veces: y el Señor todo poderoso sacó del cieno á los que desta manera procuraron la salud de los otros. Mas si algunos viciosos de su propria voluntad se quisieron revolcar en el cieno, éstos con su silencio nos deben dar doctrina, á imitación de aquel Señor que primero comenzó á hacer, y después á enseñar.

Oh monjes humildes, mirad que es grande y bravo este piélago por donde navegáis: el cual está lleno de malos espíritus,

de rocas, de remolinos, de aguas, de cosarios, de bestias marinas, de vientos tempestuosos y de bravas ondas. Por las rocas entiendo espiritualmente la ira furiosa y repentina, en la cual muchas veces se despedaza nuestra ánima, como el navío en las peñas de la mar. Por los remolinos entiendo acaescimientos inopinados que cercan nuestra ánima y la ponen en peligro de desesperar y sumirse en los abismos. Bestias marinas llamo estos salvajes y fieros cuerpos nuestros. Cosarios son los cruelísimos espíritus de la vanagloria, los cuales nos roban las mercaderías y trabajos de las virtudes que llevamos, cuando nos las hacen hacer por vanagloria. Las ondas son este vientre hinchado y lleno de manjares, que con su proprio ímpetu nos echa á las bestias. Y viento tempestuoso es la soberbia, que bajó del cielo: la cual nos levanta hasta el cielo, y nos derriba en los abismos.

De las virtudes y ejercicios de los tres estados, conviene saber, de los que comienzan, y de los que aprovechan, y de los perfectos: y también de otras cosas que aprovechan á la discreción.

§. I.

SABEN todos los que han aprendido letras cuál sea la doctrina de los que comienzan, y cuál la de los medianos, y cuál la de los perfectos. Conviene pues tener grande atención y mirar no nos estemos toda la vida en ejercicios de principiantes: porque confusión grande es ver un viejo andar en la escuela con los mochachos. Pues para esto será cosa muy provechosa y saludable saber este espiritual A. B. C. de veinte cuatro letras que es proprio de los principiantes (aunque no deje en su manera de ser también común á todos) el cual es el que se sigue: Obediencia, ayuno, cilicio, ceniza, lágrimas, confesión, silencio, humildad, vigilias, fortaleza, frío, trabajo, miseria, menosprecio de sí mismo, contrición, olvido de las injurias recibidas, hermandad, mansedumbre, fe simple y ajena de toda curiosidad, destierro de los cuidados del siglo, amable y sancto odio de nuestros padres, repudio de toda desordenada afición, simplicidad ayuntada con inocencia, y vileza voluntaria. Mas el fin y las virtudes de los que aprovechan son éstas: Esperanza fácil, quietud, discreción,

memoria continua de la cuenta del juicio final, misericordia, hospitalidad, corrección discreta y modesta, oración libre de toda perturbación, destierro de la avaricia. Mas las virtudes y el fin de aquellos espíritus y cuerpos que religiosamente han llegado en esta carne mortal á la cumbre de la perfeción, son éstas: Corazón fijo siempre ó cuasi siempre en Dios sin haber cosa que lo aparte dél, caridad perfecta, fuente de donde manen siempre arroyos de humildad, peregrinación del ánima, que es olvido y desamparo de todas las cosas transitorias, participación copiosa de la divina luz, oración pura y libre de todo derramamiento, deseo de la muerte, aborrescimiento de la vida en cuanto es materia de peligros, huída del cuerpo á la soledad, abismo de sciencia, casa de misterios, guarda de los secretos divinos, intercesor de la salud del mundo, ser poderoso para hacer fuerza á Dios, ser compañero de los ángeles en su servicio, ser morada espiritual y templo vivo de Cristo, ser procurador de la salud de los hombres, dios de los demonios, señor de los vicios, enseñoreador del cuerpo, reformador de la naturaleza, peregrino entre los pecados, aposento de la bienaventurada tranquilidad, imitador del Señor mediante el ayuda del mismo Señor.

Necesidad tenemos de gran solicitud y vigilancia cuando estamos enfermos. Porque cuando los demonios nos ven así derribados y que no podemos por entonces usar de ejercicios corporales contra ellos (por causa de nuestra flaqueza) entonces nos combaten más fuertemente. Y á los hombres del mundo (cuando así están) combaten con tentaciones de ira y algunas veces de blasfemia. Mas los que están apartados del mundo (si tienen abundancia de las cosas necesarias) combátenlos con tentaciones de gula y de lujuria. Pero si están en lugares donde carescen de toda humana consolación (como conviene á caballeros de Cristo) impórtúnanlos estos tiranos con tentaciones de accidia y de perpetua tristeza. Noté una vez que este lobo de la fornicación por una parte acrescentaba dolores al enfermo, y por otra en medio de los mismos dolores despertaba en él deshonestos movimientos y molestábalo con evacuación de feos humores. Y era cosa mucho para espantar, ver tan viva y tan encendida la tentación de la carne entre tan crueles estímulos de dolores. Otra vez llegándome á visitar los enfermos, vi algunos dellos con grande consolación y compunción, que Dios obraba en sus ánimas, mediante

la cual no sentían los dolores que padescían. Por donde estaban tan contentos con su enfermedad, que deseaban no carescer della, viendo que por ella (como por una saludable pena) se libraban de muchos vicios y peligros. Por donde vine á glorificar á á Dios, el cual con un lodo había lavado y relavado otro. Nuestra ánima (que es sustancia intelectual) está vestida de un sentido y conoscimiento intelectual, que es aquella lumbre que Dios nos participó para conoscer el bien y el mal. Esta lumbre que (aunque no es nuestra) está en nosotros por mano de Dios, nunca cesemos de esclarescerla y acrescentarla por todos los medios que puede ella crescer: porque estando ella clara y resplandesciente, todos los otros sentidos exteriores también lo estarán, obedesciéndole y conformándose con ella. Y esto es lo que conoscía un sabio, cuando decía: Hallarás dentro de ti un sentido y una lumbre divina. La vida monástica ha de ser perfecta en todas las cosas, y así ha de ser ejercitada principalmente en el espíritu y ejercicios interiores, y así también en las obras, y en las palabras, y en los pensamientos, y en la mortificación de las pasiones, y finalmente en todas las cosas: para que (como dice el Apóstol) sea el varón de Dios perfecto y esté para todas las buenas obras aparejado. Porque si de otra manera se hace, no será vida monástica, y mucho menos angélica, como es razón que lo sea. Una cosa es la providencia de Dios, y otra su ayuda, y otra su guarda, y otra su misericordia, y otra su consolación. Lo primero pertenesce á todas las criaturas de que él tiene providencia: lo segundo á los fieles: lo tercero á los fieles que de tal manera tienen fe, que también tienen caridad: lo cuarto, á los que le sirven en su casa como domésticos suyos (cuales son los religiosos) y lo postrero, á aquéllos que le aman tan entrañablemente, que merescen nombre de familiares amigos suyos, y así son por él maravillosamente consolados. Muchas veces acaesce que lo que para uno es medicina, para otro sea veneno: y (lo que más es) lo que para uno aplicado en un tiempo es medicina, aplicado en otro, le podrá ser corrupción. Vi un médico ignorante y mal considerado, que se puso á deshonrar y injuriar un enfermo, estando él quebrantado y turbado: el cual ningún otro beneficio le hizo, sino hacerle desesperar. Vi también otro médico ingenioso y sabio, el cual curó la hinchazón y soberbia de un corazón con el cauterio de la ignominia: y con esto evacuó todo el mal humor

que en él había. Vi también un enfermo, el cual se puso á beber la purga de la obediencia, para purgar con ella las inmundicias de su ánima: y vilo moverse y andar, y no dormir en los ejercicios de la virtud. Y otro vi, que teniendo los ojos de su ánima enfermos, perseverando en el silencio y quietud, fué remediado. El que tiene oídos para oir, oiga.

Algunos hay que naturalmente son inclinados á la continencia, al reposo de la soledad, á la castidad, á la mansedumbre, y á compunción, y á no presumir de sí mismos: y no sé yo cuál sea la razón desto: porque no me atrevo á escudriñar con curiosidad y soberbia las obras de Dios. Otros hay que por el contrario tienen un natural muy repugnante á todas estas virtudes: los cuales con todo esto insisten con grandes fuerzas en contradecir á sí mismos. Y aunque éstos algunas veces desvaran y caen, con todo eso los abrazo yo, y tengo por mejores que los otros, como á vencedores de la misma naturaleza. Esto digo, siendo la compunción en todas las otras cosas igual. No tengas, hombre, altos pensamientos, ni te engrandezcas en las riquezas que alcanzaste sin trabajo: porque aquel Señor que es dador de los dones y conoscedor de tus males, de tu perdición y de tu flaqueza, determinó de prevenirte y salvarte con su gracia, por sola su bondad y misericordia. La doctrina y las costumbres y la buena ó mala crianza que tuvimos siendo niños, nos acompañan después que habemos entrado en los ejercicios de la conversación y vida monástica, y allí nos ayudan ó desayudan, según lo que antes fueron. La luz de los monjes son los ángeles, y la luz de los hombres son los monjes y la disciplina de la vida monástica. Trabaja pues con todas tus fuerzas por ser un perfectísimo dechado de todos, sin dar jamás á nadie motivo de escándalo ni de ofensión, porque las obras que los monjes hacen, son ejemplos y reglas de vivir que proponen á todos: y finalmente si ellos (que son la luz del mundo) se hacen tinieblas, los hombres del mundo (que son las tinieblas) ¿cuánto más se escurescerán? Por tanto si á mí queréis obedescer, oh monjes obedientes, conviene en todo caso que no seamos instables en nuestras costumbres, ni dividamos nuestra miserable ánima en diversos estudios y aficiones: porque estando así divididos, no podremos pelear contra diez veces cien mil millares de enemigos que pelean contra nosotros, cuyas astucias y engaños no podremos alcanzar y descubrir: y arménonos prin-

cipalmente en el nombre de la beatísima Trinidad contra los tres principales enemigos de nuestra ánima, que son, amor de honra, amor de hacienda y amor de deleites: que son los tres primeros de los siete vicios capitales, de quien proceden todos los otros. Porque verdaderamente si anduviere en nuestra compañía Aquél que convertió la mar en tierra seca, también nuestro Israel (que es nuestra ánima contempladora en Dios) pasará por el mar deste siglo sin temor de sus ondas furiosas y verá los egipcios (que son los pecados) ahogados en el mar de las lágrimas. Mas si Él no estuviere en nosotros, ¿quién podrá sufrir el bramido de sus olas, que son los furiosos ímpetus y pasiones de nuestra carne? Si resuscitare el Señor en nosotros (dándonos espíritu de vida activa) luego serán disipados sus enemigos. Y si nos llegáremos á él por medio de la vida contemplativa, huirán de su cara y de la nuestra los que á él y á nos aborrescen. Trabajemos por aprender los mandamientos de Dios más con sudores, y dolores, y ejercicios de virtudes, que con palabras y lición de libros, aunque esto también no caresce de su fructo. Los que oyen decir de algún tesoro que está escondido, búscanlo con grande diligencia: y por el gran trabajo que pusieron en buscarlo, guárdanlo después con gran recaudo. Porque los que alcanzan riquezas sin trabajo, fácilmente las gastan y desperdician. Dificultosa cosa es vencer las pasiones á que de mucho tiempo estamos acostumbrados: mas los que cada día las acrescientan obedesciendo á sus apetitos, éstos ó han ya desesperado, ó ninguna cosa alcanzaron con dejar el mundo, pues no dejaron á sí mismos: aunque á Dios ninguna cosa es imposible.

Una cuestión me fué preguntada, dificultosísima de determinar y que no sólo excedía la capacidad de mi ingenio, mas también la de todos los otros, y que hasta agora en ningún libro de los que yo he visto está tratada. Y la cuestión era, cuáles sean los principales hijos de los ocho vicios capitales, y cuál de los tres más principales (que son los tres primeros) el padre y principio de los otros cinco. Yo (confesando claramente mi ignorancia) oí decir á aquellos bienaventurados Padres estas palabras: La concupiscencia de la gula es madre de la fornicación, y la vanagloria de la acidia, y la tristeza desordenada y la ira son origen de los otros tres vicios, así como la vanagloria es principio de la soberbia, según que arriba se declaró. Yo después desto quise

saber de aquellos varones dignos de eterna memoria qué vicios eran los que nascían destos ocho principales, y cuál propriamente nascía de cuál. Entonces ellos con un rostro blando, alegre y sin ninguna repunta de soberbia me dijeron: Ninguna orden ni razón de prudencia hay en las cosas desvariadas y locas: sino antes confusión y perversión de toda orden. Y esto probaban con verdaderos ejemplos y razones, trayendo para ello muchos documentos, de los cuales engeriremos algunos en esta obra, para que por ellos se puedan entender perfectamente otros muchos. Pongamos ejemplo. La risa sin propósito unas veces nasce de la fornicación, y otras de la vanagloria (cuando alguno dentro de sí mismo torpemente se gloría) y otras veces nasce de deleites y regalos. El mucho sueño unas veces procede destos mismos deleites, y otras veces del ayuno (cuando los que ayunan se ensoberbescen por eso) y otras veces procede de la pereza, y otras de la misma naturaleza. El mucho hablar unas veces nasce del mucho comer, y otras de vanagloria. La accidia, ya procede de deleites y regalos, ya también del menosprecio del temor de Dios. La blasfemia propriamente es hija de la soberbia, y algunas veces también vendrá de juzgar al prójimo en la misma culpa que nosotros tenemos, ó también de invidia de los demonios. La dureza de corazón trae origen á veces de la hartura, y muchas veces de la insensibilidad y de la afición viciosa y carnal. Y esta afición procede de la fornicación, y de la vanagloria, y de la avaricia, y de la gula, y de otras muchas causas. La malicia se deriva de la hinchazón y de la soberbia, y también de la ira. La hipocresía principalmente procede destar el hombre muy contento de sí mismo y de querer regirse por su propria cabeza y no por la ajena. Las virtudes contrarias á estos vicios de contrarias causas se engendrarán: y por no ser más prolijo (porque antes me faltaría tiempo que materia de hablar) la que degüella todos estos males, es la humildad: y quien á ella poseyere, será vencedor de todo. La madre de todos los males es el deleite acompañado con malicia: y quien destos dos males estuviere preso, no verá á Dios: ni nos bastará la victoria del primero, si no venciéremos el segundo.

Aprendamos, hermanos, á temer á Dios del temor que los hombres tienen á los príncipes y á las bestias fieras: y aprendamos también á amarlo del amor que los hombres del mundo tie-

nen á la hermosura de los cuerpos: porque no es inconveniente traer ejemplos de los viciosos y de los vicios para las virtudes. Fuertemente ha degenerado y declinado esta presente edad á la malicia, y toda está llena de soberbia y fingimiento. La cual por ventura hasta agora imita el ejemplo de los Padres antiguos en la aspereza de los trabajos corporales: mas con esto está muy lejos de tener las gracias que ellos tuvieron: como quiera que sea verdad (según yo pienso) que nunca la naturaleza estuvo tan necesitada dellas como agora. Y justamente padescemos esta falta: porque no se deleita Dios con solos trabajos corporales, sino con simplicidad y humildad: y á los que estas virtudes tienen, señaladamente se comunica él. Y pues la virtud se ejercita y hace más perfecta en las aflicciones y trabajos, síguese que no despreciará él al trabajador humilde. Cuando viéremos alguno de los caballeros de Cristo padescer enfermedades corporales, no atribuyamos la causa desto á sus pecados: sino antes recibiéndole con pura y simple caridad (como á uno de nuestros miembros y como un soldado que sale herido de la batalla) así le hagamos todo buen tratamiento y servicio. Unas enfermedades nos vienen para purgación de nuestros pecados, y otras para humiliación de nuestro ánimo. Porque aquel piadoso y clementísimo Señor nuestro muchas veces (cuando ve algunos más perezosos para el ejercicio de los trabajos) humilla su carne por medio de la enfermedad así como por un más liviano y más fácil ejercicio: y á veces con esto también libra su ánima de algunos vicios y malos pensamientos. Todas las cosas que nos acaescen visibles ó invisibles, de necesidad las habemos de tomar, ó virtuosamente, ó viciosamente, ó en una mediana manera. Vi tres religiosos que habiendo recibido un mismo daño, el uno lo sufrió mal, y el otro no recibió por eso demasiada pena, y el tercero lo tomó con grande alegría. Vi tambien algunos labradores que sembraron su simiente con diversas intenciones. Uno sembró por allegar riquezas otro por pagar á sus acreedores, otro por tener con qué hacer servicios y presentes á su Señor, otro para que con la hermosura de la labor y de la miese ganase honra de buen labrador, otro para quebrar con esto el ojo á algunos émulos y enemigos que tenía, otro porque no le tuviesen los hombres por perezoso y holgazán. Estos nombres de labradores y de simientes significan los ayunos, y las vigilias, y las limosnas, y los ministerios y ofi-

cios de caridad, y otras cosas semejantes: y los que tales simientes como éstas siembran, deben examinar espiritualmente sus intenciones conforme á lo que aquí está declarado.

Así como acaesce algunas veces que cogiendo agua de la fuente, á vueltas del agua cogemos alguna rana: así también acaesce que cuando queremos ejercitar las virtudes, se entremetan con ellas también secretamente algunos vicios que están anejos á ellas y tienen con ellas semejanza: lo cual es mucho para temer. Declaremos esto con ejemplos. Con la hospitalidad se suele juntar la gula: con la caridad, la demasiada familiaridad, la parlería y el amor carnal. Con la discreción se entremete la astucia y la reputación de la propria suficiencia. Con la prudencia se acompaña muchas veces la malicia: con la mansedumbre la pereza: con la afabilidad la lisonja: con la gravidad la ociosidad: con la justicia el celo desabrido y indiscreto, y la porfía, y el contentamiento de sí mismo, y el regirse por su proprio parescer, y la dureza, y la desobediencia: porque todos estos vicios tienen color y imagen de justicia. Con el silencio se junta á veces soberbia y presumpción de querer enseñar á otros, y juicio temerario, descontentamiento de los hechos de los otros, impaciencia contra los que hablan, amargura de corazón y indiscreción. Con el gozo espiritual se mezcla algunas veces soberbia, jactancia y propria reputación. Con la esperanza anda muchas veces aneja la pereza, y la negligencia, y la tibieza de la penitencia y de la contrición. Con la caridad se mezcla (demás de lo dicho) el juzgar á los prójimos: con la vida solitaria la acidia, la ociosidad, ó el ejercicio inútil y sin provecho. Con la castidad, la arrogancia y el desabrimiento. Con la humildad, el silencio dañoso en el tiempo que es hollada la justicia. Y con todas estas virtudes suele muchas veces juntarse la vanagloria, que es como un colirio de todas ellas, que les unta los ojos y las despierta á obrar: ó por mejor decir, como un veneno mortal que las corrumpe á todas.

No nos entristezcamos cuando pidiendo algo al Señor, no luego somos oídos: porque querría el Señor (si así conviniese) que todos los hombres en un punto se hiciesen perfectos. Todos los que piden algo al Señor y no alcanzan luego lo que piden, será por alguna destas causas: ó porque piden fuera de tiempo, ó porque piden indignamente ó con alguna vanagloria, ó porque

si consiguiesen lo que piden, se levantarían con soberbia, ó porque se harían por ventura negligentes si alcanzasen lo que deseaban.

Prosigue la materia de la discreción, dando diversos avisos y documentos della.

§ III.

No hay quien no sepa que los demonios, y los vicios, y las perturbaciones (que son los movimientos del ánima desordenados) se apartan de nosotros: mas no todos saben de qué manera se haga este apartamiento: lo cual también aquí tocaremos brevemente. Suelen apartarse los vicios no sólo de los fieles, sino también de los infieles: aunque muchas veces queda uno. Porque este solo deja el demonio (como príncipe de todos los otros) para que hincha el lugar de todos ellos: pues él es tal y tan ponzoñoso, que bastó para derribar aun del mismo cielo. Hay una cierta manera de apartarse los vicios del ánima, y es cuando la materia dellos se consume y gasta con el fuego del Espíritu Sancto que en el ánima entra, así como la leña se consume con el fuego material. De suerte que desarraigado el monte y purgada el ánima, quedan mortificados los vicios, si nosotros no los volvemos á resuscitar con nuestra negligencia ó soberbia, ó con tratos y aficiones sensuales. Algunas veces también se van los demonios y nos dejan: porque asegurados y descuidados con la paz y con su partida, durmamos en el camino de Dios, y así nos tomen después desapercebidos y vuelvan á saltear el ánima miserable. También sé que estas bestias fieras se suelen esconder por otra manera: conviene saber, cuando el ánima está ya habituada y acostumbrada á mal vivir y hecha conforme á ellos. Porque entonces ella misma toma las armas contra sí y se hace enemigo suyo por la fuerza de la costumbre. Ejemplo tenemos desto muy claro en los niños de teta, que como están acostumbrados á mamar, si les ponen los dedos en la boca, maman en ellos por la costumbre que desto tienen. Conoscí yo una manera de tranquilidad en el ánima, la cual procedía de una gran pureza y simplicidad: porque justa es el ayuda del Señor, el cual hace salvos á los rec-

tos de corazón y los libra de muchos males sin que ellos lo sientan: como acaesce á los niños, que estando desnudos no sienten que lo están. La malicia es vicio que está en la naturaleza, aunque no está en ella naturalmente: porque no es Dios criador de vicios, antes crió en nosotros muchas virtudes naturales, entre las cuales una es la compasión y limosna, la cual se halla aun entre los gentiles: otra es la caridad (por la cual aquí entendemos el amor natural) el cual se halla aun entre animales mudos, que algunas veces muestran y tienen sintimiento unos sobre la muerte de otros. Otra es la fidelidad que guardan los hombres entre sí, y otra la confianza que tienen: como paresce en los que navegan, y emprestan, y toman medicinas, esperando buen suceso de todas estas cosas. Pues si la caridad es natural virtud en nosotros (en la manera que arriba se declaró) y el vínculo y cumplimiento de la ley de Dios consiste en caridad, no está muy lejos de nuestra naturaleza el cumplimiento de la ley de Dios: pues tiene esta manera de principio y disposición en ella, aunque esto no baste sin la divina gracia. Hayan pues vergüenza los que se excusan del ejercicio de las virtudes, alegando imposibilidad. Yo confieso que son sobre naturaleza estas virtudes: castidad, humildad, oración, vigilias, ayunos, mortificación de la ira y perpetua compunción. De algunas destas virtudes son maestros los hombres, y de otras los ángeles, y de otras señaladamente Dios, que es palabra y sabiduría eterna: aunque Él sea general enseñador de todas. Regla general es que de dos males inevitables el menor se ha de escoger: y por el contrario, de dos bienes, el mayor: de donde resulta que cuando estamos en oración, si por otra parte vienen los hermanos á nos (por donde es necesario ó dejar la oración, ó despedirse ellos tristes) en tal caso, mejor es dejar la oración que dejar la caridad: porque la oración es una particular virtud, mas la caridad abraza todas las virtudes. Siendo yo mancebo, y llegando una vez á un castillo, y sentándome á la mesa á comer, vime luego tentado de dos vicios, scílicet, de vanagloria y de gula. Pero temiendo yo el hijo que nasce de la gula, incliné me más al de la vanagloria, puesto caso que no debiera yo vencer un vicio con otro, aunque muchas veces he notado que en los mancebos el espíritu de la gula suele vencer al de la vanagloria, como paresce que lo pide aquella edad.

Entre los hombres que viven en el mundo, la raíz de todos

los males es la cobdicia: mas entre los monjes es la concupiscencia de la gula y la hartura del vientre. En los varones espirituales se hallan algunas veces algunos vilísimos vicios, los cuales por maravillosa dispensación de Dios quedaron en ellos: para que acusando y reconosciendo en sí las tales poquedades y vilezas (que son sin pecado) alcancen segurísimas riquezas de humildad que nadie les puede robar. Dificultosa cosa es que el que vive sin subjeción, alcance luego en los principios verdadera humildad (aunque á Dios ninguna cosa haya dificultosa) porque por experiencia vemos que los que quieren saber alguna arte por sola su cabeza sin ayuda de maestro, desvarían en las cosas que hacen, imitando más la aparencia de las cosas que la verdad dellas. En dos cosas señaladamente pusieron los Padres la vida activa, y con mucha razón. La una en la mortificación de los apetitos y deleites (lo cual pertenesce á la virtud de la temperancia) y la otra en la humilde subjeción y obras de obediencia, con la cual se conserva esta misma vida. También hay dos maneras de llanto: una que degüella los pecados con el dolor de la contrición, y otra que cría en nuestros corazones humildad con el reconoscimiento de las proprias miserias y flaquezas. De los piadosos es dar á quienquiera que nos pida: pero de mayor piedad es dar también á quien no nos pide: mas no volver pedir á quien por fuerza nos tomó algo (pudiéndolo hacer) obra es de aquéllos que son ya señores de sus pasiones. En todas nuestras perturbaciones, así en los vicios como en las virtudes, nunca dejemos de examinarnos y de escudriñar solícitamente adónde estamos, si en los principios, ó en el medio, ó en el fin. Todas las guerras que los demonios mueven contra nosotros, proceden de una de tres causas, ó de apetito de deleites, ó de la soberbia y levantamiento de corazón, ó de invidia de los mismos demonios. Los postreros déstos son felicísimos, los del medio infelicísimos, mas los primeros perseveran comúnmente hasta el fin sin provecho, andándose á caza de gustos y deleites. Hay un afecto interior, ó por mejor decir, hábito virtuoso, el cual se llama sufridor de trabajos: y el que estuviere dotado deste don celestial, no temerá ya, ni hurtará el cuerpo á los trabajos, ni les dará de mano. Con este venerable hábito estuvieron guarnecidas y armadas las ánimas de los sanctos mártires, cuando tan fuertemente sufrían los tormentos y tan poco caso hacían dellos. Una cosa es la guarda de los

pensamientos, y otra la guarda del ánimo: y va tanta diferencia de lo uno á lo otro, cuanto dista el Oriente del Occidente. Porque lo primero es apartar los pensamientos buenos de los malos, para desechar los unos y acoger los otros: mas lo segundo es guardar el ánima de todo afecto desordenado y de todo distraimiento de pensamientos, teniéndola siempre ó cuasi siempre tan elevada y fija en Dios, que no dé lugar á nada de esto. Una cosa es orar contra los pensamientos, y otra luchar contra ellos, y otra de todo punto despreciarlos y no hacer caso dellos. De la primera manera usaba aquél que en este tiempo decía: *Deus in adiutorium meum intende, Domine ad adiuvandum me festina,* y otras cosas semejantes. De la segunda usaba el que decía: Responderé palabras de contradicción á los que pelean contra mí. Y en otro lugar: Pusístenos, Señor, para contradecir y pelear contra nuestros vecinos. Mas de la tercera manera es testigo aquél que dijo: Enmudescí, y humilléme, y no abrí mi boca, y puse guardas en ella, cuando el pecador se puso contra mí. Y en otro lugar: Los soberbios (dice él) entendían siempre en hacer mal: mas no por eso me aparté yo de estar contemplando en ti. Entre estas tres maneras, la del medio se aprovecha de la primera (que es la lucha de la oración: porque no se tiene por suficientemente armada con sus proprias fuerzas) mas la primera no puede todas veces rechazar los enemigos tan bien como la segunda: pero la tercera del todo punto sacude y hace huir de sí los enemigos. Dificultosa cosa parece, por vía de naturaleza, que una substancia espiritual y sin cuerpo sea terminada y encerrada en algún cuerpo: mas al Criador no hay cosa imposible. Así como los que tienen muy vivo el sentido del oler, no pueden dejar de conoscer al que trae consigo olores (aunque los traiga escondidos) así el ánima purísima no puede dejar de barruntar la suavidad del olor que ella alcanzó de Dios, ó el hedor de que fué librada, cuando esto hay en los otros, quedando la otra gente sin sentir nada desto. No es de todos llegar á gozar de aquella bienaventurada paz y tranquilidad que gozan los perfectos, aunque de todos sea poder salvarse y reconciliarse con Dios. No tengan que ver contigo aquellos hijos extranjeros (que son los herejes) los cuales quieren escudriñar curiosamente el repartimiento de las gracias y dones de Dios, y las lumbres y revelaciones que él por una secreta y inefable dispensación reparte á los hombres, diciendo se-

cretamente que Dios es aceptador de personas, pues da á unos y no á otros: porque los tales claramente se conosce que son hijos de soberbia, pues quieren juzgar á Dios, no mirando que donde no hay deudas sino dádivas, no ha lugar la accepción de personas. Muchas veces el espíritu de la cobdicia y de la avaricia finge humildad, para granjear con ella lo que desea: y así también el espíritu de la vanagloria nos incita á dar limosnas para alcanzar honra: y lo mismo hace el espíritu de la fornicación, por hallar achaques y ocasiones para pecar. Dicen algunos que los demonios pelean entre sí unos con otros: yo digo que todos ellos están armados y conjurados para nuestra perdición. Antes de todas nuestras obras así exteriores como interiores, han de preceder dos cosas: conviene saber, grande deseo y firme propósito (que por obra de Dios se crían en nuestras ánimas) porque si esto no precediere, no se sigue lo demás.

Si todas las cosas que hay debajo del cielo (como dice el Eclesiastés) tienen su tiempo diputado en que se han de hacer, no dejarán también de entrar en esta cuenta las cosas espirituales y sagrados ejercicios. Y por esto miremos diligentemente qué es lo que en cada tiempo se deba hacer. Y primeramente entre los que pelean hay tiempo de tranquilidad y también de perturbaciones, por no ser tan diestros los que pelean. Hay tiempo de lágrimas, y tiempo de sequedad y dureza de corazón. Hay tiempo de subjeción y obediencia, y tiempo de mandar y llevar el leme en las manos. Hay tiempo de ayuno, y tiempo de comunicación y refección. Hay tiempo de guerra contra este cuerpo nuestro enemigo, y tiempo de mortificar el fervor de nuestras concupiscencias. Hay tiempo de invierno y tempestad del ánima, y tiempo de serenidad de espíritu. Hay tiempo de tristeza de corazón, y tiempo de gozo espiritual: tiempo de enseñar, y tiempo de oir. Hay también por ventura tiempo en que Dios permite inmundicias y caídas para curar nuestra soberbia, y hay tiempo en que Dios conserva el ánima en su pureza, por razón de su humildad. Hay tiempo de lucha, y tiempo de holganza segura, tiempo de recogimiento y quietud solitaria, y tiempo de necesaria (aunque no disoluta) distracción. Finalmente hay tiempo de infatigable oración, y tiempo de purísimo servicio y ministerio, sin ningún fingimiento. Por tanto no tomemos antes de su tiempo lo que es proprio de cada tiempo, queriendo prevenir las cosas con

nuestra soberbia: ni busquemos calor en tiempo de invierno, ni fruto en el tiempo de la sementera. Porque tiempo hay de sembrar trabajos, y tiempo de coger gracias inefables. Ca de otra manera no alcanzaremos en sus tiempos lo que es proprio desos mismos tiempos. Unos hay que por inefable providencia de Dios reciben el premio de sus trabajos antes de los mismos trabajos, y otros en medio de los trabajos, y otros después de los trabajos, y otros en la misma muerte, disponiéndolo así la inefable providencia de Dios. Aquí hay justa causa para preguntar cuál destas cuatro órdenes de personas sea más humilde: porque por una parte el que menos trabajó, y por otra el que más trabajó, cada uno tiene razón para más humillarse.

Hay un linaje de desesperación que procede de la muchedumbre de los pecados, y de la carga de la consciencia, y de una intolerable tristeza que hace sumir el ánima en el abismo de la desesperación con la grandeza desta carga. Hay otra manera de desesperación que nasce de soberbia y presunción: la cual soberbia hace que nos tengamos por indignos de la calamidad y trabajo que nos vino, siendo ella mucho menor de lo que merecemos. Y el que mirare diligentemente la condición deste mal, hallará que este segundo se entrega por eso á todo genero de vicios: mas el otro halló su perdición en el ejercicio de la virtud, pues por no tomar la contrición como debía, vino á padescer naufragio en el mismo puerto, lo cual es grande inconveniente. Mas el uno destos males se remedia con la esperanza y abstinencia, y el otro con la humildad y con no juzgar al prójimo. No debemos maravillarnos ni turbarnos como en cosa nueva, cuando viéremos algunos que hablando buenas palabras, hacen malas obras: porque por ventura no nos ensoberbezcamos juzgando al prójimo, pues aquella antigua serpiente cayó del cielo por haberse ensoberbescido. Esta forma y regla has de tener en todos tus buenos intentos y en todo linaje de vida, ora sea en obediencia ó fuera della, ora sea la obra que haces exterior ora interior, para conoscer si lo que haces, es según Dios. Cuando siendo principiante pones mano en alguna buena obra, si con la ejecución della no cresciere más tu humildad, conjectura grande es que no fué toda ella hecha según Dios. Y esta señal principalmente es para los principiantes: mas para los que están ya más aprovechados, por ventura será el cesar ó diminuirse con esto las guerras y ten-

taciones. Pero en los perfectos la señal desto es abundancia y acrescentamiento de la divina luz. Las cosas que de suyo son pequeñas, por ventura no lo son en los ojos de los que de verdad son grandes (como paresce en los pecados veniales) mas las que son grandes en la estima de los pequeños, no por eso se sigue que de verdad sean grandes. Cuando el aire está escombrado de nubes, vemos más claramente los resplandores del sol: y cuando nuestra ánima está perdonada de sus pecados y libre de los nublados de las pasiones, entonces participa los rayos de la divina luz. Una cosa es pecado, otra ociosidad, y otra negligencia, y otra vicio, y otra caída. Pecado es quebrantamiento de la ley de Dios por palabra, ó por obra, ó por pensamiento. Ociosidad es no querer trabajar en la viña del Señor. Negligencia es hacer las obras con flojedad y tibieza. Vicio es pecado público y escandaloso. Caída es añadir al pecado desesperación, que es el postrero de los males. Algunos hay que tienen por cosa excelentísima hacer milagros y ser señalados en las gracias gratis datas, no mirando que hay otras gracias muy más excelentes, como es la caridad, y humildad, y otras virtudes tales: las cuales, cuanto son más ocultas, tanto están más seguras y más lejos de peligro. El varón heroico, que está ya perfectamente purgado, aunque no vea perfectamente el ánima del prójimo, todavía entiende la disposición que en ella hay, según aquello que está escrito: De la manera que resplandescen en el agua los rostros de los que se miran en ella, así los corazones de los hombres están descubiertos á los prudentes. Mas los que van camino de la perfeción, éstos por algunas conjecturas barruntan lo que hay en ellas, según aquello que también está escrito: La vestidura del cuerpo, y la risa de los dientes, y el andar del hombre dan testimonio dél. Muchas veces una centella de fuego quemó toda una montaña, y un pequeño agujero agotó una cuba de vino: y así también acaece que un pequeño vicio, ó una ocasión de pecado (como fué en David la vista de Bersabé) fué causa de grandes daños. Muchas veces acaesce que el descanso y buen tratamiento del cuerpo no despierte el ardor de la concupiscencia, mas antes por el contrario despierte la virtud del ánima y el odio del mismo regalo del cuerpo: y otras veces por el contrario acaescerá que con la afición y maceración del cuerpo haya ardores y movimientos sensuales: para que por aquí veamos cómo no debemos de confiar en nosotros sino en

Dios, que por secretas maneras suele mortificar esta carne. Verdad es que así lo uno como lo otro puede ser astucia del demonio, para que por esta vía nos haga dejar el ayuno y tener cuidado demasiado de nuestro cuerpo. Cuando viéremos que algunos nos aman según Dios, tengamos cuidado de no ser atrevidos, ni demasiadamente confiados para con ellos: porque ninguna cosa hay que más presto deshaga esta caridad y la convierta en odio, que esta manera de atrevimiento. Los ojos interiores y la vista de nuestra ánima es muy espiritual, muy hermosa y muy clara (como aquélla que después de los ángeles excede á todas las especies y formas criadas) de donde nasce que aun los hombres viciosos (si del todo no están sumidos en el cieno de su carne) cuando son tratados benigna y caritativamente de los buenos, vengan por aquí á aficionarse á la hermosura de sus ánimas y de sus virtudes, y á veces á convertirse á Dios por este medio. Si ninguna cosa hay tan contraria á aquella purísima naturaleza de Dios como la materia, por aquí entenderemos que ninguna cosa habrá tan contraria á nuestro espíritu como nuestra carne, y al conoscimiento intelectual como la afición sensual. La demasiada solicitud y negocios hace que los hombres del mundo sienten menos y gozan menos de la prudencia de Dios: mas en los religiosos hace que participen menos la luz y el conoscimiento dél. Los imperfectos y de flaco ánimo entiendan que son visitados de Dios con las calamidades y azotes del cuerpo: mas los perfectos entenderán su visitación con la presencia del Espíritu Sancto y con el acrescentamiento de las gracias. Cuando estamos acostados en la cama para tomar reposo, entonces viene el espíritu sucio á tirarnos saetas de pensamientos torpes y sucios, para que no levantándonos por pereza á tomar contra él las armas de la oración, nos durmamos con estos malos pensamientos, y tales tengamos después los sueños. Hay entre los espíritus malos uno que se llama precursor: el cual nos acomete así como despertamos, y trabaja por inficionar el primero de nuestros pensamientos. Mas tú da al Señor las primicias del día: porque todo él será de aquél que primero lo ocupare. Un siervo de Dios me dijo una vez una palabra memorable y dignísima de ser oída. Dende el principio (dijo él) de la mañana sé cuál haya de ser la jornada de todo el día: dando á entender que cumpliendo enteramente con los ejercicios espirituales de aquella hora, todo lo demás le suce-

día bien, y al revés, cuando esto no cumplía. Muchos son las caminos de la virtud y de la perfeción. De donde nasce que lo que es contrario á uno, es saludable á otro: porque la tentación que á uno vence, á otro corona: y puesto caso que la intención de ambos fuese agradable á Dios, mas el que tuvo buena intención al principio, á la postre fué vencido. Trabajan los demonios con todas sus fuerzas cuando nos tientan por hacernos decir ó hacer alguna cosa que no convenga: y cuando no pueden salir con esto, estando ya quietos y vencedores, incítannos á que alabemos á Dios con un soberbio hacimiento de gracias. Los que todo su gusto tienen ya en las cosas del cielo, si con algunos negocios los apartáis desto, luego se vuelven lo mejor que pueden con su corazón al cielo: mas por el contrario, los que tienen su gusto en la tierra, aunque alguna vez se levanten á las cosas del cielo, luego se vuelven con el corazón á las cosas de la tierra.

Una criatura hay que recibió ser de Dios, no en sí apartada, sino en otro, que es nuestro cuerpo: y es cosa maravillosa ver cómo ella permanesce después de la muerte, estando fuera de aquél en quien recibió el ser. Las buenas madres paren buenas hijas: y Dios es el criador destas madres (que son las virtudes) las cuales él cría y infunde en las ánimas, de donde nascen las buenas obras que son las hijas espirituales dellas. Y esta regla se puede también entender en las cosas contrarias (que son los vicios) cuyo autor es aquél de quien está escrito: Mentiroso es y padre de la mentira. Moisén (ó por mejor decir, Dios por Moisén) manda que los tímidos y cobardes no vayan á la batalla: por donde se nos enseña que nadie acometa mayores cosas que las que piden sus fuerzas, porque no venga á ser el postrer yerro peor que el primero: lo cual señaladamente acaesce en los peligros de la carne.

CAPÍTULO II DE LA MISMA DISCRECIÓN

Donde se dan diversas maneras de avisos & doctrinas para la inteligencia de las cosas espirituales, y de las astucias y engaños del enemigo.

Así como el ciervo fatigado con el calor del sol desea las fuentes de las aguas, así los verdaderos monjes desean entender el beneplácito de la divina voluntad en las cosas que han

de hacer: y no menos de la contraria, y también de la que tiene mixtura de ambas: como es la obra que en parte le agrada y en parte le desagrada, cuales son las buenas obras defectuosa y tibiamente hechas. Esta materia comprende muchas cosas y muy dificultosas de declarar, para poder saber cuáles sean aquellas obras que se han de hacer luego sin ninguna dilación: por no caer en la amenaza de Aquél que dice: ¡Ay de aquél que anda dilatando de un día para otro y de un tiempo para otro! Y asimismo cuáles sean aquéllas que se han de hacer de espacio y con mucho consejo, según aquella sentencia que dice: Con acuerdo y deliberación se tratan los negocios de la guerra. Y según la otra que dice: Todas las cosas se hagan honesta y ordenadamente. Y no es una de las cosas menos dificultosas que hay, juzgar brevemente y sin error las cosas que son dificultosas de averiguar: pues vemos que aquel divino Profeta (en quien hablaba el Espíritu Sancto) muchas veces hace oración por esto diciendo: Enséñame, Señor, á hacer tu voluntad: porque tú eres mi Dios. Y en otro lugar: Guíame, Señor, con el conoscimiento de tu verdad. Y en otro lugar: Enséñame, Señor, el camino por donde tengo de ir: porque á ti levanté mi ánima, apartándola de todos los cuidados y perturbaciones seculares.

Todos los que de verdad desean aprender cuál sea la voluntad de Dios, trabajen primero con toda diligencia por mortificar la suya. Y tras desto, haciendo oración con fe y inocente simplicidad y preguntando con suma humildad y sin perplejidad de corazón el parescer de los padres ó de los hermanos, reciban como de la boca de Dios lo que ellos santamente les aconsejan, aunque las tales cosas sean contrarias á su intención y aunque los que son preguntados no sean muy espirituales ni muy perfectos: porque no es Dios injusto para que consienta ser engañadas aquellas ánimas que con fe y inocencia húmilmente se subjetaron al juicio y consejo del prójimo. Y aunque sean mudos y menos sutiles y sabios aquéllos á quien pedimos consejo, mas Aquél que por los tales habla, inmaterial es y invisible. Los que esta regla guardan sin andar dudando ni vacilando, están llenos de una grande y profunda humildad. Porque si el profeta Eliseo profetizó y declaró sus misterios al sonido y música de un psalterio, ¿cuánto más excelente es el espíritu racional y el ánima intelectual que este sonido mudo, para que Dios quiera enseñar á los

humildes por él? Mas con todo esto hay muchos que no queriendo seguir este perfecto y fácil camino (por estar muy contentos de sí mismos y querer saber de sí y por sí mismos lo que es agradable á Dios) tuvieron muchos y diferentes pareceres y opiniones sobre este caso. Y á la verdad no faltan limitaciones y reglas con que esto se haya de entender, aunque la humildad echa gran cargo á Aquél que es maestro de humildes y da sabiduría á los pequeñuelos para no dejarlos errar. Otros hubo que deseando saber lo que en esto se debía hacer, procuraron primeramente de apartar su voluntad de todo género de afección, sin inclinarse más á una parte que á otra y sin tener más cuenta con el sí que con el no: y presentando al Señor su ánima desnuda de toda propria voluntad por medio de una ardentísima oración, vinieron después á cierto tiempo á tener conoscimiento de lo que era más agradable á la divina voluntad, ó por medio de alguna secreta inspiración con que Dios los alumbró, ó con quitar perfectamente de su ánima la una de las dos opiniones que los tenían perplejos. Otros hay que por otro medio alcanzaron cuál era la divina voluntad, que es, por los impedimentos y contradiciones que no los dejaron salir con lo que pretendían: lo cual tomaron por respuesta de no ser ésa su voluntad, conforme á aquello que el Apóstol dice: Quisimos venir á vosotros una y dos vezes, y Satanás nos impidió este camino, permitiéndolo así el Señor. Otros por el contrario corriéndoles un próspero tiempo y sobreviniéndoles un súbito y no esperado socorro, tomaron esto por conjectura de ser ésta la voluntad de Dios, acordándose que es general condición suya ayudar y obrar juntamente con aquél que se dispone á hacer lo que debe. El que posee á Dios dentro de sí mismo y goza de los resplandores de su luz, suele ser enseñado por Él en aquella segunda manera acerca de lo que debe hacer así en los negocios acelerados como en los que piden tardanza, aunque no sea en cierto y limitado tiempo. Mas andar fluctuando y vacilando mucho tiempo en estas determinaciones y juicios, indicio grande es de ánima que caresce de lumbre y que es tocada de alguna vanagloria. Porque muy lejos está de Dios la injusticia: el cual nunca cierra la puerta á los que le aman con humildad. Debemos siempre examinar ante Dios en todas las cosas nuestra intención, así en las cosas que se han de hacer luego, como en las que se han de dilatar para adelante. Porque to-

das las cosas que hacemos propriamente por amor de Dios y no por otros algunos intentos, desnudando nuestro corazón de toda viciosa afición y de toda inmundicia (aunque ellas no sean del todo perfectas) nos serán contadas como si lo fuesen. Porque la inquisición de las cosas que son sobre nosotros, no suele tener seguros fines. El juicio de Dios es muy secreto acerca de nosotros. Ca por una maravillosa dispensación muchas veces nos esconde su divina voluntad, conosciendo que si la supiésemos, no lo obedesceríamos: y así sería nuestra culpa mayor.

El corazón recto y enderezado á Dios está libre de toda la variedad de las cosas, esto es, de toda instabilidad y fingimiento: y así navega más seguro en la navecica de la inocencia. Hay algunas ánimas fortalescidas con el amor de Dios y con humildad de corazón, las cuales alegremente acometen algunas obras que parescen exceder sus fuerzas, como son, grandes abstinencias, y vigilias, y largas oraciones &c. Y hay también corazones soberbios que acometen estas mismas obras, no con espíritu de Dios, sino con deseo de honra ó alabanza humana. Mas la intención de los demonios es incitarnos á este género de obras que exceden nuestras fuerzas: para que no pudiendo hacer lo que queremos (y entristesciéndonos y congojándonos por esta causa) vengamos á dejar de hacer lo que podemos, y así demos materia de reir á nuestros adversarios. Vi algunas personas que tenían los cuerpos y también los espíritus flacos: los cuales considerada la muchedumbre de sus pecados, acometían mayores obras y trabajos de lo que pedían sus fuerzas, con las cuales no podían pasar adelante: á los cuales dije yo que no medía ni estimaba Dios tanto la penitencia por la muchedumbre de los trabajos, cuanto por la grandeza de la humildad. Muchas veces la persuasión engañosa de algunos fué causa de grandísimos males, y otras veces lo fué la compañía familiar de los hombres perversos, y otras veces la misma ánima perversa basta por causa de su perdimiento, sin ayuda de nadie. Mas el que escapare de aquellos dos primeros peligros, por ventura se librará del tercero. Pero el que está ya en el tercero, en todo lugar será perverso: pues ningún lugar hay más seguro que el cielo, y allí fué malo Lucifer. Apartémonos pues de todo los que con mala voluntad pelean contra nosotros, ora sean infieles, ora sean herejes, después de la primera y segunda corrección, como aconseja el Apóstol: mas nunca jamás cesemos de hacer bien á los que de-

sean saber la verdad: y de los unos y de los otros usemos para nuestro bien: de los unos, para el ejercicio de la penitencia, y de los otros, para el de la misericordia. Muy mal usa de la razón el que oyendo las virtudes de los sanctos (que exceden los términos de naturaleza) desespera de sí mismo: porque éstas le habían de aprovechar para una de dos cosas, ó para incitarlo á la imitación de aquella sancta fortaleza, ó para darle conoscimiento claro de su propria fragilidad, mediante la virtud de la beatísima humildad. Hay entre los malos espíritus unos más malos que otros: los cuales nos aconsejan que nunca cometamos el pecado solos, para que así nos hagan merescedores de mayor castigo. Supe yo que uno aprendió de otro una mala costumbre: y el que la enseñó volvió sobre sí, y hizo penitencia, y apartóse del mal: mas con todo esto no le valió su penitencia para alcanzar la emienda de su mal discípulo, aunque le fuese provechosa para sí. Grandísima es y verdaderamente grandísima y muy dificultosa de entender la malicia de los demonios, y de muy pocos conoscida, y aun desos pocos (según yo pienso) no toda conoscida. De aquí nasce que muchas veces viviendo delicadamente y hartos de mantenimiento, velamos con atención como si estuviéramos ayunos: y por el contrario, ayunando y viviendo en pobreza, somos miserablemente derribados del sueño. Viviendo apartados en soledad, estamos duros y indevotos: y morando con los otros, muchas veces nos compungimos. Estando muertos de hambre, somos tentados entre sueños: y llenos de mantenimiento, pasamos sin tentación. Otras veces con la hambre estamos escurescidos y sin sentimiento de compunción, y después de haber bebido vino, estamos alegres y fáciles para ella. Estas cosas declare el que tiene virtud y gracia del Señor, á los que carescen de luz: porque nosotros hasta ahora (como quien caresce desta luz) no somos para esto suficientes. Mas con todo esto decimos que no siempre proceden estas alteraciones y mudanzas de los demonios: sino muchas veces también de la cualidad de la complexión y desta masa vil y sucia que no sé cómo nos cupo en suerte cuando nascimos. Mas para discernir todos estos géneros de acaescimientos (que tan dificultosos son de averiguar) hagamos siempre á Dios sincerísima oración: y si viéremos que después della y después del tiempo della perseveran estas mismas alteraciones, indicio es éste grande que no proceden de los demonios, sino de nuestra misma complexión. Muchas

veces también la divina providencia quiere hacernos bien con cosas contrarias, pretendiendo humillar nuestra soberbia por todas vías. Grandísima cosa es querer nadie escudriñar curiosamente el abismo de los juicios de Dios: porque todos los curiosos navegan en la navecilla de la soberbia. Mas con todo eso algunas cosas estamos obligados á decir, por causa de la flaqueza de muchos. Preguntó uno á un varón sabio cuál era la causa que conosciendo el Señor las caídas de algunos antes que cayesen, los había primero enriquescido con grandes dones. Al cual respondió éste: Eso hizo el Señor para hacer más cautos á los varones espirituales y mostrar con eso la libertad de nuestro albedrío (que cuando quiere rompe por todo) y para que no tuviesen excusa el día del juicio los que así cayeron. La ley vieja como imperfecta dijo al hombre: Mira por ti mismo: mas el Señor en el Evangelio como perfectísimo nos mandó mirar por los hermanos, diciendo: Si pecare contra ti tu hermano, ve y repréndelo entre ti y él &c. Por tanto si tu reprehensión, ó (por mejor decir) amonestación es limpia & humilde, no dejes de hacer lo que te manda el Señor, especialmente en las cosas que te son posibles: mas si aun no has llegado á esto, á lo menos cumple diligentemente lo que manda la ley. Y no te maravilles, si vieres que por causa de tus reprehensiones tus grandes amigos se te hacen enemigos: porque éstos que tan livianos son y tan sentibles, instrumentos son de que el demonio usa para hacer guerra contra los que hacen lo que deben.

Grandemente me maravillo de ver cómo teniendo á Dios todopoderoso y á sus sanctos ángeles por ayudadores para las virtudes, y no teniendo para los vicios por atizador más que al demonio, estamos tan ligeros y tan fáciles para ellos. Desta materia no puedo ni quiero tratar más diligentemente. Si todas las cosas criadas conservan su propria naturaleza y perseveran en el estado en que fueron criadas, ¿cómo (según dice aquel gran teólogo Gregorio) yo soy por una parte divino, y por otra estoy mezclado con el lodo? Y si alguna criatura permanesce agora en otra disposición que fué criada (como permanesce el hombre, á quien se añadió el pecado original) síguese que ha de apetescer insaciablemente aquello que le es natural. Con toda arte (si decir se puede) y con todo estudio debe cada uno trabajar por levantar este lodo de la tierra y colocarlo en el trono de Dios: y ninguno para esto se excuse con la dificultad de la subida: porque el camino y

la puerta está ya por Cristo abierta para todos. El cual por su pasión nos abrió la puerta deste reino, y con su ascensión nos mostró el camino y nos enseñó la fe y confirmó en la esperanza, por donde innumerables sanctos nos han precedido en esta jornada. Oir las virtudes que los Padres espirituales obraron, inflama el ánima al amor de Dios: y oir su doctrina suele incitar los tales amadores á la imitación dellos. La discreción es candela en las tinieblas, guía de los errados y lumbre de los ciegos. El varón discreto es inventor de sanidad y purificador de la enfermedad. De dos causas procede maravillarse los hombres de cosas pequeñas, ó de su grande ignorancia, ó del deseo que tienen de conservarse en humildad, por donde vienen á engrandescer y magnificar las obras de sus prójimos. Trabajemos con todas nuestras fuerzas, no sólo por luchar, sino también por hacer guerra contra los demonios: porque el que lucha, á veces hiere, á veces es herido: mas el que hace guerra, siempre persigue como vencedor al enemigo. El que vence los vicios, hiere á los demonios: y si muestra que tiene pecados y encubre sus virtudes, con esto engaña á los enemigos y así se hace más inexpugnable. Uno de los religiosos fué una vez injuriado de otro, y no sintiendo con esto alguna alteración en su ánimo, comenzó secretamente á hacer oración y derramar lágrimas en aquella ignominia: y con este linaje de perturbación escondió sapientísimamente la tranquilidad de su ánimo. Otro también de los hermanos no teniendo cobdicia alguna del primer lugar, por esta misma causa mostró que la tenía. Mas ¿quién explicará con palabras la castidad de aquél que cuasi con color de pecar entró en el lugar público de las malas mujeres y allí convertió luego una mala mujer? Éstos tuvieron necesidad de mucha atención y vigilancia, porque pretendiendo engañar ellos á los demonios, no fuesen por el contrario engañados dellos: aunque éstos sin duda son aquéllos de quien dijo el Apóstol: Como engañadores, aunque verdaderos.

Si alguno desea ofrescer á Cristo un corazón casto y un cuerpo limpio, trabaje con toda diligencia por mortificar la ira y guardar abstinencia: porque sin estas dos virtudes todo nuestro trabajo es inútil.

Prosigue la materia de la discreción, dando diversos avisos para ella.

§ I.

Así como son diversas las vistas de los ojos humanos, así son muchas y diferentes las iluminaciones y resplandores que se causan en el ánima por virtud de aquel sol intelectual de quien proceden todas las lumbres. Porque una es la lumbre que causa en nuestra ánima lágrimas corporales: otra, la que causa lágrimas espirituales. Otra, la que entra por los ojos del cuerpo: otra, por los ojos intelectuales del ánima: otra, por oir la palabra de Dios: y otra, que de suyo nasce en el ánima con una espiritual alegría: y otra, la que nasce de la soledad: y otra, de la obediencia. Demás déstas hay otra singular, que por su propria naturaleza levanta el ánima sobre sí con una lumbre intelectual y la junta con Cristo por una tan alta y secreta manera, que no se puede explicar. Y declarando cada una destas maneras sobredichas, digo que una es la lumbre que viene á producir en el hombre lágrimas corporales, cuando considerando él la gravedad de sus pecados, se resuelve todo en lágrimas exteriores. Otra es la que produce lágrimas espirituales, que es cuando el hombre con esta misma luz considera la muchedumbre de los beneficios y promesas de Dios, y con esto se mueve á una piadosa devoción y amor. Otra es la que concurre con la vista de los ojos corporales, cuando mirando la fábrica maravillosa deste mundo y la hermosura y orden de todas las criaturas, nos levantamos á la contemplación del criador, como nos lo aconseja el profeta Isaías diciendo: Levantad vuestros ojos á lo alto y mirad quién crió todas estas cosas. Otra es la que concurre con la vista de los ojos intelectuales, cuando considerando la alteza y pureza de aquellas intelectuales substancias y especialmente de aquella que infinitamente excede á todas ellas (que es Dios) nos levantamos á la contemplación de la majestad y soberanía del criador. Otra es la que entreviene oyendo las palabras de Dios, cuando por la predicación y enseñanza de los otros nos levantamos á la inteligencia de las cosas de la fe y de los misterios divinos. Hay también otra espiritual alegría, que procede de la misma ánima cuando considera las inspiraciones de Dios y los movimientos espiritua-

les que dentro de sí ha sentido. Hay también otra alegría que nasce de la quietud y reposo de la soledad, que es el gozo espiritual de los solitarios: los cuales orando, cantando, meditando y amando, se alegran en el Señor. Hay otra que procede de la obediencia, que es el alegría de los monjes que viven en comunidad: los cuales entrañablemente se deleitan en los ejercicios y obras de la sancta obediencia. Demás déstas hay otra singular luz y alegría, la cual levanta al ánima sobre sí y la junta con Cristo, mediante esta lumbre intelectual, por una manera secreta y inefable. Lo cual se hace cuando el ánima por mano de Dios es tocada con un ferventísimo amor y alumbrada, ó (por mejor decir) copiosísimamente llena de lumbre intelectual, mediante la cual viene á estar tan uñida y tan absorta y transformada en el mismo Dios, que ya desfallesce en sí y toda viene á ser arrebatada y sumida en la fuente de aquel clarísimo resplandor y llevada á las riquezas de su gloria: y así por una manera inefable y con una grandísima tranquilidad viene á quietarse y á reposar y dormir y deleitarse en su mismo criador: en lo cual consiste la mística teología, que es el conoscimiento afectivo y amoroso de Dios, mediante aquel altísimo don del Espíritu Sancto y fin de todos los otros dones que se llama sapiencia, que conosciendo y ardiendo sabe por experiencia á qué sabe Dios, y se hace una cosa con Él, mediante este sapientísimo amor.

Hay virtudes, y hay madres de virtudes, que son las causas de las otras virtudes: y éstas son las que el varón discreto procura más alcanzar. Y de las que son madres, suele ser Dios el maestro: mas de las otras lo son los hombres: aunque también Dios y el hombre pueden ser maestros de las unas y de las otras. Guardémonos de recompensar la falta de los regalos y deleites corporales con abundancia de sueño: porque ésta sería obra de grande ignorancia, si derramásemos por una parte lo que recogemos por otra. Mas por el contrario vi yo algunos valerosos siervos de Dios, los cuales como alguna vez diesen un poco de más regalo y mantenimiento á su cuerpo, después le hicieron pagar al miserable lo que había comido, teniéndolo toda la noche en pie y velando: y con esto le enseñaron á huir y dar de mano á los deleites corporales, por no verse en otra tal. Suele tentar fuertemente el espíritu del avaricia á los que nada poseen: y cuando no los puede vencer, póneles delante el socorro de los

pobres: y con esto algunas veces viene á enredar á los que estaban libres y desnudos en los negocios del mundo. Cuando algunas veces velamos y estamos tristes por nuestros pecados, traigamos á la memoria aquel mandamiento que el Señor dió á Sant Pedro, en que le mandaba perdonar (si menester fuese) setenta veces siete: porque es cierto que esta ley de tanta misericordia que el Señor puso al hombre, muy más perfectamente la guardaría Él que el hombre. Mas por el contrario, cuando nos comenzáremos á levantar por ocasión de nuestros merescimientos, acordémonos de la otra sentencia del mismo Señor que dice: Quien guardare toda la ley y ofendiere en un solo vicio (que es principalmente el de la soberbia por ver que la ha guardado) queda hecho reo y quebrantador de toda la ley. Hay entre los demonios unos muy malos y envidiosos, los cuales por su propria voluntad se apartan de los sanctos varones y los dejan de tentar, por no darles materia de coronas y merescimientos tentándolos de cosas con que no los pueden vencer. No hay quien no sepa que son bienaventurados los pacíficos, pues por tales los predica el Señor. Mas yo vi también ser bienaventurados otros que turbaron la paz y criaron guerra saludable. Porque supe que dos personas se amaban una á otra con deshonesto amor: y como viese esto un varón sanctísimo y prudentísimo, atravesóse de por medio y comenzó á sembrar discordia entre ambos, y desta manera con prudencia humana venció la malicia de los demonios y quebró el lazo de la fornicación que les tenían armado. Verdad es que ni en este caso ni en otro semejante es lícito mentir ni inducir á mal: pero álabase este hecho por la raíz de do procedió, que fué la caridad. Hay también otros, que por cumplir un mandamiento, paresce que quebrantan otro: porque vi yo unos mancebos muy virtuosos que se amaban según Dios con castísimo amor, los cuales considerando que otros se escandalizaban desta amistad, concertaron entre sí de apartarse á tiempo, por evitar esta manera de escándalo. Así como son contrarias entre sí las bodas y el mortuorio, así lo son la presumpción y la desesperación: mas con todo eso los demonios son tan malos, que muchas veces juntan en un mismo subjeto lo uno y lo otro: porque así como á veces hacen á un mismo hombre pródigo y escaso, así también le hacen presumptuoso y desconfiado. Hay algunos espíritus malos que suelen al principio de la conversión interpretarnos las escripturas

divinas: lo cual principalmente obran en aquéllos que son tocados de vanagloria, ó que son enseñados en las sciencias humanas: para que engañándolos poco á poco, los hagan venir á dar en herejías y blasfemias. Y podremos tomar por conjectura desto la turbación y la desordenada y torpe alegría con que se suele derramar nuestra ánima al tiempo que recibe la tal interpretación, para que por ella se entienda la teología, ó (por mejor decir) el engaño y parlería del demonio. Uno recibe de Dios el comienzo y orden de la buena vida, y otros no sólo el principio sino también el fin. Y la virtud tiene respecto á un fin infinito, que es Dios, como dijo aquel cantor de los himnos celestiales: Vi el fin de toda la consumación de la ley, que es tu mandamiento, en gran manera ancho y infinito. Porque si algunos buenos y sanctos trabajadores después de haber aprovechado en el ejercicio de las virtudes morales, pasan al de las virtudes teologales y de los dones intelectuales (especialmente del don de la sabiduría) y si la caridad con esto nunca desfallesce, y si el Señor guarda el principio de nuestra entrada con temor y la salida con amor, sin duda la posesión deste tesoro es un infinito fin: porque nunca dejaremos de aprovechar en él, subiendo continuamente de grado en grado sin cesar por el camino de la perfección.

No te maravilles si los demonios algunas veces nos ponen buenos pensamientos y después ellos mismos contradicen y resisten á estos mismos pensamientos, para que por este medio nos hagan creer que ellos entienden nuestros corazones, juzgando nos que esta resistencia viene por ellos y que no puede ser sino que entienden la cualidad del golpe, pues acuden en esta manera de resistencia. No seas muy desabrido y severo juez cuando vieres algunos enseñar cosas grandes y vivir negligentemente, porque muchas veces con la utilidad de la doctrina se suple el defecto de las obras. Porque no todos tienen igualmente todas las cosas. Ca unos se señalan más en las palabras que en las obras, y otros más en las obras que en las palabras: y pocos hay que lo tengan todo. Dios ni hizo cosa mala ni la crió, por do paresce que se engañaron los que dijeron que había algunos vicios naturales en nuestra ánima, no mirando que nosotros somos los que con nuestros abusos pervertimos las propriedades y habilidades naturales que Dios nos dió, usando dellas para mal. Pongamos ejemplo. Diónos Dios virtud natural de engendrar para alcanzar hijos, y nosotros

usamos deste beneficio para la torpeza de nuestros deleites. Diónos también estímulo natural de ira para usar dél contra la antigua serpiente: mas nosotros usamos dél contra nuestros prójimos. Diónos también natural celo y amor para alcanzar las virtudes, y nosotros usamos desto para otros viciosos intentos. Tiene también nuestra ánima natural deseo de gloria: mas no de la vana, sino de la verdadera y soberana. Tiene deseo de engrandescerse: mas esto contra los demonios, para no sujetarse á ellos. Tiene también gozo y alegría: mas ésta en el Señor y en la prosperidad de los prójimos. Recibimos también memoria para guardar las injurias: mas ésta contra los enemigos del ánima. Recibimos también apetito para la comida: mas no para la gula y destemplanza.

El ánima diligente y fervorosa provoca y desafía con esto á los demonios, y multiplicadas las batallas, multiplícanse las coronas: porque el que no pelea no será coronado. El que no se perturba ni enflaquesce en los acaescimientos que se le ofrescen, éste (como fortísimo guerrero) será por los ángeles honrado y glorificado. Tres noches estuvo Cristo debajo de la tierra, y después resuscitó: y el que en tres tiempos venciere, para siempre no morirá. Por los cuales entendemos ó el principio, medio y fin de la obra (en los cuales tiempos el demonio suele tentar) ó el principio, medio y fin de la vida: porque el que hasta aquí llegare con victoria, para siempre vivirá. Si alguna vez (después de haber amanescido ya en nuestra ánima el verdadero sol de justicia) se viene á poner en nosotros, escondiéndonos su graciosa presencia y la luz de su consolación, de aquí se siguen luego tinieblas en el ánima y se hace noche: porque en el tiempo desta ausencia todo lo halla el hombre escuro y cerrado, y por ninguna parte le paresce que se le descubre luz, y el cielo se le hace de metal y la tierra de hierro, y allí es envuelto en tanta escuridad de pasiones y confusión de pensamientos, que á veces sospecha haber perdido ya del todo la divina gracia. Pues en esta noche (que es durante esta escuridad del ánima) pasan por nosotros todas las bestias silvestres y los cachorros de los leones bramando y pidiendo á Dios su manjar: esto es, las pasiones feroces y bestiales de la ira, de la impaciencia, de la indignación, de la invidia y de la ferocidad, las cuales andan en este tiempo bramando por quitarnos la esperanza de perseverar en el bien comenzado y bus-

cando de la mano de Dios (esto es, permitiéndolo Dios) este manjar de que se mantienen, que es la perdición de nuestras ánimas, pretendiendo hacernos, ó por obra, ó por voluntad, ofender á Dios, ó estar pensando en cosas con que nuestras pasiones y malas inclinaciones se aticen y renueven. Mas después que torna salir el sol (que es la luz alegre de la divina consolación, mediante la virtud de la humildad, con la cual el hombre convencido por la experiencia destas miserias, se abajó y humilló á Dios) luego todas estas bestias fieras de pasiones y tentaciones se recogen y desaparescen, y se van á aposentar en sus manidas, que es en los corazones de los hombres carnales y sensuales. Entonces dicen los demonios: Magníficamente ha Dios usado de su misericordia con ellos. Á los cuales nosotros responderemos: Magníficamente lo ha hecho el Señor con nosotros: por lo cual estamos muy alegres, y vosotros confundidos y derribados.

Subirá (dice el Profeta) el Señor sobre una nube liviana (que es sobre el ánima levantada en alto y libre de todas las cobdicias de la tierra) y vendrá á Egipto (que es el corazón que poco antes estaba escurescido) y moverse han todos los ídolos hechos de mano, que son todas las figuras y pensamientos sucios de nuestra ánima. Si Cristo corporalmente huyó de Herodes siendo Él todopoderoso, aprendan de aquí los malos y los atrevidos á no meterse en manifiestas tentaciones y peligros. No pongas tú el pie donde pueda desvarar, y no se dormirá el ángel que tiene cargo de ti. En una misma compañía suelen andar la soberbia y la fortaleza y animosidad carnal, así como se suele juntar la zarza con el aciprés. Vivamos siempre con un perpetuo y solícito cuidado de nunca dar entrada en nuestro corazón á cualquier linaje de pensamiento que nos diga que somos algo, ó que somos para algo. Y si viviendo con este cuidado halláremos que todavía nuestra ánima es tocada de algún pensamiento déstos, entonces de verdad creamos que somos defectuosos y faltos de todo bien. Haz diligente inquisición y busca continuamente todos los indicios y argumentos que tienes para conoscer tus vicios, y entonces conoscerás que son muchos los que tienes: los cuales no podemos perfectamente conoscer estando tan cercados y enfermos dellos, ó por la flaqueza de nuestro conoscimiento, ó por estar ya de mucho tiempo tomados dellos y muy entregados á ellos, y así tienen en nuestro juicio más imagen de naturaleza que de culpa.

El Señor mira siempre al propósito y á la intención: mas en las cosas que se pueden hacer, también mira este benigno Señor por la obra. Grande es por cierto aquél que ninguna cosa de las que puede hacer deja de hacer: pero mayor es aquél que por el mérito de su humildad se esfuerza á hacer, ó es levantado á hacer cosas que exceden la facultad de sus fuerzas. Algunas veces los demonios no nos dejan hacer algunas cosas fáciles y provechosas, y incítannos á que hagamos cosas de grande dificultad y trabajo: y así no pudiendo salir con éstas y dejando las otras, quedamos sin andar y sin volar. Hallo que aquel castísimo Josef es llamado bienaventurado porque tan sabiamente hurtó el cuerpo al pecado, y no porque caresciese de tentación y movimiento sensual. Cosa es digna de preguntar en cuántas y en qué maneras meresce corona la huída del pecado: á lo cual brevemente se responde, que en todas las tentaciones y ocasiones de vicios á que el hombre resiste por amor de Dios. Una cosa es huir de las tinieblas, y otra cosa es llegarse al sol de justicia: esto es, una cosa es huir del mal, y otra es hacer bien por solo respecto y amor de justicia. La ceguedad y ignorancia es causa del desorden de nuestro apetito, y este apetito es causa del pecado, y el pecado de la muerte. Los que salieron de juicio por beber mucho vino, bebiendo agua lo restauraron: y los que escurescieron la lumbre de su entendimiento con los vicios, bebiendo agua de lágrimas la renovaron.

Una cosa es el apetito desordenado de los regalos del cuerpo, y otra el derramamiento del pensamiento, y otra la ceguedad y dureza del corazón. La primera destas dolencias se cura con la abstinencia, y la segunda con la quietud de la soledad, y la tercera cura la obediencia y el ejemplo de Cristo, que por nosotros fué obediente hasta la muerte. Dos oficios hay que sirven para dar color y limpieza á las vestiduras, y otros dos hay en su manera semejantes á éstos, que sirven para purificar las ánimas. El uno es el monesterio ó la profesión de la vida monástica, el cual es como un batán ó como una espiritual lavandería donde se purifican y lavan todas las inmundicias y toda la suciedad de nuestras ánimas con los trabajos y ejercicios de la vida monástica. El otro es la vida solitaria, que es como oficina de tintoreros: la cual suele dar color y hermosura á los que con estos ejercicios sobredichos del monesterio despidieron de su ánima los apetitos

carnales, y la memoria de las injurias, y el furor de la ira. De manera que la una destas oficinas purifica el ánima con los trabajos, y la otra la esclaresce y perfecciona con el recogimiento de la quietud. Dicen algunos que volver el hombre á caer en los mismos delictos pasados, procede de falta de verdadera penitencia. Mas aquí se podría preguntar si no volver á caer en ellos es argumento cierto de haber sido la penitencia verdadera. Á lo cual se responde que no se sigue esto de necesidad: pues dado caso que el hombre no vuelva á caer en estos mismos pecados, puede caer en otros. Por tanto nadie se tenga por seguro, aunque se vea emendado: porque no es ésta señal infalible de verdadera penitencia, aunque sea grande conjectura de ella. La causa por donde los hombres suelen volver á los mismos delictos, unas veces es un profundo olvido de la misericordia y beneficio que recibieron: otras es, cuando vencidos de sus apetitos, pintaron á Dios muy piadoso y perdonador de pecados, para atreverse á pecar: y otras es descuidarse, ó desconfiar de su propria salud. Y si alguno no me tuviere por muy riguroso, añadiré otra causa á éstas: que es una grandísima dificultad y cuasi imposibilidad de poder prender y sojuzgar á su enemigo después que lo sojuzgó con la tiranía y fuerza grandísima de la costumbre de muchos años: aunque á Dios nada sea imposible. También es cosa digna de preguntar cuál sea la causa por que siendo nuestra ánima criatura espiritual, no ve las substancias espirituales que se llegan á ella. Paresce que la causa es esta maravillosa liga y conjunción que tienen con el cuerpo: la cual solo Aquél entiende que la hizo: y de aquí nasce no poder el ánima entender las cosas, sino comenzando por los sentidos y aprovechándose de imágines corporales. Preguntóme una vez un Padre muy esclarescido en letras le dijese (porque lo deseaba mucho saber) cuáles eran los espíritus malos que ensoberbescían los hombres, haciéndolos pecar, y cuáles los que los humillaban. Yo como estuviese dudoso en esta parte y le certificase que no lo sabía, el que venía á aprender, me enseñó esto en pocas palabras diciendo: Darte he un motivo de discreción, y tú después buscarás con trabajo lo que restare de saber. Digo pues que el espíritu de la fornicación y de la ira, y de la pereza, no suelen ensoberbescer el ánimo del hombre, antes (como vicios viles) lo abaten: mas por el contrario, el espíritu que nos incita á desear grandes riquezas, principados

y vanidades, y á mucho hablar, éstos añaden un mal á otro mal, que es el de la soberbia al de la culpa: y con éste su junta el espíritu que nos hace juzgar temerariamente los prójimos y tenerlos en poco. Si alguno cuando va á visitar los legos, ó cuando es visitado dellos, siente su corazón herido de tristeza y no recibe desto alegría (como hombre que se ve aliviado y suelto de un lazo) tenga por cierto que ó es tocado de espíritu de vanagloria, ó de amor y afición sensual. Ante todas cosas trabajemos por mirar la parte de donde sopla el viento, ó del espíritu bueno, ó del espíritu malo: para que así sepamos volver las velas conforme á lo que pide esta disposición: porque para lo uno será menester aparejarnos con obediencia, y para lo otro con resistencia. Amonesta con caridad á los Padres ancianos que en virtudes y sciencia resplandescen y que han gastado ya sus cuerpos con trabajos y ejercicios virtuosos, que tomen un poquito de descanso: mas á los mozos que por el contrario han gastado la vida en pecados, fuérzalos á que vivan continentemente, trayéndoles á la memoria el tormento de los fuegos eternos.

No es posible (como ya dijimos en otra parte) que luego á los principios alcancemos perfecta victoria de la gula y de la vanagloria: mas no es seguro querer vencer á la vanagloria tratándonos regaladamente, por no dar con la abstinencia muestra de sanctidad: porque muchas veces acaesce que la victoria de la vanagloria pare otra vanagloria (especialmente en aquéllos que son aun principiantes) y por tanto peleemos contra ella, no con regalos, sino con abstinencia. Porque tiempo vendrá (y no tardará, si no fuere por nuestra culpa) cuando el Señor también ponga este vicio debajo de nuestros pies. No son combatidos de los mismos vicios los que en la vejez y en la mocedad se convierten á Dios, sino muchas veces de diversos y contrarios. Por lo cual á los unos y á los otros es muy necesaria la sancta humildad, que es general y certísima penitencia y medicina de los unos y de los otros. No te turbe lo que te quiero decir. Muy pocas ánimas hay (aunque algunas) que tengan el corazón recto y del todo libre de malicia, astucia y fingimiento, especialmente cuando están obligadas á tratar y conversar con los hombres, pudiendo éstas (si tuviesen buena guía) subir al cielo de un puerto quieto y perseverar libres de los escándalos y desasosiegos que hay en la vida común. Á los hombres pertenesce curar á los carnales y lujurio-

sos: y á los ángeles, curar á los inicuos y malvados: mas á Dios pertenesce curar y remediar los soberbios. Y aunque todo esto principalmente pertenezca á Él, pero usamos desta manera de hablar, para mostrar los grados de la malicia y la dificultad de la cura que estos males tienen. Por ventura será algunas veces especie de caridad dejar al prójimo (cuando viniere á nuestra casa) hacer en todo su voluntad, y mostrarle de nuestra parte todo buen rostro y alegría. Como sea verdad que la buena penitencia deshace todos los males, así también cuando se hace con soberbia, ó vanagloria, ó notable negligencia, viene á ser destruidora de los bienes. Grande discreción es menester para saber cuándo, y en qué cosas, y de qué manera habemos de pelear contra los vicios, y cuándo habemos de hurtarles el cuerpo y huir dellos: porque muchas veces es mejor que (conoscida la flaqueza de nuestras fuerzas) volvamos las espaldas y huyamos por no morir á manos dellos. Para lo cual es de saber que hay algunos vicios que de su naturaleza son desabridos y penosos: como es la ira, la invidia, el rancor, el odio, el deseo de venganza, la impaciencia, la indignación, la amargura de corazón, la tristeza, la pereza, la contienda y otros tales. Y por el contrario hay otros que traen consigo deleite: como son los pecados carnales, el comer, el beber, el jugar, el reir, el parlar, y otros gustos y contentamientos sensuales: los cuales cuanto más los miramos y ponemos los ojos en ellos, tanto más atraen nuestro corazón y lo llevan en pos de sí. Pues contra estos tales vicios habemos de pelear huyendo, que es, apartándonos de las ocasiones dellos y asimismo desviando la vista, la memoria y la consideración dellos con toda presteza. Mas contra los otros conviene pelear luchando contra ellos, mirando atentamente la naturaleza y la condición dellos para poder mejor vencerlos. Lo cual se hace con menos peligro, por no ser estos vicios tan pegajosos como los otros: puesto caso que á la ira y deseo de venganza conviene también hurtar el cuerpo, no pensando cosas que nos puedan incitar á furor. Miremos también diligentemente cuándo y de qué manera podremos evacuar la cólera con alguna medicina amarga, que es mortificar el furor de la ira con la contrición de los pecados. Miremos también cuáles sean los demonios que nos incitan á hacer pecados que nos humillan, y pecados que nos levantan (como ya dijimos) y cuáles los que nos incitan á hacer males descubiertos, y cuáles

encubiertos so color de virtud, y cuáles los que escurescen nuestro entendimiento con muchedumbre y derramamiento de pensamientos desasosegados y con deseos y apetitos de cosas sucias: y cuáles los que paresce que lo alumbran para engañarlo, transfigurándose en ángeles de luz (como acaesce á los herejes) y cuáles también sean los tardíos y perezosos que nos dejan de tentar mucho tiempo para asegurarnos y tomarnos de sobresalto: y cuáles sean los astutos y mañosos que so color de bien poco á poco nos van llevando al mal (el cual peligro tanto más dificultosamente se conosce, cuanto mayor bien paresce) y cuáles también sean los que nos hacen tristes, y cuáles los que nos hacen alegres: porque cuando no pueden derribarnos en desordenada tristeza, procuran derramarnos con vana alegría. No desmayemos si luego al principio de nuestra conversión nos hallamos muy inclinados á los vicios: porque á la entrada de las virtudes es necesario que nos hagan guerra todas las reliquias de los vicios y malas costumbres pasadas: y los demonios también se arman y encruelescen más en este tiempo contra nosotros por recobrar su hacienda: y también la novedad de la vida buena es pesada para quien está acostumbrado á la mala: y todo esto se ha de vencer para alcanzar entera sanidad. Y demás desto las bestias fieras que estaban dentro de nuestra ánima escondidas, no se entendía en aquel tiempo cuán malas eran (porque no se conoscía el hombre á sí mismo) mas después cuando comienza á verse, comienza también á aborrescerse y á parescerle que es peor que cuando estaba en el siglo, no porque así lo sea, sino porque entonces no se veía, y agora se ve. Cuando los que se acercan ya á la perfección vieren que en algún pequeño delicto son vencidos del demonio, trabajen con toda diligencia por aprovechar (en cuanto les sea posible) ciento tanto más que fué aquello en lo que desfallescieron, para recobrar aquella pequeña pérdida con mayor ganancia. Así como los vientos algunas veces no hacen más que encrespar un poco la llanura del mar sosegado, y otras veces lo vuelven debajo arriba, levantando las olas hasta el cielo: así has de entender que lo mismo hacen también los espíritus malos y tenebrosos. Porque en los que perseveran continuamente en sus vicios, levantan grandes olas de pasiones y tempestades en el mar de su corazón: mas en los que han ya aprovechado, no suelen comúnmente hacer más que encrespar las aguas de nuestras pasio-

nes, alterando levemente la paz de su ánima. Por donde los tales fácilmente conoscen esta su alteración: porque persevera todavía en ellos su acostumbrada paz y tranquilidad, con la cual también persevera el juicio claro de la razón. Porque á los perfectos pertenesce conoscer en su ánimo cuál sea la intención de los demonios, y la de Dios, y la de su propria consciencia. Ca no luego los demonios nos acometen al principio con cosas abiertamente malas: y por eso esta materia es muy escura y dificultosa de determinar.

RECAPITULACIÓN BREVE

DE TODO LO SOBREDICHO

En la cual se trata de cómo la fe, esperanza y caridad es principio de las tres partes de la renunciación que al principio deste libro se trató. Trátase también aquí de la causalidad y dependencia que tienen unas virtudes de otras, y unos vicios de otros. Item decláranse muchas cosas espirituales por comparación y semejanza de cosas naturales. Y al cabo pónese una escalera de todos los grados de las virtudes, comenzando del conoscimiento de Dios, hasta el postrero, que es el cumplimiento de la caridad y de la bienaventurada tranquilidad.

La fe viva y firme es madre de la renunciación: porque representándonos la excelencia y hermosura de los bienes advenideros, nos hace despreciar los presentes: así como por el contrario la infidelidad es causa de abrazarlos y estimarlos en mucho. También la esperanza firme y estable es puerta para despedir las aficiones y pasiones de nuestro corazón: y por el contrario la desconfianza de Dios y de su providencia es causa de la desordenada afición que los hombres tienen á las cosas terrenas. La caridad también es raíz y causa del menosprecio de todas las cosas transitorias y de caminar á Dios: porque el que fervorosamente le ama, todas las cosas desprecia y siempre suspira por Él: mas por el contrario, el amor desordenado de sí mismo hace al hombre amar el camino por la patria, el destierro por el reino y el criador por la criatura. La reprehensión de sí mismo y el verdadero y entrañable deseo de la salud espiritual es causa de la obediencia y subjeción al padre espiritual. La meditación de la muerte y la memoria continua de la hiel y vinagre de Cristo es madre de la abstinencia. La quietud de la soledad es ayudadora de la castidad, y el ayuno es quebrantamiento y amortiguamiento de los incentivos de la carne. La contrición del ánima es enemiga y contraria á los pensa-

mientos deshonestos. La fe y la virtud de la peregrinación es muerte de la avaricia. La misericordia y la caridad entregan el cuerpo á la muerte (si es menester) cuando lo piden estas virtudes. La oración atentísima y continuada destruye la accidia y tristeza espiritual, como dijo Sanctiago. La memoria del divino juicio es causa del fervor y promptitud para bien obrar. El amor de la ignominia, y el canto de los himnos, y la misericordia, son medicina del furor. La desnudez de todas las cosas quita la tristeza y hace que nuestra contemplación sea más pura y que no se perturbe con las imágines de las cosas sensibles. El silencio y la soledad son perseguidores de la vanagloria. Mas si te fuere forzado vivir en compañía de otros, abraza las ignominias y no tengas empacho de parescer vil y sin honra. El hábito triste y despreciado cura la soberbia visible: mas la invisible curará Aquél que es ante todos los siglos. El ciervo dicen que mata todas las serpientes ponzoñosas: mas la humildad á todas las intelectuales y invisibles serpientes.

Por la consideración de las cosas naturales (si atentamente las miramos) podemos entender la naturaleza y condición de muchas cosas espirituales, como por los ejemplos siguientes se verá. Así como es imposible que la serpiente despida de sí el pellejo antiguo sino entrando por agujero angosto, así nosotros nunca desnudaremos la túnica del viejo hombre y las costumbres y malos hábitos de muchos años, sino entrando por la estrecha senda de los ayunos y del sufrimiento de las ignominias. Así como no es posible que las aves muy cargadas de carnes (como es el avestruz) vuelen á lo alto del cielo, así tampoco volarán á este lugar los que regalan y engordan su cuerpo. Así como el cieno después que se ha secado no sirve ya á los puercos, así la carne después de enflaquescida y seca con la abstinencia no da lugar á los demonios á que se revuelquen y descansen como de antes en ella. Así como la muchedumbre de la leña verde ahoga muchas veces la llama y levanta grande humo, así la tristeza desordenada hinche el ánima de humo y de tinieblas y seca las fuentes de las lágrimas. Así como no vale nada para ballestero el ciego, así tampoco vale para ser discípulo el que contradice y desobedesce. Así como con el hierro duro se labra el blando (como hacen los herreros) así con la compañía del bueno y fervoroso siervo de Dios se cura muchas veces el negligente. Así como los huevos

de las aves, si están encubiertos y calientes debajo del estiércol, vienen á recibir vida y producir otras aves: así los malos pensamientos cuando están escondidos en el corazón sin revelarse á quien los pueda curar, vienen comúnmente á salir á luz y á ponerse por obra. Así como los caballos que corren, con su misma carrera se incitan á correr unos á otros: así también lo hacen los que religiosamente viven en alguna sancta compañía. Así como las nubes encubren al sol, así los malos pensamientos escurescen y matan la luz del ánima. Así como el que va sentenciado á muerte, ni habla ni cura de fiestas, ni de espectáculos, ni de otras cosas semejantes: así aquél que de todo corazón llora sus pecados, no entenderá en regalar su vientre. Así como los pobres conoscen más claro su pobreza, cuando ven los tesoros de los reyes: así el ánima se humilla, cuando lee los ejemplos ilustres y vidas memorables de los sanctos. Así como la piedra imán por una secreta virtud que tiene atrae á sí el hierro (aunque no quiera) así la fuerza y tiranía de las malas costumbres que han hecho ya hábito en el ánima, la llevan en pos de sí á lo que está habituada. Así como el olio echado en la mar dicen que mitiga la braveza della, así también el ayuno apaga cuasi violentamente los incentivos furiosos de la carne. Así como el agua represada ó encerrada en los atanores, se levanta y sube á lo alto: así el ánima estrechada con angustias y tribulaciones, sube á Dios por oración y penitencia y alcanza salud. Así como el que trae olores (aunque no quiera) es conocido por el olor que trae, así el que trae á Dios en su ánima, por sus palabras y por su humildad no puede dejar de ser conoscido. Así como los grandes vientos revuelven el profundo de la mar, así una de las pasiones que más trastorna un ánima, es el furor de la ira. Así como los que solamente oyeron las cosas y no las vieron con los ojos, no tienen tan vivos los deseos dellas: así los castos y puros en el cuerpo no tienen tan vehementes las pasiones y movimientos sensuales de su ánima. Así como los ladrones no van de buena gana al lugar donde ven las armas y los ministros de justicia, así tampoco los espirituales ladrones no acometen tan fácilmente al ánima que ven armada con oración. Así como el fuego no produce de sí nieve, así el ambicioso y deseoso de honras no alcanzará la honra celestial, pues el un deseo contradice al otro. Así como acaesce que una centella puede muchas veces quemar todo un monte,

así un solo bien hay bastante para destruir todos los males, que es la caridad, la cual cubre á la muchedumbre de los pecados. Así como no podemos matar las bestias fieras sin armas, así no podremos alcanzar la mansedumbre y mortificación de la ira sin humildad. Así como no puede un hombre naturalmente vivir sin comer, así no conviene que el que desea salvarse, se descuide un momento hasta la muerte: porque este cuidado y vigilancia es lo que sustenta al hombre en la buena vida. Así como el rayo del sol entrando por un pequeño agujero en una casa, la alumbra toda y hace que se vea todo cuanto hay en ella hasta los átomos muy menudos que están en el aire: así el temor de Dios entrando en un ánima, le descubre hasta las muy pequeñas culpas que hay en ella. Así como los cangrejos son fáciles de tomar (porque ya van adelante, ya vuelven atrás, y no huyen camino derecho) así el ánima inconstante en sus buenos ejercicios, que ya va adelante, ya atrás, ya ríe, ya llora, ya se da á regalos, nunca jamás podrá aprovechar. Así como están fáciles para ser salteados de los ladrones los que duermen muy pesado sueño, así los que viviendo en el mundo (donde los hombres andan entre tantos peligros) trabajan por alcanzar las virtudes, están muy á peligro de ser salteados de los enemigos. Así como el que pelea con un león, si un poco desvía los ojos dél, luego es muerto: así lo será el que pelea contra su carne, si se descuida de mirar por ella y la regala demasiadamente. Así como están en peligro de caer los que suben por una escalera vieja y podrida, así están muy cerca de caer los que suben por las honras, dignidades y potencia del mundo, que son muy contrarias á la humildad. Así como no es posible no acordarse del pan el que tiene hambre, así no es posible que se olvide de la muerte y del juicio eterno el que se desea salvar. Así como el agua borra las letras, así las lágrimas quitan los pecados. Y así como aquéllos que no tienen agua, buscan otras maneras para caer ó borrar las letras: así las ánimas á quien falta esta agua de las lágrimas, trabajan con tristezas, y gemidos, y entrañable dolor por borrar y deshacer sus pecados. Así como la abundancia del estiércol cría muchedumbre de gusanos, así la muchedumbre de los manjares es causa de malos pensamientos, y caídas, y sueños desvariados. Así como el que tiene los pies atados, no puede andar (porque le impiden las ataduras) así el que estudia en atesorar en la tierra, no puede cami-

nar al cielo: porque esta afición lo tiene preso y así le impide en este camino. Así como la herida fresca tiene fácil el remedio, así por el contrario las llagas viejas dificultosamente se curan, ya que se puedan curar. Así como no es posible que el muerto ande, así no es posible que se salve el que desconfía. El que guardando entera la fe, comete pecados, es semejante al hombre que no tuviese ojos: mas el que hace buenas obras y no tiene fe, es como el que echa agua en un algibe roto. Así como el navío si tiene buen piloto, suele con ayuda de Dios navegar prósperamente y tomar puerto seguro: así el ánima que es gobernada por buen pastor, camina prósperamente al cielo, aunque haya cometido muchos males en el mundo. Así como el que camina por el camino que no sabe sin guía, se pierde muchas veces (aunque sea en otras cosas hombre muy prudente) así el que pretende gobernarse por sola su cabeza en la vida monástica, fácilmente se perderá, aunque sea muy enseñado en las otras doctrinas y sciencias humanas. Cuando alguno después de haber cometido muchos y graves pecados, se halla inhabilitado con falta de salud para hacer penitencia, camine por la estrada de la sancta humildad y de sus ejercicios: porque no hallará otro más conveniente medio para su salud. Así como los que mucho tiempo han padescido alguna grave enfermedad, no pueden en un momento alcanzar salud: así tampoco los vicios (ni aunque sea un solo vicio de algunos días acostumbrado) se pueden vencer en poco tiempo. Trabaja por conoscer la cuantidad y los grados de cada uno de los vicios y virtudes que hay en ti, para que así puedas conjecturar mejor la manera de tu aprovechamiento. Así como padescen notable detrimento los que truecan oro por barro, así también lo padescen los que por cobdicia de bienes temporales publican los espirituales. Muchos alcanzaron en breve espacio perdón de sus pecados: mas ninguno alcanzó la bienaventurada tranquilidad súbitamente: porque para esto tenemos necesidad de largo tiempo, y de ayuda de Dios, y de singular gracia suya. Miremos con toda atención qué género de aves hagan daño á la sementera de nuestras virtudes, cuando está debajo de la tierra, y cuando está en berza, y cuando está ya para segar: para que conforme á esto nos apercibamos y les armemos lazos convenientes. Así como es cosa indignísima y injusta que se mate el que tiene una fiebre, así en ninguna manera conviene que nadie desespere

antes que se le arranque el ánima del cuerpo. Así como es cosa torpe y deshonesta que el que acaba de enterrar á su padre, se vaya luego á casar en levantándose de la sepultura: así también lo es que los que aun están llorando sus pecados, busquen honra, ó descanso, ó gloria en el siglo presente. Así como una manera de aposento conviene á los ciudadanos y otra á los delincuentes, así conviene que sea diferente el estado de los que lloran por sus culpas y de los inocentes. Así como el Emperador no despide de su ejército al caballero que recibió muchas heridas en la batalla por su servicio, antes lo honra y engrandesce más: así el Emperador celestial corona y engrandesce al monje que ha recibido grandes encuentros y combates del enemigo.

El juicio y conoscimiento del bien y del mal es natural propriedad de nuestra ánima: mas el pecado escuresce y añubla esta luz que Dios nos dió, y la sanidad y entereza de este juicio es principio de la diminución de los males, de la cual nasce lo que llamamos consciencia. Y la consciencia es una amonestación y reprehensión del ángel de la guarda que nos fué dado dende el principio de nuestra vida, el cual aunque se dé á todos, mas principalmente se da á los cristianos. De donde nasce que éstos comúnmente pecan con mayor remordimiento de la consciencia, que los que no lo son. Y esta diminución de los males poco á poco viene á parir el apartamiento y abstinencia dellos. Y esta abstinencia es principio de la penitencia, y la penitencia de la salud, y el principio de la salud es el buen propósito. Y del buen propósito nasce el sufrimiento de los trabajos, del cual son también principio las virtudes. Y el principio de las virtudes es como una flor espiritual que promete el fructo de las buenas obras. Y de las virtudes nasce el ejercicio y continuación dellas, y esta continuación hace hábito, y este hábito hace al hombre obrar con facilidad y suavidad, y de aquí procede el temor sancto de Dios: y este temor hace guardar sus mandamientos, y la guarda de sus mandamientos es argumento de la caridad, y el principio de la caridad es abundancia de humildad, y la abundancia de la humildad es madre de la tranquilidad, y la posesión de la tranquilidad es plenitud de la caridad y es venir el hombre á ser perfecta morada de Dios en aquéllos que por medio desta bienaventurada tranquilidad son puros y limpios de corazón, á los cuales es dado ver á Dios. A quien sea gloria en todos los siglos.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XXVII.

De la sagrada quietud del cuerpo y del ánima.

Siendo nos miserables como unos esclavos comprados por dinero y habiendo vivido subjetos á vilísimos vicios, por el mismo caso tenemos un poco de conoscimiento de los engaños, costumbres, imperios y astucias de los demonios que tan miserablemente y por tan largo espacio estuvieron apoderados de nuestra ánima. Otros hay más dichosos, los cuales por magisterio del Espíritu Sancto conoscen esto mejor, y por estar ya libres de la tiranía dellos. Porque unos hay que por el dolor de la enfermedad conoscen el bien de la sanidad, y otros hay que por el mismo gozo y descanso de la sanidad conoscen la tristeza de la enfermedad. Por lo cual nos como flacos tememos mucho de filosofar en esta obra sobre el puerto sosegadísimo de la quietud, como quien sabe bien que siempre asiste á la mesa del sancto convento el perverso can de la vanagloria, buscando algún pedazo de pan (que es alguna ánima que tragar) para llevárselo consigo y írselo á comer en escondido. Para lo cual deseando no dar lugar á este can con la materia de nuestra doctrina, y de quitar la ocasión á quien siempre la anda buscando, no me paresció ser cosa justa tratar agora de la paz con los guerreros de aquel Emperador soberano: los cuales puestos en medio del fervor de la batalla, pelean con grande virtud y constancia de ánimo. Solamente diremos esto, que los que fuertemente pelean recibirán también coronas de paz y tranquilidad. Mas porque por ventura no entristezcamos alguno dellos (dejando del todo esta parte por tratar) diremos un poco desta materia, como debajo de forma de discreción.

La quietud del cuerpo es un conoscimiento y moderación de todos los sentidos y de toda la figura y movimientos del hombre exterior: mas la quietud del ánima es conoscimiento y sciencia de todos los pensamientos y movimientos interiores, y moderación de todos ellos, y una recta atención para con Dios, que

de ningunos ladrones puede ser robada, para que desta manera todo el hombre dentro y fuera de sí esté perfectamente compuesto y quieto. El amigo de la quietud trae siempre consigo un cuidado fuerte, perpetuo y velador, el cual está siempre velando á las puertas de nuestro corazón, ojeando, ó matando todos los malos pensamientos que se llegan á él. Esto entenderá muy bien el que ha llegado á lo íntimo de la quietud: mas el que aun es niño y principiante, no entiende esto porque no lo ha probado. El prudente seguidor de la quietud no tiene necesidad de ser enseñado con muchas palabras, porque á la verdad las palabras se declaran y entienden mejor con las obras. El principio de la quietud es apartar de nos todo el estruendo y desasosiego interior (como cosa que turba el íntimo silencio y paz de nuestra ánima) mas el fin della es no temer ya estos desasosiegos, sino estar en medio dellos quieto y sosegado. El amigo de la quietud saliendo de la celda no sale con las palabras della, porque no deja por eso de hablar dentro de su corazón con Dios como cuando estaba en ella. Es todo él manso y como un aposento de caridad: muévese dificultosamente á hablar, pero á la ira está sin moverse. Mas por el contrario, el que desta virtud caresce todo esto tiene al revés, y así vive subjeto á las pasiones, y estando con el cuerpo encerrado en la celda, con el epíritu anda derramado por el mundo. Aquél es verdadero seguidor de la quietud, que trabaja con todas sus fuerzas estando en cuerpo mortal por imitar la condición y tranquilidad de aquellas substancias espirituales, lo cual es cosa de grande admiración. El gato está siempre puesto en espía para cazar el ratón: mas la intención del quieto solitario está siempre atenta para cazar el ratón intelectual, que es el mal pensamiento, ó el demonio que viene á estragar su ánima. No te parezca vil y bajo este documento: porque si así no lo sientes, no has aun sabido qué cosa es quietud. El verdadero y profundo monje no es como el flaco que está arrimado al más profundo, y así se descuida á las veces con las espaldas que tiene en él. Porque el monje tiene necesidad de suma vigilancia y de un ánima ajena y libre de toda presumpción. Y muchas veces acaesce que á aquél primero, que es el descuidado, ayuda otro que es cuidadoso: mas al segundo (que es el diligente) ayudan los sanctos ángeles. Porque suelen estas intelectuales virtudes asistir juntamente con el espiritual seguidor de la virtud, y ministrar con él, y morar

alegremente en él como en un propósito muy agradable. Mas qué sea lo que acaesce á los que hacen lo contrario desto, al presente no lo quiero decir, pues ello está de suyo manifiesto.

Grande es la profundidad de los misterios y doctrinas de nuestra religión, y no podrá el ánima del solitario entrar en ellos sin peligro, si con curiosidad los quisiere escudriñar. No es cosa segura nadar el hombre vestido, ni tampoco tratar los misterios de la teología el hombre apasionado. La celda del verdadero solitario es su mismo cuerpo (donde trae el ánima recogida doquiera que esté) y dentro dél está la escuela de la verdadera sabiduría. El que estando aun subjeto á las pasiones y enfermedades de su ánima quiere vivir en soledad, semejante es á aquél que saltando del navío en la mar, quiere llegar á tierra con una tabla. No faltará quietud en su tiempo á los que pelean contra su propria carne, si tuvieren quien los sepa guiar: porque el que sin guía la pretende alcanzar, necesidad tiene de virtud de ángel. Mas yo hablo agora de aquéllos que de verdad pretenden alcanzar quietud así de cuerpo como de espíritu. El solitario negligente hablará mentiras y como por figuras querrá dar á entender á los hombres el fructo de su quietud: mas después cuando deja la celda, pone la culpa á los demonios y no echa de ver el miserable que él está hecho ya demonio. Vi yo algunos amadores desta sagrada quietud, los cuales por medio della hartaron sin jamás hartarse el encendidísimo deseo que tenían de Dios, acrescentando cada día fuego á fuego y deseo á deseo.

Solitario es una imagen de ángel terreno, el cual con la carta del deseo y con letras de sancta solicitud libró su oración de toda flojedad y tibieza. Solitario es aquél que de verdad puede con el Profeta decir: Aparejado está mi corazón, Señor, aparejado está mi corazón. Quieto es aquél que dice: Yo duermo, y vela mi corazón. Cierra la puerta á la celda de tu cuerpo para no salir fuera della, y la puerta de la lengua para no hablar, y la ventana interior de tu ánima para no dar entrada á los espíritus sucios. La calma y el sol de medio día declaran la paciencia del marinero, y la falta de las cosas necesarias la del quieto solitario: porque aquél enfadado de la calma se echa en las aguas, mas éste fatigado con la accidia se va á lo poblado. No temas las ilusiones que el demonio pretende hacerte con algunos sonidos ó estruendos hechizos: porque el verdadero llanto no sabe qué cosa es temor

de carne, ni se da nada por él. Aquéllos cuya ánima sabe orar de verdad, hablan con Dios rostro á rostro, como quien habla con el rey al oído: mas aquéllos cuya boca ora, son semejantes á los que hablan al Rey delante del senado: mas los que moran en el siglo, son como los que estando en medio del pueblo desasosegado, hablan al rey como de lejos. Y si tú estás diestro en esta arte de orar, entenderás muy bien esto que dijimos. Asiéntate como en una atalaya en lo más alto de tu ánima, y dende ahí examina y mira á ti mismo diligentemente (si sabes hacer este oficio) y entonces entenderás de qué manera, y en qué tiempo, y por cuál parte, y cuántos, y cuáles son los ladrones que quieren entrar en tu viña y hurtar los racimos della. Cuando el hombre se cansare con el trabajo de manos, levántese y haga oración: y después asentándose torne á continuar varonilmente el trabajo de la primera obra. Quería un varón experimentado tratar destas materias sutil y diligentemente: mas temió no divertir con esto y hacer negligentes á los obreros de la virtud, tratando estas cosas con demasiada subtileza: porque muchas veces acaesce que el ánima vehementemente ocupada en la inteligencia de las cosas dificultosas se entibia en el aprovechamiento de las sanctas afecciones y devotos ejercicios. El que disputa de la quietud sutil y diligentemente y con suma sciencia, por el mismo caso desafía y provoca contra sí á los demonios, que como soberbios desean más probar sus fuerzas en lo más fuerte. Porque ninguno puede tan claramente descubrir las malicias y artes innumerables de empecer que los demonios tienen, como este tal: porque el que alcanzó esta manera de quietud solitaria, tiene gran conoscimiento de la profundidad de las obras y misterios divinos. Mas no llegará á esta profundidad, si primero no hubiere oído ó visto los desasosiegos y estruendos de las ondas y de los vientos deste mar, y sufrido parte destos trabajos. Confirma esto que dijimos el grande apóstol S. Pablo, el cual si no hubiera sido llevado al paraíso (como á una secretísima quietud) nunca por cierto oyera los secretos y misterios que oyó. El oído del ánima quieta recibirá de Dios grandes cosas. Por lo cual esta sanctísima quietud decía en Job: ¿Por ventura piensas que mi ánima recibirá dél grandes cosas? Quieto solitario es aquél que de tal manera sin aborrescimiento de nadie huye de todos (por no cortar el hilo de la divina dulcedumbre) como otro alegre y promptamente busca la compa-

ñía de todos. Anda, ve y distribuye todos tus bienes, y repártelos con los monjes pobres y enfermos para que ellos te ayuden con el socorro de sus oraciones á alcanzar esta solitaria quietud, y toma tu cruz á cuestas por medio de la obediencia, y lleva sobre ti fuertemente la carga de la mortificación de la propria voluntad, y entonces ven y sígueme, y llevarte he á la posesión desta beatísima y sosegadísima quietud, y enseñarte he (estando en carne mortal) á imitar la esclarescida conversación y obras de las intelectuales virtudes, que son los ángeles. Éstos nunca se hartan en los siglos de los siglos de alabar al Criador, ni tampoco se harta éste que ha ya entrado en el cielo de la quietud, de hacer el mismo oficio. No tienen cuidado aquéllos (como son substancias espirituales) de las cosas corporales, ni tampoco lo tienen éstos, que aunque naturalmente sean corporales, mas con la virtud se han levantado ya sobre la naturaleza frágil y corruptible. No están aquéllos solícitos de negocios de hacienda ni de dineros, ni éstos temerosos de las persecuciones y azotes de los espíritus malos. No tienen aquéllos espíritus celestiales deseo de alguna criatura visible: ni éstos terrenos juntamente y celestiales tienen apetito de alguna vista ó cosa sensible. Nunca desisten aquéllos de arder en caridad, ni éstos de contender con ellos en este mismo ejercicio. No ignoran aquéllos las riquezas de su aprovechamiento, ni éstos del todo ignoran la subida de su amor. Y así no desistirán de trabajar, hasta llegar á la gloria de los serafines: ni se cansarán, hasta llegar á ser como ángeles por imitación de su pureza. Bienaventurado el que esto espera: y mucho más bienaventurado el que hubiere de ser lo que espera: y ángel será cuando hubiere alcanzado lo que espera.

De diversas diferencias y grados que tiene la quietud.

NOTORIA cosa es que en todas las maneras de estados y disciplinas hay diversidad de grados, de voluntades y de paresceres: porque no todas las obras de los hombres son luego perfectas, ó por falta del fervor y diligencia con que se han de hacer, ó por falta de virtud, que cuando es imperfecta, hace también sus obras imperfectas. Pues conforme á esto decimos que hay diversos grados entre aquéllos que entran en este puerto de

la soledad, ó (por mejor decir) en este piélago y abismo, pues para muchos así lo es. Hay pues algunos que escogen la vida solitaria para que como flacos se ayuden della para enfrenar su lengua y los movimientos y pasiones de su cuerpo. Otros hay inclinados á ira, los cuales viviendo en compañía de otros, no la pueden sojuzgar, y por esto quieren morar solos. Otros hay que hacen esto por ser de ánimos levantados y soberbios, por lo cual se determinan de navegar por su proprio parescer y consejo antes que por el magisterio de otro. Otros lo hacen, porque puestos en medio de los objectos de las cosas materiales y terrenas, no pueden abstenerse del deseo dellas: y por esta causa huyen á la soledad. Otros hay, que hacen esto para que con el aparejo de la quietud se empleen con mayor fervor y estudio en servicio de Dios. Otros, por azotar y afligir sus cuerpos por los pecados cometidos más secreta y más libremente. Otros también habrá que hagan esto por alcanzar crédito y gloria con los hombres. Hay también otros (si con todo eso cuando venga el hijo del hombre halle algunos déstos sobre la tierra) los cuales escogieron esta sancta y solitaria quietud por gozar de los deleites divinos y por la sed ardentísima que tenían del amor y dulcedumbre divina. Los cuales no se pusieron en esto hasta que primero dieron libelo de repudio á todo género de accidia: porque este vicio se tiene por un linaje de fornicación en la vida solitaria.

Según la flaca sabiduría que me es dada, como maestro y edificador poco sabio, he contado y asentado los grados desta escalera espiritual: agora vea cada uno en cuál destos grados está. Quiero decir, mire si escogió esta vida por vivir por su proprio parescer, ó por alcanzar gloria de los hombres, ó por la soltura de su lengua, ó por el desenfrenamiento de su ira, ó por huir las ocasiones de los apetitos y aficiones desordenadas, ó por tomar venganza de su cuerpo y de sus culpas, ó por vivir con mayor fervor de espíritu, ó por alcanzar el suavísimo fuego de la divina caridad. Entre los cuales grados se puede también aquí decir que los primeros serán postreros, y los postreros primeros: pues éstos que á la postre puse pretenden el más alto fin de todos. Siete son las obras de la semana deste presente siglo (que son las que habemos señalado) de las cuales unas son aceptas á Dios, y otras no. Mas entre éstas la octava (que es la postrera de las que aquí referí, la cual significa el estado del siglo advenidero, porque sale

de la cuenta de la semana desta vida) es como una imagen y primicias de la vida bienaventurada que en él se vive. Mire cautamente el monje solitario las horas y tiempos á que suelen comúnmente acudir las bestias fieras (que son los demonios) á hacer daño en su hacienda: porque de otra manera no les podrá armar convenientes lazos. Si ya perfectamente se apartó de ti aquella mala hembra á quien diste libelo de repudio (que es la acidia) no será necesario el trabajo para contra ella: mas si todavía porfiada y desvergonzadamente te acomete, no veo cómo puedas descansar. ¿Qué es la causa por que no hubo menores lumbreras en los monesterios de los Tabenensiotas (que fundó S. Pacomio) que en el desierto de Escitia, donde estaban aquellos bienaventurados Padres anacoritas que vivían en soledad? El que entiende esto, entiéndalo: porque yo ni lo puedo decir, ni quiero proseguir esta hondura del repartimiento de las gracias y obras de Dios. Hay algunos, que entienden en mortificar y diminuir sus vicios: y otros, que viviendo en los monesterios, perseveran en cantar psalmos y oraciones: y otros, que puestos en el profundo de la soledad, se ocupan atentamente en el ejercicio de la divina contemplación. Pues según la cualidad de los grados que en esta escalera espiritual pusimos, podrá cada uno determinar la cualidad y valor destos ejercicios: y el que por virtud de Dios tiene capacidad para entender y ejercitar algo desto, téngala, y aprovéchese della. Hay algunas ánimas negligentes que habitan en los monesterios, las cuales hallando allí alguna ocasión para su flojedad y pereza, vinieron á caer perfectamente en el despeñadero de su perdición. Otros hay por el contrario, que desterraron y sacudieron de sí esta flojedad y negligencia con la compañía y buen ejemplo de los otros: lo cual no solo acaesció á los religiosos tibios y negligentes, mas también á los diligentes que con el ejemplo de los buenos se esforzaron y pasaron adelante. De la misma regla y discreción podemos usar entre los que viven en soledad. La cual recibiendo á muchos que al principio eran buenos, después los reprobó, declarándolos por hombres que holgaban de regirse por su proprio parescer y de vivir donde pudiesen hacer su propria voluntad: por lo cual procuraron esta manera de vida. Á otros recibió de tal manera, que los hizo solícitos y fervientes con el temor de Dios y con la memoria y cuidado del divino juicio y de las penas del infierno.

Ninguno de los que sienten en sí perturbaciones de furor, ó de soberbia, ó de hipocresía y fingimiento, ó de memoria de injurias se atreva ni aun á ver las pisadas de la quietud y vida solitaria: porque no venga por esto á recibir mayor daño, cayendo en alguna locura ó engaños del enemigo. Mas el que está limpio destas perturbaciones, él conoscerá lo que le conviene: aunque no él solo (según pienso) sino ayudado del consejo de los sabios. Las señales, ejercicios y argumentos de los que acertadamente escogieron la quietud de la vida solitaria, son éstas: Tranquilidad de ánimo libre de las ondas de las perturbaciones del siglo, purísima intención, arrebatamiento en Dios, afición y castigo perpetuo del cuerpo, memoria continua de la muerte, oración incesable y insaciable, guarda inviolable de sí mismo (que á ningún género de ladrones está descubierta) muerte de la lujuria, olvido de toda mortal afición que no fuere según Dios, muerte del mundo, esto es, de todos los apetitos mundanos, hastío de la gula, abundancia de sabiduría, fuente de discreción, lágrimas promptas y aparejadas en todo tiempo, continuado silencio, y cualesquier otras virtudes que sean conformes á la soledad y contrarias á la muchedumbre que suele ser amiga de murmuraciones y parlerías. Mas las señales de los que escogen este estado indebidamente, son éstas: Falta de riquezas espirituales, ira demasiada, memoria de la injuria recibida, diminución de la caridad, espíritu de hinchazón y de soberbia, temor pueril y desordenado, y otros males que de aquí se siguen, los cuales de propósito callaré. Y pues la materia ha llegado á estos términos, parésceme necesario tratar aquí también de los que viven debajo de subjeción y obediencia. porque con ellos principalmente hablo en este libro. Pues los que deste número legítima y puramente se aplican á esta hermosísima virtud, éstas son las señales que (según la determinación de los sanctos Padres) han de tener: las cuales llegan á debida perfeción en su tiempo, mas cada día crescen y se hacen mayores, conviene saber: Acrescentamiento de aquella primera humildad con que entraron en la religión, diminución de la ira (porque ¿qué otra cosa se puede esperar después de evacuada la hiel de la soberbia sino ésta?) ejercicio de la caridad, destierro de los vicios, liberación del odio que nasce de la reprehensión, mortificación de toda deshonestidad y regalo, muerte de la accidia, acrescentamiento del fervor, amor de la misericordia, ignorancia

de toda soberbia (que es virtud que pocos alcanzan) aunque de todos meresce ser deseada. Cuando falta el agua á la fuente, no se puede llamar fuente: y claro está de ver lo que de aquí se sigue, conviene saber, que no merescerá nombre de religioso quien no tiene estas condiciones de religioso. La mujer que no guarda fe á su marido, ensucia su cuerpo: mas el ánima que no guarda la profesión y asiento que hizo con Dios (que fué de renunciar todas las cosas, por vacar á Él) esta tal ensucia su espíritu. Y lo que se sigue de aquella primera culpa, es deshonra, odio, castigo, y (lo que es más miserable) apartamiento y divorcio: mas lo que de estotra se sigue, son torpezas, olvido de la muerte, insaciabilidad del vientre, derramamiento de los ojos, obras de vanagloria, sueño demasiado, dureza de corazón, insensibilidad del ánima, plaza de pensamientos, cautiverio del corazón, turbación de pasiones, desobediencia, contradición, infidelidad, corazón sin ninguna prenda de confianza cierta de su salud, mucho hablar, viciosas aficiones, y (lo que es más grave de todo) reputación y confianza de sí mismo, y (lo que es aun muy más miserable) un corazón sin alguna gracia de compunción, á la cual sucede (en aquéllos principalmente que no tienen ejercicio de consideración) la insensibilidad, que es madre de todas las caídas y especialmente de la soberbia.

Tres vicios de los ocho capitales suelen principalmente acometer á los que viven en obediencia, que son, ira, invidia y luxuria: mas los otros cinco, que son, soberbia, vanagloria, accidia, avaricia y gula, suelen más ordinariamente combatir á los seguidores de la soledad. El solitario que pelea contra la accidia, muchas veces gana menos con esto: porque gasta en esta lucha el tiempo que fuera más bien empleado en la oración y contemplación, con que se vence mejor esta pasión. Estando yo una vez en la celda asentado y cargado deste vicio en tanto grado, que pensaba en dejar la celda, viniendo ciertos hombres á visitarme, y alabándome como á solitario con grandes alabanzas, y predicándome por bienaventurado, luego en ese punto el espíritu de la vanagloria hizo huir de mí al de la pereza: con lo cual quedé maravillado de ver cómo este mal abrojo es contrario á todos los espíritus buenos y malos. Está atento en todas las horas á mirar los movimientos desa esposa y perpetua compañera tuya (que es tu carne) así los que llaman primeros movimientos (que son sin

culpa) como los que se siguen después déstos (que pueden ser con culpa) y asimismo las pasiones y apetitos más vehementes y las contradiciones que suele haber entre ellos, cuando unos quieren uno, y otros otro: todo esto se ha de mirar para que el hombre se conozca, y se repare con tiempo, y acorte los pasos al enemigo. El que por virtud del Espíritu Sancto alcanzó la verdadera paz y tranquilidad del ánimo, éste solo entiende muy bien por experiencia todas estas materias. El principal negocio desta quietud solitaria es dar de mano y sacudirse de todos los otros negocios, ora sean lícitos, ora ilícitos: no porque los lícitos sean malos, sino porque pueden ser impeditivos de otro bien mayor, si no es cuando caen debajo de precepto y obligación. Porque de otra manera, si abrimos la puerta indiscretamente á unos, por allí también se colarán otros y otros. La oración del solitario no sea perezosa, sino devota y continua y una perpetua ocupación del ánima con Dios, mediante una ardentísima caridad, la cual ha de ser tan constante y tan fija, que ningunos ladrones la puedan robar. Imposible es que el que nunca jamás aprendió letras, pueda leer: pero muy más imposible es que el que no libertó su corazón de cuidados y congojas, pueda tener perfecta oración y contemplación.

Estando yo una vez en uno de estos sanctos ejercicios con un ardentísimo deseo de Dios, vine á quedar fuera de mí, y á parescerme que estaba entre los ángeles, donde el Señor con los rayos de su luz alumbraba mi ánima deseosa de su presencia. Y preguntando yo á uno dellos de qué manera estaba el hermosísimo Hijo de Dios antes que tomase nuestra forma visible, no me lo pudo enseñar, porque no le dieron licencia para ello. Y rogándole yo que me dijese de la manera que agora estaba, respondióme que estaba en la misma naturaleza y persona divina que antes, asentado á la diestra del Padre sobre todas las hierarquías y coros de ángeles. Y replicando yo qué cosa es la diestra, y el estar, y la silla en el criador, respondióme que era imposible oir esto con oídos corporales. Y encendido mi deseo más con esta respuesta, rogábale que me llegase á tiempo en que esto pudiese yo saber, aunque fuese desatándome desta carne. Á esto me respondió él que aun no era llegada la hora desto, por falta del fuego incorruptible, que es por no haber llegado tu caridad á tal estado, que esto merezca. Cómo haya esto pasado, ó estando

mi ánima dentro deste lodo, ó fuera dél, no lo puedo decir.

Cosa es dificultosa y trabajosa vencer el sueño del medio día en tiempo del estío. Por lo cual entonces principalmente nos conviene ocupar en alguna obra de manos. También sé yo que el espíritu del accidia suele ser precursor del espíritu de la fornicación, para que resolviendo y derribando al cuerpo con un pesado sueño, ensucie después nuestros cuerpos y ánimas con sueños deshonestos. Y si tú á éstos resistieres fuertemente, también los enemigos te combatirán poderosamente para hacerte huir del campo y arredrarte de la batalla, viendo que no aprovechas en ella. Mas tú ten por cierto que ninguna señal hay más clara para creer que los demonios son vencidos, que combatirnos ellos fuertemente. Cuando sales de la celda á algún negocio, trabaja mucho por conservar lo que adquiriste en ella: porque suelen las aves volar de presto y salirse de casa, cuando hallan la puerta abierta. Y cuando esto así se hace, nada nos aprovecha la quietud. Un pelito muy pequeño turba la vista, y un cuidado muy pequeño la quietud del ánima. Porque la verdadera quietud es dejar á parte todas las obras de los sentidos y imaginaciones y despedirse de todos los cuidados (aunque sean lícitos) para vacar á solo Dios de tal manera, que el que de verdad alcanzó la quietud, viene muchas veces á olvidarse aun de comer su pan y de las necesidades de su carne. Porque no miente aquél que dice: El que quiere presentar su ánima pura delante de Dios y por otra parte se deja prender de cuidados, semejante es al que se esfuerza por andar á priesa, y por otra parte ata fuertemente sus pies con un lazo. Pocos hay que hayan llegado á la cumbre de la filosofía y sabiduría del mundo: mas muy más pocos son los que han llegado á la cumbre desta celestial filosofía de la quietud: la cual por gusto y experiencia sabe qué cosa sea quietarse interiormente y reposar en Dios, y cantar con el profeta: En paz juntamente dormiré y descansaré. El que aun no tiene conoscimiento vivo y amoroso de Dios, no está apto para esta quietud: porque pasará en ella muchos peligros. Esta sancta quietud que para los que son dignos es saludable, suele ahogar á los ignorantes y indignos. Porque el hombre naturalmente es perezoso para las obras en que no toma gusto: y como éstos no hayan gustado la dulzura de Dios, vienen á gastar el tiempo en distraimientos de corazón (con que el demonio los prende) y en tristezas y tedios espi-

rituales y en otros desordenados movimientos del ánima. El que hubiere llegado á la hermosura de la perfecta oración, éste huirá de la gente como el onagro (que es el asno salvaje) porque ¿quién sino esta virtud libertó este piadoso animal y lo apartó de la compañía de los hombres? El que cercado de pasiones mora en el desierto, con grande atención mira cómo y de qué manera les haya de resistir. Para lo cual vale el dicho de aquel sancto Gergio Arselaíta (que tú, Padre reverendo, conosces) el cual siendo yo nuevo y rudo y enseñándome él cómo me había de aparejar para la quietud, me dijo estas palabras: Notado he que el espíritu de la vanagloria y de la carnal concupiscencia suelen principalmente por la mañana combatir los monjes, y al medio día el de la accidia, ira y tristeza: mas á la noche (que es el tiempo de la refección de los monjes) acometen los tiranos sucios del vientre, que son los demonios de la gula. Más vale el pobre súbdito que vive en obediencia, que el monje solitario que se distrae con diversos cuidados y perturbaciones. El que dice haber entrado en el estado de la quietud con deliberación y consejo, y con todo esto no examina cada día lo que en este estado gana, sin duda ó no lo tomó con este consejo, ó está tomado del vicio de la soberbia. Quietud es asistir siempre ante Dios con una perpetua y atentísima devoción y reverencia, estando siempre (en cuanto sea posible) adorándolo, y reverenciándolo, y ofresciéndole sacrificio de alabanza y obediencia en el altar de su corazón. Trabaja porque la memoria de Jesú esté uñida con tu espíritu, y entonces conoscerás cuán grande sea la utilidad de la quietud. La culpa propria del súbdito obediente es hacer su voluntad, y la del monje solitario es cesar de la oración. Si te alegras sensualmente con la venida de los religiosos á tu celda, sábete que estando en ella no vacas á Dios, sino al accidia. Séate ejemplo de perseverancia en la oración aquella viuda del Evangelio, que importunamente era perseguida de su adversario: mas ejemplo de quietud te sea aquel grande solitario Arsenio, semejante á los ángeles. Acuérdate pues, oh solitario, del ejemplo deste celestial solitario, el cual muchas veces despedía á los que á él venían, por no dejar lo que era más por lo menos. Cierto es que los demonios suelen persuadir á unos curiosos visitadores y amigos de andar de una parte á otra, á que vayan muy á menudo á visitar á los muy dados á ejercicios de la quietud, para que por esta vía interrumpan el ejercicio destos

obreros de Dios. Nota pues, oh muy amado hermano, los que son desta condición, y no dejes alguna vez de entristescer piadosa y religiosamente á los tales despidiéndolos de ti, porque ya podrá ser que con esta saludable tristeza vengan á emendarse. Mas con todo esto mira diligentemente no arranques la buena yerba por arrancar la mala: quiero decir, que so color desta virtud, no cierres la puerta al que por ventura con saludable sed viene á coger agua de tu fuente. Y así para esto como para todo lo demás te es necesaria la candela de la discreción.

La vida de los solitarios y también de los que viven en congregación, se ha de gobernar en todo y por todo conforme al dictamen de la consciencia y se ha de ejercitar con todo estudio, fervor y devoción. El que anda por esta carrera como debe, trabaja por enderezar y encaminar todos sus deseos, palabras y pensamientos, ejercicios, y movimientos con todo fervor y afición, obrando todas las cosas según Dios y como quien las está haciendo delante de Dios. Mas si algunas veces es salteado de los demonios y afloja en este ejercicio, argumento es que no ha llegado á la perfección de la virtud. Declararé (dijo el Profeta) mi proposición en el psalterio: esto es, el consejo de mi corazón (dice esto en persona de los que no tienen aun perfecta discreción) mas yo declararé mi voluntad á Dios en la oración, y le significaré mi necesidad, para que Él supla en mi esta falta de discreción y me enseñe lo que debo hacer en las cosas en que no estoy certificado por su ley. La fe es ala de la oración, sin la cual no puede volar á Dios, y así se vuelve á nos. Fe firme es un estado del ánima fijo y fuerte sin ninguna vacilación, de tal manera, que con ninguna adversidad pueda ser movido: lo cual pertenesce á la fe confirmada con la caridad y con la inteligencia del ánima purificada. Fiel es no sólo el que cree que Dios puede todas las cosas, sino el que también cree que podrá todas las cosas en él. La fe es dadora de cosas no esperadas: lo cual nos muestra aquel dichoso ladrón que dende la cruz alcanzó el reino. La gracia es madre de la fe, y el trabajo virtuoso y el corazón recto la confirman y hacen más perfecta. De las cuales cosas la una (que es la rectitud del corazón) es causa deste trabajo, y el trabajo de la perfección de la fe. La madre de los solitarios es esta manera de fe tan noble y fuera de toda vacilación: porque si el solitario no tuviera esta manera de fe en Dios, ¿con qué se quieta-

rá? El temor del juez hace estar al preso encerrado en la cárcel: mas el temor de Dios hace al solitario estar en la celda. Y no tiene aquél tan grande miedo á la quistión del tormento, cuanto éste tiene al examen del juez eterno. Sumo temor es necesario, oh carísimo hermano, á ti que vives en la soledad: porque no hay cosa que así ayude á vencer el accidia, perseguidora del solitario, como este sancto temor. Mira muchas veces el que está preso cuándo el juez ha de venir á la cárcel: mas este buen trabajador mira siempre cuándo ha de venir el que le ha de mandar salir desta vida. Está siempre en aquél una perpetua carga de tristeza, mas en éste una fuente de lágrimas.

Si juntamente con esto trajeres en la mano el báculo de la paciencia, presto dejarán los canes (que son los demonios) de atreverse y desvergonzarse contra ti. Paciencia es un ánimo fuerte que con ningun trabajo es quebrantado ni desordenadamente perturbado y alterado. Paciencia es estar apercebido y armado contra las vejaciones y trabajos cuotidianos. Paciencia es cortar todas las ocasiones de turbación, no tomando ni interpretando los hechos ó dichos de los otros por injuria nuestra, por estar siempre solícito y ocupado en la guarda de sí mismo. No tiene tanta necesidad este buen trabajador de mantenimiento, cuanta tiene de paciencia: porque si el mantenimiento le faltare, no dejará de recibir la corona: mas si le faltare la paciencia, perderla ha. El varón paciente es un hombre muerto antes de la muerte: porque así trabaja por no sentir las adversidades, como si ya estuviese muerto, y de su misma celda hizo monumento, donde yace sepultado. La paciencia es hija del llanto y de la esperanza: porque el que destas dos virtudes caresce, siervo es del accidia ó tristeza. Trabaje por saber el caballero de Cristo con cuáles enemigos ha de pelear de lejos y con cuáles de cerca: porque tiempos hay en que luchar con el adversario es materia de coronas, y huir de la lucha hace al hombre perdidoso. De la cual materia arriba se trató, puesto caso que estas cosas no se pueden bien enseñar por palabras: porque no es una la condición y cualidad de todos, ni todos tenemos unos mismos afectos ni de una manera, y por esto no se puede á todos dar una misma regla. Avísote que muy atentamente te guardes de un espíritu malo que en todas las cosas te combate sin cesar, en el estar, en el andar, en el asiento, en el movimiento, en la oración y en el sueño, que es el espíritu

de la vanagloria, el cual aun durmiendo nos hace soñar cosas con que después nos envanezca. Muchos de los que andan por esta carrera de la sancta quietud, trabajan por ejercitar siempre en sus ánimas aquella obra espiritual que el Psalmista significó diciendo: Ponía yo al Señor siempre delante de mis ojos, lo cual se hace andando siempre en su presencia y trayéndolo delante de sí. Para lo cual es de saber que no todos los panes espirituales de que el Espíritu Sancto nos provee con sus dones, son de una misma especie. Porque unos hay que se ejercitan en aquello que el Señor dice: Con vuestra paciencia poseeréis vuestras ánimas. Otros en aquello que en otra parte dice: Velad y haced oración. Otros en aquello que está escrito: Apareja tus obras para el tiempo de la partida. Otros en aquello que el Profeta dice: Humilléme, y libróme el Señor. Otros tienen siempre los ojos puestos en aquellas palabras que dicen: No son iguales las pasiones desta vida á la gloria advenidera que en nosotros será revelada. Otros atentísimamente están ponderando aquella palabra que dice: Entended esto los que os olvidáis de Dios, porque no venga quien os arrebate y no haya quien os libre. Todos éstos corren, mas uno es el que con menos trabajo recibe la corona (que es el que se da á la divina contemplación) porque á ella está aneja una grande suavidad. El que está ya aprovechado, no solamente obra cuando vela, sino también cuando duerme: donde muchas veces le acaesce deshonrar y injuriar á los demonios que vienen á él, y predicar castidad y limpieza á malas mujeres. No estés solícito y con cuidado de los huéspedes que han de venir á ti, ni estés muy apercebido para eso: porque el estado y vida del solitario es toda sencilla y libre de todos los cuidados y embarazos.

Ninguno de los que desean edificar la torre ó la celda de la soledad, comience á entender en eso antes que asentado y recogido en la oración entre consigo en cuenta y mire si tiene las propriedades necesarias de la perfeción que para esto se requiere: porque no le acaezca que abriendo los cimientos y no prosiguiendo la obra, dé materia de risa á los enemigos y de escándalo á los imperfectos. Examina diligentemente la dulzura y suavidad espiritual que sientes, no sea por ventura procurada por amargos médicos, ó (por mejor decir) por falsos engañadores, que son los demonios que á veces suelen hacer esto. De noche insiste mucho más en la oración y poco en el cantar de los psalmos, y

de día otra vez según tus fuerzas te apareja para lo uno y para lo otro. La lición devota ayuda mucho para alumbrar el entendimiento y recoger el espíritu derramado: porque las palabras de la Escritura son palabras del Espíritu Sancto, las cuales rigen y enderezan á los que se llegan á ellas. Tú que eres obrero, procura que la lición sirva para enseñarte cómo has de obrar, porque á esto se endereza la lición: mas si ya fueses diestro en el obrar, no te sería tan necesaria la lición. Con todo eso procura siempre alcanzar la verdadera sabiduría más con trabajos y virtudes que con libros. Ni te atrevas (hasta que estés guarnescido de especial virtud) á leer aquellos libros ó materias que en alguna cosa te pueden dañar, cuando son tales que exceden tu capacidad: porque cuando las materias son dificultosas y escuras, suelen también escurescer y confundir los flacos espíritus y entendimientos. Una sola copa de vino basta para dar noticia de una gran vasija de vino, y una palabra de un solitario á veces descubre á los que tienen sentido, todo el espíritu y perfección interior que hay en él. Trabaja por tener muy fijo y muy guardado el ojo interior del ánima contra todo género de levantamiento y presunción: porque entre los hurtos espirituales ninguno hay más peligroso que éste. Cuando sales fuera, ten gran recaudo en la lengua: porque ésta suele en poco espacio derramar y destruir muchos trabajos. Procura tener una manera de vida ajena de toda curiosidad: porque apenas hay cosa que tanto empezca á la vida del solitario como este vicio, el cual escudriñando la vida ajena hace al hombre olvidar la suya. Cuando algunos vinieren á visitarte (demás del servicio de la hospedería) trata con ellos cosas necesarias y provechosas, para que no sólo sirvas á sus cuerpos, sino también á sus ánimas. Pero si ellos fueren más sabios que nosotros, procuremos edificarlos más con silencio que con palabras. Mas si fueren hermanos y del mismo estado que nosotros, con templanza dejemos abrir la puerta del silencio: aunque mejor es tenerlos á todos por superiores. Queriendo yo una vez impedir á los nuevos en la religión el trabajo corporal (porque no les fuese impedimento y les ocupase el tiempo del ejercicio espiritual) desistí deste propósito, acordándome de aquel sancto viejo de quien se escribe que para vencer el sueño de la noche, andaba llevando y trayendo cargas de arena en un canto del hábito de una parte á otra. Así como hablamos diferentemente en el misterio de la sanctísima y

beatísima Trinidad y de la sanctísima encarnación del Hijo de Dios (porque allí ponemos una naturaleza en tres personas, y aquí una sola persona en tres naturalezas, que son, divinidad, ánima y carne) así unos son los estudios y ejercicios que convienen á la vida quieta y solitaria, y otros los que convienen á la vida de la subjeción y obediencia. Dijo aquel divino Apóstol: ¿Quién conoscerá el sentido del Señor? Mas yo digo: ¿Quién conoscerá el sentido del hombre que con el cuerpo y con el espíritu alcanzó la verdadera quietud y soledad?

CAPÍTULO Y ESCALÓN XXVIII.

De la bienaventurada virtud de la oración, y de la manera que en ella asiste el hombre ante Dios.

ORACIÓN según su condición y naturaleza es unión del hombre con Dios: mas según sus efectos y operaciones oración es guarda del mundo, reconciliación de Dios, madre y hija de las lágrimas, perdón de los pecados, puente para pasar las tentaciones, muro contra las tribulaciones, victoria de las batallas, obra de ángeles, mantenimiento de las substancias incorpóreas, gusto de la alegría advenidera, obra que no se acaba, venero de virtudes, procuradora de las gracias, aprovechamiento invisible, mantenimiento del ánima, lumbre de entendimiento, cuchillo de la desesperación, argumento de la fe, destierro de la tristeza, riqueza de los monjes, tesoro de los solitarios, diminución de la ira, espejo del aprovechamiento, indicio de la medida de las virtudes, declaración de nuestro estado, revelación de las cosas advenideras y significación de la clemencia divina á los que perseveran llorando en ella. Todo esto se dice ser la oración, porque para todas estas cosas ayuda al hombre, pidiendo y alcanzando la caridad, y la devoción, y la gracia, las cuales nos administran todas estas cosas. La oración (para aquéllos que derechamente oran) es un espiritual juicio y tribunal de Dios, que precede el tribunal del juicio advenidero: porque allí el hombre se conosce, y se acusa, y se juzga, para excusar el juicio y condenación de Dios, según dice el Apóstol. Levantándonos pues, hermanos, oyamos esta grande ayudadora de todas las virtudes que con alta voz llama y dice así: Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os esforzaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y hallaréis descanso para vuestras ánimas y medicina para vuestras llagas, porque mi yugo es suave y cura al hombre de grandes llagas. Los que nos llegamos á hablar y asistir delante de nuestro Dios, no hagamos esto sin aparejo, porque mirándonos aquel longánimo y misericordioso Señor sin armas

y sin vestidura digna de su real acatamiento, no mande á sus criados y ministros que atados de pies y manos nos destierren de su presencia y nos den en rostro con la nigligencia y interrupción de nuestras oraciones. Cuando vas á presentarte ante la cara del Señor, procura llevar la vestidura de tu ánima cosida con el hilo de aquella virtud que se llama olvido de las injurias: porque de otra manera nada ganarás con la oración. Sea todo el hilo de la oración sencillo sin multiplicación y elegancia de muchas palabras: pues con sola una se reconciliaron con Dios el publicano del Evangelio y el hijo pródigo. Uno es el estado de los que oran: pero en él hay mucha variedad y diferencia de oraciones. Porque unos hay que asisten delante de Dios como delante de un amigo y señor familiar, ofresciéndole oraciones y alabanzas, no tanto por su propria salud, cuanto por la de otros: como hacía Moisén. Otros hay que le piden mayores riquezas y mayor gloria y confianza. Otros piden instantemente ser del todo librados del enemigo. Algunos hay que piden honras y dignidades: otros, perfecta paga de sus deudas: otros, ser librados de la cárcel desta vida: otros desean tener qué responder á las acusaciones y objeciones del divino juicio.

Ante todas las cosas pongamos en el primer lugar de nuestra oración (que es á la entrada della) un sincero hacimiento de gracias: y en el segundo lugar suceda la confesión y contrición que salga del íntimo afecto de nuestro corazón: y después destas dos cosas signifiquemos nuestras necesidades á nuestro Rey y pidámosle nuestras peticiones. Ésta es una muy buena orden y manera de orar, la cual fué revelada por un ángel á uno de los monjes. Si alguna vez te viste acusado delante del tribunal de algún juez visible, no tienes necesidad de otro ejemplo para entender de la manera que has de estar en la oración delante Dios. Mas si nunca te viste en esto, ni tampoco viste á otros en este mismo auto, pon los ojos en los ruegos que hacen á los médicos los que han de ser cauterizados ó aserrados, para que de aquí aprendas la figura del ánimo con que has de orar. No uses de palabras adornadas y elegantes en la oración: porque muchas veces las palabras de los niños pura y simplemente dichas y cuasi tartamudeando bastaron para aplacar á su padre que está en los cielos. No trabajes por hablar demasiadas palabras en la oración: porque no se distraiga tu espíritu inquiriendo y buscando mu-

chas cosas que decir. Una palabra del publicano aplacó á Dios, y otra fiel palabra hizo salvo al ladrón. Hablar mucho en la oración muchas veces fué ocasión de hinchirse el ánima de diversas imágines de cosas y de perder la atención: mas hablar poco ó una palabra en la oración suele recoger más el espíritu. Cuando en alguna palabra de la oración siente tu ánima alguna suavidad y compunción, persevera en ella: porque entonces nuestro ángel ora juntamente con nosotros. No te llegues á la oración confiado en ti mismo (aunque sea grande tu pureza) sino antes te llega con suma humildad, y así recibirás mayor y más segura confianza. Y aunque hayas subido hasta el postrer escalón de las virtudes, todavía pide húmilmente perdón de los pecados, pues oyes clamar á Sant Pablo y decir: Yo soy el primero de los pecadores. La sal y el aceite suelen adobar los guisados: mas la castidad y las lágrimas levantan en alto á la oración. Si desterrares de ti la ira y te vistieres de mansedumbre, no pasará mucho tiempo sin que vengas á libertar tu ánima del cautiverio de sus pasiones. Mientra no habemos alcanzado una fija y estable manera de orar, somos semejantes á los que enseñan andar á los niños: porque así andamos poco y embarazadamente, como andan éstos. Trabaja cuanto pudieres por levantar tu espíritu á lo alto, y aun por sacarlo á veces de la inteligencia de las mismas palabras que vas diciendo, para suspenderlo en Dios, en cuanto te sea posible: y si por tu imperfección cayeres desto, trabaja por volver al mismo hilo: porque propria es de nuestra ánima esta miserable instabilidad, mas á Dios también es proprio hacerla estar fija en solo Él. Y si en este ejercicio peleares varonilmente sin cesar, presto vendrá en ti el que ponga cerco y término al mar de tus pensamientos y le diga, hasta aquí llegarás y no pasarás adelante. No es posible atar y tener preso el espíritu: mas cuando sobreviene el criador de los espíritus, todas las cosas obedescen. Si alguna vez tuviste ojos para mirar la majestad y resplandor del verdadero sol de justicia, poderle has hablar con el acatamiento y reverencia que se le debe. Mas si nunca le miraste con estos ojos, ¿cómo le hablarás desta manera?

El principio de la buena oración es despedir el hombre de sí luego á la entrada todas las olas de pensamientos que allí se levantan, con un solo secreto imperio del ánima, que de todo esto se sabe sacudir. El medio es estar todo el espíritu atento á las

cosas que dice ó que piensa. Mas el fin es transportarse y arrebatarse el hombre en Dios. Una es el alegría de la oración de los que viven en congregación y obediencia, y otra la de los que oran en soledad: porque aquélla por ventura no caresce algunas veces de imaginaciones y fantasías, mas ésta toda está llena de humildad. Si te ejercitares y acostumbrares á traer el corazón recogido y no dejarlo salir muy lejos de casa, muy cerca de ti estará, cuando te asentares á la mesa: mas si lo dejares andar cerrero y suelto por do quisiere, nunca lo podrás tener contigo. Aquel grande obrero de grande y perfecta oración decía: Quiero decir cinco palabras sentidas en la iglesia &c. Mas esto no conviene tanto á los principiantes. Y por esto nosotros juntamente con la cualidad (que es el estudio de la devoción) juntamos también la cuantidad, que es la muchedumbre de las palabras, de que como flacos tenemos necesidad: y por lo segundo venimos á lo primero. Decía un sancto varón: Haz oración ferviente y limpia por aquél que la hace con corazón sucio y derramado.

Por lo cual es de saber que una cosa es inmundicia en la oración, y otra destierro, y otra hurto, y otra mácula. Inmundicia es asistir delante de Dios revolviendo en el corazón malos pensamientos. Destierro es ser allí el hombre preso y llevado á otra parte con cuidados inútiles. Hurto es, cuando secretamente sin sentirlo nosotros se divierte y derrama nuestra atención. Mácula es cualquier ímpetu de pasión que en aquel tiempo nos sobreviene, el cual amancilla nuestra oración. Cuando hacemos nuestra oración en compañía de otros, procuremos recoger nuestro corazón y despertar interiormente nuestra devoción sin muestras exteriores. Mas si estamos solos (donde no hay ocasión de alabanzas humanas ni temor de los ojos de quien nos mira) aprovechémonos también de figuras y gestos exteriores para ayudar á la devoción: como son herir los pechos, levantar los ojos al cielo, prostrarnos en tierra, extender los brazos en cruz, y otras cosas semejantes: porque muchas veces acaesce que el espíritu de los imperfectos se levanta con esto y se conforma con los movimientos exteriores. Todos los que desean alcanzar mercedes del Rey, y señaladamente los que piden remisión de sus deudas, tienen necesidad de grande contrición y sentimiento de corazón. Si nos tenemos por presos en la cárcel, oyamos al que dice á Pedro: Cíñete la cinta de la obediencia, y descálzate los zapatos

de tus proprias voluntades, y desnudo y libre dellas llégate al Señor, pidiéndole en tu corazón el cumplimiento de su sola voluntad, y él luego vendrá en ti y tomará en su mano el gobernalle de tu ánima para regirla. Y levantándote del amor del siglo y de la corrupción de los deleites, despide de ti los cuidados superfluos, aparta las imaginaciones y niega tu mismo cuerpo. Porque no es otra cosa oración sino alienación y apretamiento de todo este mundo visible y invisible: esto es, que con tanta atención te conviertas á Dios, que te olvides de todas las cosas. Por lo cual decía el profeta: ¿Qué tengo yo que ver en el cielo, ni qué quise yo de ti sobre la tierra, sino allegarme siempre á ti por medio de la oración y sin alguna distración? Unos hay que desean riquezas, otros honra, otros otras cosas mortales y terrenas: mas á mí todo mi bien y mi deseo es allegarme á Dios y poner en él la esperanza de mi tranquilidad, la cual él solo me puede dar. La fe es ala de la oración, sin la cual no puede volar al cielo. Los que estamos subjectos á diversas pasiones y perturbaciones, hagamos instantemente oración á Dios: porque todos los que así la hecieron, llegaron á este puerto de la bienaventurada tranquilidad después de pasado el golfo destas pasiones y perturbaciones. Acordémonos de aquel juez del Evangelio, que aunque no temía á Dios como á Dios, mas importunado de la viuda, le hizo justicia: y no menos lo hará aquel juez soberano, si fuere importunado del ánima que por el pecado quedó viuda: porque él le hará justicia del adversario de su cuerpo, y también de los otros, que son los malos espíritus. Suele el Señor encender más en su amor á los hombres agradescidos, oyendo más presto su oración. Mas por el contrario dilata la petición de los canes, que son los ingratos: para que por este medio (atizando más con la dilación su hambre y su sed) los haga perseverar en su demanda. Porque costumbre es de los canes, si les dan luego el pan que piden, desamparar al que se lo da y irse con él. No digas después de haber estado en oración que no aprovechaste nada, porque ya aprovechaste en estar allí. Porque ¿qué cosa puede ser más alta que allegarse al Señor y perseverar con él en esta unidad? No teme tanto el que está ya condenado la pena de su condenación, cuanto teme el estudioso amador de la oración cuando asiste en ella ante la majestad de Dios, por no ofender allí los ojos de Aquél á quien se presenta: por esto el que verdaderamen-

te es sabio y entendido, con la memoria deste ejemplo puede sacudir de sí en este tiempo todo género de pasión, de ira, de congoja, de derramamiento de corazón, de cansancio, de hastío y de cualquier otra tentación ó pensamiento desvariado.

Aparéjate para la oración con perpetua oración (que es con traer siempre el corazón recogido y devoto) y desta manera entrarás luego en calor comenzando á orar, y aprovecharás mucho en poco tiempo. Conoscí yo algunos que resplandescían en la virtud de la obediencia y que procuraban con todas sus fuerzas traer siempre á Dios en su memoria, los cuales corrían ligeramente al estudio de la oración, donde muy presto recogían su espíritu y derramaban de sí fuentes de lágrimas: porque ya estaban para esto aparejados por medio de la sancta obediencia. Cuando cantamos en el coro los psalmos en compañía de otros, suelen inquietarnos las imaginaciones más que cuando oramos en soledad: pero con todo eso aquella oración es ayudada con el fervor y ejemplo de los otros, y estotra muchas veces combatida con el vicio del accidia. La fidelidad del caballero para con su capitán se descubre en la guerra: mas la caridad del verdadero monje para con Dios se conosce en la oración, si está en ella como debe. De manera que la oración es la que declara el estado y disposición en que tu ánima está. Por lo cual con mucha razón dicen los teólogos que ella es un verdadero espejo del monje. El que se ocupa en alguna obra y no quiere desistir della llegado el tiempo de la oración (no siendo obra de obligación) entienda que padesce engaño del enemigo: porque la intención suya es hurtarnos esta hora con los impedimentos y negocios de otra. Cuando alguno te pide que hagas oración por él, no te excuses, aunque no hayas alcanzado la virtud de la oración: porque muchas veces la fe y humildad del que pide, fué causa de salud al que oró. Asimismo no te ensoberbezcas por haber sido de Dios oído cuando oraste por otro: porque la fe de aquél has de creer que valió para con Dios. Suelen los maestros pedir cada día cuenta á los mochachos de lo que una vez les enseñaron: y Dios en cada oración nos pide justamente cuenta de la gracia que nos dió, para ver en qué las empleamos y cómo la agradescemos. Por lo cual habemos de mirar solícitamente que algunas veces (cuando más atentamente oramos) los demonios nos tientan de ira: lo cual hacen por privarnos del fructo de la oración. En todos los ejerci-

cios de las virtudes, y señaladamente en el de la oración, conviene ejercitarnos con grande vigilancia y atención: y entonces el ánima llega á orar desta manera, cuando ha llegado ya á estar señora de la ira. No desconfíes cuando se dilatare el cumplimiento de tus peticiones: porque la hacienda que se ganó con muchas oraciones, con mucho tiempo y con mucho trabajo, más segura es y más durable. El que ha llegado ya á poseer al Señor, no tiene tanto que hacer en disponerse para la devoción: ca el Espíritu Sancto ruega dentro dél con gemidos que no se pueden declarar: porque Él es el que le hace orar desta manera. No admitas en la oración visiones y figuras sensibles, porque no vengas á perder el seso y salir de ti. Tiene otra virtud la oración, que en ella misma se descubren grandes indicios de haber sido recibida y oída nuestra petición: con lo cual queda el hombre libre de muchas perplejidades y angustias. Si eres amigo de la oración, séaslo también de la misericordia: porque ésta hará que seas misericordiosamente de Dios oído, pues tú también por Él oíste al prójimo. En la oración reciben los monjes aquel ciento por uno (que el Señor prometió aun en este siglo) con la abundancia de los bienes que allí se dan: y después recibirán la vida eterna. El fervor del Espíritu Sancto, con que á veces el hombre es visitado, despierta la oración: y después que la ha despertado y llevado al cielo, Él se queda en nuestra ánima y se aposenta en ella. Dicen algunos que es mejor la oración que la memoria de la muerte: yo con todo eso alabo en una persona dos substancias, y así también alabo en un mismo ejercicio estas dos virtudes: puesto caso que la oración (absolutamente hablando) sea más excelente, porque se llega más á Dios hablando con él, y está más cerca de la contemplación, y por ella también se alcanzan muchas cosas que se piden: lo cual no tiene la memoria de la muerte, aunque para otras valga mucho. El buen caballo cuanto más entra en la carrera, más hierve y más desea pasar adelante. Por esta carrera entiendo el cantar de los psalmos, y por este caballo el monje que los canta, el cual mientra más entra en esta espiritual carrera, más se enciende en devoción y más desea pasar adelante. Y este tal caballo es el que dende lejos huele la guerra y así aparejándose con tiempo para ella, se hace enexpugnable al enemigo.

Cruel cosa es quitar el agua de la boca del que tiene sed:

pero más cruel cosa es apartarse de la oración el ánima cuando ora con un grande afecto de compunción, y privarse deste tan dulce estado y tan digno de ser deseado antes que perfectamente se acabe esta oración. Y por tanto nunca te apartes de la oración hasta que veas perfectamente acabado por divina dispensación el fuego y el agua que allí se te dió, que es el fervor de la caridad y el agua de la compunción: porque por ventura en toda la vida no hallarás otro lance tan aparejado para negociar el perdón de tus pecados como éste. Muchas veces acaesce que el que ha comenzado á gustar de Dios en la oración, pierde con una palabra lo que tenía en las manos, y ensucia su ánima, y estando en la oración no halla lo que desea, como solía: y por esta palabra entiendo, ó algún pensamiento desvariado que allí recogimos, ó por ventura alguna palabra de jactancia que después de aquella hora hablamos. Una cosa es contemplar con el corazón las cosas celestiales y divinas, y otra es que el mismo corazón á manera de príncipe ó de pontífice haga oficio de mirarse á sí y examinar los animales que ha de ofrecer á Dios en sacrificio, que son las pasiones que ha de mortificar y las obras de justicia que ha de hacer, para que se conozca á sí mismo y entienda todo lo que se hace. Algunos hay (como dice Gregorio Teólogo) que viniendo sobre ellos el fuego del Espíritu Sancto, de tal manera los abrasa, que los purifica, porque aun no estaban bien purgados: mas otros hay á quien este divino fuego (después de purgados) alumbra según la medida de su perfección: pôrque este mismo fuego unas veces es fuego que consume, y otras lumbre que alumbra. De donde nasce que algunos acabando su oración, salen della como de un horno de fuego que los ha purgado, y así sienten en su ánima una manera de alivio y descargo del peso de sus culpas: puesto caso que desto no se puede tener evidencia cierta. Mas otros hay que salen della llenos de luz y vestidos de dos vestiduras: conviene saber, de alegría y de humildad. Mas los que han orado y no salen de la oración con alguno destos afectos, pueden conjecturar de sí que han orado á manera de judíos, más con el cuerpo que con el espíritu. Si el cuerpo llegándose á otro cuerpo contrario recibe dél alguna impresión ó alteración, ¿cómo no la recibirá el que con manos inocentes se llega al sacratísimo cuerpo de Cristo? Muy bien podemos contemplar por nosotros mismos á nuestro celestial y clementísimo

rey conforme á la semejanza de algún rey terrenal, el cual algunas veces por sí mismo, y otras por otras secretas maneras hace mercedes á los suyos, conforme á la cualidad de la humildad que en nosotros halla, según la cual se reparten y comunican estos dones. Así como es abominable al rey de la tierra el que estando delante dél habla familiarmente con los enemigos dél, así también lo es el que asistiendo delante de Dios en la oración abre por su voluntad la puerta á pensamientos sucios. Cuando se llegare á ti este perverso can, hiérelo con las armas espirituales: y si todavía perseverare ladrando desvergonzadamente, no ceses de herirle. Pide mercedes á Dios por medio del llanto, busca por la obediencia y llama por la longanimidad: porque el que desta manera pide, recibe: y el que así busca, halla: y al que así llama, le abren.

Si estando en oración quieres rogar á Dios por alguna mujer, mira que esto sea con tal recaudo y discreción que el demonio no te saltee de través y te robe el corazón. Asimismo cuando en la oración lloras y acusas tus pecados, sea de tal manera que no tomes ocasión con la representación y imágines dellos para enlazarte en alguna pasión. Cuando se llega el tiempo de la oración, no has de tratar allí de los cuidados necesarios, ni de otros negocios peregrinos, aunque sean buenos, porque no te robe aquel ladrón lo que es mejor con esta ocasión: sino cerrada la puerta á todas estas cosas (como dice el Señor) ora á tu padre en escondido. El que trae continuamente el báculo de la oración en la mano para sostenerse en él, no tropezará: y si le acaesciere tropezar, no cairá del todo: porque la oración le ayudará á levantar, pues ella es la que piadosamente hace fuerza á Dios. Cuánta sea la autoridad de la oración (entre otros argumentos) no es el menor ver los impedimentos y imaginaciones que el demonio nos representa el tiempo que estamos cantando los psalmos en comunidad: porque no haría esto aquel perverso enemigo si no sintiese el gran provecho que de ahí nos viene. También se conosce el fructo desta virtud con la victoria deste mismo enemigo y de sus tentaciones: porque como dice el profeta, en esto, Señor, conoscí que me quesiste, en que no consentiste alegrarse mi enemigo sobre mí. En el tiempo de la batalla (dice el psalmista) clamé, Señor, á ti con todo mi corazón: esto es, con mi cuerpo, y con mi ánima, y con mi espíritu: porque donde están estos dos postreros

ayuntados, allí está el Señor en medio dellos. Ni los ejercicios corporales ni los espirituales igualmente convienen á todos, sino unos más á unos, y otros á otros. De aquí nasce que unos se hallan mejor con cantar más apriesa, y otros más de espacio, porque los unos con lo uno se defienden del distraimiento de los pensamientos, y los otros dicen que con esto guardan mejor la disciplina de la religión. Si continuamente hicieres oración al rey del cielo contra tus enemigos, ten esfuerzo y confianza: porque antes de mucho tiempo y trabajo ellos mismos de su propria voluntad se irán de ti: porque no querrán aquellos impuros y malos espíritus darte ocasión y materia de tantas coronas con sus tentaciones, y demás desto ellos huirán azotados con el azote de la oración. Ten siempre fortísimo ánimo y constancia en este ejercicio, y así tendrás á Dios por maestro de tu oración, porque Él te enseñará cómo has de orar. Nadie puede aprender con palabras á ver, porque esto es cosa que naturalmente se hace y no se aprende. Y así digo yo que nadie puede perfectamente aprender por doctrina de otro cuánta sea la hermosura de la oración, ca ella tiene en sí misma á Dios por maestro, el cual enseña al hombre la sabiduría, y da oración al que ora, y bendice los años y obras de los justos.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XXIX.

Del cielo terrenal, que es la bienaventurada tranquilidad, y de la perfección y resurrección espiritual del ánima antes de la común resurrección.

ANOTACIÓN SOBRE ESTE CAPÍTULO XXIX.

PARA entendimiento deste capítulo es de notar que el autor, como se llega ya al fin del libro y al postrer escalón de la perfección desta escala espiritual, así trata en este capítulo del estado perfectísimo de los sanctos y de las virtudes perfectísimas dellos, que se llaman virtudes heroicas ó virtudes del ánimo ya purgado. Para lo cual es de saber que en la virtud se consideran tres grados. El uno al principio, cuando obrando pelea fuertemente contra las pasiones que le resisten: el cual grado aun no merece nombre de virtud por la dificultad del obrar. El segundo al medio, que es cuando mortificadas ya las pasiones, obra con facilidad el bien que hace. Lo cual es proprio de la virtud que obra con promptitud y suavidad. Hay otro supremo después déste, que es de la virtud cuando ha llegado al término de su perfección: el cual es de los hombres divinos (que están ya purgados de todas las heces y escorias de las pasiones y de toda la afición de las cosas terrenales) cuyas virtudes se llaman heroicas y virtudes de ánimo ya purificado, cuales fueron las virtudes de algunos grandes sanctos. Pues destas tales virtudes trata en este capítulo este sancto varón. Y aunque estas virtudes no sean de todos, todavía se ponen aquí para que entendamos hasta dónde puede levantar la divina gracia á los hombres en esta vida, y así veamos lo que perdemos por nuestra negligencia, y también para que nos humillemos y abajemos la cerviz de nuestra soberbia, viendo cuán lejos estamos desta tan grande perfección que muchos sanctos alcanzaron. Y no piense el hombre que porque alguna vez llegue á tener alguna virtud ó algún acto de virtud que en algo se parezca con éstas, que ya

ha llegado á este felicísimo estado: porque una cosa es poseer todas ó cuasi todas las virtudes con perpetuidad en este grado, y otra es llegar alguna vez á tener alguna virtud semejante á éstas: pues dijo Aristóteles que alguna vez acaesce que la vida del sabio parezca en un momento tal cual es eternalmente la vida del primer principio. Desta materia vea quien quisiere á S. Tomás en la 1. 2. q. 61. ar. 5. Adonde hallará cosas aun más altas que las que en este capítulo se dicen, y aun algunas dichas por boca de gentiles.

VEIS aquí cómo nosotros estando en un profundísimo lago de ignorancia y puestos en medio de las perturbaciones escuras y de la sombra de la muerte deste miserable cuerpo, con grande atrevimiento y osadía queremos comenzar á filosofar deste cielo erreno, que es de la bienaventurada tranquilidad. Este cielo que vemos está hermoseado con estrellas, y no menos está adornada esta bienaventurada tranquilidad con el ornamento de las virtudes. Porque ninguna otra cosa pienso que es esta tranquilidad, sino un íntimo y espiritual cielo de nuestra ánima (á donde no llegan las impresiones peregrinas y turbulentas que se crían en la media región de nuestra sensualidad) en el cual cielo puesta el ánima del varón perfecto, desprecia todos los engaños de los demonios como cosa de escarnio. Aquél pues de verdad y propriamente posee esta tranquilidad ó impasibilidad, que purgó ya su carne de toda mácula de corrupción y levantando su espíritu sobre todas las criaturas, olvidándose de todas ellas, subjectó á sí todos sus sentidos (no usando dellos sino conforme á razón) y asistiendo siempre con su ánima ante la cara del Señor, trabaja sobre la medida de sus fuerzas por llegarse más y más á Él, haciéndose una misma cosa por amor, contemplación y imitación dél. Otros hay que difinen esta bienaventurada tranquilidad diciendo que es resurrección del ánima antes de la resurrección del cuerpo, dando á entender que no era otra cosa este estado sino un traslado y imitación de aquella pureza y vida de los bienaventurados en cuanto (según la condición desta mortalidad) es posible. Otros dicen que esta virtud es imperfecto conoscimiento de Dios: el cual es tan alto, que tiene el segundo lugar después del conoscimiento de los ángeles.

Pues esta perfecta perfección de los perfectos (según me dijo uno que la había gustado) de tal manera sanctifica el hombre y así lo arrebata y levanta sobre todas las cosas terrenas, que después que ha entrado en este puerto celestial, la mayor parte desta vida carnal gasta en estar absorto y arrebatado en Dios, de manera que su conversación es (como el Apóstol dice) en los cielos. Del cual estado habla muy bien en un lugar aquél que lo había experimentado, diciendo: Grandemente, Señor, han sido levantados y ensalzados los dioses fuertes de la tierra: donde llama dioses á estos divinos hombres que están levantados sobre todas las cosas. Tal fué uno de aquellos sanctos Padres de Egipto, de quien se escribe que cuando algunas veces (orando en compañía de otros) levantaba las manos en alto, se quedaba así alienado de los sentidos sin abajarlas. Así como también se lee del beatísimo Padre Sisoy que por esta causa, orando con otros, no osaba levantar las manos en alto.

Hay entre estos bienaventurados uno más perfecto que otro. Porque unos hay que aborrescen grandemente los vicios, y otros hay que insaciablemente están enriquescidos de virtudes. También la castidad se llama en su manera tranquilidad, y con razón: porque es como unas primicias de la común resurreción y de la incorrupción de las cosas corruptibles. Esta tranquilidad mostró que tenía el Apóstol, cuando dijo que poseía en su ánima el sentido del Señor. Y esta misma enseñó que poseía aquel glorioso Antonio, cuando dijo que ya no había miedo á Dios: porque la perfecta caridad había echado fuera el temor. Y lo mismo mostró que tenía aquel glorioso Padre Efrén de Siria, el cual viéndose en este estado, rogó á Dios que le volviese y renovase las batallas antiguas, por no perder la ocasión y materia de las coronas. ¿Quién así entre aquellos Padres gloriosos alcanzó esta tranquilidad antes de la gloria advenidera como este Siro? Porque siendo entre los profetas tan esclarescido el Rey David, dijo: Concédeme, Señor, un poco de refrigerio. Mas este glorioso caballero hallábase muchas veces tan lleno deste celestial refrigerio, que no pudiendo la flaqueza del subjeto sufrir la grandeza desta consolación, decía: Detén, Señor, un poco las ondas de tu gracia.

Aquella ánima ha llegado á poseer esta virtud, que así está transformada, inclinada y aficionada á las virtudes, como los hombres muy viciosos á sus vicios. Por donde si el fin del vicio

de la gula es llegar á tal extremo, que sin tener alguna gana de comer se incite el hombre á comer y á romper el vientre con manjares, el fin de la abstinencia será haber llegado á tan grande templanza, que aunque tenga hambre, se abstenga del manjar cuando lo pide la razón, por estar ya la naturaleza libre y no subjeta al desorden de los apetitos. Y si el fin de la lujuria es llegar el hombre á tan gran furor y encendimiento de carne, que se aficione á las bestias mudas y á las pinturas sin ánima, éste será sin duda el fin de la heroica y perfecta castidad, guardar sus sentidos tan inocentes en todas las cosas que viere, como si caresciesen de ánima. Y si el fin de la avaricia es, nunca verse el hombre harto ni dejar de allegar, aunque se vea muy rico, éste será el fin de la perfecta pobreza, no hacer caso ni darse nada aun por las cosas necesarias al cuerpo. Y si el fin de la acidia es carescer de paciencia en cualquier descanso y reposo que el hombre tenga, el fin de la paciencia será que en cualquier tribulación que se hallare, piense que tiene descanso. Y si la cumbre de la vanagloria es fingir el hombre muestras y figura de sanctidad (aunque no esté presente nadie que lo alabe) el fin de la perfecta humildad será no alterarse nuestro corazón con movimientos de vanagloria en presencia de los que nos están honrando y alabando. Y si el piélago de la ira es embravescerse el hombre consigo solo, aunque no haya quien lo provoque á ira, éste será el abismo de la longanimidad, conservar la misma tranquilidad de ánimo así en presencia como en ausencia del que nos deshonra y maldice. Y si es especie de perdición ó de soberbia ensoberbescerse el hombre con un vil hábito y despreciado, argumento será de muy saludable humildad conservar el ánima humilde en medio de las grandes dignidades y hechos ilustres. Y si es argumento de hombre perfectamente vicioso obedescer al demonio en todas las cosas que nos propone, éste será indicio de la beatísima tranquilidad, poder decir con eficacia: No conoscía yo al maligno, ni cuando se desviaba de mí, ni cuando iba, ni cuando venía, porque para todas sus cosas estaba yo como insensible.

El que ha merescido llegar á este estado viviendo en la carne, tiene dentro de sí á Dios que lo rige y gobierna en todas sus palabras, y obras, y pensamientos conforme á su sanctísima ley: puesto caso que no por esto decimos que se haga el hombre impecable. Y este tal puede ya con el Profeta decir: Oiré lo que

habla en mí el Señor Dios: cuya doctrina es sobre todas las sciencias y doctrinas. Y enseñado y aficionado desta manera, dice con el mismo Profeta: ¿Cuándo vendré y paresceré ante la cara de mi Dios? Porque ya no puedo sufrir la fuerza y eficacia deste deseo, y por eso busco aquella hermosura inmortal que antes del lodo desta carne determinaste dar á mi ánima, cuando para esto la criaste. El que en tal estado vive (por no gastar muchas palabras) vive él, mas ya no él, porque vive en él Cristo: como dijo aquél que había batallado buena batalla, y acabado su carrera, y guardado la fe. No basta una sola piedra preciosa para hacer della una corona real: mas aquí no bastan todas las virtudes para alcanzar esta tranquilidad, si en una sola fuéremos negligentes. Imaginemos agora pues que la tranquilidad es el mismo palacio real que está en el cielo, y que dentro desta noble ciudad al derredor del palacio están muchos aposentos y habitaciones. Mas el muro desta celestial Hierusalem entendamos que es el perdón de los pecados: porque á lo menos aquí ha llegado el que está perdonado. Corramos pues agora, hermanos, corramos, porque merezcamos gozar de la entrada y aposento deste palacio real. Mas si fuere tan grande nuestra miseria, que impedidos por alguna carga, ó pasión, ó tibieza nuestra, no pudiéremos llegar aquí, á lo menos trabajemos por ocupar alguna morada cerca deste tálamo y palacio divino. Y si aun esto nos impide nuestra tibieza y negligencia, á lo menos procuremos ser recibidos dentro deste sagrado muro. Porque el que antes del fin de la vida no entrare en él, después vendrá á morar en el desierto y soledad de los demonios y de los vicios. Por lo cual oraba aquel sancto que decía: Con ayuda de mi Dios pasaré el muro. Y otro en persona de Dios decía: Vuestros pecados atravesaron un muro entre vosotros y Dios. Rompamos pues, oh hermanos, este muro, el cual con nuestra desobediencia edificamos. Procuremos recibir aquí el finiquito de nuestras deudas: porque en el infierno ni hay quien sane, ni quien las pueda perdonar. Démonos priesa pues, hermanos, y entendamos en el negocio de nuestra profesión: porque para esto estamos escritos en la nómina de nuestro celestial emperador, para pelear en esta guerra. No nos excusemos con la carga de nuestro cuerpo, ni con la condición del tiempo, ni con ser tan deleznable nuestra naturaleza: pues todos los que fuimos lavados y reengendrados en el baptismo, recibimos poder

para hacernos hijos de Dios. Desocupaos, y mirad, y conosced (dice el Señor) que yo soy Dios, yo soy vuestra tranquilidad, y redempción de los vicios: al cual sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

Esta sancta tranquilidad levanta de la tierra al espíritu humilde, y del estiércol de los vicios al pobre: y esta liberación de los vicios es la limpieza del corazón. Mas la excelentísima y siempre venerable caridad los junta con los príncipes del pueblo del Señor y los asienta con los espíritus angélicos.

CAPÍTULO Y ESCALÓN XXX.

De la unión y vínculo de las tres virtudes teologales fe, esperanza y caridad.

Después de todo lo que hasta aquí habemos tratado, se siguen las tres virtudes fe, esperanza y caridad: con las cuales están uñidas y trabadas todas las otras virtudes y dones del Espíritu Sancto. Porque todas ellas se ordenan á estas tres, y estas tres enderezan, informan y perfecionan á todas ellas. Entre las cuales la mayor es la caridad, pues el mismo Dios se llama caridad: aunque Él es caridad increada. La primera destas tres virtudes es como rayo que procede de aquella verdad increada, para alumbrar nuestro entendimiento. La segunda, que es la esperanza, me paresce que es como lumbre, con la cual el corazón es alumbrado para esperar las promesas divinas. La tercera, que es la caridad, es como un círculo perfecto, el cual incluye dentro de sí todas las virtudes: pues es motivo de todas ellas y á todas comunica su perfección. Finalmente la primera puede todas las cosas en Dios, la segunda anda siempre al derredor de su misericordia y libra el ánima de confusión, y la tercera permanesce para siempre y nunca deja de correr: porque el que deste bienaventurado furor está tocado, no puede ya reposar.

El que determina hablar de la caridad, determina hablar de Dios, y querer hablar de Dios es cosa peligrosa y perpleja á los que no miran cautamente la empresa que toman en las manos. Dios es caridad: y por eso quien determina de hablar del fin desta virtud, siendo él ciego, se hace semejante al que quiere medir el arena de la mar. Caridad según su cualidad es semejanza de Dios, según que en los hombres se puede hallar. Porque caridad es una semejanza participada del Espíritu Sancto, el cual esencialmente es Amor del Padre y del Hijo. de donde nasce que con ninguna virtud se hace el hombre más semejante á Dios que con ésta. Mas según su eficacia, caridad es una saludable embriaguez que dulcemente transporta al hombre en Dios y lo saca de sí. Mas según su propriedad, ca-

ridad es fuente de fe, abismo de longanimidad y mar de humildad, no porque ella sea causa destas virtudes cuanto al esencia dellas: mas eslo cuanto al ejercicio de sus actos. Porque la caridad todo lo cree, todo lo espera y en todo humilla á aquél que la tiene. Finalmente la caridad perfecta es destierro de toda mala intención y pensamiento: porque la caridad (como dice el Apóstol) no piensa mal. La caridad, y la tranquilidad, y el espíritu y adopción de hijos de Dios, en solos los nombres se distinguen: porque así como la lumbre, el fuego y la llama concurren en una misma obra, así también lo hacen estas tres virtudes. Según la medida ó la falta de la divina luz, así tiene el ánima el temor de Dios. Porque el que del todo está sin ningún género de temor, ó está lleno de caridad, ó está muerto en su ánima. Verdad es que de la perfecta caridad nasce el verdadero y sancto temor de Dios, el cual también acrescienta el mismo amor de donde nasce.

No será cosa desordenada ni fuera de propósito si tomaremos ejemplos de las cosas humanas para declarar la cualidad de los sanctos deseos, del temor, del fervor, del celo, de la servidumbre y del amor de Dios. Pues según esto, bienaventurado aquél que así anda hierviendo día y noche en el amor de Dios, como un furioso enamorado del mundo anda perdido por lo que ama. Bienaventurados aquéllos que así temen á Dios, como los malhechores sentenciados á muerte temen al juez y al ejecutor de la sentencia. Bienaventurado aquél que anda tan solícito en el servicio de Dios, como algunos prudentes criados andan en el servicio de sus señores. Bienaventurado aquél que con tan grande celo vela y está atento en el estudio de las virtudes, como el marido celoso en lo que toca á la honestidad de su mujer. Bienaventurado aquél que de tal manera asiste en su oración, como algunos ministros asisten delante de su rey. Bienaventurado aquél que así trabaja por aplacar á Dios y reconciliarse con él, como algunos hombres procuran aplacar y buscar la gracia de las personas poderosas de que tienen necesidad.

No anda la madre tan allegada al hijo que cría á sus pechos, como el hijo de la caridad anda siempre allegado á su Señor. Aquél que de verdad trae siempre delante de los ojos la figura del que ama, y lo abraza en lo íntimo de su corazón con gran deleite, ni aun entre sueños puede reposar: mas entonces le paresce que ve al que desea y que trata con él. Esto pasa en el amor de los cuer-

pos, y lo mismo también pasa en el amor de los espíritus. Con esta saeta estaba herido aquél que decía: Yo duermo (por la necesidad de la naturaleza) y vela mi corazón, por la grandeza del amor. También debes de notar, oh fiel y sancto varón, que cuando el ciervo ha muerto las bestias ponzoñosas (para lo cual dicen que tiene natural virtud) entonces principalmente este espiritual ciervo cobdicia y desfallesce deseando al Señor, abrasado con el fuego de la caridad y herido con la saeta del amor. La causa de la hambre no es muy fácil de averiguar: mas la causa de la sed es más clara y notoria, porque todos saben que el ardor del sol es causa della. Por lo cual aquél que ardientemente deseaba á Dios, decía: Tuvo sed mi ánima de Dios que es fuente viva. Si la presencia y rostro de aquél que de verdad amamos, nos altera y quitada toda tristeza nos hinche de alegría ¿qué hará la cara del Señor, cuando invisiblemente entra en un ánima pura y limpia de toda mancilla? El temor de Dios (cuando sale de lo íntimo del corazón) suele derritir y consumir toda la escoria de nuestra ánima (por donde oraba el Profeta diciendo: Enclava, Señor, mis carnes con tu temor) mas la sancta caridad la suele abrasar y del todo consumir, según aquél que dijo: Heriste nuestro corazón, heriste nuestro corazón. Otros hay á quien hace alegres y hinche de resplandor y de luz, conforme á lo que dice el Profeta: En él esperó mi corazón, y así fuí yo por él ayudado, y mi carne con esto refloresció, y mi rostro con el alegría del corazón reverdesció. Mas cuando ya todo el hombre está uñido con la divina caridad y todo (si decir se puede) amasado con ella, entonces exteriormente muestra una claridad y serenidad, la cual resplandesce en el cuerpo como en un espejo claro. Y esta gloria sensible alcanzó señaladamente aquel grande contemplador de Dios Moisén. Los que á este grado han llegado (el cual hace de los hombres ángeles) muchas veces se olvidan del manjar corporal: antes muy pocas veces tienen apetito dél: lo cual no es mucho de maravillar. Porque si muchas veces una pasión vehemente (como es una tristeza grande ó cosa tal) hace al hombre olvidar del comer, no es mucho que quien ha gustado deste manjar incorruptible, se olvide de las necesidades naturales del cuerpo corruptible, pues está ya por gracia levantado sobre toda naturaleza. Ca el cuerpo está ya hecho como incorruptible después de purgado con la llama de la castidad, con la cual se apagaron las otras llamas de

apetitos: de donde viene que muchas veces ni aun en el mismo manjar que comen, reciben gusto. El agua que está debajo de la tierra, mantiene y riega las raíces de las plantas: mas las ánimas déstos se sustentan y riegan con el fuego de la caridad.

El acrescentamiento del temor es principio de la caridad: mas el fin de la castidad es disposición para la celestial teología, que es el conoscimiento de Dios. Porque (como dice el Profeta) los apartados y destetados de la leche (que es de los afectos y deleites desta vida) son especialmente enseñados por Dios. Aquél cuyos sentidos y potencias están perfectamente uñidas con Dios, éste es por Él secretamente en lo íntimo de su ánima instruído y enderezado. Mas los que no están con Él ayuntados, no podrán hablar sin peligro dél: pues á los tales reprehende Él por su Profeta diciendo: Al pecador dijo Dios: ¿porqué tú enseñas mis justicias y tomas mi testamento en tu boca? Aquel Verbo substancial y no criado perfeciona la castidad de nuestra ánima, mortificando la muerte con su presencia, y siendo esta mortificada, luego el discípulo de la teología es ilustrado de Dios. Porque el Verbo de Dios (que procede de Dios) casto es y castificador de las ánimas, el cual permanesce en los siglos de los siglos. Mas el que no conosce á Dios (con esta manera de conoscimiento experimental) cuando habla de Dios, habla dél seca y escolásticamente. Mas la virtud de la castidad perfecta hace á su discípulo verdaderamente sabio, y como tal afirma y confiesa el misterio de la sanctísima Trinidad que en su ánima resplandesce. El que ama á Dios también ama á su prójimo, y esto segundo es argumento de lo primero. El que ama á su prójimo, no sufrirá que se murmure dél en su presencia. El que dice que ama á Dios y con esto se aíra contra su hermano, semejante es al que estando soñando piensa que corre.

La esperanza es fortaleza de la caridad, porque por esta virtud espera ella su galardón. La esperanza es abundancia de riquezas invisibles. La esperanza es tesoro antes del tesoro. Ésta es descanso de los trabajos, ésta es puerta de la caridad, ésta es cuchillo de la desesperación, ésta es imagen y representación de las cosas absentes. La falta de la esperanza es destierro de la caridad. Mas por el contrario así como amanesció la esperanza viva, comenzó á aparescer la caridad. Con la esperanza se alivian los trabajos y se suspenden las fatigas, y ésta es la que anda siempre

al derredor de la misericordia de Dios, y esta misericordia al derredor del que en Él espera. El monje abrazado con la esperanza es vencedor de la accidia, de la cual triunfa con el cuchillo que ésta le pone en las manos. Esta manera de esperanza viva procede de la experiencia de los dones celestiales: porque el que éstos no ha experimentado, no carece de duda y perplejidad en su esperanza. Esta misma esperanza se enflaquesce con la ira, porque la esperanza no confunde ni echa en vergüenza al que espera, lo contrario de lo cual hace la ira, que pone en vergüenza al hombre airado.

La caridad es dadora de profecía, la caridad es obradora de miraglos, la caridad es abismo de luz, la caridad es fuente de fuego, el cual cuanto más cresce, tanto más consume y abrasa el ánima sedienta. La caridad es madre de la paz, fuente de sabiduría, raíz de inmortalidad y de gloria. La caridad es imitación y estado de los ángeles y aprovechamiento de los siglos (que es de todos los escogidos) cuyo aprovechamiento se mide por la caridad. Dinos pues agora, oh hermosa entre todas las virtudes, ¿dónde apascientas tus ovejas, y dónde duermes al medio día? Alumbra (rogámoste) nuestras ánimas, riégalas y guíalas en este camino: porque ya deseamos subir á ti, porque tú tienes señorío sobre todas las cosas, y tú agora heriste mi ánima y lo íntimo de mis entrañas, y no puedo esconder esta llama. ¿Adónde iré cuando te haya alabado? Tú tienes señorío sobre el poder del mar de nuestro corazón y amansas y mortificas las ondas de sus pasiones. Tú humillas y hieres la soberbia de nuestros pensamientos, y con el brazo de tu virtud desbarataste tus enemigos, haciendo enexpugnables á tus amigos. Deseo pues saber de qué manera te vió Jacob arrimada á lo alto de aquella escala. Ruégote quieras enseñar á este cobdicioso preguntador cuál sea la especie desta celestial subida, cuál el modo y cuál sea la disposición y conexión destos espirituales grados, los cuales el verdadero amador tuyo dispuso y ordenó en su corazón para subir por ellos. Deseo también saber cuál sea el número dellos y cuánto el tiempo que para esta subida se requiere: porque el que por experiencia trabajó en esta subida y vió esta visión, nos remitió á los Doctores que nos lo enseñasen, y ó no quiso, ó no pudo decirnos cosa más clara. Á estas voces mías la caridad como una reina que bajaba del cielo, me paresció que decía en los oídos de mi ánima: Oh

ferviente amador, si no fueres desatado de la grosura y materia de ese cuerpo, no podrás entender cuál sea mi hermosura: y la causalidad y orden que las virtudes tienen entre sí, te enseñarán la composición desta escala. En lo alto della estoy yo asentada, como lo testificó aquél grande conoscedor de los secretos divinos cuando dijo: Agora permanescen estas tres virtudes, fe, esperanza y caridad; mas la mayor de todas es la caridad.

Subid pues, oh hermanos, subid ordenando alegremente los escalones desta subida en vuestro corazón, acordándoos de aquél que dice: Venid, y subamos al monte del Señor y á la casa de nuestro Dios, el cual hizo nuestros pies ligeros como de ciervos y nos puso en lugar alto, para que seamos vencedores en este camino. Corred, ruégoos, con aquél que dice: Démonos priesa por salir todos á recibir al Señor en unidad de fe y del conoscimiento de Dios, hechos un varón perfecto, según la medida de la edad de la plenitud de Cristo. El cual siendo de treinta años según la edad visible, está puesto en el trigésimo grado desta escala espiritual según la edad invisible: pues Dios es caridad, como dijo S. Juan. A Él sea alabanza, á Él imperio, á Él fortaleza, á Él ser causa de todos los bienes: así como fué y será en los siglos de los siglos. Amén.

FINIS

IMPRESO EN LISBOA

EN CASA DE IOANNES BLAVIO DE COLONIA

Á XXX DÍAS DE FEBRERO

DE 1562 AÑOS.

SÍGUENSE UNAS ORACIONES

Y

EJERCICIOS DE DEVOCIÓN

MUY PROVECHOSOS

RECOPILADOS DE DIVERSOS Y GRAVES AUCTORES

POR

EL R. P. FRAY LUIS DE GRANADA

de la Orden de Sancto Domingo.

1555

ANDRÉS DE BURGOS IMPRESOR DE LIBROS

AL CRISTIANO LECTOR.

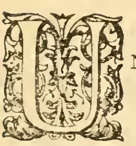
QUERIENDO estos días, cristiano lector, imprimir este tan preciado libro de *Contemptus mundi* para servicio deste arzobispado de Évora, donde (por la gracia de Dios y por la providencia de tal pastor cual su Majestad nos dió) en tantas partes floresce la virtud y la devoción, paresció-me que con ninguna cosa te podía hacer este libro más agradable que con acompañarle con algunas *Oraciones y Ejercicios de Devoción,* recopilados de diversos y graves auctores por el Reverendo Padre Fray Luis de Granada. Porque pues la oración y la lición son los dos principales pies con que se anda este camino del cielo, parescía cosa conveniente juntarse el uno con el otro: para que en un pequeño y solo libro tuviese el piadoso lector bastante recaudo de todo lo que le convenía para esta jornada. Y porque á unos agrada la oración mental y á otros la vocal, aquí hay de unas y de otras, para que cada úno halle aquí recaudo de lo que más le convenga. Y así este pequeño volumen terná por una parte lugar de escriptura para leer, y lugar también de Horas para rezar y ejercitarse en sanctas oraciones y meditaciones.

Sea Dios contigo, cristiano lector, para que goces por muchos años de nuestros trabajos, y tengas por bien de favorescerlos.

De Évora á siete de Octubre de mil y quinientos y cincuenta y cinco años.

AVISO

PARA ESTA PRIMERA MANERA DE ORACIÓN Y EJERCICIO.



NA de las principales excelencias que tiene la oración, es, que en ella se pueden ejercitar en su manera los actos de muchas virtudes, y señaladamente de aquellas que son más espirituales y más divinas. Porque cuando el hombre levanta su espíritu á la consideración de las cosas espirituales (que es al conocimiento de Dios y de sí mismo) y cuando con toda atención y devoción se pone á hablar con Dios, y derramar su corazón delante dél, y tratar del remedio de sus miserias y necesidades, allí es necesario que entrevengan los actos de muchas destas excelentes virtudes. Porque allí el hombre se humilla ante aquella soberana Majestad, allí cree, allí espera, allí ama allí teme, allí reverencia, allí adora, allí alaba, allí da gracias, por los beneficios recebidos, allí se resigna y ofrece en las manos de Dios, allí se acusa y arrepiente de sus pecados, allí propone la emienda dellos, allí se confirma y determina más en el bien, allí pide gracia y fuerzas para ello, y allí finalmente ruega no solamente por sí, sino también por todos sus prójimos, por los vivos, por los muertos, por los pobres, por los enfermos, por los encarcelados y cautivos, y por todos sus amigos, parientes y bienhechores, ejercitando en esto las obras de piedad y misericordia, y socorriendo á todos con el sufragio de sus oraciones, que no es de poco mérito delante Dios, ni de pequeña eficacia para el remedio de los prójimos. De donde nace que con el ejercicio de la oración queda el ánima muy aprovechada y ennoblecida: porque así como con el ejercicio y uso de las obras viciosas queda más estragada y corrompida, así con el de los actos de las virtudes que aquí entrevienen, queda más ennoblecida y perfecionada. Y como sea verdad lo que los teólogos dicen, que los hábitos de las virtudes crescan con el ejercicio de sus actos (porque toda obra virtuosa tiene poder para augmentar y perfecionar la virtud de do procede, ora sea aquisita, ora infusa) de aquí se sigue que

ejercitándose en la oración todos estos actos de virtudes, que también hayan de crecer y perfecionarse juntamente las virtudes de do proceden. Y así mientra más el hombre se da á la oración, más perfecto y más virtuoso se hace.

Pues por esta causa entre muchas maneras que hay de ejercicios y oraciones, aquella parece más conveniente y provechosa, en la cual entrevienen actos destas virtudes, cual es la del ejercicio siguiente (como parecerá claro á quien atentamente lo mirare) el cual es sacado del libro llamado *Institución de Vida espiritual,* que compuso un religioso Padre de la Orden de S. Benito. Por lo cual querría que lo tuviesen por muy encomendado todos los amadores de virtud y devoción.

Y para mayor provecho de los tales va repartido en los dos capítulos siguientes: en el primero de los cuales se pone la teórica dél, y en el segundo la prática. Cada uno escoja lo que mejor le estuviere, porque en este género de cosas, aquella es mejor que más arma á cada uno, y en que siente mayor provecho. Pero podrá el que comienza proceder los primeros días por la segunda vía, rezando esta oración con la mayor atención y sosiego que pudiere. Y si después con el uso de leer cada día unas mismas palabras sintiere algún hastío ó poco gusto, puede pasarse á la primera, que se ejercite con solo el corazón y con aquellas palabras que el espíritu de la devoción administra: las cuales como cada día son nuevas, cada día traen nuevo gusto y nueva luz al que ora. Y en la una manera y en la otra tenga el hombre este aviso, que siempre pare y se detenga en aquello que hallare más gusto y más provecho, aunque no llegue al cabo del ejercicio: porque más aprovecha un solo paso profundamente considerado, que muchos pasados así ligeramente y de corrida.

SÍGUESE

UN MUY DEVOTO EJERCICIO DE ORACIÓN

PARA CADA DÍA

SACADO DEL LIBRO LLAMADO INSTITUCIÓN DE LA VIDA ESPIRITUAL, QUE COMPUSO UN MONJE DE S. BENITO. EN EL CUAL EL ÁNIMA DEVOTA, HABLANDO DULCEMENTE CON SU CELESTIAL ESPOSO, SE EJERCITA EN LOS ACTOS DE MUCHAS Y MUY PRINCIPALES VIRTUDES.

AUNQUE el caballero nuevo en la vida espiritual siempre deba (cuanto sufren las fuerzas de la humana flaqueza) andar dentro de sí, pero debe cada día tener algún espiritual ejercicio, presentándose ante su celestial Rey y Emperador, y trabajando por unirse con Él, buscando para esto hora conviniente y haciendo poca cuenta de tener ó no tener sensible consolación.

Y aunque haya muchas maneras de ejercicios, quiero aquí poner uno muy provechoso: en el cual podrá el que de nuevo comienza, ejercitarse en las cosas siguientes.

Lo primero, recogidas todas las fuerzas y sentidos del ánima, prostrarse ha el hombre en espíritu ante los pies del Salvador, y lamentará allí dulce y húmilmente todos sus pecados, arrojándolos en el abismo de las misericordias divinas, para que allí sean consumidos y vueltos en nada. Tenga voluntad y deseo de corazón de nunca haber ofendido á Dios: para que por esta vía de tal manera merezca serle agradable, como si nunca le hubiera ofendido. Después desto proponga con su gracia evitar y huir todo lo que al Señor desagrada. Pida serle perdonados los pecados por los méritos de Cristo, y de su Madre, y de todos los sanctos. Pida ser bañado en la sangre preciosa de Cristo, para ser sano y sancto. Desta manera podrá confiar haber alcanzado remisión y perdón de sus pecados.

Lo segundo, hecho esto levante su espíritu, y brevemente dé una vuelta por la vida y muerte del Señor, haciéndole gracias por ella.

Lo tercero, ponerse ha en el más bajo lugar de todas las criaturas, colocándolas á ellas en el más alto. Y abrazando á todas con entrañable caridad & despidiéndose de todas, enteramente se renuncie en la voluntad de Dios y se ofrezca presto y aparejado para sufrir cualquier adversidad que le enviare. Todo esto trabaje hacer de verdad y sin ninguna ficción. Pero si para decirlo aun no se halla muy entero, dígalo á Dios como pudiere, porque esto basta para contentarle.

Lo cuarto, pida á Dios las cosas que son necesarias para llegar á estar íntima y enteramente unido con Él. Y para alcanzar esta gracia pondrá por intercesores á la gloriosísima Virgen Madre de Dios y á todos los demás cibdadanos del cielo.

Y acuérdese de rogar por todos aquéllos por quien nuestro Señor Jesucristo tuvo por bien ofrecerse en vivo sacrificio á su Padre. Desta manera también él ofrezca sus oraciones así por los cristianos como por los infieles, compadesciéndose entrañablemente de aquéllos que con sus pecados tienen deslucida y afeada la lindísima imagen de Dios en sus almas impresa, y se han privado y desheredado de la eterna bienaventuranza y de un tal reino como es el del cielo. También se compadescerá mucho de las ánimas de los fieles defunctos que aun están en purgatorio pagando su pena. Desta manera tendrá cuidado de todos los que son de la casa y familia de Dios, deseándoles el bien con todo su corazón. Porque por esta vía muy en breve alcanzará que Dios le sea propicio y clemente.

Lo quinto y último, endereszará su oración á la Sanctísima Trinidad, diciéndole loores y alabanzas con deseo de decirlas muy más perfectamente de lo que las dice ó puede decir. Lo cual es de mucho mérito. Porque cuanto es el deseo que el hombre tiene de bien hacer, tanto le toma Dios en cuenta, recibiendo la buena voluntad en lugar de la obra que no pudiere hacer. Así que tan grandes sean nuestros deseos delante de Dios, cuan grandes querríamos que fuesen. En fin deste ejercicio, el que en él se ejercitare, podrá aspirar y anhelar amorosamente á Dios, deseando con abrasados deseos estar unido con Él.

CAPÍTULO II.

En el cual se pone en plática el ejercicio susodicho.

MAS para mayor claridad deste ejercicio, quiero ponerlo en plática, explicándolo de la misma manera que se podrá hacer.

Oh Cristo Jesú, Señor y Dios mío, ¿qué diré? Hinco las rodillas de mi corazón, y reconozco mis pecados, porque de verdad pequé y hice mal en vuestra presencia. Pequé contra vos, benignísimo hacedor mío, pequé contra vos, dulcísimo redemptor mío, y contra vos, muy amable bienhechor mío. ¡Ay, ay de mí, que siempre fuí contra vos desleal y desagradescido! Vilísimo soy, polvo y ceniza soy, nada soy. Señor, misericordia, misericordia, misericordia. Pues ¿qué haré sino arrojar en vuestras muy preciosas llagas todas las maldades, negligencias y desórdenes mías? Y aunque ellas sean gravísimas & innumerables, todas juntas las echo en el inmenso fuego de vuestro amor y las hundo en el abismo sin suelo de vuestras misericordias. ¡Oh Señor, y quién nunca os hobiera ofendido! ¡Oh quién nunca hobiera impedido lo que por vuestra gracia quisiérades obrar en mí! ¡Oh quién hubiera andado siempre á vuestro gusto, obedesciendo siempre á vuestra voluntad y á las inspiraciones que me enviábades! Yo, Señor, propongo con vuestra gracia evitar dende agora todo lo que os desagrada, estando aparejado para antes morir, que para haber de ofenderos. Ea, piadoso Señor, sedme propicio por los méritos de vuestra sanctísima Humanidad, y de la sacratísima virgen María, y de todos vuestros escogidos. Bañadme en vuestra sangre preciosa & limpiadme del todo, sanadme y sanctificadme entera y perfectamente.

Oh Señor, yo os adoro, alabo & glorifico: yo os bendigo y doy infinitas gracias por todas las mercedes y beneficios que me habéis hecho. Hijo de Dios vivo y Dios altísimo, yo os hago gracias, porque amándome con caridad sin medida, quesistes haceros hombre por mí, quesistes nascer en un establo por mí, y que siendo niño os envolviesen en pañales, y que os fajasen y acos-

tasen en un pesebre, y que os amamantase vuestra madre, y después pasastes muchas necesidades y pobreza, andando treinta y tres años fatigado con millares de persecuciones y fatigas. Quesistes ser bañado en el sudor de vuestra sangre, con la ansia y agonía que teníades. Quesistes ser injuriosamente preso, indignamente atado, injustamente condenado. Quesistes ser amancillado con sucias salivas, ser herido con crueles bofetadas, ser vestido con ropa de escarnio, como si fuérades un hombre loco. Quesistes que vuestra carne sin ninguna misericordia fuese con azotes rasgada, vuestra cabeza cruelmente con espinas penetrada, vuestro cuerpo crudelísimamente con clavos crucificado, y vuestra boca con hiel & vinagre sin piedad aheleada. Vos, Señor, clarísimo hermoseador de las estrellas, estábades pendiente de una cruz desnudo, despreciado, y herido, y con inmensos dolores afligido, derramando por mí vuestra limpísima sangre, dando por mí vuestra excelentísima vida, sufriendo por mí afrentosísima muerte. Ea, dulce Jesú, única esperanza mía, haced que os ame con ferventísimo amor y que los rayos de vuestro amor penetren hasta lo íntimo de mis huesos. Extiendo los brazos de mi ánima, y con ellos abrazo la venerable cruz vuestra, besándola por vuestro honor y amor. Saludo á las rosadas y melifluas llagas, las cuales por mí indigno y vil pecador rescebistes, con las cuales estoy en vuestra preciosísima carne escripto, para que nunca jamás caiga en vos olvido de mí. Saludo, saludo, salúdoos, sacratísimas llagas de Aquél que es mi señor & mi redemptor & amador, más floridas que todas las flores del verano & más saludables que todas las medicinas del mundo.

Veisme aquí, Salvador dignísimo, yo abominable pecador me arrincono en el más bajo lugar entre todas las criaturas, pues no merezco que me sufra la tierra. Yo doy la ventaja á todos los hombres, á todos me subjecto y me hago esclavo de todos. Ensancho mi corazón cuanto puedo, y con sencilla caridad á todos quiero y amo, en especial aquéllos que me persiguen y agravian. Y por vuestro amor me despido de toda maldad y vanidad, de todo deleite y desorden, y de mi propria voluntad & proprias pasiones & malas inclinaciones. Dende aquí vuelvo las espaldas á todo lo que no es vos, por escoger á solo vos. Renúnciome enteramente en vos. Deseo y ruego que vuestro muy agradable querer sea hecho en mí & por mí en esta vida y en la otra. Ofrézcome

aparejado y á punto para sufrir con vuestra gracia y por vuestra gloria cualquier afrenta & injuria, cualquier desprecio y denuesto, y cualquier tribulación y dolor que por vos se me ofresciere. Puesto estoy para carescer de toda sensible consolación: & si así fuere, Señor, vuestro grado, no rehuyo de vivir en aquella pobreza y aflición en que vos vivistes y moristes.

Ea, suavísimo Señor, mortificad en mí todo lo que os desplace. Arreadme de vuestros méritos y virtudes. Dadme verdadera humildad, llana obediencia, alegre mansedumbre, fuerte paciencia, encendida caridad. Dad á mi lengua y á todos los miembros y sentidos de mi cuerpo perfecta continencia. Dadme pureza, desnudez, libertad interior & íntimo recogimiento. Reglad y conformad mi espíritu con el bienaventurado espíritu vuestro, mi ánima con la sancta ánima vuestra, & mi cuerpo con el purísimo cuerpo vuestro.

Aclarad, serenad & ilustrad con la luz de vuestra misericordia todo lo que está dentro de mí. Y pues yo sé que estáis en mí según vuestra divinidad, no os desdeñéis de mirar por mis ojos & oir por mis oídos, hablar por mi lengua y obrar lo que os agradare por todos los otros miembros de mi cuerpo. Cortad todos los ñudos y marañas que me son causa de no unirme perfectamente con vos. Hacedme entrar, Señor, por vuestras preciosas llagas á lo hondo de mi ánima, y trasladadme en vos, Dios mío, principio mío, para que sienta en mí la vena de las aguas vivas, para que claramente os conozca, ardientemente os ame, perpetuamente sea unido con vos, y á gloria de vuestro nombre descanse y goce pacíficamente de vos. Oídme, Señor Dios mío, no por mi voluntad, sino por la vuestra: oídme, Señor, como vos sabéis cumplir, á vuestra honra y á mi salud.

Oh María madre de Dios dulcísima, oh reina del cielo gloriosísima, acordaos de mí. Sed intercesora por mí, oh blanca azucena de la clarísima y serenísima Trinidad, para que por vos abrace yo á Jesucristo vuestro hijo con entero y perfecto amor, y sea yo un hombre hecho todo á su voluntad. Oh vosotros sanctos y sanctas de Dios & bienaventurados espíritus angélicos, socorredme. Oh flores que en ese celestial vergel nunca os marchitáis, rogad por mí, para que por vuestra intercesión agrade yo al sumo Rey en quien clara & suavísimamente contempláis, y de cuya contemplación continua y perpetuamente os alegráis.

Ea, piísimo Jesú, habed piedad de vuestra Iglesia, habed piedad de todos aquéllos por quien tan largamente derramastes vuestra sangre. Convertid á los miserables pecadores. Tornad átraer á los herejes & scismáticos. Alumbrad á los infieles que no os conoscen, hallaos en las necesidades & tribulaciones de los que las tienen. Favoresced á los que se encomendaron ó desearon encomendar en mis pobres oraciones. Favoresced á mis padres, parientes & bienhechores. Haced que todos os agraden. Dad á los vivos gracia y perdón, y á los defunctos descanso y gloria sempiterna. Por todos os ofrezco vuestra preciosa sangre, con todo lo que por nuestra salud quesistes facer y padescer, y con todos los méritos de vuestra sacratísima Humanidad.

Oh áltísima, clementísima y benignísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Sancto, Dios uno, enseñad, encaminad y ayudadme, pues tengo toda mi esperanza puesta en vos. Ea, Padre eterno, por vuestro infinito poder asentad mi memoria en vos, hinchiéndola de sanctos y divinos pensamientos. Ea, Hijo del eterno Padre, por vuestra eterna sabiduría dad claridad á mi entendimiento, haciendo que conozca vuestra suma verdad & mi propria bajeza & vileza. Ea, Espíritu Sancto, que sois amor del Padre y del Hijo, trasladad mi voluntad en vos, encendiéndola con un tan grande amor de caridad, que ninguna cosa lo pueda matar. ¡Oh quién me diera, altísima Trinidad, oh quién me diera que tan perfecta y enteramente os amara y alabara, cuan perfectamente os aman y alaban todos vuestros ángeles y todos los sanctos. Mas en la manera que puedo, magnifico y engrandezco vuestra omnipotencia sabia y benigna, bendigo y alabo á vuestra sabiduría benigna y omnipotente, glorifico y adoro vuestra benignidad omnipotente y sabia. Mas porque yo no soy suficiente para alabaros, quered vos, Señor, perfectísimamente ser alabado en mí. Esto es cierto, que si en mí solo estuviese todo el amor de todas las criaturas, de muy buena voluntad en vos solo lo emplearía y asentaría.

Oh Señor Dios, oh amado principio mío, oh esencia sumamente sencilla, sumamente serena, sumamente agradable. Oh abismo sumamente dulce, sumamente deleitoso, sumamente deseable. Oh alegre luz mía & suave alegría de mi ánima. Oh río de inestimables deleites, oh piélago de inefables consuelos, oh infinidad llenísima de todos los bienes. Oh Dios mío y todas las cosas. Oh suma abastanza mía, ¿qué puedo querer fuera de vos?

Vos sois mi bien único & inconmutable. Á vos solo debo querer, á vos solo busco y deseo. Ea pues, Señor, traedme en pos de vos. Abrasadme en el fuego de vuestro ardentísimo amor. Atended, Señor, á mi desabrigada y desfavorescida pobreza & ignorancia. Abridme, pues os llamo: abrid al huérfano que os da voces. Sumidme en el abismo de vuestra divinidad, embebedme todo, y hacedme un espíritu con vos, para que en mi ánima podáis tener vuestros deleites.

Oh buen Jesú, oh dulzura de mi corazón, oh vida de mi ánima, ¿cuándo os agradaré en todo y por todo? ¿cuándo moriré perfectamente á mí y á todas las criaturas? ¿cuándo ninguna cosa, fuera de vos vivirá en mí? Habed misericordia de mí, Señor, y ayudadme. Oh Señor Dios mío, oh amable piélago de caridad, oh clarísima luz de mi entendimiento, oh hartura y descanso de mi voluntad, ¿cuándo os amaré ardentísimamente? Oh todo mi deseo, oh toda mi esperanza, oh todo mi refugio, oh si fuese mi ánima digna de ser abrasada de vos, para que así toda su tibieza fuese consumida con el fuego de vuestro amor. Oh ánima de mi ánima, oh vida de mi vida, á vos todo deseo, y á mí todo me ofrezco, todo á todo, uno á uno, único á único. Oh si se cumpliesen en mí aquellas palabras vuestras que dejistes al Padre: Ruégote, Padre, que sean una misma cosa yo en ellos & tú en mí, para que sean consumados y perfectos en uno. Ninguna otra cosa quiero, ninguna otra deseo, ninguna otra pido sino á vos, porque vos solo bastáis para mí. Vos sois todo amable, todo deleitable & todo fiel. ¿Quién tan liberal como el que se dió á sí mismo? ¿Quién tan amoroso que á tan vil criatura quiso y amó? ¿Quién tan humilde que así inclinase & abajase su majestad? Oh Señor, que á nadie despreciáis, de nadie tenéis fastío, á ninguno de los que os buscan desecháis, sino antes le prevenís y despertáis, y le salís al camino: porque vuestros deleites son estar con los hijos de los hombres. Oh, bendíganos, Señor, los ángeles. ¿Qué hallastes en nosotros sino suciedad y pecados, porque queráis estar en nuestra compañía hasta la fin del mundo? No bastaba haber padescido por nosotros y dejarnos los sacramentos & los ángeles en nuestra compañía, sino que con todo esto, & con ser ingratos á tales beneficios, queréis todavía estar entre nosotros, porque sois tan bueno, que no os podéis negar. Hagamos pues Señor un trueque, si os place. Vos tened cuidado de mí, & yo lo tendré de vos, y

haced comigo como vos lo queréis & sabéis que me conviene, porque vuestro quiero ser y no de otro. Dadme, Señor, que ninguna otra cosa desee sino á vos, y que todo me ofrezca á vos, sin que más me vuelva á tomar.

Oh fuego que me encendéis, oh caridad que me inflamáis, oh lumbre que me alumbráis, oh descanso mío, oh refrigerio mío, oh esperanza mía, oh tesoro mío, oh vida mía. Oh amor que siempre ardéis y nunca os apagáis, ¿cuándo os amaré perfectamente? ¿cuándo os abrazaré con los brazos de mi ánima desnudos? ¿cuándo despreciaré á mí y á todo el mundo por vuestro amor? ¿cuándo mi ánima con todas sus fuerzas se unirá con vos? ¿cuándo se verá sumida y anegada en el abismo de vuestro amor?

Dulcísimo, suavísimo, amantísimo, hermosísimo, sapientísimo, riquísimo, nobilísimo, preciosísimo y dignísimo de ser amado & adorado, ¿cuando os amaré de tal manera que yo todo sea convertido en amor?

Oh vida de mi ánima, que por darme vida padescistes muerte, y muriendo matastes la misma muerte, matadme, Señor, también á mí del todo: esto es, todas mis malas inclinaciones y propias voluntades, y todo aquello que puede ser impedimento para que no viváis en mí: y después que así me hubiéredes muerto, hacedme vivir en vos: conviene saber, en vuestro amor & obediencia, guardando fielmente vuestros mandamientos & los de mis mayores. Oh buen Jesú, dadme, Señor, perfecto apartamiento & aborrescimiento de todo género de pecado & perfecta conversión de mi corazón á vos, para que en vos solo estén todos mis pensamientos, mis deseos, mi memoria y todos mis sentidos. Oh vida sin la cual muero, oh verdad sin la cual yerro, oh camino sin el cual me pierdo, oh salud sin la cual no vivo, oh lumbre sin la cual ando en tinieblas, no me dejéis, Señor, apartar de vos, pues en vos soy algo, sin vos soy nada, en vos solo vivo, & sin vos muero: en vos me cobro, y fuera de vos me pierdo. Que vivís y reináis en los siglos de los siglos. Amén.

Si á alguno paresciere largo este ejercicio, podrá repartirlo en dos ó tres tiempos del día.

SÍGUESE OTRO EJERCICIO

NO MUY DIFERENTE DEL PASADO, EL CUAL SEÑALADAMENTE PERTENESCE Á LOS QUE SE HAN YA EJERCITADO EN EL DOLOR Y ARREPENTIMIENTO DE SUS PECADOS Y EN EJERCICIOS DE PENITENCIA Y MORTIFICACIÓN, Y DESEAN ARDIENTEMENTE SER ENCENDIDOS EN EL AMOR DE DIOS.

Aviso para antes deste segundo ejercicio.

LAS dos principales virtudes en que debía tener siempre puestos los ojos el siervo de Dios, son humildad y caridad. Porque la humildad es fundamento de todas las virtudes, y la caridad es fin de toda la perfeción. Y por tanto estas dos partes siempre debían entrevenir en todos nuestros ejercicios, así por ser tan necesarias como por ser la una como correctivo de la otra. Porque la humildad es como freno de la caridad, para que no nos haga atrevidos: & la caridad es como espuelas de la humildad, para que no seamos cobardes. Verdad es que los ejercicios de la humildad aunque sean para todos, señaladamente pertenescen á los que comienzan: mas los de la caridad, á los que están ya más aprovechados & fundados en virtud & mortificación de sus pasiones. Pues para estas dos virtudes aprovecha el ejercicio siguiente, en el cual se ejercitaba una persona devota cada día. Y paresció ser bien ponerlo aquí por algunas razones, y señaladamente porque quien lo ordenó era persona lega & sin ninguna manera de letras, la cual por mano ajena escribió esto, sin mudar ni borrar nada de lo escrito, sino así como salió de la primera mano. Lo cual es muy diferente de lo que se escribe con estudio & artificio humano, donde mil veces se muda & borra lo que se face, & con todo esto apenas sucede bien. Y por esto, así como deleitan más las cosas naturales que las artificiales, así también lo hacen las cosas que se dicen y escriben con un espíritu sencillo & ajeno de toda arte, que las que se ordenan con ingenio y estudio humano. Y por esto me paresció poner aquí este ejercicio: el tenor del cual es el que se sigue, sacado fielmente palabra por palabra.

COMIENZA EL EJERCICIO

PLATICADO EN PERSONA DEL MISMO QUE LO HA DE HACER.

PUESTO ante el divino acatamiento con esa poca de reverencia que yo puedo, hincadas las rodillas, hecha la señal de la cruz y dicha la confesión general, invoco la divina gracia, rezando un Pater noster y un Ave María. Y recogido dentro de mí, considero mi gran bajeza & poquedad, & la grandeza del Señor delante dequien estoy. Pienso quién soy yo, & quién es Él: & confúndome de verme tal delante de su presencia. Veo cómo de mío nada tengo, & si alguna cosa tengo que sea propria mía, es el pecado: por el cual soy hecho nada y menos que nada. Pienso lo que soy por naturaleza, cómo soy una criatura miserabilísima, y lo que soy por culpa, por la cual soy digno de estar en los infiernos. Pasando esto por la memoria, confúndome en el abismo de mi vileza, reconosciendo cuán miserable & necesitado soy por todas partes, y cuán pecador & indigno de estar delante de tan buen Señor, al cual soy muy desconoscido por los beneficios que me ha hecho & siempre hace, y cómo tengo afeada la hermosura de su imagen que en mí crió. Con estas y otras semejantes consideraciones, que me traen en conoscimiento de mí mismo y de cuán digno soy de ser despreciado de todas las criaturas, poniéndome en el más bajo lugar del infierno y manifestando á mi Dios todas mis necesidades como á mi señor que solo las puede remediar, preséntome delante dél, pidiéndole licencia para estar en tal lugar, pues las estrellas no son limpias en sus beatísimos ojos, y las columnas del cielo tiemblan delante dél. Y así con grande tremor pido esta licencia, y más confiando en su bondad me atrevo á eso. Y considero que estoy delante dél, y que ve todas mis faltas, ofresciéndole mi pobreza y deseando emplearla en su servicio, conosciendo ser su criatura: & así le pido por su bondad que no desprecie la obra de sus manos.

SEGUNDA PARTE DESTE EJERCICIO.

Después desto pienso cómo es todopoderoso, sapientísimo y bonísimo: cómo es infinitamente glorioso & incomprehensible, á quien los más altos de los serafines no pueden comprehender. Conozco la ignorancia de mi entendimiento, que no sé cómo haya de pensar en Él, pidiéndole por su bondad que me enseñe lo que debo hacer para le agradar, pues Él es mi Dios & mi Señor, mi criador & redemptor, & mi conservador. Pienso cómo es infinitamente bienaventurado y que de ninguna cosa tiene necesidad, y cómo es digno de ser infinitamente amado. Considero su grandeza, nobleza & sanctidad, y cómo se tiene por servido que una cosa tan pequeña, tan vil & tan mala, se presente y esté delante dél, meresciendo estar en los abismos: conosciendo en esto su gran bondad y deseándole amar sumamente. Conozco cuántas obligaciones tengo para esto, demás de ser Él tan digno de ser amado: porque me veo cercado por todas partes de sus grandezas y cuasi ahogado en sus beneficios. Pienso cómo me crió de nada y me dió ser, y tan buen ser, y me conserva en él. Y sobre todo, cómo tomando mi naturaleza, se quiso hacer pequeño por engrandecerme, y quiso hacer un tan grande extremo, como fué ponerse en una cruz por me redemir y por me mostrar el amor que me tenía. Miro cuántas obligaciones tengo para le amar: y para atreverme á eso, acuérdome cómo Él mandó que le amase sobre todas las cosas: y no teniendo Él necesidad de mí, desea traerme á sí, como si yo le hobiese de hacer bienaventurado. Y hablando con Él en mi corazón, digo así: Señor Dios mío, esperanza mía y bienaventuranza mía, no me tengáis por atrevido si os pidiere vuestro amor. Porque ¿cómo no desearé yo hacer extremos por vuestro amor, si veo que vos me amáis tanto (siendo vos quien sois & yo quien soy) que por mi amor hecistes tantos extremos, que llegastes á poner la vida por mí? Pues ámeos yo, Señor mío, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, sobre todas las cosas y más que á mí: y no ame á mí, antes me aborrezca por amor de vos. Desee yo ser aborrescido, porque vos seáis amado: & muera yo por vos, pues vos moristes por mí. Arda mi corazón en llamas de verdadero amor, que suba á vos continuamente como

humo de encienso. Derrítase mi corazón & mis entrañas con el fuego de vuestro divino amor. Bien veo, Señor, que no queréis de mí otra cosa más principalmente que amor: en esto está mi voluntad conforme con la vuestra, que yo no quiero sino amaros. Mas ¿qué haré, mi Dios, que por mucho que os ame, aunque sea todo convertido en amor, siempre os quedaré debiendo? Bien veo, Señor, que ninguna cosa despreciáis, porque queréis ser amado de todos. Pues ¿cuándo os amaré con toda mi alma? ¿cuándo despreciaré á todo el mundo & á mí por amor de vos? ¿cuándo con todas las fuerzas de mi ánima os amaré y seré preso y captivo de vuestro amor? Oh buen Jesú, oh gloria de mi alma, dadme vuestro amor, porque él es mi vida, él es mi gloria, él es mi refugio y él solo me deleita y me consuela. Por tanto, Señor mío y Dios mío, gloria mía, bienaventuranza mía & mi suma felicidad, ¿cuándo será el día que deste amor me vea preso? ¿Cuándo me veré todo inflamado y todo abrasado con este fuego de amor? Pídoos, Señor, que no lo impida mi inhabilidad, sino que prevalezca vuestra bondad contra todos los impedimentos que hay de mi parte. Bien sé, Señor, que quien está en caridad, está en Dios: pues ¿quién me dará una vestidura de caridad para agradaros con ella? Creo, Señor, que nadie me la puede dar sino vos.

Pues, Señor Dios mío, vida de mi ánima, gloria mía, riqueza mía, mi tesoro, todo mi bien, mi alma tiene sed de vos, la cual ninguna cosa de la tierra puede apagar. Hecistes, Señor, mi ánima tan capaz, que con todas las cosas siempre queda hambrienta. Solamente con vos se puede contentar: dadme á vos, Señor, que vos sois mi paz & mi quietud, vos mi hartura & mi reposo, vos mi Dios & todas las cosas. Pues, Señor, si en vos consiste toda mi gloria, ¿cuándo os amaré para que os posea, y cuándo os poseeré y seré poseído de vos? Reinad vos, Señor, en mí, y sea yo todo vuestro. Oh Dios mío ¿cuándo me veré todo transformado en vos por amor? ¿cuándo no habrá en mí sino amor? ¿cuándo seré del todo convertido en amor? Oh Señor Dios mío, oh gloria mía, oh hartura de mis deseos, oh mi cumplido contentamiento, ¿quién me dará una llama de amor en que todo me abrase, y me ofrezca á vos en verdadero sacrificio? Quién me diese agradaros yo, y ser un instrumento de vuestra gloria. Perdonadme, Señor, por ser tan atrevido que ose pediros tan grandes cosas: mas sé que vos

decís que vuestros deleites son con los hijos de los hombres. Y aunque no sea yo digno de os amar, vos no sois indigno de ser amado. Por tanto, Señor, no me tengáis por atrevido en desear amaros sumamente, porque no lo deseo por provecho mío, sino para gloria vuestra, pues queréis ser amado de todos los corazones.

Oh mi Dios, oh quién tuviese un corazón mayor & más limpio que el cielo impíreo, para que vos hiciésedes en él morada como prometéis á los que os aman. Mas no tengo sino éste pequeño y sucio: vos, Señor, lo podéis hacer tal cual vos lo queréis. Pídoos, Señor, que encendáis en él una llama de verdadero amor, y me deis una sed tan encendida de vos, que ninguna cosa la pueda apagar sino vos. Con otra ninguna cosa se contente mi corazón, oh buen Jesú, sino con vos. Ande siempre en pos de vos, continuamente, de noche y de día, y de todo se olvide por amor de vos.

Oh Señor ¿cuándo despreciaré y olvidaré á todo el mundo y á mí por amor de vos? Oh benigno Jesú, oh fuente de aguas vivas, dadme de aquel agua que vos decís que quien una vez la bebiere, nunca tendrá más sed: para que nazca dentro de mí un deseo que penetre los cielos y suba hasta llegar á vos. En vos, Señor, haga su asiento, para nunca más apartarse de vos. Dadme, Señor, esta agua que os pido, para que no haya más sed y no ande bebiendo por las aguas turbias y encharcadas deste siglo. Dádmela, Señor, presto, porque mientras no la gustare no puedo tener reposo. Si yo soy indigno de tan grande merced, acordaos, Señor, que vos la prometistes á una mujer de cinco maridos. No miréis, mi Dios, mi indignidad: cumplidme este deseo, dándome vuestro amor. Trasportadme todo en vos, oh buen Jesú, alegría de mi corazón, cumplimiento de mis deseos, centro profundísimo de mi ánima, sumo objecto de mi voluntad.

Bien veo, Señor, cuán inhábil soy para esto: y también veo cuán obligado estoy á os amar, pues tanto me amáis, y siempre queréis estar comigo y que yo esté con vos. El deseo que vos mostráis de que os ame, me da atrevimiento á que yo tanto lo desee. Veo, Señor, que pudo tanto con vos el amor que me tuvistes, que os trajo del cielo á la tierra á padescer por mí tantos trabajos, hasta llegar á morir una muerte tan penosa y deshonrada. Pues si el amor tanto pudo que con vos, potentísimo Señor, acabó tan

grandes cosas, ¿cómo no desearé yo ser lleno deste amor? No me lo dilatéis, Dios mío, porque me es muy penosa esta dilación.

Oh mi Dios, ¿cuándo veré esta deseada hora y dichoso día que os responda con amor á lo que por amor hecistes? Mas ¡ay de mí, Señor, que veo que aunque os ame cuanto pudiere, no ha de ser cuanto debo! ¡Oh mi Dios, cuán bajo queda en esto mi partido! Mas supla vuestra bondad lo que falta en mí, y no me dejéis vacío de vuestro amor, pues lo deseo sobre todas las cosas. Acabe yo ya de daros mi corazón del todo y descansar todo en vos. Oh mi Dios, bien veo que tan grandes cosas nadie las puede hacer sino vos: por eso os las pido con confianza. Dadme, Señor, gracia con que siempre os agrade y haga vuestra voluntad en todas las cosas. Tened por bien de serviros de mi pobreza: que mi gloria será emplearme todo en vuestro servicio, cueste lo que costare, que yo vuestro soy todo, espíritu, alma, fuerzas & sentidos. Y plega á vos, Señor, aceptar de mí esta poquedad & hacerme todo vuestro, de tal manera, que no haya en mí cosa que descontente ni desagrade á vuestros beatísimos ojos. Amén.

SÍGUESE

UN DEVOTO HACIMIENTO DE GRACIAS

por los beneficios divinos, y señaladamente por el beneficio del llamamiento, sacado de un psalmo de Fray Hierónimo de Ferrara.

AMETE yo, Señor, fortaleza mía, ámete yo, virtud de mi ánima, ámete yo siempre, alegría inefable de mi corazón. Viva ya, no para mí, sino para ti toda mi vida: la cual después de perdida por mi gran miseria, fué resuscitada por tu gran misericordia. Gracias á ti, luz mía, porque me alumbraste: gracias á ti, Dios de mi corazón, porque me heriste con tu amor. Tarde te temí, majestad infinita: tarde te conoscí, hermosura tan antigua: tarde te amé, bondad sempiterna.

Buscábate yo, descanso mío, & no te hallaba, porque no te sabía buscar. Buscábate en estas cosas exteriores, y tú moras en las interiores. Rodeaba todos los barrios & plazas del mundo, y en ninguna cosa hallaba el descanso que buscaba: porque buscaba fuera de mí lo que estaba dentro de mí. Pregunté á la tierra si por ventura era ella mi Dios, y respondióme: Búscale sobre mí, porque no soy yo tu Dios. Pregunté al aire y al fuego si sois vosotros mi Dios, y respondiéronme: Sube sobre nosotros, porque no somos tu Dios. Pregunté al sol y á la luna & á las estrellas si sois vosotros mi Dios, y respondiéronme: Levántate sobre nosotros, que no somos tu Dios. Pregunté á todas las criaturas, y respondiéronme á grandes voces: El que á todas nos hizo de nada, ése es tu verdadero Dios & Señor. ¿Dónde está mi Dios? Respondedme. ¿Dónde lo buscaré? Mostrádmelo. En todo lugar está tu Dios, búscalo dentro de ti. El cielo hinche & la tierra, y también hinche tu corazón.

Volviendo pues á mi corazón, comencé á decir á mi Dios: ¿Cómo pudiste entrar aquí, Señor Dios mío? ¿Por qué puerta entraste, dulce amor mío? Pregunté á los ojos, y respondiéronme:

Si no tenía color, no pudo entrar por nosotros. Pregunté á los oídos, & respondiéronme: Si no fizo sonido, no pudo entrar por nosotros. Pregunté á los otros sentidos, y respondiéronme: Si no tuvo alguna cosa que se pudiese sentir, no pudo entrar por nosotros. De manera que tú, Señor, estabas dentro, & los sentidos no lo sabían: porque aunque entraste en el ánima, no entraste por las puertas de los sentidos. Porque tu luz resplandesce sin que se resciba en lugares, & tu voz suena sin que el aire se la lleve, & tu sabor deleita donde el paladar no obra, & tu olor suavísimo recrea donde los vientos no corren, & tus abrazos tocan adonde nadie para siempre los puede quitar.

Pues ¿quién eres tú, Dios mío? ¿adónde estás, amor de mi anima? ¿adónde estás, refrigerio mío? ¿adónde estás, consuelo mío? ¿adónde estás, luz mía? ¿adónde estás, esperanza mía? Preguntéle, y respondióme: Sube á lo más alto de tu corazón, & ahí hallarás á Dios. Verdaderamente tú eres grande Dios, que vences toda nuestra sabiduría. Tú solo eres el poderoso y verdaderamente bienaventurado, tú eres Rey de los reyes y Señor de los señores: tú solo eres inmortal, & moras en una luz inaccesible, la cual ningún hombre vió ni puede ver jamás. Muchas cosas decimos de ti, mas siempre nos faltan palabras, porque excedes todo lo que se puede decir, y todo lo que se puede pensar. Éste es pues mi Dios & mi criador, el cual por sola su bondad & nobleza crió todas las cosas, y por sola ella las gobierna, sin tener dellas necesidad.

Amásteme, único amor y Señor mío, amásteme antes que yo te amase. Criásteme á tu imagen y semejanza, y dísteme señorío sobre todas tus criaturas. Á los mismos ángeles del cielo diputaste para mi guarda & les mandaste que me trajesen en las palmas, para que no tropezasen mis pies en el camino. No permitiste que nasciese en tierras de infieles, sino de fieles, donde con espíritu y agua fuese lavado & sanctificado. No me diste riquezas ni pobreza para que me ensoberbeciese ó te blasfemase, sino dísteme entendimiento y sabiduría para que te conosciese y amase. Llamásteme cuando más perdido estaba, y tocaste á mi puerta, aunque no te respondía. Vivía confiado de mí mismo y de mis proprias fuerzas, que no eran fuerzas sino flaqueza. Quería correr, y desfallecía: & así donde pensaba que estaba más seguro, ahí me hallaba más caído. Alejéme de ti como el hijo pródigo, & fuíme á una región muy apartada, donde amé la vanidad y me hice vano

con ella. Era ciego, & amaba la ceguedad: era siervo, y holgábame con la servidumbre: estaba preso, y no hacía caso de mis cadenas: tenía lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo: & finalmente siendo en todo miserable, no entendía mi miseria.

Andando desta manera perdido, inclinaste tus ojos piadosos sobre mí: y estando yo pecando contra ti, me visitaste, estando caído, me levantaste, estando ciego me alumbraste, estando lleno de tantas ignorancias me enseñaste, estando vendido y entregado á mis enemigos, inclinaste los cielos y descendiste á remediarme, y tanto deseaste mi remedio que diste por él tu sangre. Amásteme, Señor, más que á tu vida, pues quesiste morir por mí. Desta manera & por tan caro precio me libraste del destierro, y me redemiste del tormento, y me llamaste por mi nombre, y me señalaste con tu sangre, para que tu memoria estuviese siempre en mí, y nunca se apartase de mi corazón el que por mí no se apartó de la cruz.

Conózcate pues yo, Señor, conoscedor mío, conózcate yo, virtud de mi ánima, véate yo, lumbre de mis ojos, vea yo á ti, gozo de mi espíritu, véate yo, alegría de mi corazón. Porque quienquiera que te conosce, luego á la hora ama á ti, y se olvida de sí, y huye de sí para venir á ti. Quita pues, Señor, las tinieblas de mi corazón, para que mi memoria se goce acordándose de ti & de tus grandes beneficios, & mi flaco & vil entendimiento, viendo tus grandísimas & abundantísimas mercedes, se levante contemplando en ti, & mi voluntad se encienda amando á ti. Bueno es á mí llegarme á mi Dios & poner en Él mi esperanza. Porque cuando á ti no me allego, luego en las cosas transitorias me derramo, & con vanos pensamientos & palabras me distraigo. Pues, oh pobre & miserable de mí, ¿cuándo de tal manera me allegaré á ti, que no peque ya más contra ti? ¿Cuándo mis aviesos & torcimientos se conformarán con la regla de tu igualdad? Tú, Señor, amas la soledad, yo la compañía: tú el silencio, yo la parlería: tú la verdad, yo la vanidad: tú la limpieza, yo la suciedad.

Ruégote pues, Señor, por ti mismo, quieras alumbrar mis ojos con tu luz, y herir mi corazón con tu amor, y enderezar mis pasos por tus caminos, de tal manera que nunca me aparte dellos. Libra, Señor, al captivo, recoge en tus llagas al derramado, levanta del suelo al caído, y vuelve á rehacer al que por tantas partes está quebrado. Dame corazón que siempre en ti piense, y

memoria que de ti nunca se olvide, y entendimiento que siempre te contemple, & voluntad que siempre te ame. No te apartes de mi corazón, & de mi boca, & de mis obras, para que siempre seas en mi ayuda. Allégate á mí, porque sin ti muero: allégate á mí, porque acordándome de ti resuscite. Tu olor suavísimo me recrea, tu memoria me sana, tu luz me da vida, & tu voz me regala: mas entonces será harta mi ánima, cuando aparesciere y se revelare tu gloria.

SÍGUESE

OTRO MUY DEVOTO HACIMIENTO DE GRACIAS

por el beneficio de nuestra redempción, repartido en siete oraciones, en las cuales se hace una breve conmemoración de todos los pasos y misterios de la vida de Jesucristo, sacado de la Institución de la vida espiritual que arriba alegamos.

AVISO

PARA ESTA TERCERA MANERA DE ORACIÓN Y EJERCICIO

SABIDA cosa es, que entre todas las maneras de oraciones y devociones que hay, una de las más principales es la meditación de la sacratísima pasión de nuestro Redemptor: ésta suelen meditar las personas devotas en muchas maneras. Unos por vía de compasión, otros de imitación, otros de agradescimiento deste sumo beneficio, otros para encenderse más en amor de Dios, considerando cuánto los amó, y otros para aborrecer más el pecado mirando lo mucho que hizo por destruirlo. La más fácil entre éstas es la que procede por vía de agradecimiento, y la que más abre camino para todas las demás. Y ésta es la que se trata en las siete oraciones siguientes, las cuales puede cada uno rezar cada día como unas siete horas canónicas de la Pasión, procurando hacer esto con la mayor atención y devoción que le sea posible, y deteniéndose en los pasos donde su ánima sintiere mayor provecho.

Adórote, oh gloriosa, resplandesciente y serenísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Sancto, Dios uno, esperanza mía, lumbre mía, descanso mío, alegría mía, vida mía & todo mi bien. Gracias te hago, Señor, que me heciste á tu imagen, y aunque te ofendía, me sufriste: escapásteme de muchos peligros, y hecísteme innumerables mercedes.

Padre piadoso, yo para emienda y descuenta de todos los pecados míos y de mis prójimos ofrezco la sanctísima encarna-

ción de tu muy amado Hijo, y su nascimiento, y todo lo que viviendo hizo y muriendo padesció, su resurrección y ascensión. Ofrézcote todos sus trabajos, miserias, abatimientos, afrentas, golpes, llagas, dolores y angustias con que fué quebrantado. Ofrézcote la preciosa sangre suya, que por nosotros derramó. Ofrézcote su humildad & paciencia, su caridad & inocencia, su mansedumbre y obediencia.

Oh Padre, oh Hijo, oh Espíritu Sancto, Dios mío que estás dentro de mí, dame que ni otra cosa pueda pensar, ni otra cosa querer, hablar, ni obrar, sino lo que te es agradable. Concédeme que yo & todos los hombres siempre hagamos tu querer. Haz, Señor, que todos te agrademos y seamos una cosa contigo, para que puedas tener tus deleites en nosotros.

Yo deseo y debo loarte, Señor: pero pues no puedo hacerlo dignamente, pídote que tú á ti perfectísimamente glorifiques en mí. Pídote que todos los momentos que yo viviere, durmiendo ó velando, sean consagrados & sanctificados á ti, y que tú los rescibas por muy agradables alabanzas tuyas.

Pater noster, Ave María.

Adórote, alabo & glorifícote, Señor Jesucristo, bendígote & doite gracias, Hijo de Dios vivo, que quesiste por mí ser concebido por obra del Espíritu Sancto en el castísimo vientre de la bienaventurada Virgen María, queriendo hacerte por mí hombre mortal & pasible. ¡Oh buen Señor, cuán inestimable & incomprehensible fué la caridad con que me amaste, pues que siendo señor de la suma majestad, te quesiste abajar & apocar hasta tomar forma de esclavo! Tú, Dios mío, te heciste hermano mío. ¿Qué daré en retorno de tal piedad & misericordia? No tengo que dar sino mi ánima & mi cuerpo, que te ofrezco, Señor, para perpetua gloria & alabanza tuya.

Gracias te doy, Señor, por tu sacratísima natividad, pues nasciste de la sagrada Virgen María niño tan tierno en un establo, en la aspereza del riguroso invierno. Salúdote, dulce Infantico, rey de gloria, luz de las gentes, salvador tan deseado, pues no desdeñaste por mí ser envuelto en pañales, ser apretado con fajas, ser reclinado sobre el feno en un pesebre y ser amamantado con la leche de los virginales pechos de la sacratísima virgen tu madre.

Gracias te doy porque fuiste con tanto dolor circuncidado, y porque guiando con una estrella á los Magos, en su nombre te descubriste á todas las gentes: y porque quesiste ser presentado en el templo & ir huyendo á Egipto: y por todas las necesidades y penas que en tu sanctísima niñez, & siendo mayor, y después siendo mancebo, por mí padesciste.

Gracias te doy por el venerable baptismo que tú (siendo criador del cielo y de la tierra) rescebiste con humildad de Juan Baptista tu siervo: y porque te quesiste gastar & consumir en el desierto, ayunando cuarenta días con sus noches, y porque no rehusaste sufrir los golpes de las tentaciones del enemigo.

Gracias te doy por la doctrina tan saludable con que al mundo enseñaste, por los milagros & misericordias que en el mundo heciste y por los muchos caminos, graves trabajos, grandes fatigas, por la hambre, sed, frío, calor, y por tantas y tan varias persecuciones con que por mí (por espacio de treinta y tres años) fuiste afligido.

Gracias te doy por aquella admirable humildad con que tú como humilde maestro, hincadas las rodillas en tierra, lavaste con tanta benignidad & con tan grande amor los pies de tus discípulos, enjugándolos con la toalla de que estabas ceñido.

Gracias te doy porque instituíste el venerable sacramento de la Eucaristía, donde con espantosa liberalidad & con inefable y inestimable caridad te entregaste y dejaste á los hombres.

Pater noster, Ave María.

Adórote, alabo y glorifícote, Señor Jesucristo, bendígote & doite gracias, Hijo de Dios vivo, por el pavor & tristeza que por mí en el huerto tomaste, por el sudor ensangrentado que por mí sudaste, & por las ansias & angustias con que fuiste afligido.

Gracias te doy por tu perfectísima negación, con que enterísimamente te renunciaste en la voluntad de tu Padre, cuando arrodillado & prostado en la tierra, orando entre las ansias y mortales agonías, decías: Padre, no sea hecha mi voluntad, sino la tuya.

Gracias te doy por aquel encendido deseo de padescer, con que tu corazón ardía, cuando por amor de mí te entregaste á tus enemigos para ser preso y atado por ellos.

Gracias te doy por los empellones & golpes que sufriste, por las veces que arrancaron tus sanctas barbas y cabellos, por los

denuestos, baldones & afrentas que te dijeron cuando te llevaban atado (como si fueras ladrón) á casa de Anás y después de Caifás.

Gracias te doy por la crudelísima bofetada con que tu sagrado rostro fué señalado por la mano de un abominable siervo del pontífice, siendo tú, Señor, Rey de los reyes y Señor de los señores.

Gracias te doy por aquella increíble paciencia con que sufriste la sentencia de tu condenación tan injustamente dada, & las muy sucias salivas que en tu real rostro fueron escupidas, y aquel afrentoso velo con que tu faz imperial fué cubierta, y aquellos crueles golpes que en tu cuello y rostro fueron señalados, con las innumerables injurias, afliciones y escarnios que por toda la noche pasaste.

Gracias te doy por la suma afrenta que recebiste cuando (á manera de malhechor) te llevaron atado á Pilato, y de Pilato á Herodes, y luego de Herodes te volvieron á Pilato. Y mientras esto pasaba, tú, dulce Salvador mío, llevabas con blando corazón aquella bestial crueza de tus enemigos.

Gracias te doy por aquel tu sancto silencio con que ante Pilato y Herodes húmilmente callaste, siendo tan gravemente acusado y tan afrentosamente injuriado. Bien se paresció ser tú el manso cordero, pues en todos estos trabajos jamás abriste la boca.

Gracias te doy por aquel crudelísimo y grandísimo dolor que padesciste cuando después de desnudo en el consistorio y atado á la columna fuiste tan crudamente azotado, donde tu virginal y delicadísima carne fué tan lastimosamente rota, arada y sulcada.

Gracias te doy por aquellos sulcos y cardenales que los azotes dejaron hechos en ti, & por los arroyos de sangre que entonces por todo tu cuerpo iban corriendo.

Gracias te doy por aquel abismo de paciencia que mostraste cuando estando vestido de grana por vía de escarnio, fuiste coronado de espinas, hechas mil llagas en tu cabeza, y fuiste saludado por rey de burla, sin piedad escupida tu cara, & tuviste en tus manos una caña por sceptro, sufriendo los golpes que con ella te daban. Y entre tales afrentas & tormentos jamás mostraste ni un solo punto de ira ó de impaciencia, antes con suma mansedumdre todo lo pasaste por mí.

Gracias te doy por aquella vergüenza y pena que sufriste, cuando estando tu cabeza tan sembrada & tan herida de espinas,

& tu rostro tan desfigurado y teñido de sangre, & tu persona vestida por burla de grana, fuiste sacado ante el tribunal de Pilato, & puesto á vista de todo el pueblo, & injustamente condenado á muerte.

Gracias te doy porque bebiste vino mirrado y mezclado con hiel, que aquella gente desapiadada te dió viéndote acezando y anhelando con el cansancio, y desfallesciendo cuasi sin huelgo, con la grandeza del trabajo. Y con todo eso gustaste aquella tan amarga purga, sufriéndola por mí con muy manso corazón.

Pater noster, Ave María.

Adoro, alabo y glorifícote, Señor mío Jesucristo, por aquellos gravísimos dolores que padesciste, cuando por arrancarte la ropa á tus llagas pegada, tus heridas se renovaron, y cuando tus delicadas manos y sagrados pies fueron en la cruz enclavados, & fueron destrabadas y despegadas todas las coyunturas de tu cuerpo.

Gracias te doy porque derramaste tu preciosa sangre, la cual de tus llagas como río copiosamente corría. Séate, Señor, alabanza, honra & gloria en toda la eternidad por cada una de aquellas rosadas gotas de sangre que por mí vertiste.

Gracias te doy, Señor, por aquella admirable mansedumbre y amor con que pacientísimamente pasaste por aquella brava porfía & horribles blasfemias que te decían aquellos malos que mofaban de ti. Y no contento con sufrirlas, rogaste á tu Padre por los que te habían crucificado, y después de crucificado, con muchos baldones y denuestos te habían escarnescido.

Gracias te doy por los increíbles tormentos que sufriste, cuando traspasadas tus manos & pies, puesto entre ladrones, lastimosísimamente pendías del árbol de la cruz, y alzabas tus piadosos ojos á ver á tu dulcísima Madre, que estaba toda embebida y sumida en pasión, toda derretida y deshecha en amor, toda penetrada y traspasada con el cruel y doloroso cuchillo de dolor.

Gracias te doy por la grandísima sed que padescías, cuando un poco antes que murieses te dieron vinagre á beber.

Gracias te doy por aquella benignísima piedad y misericordia grandísima con que tú (que á todas las cosas das vida) inclinando tu sagrada cabeza rescebiste la muerte por mí.

Séate gloria en los siglos eternos, porque quesiste que se apartase tu excelentísima ánima de tu purísimo cuerpo.

Gracias te doy por aquella sacrosancta sangre y agua que manaron de tu precioso costado, cuando fué con la lanza herido.

Gracias te doy por la sepultura de tu sanctísimo cuerpo, y por tu gloriosa resurrección y ascensión, y por la venida del Espíritu Sancto.

Pater noster, Ave María.

Adoro, alabo, glorifícote, Señor Jesucristo, bendígote & doite gracias, Hijo de Dios vivo, pues que tus dignísimos miembros por mi remedio fueron en tantas maneras afligidos: yo los saludo por tu honor y amor.

Salúdoos, pies de mi Señor, por mí cansados, afligidos y con clavos traspasados.

Salúdoos, venerables rodillas, que tantas veces por mí en la tierra fuistes hincadas y tantas veces cansadas de caminar.

Salúdote, pecho florido, & por mí con cardenales y heridas descolorido y afeado.

Salúdote, costado sacratísimo, que fuiste por mí con lanza herido & traspasado.

Salúdote, oh corazón amabilísimo, piadosísimo & suavísimo, alanceado & rompido por mí: salúdote, tesoro incomparable de toda la bienaventuranza y de todos los bienes, hazme sombra, y dame favor á la hora de mi muerte, y séasme morada perpetua después della.

Salúdoos, espaldas sanctísimas, por mí con azotes rasgadas y con sangre teñidas.

Salúdoos, dulcísimos y carísimos brazos, por mí en la cruz tendidos.

Salúdoos, delicadas manos, cruelmente por mí traspasadas con clavos.

Salúdoos, hermosísimos hombros, por mí con el peso de la cruz molidos y quebrantados.

Salúdote, boca y garganta llena de suavidad, mas por mí con vinagre y hiel llena de amargura.

Salúdote, graciosísima faz, por mí de hediondas salivas sembrada y con crueles bofetadas lastimada.

Salúdoos, benignísimos oídos, por mí cargados de injurias y afrentas.

Salúdoos, bienaventurados ojos, llovidos de lágrimas por mí.

Salúdote, venerable cabeza, por mí coronada de espinas, llagada con tantas llagas, y con la caña tantas veces herida.

Clementísimo Jesú, saludo á todo tu cuerpo por mí azotado, despedazado, crucificado, muerto y sepultado.

Saludo tu sangre preciosa por mí derramada.

Saludo tu nobilísima ánima, por mí entristescida y angustiada.

Amable Señor, ruégote por tus sanctísimos miembros que sanctifiques los míos y que laves todas las mancillas que yo les pegué usando mal dellos.

Pater noster, Ave María.

Adoro, alabo y glorifícote, Señor Jesucristo, & doite gracias por todas tus llagas, especialmente por aquellas cinco tan dignas de ser reverenciadas. Las cuales aun después de resuscitado quesiste tener impresas en ti, como empresas & insignias de me haber redemido y reconciliado contigo.

Piadosísimo Señor mío, saludo y con toda devoción beso la rosada llaga de tu pie derecho, y ruégote por ella me concedas entera remisión de todos mis pecados.

Benignísimo Señor mío, saludo y con toda devoción beso la florescida llaga de tu pie izquierdo, y ruégote por ella que repares todas las caídas de la perdida vida mía.

Deseadísimo Señor mío, saludo y con toda devoción beso la graciosa llaga de tu mano derecha, y ruego que por ella mortifiques en mí todo lo que te desagrada.

Amabilísimo Señor mío, saludo y con toda devoción beso la amable llaga de tu mano siniestra, y ruego por ella des á mi ánima aquel ornamento que te agrada y aplace.

Dulcísimo Señor mío, saludo y con toda devoción beso aquella amorosa y suavísima llaga de tu sanctísimo lado, y ruego por ella me lleves y arrebates todo en pos de ti, y me ayuntes y hagas una cosa todo contigo.

Enciérrame, Señor, en tus llagas y dame que saque dellas verdadero amor tuyo y eterna salud mía: escríbelas, Señor, con tu sangre en mi corazón, para que en ellas lea yo junto el amor que me tuviste y el dolor que por mí padesciste. Persevere siempre la memoria dellas en mi corazón, para que ella hiera mis entrañas con cuchillo de dolor, con que me compadezca de ti, y enciende en mi ánima las brasas de amor con que siempre te ame. Tenga

yo, Señor, estas preciosas llagas en todo tiempo, especialmente á la hora de la muerte, por amparo cierto & por guarida segura.

Pater noster, *Ave María.*

Adoro y glorifícote, Señor Jesucristo, que huelgas de ayuntar & unir contigo las ánimas de los que perfectamente te aman. Oh Hijo de Dios vivo, yo lleno de pecados, vacío de merescimientos, me conozco y confieso indigno de llegarme á ti. Pero por todos los males que hice, & por todos los bienes que me faltan, te ofrezco todo lo que por mí quesiste hacer, decir & sufrir: y más te ofrezco todo lo que en la gloriosísima Madre tuya y en todos tus sanctos te agradó y contentó. Envuelve, Señor, toda la vida mía, tan indigna y tan sucia, en la purísima sábana de tu inocencia y de tus merescimientos, & vísteme de las perfectísimas virtudes de tu sagrada Humanidad, para que así vestido y ataviado esté siempre unido contigo.

Oh tú que á todos das vida, perla de la divina grandeza, oh siempre viva flor de la humana nobleza, Jesú por mí herido, hiere y traspasa mis entrañas hasta lo vivo de mi corazón con la saeta de tu amor, de manera que ya en mí ninguna cosa de la tierra se detenga, sino sola me tenga la eficacia de tu Divinidad.

Dame, oh amado mío, que aspire y anhele yo á ti con todo mi corazón, con entero deseo y con ardiente voluntad, y que en ti suavísimamente respire y descanse. Dame que todo mi espíritu y todas mis entrañas siempre suspiren por ti, pues tú eres su bienaventuranza verdadera. Abráseme, Señor, la ardentísima caridad tuya & íntimamente me haga uno contigo, y tanto me mude y vuelva en ti, que tú en mí & yo en ti tengamos gozo agora mientras dura la vida, y después en la gloria para siempre sin fin.

Pater noster, Ave María.

Si á alguno paresciere cosa larga rezar estas siete oraciones de una vez, puede rezarlas en diversas veces, como se rezan las siete horas canónicas, ó puede rezarlas (si menos tiempo tuviere) repartiéndolas por los siete días de la semana.

ORACIÓN DEL VENERABLE BEDA

SOBRE LAS SIETE PALABRAS QUE EL SEÑOR HABLÓ EN LA CRUZ.

SEÑOR mío Jesucristo, que en el postrer día de tu vida, estando padesciendo en la cruz, dijiste siete palabras para que siempre las tuviésemos en la memoria, ruégote por virtud destas sanctas palabras me perdones todo lo que hasta agora he pecado en todos los siete pecados mortales, soberbia, avaricia, lujuria, invidia, con todos los demás. Y así como tú dijiste: Padre, perdona á éstos, que no saben lo que hacen, así me da gracia para que yo por tu amor de buena voluntad perdone á todos cuantos en esta vida hicieren & dijeren algo contra mí. Y así como tú dijiste al ladrón: Hoy serás comigo en el paraíso, así me da gracia para que de tal manera viva, que en la hora de mi muerte digas también á mi ánima: Hoy serás comigo en el paraíso. Y así como tú dijiste á tu sanctísima madre: Mujer, cata ahí tu hijo, y luego dijiste al discípulo: Cata ahí tu madre, así ten por bien que á esta bendita Señora sea yo encomendado y le tenga siempre amor y reverencia de hijo á madre. Y así como tú dijiste: Eli, Eli, lamasabacthani, que quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿porqué me desamparaste? así me da gracia para que en todos los tiempos de tribulaciones y angustias levante mi espíritu á ti, y de todo corazón te diga: Padre mío y Señor mío, ayúdame y ten misericordia de mí, pues me redemiste por tu propria sangre. Y así como tú dijiste: Sed tengo, en la cual palabra mostrabas el ardientísimo deseo que tenías de la salud de nuestras ánimas, así me da gracia para que siempre tenga sed de ti, que eres fuente de aguas vivas y fuente de claridad eterna, tan dignísima de ser amada y de todos deseada. Y así como tú mi Señor dijiste: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu, así te pido y suplico rescibas el mío cuando desta vida saliere, pues está señalado el término de mis días por ti. Y así como dijiste: Acabado es, en la cual palabra significaste que era llegado ya el fin de los trabajos & dolores que por nosotros quesiste padescer, así ten por bien que merezca yo en este mismo término oir tu dulcísima y suavísima voz, con la cual me digas: Ven, amiga mía y querida mía, que ya determiné dar fin á tus trabajos, para que con mis ángeles en mi compañía te goces y alegres en los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN DE SANCTO TOMÁS DE AQUINO

PARA PEDIR TODAS LAS VIRTUDES.

TODOPODEROSO & misericordioso Señor Dios, dadme gracia para que las cosas que son agradables á vuestra divina voluntad, ardientemente las desee, prudentemente las busque, verdaderamente las conozca y perfectamente las cumpla, para gloria y alabanza de vuestro sancto nombre. Ordenad, Señor, el estado de mi vida: & lo que me pedís que haga, dadme luz para que lo entienda, y fuerzas para que lo obre en la manera que conviene para la salvación de mi ánima. Séame, Señor, el camino para vos seguro, derecho y perfecto, y tal, que entre las prosperidades & adversidades desta vida no desfallezca, para que en las prosperidades os dé gracias, y en las adversidades guarde la paciencia, no ensoberbesciéndome en lo uno, ni desmayando en lo otro. De ninguna cosa tenga gozo ni pena, sino de lo que me llega á vos, ó me aparta de vos. Á nadie desee contentar sino á solo vos, ni tema descontentar á otro que á vos. Séanme viles todas las cosas transitorias por amor de vos, & muy caras y preciosas todas las vuestras, y vos, Dios mío, sobre todas ellas. Déme, Señor, en rostro todo gozo sin vos, y no desee cosa fuera de vos. Séame deleitoso cualquier trabajo que me viniere por vos, y enojoso cualquier descanso que tomare sin vos. Dadme que á menudo levante á vos mi corazón: & si alguna vez desto faltare, recompense la falta con dolerme della y proponer emendarla.

Hacedme, Señor Dios mío, humilde sin fingimiento, alegre sin distraimiento, triste sin descaescimiento, maduro sin pesadumbre, prompto para las cosas de vuestro servicio sin liviandad, verdadero sin doblez, casto sin corrupción, temeroso sin desesperación & confiado sin presumpción. Dadme que corrija yo al prójimo sin fingimiento, que le edifique con palabras y obras sin soberbia, que obedezca á los mayores sin contradición, y que sufra voluntariamente los trabajos sin murmuración. Dadme, dulcísimo Dios mío, un corazón velador que ningún pensamiento lo aparte de vos, un corazón noble que ningún bajo deseo tras sí lo lleve, un corazón valeroso que ningún trabajo le quebrante, un corazón libre que nadie baste á forzarle, y un corazón derecho que ninguna mala intención

pueda torcerle. Dadme, dulcísimo & suavísimo Señor Dios mío, entendimiento que os conozca, cuidado que os busque, sabiduría que os halle, & vida que siempre os agrade & contente, perseverancia que confiadamente os espere, y esperanza que felizmente os abrace. Dadme que merezca yo ser clavado en vuestra cruz por penitencia, y que use de vuestros beneficios en este mundo por gracia, y goce de vuestras alegrías en el cielo por gloria.

ORACIÓN MUY DEVOTA A NUESTRA SEÑORA

Oh santísima & bienaventurada Virgen María, dignísima madre de Dios, reina del cielo, puerta del paraíso, señora del mundo, estrella de la mar, madre de gracia, vena de misericordia, cuya hermosura deseó el Rey eterno: tú que resplandesces como la mañana cuando se levanta, que eres hermosa como la luna, escogida como el sol y terrible como las haces de los reales bien ordenados, cuyas vestiduras huelen sobre todas las especies olorosas: tú que subes por el desierto como una vara de humo de encienso y mirra, y de todos los polvos olorosos: tú que eres aquella vara de la raíz de Jesé, que nos dió el fructo de la vida, templo de Dios, sagrario del Espíritu Sancto: á quien honra toda la compañía del cielo, á quien se humillan los Pontífices, á quien acatan los reyes, á quien predican por bienaventurada todas las generaciones, á quien están subjectos todos los poderes del infierno. Pues yo, Virgen sacratísima, el más vil & miserable de todos los pecadores, derribado á los pies de tu sanctidad, húmilmente te suplico por aquel grande amor que Dios ab æterno te tuvo, cuando te escogió para madre suya y te ensalzó sobre todas las criaturas, y por aquel amor y dolor incomparable de tu virginal corazón, que en los trabajos de tu amado Hijo padesciste, y por todas las entrañas de misericordia que tienes para con los pecadores que en este miserable mundo andamos naufragando, seas servida de rescibir debajo de tu amparo á mí & á todos aquéllos por quien soy obligado á orar, y nos quieras asentar en aquel dichoso memorial de tu corazón, donde tienes asentados tus entrañables siervos y devotos. Oh Madre dulcísima, ten por bien rescebir nuestras indignas oraciones y alabanzas, y presentarlas á tu unigénito Hijo, y alcanzarnos que te amemos con entrañable

amor y seamos imitadores de las virtudes de toda tu vida sanctisima, y señaladamente de aquella tu perfecta caridad, humildad, castidad, paciencia & obediencia: y que en todas nuestras necesidades, señaladamente en la hora de nuestra muerte, nos acompañes y favorezcas, y nos libres por la sangre de tu Hijo de todos nuestros males y pecados, y así libres nos vistas y atavíes de todas las virtudes de tu Hijo sanctísimo y de las tuyas, y hagas que seamos en esta vida abrasados y consumidos con el fuego de su ardentísima caridad, y después en la otra para siempre contigo nos alegremos en sus alabanzas.

Oh Virgen poderosísima, suplícote por el Padre todopoderoso me esfuerces para que siempre haga lo que debo, y en Él tenga toda mi esperanza. Oh Madre sapientísima & piadosísima, por el Hijo me alumbra, para que conozca yo en todo la voluntad de Dios y perfectamente la cumpla. Oh Esposa graciosísima, por el Espíritu Sancto hiere y llaga mi corazón con perfecta caridad para que con todas mis entrañas le ame. Y por toda la sanctísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Sancto, húmilmente te suplico me quieras siempre acompañar en esta vida, y después defender al tiempo de la partida. Amén.

SÍGUESE OTRA ORACIÓN

PARA ANTES DE LA SAGRADA COMUNIÓN.

Gracias y alabanzas te doy, Salvador y Señor mío Jesucristo, por todos los beneficios que has tenido por bien de hacer á una tan vil & miserable criatura como yo. Todo lo que hasta aquí, Señor, me has dado, te vuelvo á dar y ofrecer, para gloria y alabanza eterna de tu sancto nombre. Gracias te doy por todas las mercedes que hasta aquí has hecho á todas las criaturas racionales, y por las que adelante les harás. Gracias te doy por todas las misericordias de que usaste con el linaje humano en el misterio de tu sancta encarnación, y señaladamente por tu sancto nascimiento, por tu circuncisión, por tu presentación en el templo, por la huída á Egipto, por el ayuno y tentación, por los trabajos de tus caminos, por el discurso de la predicación, por las persecuciones del mundo, por los dolores y tormentos de tu

acerbísima pasión, y por todo lo que en este mundo padesciste por mí, y mucho más por el amor con que lo padesciste, que sin comparación fué mayor.

Sobre todo esto te doy gracias porque tienes por bien de asentar un tan vil & miserable pecador á tu mesa, y hacerlo participante de ti mismo y de los inestimables tesoros y méritos de tu pasión. Oh Dios mío y Salvador mío, ¿con qué te pagaré yo esta nueva misericordia con que tienes por bien de inclinar los cielos de tu grandeza y descendir al muladar de nuestra vileza? ¿Quién eres tú, y quién nosotros, para que tú Señor de la majestad, quieras descendir á nuestras casas de barro? Á tu casa, Señor, conviene la sanctidad en longura de días: pues ¿cómo quieres tomar por casa la que está llena de maldad en todos los días? El cielo es tu silla, y la tierra es el escaño de tus pies, y todo lo hinche la gloria de tu majestad: pues ¿cómo quieres aposentarte en tan viles pajares? ¿Es posible (dice Salomón) que haya de morar Dios en la tierra con los hombres? Si el cielo & los cielos de los cielos con todos sus espacios y anchuras no bastan para darte lugar, ¿cuánto menos bastará esta pequeña casa que yo te he edificado? ¡Oh, cómo es grande maravilla que Aquél que está asentado sobre los querubines, y desde allí mira los abismos, que agora descienda á asentarse en estos abismos y poner ahí la silla de su majestad!

Poco le paresció á tu infinita bondad haber enviado los ángeles para nuestro servicio, sino que tú mismo, Señor de los ángeles, quisieses venir á nosotros, y entrar en nuestros cuerpos y ánimas, y tratar allí por tus proprias manos los negocios de nuestra salud. Allí visitas los enfermos, esfuerzas las flacos, levantas los caídos, consuelas los tristes, animas los desconfiados, enseñas los ignorantes, encaminas los descarriados, das de comer á los hambrientos, y enciendes en tu amor á los tibios. Finalmente tú mismo eres el que nos curas de todos nuestros males, y esto no con otras manos que con las tuyas, ni con otra medicina que con tu carne y con tu sangre. ¡Oh buen pastor, y cuán fielmente cumpliste aquella palabra que nos diste por el profeta diciendo: Yo apascentaré mis ovejas, y les daré sueño reposado: yo buscaré lo perdido, y volveré al aprisco lo desechado, y esforzaré el ganado flaco, y lo gordo y fuerte yo lo conservaré, y apascentarlas he en juicio!

Mas ¿quién será digno destas mercedes y desta unión tan admirable? No hay en el cielo ni en la tierra dignidad ni méritos

que de sí para ello basten. Sola, Señor mío, tu misericordia nos dignifica, sola tu gracia nos hace dignos de tanto bien. Y pues sin ella nadie es digno, ella sea, Dios mío, la que me favorezca, ella sea la que me ayunte contigo, ella sea la que entrevenga en este casamiento, ella sea la que me haga participante deste misterio, y agradescido á este tan inestimable beneficio. Supla mis defectos tu gracia, perdone mis pecados tu misericordia, apareje mi ánima tu espíritu, enriquezcan mi pobreza tus merecimientos, y lave todas las mancillas de mi vida tu sangre preciosa, para que así pueda dignamente rescebir el sacramento de tu preciosísimo Cuerpo.

Alégrome, Dios mío, cuando me acuerdo de aquel gran milagro que hizo el cuerpo del profeta Eliseo después de muerto: el cual resuscitó á otro muerto que acaso unos ladrones escondieron en su sepultura y lo juntaron con él. Pues si tanto pudo el cuerpo muerto de un profeta, ¿cuánto más podrá el cuerpo vivo del Señor de los profetas? No eres tú por cierto, Señor, menos poderoso que tu profeta, ni mi ánima está menos muerta que aquel cuerpo, ni es de menor virtud este tocamiento que aquél. Pues ¿porqué no esperaré yo también de aquí este mismo beneficio? ¿Porqué hará mayores maravillas el cuerpo concebido en pecado, que el que fué concebido de Espíritu Sancto? ¿Porqué ha de ser más honrado el cuerpo del siervo que el del Señor? ¿Porqué no resuscitará tu sagrado cuerpo las ánimas que se llegaren á ti, pues aquél resuscitó los cuerpos que se llegaron á él? Y pues aquél sin buscar la vida, rescibió lo que no buscaba por virtud de aquel sancto cuerpo, plega á tu infinita misericordia, Señor mío, que pues yo la busco por medio deste venerable Sacramento, sea yo por él de tal manera resuscitado, que ya no viva más para mí sino para ti. Oh buen Jesú, por aquella inestimable caridad y amor que te hizo encarnar, padescer y morir por mí, húmilmente te suplico que me quieras alimpiar de todos mis pecados, y adornarme con tus virtudes y merescimientos, y darme gracia para que resciba este sacramento con aquella humildad y reverencia, con aquel temor y temblor, con aquel dolor y arrepentimiento de mis pecados, y con aquel propósito de emendarme dellos, y con aquel amor y caridad que conviene para tan alto misterio.

Dame también aquella pureza de intención, con que resciba yo este misterio para gloria de tu sancto nombre, para remedio de

todas mis flaquezas y necesidades, para defenderme del enemigo con estas armas, para sustentarme en la vida espiritual con este manjar, y para hacerme una cosa contigo, mediante este sacramento de amor, y para ofrescerte este sacrificio por la salud de todos los fieles así vivos como defunctos, para que todos sean ayudados y socorridos con la virtud inestimable deste sacramento que por salud de todos fué instituído. Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUESE OTRA ORACIÓN DEL VENERABLE BEDA

para el mismo propósito, en la cual el que comulga pide á nuestro Señor le haga sepulcro vivo de su sanctísimo Cuerpo: y para esto pide todas aquellas cosas que hubo en su sancto sepulcro, espiritualmente entendidas.

SEÑOR mío Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que (según el dicho del profeta Isaías) quesiste que tu sagrado cuerpo fuese depositado en un glorioso sepulcro: del cual (confiando en tu infinita piedad & misericordia) querría yo hacerme agora un vivo y verdadero sepulcro, para que en mí estuviese siempre depositado: dame pues, Señor, todas aquellas cosas que entrevinieron en tu sancto sepulcro, para que así puedas tú tener en mi ánima conveniente sepultura. Y primeramente dame aquella mirra y aloes, que es mortificación de mis sentidos y amargura de contrición, para que pueda yo con un corazón afligido y quebrantado llorar la muchedumbre de todos mis pecados & mis negligencias infinitas. Alímpiame, oh buen Jesú, todo dentro y fuera para que ese cuerpo tuyo sin mancilla sea envuelto en mi cuerpo & ánima como en una sábana limpia, después que tú los hobieres alimpiado y castificado. Cubre también, Señor, mi rostro con un sudario de humildad, con la cual (aunque alegrándome con Zaqueo te resciba en la casa de mi ánima) todavía temblando con el Centurión, me conozca por indigno que tú entres en mi morada. Hazme también una piedra fortísima, para que así pueda resistir á todas las saetas y tentaciones de mis enemigos. Y así como tu sancto sepulcro fué después del oficio de la sepultura sellado con un sello, así ten por bien de sellar mi corazón con el sello de tu san-

ta fe para que siempre crea yo que eres hijo del eterno Padre y de la purísima Virgen tu Madre, Dios mío y salvador mío. Y así como tu sagrado cuerpo fué depositado en aquel huerto donde estaba el monumento, así ten por bien, amado mío, que sea yo huerto de tus deleites adonde desciendas á comer el fructo de mis buenas obras. Y así como tú después de muerto y sepultado resuscitaste y subiste á los cielos, así quieras tú resuscitar y levantar mi corazón á lo alto, á considerar los bienes grandes & inefables de aquella celestial Hierusalem, los cuales tienes aparejados para los que te aman: y hazme crescer de virtud en virtud, hasta que venga al sancto monte de Sión, donde para siempre vea á ti, Rey de los reyes y Señor de los señores. Que vives & reinas en los siglos de los siglos.

OTRA ORACIÓN PARA ANTES DE LA COMUNIÓN

DE SANCTO TOMÁS DE AQUINO.

AQUÍ me llego, todopoderoso y eterno Dios, al sacramento de tu unigénito Hijo mi señor Jesucristo, como enfermo al médico de la vida, como sucio á la fuente de misericordia, como ciego á la lumbre de la claridad eterna, como pobre al Señor de cielos y tierra, y como desnudo al Rey de la gloria. Ruego pues á tu infinita bondad & misericordia tengas por bien sanar mi enfermedad, alimpiar mi suciedad, alumbrar mi ceguedad, enriquescer mi pobreza y vestir mi desnudez, para que así pueda yo rescebir al pan de los ángeles, al Rey de los reyes, al Señor de los señores, con tanta reverencia y temor, con tanto dolor y verdadero amor, con tal fe y tal pureza, y con tal propósito y humildad, cual conviene para la salud de mi ánima. Dame, Señor, que resciba yo no sólo el sacramento deste tu sanctísimo Cuerpo, sino también la virtud y gracia del sacramento. Oh piadosísimo y amantísimo Padre, otórgame este unigénito Hijo tuyo, al cual deseo yo agora rescebir encubierto y debajo de velo en esta vida, que le merezca yo ver para siempre descubierto & sin velo en la patria. El cual contigo vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

OTRA ORACIÓN DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

PARA DESPUÉS DE LA COMUNIÓN.

GRAGIAS te doy, Señor Dios Padre todopoderoso, por todos tus beneficios, y señaladamente porque quesiste admitirme á la participación del sacratísimo cuerpo de tu unigénito Hijo. Suplícote, Padre clementísimo, que esta sagrada comunión no me sea obligación ni ocasión de castigo, sino intercesión saludable de perdón. Sea mi armadura de fe, escudo de buena voluntad, muerte de todos mis vicios, destierro de todos mis carnales apetitos, y acrescentamiento de caridad, paciencia, verdadera humildad y de todas las virtudes. Sea perfecto sosiego de mi espíritu, y firme defensión de todos mis enemigos visibles & invisibles, y perpetua unión contigo solo, mi verdadero Dios y Señor. Y ten por bien de llevarme á aquel convite inefable, donde tú eres luz verdadera, hartura complida y gozo perdurable en los siglos de los siglos. Amén.

OTRA ORACIÓN DE S. BUENAVENTURA

PARA DESPUÉS DE LA COMUNIÓN.

SEÑOR Dios todopoderoso, criador y salvador mío, ¿cómo he tenido atrevimiento para llegarme á ti, siendo una tan vil, tan sucia y tan abominable criatura? Tú, Señor, eres Dios de los dioses y Rey de los reyes: tú eres la suma de todos los bienes, toda la honestidad, toda la hermosura, toda la utilidad y toda la suavidad: tú eres fuente de resplandor, fuente de melodía, fuente de olor, fuente de dulzura, fuente de amor y abrazo de entrañable caridad. Y con ser tú el que eres, tú ruegas á mí, y yo huigo de ti: tú tienes cuidado de mí, yo no lo tengo de ti: tú siempre me sirves, yo siempre te ofendo: tú me haces infinitas mercedes, yo las menosprecio :y tú finalmente amas á mí, que soy vanidad y nada, y yo no hago caso de ti, que eres infinito & inconmutable bien. El hedor y horror abominable del mundo antepongo á ti, esposo benignísimo, y más me mueve la criatura que el Criador, más la vanidad que la eternidad, más la detestable miseria que la suma felicidad, más la amargura que la suavidad, y más la

servidumbre que la libertad. Y como sea verdad que valgan más las heridas del amigo que los engañosos besos del enemigo, yo soy de tal condición, que más quiero las engañosas heridas del que me aborresce, que los dulces besos del que me ama. Mas no te acuerdes, Señor, de mis pecados ni de los de mis padres, sino de las entrañas de tu misericordia y del dolor de tus heridas. No mires lo que yo contra ti hice, sino lo que tú por mí heciste, porque si yo he hecho cosas por donde me puedas condenar, tú tienes hechas cosas por donde me puedas salvar. Pues, Señor, si me amas así como lo muestras, ¿porqué me desamparas, porqué te alejas de mí? Oh amantísimo Señor, tenme con tu temor, apriétame con tu amor y sosiégame con tu dulzor.

Confieso, Señor, que yo soy aquel hijo pródigo que viviendo lujuriosamente y amando á mí y á tus criaturas desordenadamente, desperdicié toda la hacienda que me diste. Mas agora que rēconozco mi miseria y pobreza, y vuelvo acosado de la hambre á las paternales entrañas de tu misericordia, y me he llegado á esta mesa celestial de tu preciosísimo cuerpo, ten por bien de mirarme con ojos de piedad, y salirme á rescebir con los secretos rayos de tu gracia, y tender sobre mí los brazos de tu inefable caridad, y darme besos de suavidad y de paz. Conozco, Padre mío, que pequé contra el cielo y contra ti, y que ya no merezco llamarme hijo tuyo, ni aun tampoco siervo jornalero: mas con todo esto ten misericordia de mí, y perdona mis pecados, para que seas justificado en tus promesas y quedes vencedor cuando fueres juzgado. Suplícote mandes que me sea dada la vestidura de la caridad, y el anillo de la fe, y el calzado de la esperanza, con el cual pueda yo andar por el camino fragoso desta vida. Váyase de mí la muchedumbre de todos los vanos pensamientos y deseos, que uno es mi amado, uno mi querido, uno mi Dios & mi esposo. Ninguna cosa pues me sepa bien, ninguna me atraiga, ninguna me deleite sino solo Él. Él sea todo mío, & yo todo suyo, de tal manera que mi corazón se haga una misma cosa con Él. No sepa yo otra cosa, ni otra ame, ni otra desee, sino á solo Jesucristo, y éste crucificado. El cual con el Padre y Espíritu Sancto vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

Á NUESTRA SEÑORA

PARA EL MISMO PROPÓSITO.

Sancta María, dignísima Madre de nuestro Señor Jesucristo, serenísima Reina del cielo y de la tierra, que meresciste traer en tu sacratísimo vientre al mismo Criador de todas las criaturas, cuyo venerabilísimo cuerpo yo he rescebido: ten, Señora, por bien de entrevenir por mí, para que cualquier cosa en que contra este sacramento he pecado por ignorancia, ó por negligencia, ó por otra cualquier manera, todo me lo perdone por tus ruegos Jesucristo tu hijo, el cual con el Padre y Espíritu Sancto vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN MUY DEVOTA

PARA DECIR EN LA MISA DESPUÉS DE HABER ALZADO EN LA CUAL SE OFRESCE AQUEL SUMO SACRIFICIO AL ETERNO PADRE POR NUESTROS PECADOS.

Gracias sean dadas á ti, clementísimo Padre de misericordias, por la gran misericordia que nos heciste en darnos á tu precioso Hijo, y entregarlo por nosotros á la muerte, para que en Él tuviésemos un tan excelente sacrificio y sacerdote y un tan fiel abogado para delante ti. Abre pues agora, Señor, esos piadosos ojos y mira dende lo alto del cielo y dende la silla de tu sanctuario esta ofrenda que tu nos diste para que te ofreciesemos: la cual te ofresce la Iglesia y te ofresce el mismo Jesucristo tu hijo y sumo sacerdote nuestro en remisión de los pecados. Mira, Señor, en la faz de tu Cristo, el cual te fué obediente hasta la muerte, y no se aparten de tus ojos aquellas preciosas señales de sus heridas, para que te acuerdes cuán grande satisfación tienes rescebida de nuestra parte. Plégate, Señor, tener por bien de pesar nuestros pecados en esta balanza, poniéndoles por contrapeso la sangre de tu Hijo: porque sin dubda pesará mucho más esta satisfación que todas nuestras deudas. Oh Padre clementísimo, mira que ya no puedes decir que parezco delante de ti vacío, ofreciéndote por mi parte todos los tesoros de tu unigénito

Hijo, pues todo lo que Él en este mundo sufrió, por mí lo sufrió, y todo lo que ganó, para mí lo ganó. Todo Él es mío, pues todo lo que de mí tomó, para mí lo tomó. Sea pues yo, Señor, enriquescido con sus riquezas, & justificado con su justicia, desculpado con su inocencia, y hermoseado con su gracia. Excuse su obediencia la culpa de mi desobediencia, y su humildad profundísima la locura de mi soberbia, y su caridad tan encendida la tibieza de mi corazón, y el amargura de hiel y vinagre que por mí gustó, los regalos y disoluciones en que yo me deleité. Contra la muerte que yo te debo, te ofrezco su muerte, y contra los azotes debidos á mis gravísimos pecados, los que Él en sus espaldas rescibió. Si yo no hice tan áspera penitencia como mis pecados merescían, Él la fizo por mí: si yo no me entristescí tanto por mis pecados, Él se entristesció hasta la muerte por ellos: y si yo no me confundí tanto por ellos como debiera, Él tuvo su rostro por mí lleno de confusión.

Oh Juez de toda equidad y justicia, si te paresce que es justo condenarme por la desobediencia de un padre que fué desobediente hasta poner las manos en el árbol que tú le vedaste, parézcate también justo salvarme por la obediencia de otro padre que te fué obediente hasta poner pies y manos en el árbol que tú le mandaste. Si es justo que yo sea condenado por la soberbia de un hombre que siendo hombre deseó ser como Dios, justo es que sea absuelto por la humildad de otro hombre que siendo verdadero Dios se hizo verdadero hombre. Pueda más este padre que aquel padre, y sea más poderoso Dios para salvar que el hombre fué para condenar.

Éste es, eterno Padre, mi fiel abogado: éste es el pontífice sumo que no tiene necesidad de ser purificado con sangre ajena, pues Él resplandesce con la suya propria. Ésta es mi hostia & mi ofrenda de inestimable olor y suavidad. Éste es el cordero sin mancilla que estaba mudo delante los que le tresquilaban: el cual herido con bofetadas, coronado con espinas, escarnescido con vituperios, no abrió su boca, ni se quejó. Éste es el que no hizo pecado, y quiso tomar sobre sí las deudas de todos nuestros pecados. ¿Por ventura no es éste el inocentísimo Hijo que diste en precio por el esclavo malo? ¿No es éste el que siendo engendrado de tu substancia, quesiste que fuese participante de mi miseria?

Vuelve, Padre clementísimo, esos misericordiosos ojos, & mira

este retablo de inefable piedad. Mira este tu amado Hijo tendido en una cruz, sus manos corriendo sangre, y perdona las maldades que cometieron las mías. Mira sus pechos desnudos y desarmados, heridos con una cruel punta de hierro, y lávame en aquella preciosa fuente que de allí creo haber salido. Mira aquellos sagrados pies que nunca anduvieron por el camino de los pecadores, atravesados con duros clavos, y endereza mis pies en tus caminos y desvíalos del camino de los pecados. ¿Por ventura no miras, piadoso Padre, aquella hermosa cabeza del Hijo, cómo está caída, y su blanca cerviz inclinada, y su rostro cubierto de color de muerte? ¿No miras cómo está blanqueado su desnudo pecho, cómo está colorado su sangriento costado, cómo están secas sus piadosas entrañas, cómo están oscurescidos sus lindos ojos, cómo está descaescido su divino rostro, cómo cuelgan de la cruz sus rodillas de alabastro, cómo están barrenados sus sagrados pies, cómo está arroyada con hilos de sangre su hermosa cara? Mira, piadoso Padre, los miembros despedazados de tu amado Hijo, & no mires los pecados de este miserable siervo. Mira el tormento grave del Redemptor, y perdona la culpa del redemido.

Determina, Señor mío, cómo hayas de remediarme, pues ya te he ofrescido la más preciosa cosa que te podía ofrescer. Delante tus ojos he presentado mis pecados & mi satisfación, mis delictos & mi justicia, mi culpa y tu misericordia, al Hijo que tú engendraste, y al siervo que tú redemiste. Mira en el Hijo cómo te aplaques al siervo: para que acordándote de los servicios del Hijo, te olvides de los pecados del siervo. Suplícote, Señor, alcance yo por esta oración tenerlo por ayudador, pues de gracia sin que yo te lo meresciese me lo diste por Redemptor.

FINIS

Fué impreso este libro de Oraciones y Ejercicios, en la muy noble & muy leal ciudad de Évora, en casa de Andrés de Burgos, impresor del Cardenal Infante. Acabóse á quince días del mes de Octubre del año de M. D. LV.

¶ Fué visto y aprobado por el Reverendo Señor Maestre Paulo, al cual fué cometido por el Reverendo Padre fray Hierónimo de Azembuje, Inquisidor.

TABLA

DE LA IMITACION DE CRISTO

TRATADO I

Páginas.

TRATADO II

TRATADO III

TRATADO IV

ESCALA ESPIRITUAL

Páginas.

ORACIONES Y EJERCICIOS DE DEVOCIÓN

ERRATAS

Pág.	53,	*línea*	30,	*dice:*	pensar,	*debiendo decir:*	pesar.
"	57,	"	3,	"	pasado,	"	pesado.
"	178,	"	8,	"	perfeta fe,	"	perfetamente se.

Á mayor honra de Dios acabóse de reimprimir este tomo
en Valladolid, en casa de Andrés Martín,
el día 17 de Abril
1902





